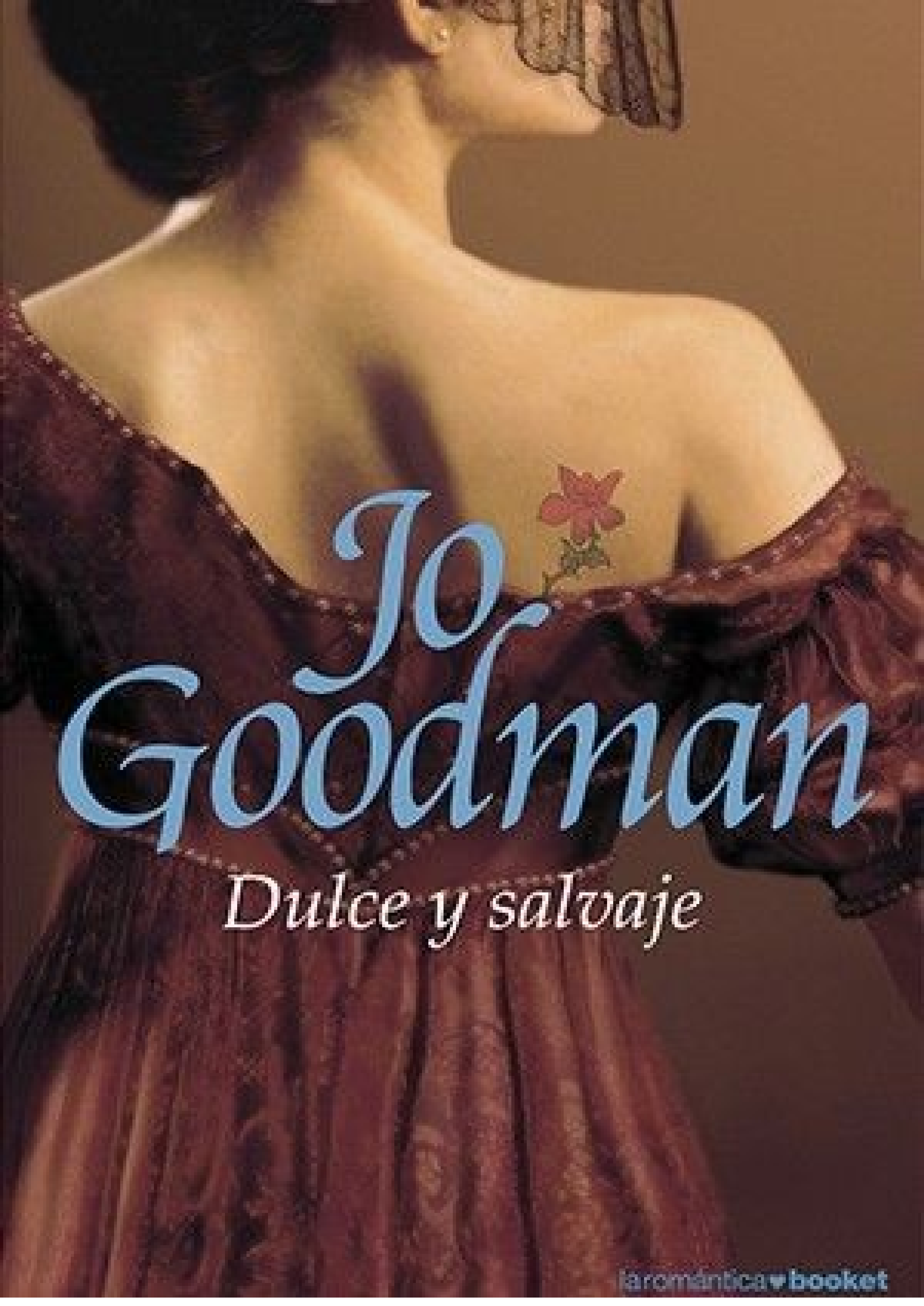

Jo Goodman
Dulce y salvaje
laromántica♥booket

HERMANAS DENNEHY 01

DULCE Y SALVAJE

Jo Goodman



Prólogo

Primavera de 1875

Aquel no era el tipo de mujer en quien solía fijarse; era más probable que la mirada de Ethan Stone se posara en una mujer de sonrisa rápida y fácil, que tuviera, además, cierta cualidad tentadora en los ojos... Y en aquella mujer no había ni rastro de tal cualidad. Para empezar, estaba seria; el peso de sus pensamientos había reducido su boca casi a una línea, y entre sus cejas había una pequeña arruga. Ethan no consiguió averiguar el color de sus ojos, empequeñecidos en un gesto de grave atención y concentrados en algún lugar situado tras él. Si se desplazara un poco a la izquierda, sus ojos toparían con él. Sin dejar de apoyarse en la mesa, Ethan cambió de postura y trasladó el peso de su cuerpo de una pierna a la otra. El ligero movimiento no la distrajo, de modo que, sin prisas, prosiguió su valoración. El objeto de su examen lo intrigaba de un modo nada halagador para ella. Llevaba unos lentes con montura de oro, en la punta de la nariz. Ethan no veía a muchas mujeres con gafas, así que eso la convertía en una rareza. EI modo en que se sostenían en la nariz indicaba que sólo las necesitaba para leer y escribir; y a juzgar por cómo miraba por encima de la fina montura, no las precisaba para

pensar. Tenía la piel pálida y el cutis suave, algo que quizás fuera su mejor baza. Podría haberlo sido su cabello, pero era un nido de lápices: Ethan contó tres. Lápices al margen, el cabello era magnífico, aunque le pareció que aquella mujer había hecho todo lo posible para que no lo fuera. El que no hubiese acabado de lograrlo le dio a entender que era su única vanidad. Se había esforzado por peinarlo hacia atrás, ajustado sin piedad a la forma de la cabeza; pero el orgullo o la cordura habían impedido que cometiese tal crueldad consigo misma y con quienes la mirasen. En lugar de estar pegado al cráneo, su cabello formaba una suave bruma luminosa y cobriza, un marco que le encuadraba el rostro. Por casualidad, o a propósito, unas hebras de pelo, finas y rizadas, se habían escapado del mono y le rozaban delicadamente la frente y las mejillas, lanzando destellos en aquella sala alumbrada por lámparas de gas. La apariencia lustrosa de su cabello no se compadecía con la blusa formal, blanca y almidonada, que llevaba, con su falda negra, igual de tiesa, y con el gesto serio, tenso y severo de su boca. Y aunque aquella boca lo repelía, el cabello lo atraía mucho.

Divertido, Ethan esbozó una sonrisa al ver que la mujer tanteaba con gesto distraído el escritorio, un montón de papeles, varios libros y un cuaderno con tapas de piel, y que luego toqueteaba media docena de páginas sueltas que había sobre la mesa. Incapaz de encontrar lo que buscaba, la fina línea de su boca se torció a un lado en un gesto de disgusto y sus hombros se levantaron en un suspiro silencioso e impaciente. Entonces, de mala gana, la mujer apartó la vista del punto

situado más allá del hombro de Ethan y empezó a buscar en serio: levantó los libros y el cuaderno, y examinó el montón de papeles. Luego se subió los lentes por el caballete de su delicada nariz y repitió la búsqueda, esta vez de forma más metódica. Cuando parecía estar a punto de rendirse, se reclinó en el respaldo de la silla. La blanca blusa almidonada perdió parte de su rigidez. En ese momento apoyó la mejilla en la palma de la mano, y sus dedos tocaron uno de los lápices que llevaba en el pelo.

La boca de Ethan dibujó un cambio mínimo; suficiente, sin embargo, para sustituir el gesto divertido por otro de burla. Y es que la mujer se arrancó el lápiz del pelo, pero en lugar de llevarlo al papel, lo tomó como si fuera un cigarrillo, se metió el cabo entre los labios e inhaló como si fumara. Ethan negó con la cabeza, sin acabar de dar crédito a lo que veía. No conocía a ninguna mujer que fumara; bueno, excepto Caroline Henry, que trabajaba en un saloon. Una vez acabado su trabajo, ella a lo mejor fumaba en la intimidad de su dormitorio, por lo común después de haber estado ocupada en tareas bastante enérgicas... Pero siempre pedía permiso. Sus pensamientos regresaron hasta la mujer que se encontraba al otro lado de la sala de redacción. No daba la impresión de que le pidiera a nadie nada. Intentó imaginársela en la cama..., y no consiguió ir más allá del camafeo que cerraba el cuello de su blanca y almidonada blusa. La idea de levantar aquella rígida falda negra le resultó poco atractiva, amén de que seguramente sería imposible.

La mujer se sacó el lápiz de la boca, suspiró y se inclinó hacia el

escritorio. Después golpeó rítmicamente con el lápiz en uno de los libros, con un repiqueteo que seguía el compás de su pie izquierdo. Luego bajó la cabeza hacia su tarea, y los lentes se le deslizaron poco a poco por su pequeña nariz. Lo cierto era que a ella parecía darle igual donde se situaran. Y entonces empezó a escribir: su mano casi voló por el papel en un intento de ajustarse al ritmo de sus pensamientos.

Los ojos entre azules y grises de Ethan se centraron de nuevo en la coronilla de aquel hermoso cabello caoba. Los dos lápices que quedaban eran una molestia, pero se negó a que le fastidiaran el placer de contemplarlo. Después de todo, fue el pelo lo que primero le llamo la atención; eso y el hecho de que fuera la única mujer en una sala donde había dos docenas de hombres.

Le parecía lógico que en una ciudad del tamaño de Nueva York hubiera mujeres que trabajasen fuera de sus hogares. Estaba acostumbrado a verlas en los saloons, en los salones de baile, actuando en el escenario e incluso al frente de un hotel. De vez en cuando, alguna mujer hasta ayudaba a su marido a llevar una tienda o daba clases en una escuela. Desde que llegó al este, Ethan había visto a jóvenes que trabajaban como oficinistas en grandes almacenes, que eran profesoras en una universidad privada e incluso médicos en algún hospital. Así pues, no debía sorprenderlo que el *Chronicle* contase con una solitaria hembra entre su personal administrativo, que, probablemente, empleaba su hora para comer en fumarse un cigarrillo a escondidas. Le pareció bien hallarse frente a frente con la visión de una mujer moderna y

urbana: era la confirmación definitiva de que su sitio no estaba en Nueva York. Ethan tenía treinta anos, había nacido en Nevada, se había criado un poco por todas partes y, salvo cuando estudió en Pensilvania y cinco años en el sur, durante la guerra, rara vez había ido más al este del Mississippi. Estaba listo para regresar a casa.

—Ya puede pasar, señor Stone.

Aunque oyó la voz, en aquel momento no entendió las palabras. La verdad era que el cabello de aquella mujer era espléndido. Se preguntó cuantos años tendría: ¿veintitrés, veinticuatro?... A pesar de su aire serio, no parecía rebasar esa edad. En tono ausente, murmuro:

—¿Mmm?

De pie ante la mesa, el secretario carraspeó.

—Por aquí, señor Stone. El señor Franklin y el señor Rivington han entrado ya. El señor Marshall es un hombre ocupado, y me parece que ya va con retraso.

Ethan hacía muy pocas cosas con prisas; sacar un arma y juzgar el carácter de una persona eran tal vez las dos únicas excepciones. Creía que todo lo demás podía esperar, y eso incluía al editor del *New York Chronicle* y a los hombres que habían insistido en que asistiera a aquella reunión. Se puso en pie despacio, al tiempo que brindaba al eficiente y sensato secretario una sonrisa en la que no había ni rastro de disculpa. Mientras volvía su ágil cuerpo hacia la puerta del editor, dijo con un leve regodeo:

—No faltaría más; hay que cumplir los horarios.

La verdad era que no veía la hora de tomar un tren en dirección al oeste.

Mary Michael Dennehy salió de su trance justo cuando Ethan se alejaba. Torció la cabeza y de un vistazo abarcó su recio perfil. Se detuvo en su espalda. Sus ojos se demoraron un momento en él y luego regresaron al trabajo. Al oír cerrarse la puerta del despacho de Logan Marshall, soltó el lápiz, estiró los brazos sobre la cabeza y dio un suspiró. Después, sobre el estrépito de la sala de redacción, alzó la voz para que la oyera el secretario de Logan Marshall:

—Supongo que ese hombre acaba de echarme de mi cita de la una y media.

Samuel Carson alzó tres dedos y agitó la mano para indicar el número de visitantes:

—Hombres. Ese en concreto era un Marshall.

Mary Michael pareció sorprenderse: «¿Un Marshall?» El editor tenía un hermano mayor que ya iba mucho con el periódico, pero no sabía que tuviera más parientes. ¿Qué se podía hacer contra el nepotismo...?

—Y además, señorita Dennehy, usted no tenía una cita —remachó Samuel Carson.

Mary Michael sonrió, y a ambos lados de su boca, grande y vistosa, aparecieron sendos hoyuelos. Eso sí que habría cautivado la atención de Ethan Stone; de hecho, hizo que a Samuel Carson se le subieran los colores, empezando justo por debajo del rígido cuello de su camisa, hasta que toda su cara estuvo encendida. Al sentir el rubor, Carson se recordó

a sí mismo que era un hombre casado y con cuatro hijos, y regresó al trabajo.

Sin darse cuenta del efecto que su sonrisa había provocado en él, Mary Michael terminó de desperezarse y volvió a su postura inclinada sobre el pupitre; eso hizo que de la densa cabellera se soltara un lápiz, que cayó sobre el papel que tenía delante. La esplendorosa sonrisa se convirtió en una rápida mueca de desaprobación hacia sí misma, mientras se buscaba por el pelo el último lápiz que le quedaba en el mono. Una vez encontrado, lo observó un instante, se encogió de hombros y luego se lo metió detrás de la oreja por si lo necesitaba más tarde. Que lo necesitaría.

Mary Michael echó a un lado el lápiz que estaba sobre los papeles y siguió trabajando. Volvió a aparecer la misma arruguita entre sus cejas, y su boca se plegó en un gesto de concentración. Escribió con energía, como si no hubiera habido interrupción; en realidad, la charla con Samuel ya estaba olvidada, y toda su atención se volcó en la tarea que tenía delante.

Tardó sus buenos treinta minutos en acabar; para entonces tenía el cuello rígido y la mano acalambrada. Levantó la cabeza y la inclinó a la derecha y luego hacia la izquierda, adelante y hacia atrás. Después liberó los dedos del lápiz y sacudió la mano, sintió el hormigueo de la sangre al circular. Luego se quitó los lentes, plegó las patillas con cuidado y los puso encima del trabajo recién terminado; con gesto distraído, cerró los ojos y se frotó el caballete de la nariz con el pulgar y el índice. Por último

se estiró en la silla, se recostó en el respaldo y extendió las piernas debajo de la mesa.

En ese momento, Fred Vollrath le dejó caer un montón de cartas sobre la mesa; la columna de papel se mantuvo en equilibrio inestable durante un segundo y luego se vino abajo en una avalancha silenciosa.

—Nada de descanso, señorita Dennehy —dijo—. Estas acaban de llegar para usted.

Mary Michael abrió un ojo y vio la avalancha de cartas y luego se encaró con la mirada franca del redactor en jefe:

—No hablará en serio, señor Vollrath... —Pero vio que era así. Entonces abrió también el otro ojo y abandonó su postura relajada—. No puedo contestar de ninguna manera...

—¿Que no puede? Debo de haber entendido mal. No habrá dicho usted: «no puedo», ¿verdad?

Al entrar en el *Chronicle*, ella sabía que las cosas serían así; lo sabía y lo aceptó... Pero al cabo de casi quince meses, apenas notaba que hubieran disminuido la tensión y los apuros. En el periódico esperaban que renunciaría al cabo de una semana; el plazo se extendió luego a un mes, a dos, más tarde a seis... Cuando pasado un año seguía allí, muchos de sus colegas pensaron que lo hacía sólo para fastidiarlos. Mary Michael sabía que en el edificio corría una apuesta para decidir cuánto tiempo iba a resistir; en realidad, llevaba allí tanto que un día el ingenuo chico de los recados, que era quien se encargaba de la colecta, se despistó y le pidió que apostara por una fecha. Y ella lo hizo; para asombro general, le dio

dos monedas de veinticinco centavos y dijo:

—Para cuando se hiele el Infierno.

Al día siguiente encontró que alguien le había puesto sobre la mesa un bloque de hielo con la palabra «Infierno» tallada en él; Mary Michael dejó que se derritiera. Sin saberlo, aquel día se ganó cierto respeto, aunque concedido a regañadientes. Pero como seguía con la guardia levantada, no se percató de que la tensión se relajaba a su alrededor.

—No, señor —contestó en voz baja—. Lo haré antes de marcharme esta noche.

Las tupidas cejas de Fred se alzaron.

—Todo el montón no, Dennehy, yo no he dicho que tenga que hacerlo todo. Eso lo ha deducido usted.

Mientras el redactor se alejaba, Mary Michael hizo una mueca; se dio cuenta de que llevaba razón. Siempre creía que debía hacer más, ser mejor, demostrar algo... Entonces, para sí, dijo:

—Es que estaba trabajando en otra cosa...

Vio que el redactor de noticias locales se detenía como si la hubiera oído murmurar, que vacilaba al verla contener el aliento y que después continuaba su camino. Entonces soltó un resoplido de desanimo y, con el abrecartas, abrió un sobre al azar; comenzó a leer y al cabo de unos minutos empezó a escribir. Su propia tarea había quedado postergada.

Eran las cuatro y media cuando alzó la vista para mirar el reloj. El montón de correspondencia se había reducido un poco: había contestado una docena de cartas. No sintió mucha satisfacción, en particular al echar

un vistazo a su alrededor y ver que los demás ocupantes de la sala de redacción se afanaban con encargos importantes. Sin embargo, lo que sí le resultó satisfactorio fue ver que Samuel Carson no se encontraba en su lugar y que, por tanto, la ruta hasta el despacho de Logan Marshall había quedado libre.

Para tranquilizarse, Mary Michael respiró hondo; aquel era un momento tan bueno como cualquier otro para acorralar al editor. Lo veía casi todos los días, pero no había muchas oportunidades de hablar con él, y lo que deseaba comentarle no podía exponerse en la sala de redacción, grande como una cueva, donde la voz llegaba a todos los rincones. Porque, aunque parecía que los compañeros andaban metidos en sus propios asuntos, si se dejaba caer algún sabroso cotilleo, éste se extendía con la fuerza caprichosa de un incendio descontrolado.

Mary Michael se metió las patillas de las gafas en el pelo, con lo que la montura le quedó sobre la frente. Luego recogió su cuaderno de tapas de piel, añadió los papeles en los que había estado trabajando antes y se puso de pie. Una vez tomada su decisión, no titubeó hasta que su mano agarró el pomo de la puerta del despacho de Marshall. Desde la entrada de la sala de redacción oyó a Samuel aullar:

—¡No puede entrar ahí! todavía esta...!

Pero Mary Michael inspiró hondo en el mismo instante en que hizo girar el picaporte y entró en el *sancta sanctorum* del *Chronicle.* Luego se apresuró a cerrar la puerta tras de sí y se dirigió con paso resuelto hacia la mesa del editor.

A un observador imparcial, el despacho de Logan Marshall le parecería un homenaje al caos. A ambos lados de la habitación, unas estanterías que llegaban hasta el techo se combaban bajo el peso de los expedientes, la correspondencia, los periódicos y los libros. Equipos de fotografía, sin usar durante varios años y en su mayor parte anticuados, se apoyaban en una esquina, con alguna que otra telaraña. La mesa del editor estaba llena del papeleo financiero más reciente, notas de contables y minutas de abogados. En un borde, una pila de cajas de madera servía para depositar los asuntos que llegaban y los que salían; todas estaban a rebosar con cuestiones que requerían la urgente atención de Marshall.

Logan Marshall se encontraba en su salsa en medio de aquel caos; pero en realidad, no era tal caos ni para él ni para los demás empleados del *Chronicle.* Mary Michael lo había visto localizar un dato concreto en cuestión de segundos, para pasmo de visitas y reporteros novatos, y Samuel Carson tenía garantizado su cargo de secretario siempre que no tocase nunca nada de lo que había dentro de aquel despacho.

Cuando Mary Michael entró, el sillón de Marshall estaba girado hacia las ventanas que éste tenía tras la mesa. Su barbilla descansaba en las puntas de los dedos, y sus manos estaban unidas en actitud de intensa concentración, o de plegaria. Mary Michael confió en que se tratara de lo primero; necesitaba todas las plegarias para sí misma. Al verse interrumpido, Logan hizo girar el sillón, al tiempo que sus oscuras cejas se alzaban en gesto interrogante; era un hombre guapo, treintañero,

de marcadas facciones y unos ojos oscuros que siempre estaban calculando. Mary Michael tomó por una señal favorable el que no pareciera enfadado, sino, sencillamente, divertido.

—¿Desea algo, señorita Dennehy?

Así que sabía su nombre... A veces se lo había preguntado. Después de contratarla, pensó que se habría olvidado de su existencia; y es que, salvo por el saludo de rigor que dedicaba a todo el que se cruzase con él cuando iba a su despacho, nunca pareció fijarse en ella. Mary Michael tragó con dificultad: la lengua se le había adherido al paladar. En cualquier momento, pensó, Samuel Carson la interrumpiría para disculparse por haber dejado que entrara.

—Es por el caso judicial de Harrison, que se ve la semana que viene —dijo—. En el que Sarah Harrison mató de un tiro a su...

Marshall levantó la cabeza, y con un breve gesto de la mano indicó que podía saltarse aquello y pasar a su petición.

—Estoy al tanto del asunto. Desde el principio se le adjudicó a William Pearson.

—Sí, señor, pero el señor Pearson no ha venido estos últimos cuatro días porque está enfermo, y no parece que vaya a darle tiempo a recuperarse para...

De nuevo la interrumpieron; esta vez fue el gesto de Marshall a su secretario, cuando éste abrió la puerta, indicándole que saliera. Por primera vez desde que había irrumpido en el despacho, Mary Michael creyó que tendría una posibilidad de conseguir lo que deseaba. Acababa

de abrir la boca para presentar su caso, cuando Logan se arrellanó en el sillón y anunció que la historia que ella deseaba cubrir se había adjudicado a Adam Cushing en el reparto de la mañana. Decepcionada, pero intentando que no se le notara, insistió:

—Ya he estado trabajando en ciertos antecedentes, señor. Un aspecto que el señor Pearson ignoraba y que estoy segura de que el señor Cushing no conoce.

Bruscamente, Logan preguntó:

—¿Y con que autorización?

Eso hizo que Mary Michael se detuviera; titubeó un segundo de más, y de nuevo le repitieron la pregunta en tono enérgico. Con gesto tenso, sintiendo que el calor le subía por las mejillas, trató de no ceder terreno.

—Con la mía propia.

Logan señaló el cuaderno que mantenía agarrado ante sí, como un escudo.

—¿Son ésas sus notas?

Mary Michael asintió. El editor extendió la mano, y ella se las pasó; después se quedó clavada en el suelo mientras él las hojeaba. Observó cada matiz de expresión en el impasible rostro de Marshall; no advirtió sino un mínimo destello de interés, pero aquello fue suficiente para darle nuevas esperanzas. Al fin, se las devolvió diciendo:

—Están bien.

Marshall vio el brillo fugaz de sus ojos, el inicio de una sonrisa que

podría haberlo vencido, pese a estar casado con una de las mujeres más hermosas de Nueva York... Y la aplastó a propósito.

—Déselas a Vollrath. Si a él le gustan, se las dará a Cushing para que las use en su cobertura del juicio.

—Pero yo...

Con voz suave, Logan repitió, cortando toda discusión:

—Déselas a Fred. Si desea que le encarguen algo, señorita Dennehy, vaya al redactor en jefe, como todo el mundo. No pase por encima de él viniendo a verme a mí. Si usted escribe sobre una noticia sin autorización, ha de entregárselo a alguien con más experiencia, que trabaje en los de tribunales. Ésas son las reglas, y yo las hago cumplir.

Los dedos de Mary Michael se aferraron con fuerza al cuaderno, pero encajó la reprimenda, sabiendo que estaba bien fundada. Se había arriesgado y había perdido; incluso era posible que hubiera cedido terreno para regresar a donde estaba meses atrás... Porque el redactor en jefe se quedaría lívido al descubrir que había acudido directamente a Marshall en busca de un encargo. Retrocedió un paso, dispuesta a salir huyendo cuando dijera que podía irse, pero el editor prosiguió con tono de desenfado:

—Otra cosa que quizá le convenga tener en cuenta es el ritual civilizado de llamar antes de entrar..., o antes de sortear a mi secretario. De ese modo, señorita Dennehy, no entrará en mi despacho cuando estoy en mitad de una reunión, y tampoco se pondrá en evidencia.

Hasta entonces Mary Michael no tenía ni idea de que Logan

Marshall no estuviera solo; cegada por la humillación, volvió la cabeza y vio que las tres butacas de piel que había en la esquina de detrás de la puerta estaban ocupadas. Recibió una vaga impresión: alto, moreno y guapo —un adjetivo para cada uno de los hombres—, y luego, azorada por su error, se le quedó la mente en blanco. Al instante, sin dirigirse a nadie en particular, murmuró:

—Disculpe. —Y sin esperar a que su jefe le indicase nada, giró sobre sus talones y salió del despacho.

Ethan Stone incluso sintió algo de pena por ella. Marshall había sido duro, pero justo. Y aunque la respetó por encajar tan bien aquella crítica apenas disimulada, una mujer con un cabello como aquél, lleno de lápices y con un par de gafas... Era el símbolo de unos tiempos cambiantes que a él no le gustaban en absoluto Durante todo el debate, más bien unilateral, había estado observando su espalda esbelta, su cintura estrecha y sus caderas de muchacho, sin encontrar nada que se ajustase a sus gustos. Al verla de pie, le resultó más alta de lo que esperaba, aunque seguía teniendo una estatura media para una mujer; su porte era tan rígido como cuando estaba sentada, con la columna tiesa y el cuerpo firme. Sólo cuando, al dar la vuelta para salir, vio la curva rotunda de sus senos, tensos y salientes sobre el cuaderno, pensó que quizá valdría la pena el tiempo que tardara en ir mas allá del cierre de su almidonada blusa blanca.... Y tan pronto como la idea cruzo su mente, la desechó por ridícula.

El primero en romper el silencio que siguió a la partida de Mary

Michael fue Carl Franklin, un hombre de maneras ásperas, una veintena de años mayor que los demás, y de rasgos angulosos. Representaba al accionista mayoritario de la compañía ferroviaria *Northeast Rail Lines*, que estaba considerando la posibilidad de expandirse hacia el oeste. Su cliente, sin duda, era uno de los hombres más ricos e influyentes de la ciudad, y Franklin expresó sin rodeos lo que tenía en la cabeza:

—No sabía que estuviera trabajando aquí. ¿En qué pensaba usted al contratarla?

Con la mente aún en las notas que había leído, Logan no contestó al instante. Al fin, dijo:

—En realidad, fue cosa de mi mujer.

Por su parte John Rivington era un empleado del gobierno; buscaba el modo de conseguir dinero del este para construir líneas férreas en el oeste. Acababa de salir de la universidad con un título de Derecho, aún estaba verde, y estaba impaciente por servir al recién nombrado secretario del Interior. Su pelo rojizo le caía sobre la frente, tenía una sonrisa grande y deslumbrante de puro blanco, y encantaba a las mujeres con su buena planta y sus maneras nada afectadas.

—Pues yo creo que está bien que una mujer sea secretaria.

Logan esbozó una débil sonrisa y con aire pensativo matizó:

—Estaría bien si eso es lo que deseara ser. Pero ya verán, caballeros: la señorita Dennehy será una de las mejores reporteras de este periódico. Ella no es consciente de que yo ya lo sé.

Ethan Stone dejé su taza de café. Él era quien podía hacer realidad

los sueños del cliente de Franklin y los de Rivington; quien, si aceptaba arriesgar la vida en sus descabellados planes, probablemente conseguiría también que Logan Marshall invirtiese capital. Se inclinó hacia delante, apoyó los antebrazos en las rodillas, y con un asomo de humor en sus ojos dijo:

—¿Y si nos dedicamos al asunto que nos ocupa?

Capítulo 1

Otoño de l875

La locomotora número 349 se afanaba por impulsar su carga mientras subía por el curvo sendero tallado en las Montanas Rocosas. El maquinista pidió más vapor, y el fogonero cumplió dando enérgicas paletadas para alimentar lo que parecía el insaciable apetito del número 349 por el carbón. Del cañón de la chimenea principal salieron nubes de humo negro, que oscilaron y se desvanecieron en el aire para acabar depositadas en forma de fino polvo gris sobre la nieve que cubría el techo de los vagones y se posaba, entrando por las ventanillas, sobre las ropas de los pasajeros de la Union Pacific.

El tren número 349 llevaba ciento cincuenta y ocho pasajeros, la mayoría viajeros que iban y venían en el día, y sólo recorrían cortas distancias en sus vagones de segunda clase. La incomodidad de segunda no suponía demasiado, relativamente, comparada con la dificultad de cruzar las Rocosas a lomos de caballo o de mulas; sobre todo si la nieve llegaba pronto a las montañas, porque a veces no las abandonaba. Entre los viajeros había unos cuantos peones, granjeros y hasta familias enteras, pero el grueso del pasaje lo constituían mineros que buscaban diversión

en la ciudad más cercana.

Dos vagones de tercera completaban la nómina de los viajeros del tren numero 349; llevaban inmigrantes que habían iniciado el viaje al otro lado del Atlántico. Se habían subido al tren en el este, y poco a poco avanzaban hacia el oeste, desde Nueva York o Filadelfia hasta Pittsburgh, Cincinnati o San Luis. El Union Pacific Railway tomaba el relevo en Omaha; los viajeros de primera clase disfrutaban de un trayecto de cuatro días hasta llegar a Sacramento, pero con frecuencia a los inmigrantes los desviaban con la carga, mientras que los trenes expresos y su cargamento de ricos continuaban viaje. Cuando al fin los sacaban de una vía secundaria para incorporarlos a un tren de pasajeros mayor, los inmigrantes creían que era más por casualidad que a propósito. Y aunque confiaban en que fuera la última vez que los dejaban a un lado, su esperanza rara vez se veía cumplida.

Tres lujosos vagones llevaban a los pasajeros de primera. A los de segunda y tercera no se les permitía rebasar los confines de sus atestados vagones, pero quienes viajaban en primera tenían libertad para recorrer todo el tren. El vagón-restaurante les brindaba una comida mejor que la del restaurante de cualquier estación, y las literas del coche-cama eran infinitamente más cómodas que los bancos y tablones que tenían que utilizar los demás viajeros.

El número 349 contaba con el obligado vagón del correo, donde iban cartas y paquetes que procedían del este, así como plata en lingotes y la paga de todo el contingente de mineros del campamento de Saint

Albans, en Colorado. Dos vigilantes, contratados para proteger el envió, ganduleaban en el vagón del correo y sacaban brillo a las armas que confiaban en no tener que emplear.

A pesar de lo importante que era el vagón del correo, la verdadera joya del número 349 eran los cuatro vagones privados que iban delante del furgón de cola. Eran un encargo del *New York Chronicle,* y los había diseñado George Pullman pensando en satisfacer todos los deseos y necesidades del personal del periódico. EI menos decorado de los vagones era el que contenía el equipo fotográfico y la cámara oscura; contenía, además, material para los reporteros e ilustradores, libros de consulta, herramientas de reconocimiento, equipaje extra, rifles y mapas.

Equipado con paneles de nogal taraceado, cortinas de seda y tragaluces con vidrieras de colores, el vagón era mejor que cualquier buen hotel de Nueva York. Las literas eran amplias y firmes, los asientos estaban bien acolchados y tapizados con telas bonitas y suaves, y la zona de comedor, en el último vagón, resultaba tan acogedora como el salón de una tía cariñosa. Cada vagón tenía una estufa de hierro colado, se alumbraba con lámparas de aceite y disponía, además, de un retrete para las forzosas servidumbres de la existencia. Por acuerdo de los seis empleados, el vagón de la fotografía se destinó a lugar de trabajo; los dos vagones-cama, a la contemplación tranquila, y el vagón comedor, a la mejor partida de póquer sobre raíles de todo el mundo.

Drew Beaumont dio un golpecito con sus cartas en la mesa y pensó un momento. Tenía la frente alta y despejada, fruncida bajo el peso de

sus tristes pensamientos.

—¿Dónde diablos esta Mike? Necesito un préstamo.

Bill y Dave Crookshank, dos hermanos a quienes con frecuencia tomaban por gemelos, negaron con la cabeza al unísono; sendos mechones de pelo color canela les cayeron sobre la frente.

—Me parece que no —comentó Bill—. A lo mejor te gana treinta dólares, pero no lo considerará un préstamo.

Mientras ponía su dinero en el bote, Dave añadió:

—De todos modos, Mike está dando una vuelta. Ha comentado algo sobre ir a sacarles historias a esos inmigrantes que subieron ayer. —Se volvió al ilustrador del *Chronicle* que tenía a la izquierda y señaló al bote —. ¿Vas o no vas, Jim?

Jim Peters repasó sus cartas con la uña del pulgar. Su labio inferior sobresalió cuando dio un suspiro y colocó su mano boca abajo en la mesa.

—No voy. Supongo que Mike me habrá buscado media docena de caras patéticas a juego con cada historia, para que las dibuje.

El otro ilustrador del *Chronicle,* amén de fotógrafo a media jornada, Paul Dodd, puso su dinero en el centro de la mesa y se mostró en desacuerdo con su colega sólo en cuanto al número:

—Una docena entera de caras; la mitad, probablemente, parientes. Mike no sabe resistirse a una historia familiar.

La conversación había dado la vuelta completa y llegó de nuevo a Drew Beaumont, quién, mientras el juego le pasaba por delante, se quejó:

—Y nuestro querido editor no sabe resistirse a las historias de Mike.

Al no encontrar eco en nadie, comprendió que se había excedido; se revolvió incómodo en la butaca y al fin acabó por apartarse de la mesa. Al cabo de unos minutos salió del vagón.

Dave y Bill Crookshank intercambiaron miradas de complicidad con los demás. Bill dijo:

—Drew aún no acepta que Mike sea mejor reportero.

Bill se echó a reír.

—Drew aún no acepta a Mike.

Mientras observaba cómo Bill se acercaba al montón de dinero, Paul se sirvió una copa.

—Menos cuando necesita un préstamo. Bill, tu podías haberle prestado el dinero; eres el gran ganador de la noche.

—Eso es porque no está Mike.

—La partida no es lo mismo, ¿verdad? —comentó Dave mientras barajaba.

Todos estuvieron de acuerdo; repartían las cartas, hacían las apuestas..., pero no era la partida de póquer que podría haber sido de haber estado allí Mike Dennehy.

Antes nadie la llamaba Mike. Hasta el momento en que subió a los vagones privados del *Chronicle,* en gira hacia el oeste, todos sus compañeros se dirigían a ella como «señorita Dennehy». Más tarde, ella misma consideró que tuvo la culpa de que las cosas cambiaran en el tren, al cometer la indiscreción de revelar que en su familia nunca la llamaban

Mary, ni siquiera Mary Michael; era, sencillamente, Michael. Con cuatro hermanas compartiendo primer nombre, sólo a la mayor, en este caso Mary Francis, se la llamaba Mary. Mary Margaret, Mary Renee, Mary Schyler y Mary Michael eran solo Maggie, Rennie, Skye y Michael.

Michael aceptó el apodo de sus colegas como el primer indicio de que iba encontrando su sitio. Sabía que, en principio, sólo fue un intento de picarla, de subrayar que nunca llegaría a formar parte del periódico, pese a lo mucho que Logan Marshall creía que conseguiría en la Gira al Oeste. Llamarla «Mike» suponía resaltar irónicamente su feminidad y mantenerla aparte, en el lugar que los hombres creían que le correspondía. Sin embargo, en algún momento el tono se volvió afectuoso, receptivo y, con el tiempo, hasta algo asombrado. Michael notó que se había ganado el derecho a usar aquel nombre, y también el pie de autor con que encabezaba todos los despachos que remitía a Nueva York, Había respondido a las expectativas de Logan Marshall y aplacado el malestar de la mayoría de sus colegas masculinos.

Sólo le había costado tres meses, más de veinte mil kilómetros y doscientas horas en la mesa de póquer.

Michael no pensaba en el póquer mientras escuchaba a Hannah Gruber contarle su historia. Maravillada de que aquella mujer tuviera fuerzas para hablar, cuando un resfriado de pecho la agobiaba hasta dejarla sin aliento, iba tomando notas en su cuaderno sobre cómo los Gruber habían atravesado el Atlántico, sobre la inspección impersonal y hasta degradante que habían sufrido al llegar a Estados Unidos, y sobre

el lento y peligroso viaje que ahora realizaban para cruzar el país. Hannah acunaba a un bebe en su regazo, mientras otro de sus niños, que apenas andaba, se le echaba en el hombro. Estoico y silencioso junto a su esposa, el marido, Joseph Gruber, tenía al otro niño en brazos y observaba a su mujer.

A Michael la conmovieron la preocupación que advirtió en el rostro del hombre, el modo en que los ojos de éste recorrían las agobiadas facciones de su mujer y el abatimiento de sus hombros. Sintió también su desaprobación cuando Hannah aceptó hablar con ella, aunque no le prohibió a su esposa aquella oportunidad de pasar un rato con otra mujer. Tal vez debía de haber hablado el en lugar de Hannah, pero no tenía suficientes conocimientos de ingles. Asimismo, Michael sospechó que deseaba concederle aquel pequeño placer; desde que salieron de Alemania habían tenido muy pocos placeres.

Al entrar en el vagón de los inmigrantes había que enfrentarse con algo imponente: el hedor. Ni siquiera al cabo de una hora Michael se había acostumbrado a aquel olor a humanidad enferma y sin lavar. Hacía demasiado frió para abrir las ventanillas, y además las lámparas de aceite descubiertas y la estufa, que quemaba carbón del más sucio y del más barato, no hacían sino contaminar más aún el aire. El vagón iba tan lleno que Michael no había podido sentarse, y tuvieron que cederle un sitio. Los bancos sin forrar eran demasiado estrechos; sólo un niño pequeño se sentiría cómodo en ellos. El pasillo estaba atestado de objetos que no cabían en las rejillas superiores ni debajo de los asientos, y el

retrete no era más que un rincón separado por una cortina, que no salvaguardaba precisamente ni la intimidad ni la dignidad personal.

No era el primer vagón de inmigrantes que Michael visitaba, y aunque sus condiciones le parecieron lamentables, también le parecieron lo habitual. Cuarenta dólares no daban para muchas comodidades, pero compraban esperanza.

«E1 viaje de la esperanza», pensó..., y le pareció un título con posibilidades, de modo que lo garabateó al principio de las notas sobre Hannah. Luego la escuchó unos minutos más, y dio por terminada la entrevista al ver que Hannah estaba casi exhausta. Quizá el clima templado de California le aliviara la congestión pulmonar, aunque Michael no creía que consiguiera llegar hasta tan lejos. Era normal que un inmigrante sufriera alguna infección durante el viaje a través del país, pero por lo común no moría... Y entonces recordó a un médico con el que había intercambiado unas pocas palabras en uno de los vagones de primera clase. Tal vez pudiera convencerlo para que examinase a Hannah y le recomendara algo para la tos.

Michael cerró su cuaderno, se puso el lápiz detrás de la oreja, donde ya había otro, y se subió los lentes. Luego deslizó una moneda de oro —parte de sus ganancias en el póquer— en las manitas llenas de hoyuelos de los pequeños Gruber, dio las gracias a Hannah y a su marido por el tiempo que le habían dedicado, y se abrió paso por el pasillo hasta salir del vagón.

En el exterior, el alivio fue una bendición fugaz. El número 349

cruzaba despacio los puertos de montaña, pero, aunque el viento no lo azotaba, a aquella altitud el aire era glacial. Michael se metió el cuaderno en el bolsillo del guardapolvos y avanzó hasta el siguiente vagón. Tras los breves instantes de aire fresco, el olor del segundo vagón de inmigrantes resultó casi intolerable, y tuvo que hacer un tremendo esfuerzo de voluntad para no mostrar un gesto de repugnancia mientras atravesaba el vagón. Casi todos los pasajeros hicieron caso omiso de su presencia, acostumbrados como estaban a que los viajeros de primera, curiosos, se acercaran a ver las duras condiciones de los pobres. La mayoría de los comentarios que suscitó se debieron, sencillamente, a que su cara no revelaba desprecio, mofa o simpatía. Se limitaba a reflejar aceptación. Con un cambio de ropas, podría habérsela tornado por uno de ellos. Más difícil resultó moverse entre los pasajeros de segunda. Dos mineros y un peón le hicieron sendas proposiciones deshonestas, declarándole fidelidad incondicional hasta que llegaran al burdel de Barnesville. Michael se limitó a lanzarles una severa mirada por encima de los lentes, que cortó en seco los comentarios.

«Dios mío, si sigue llevando lápices en el pelo...» Cuando la vio pasar, Ethan Stone alzó la mano para taparse la boca y controlar el deseo de hablar con ella. Al menos, los lentes estaban en su sitio, sobre la nariz. Con los dedos de la mente, Ethan fue contando hacia atrás y calculó que habían pasado poco más de seis meses desde la única vez que la había visto. Le sorprendió recordarla, a pesar de ser buen fisonomista. En su

trabajo era algo que podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte, y a menudo lo suponía, pero éste era un caso distinto. Al volverla a ver recordó algo más que las líneas de su rostro: recordó el gesto solemne y sobrio de su boca, la forma de sus hombros mientras se sentaba inclinada sobre su pupitre y el porte recto con que aceptó la reprimenda de Logan.

Mientras pasaba a su lado camino del vagón de primera, a Ethan volvieron a impresionarlo su decisión y su actitud seria y resuelta; y también, la esbeltez de su cuerpo, una cintura que calculó que podría abarcar con las manos y unos senos que le hicieron replantearse su anterior afirmación de que tenía figura de muchacho. No era tan de extrañar que le hicieran tres proposiciones indecentes al atravesar el vagón: era la primera mujer como Dios manda, y libre, que la mayoría de aquellos hombres veía en un mes, y estaban dispuestos a pasar por alto muchas cosas…. como lo de los lápices. Luego, cuando ya era demasiado tarde para averiguarlo, Ethan se encontró pensando en que color de ojos tendría..., un pensamiento que lo incomodó.

Tan pronto como paso, Ethan sacó sus largas piernas al estrecho pasillo y se estiró. Sintió que la tensión le soltaba el cuello, los hombros y la espalda, y hasta entonces no se dio plena cuenta de lo nervioso que lo había puesto la presencia de la señorita Dennehy. Si ella lo hubiera reconocido, lo habría echado todo a rodar, y eso le hizo preguntarse si sería buena fisonomista.

En ese momento Ben Simpson le dio un codazo. Ben era un hombre huesudo, y el golpe le dio en las costillas. Ethan se volvió con una

mirada aviesa, y Ben se encogió; luego carraspeó y le dijo en voz baja:

—Mira el reloj, ¿eh?

—Han pasado dos minutos desde la última vez que me lo preguntaste. Relájate, Ben. Todo está planeado al detalle, hasta el pañuelo que llevas al cuello. El propio Houston se ha encargado de hacerlo.

El delgado cuerpo de Ben bullía de energía. Tamborileó con los dedos en el espacio del banco que quedaba entre Ethan y él. Luego le dieron ganas de comprobar una vez más la parte de dentro del gabán sólo para sentir la forma tranquilizadora de su Colt Peacemaker, pero no lo hizo, porque Ethan le echaría otra de sus miradas de desprecio. Ben no estaba seguro de si le gustaba Ethan, o de si se fiaba de él de verdad, pero sí que respetaba el modo en que se comportaba con un arma de fuego. Y teniendo en cuenta a lo que se enfrentaban, para Ben Simpson eso suponía mucho.

—Parece que llevemos toda la vida subiendo la ladera de esta montaña —dijo malhumorado, mientras miraba por la ventanilla. La oscuridad le impedía ver el precipicio que tenía a su izquierda, pero él sabía que estaba allí. Mucho antes de que el ferrocarril llegara a las Rocosas de Colorado, Ben Simpson las había explorado a caballo, a lo largo y lo ancho—. Una vez tuve una mula que iba más rápida.

Ethan cerró los ojos, ignorando sus quejas, y revisó mentalmente los pasos necesarios para llevar a buen puerto los planes de Nate Houston. Su propio éxito dependía de procurar que las cosas salieran bien.

Ben volvió a darle un golpecito.

—No te has dormido, ¿verdad? —No esperó la respuesta—. Mira ese condenado reloj.

Ethan se tomó su tiempo para enderezarse y hacer un poco de teatro; después se tanteó los bolsillos del chaleco hasta dar con el que llevaba el reloj. Despacio, sin dejar traslucir su sorpresa, dijo:

—Las nueve y media. —Quizá sí que se había quedado dormido—. Es la hora.

Ben ya estaba de pie; había pasado por encima de su compañero y se dirigía a la puerta del vagón. No tuvo que mirar atrás para saber que Ethan lo seguía: Era parte del plan.

Una vez fuera, de pie en el pequeño balconcillo del vagón, ninguno de los dos desperdició tiempo en llegar a la escalerilla del vagón precedente. Ben subió al techo del vagón de pasajeros con una rapidez y una agilidad que desmentían sus cincuenta años. Ethan esperó hasta que Ben dejó libre la escalerilla y luego fue detrás. Aunque el número 349 estaba ascendiendo y se movía despacio, los vagones corcovaban y el viento helado se arremolinaba en torno a ellos. El claro cielo nocturno estaba cuajado de estrellas, aunque sólo había una franja de luna. La noche les brindaría la protección necesaria cuando huyeran, pero ahora suponía un riesgo. Ben y Ethan procuraron mantener el equilibrio, con los pies separados como los marineros en un barco que cabecea, y esperaron hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Luego fueron en dirección al vagón del correo.

Hannibal Cage llevaba tres años como maquinista en la Union Pacific. Había ascendido en el escalafón: empezó como guardagujas, luego fue guardafrenos durante cuatro meses y por último, fogonero. Era un hombre fuerte como un toro, de hombros anchos y buenos músculos, y perfectamente consciente de que su vigor no era nada comparado con la fuerza de la maquina número 349. Tenía bajo su control treinta y cinco toneladas de acero y vapor, y a todos los operarios del tren. Se tomaba su trabajo en serio. Respetaba al número 349, y la trataba con delicadeza, vigilando la cantidad de carbón y agua que el fogonero le suministraba. La hacía subir las pendientes despacio, no la forzaba nunca y sabía cómo ajustarla a las curvas en los descensos abruptos y traicioneros de las montañas.

Había división de opiniones sobre si Hannibal Cage apreciaba a su locomotora más que a su propia vida; el tema se debatió la noche del veintidós de octubre. Al ver la hoguera encendida en las vías cuando la número 349 subía la pendiente, Hannibal movió la palanca de freno, hizo señales a sus guardafrenos con tres cortos pitidos y, sin perder la calma, comentó a su fogonero que le parecía que alguien tramaba algo.

Los dos vigilantes del vagón del correo se levantaron tan pronto como el tren se detuvo entre sacudidas. Por debajo de ellos, a lo largo de todo el tren, las ruedas despidieron chispas y protestaron con chirridos ante el brusco empleo de la palanca de freno. Entonces, por si los atacaban desde la parte delantera, alzaron sus escopetas en dirección a la

gran puerta corredera del vagón. Fue una suposición desafortunada, porque Ben Simpson y Ethan Stone se valieron de las puertas corrientes que había a ambos lados del vagón para entrar y sorprender a sus victimas.

El colt 45 de Ethan apuntó directamente a la espalda del más grueso de los vigilantes. Con voz serena y aguardentosa, dijo:

—Bajen esas escopetas, caballeros, y háganlo con cuidado. No tengo deseos de matarlos, pero no respondo de mi compañero.

Tras el pañuelo que le tapaba la mitad de la cara, Ben Simpson dibujó una sonrisa feliz.

—Yo no es que arda en deseos, chicos, pero tampoco soy contrario, ya me entendéis.

Los guardias lo entendieron muy bien; dejaron las escopetas en el suelo y las empujaron en dirección a los ladrones.

Ethan dio una patada a las armas para ponerlas fuera del alcance de los vigilantes y se acercó a ellos con cautela. Estaba seguro de que contaban con sus escopetas como medio de protección y no llevaban un revolver en los bolsillos, de modo que hizo señas a Ben para que se acercara. Luego preguntó:

—No querrán ustedes que nadie crea que nos lo pusieron fácil, ¿verdad?

En ese momento vio que sus dos victimas se encogían, previendo lo que iba a ocurrir. Ethan procuró golpear fuerte y limpio en la cabeza al primero de los vigilantes con la culata de su revolver, pero, en el último

segundo, el de Ben retrocedió, y hubo que darle dos veces antes de que cayera inconsciente en el suelo. Mientras Ben los tanteaba con la puntera de la bota, Ethan sacó un cartucho de dinamita de los hondos bolsillos de su gabán.

—No van a ir a ningún sitio. Venga, tenemos trabajo.

En la cabina del maquinista, Hannibal Cage no aceptó la derrota con tanta facilidad como los guardias del vagón del correo. No tenía intención de resistirse a los ladrones hasta que le pidieron lo único que no podía dar: la propia número 349. Entonces luchó como el hombre que era: duro y limpio. Devolvió golpe por golpe, hasta que Jake Harrity se las arregló para sacar el revolver y disparar. Cuando Hannibal se desplomó en el suelo, el fogonero entregó su pala y cumplió la orden de Jake de soltar la locomotora del tren.

—Nunca bajareis la montaña solos —advirtió el fogonero a Jake mientras atendía la grave herida que su compañero tenía en el pecho—. Descarrilaréis por la ladera.

Por encima del pañuelo, los ojos de Jake escudriñaron el rostro grasiento y ennegrecido del fogonero. Indiferente a su advertencia, se encogió de hombros y dijo:

—Ya tenemos a un hombre, cara de carbón.

En el furgón de cola, otro grupo de ladrones redujo con facilidad al revisor y dos guardafrenos antes de que éstos pudieran responder a los pitidos del maquinista. Después de atarlos, Happy McCallister y Obie Long empezaron a avanzar por el tren con intención de quitarles a los

pasajeros cuanto se les antojara.

La partida de póquer del *Chronicle* resultó ser un auténtico golpe de suerte inesperado. Dave Crookshank creía que iba a ser el gran ganador de la noche, y tanto él como sus compañeros prestaron poca atención a la parada del tren. Al cabo de tres meses en tren, consideraban que, en materia de viajes, ya lo habían visto todo. En las praderas habían sido testigos de cómo una nube de langostas oscureció el cielo de la tarde como si fuera de noche y detuvo en seco la marcha del tren. En la sierra californiana, una avalancha cubrió sus vagones y los dejó inmovilizados dos días. Las riadas que se llevaban puentes por delante, los ataques de los indios y alguna que otra manada de bisontes habían supuesto otras tantas paradas bruscas y retrasos imprevistos.

Cuando Paul Dodd sugirió con aire displicente que uno de ellos fuera a investigar por qué se había parado el tren esta vez, todos hicieron caso omiso de él. Crookshank le recordó que Drew había ido a buscar a Mike, y que entre los dos regresarían con la historia.

—Si es que vale algo. —Luego añadió, mirando cómo su hermano arramblaba con el dinero—: Maldita sea, Dave habría que retorcerte la nariz esta noche. Se te ve muy ufano ganando todo ese dinero.

En ese momento se abrió la puerta trasera del vagón, y Happy McAllister proclamó que estaría más contento que unas pascuas de pasar el sombrero para recoger donativos. El hecho de que llevara una escopeta en los brazos animó a los estupefactos periodistas a seguir sus instrucciones.

Desde la entrada, mientras observaba a su compañero recoger las ganancias, Happy añadió:

—Muchachos, soy de la opinión de que tienen una historia estupenda para contar en su periódico. Claro que eso no sería prudente. Mis amigos y yo no estamos en esto por la gloria, como los hermanos James. Ninguno de nosotros querría que esto saliera en ese gran periódico suyo.

Crookshank, incomodado por ver cómo le birlaban el dinero que tanto le había costado ganar, se rió con cierta amargura.

—¿Y cómo le parece que nos mantendrá callados?

Su hermano le dio una patada por debajo de la mesa, pero Dave siguió mirando a Happy en actitud desafiante. Éste, con ojos pensativos, asomados entre la baqueteada ala de su sombrero y la línea que marcaba su pañuelo, dijo con regodeo:

—Bien, me parece que podríamos matarlos ya...

—Nosotros no vamos a escribir nada —dijo Bill.

Ignorando la inmediata promesa, Happy prosiguió:

—O podríamos matarlos después. Por lo general, sin embargo, eso requeriría tener que encontrarlos, y a mí no me gusta demasiado eso de encontrar a la gente. A algunos se les da bien, pero a mí no. —Los agudos ojos de Happy recorrieron el círculo de hombres sentados en torno a la mesa. Con gesto desganado, señaló con el cañón de su revolver la silla vacía—. ¿Dónde está el otro?

Nadie respondió.

—En realidad, no importa si me lo dicen o no —dijo Happy—. Aquí el compañero distingue a un periodista como un buitre distingue la carroña. Para él no hay demasiada diferencia, y sin ver el nombre de su periódico pintado en el lateral del vagón para saber quiénes eran ustedes. Mala suerte para todos. —Hizo una seña para que Obie se diera prisa en terminar y fuera a la puerta delantera—. Hasta la vista, amigos. Claro que sería mejor para todos que no tuviéramos que vernos.

Después de que los ladrones salieran del vagón y desaparecieran en el siguiente, pasaron diez segundos sin que ninguno de los empleados del *Chronicle* dijera ni una palabra. Entonces Jim Peters sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la amplia frente, diciendo:

—Dios, por un momento creí que decían en serio lo de matarnos.

Dave se apartó de la mesa arrastrando la silla. Por lo visto, a él no lo habían tranquilizado mucho las palabras de Jim.

—Me parece que debería ir a echar un vistazo al furgón de cola. Vete a saber qué han hecho antes de llegar aquí.

Su hermano lo disuadió con un gesto y luego preguntó a los demás:

—¿Y Drew y Mike? ¿Creéis que estarán a salvo?

Jim terminó de secarse la frente.

—Éstos iban de farol cuando dijeron lo de distinguir a un periodista. —Miró a su alrededor buscando confirmación a sus palabras—. Por fuerza. De todos modos, Drew sabe cuidar de sí mismo, y, ¿quién en su sano juicio sospecharía de Mike?

—¿Y quién en su sano juicio asalta un tren? —preguntó Bill con

guasa.

Paul Dodd alargó la mano y cogió su cuaderno de dibujo, que estaba sobre la mesa, detrás de él; luego sacó un lápiz y empezó a dibujar.

—¿Diríais que el de la escopeta era más alto que el otro o de la misma estatura?

Bill le agarró el cuaderno.

—¿Qué diablos crees que haces?

—Ilustrar la historia que tú vas a escribir.

—Yo no —dijo Bill—. Ni nadie más de los que estamos en esta mesa, incluido tú. Ya has oído lo que ha dicho: nos buscará.

Paul se rió en voz baja, con cierta inquietud.

—Sí, pero dice que no se le da muy bien...

Mientras tanto, sin detenerse, Happy y Obie continuaron avanzando hasta cruzar el último de los vagones del *Chronicle* y asegurarse de que no había más periodistas. Al pasar al balconcillo exterior del vagón donde se guardaba el equipo y la imprenta, Happy comentó:

—Qué buen alojamiento se han buscado. Casi da pena destrozarlo.

—¿Seguro que hay que hacerlo? —preguntó Obie echando atrás el ala de su sombrero—. A lo mejor a Houston no le gusta. No era parte del plan.

—Eso es porque Houston no sabía lo del *Chronicle.* Estos vagones deben de haberse añadido al tren en Cheyenne. Si él lo hubiera sabido... —Happy dejó que su voz se desvaneciera para que Obie sacase sus propias conclusiones. Cuando estuvo seguro de que estaban de acuerdo,

señaló el enganche—. Vamos a ocuparnos de esto, ¿eh?

De un salto, Obie bajó del balconcillo y se movió con cuidado entre los vagones. El enganche que los mantenía juntos resultó ser un asunto complicado, Happy también saltó para echar una mano. Juntos consiguieron soltarlo.

—Oye, no pasa nada —comentó Obie.

—Es que aquí no hay demasiada pendiente —dijo Happy—. Dales unos minutos, y estos vagones empezarán a rodar hacia atrás. Ya verás. Ladera abajo, y cuando llegue la primera curva...

No tuvo que terminar. Con la mano hizo un movimiento brusco para representar lo que ocurriría a los vagones, que irían cada vez a más velocidad, cuando alcanzaran la curva.

Obie enseñó los dientes en una amplia sonrisa.

—A lo mejor la gravedad necesita un impulso. —Subió otra vez al balcón del vagón y se aseguró de que el volante del freno de mano estaba suelto del todo—. Vamos a darle un empujón. Venga, arrima el hombro.

En su vagón, las piernas de Bill Crookshank se movieron durante un segundo. Miró a los demás y dijo:

—¿Lo habéis notado?

—¿Qué? —preguntó Jim.

Hubo otra sacudida, y esta vez Bill se tambaleó un poco.

—Eso. ¿Qué diablos ocurre?

—Parece que nos movemos otra vez —dijo Paul—. Los ladrones han

debido de marcharse y están poniendo en marcha a la vieja número 349.

Jim Peters desvió su atención del cuaderno de dibujo a las ventanillas. Estaba demasiado oscuro para ver bien fuera, pero sólo necesitó unos momentos para darse cuenta del sentido de la marcha que llevaba el vagón. Con voz imperturbable dijo:

—Sí que rodamos de nuevo, pero, coño, para atrás.

Después de observar cómo los vagones se ponían en marcha y se alejaban, ganando velocidad a cada segundo, Happy y Obie volvieron a montarse de un salto en el tren y entraron en el vagón de los inmigrantes. Los perplejos extranjeros miraron en silencio a aquellos hombres que atravesaban con rapidez el vagón.

—Huelen peor que el ganado —dijo Happy cuando saltan del segundo vagón— No podemos sacarles nada, porque no tienen nada. Y aunque tuvieran algo que mereciese la pena, el olor atraería sobre nosotros una partida de búsqueda antes de que dijéramos «Alabama».

Al abrir la puerta del vagón de segunda, Obie advirtió a su compañero:

—Ten cuidado. Estos tipos no serán tan fáciles.

La suposición de Obie no fue del todo exacta. Los peones, granjeros y mineros formaban un grupo sumiso gracias a la escopeta de cañones recortados que Nathaniel Houston dirigía hacia ellos; un sólo estallido de postas de su arma podía partir en dos a un hombre, y los pasajeros lo sabían, cómo demostraba el montón de armas que había a los pies de

Houston.

El flaco cuerpo de éste se apoyaba con descuido en la puerta interior del vagón, como si todo aquello le provocara aburrimiento más que impaciencia. Únicamente sus ojos inquietos revelaban su actitud vigilante. Cuando Happy y Obie entraron en el vagón, clavó la mirada en ellos. Fue suficiente para que se dieran cuenta de que había tardado demasiado.

—Complicaciones —dijo Happy mientras recogía todas las armas.

Luego las tiró por una ventanilla y, acto seguido, torció el sombrero en un burlón saludo a los pasajeros y les dio las buenas noches. Después Houston cubrió la espalda de Happy y Obie hasta que salieron del vagón. En voz baja y sibilante, al tiempo que le daba a Obie la escopeta y cogía la carabina del más joven, preguntó:

—¿Qué complicaciones?

—Periodistas. El *Chronicle* tenía cuatro vagones enganchados en este tren.

—¿Tenía?

Happy asintió.

—Obie y yo nos hemos encargado de ellos.

Durante un instante Houston no dijo nada. Después se caló más el sombrero, escondiendo el mechón de pelo rubio que le había caído sobre la frente, y dijo:

—Vale.

—De todos menos de uno —corrigió Obie—. Aun queda uno de

ellos en el tren. En la mesa de póquer había una silla vacía.

Igual que los demás miembros de la banda, Houston llevaba la mitad inferior del rostro cubierta con un pañuelo. Con todo, se notó el movimiento de su barbilla cuando, con un brusco ademán, señaló el vagón de segunda clase y preguntó:

—¿Estará ahí?

—No es probable —dijo Obie.

—Entonces, a primera —dijo Houston—. Vamos.

Aunque no se lo esperaba, Drew Beaumont estaba divirtiéndose. Iba a volver a la mesa de póquer con sus colegas, pero, según habían salido las cosas, la primera clase estaba resultando de lo más entretenida. Michael Dennehy estaba dando un espectáculo, y Drew Beaumont siempre disfrutaba con ello. En este caso, además, se dijo que podría sacar treinta dólares del asunto.

El hecho de que el tren se detuviera supuso una molestia secundaria, y Drew no le dio importancia. Se planteó que eso significaba una partida de cartas más larga y, por lo tanto, más oportunidades de recuperar sus perdidas. Dio con Michael en el momento en que ésta salía del vagón de los inmigrantes para buscar un médico en primera clase. Le habló a Drew de su idea, y él vio el cielo abierto y apostó treinta dólares a que no conseguiría que el buen doctor cambiara la comodidad de primera por el maloliente vagón de los inmigrantes. Michael aceptó el reto.

Drew se tapó la boca con la mano para ocultar su mueca de satisfacción: el médico estaba mostrándose muy poco comprensivo. Michael ya se había sacado los dos lápices del pelo y le había roto la punta a uno. Incómoda por su impaciencia mal disimulada, se había metido el otro lápiz en el bolsillo de su guardapolvo, y Drew vio que no dejaba de tocarlo mientras trataba de razonar con el doctor.

—Sólo tardara unos minutos —dijo Michael—. No creo haberle explicado bien lo mucho que Hannah Gruber necesita de su atención.

Thomas Gaines evitaba mirar a Michael a los ojos. Permanecía sentado con el periódico abierto ante él, y volvió a darles una sacudida a las páginas, con la esperanza de recordarle que estaba interrumpiéndolo. Michael se quedó como si nada ante el chasquido de los papeles.

—¿Es que un poco de hospitalidad del oeste le supone tanta molestia?

—Yo soy de Boston, señorita, y no consentiré que me sermonee una filántropa impertinente que tiene la mitad de mi edad.

—Un tercio de su edad —replicó Michael, y añadió mentalmente: «So viejo macho cabrío». Lo cierto era que con su perilla blanca, su pelo desgreñado y su cara larga y flaca, el médico recordaba al animal—. Nunca me atrevería a sermonearlo, doctor Gaines, pero ¿le dice algo el nombre de Hipócrates?

Por el rabillo del ojo, Michael vio que Drew Beaumont estaba a punto de retorcerse de risa ante su descarada frescura y le hizo enmudecer con una mirada.

—Vaya si es usted una joven impertinente; grosera, más bien. Imagino que es una constante espina clavada en el costado de su marido.

Michael estaba a punto de responder con aspereza al comentario del médico cuando se abrió una puerta en la parte trasera del vagón. Aquella interrupción distrajo por un instante a los pasajeros, que se volvieron al unísono.

La carabina de Houston entró en el vagón antes que él. Lo siguieron Happy y Obie, que también los apuntaban con sus armas. Detrás de su pañuelo, Houston sonrió al ver el abanico de emociones que pasaron por el rostro de Michael, y dirigiéndose a ella inclinó la cabeza con un: «Señora», mientras, como saludo a los pasajeros, tocó su sombrero Stetson con el índice. Pero antes de que pudiera decir nada, Michael recuperó la voz, y lanzándole una dura mirada al intruso por encima de la montura de sus lentes, dijo:

—Esto es un escándalo.

—¿Cómo es eso, señora? —preguntó Houston.

Por primera vez desde que detuvieron el tren, Houston se permitió disfrutar el momento. En trabajos así, siempre surgía algún elemento inesperado. Primero habían sido los vagones del *Chronicle,* y ahora una mojigata escandalizada que no tenía juicio para quedarse callada. Antes de entrar en el vagón había estado casi un minuto mirándola desde la ventanilla de la puerta trasera. Era evidente que la conversación con el caballero sentado estaba poniéndola nerviosa, y a Houston le pareció divertido pensar que estaba en su mano facilitarle las cosas. Para

alentarla dijo:

—Así que decía usted, señora...

Michael se encontró con que la paralizaban un par de ojos oscuros, sombreados por espesas pestañas y por el ala de un Stetson. En las comisuras se dibujaron unas arrugas al devolverle la mirada. Sospecho que el ladrón se reía de ella. Entonces se enderezó, apartó la vista de aquellos ojos negros clavados en ella y recobró la voz.

—Decía que esto es un escándalo. Ustedes pretenden robarnos, ¿no es así?

—Por eso hemos parado el tren —dijo Houston con desenfado, mientras con una señal indicaba a Happy y a Obie que empezaran a recoger los objetos de valor de los pasajeros—. ¿Le plantea algún problema?

Michael parpadeó, un gesto que traicionaba su perplejidad ante aquella pregunta.

—Ahora sí que sé que usted se ríe de mí, aunque espero que comprenda que no alcanzo a ver el lado cómico del asunto. Desde luego que me plantea un problema lo que ustedes están haciendo. Y todas las personas decentes que hay en este tren piensan igual.

Bajo el pañuelo brilló un instante la sonrisa de Houston.

—Pero al parecer, usted es la única persona decente que tiene la iniciativa de decirlo.

—Mi madre dice que soy demasiado franca.

—Pues su madre debe saberlo.

Michael soltó un bufido mientras su boca esbozaba un mohín de burla.

—Ya veo que otra vez le resulto divertida, aunque no es mi deseo. No creo que vaya usted a detener su ilícita acción.

—No —dijo Houston—. No me parece que vaya a hacerlo.

—Bien, en ese caso... También podría emplear su arma para un buen fin. He intentado convencer a este médico de que debería atender a una madre joven y enferma que está en el vagón de los inmigrantes; por lo visto, ninguno de mis argumentos ha resultado lo bastante convincente.

Situado detrás de Houston, Happy McAllister interrumpió por un momento su recaudación y comentó en voz baja:

—Casi no me lo creo. Apuesto a que ésta es capaz de hacer callar a un loro.

Obie Long se rió con disimulo mientras asentía con la cabeza. Luego le quitó un alfiler de corbata de oro y diamantes a un pasajero, que ni rechistó.

Michael miró por encima del hombro de Houston y vio cómo los ladrones recogían objetos valiosos; Drew Beaumont acababa de perder su alfiler de corbata y le lanzaba una mirada furiosa, al tiempo que le indicaba con los ojos que se sentara y cerrara el pico. Pero ella no tenía por costumbre seguir los consejos de Drew, así que se subió los lentes y dijo:

—Bien, señor... —titubeó con la esperanza de que el jefe le facilitara su nombre, pero al no darle ninguno, hizo como si no importase— ¿Va a

ayudarme o no?

Antes de que Houston pudiera contestar, el médico se levantó y adoptó una postura rígida y bastante pomposa.

—No hay ninguna necesidad de que me apunte a la cara con su arma, señor —le dijo a Houston—. Veré inmediatamente a la joven en cuestión.

Michael, contenta, se apartó de su camino, y el médico dio un paso; el segundo se cortó en seco. Ante sus ojos tenía el cañón, de treinta centímetros de largo, de la carabina Winchester 44 de Houston.

—No tan rápido —dijo éste con un tono de calma amenaza.

Houston mantuvo el arma apuntando al pecho del médico. Con aquella carabina se acertaba hasta a unos doscientos metros; a la distancia a la que se encontraba, podía disparar con los ojos vendados los trece cartuchos y darle al médico. Le satisfizo ver que su blanco lo sabía. La frente del doctor se perló de sudor, mientras la tez se le moteaba de miedo y cólera a partes iguales. Con ademán nervioso, se cambio el maletín de mano. Entonces Houston dijo:

—Su impaciencia dice mucho de su entrega a la profesión. Y sin embargo, me pregunto si su cambio de opinión es de verdad lo que parece —por un instante su mirada se desvió hacia Michael y sus ojos se detuvieron en ella con una pregunta—. Señora, ¿querría ser tan amable de guardar los objetos de valor del doctor mientras él realiza su caritativa tarea?

La petición tuvo la consecuencia que era de esperar. El médico dejó

caer los hombros cuando se dio cuenta de que no podría escapar a otro vagón con sus pertenencias intactas, y Michael se quedó visiblemente pasmada de que se contara con que fuera a coger el botín.

—Desde luego que no seré tan amable —dijo con firmeza. De nuevo sintió aquellos irresistibles ojos negros fijos en ella—. No puede pedirme eso. Eso no es... No es... —se esforzó por encontrar la palabra—. No es caballeroso.

Obie y Happy soltaron un berrido e intercambiaron miradas de incredulidad. Con voz de falsete Happy dijo, burlón:

—No es caballeroso. —Sin dejar de examinar una leontina que luego se metió en el bolsillo. Después, ya en el pasillo, Happy rodeó con cuidado a Houston y empezó a recoger pertenencias de los pasajeros sentados en la parte de delante. Pasó junto al médico y a Michael como si no estuvieran allí.

Houston levantó una ceja y se dirigió a Michael.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Desea usted que la mujer del vagón de los inmigrantes reciba ayuda?

Irritada, Michael dio una patada en el suelo.

—Claro que quiero que la atiendan... Pero que usted me haga participar en su robo...

—Siento haberle dado la impresión de ser buena persona —dijo Houston—. Creía que el Winchester disipaba esa suposición, aunque, según parece, la próxima vez tendré que llevar la escopeta; como arma de fuego es un poquito menos civilizada.

A continuación hizo un gesto a Obie y le dijo:

—Muestra el camino a la señora.

Michael se negó a mirar hacia Obie.

—Ríase cuanto quiera.

—Sí que lo haré. Soy yo quien tiene el arma.

Entonces Michael se dio cuenta de que, sin saber cómo, se había convertido en una diversión. Los pasajeros la observaban con distintos grados de guasa y perplejidad. Pero ninguno que se sintiera inclinado a rescatarla. Hasta Drew Beaumont había dejado de hacerle señas con los ojos. Sentado en su sitio, con los hombros caídos y los brazos cruzados ante el pecho, prácticamente era como si su colega la desafiara a que le dijera otra estupidez al jefe de los ladrones. Entre las cejas de Drew había una profunda arruga, señal de que estaba pensando, aprendiéndose de memoria cada frase, y de que todo ello saldría en la siguiente edición del *Chronicle.* Michael tuvo una súbita visión de sí misma como objeto de risa en la sala de redacción de Nueva York... Y eso fue lo que la movió a actuar. Con las manos extendidas y las palmas hacia arriba, se dirigió al médico diciéndole:

—Tendrá que darme sus objetos de valor —inclinó la cabeza en dirección a Houston—; tiene un arma.

El doctor Gaines sacó su reloj de bolsillo y lo dejó en las manos de Michael.

—No me extrañaría que usted formara parte de esto —murmuró mientras buscaba su cartera—. Ha distraído a todo el mundo para que

nadie pudiera hacer un movimiento contra estos tipos, y además muestra demasiada confianza con ellos. Está un poco demasiado tranquila, en mi opinión.

—¿Tranquila? —Los ojos de Michael bajaron hasta sus temblorosas manos mientras una alianza de oro le caía en la palma—. Pero, ¿está usted loco?

—El doctor tiene algo de razón —dijo Houston—. Parece que usted se toma los acontecimientos con calma, señora. ¿Es que no tiene miedo?

—Desde luego, eso es lo más increíble que me han dicho nunca.

Michael avanzó hacia Houston y, de un manotazo, le dio los objetos de valor del médico. La acción lo sorprendió, tanto que casi perdió el control de la carabina. Como resultado, se balanceó un poco y mientras recuperaba el equilibrio el cañón del Winchester osciló entre el pecho del médico y el sombrero de plumas de una pasajera. Durante un increíble segundo, Houston creyó que Michael iba a intentar coger el arma, pero no lo hizo. Después de darle la cartera, el anillo y el reloj, se limitó a dar la vuelta y regresar con paso enérgico al lado del doctor.

—Claro que tengo miedo —dijo, enfadada—. De hecho, si tuviera la mínima idea de cómo desmayarme de forma decorosa en este atestado vagón, a estas alturas ya lo habría hecho. Pero no se cómo conseguirlo sin hacerme daño.

—Señora —dijo Happy al tiempo que avanzaba por el vagón—, si sirve para que deje de hablar mis amigos y yo estaremos encantados de hacerle sitio. Creía que nunca había oído a una mujer que hablara más

que mi Em, pero usted la deja pequeñita. Y en descaro también.

Houston interrumpió sus palabras:

—Ya está bien. Acabad con estos pasajeros mientras acompaño a la señora y al doctor al vagón de los inmigrantes. —Señalo hacia la puerta delantera con el cañon de la carabina, y Michael y el médico respondieron moviéndose en aquella dirección.

Mientras salían del vagón, Houston se detuvo y le dijo en voz baja a Happy:

—Encontrad a ese maldito periodista del *Chronicle.* Tenéis diez minutos.

Ethan Stone se asomó por la puerta del vagón del correo y miró a un lado y otro de la vía. Frunció el ceño en un esfuerzo por ver algo en la oscuridad. Las lámparas de aceite de los vagones de pasajeros emitían un siniestro resplandor amarillo, pero no ayudaban mucho a iluminar la vía.

—No veo nada —le dijo a Ben—. A lo mejor deberías acabar de cargar los lingotes mientras voy a ver que los detiene. ¿Estarás bien?

—Claro. —Ben señaló a los dos vigilantes inconscientes y a lo que quedaba del botín—. Antes de que vuelvas estará todo cargado en las mulas. Acércate allí un momento por si pasa algo. La verdad es que no me gusta que Houston no haya vuelto todavía.

—Y a mí tampoco.

De un salto, Ethan salió del vagón. Al aterrizar, la gravilla salió disparada bajo sus pies. Una piedra rebotó en una de las ruedas de acero

del vagón y Ethan se agachó instintivamente para protegerse. «Buenos reflejos», se dijo. Eso lo hizo sentirse un poco menos estúpido.

Camino de la parte trasera del tren no encontró a nadie; supuso que era una buena señal. Houston, Happy y Obie debían de tener todo controlado. No se oían chillidos ni gritos, lo que indicaba que los pasajeros, si no contentos con su destino, al menos se habían resignado. Sólo al llegar al ultimo vagón y subir a él se dio cuenta de que había ocurrido algo completamente al margen de los planes. El furgón de cola había desaparecido.

Ethan encontró el perno del enganche tirado entre las traviesas. Se preguntó si habría sido Happy u Obie. ¿Lo había ordenado Houston o habían actuado por su cuenta...? «Maldita sea.» Habían quedado en que no habría muertes. Él había hecho todo lo posible para que no las hubiera, y a la hora de la verdad, no había sido suficiente. Soltó otra exclamación, esta vez más fuerte, y observó cómo sus palabras tomaban cuerpo al condensarse su aliento; vio disiparse el vaho y luego se subió el pañuelo para taparse la boca otra vez. Con el revolver en alto, irritado y frustrado por su propia impotencia, Ethan volvió a recorrer el tren y entró en el vagón delantero de primera clase.

En ese momento, y aunque a punta de pistola, Hannah Gruber se sentía agradecida por la atención que le prestaba el médico. Los inmigrantes, sentados y sin moverse, asistían al reconocimiento que Thomas Gaines realizaba.

—Están muy callados —dijo Houston a Michael—. ¿Saben lo que está

pasando? ¿No hablan ingles?

—Podía haberse ahorrado las palabras cuando entramos —repuso ella con una mirada al arma de Houston—. Pero están familiarizados con el lenguaje universal del matonismo.

—Si, usted es más descarada que Em... —Él se detuvo un instante para esbozar una sonrisa afable—. Que, por cierto, es una mula.

Michael fingió ignorar el comentario, pero sintió que las puntas de las orejas le enrojecían. Se dirigió al médico:

—¿Ha descubierto qué le pasa?

—Pulmonía.

El médico se enderezó y abrió el maletín negro de piel que le sostenía uno de los niños Gruber.

—Le daré las medicinas que llevo. Si no nos detienen muchas veces más, debería durarle hasta que llegase a California. —Sacó varios botellines de color marrón, explicó brevemente la cantidad que debía tomar de cada uno y cerró el maletín—. Lo cierto es que no puedo hacer nada más por ella. Necesita descansar, algo que no podrá hacer en este vagón.

Houston se echó atrás un poco el ala del sombrero.

—¿No se plantearía usted cederles a la señora y a su familia el espacio que tiene en el vagón de primera?

Los ojos del médico se achicaron de enfado.

—¿Insiste en ello?

Por un momento pareció que Houston se lo pensaba.

—No, no creo que insista. —Con un gesto, indicó al médico que se quitara de en medio; luego se dirigió al asiento de Hannah Gruber y le dejó caer en la falda los objetos de valor del doctor—. Un regalo, señora Gruber. Bienvenida a América.

Hannah miró a Michael sin saber que hacer. Michael se revolvió contra Houston.

—¿Y ahora por qué ha hecho eso? Esas cosas no son suyas para ir dándolas así.

—Perdone —dijo Houston—, pero le recuerdo que me las han dado hace sólo un momento.

—Sabe usted muy bien...

Con un ademán de su mano libre, Houston cortó la conversación.

—Basta. Dígale que se las quede si no quiere hacerme un desaire. Nuestro doctor no las necesita; o mucho me equivoco, o aún tiene bolsillos por vaciar.

El rubor de la cara del médico lo traicionó.

—¿Ve lo que le digo, señora? Hay gente honrada y gente honrada.

Sus ojos negros le sonrieron de nuevo. Luego se apartó un paso e indicó al médico y a Michael que fueran delante de él. El médico se movió deprisa y dejó que Michael se las hubiera con el Winchester que le apuntaba a la espalda. Ella oyó tras de sí la risita de Houston al ver la cobardía del doctor. Como respuesta, enderezó la espalda, y de nuevo oyó la risa.

En la puerta del vagón de primera, Houston le dijo al médico que

volviera a entrar. Cuando Michael se disponía a seguirlo, la detuvo.

—Suélteme el brazo —dijo ella con una tranquilidad que parecía sincera.

Los dedos de Houston la soltaron.

—Sus objetos de valor, señora. Todos han dado ya para la causa.

A Michael se le ocurrieron varios calificativos que desaire, y por la mirada que encontró en la parte visible de la cara de él, por lo visto Houston le leyó el pensamiento. Al fin, hundió las manos en los hondos bolsillos de su guardapolvo en busca de lo que había ganado al póquer.

—Ah, muy bien —dijo. Sus dedos encontraron tres lápices y un cuaderno antes de sacar el dinero—. Ojalá le hubiera dado usted esto a Hannah Gruber y a su familia.

Houston cogió el dinero, y después sus ojos se fijaron en el camafeo que Michael llevaba al cuello.

—El camafeo también —dijo.

Michael se llevó la mano con rapidez al cuello de su blusa blanca. En sus ojos había autentico pesar.

—No tiene valor.

—Para mí sí. —Pensó que sería el recordatorio de un encuentro muy interesante.

—Hijo de puta —dijo ella en voz baja.

—Sí, eso me han dicho.

Michael frunció el ceño, sin comprender qué significaba aquel comentario. Con dedos temblorosos, desabrochó el camafeo y por un

instante cerró los ojos; luego desvió la mirada en el mismo momento en que lo dejó en la mano enguantada de Houston. No vio cómo éste le lanzaba una mirada casi arrepentida antes de metérselo en el bolsillo.

—Creí que iba usted a apuñalarme con el alfiler.

—Y a mí se me ocurrió hacerlo.

Entonces, sin esperar a la orden de Houston, Michael abrió la puerta del vagón de primera y entró.

Ethan Stone se preguntó si se le notaría la sorpresa. Al ver a la mujer que entraba en el vagón delante de Houston tuvo la impresión de que una mula le daba una coz. Creía que había conseguido evitarla, y ahora estaba allí, mirándolo directamente e igual de sorprendida.

Observó como la joven unía las cejas, y como su boca componía un gesto serio. Su ceño se contagió a cada una de sus facciones: los lentes se le habían desplazado hasta la punta de su pequeña nariz; sus ojos —color verde oscuro, según veía ahora— estaban nublados por un intento de situar su cara, y sus dientes mordían un poco el labio inferior, y eso hacía que su barbilla oscilara un poco. Ethan vio su esfuerzo por recuperar el esquivo recuerdo que le permitiría localizar otro lugar, otro momento..., y contuvo la respiración hasta ver que el enojo se adueñaba del rostro de la joven al no poder conseguirlo. En la cabeza de Ethan aquel momento duró una eternidad; en realidad, apenas fueron unos segundos.

Michael sacudió la cabeza como si quisiera aclararse las ideas. En el

fondo de su mente había una nimiedad que la preocupaba, pero no era capaz de darle forma consciente. Al instante su atención se concentró en otro asunto, y el hilo de su memoria se rompió. Happy McAllister apuntaba con su arma a Drew Beaumont. Dio un paso, pero la mano de Houston la detuvo con brusquedad cogiéndola por el cuello del guardapolvo.

—Pero ¿qué hace? ¿A qué viene esto?

Houston ignoró sus palabras y preguntó a Happy:

—¿Es éste?

Happy hizo un gesto de asentimiento.

—Sin duda. Vaya si me ha costado trabajo dar con él. No dijo ni pío hasta que vio que volvías. Me pareció que eso lo alteraba un poco.

Ethan sabía qué había alterado a Drew, y no había sido Nathaniel Houston. Hasta que ella no había entrado en el vagón, el otro periodista del *Chronicle* se había mantenido en un estoico silencio. Pero, por lo visto, Drew no confiaba en que su colega fuera a mantener la misma discreción. Un hombre prudente, pensó Ethan. Por su aspecto, parecía probable que en cualquier momento la joven fuera a decir algo que lo acusase.

—Pero ¿qué pasa? —repitió Michael. Esta vez se zafó del agarran de Houston y se acercó varios pasos a Drew. El arma de Happy la mantuvo a distancia—. Drew, ¿qué pasa?

—¿Lo conoce usted? —preguntó Houston.

—Claro que lo conozco. Es...

Ethan volvió a contener la respiración. Drew la interrumpió.

—Nos hemos conocido en el tren. Como probablemente ya se haya dado cuenta, su compañía es muy distraída.

—Pero... —Michael frunció el entrecejo—. ¿Por qué...?

—No se preocupe por mí —Drew volvió a cortarle—. Por lo visto, a estos hombres no les gustan los periodistas, y me han descubierto. Estaban seguros de poder localizar a un reportero en seguida, pero debo de tener mas pinta de párroco de lo que suponía. Han tardado un rato en dar conmigo. Maldita sea, al fin y al cabo mi madre quería que fuera cura.

Drew pronunció las últimas palabras con una sonrisa de autocensura.

—Drew, sigo sin saber...

—Parece que este tipo y su amigo han desenganchado los vagones del *Chronicle* y el furgón de cola.

—¿Que han desenganchado los vagones...?

Michael no lo entendió en seguida; lo que Drew contaba era demasiado espantoso.

—Han muerto —dijo él en voz baja, mirándola a los ojos y pidiéndole con la vista que fuera precavida—. Todos.

Aunque en el vagón de primera clase no había más sitio que antes, y aún era posible hacerse daño, ya no importaba. Michael se desplomó en el pasillo.

Capítulo 2

En cierto modo era un alivio, pensó Ethan. La joven había perdido el conocimiento y estaba hecha un ovillo y arrugada como una hoja seca en el pasillo. Al menos, por el momento no diría ninguna estupidez. Ahora el podría concentrarse en Drew Beaumont y, con un poco de suerte, hacer que saliera bien. En aquel momento Houston se agachó junto a la cabeza de Michael y le gritó a Happy:

—Saca de aquí a ese maldito periodista y ocúpate de él.

De un tirón, Happy sacó de su sitio a Drew. Drew tropezó con una pierna de Michael y estuvo a punto de caerse, pero Ethan lo agarró.

—Yo lo llevaré afuera. Ayudad vosotros con la señora —dijo.

Sintió la inquietud de los demás pasajeros, pero una mirada glacial y un solo movimiento de su arma hizo que todos se quedaran quietos.

—Obie, vigílalos bien. No queremos héroes. Con una maldita hembra que complique un robo, ya hay suficiente.

—Opino lo mismo —dijo Happy.

Ethan hizo que Drew avanzara delante de él, sin dejar de apuntarle a la espalda con el cañón de su revolver. Una vez fuera del vagón, le ordenó que saltara por el lado de la vía que daba a la montaña.

—Siga andando. Camine hasta el final del tren.

Volviendo la cabeza, Drew echó un vistazo y sonrió con desprecio.

—Gracias a sus amigos, es un paseo más corto de lo que era antes.

—¿Es usted estúpido o valiente?

—Ninguna de las dos cosas; sólo soy realista. Usted va a matarme, así que tengo la intención de decir todo lo que se me ocurra.

Al llegar a la altura del último vagón, sus pasos se hicieron más lentos. Ethan le dio un golpecito.

—Siga andando, otros treinta metros o así. Luego deténgase antes de la curva. Si alguien quiere mirar, quiero que vea que hago mi trabajo.

Ethan miró a su alrededor y sintió que se cerraba la noche, negra como la tinta. ¿Lo vería alguien desde el tren a esa distancia? Un testigo sería de utilidad, pues reafirmaría su reputación ante los demás. Algunos no acababan de confiar en él.

—Ya está bien —dijo—. Ni se le ocurra tratar de fugarse, o tendré que matarlo de un tiro.

«Qué comentario tan extraño», pensó Drew. Se dio la vuelta y, más allá del hombro del ladrón, vio el último vagón de tren, el de los inmigrantes. En el cristal de la puerta se apretujaban algunas caras, las de quienes querían ver una ejecución en medio de la noche.

—¿Qué tienen sus compañeros en contra de un poco de cobertura periodística? —preguntó—. Algunas bandas la agradecerían.

—Quizá los hermanos James, pero nosotros no. —Ethan amartilló el revolver, y el chasquido del percutor resonó muy fuerte en el silencio de la noche—. Ninguno de los que estamos aquí tiene el menor deseo de

convertirse en un héroe.

—Qué lastima. Si usted me contara algo sobre su banda, yo podría escribir un artículo en tono comprensivo.

—O es usted un embustero o un hombre sin principios. ¿Ya ha olvidado a sus colegas? ¿Cuántos iban en el vagón cuando lo desengancharon?

Drew temblaba de miedo y de frío. Se metió las manos en los bolsillos.

—Cuatro del *Chronicle.* Su muerte ha sido una insensatez.

Movió los ojos con rapidez y nerviosismo, y pensó en si, después de todo, podría fugarse. A la derecha, el de la montaña, no había donde ocultarse, y el lado izquierdo era una pendiente abrupta y rocosa.

—Mis amigos no iban armados, por amor de Dios. No suponían un peligro para ustedes.

—No todo el mundo opina igual —dijo Ethan— ¿Cuántos vagones tenía el *Chronicle?*

—Cuatro.

Ethan soltó un juramento en voz baja.

—¿Se incorporaron ustedes en Cheyenne?

—Sí.

El hecho de que no supieran que los periodistas estaban allí no le tranquilizó la conciencia. Aunque hubieran estado años preparando el golpe, se trataba de una variable impredecible, y además no habían contado con mucho tiempo para planearlo. Desplazó el peso de su

cuerpo de un pie a otro y bajó un poco el revolver; luego dio un tirón de su pañuelo, con lo que se descubrió la cara. Drew Beaumont se preparó para recibir el disparo, pero al ver que no llegaba, el miedo lo encolerizó.

—Acabe de una maldita vez, hijo de puta.

—Escúcheme con atención —dijo Ethan—. Cuando dispare, quiero que se eche las manos al pecho, que se caiga y que ruede hasta la pendiente. Después lo empujaré con el pie y lo haré caer por ella. A partir de ahí, es asunto suyo.

—Pero me voy a matar en la caída.

—Es posible, pero hay un montón de afloramientos rocosos donde puede agarrarse bien. No voy a empujarlo fuerte. Es probable que no ruede más de unos seis o diez metros —Ethan vio que Drew iba a soltar otra queja—. Mire, si se plantea que la alternativa es una bala en el corazón, me parece que le ofrezco un buen trato.

Drew tragó saliva.

—¿Por qué hace esto?

—Tengo mis motivos. Pero antes de escribir una palabra de esto en su periódico, póngase en contacto con su editor. ¿Me entiende? Ni una palabra antes de ponerse en contacto con Marshall. Cuéntele lo que ha pasado y deje que sea él quien decida lo que haya que publicar. No actúe por propia iniciativa.

Drew estaba a punto de preguntar por qué era tan importante hacerlo así cuando vio que la puerta trasera del vagón de los inmigrantes se abría y que de él salía Michael Dennehy. Entonces abrió más los ojos y

dijo:

—Ay, Dios mío, es ella.

Ethan volvió la cabeza. La mujer no estaba sola; de haber sido así, él habría manejado bien la situación. Detrás iba Obie con su escopeta, siguiéndola a zancadas, mientras ella avanzaba a todo trapo como una locomotora.

—Maldita sea. Esto cambia las cosas.

Los ojos de Drew se dilataron, alarmados.

—No querrá decir...

Ethan afirmó con la cabeza y musitó:

—Esa mujer tiene un peligro...

Luego volvió a levantar el arma y disparó. Observo que Drew vacilaba unos segundos. Obie y la mujer se acercaban rápidamente, así que ordenó a Drew:

—¡Cáigase, estúpido! ¡Venga!

Las rodillas del periodista se doblaron; hasta que no dio contra el suelo no advirtió que no le habían disparado. Entonces rodó hasta la pendiente y se quedó allí tumbado. Oyó que Michael gritaba, pero no tuvo tiempo de pensar en ello; el pie de Ethan, enfundado en la bota, lo empujó en las costillas, y su fuerza lo hizo caer por la pendiente. Se deslizó sobre la barriga, rodó, trató de agarrarse y dio unas cuantas vueltas más; un viaje en el que lo acompañaron roca, nieve, puñados de arbustos y hasta una traviesa abandonada. Algo lo golpeó en la cabeza y, de repente, su visión se volvió más negra que la noche. Lo último que

pensó antes de perder el conocimiento fue que quizá un disparo no le habría dolido tanto.

Antes de que Ethan se diera la vuelta, lo atacaron por detrás. Michael se las arregló para meterle todo el antebrazo debajo de la barbilla y luego le apretó la garganta. Por un instante pareció que el impulso de su ataque los mandaría rodando ladera abajo, pero en lugar de eso, cayeron de espaldas sobre las vías, Michael debajo de Ethan. En ese momento él se sentó a horcajadas sobre su cintura y le sostuvo las muñecas a ambos lados de la cabeza.

Michael se había quedado sin aire en los pulmones; sólo eso evitó que soltara una retahíla de palabrotas como estaba haciendo el hombre que tenía encima. No pudo más que lanzar una mirada iracunda a un rostro tan tenso de rabia que los músculos de sus mejillas se contraían con espasmos. Al fin las imprecaciones amainaron, la boca se redujo a una línea y los dientes se encajaron. De repente, a Michael se le ocurrió que era la primera vez que le veía la parte inferior del rostro... Aunque no era la primera vez. De nuevo se esforzó por recuperar el recuerdo que pusiera aquella cara en su lugar; lo había visto antes, estaba segura... Pero ¿dónde?

—Usted ha matado a Drew —dijo en tono acusador—. Lo he visto.

—Lo he matado.

Obie se quedó de pie, con su escopeta, mirándolos.

—Señora, tiene suerte de que no la haya matado a usted también.

—Quizá lo haga cuando les diga quién soy.

Ethan suspiró.

—Ah, maldita sea. Es que no puede mantener la boca cerrada, ¿verdad?

Michael hizo caso omiso de él.

—Drew no era sólo un amigo; era mí...

En ese momento Ethan le dio un cachete; el resultado fue que Michael se quedó con la cabeza a un lado, los ojos cerrados y los lentes torcidos.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Obie— ¿Quién diablos es?

Ethan se levantó, le dio su arma a Obie y después tiró de Michael hasta incorporarla; luego se inclinó y la tomó en brazos.

—Mi esposa —dijo, y empezó a caminar hacia el tren.

Michael se despertó dolorida. En el lado izquierdo de la cara sentía como punzadas. Al principio se sintió desorientada, incapaz de situar dónde se encontraba, qué era aquel movimiento uniforme que sentía debajo o lo que la sujetaba tan fuerte que no podía moverse. Pasaron varios minutos hasta que comprendió que iba a caballo, de noche, y que el hombre que casi le había roto la mandíbula era el mismo que la llevaba abrazada.

—Ya se ha despertado —le dijo él.

Michael observó que el tono de su voz no revelaba nada; el que hubiera recuperado la conciencia no parecía alegrarlo ni molestarlo. Entonces volvió un poco la cabeza para ver el terreno por donde iban y

cuántos los acompañaban. Había otros tres hombres a caballo, dos de los cuales recordaba del tren. El ladrón que obligó al médico a ayudarla, el que ella suponía que era el jefe, no estaba por ningún sitio.

Pasaban por un territorio empinado y rocoso. Las zonas de hielo y nieve hacían lenta la escalada, y escalofriantes los súbitos descensos. El hombre con quien cabalgaba la había situado delante para que estuviera segura, y la cadera de Michael iba calzada entre los muslos de él. Mientras avanzaban, el arzón de la silla se le hincaba en la carne, pero al lado de lo que le dolía la mandíbula aquello no merecía un segundo de atención. Además de caballos y de hombres, también había mulas. En los angostos puertos, cuando se negaban, testarudas, a seguir, el eco repetía sus rebuznos, y el restallar de las fustas resultaba aterrador.

Michael se acarició la mandíbula, de un lado a otro, y se dio cuenta de que no estaba rota.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Ethan no respondió en seguida; quería disfrutar del silencio un poco más. En su opinión, las mulas tenían un talante más amable que la mujer que llevaba en su montura.

—En las Rocosas.

Ella dio un suspiro.

—Eso ya lo sé. Quiero saber dónde.

—Colorado.

También lo sabía.

—¿Ésa es la mejor respuesta que he de esperar de usted?

—De mí o de cualquier otro.

—¿Así que vamos a su guarida?

—Algo parecido.

Sus respuestas, concisas y nada claras, resultaban molestas, y Michael no se caracterizaba por tener mucha paciencia.

—¿Por qué estoy con usted?

El efecto cortante de su tono quedó muy deslucido al dar un respingo de dolor. Entonces intentó llevarse la mano a la dolorida mandíbula, pero vio que la atrapaba el brazo de su captor. Con los dientes encajados y los ojos llenos de lágrimas, preguntó:

—¿Puedo?

Entonces Ethan aflojó la presa y le permitió usar una mano. Pensó que era más fácil cabalgar cuando ella estaba inconsciente, o al menos, cuando no se movía. Lo cierto era que necesitaba toda su concentración para franquear los estrechos puertos y salientes, y, al tiempo, mantenerse derecho y atento a su rehén y a su caballo.

Michael se palpó la cara; imaginó que se pasaría días de color morado. Después volvió a preguntar:

—¿Por qué estoy con usted?

—Porque le dije a Obie que era usted mi esposa.

Michael intentó gritar, pero Ethan fue demasiado rápido. Le tapó con fuerza la boca y la nariz, y las palabras quedaron atrapadas en la palma de su mano. Su presión estuvo a punto de hacer que Michael se desmayara de dolor y de asfixia.

—¡Por una vez, y para variar, cierre el pico y escuche! —dijo él con tono amenazador—. No tiene por qué hacer comentarios sobre todo lo que digo. Estoy intentando salvar su miserable vida: no haga que me arrepienta.

Notó su resignación en el modo en que la mujer relajó su postura: se derrumbó y, al mismo tiempo, se estremeció. Entonces apartó la mano con cuidado y la oyó aspirar el aire con fruición.

Cuando el sendero se hizo más ancho, Ethan se rezagó y dejó que los demás se adelantaran. Hubo cordiales bromas cuando éstos se dieron cuenta de lo que hacía; no habían hablado tanto desde que dejaron el tren. Pero él no pronunció palabra hasta estar seguro de que no los oía nadie, e incluso entonces mantuvo la voz baja.

—Le dije a Obie que usted era mi esposa porque eso era menos arriesgado que lo que usted pensaba decir.

Michael intentó recordar lo último que había dicho antes de que la dejaran inconsciente de un golpe. Luego frunció el ceño y preguntó:

—¿Cómo sabe lo que iba a decir?

—Porque, señora, a veces es usted casi tan fácil de predecir como un titular. Estaba a punto de soltar que aquel periodista era su colega. —Su tono la desafió a que dijera otra cosa—. ¿No es así?

Ella asintió de mala gana y añadió:

—¿Y usted cómo lo sabía?

—El me lo contó —mintió Ethan—. Cuando usted salió corriendo del tren y vino hacia nosotros, empeñada en ser una mártir, me lo contó,

y también me rogó que le salvase a usted la vida.

—Y usted no podía negarse a cumplir el último deseo de un moribundo.

—Algo parecido.

Su tono frío y desapasionado le crispó los nervios a Michael.

—Lo cierto es que es usted un cabrón amoral, ¿verdad?

Ethan se negó a dejarse irritar.

—Si usted lo dice...

Cabalgaron en silencio durante un rato. Sabía que ella iba llorando, pero ignoraba si era por sí misma o por Drew, y tampoco se preocupó de saberlo. Al fin, le dio el pañuelo que llevaba al cuello diciéndole:

—Tenga. Suénese.

Michael lo aceptó, se enjugó los ojos y se sonó; luego intentó devolvérselo, pero su gesto fue recibido con un seco «Guárdeselo», y se lo metió en el bolsillo del guardapolvo.

—¿No pudo dejarme atrás?

—No sé cómo. Como le dije a Obie que es mi esposa ahora todos creen que usted sabe quién soy. Y cuando él creyó que me había reconocido, no pude dejarla allí. Nos habría puesto a todos en peligro.

Michael echó la cabeza un poco atrás y clavó la mirada en el duro perfil de su captor. Despacio, en voz baja, dijo:

—Es extraño, pero es como si... No estoy segura, pero..., es como si de verdad lo conociera.

«Va a darle vueltas hasta aburrirse...», pensó Ethan indignado. Y

comprendió que no descansaría hasta identificarlo.

—No veo cómo.

—Yo tampoco —admitió ella.

Volvió a recostar de nuevo su cabeza en el hombro de él, demasiado cansada para pensar con claridad o para urdir una escapatoria; al cabo de un instante preguntó:

—¿Cómo lo llamo?

—Me llamo Ethan Stone. —Por primera vez desde hacía horas, sonrió—. Suena mejor que Cabrón Amoral.

—Si usted lo dice...

—Y me parece que yo debería saber su nombre —dijo Ethan, al ver que ella no decía nada.

—Mary Michael Dennehy.

—Dennehy —repitió en voz baja. Señor, se había devanado los sesos intentando recordar el apellido—. ¿Irlandesa?

—Por parte de madre. Del condado de Clare.

—¿Católica?

—Lo de Mary Michael lo dice todo.

—Bien, Mary Michael, me parece que deberíamos...

—Sólo Michael. Nadie me llama Mary.

Ethan esbozó una sonrisa.

—Es lógico.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Me parece que deberíamos montar una historia común —dijo sin

responder a su pregunta—, antes de que nos hagan preguntas por separado y nos pongamos en evidencia.

—Invéntela usted. Yo aún no he decidido si estoy de acuerdo con algo de lo que usted haga.

De pronto, Ethan refrenó su montura, tan bruscamente que casi hizo saltar a Michael de la silla. Con una mano enguantada le rodeó la garganta, y después la inclinó hacia atrás para verle la cara con claridad. Sus ojos claros, de un color entre azul y gris, reflejaban el frío resplandor de las estrellas.

—No puede ser usted más estúpida, ¿verdad? Si quiere ver salir el sol, no hay opción entre estar de acuerdo conmigo o no estarlo. Dígame si va a enfrentarse conmigo a cada paso que demos, y le romperé el cuello aquí mismo y la dejaré tirada como si fuera carroña.

Michael se estremeció con la ronca promesa que latía en su voz como la pétrea dureza de sus ojos. Él le escudriñó la cara y le preguntó:

—¿Hay algo que no entienda?

Ella respondió con un leve movimiento negativo de cabeza, y Ethan le soltó la garganta.

—De acuerdo. Haría bien en tener presente que su vida no significa para mí ni la mitad de lo que significa la mía.

—Lo recordaré —dijo ella, en voz tan baja que él tuvo que esforzarse para oírla.

—Entonces quizá salga de esto con bien. —Hizo avanzar a su caballo; luego se desabotonó un poco el gabán de lana de oveja y le dijo

—: Meta los brazos dentro. Debe de tener las manos como el hielo.

Las tenía entumecidas de frío, pero no estaba segura de querer estar tan cerca de Ethan; su titubeo lo indicó de forma inequívoca. Entonces él se encogió de hombros y comenzó a abrocharse los botones otra vez.

—Como quiera.

—No..., espere. Tengo frío. En realidad, estoy casi tiesa de frío.

La verdad era que no parecía tiesa, pensó Ethan cuando ella metió los brazos por debajo del gabán y le rodeó la espalda. Aquel movimiento hizo que se apretara aún más, y él fue bien consciente de sus suaves curvas. Se dijo que cualquier hembra que estuviera así de cerca, casi encajada en él, habría provocado la misma respuesta, porque no era posible que su cuerpo estuviera despertándose por ella... Tenía que pensar en otra cosa, y rápido.

—¿Algún diente suelto? —preguntó.

Michael ya se había pasado la lengua por los dientes varias veces para asegurarse de que estaban intactos, pero volvió a hacerlo.

—Ninguno.

Ethan intentó que en su voz no se trasluciera el alivio que sentía.

—Pues le di bastante fuerte.

No hubo más respuesta que un resoplido.

—Cuando lleguemos al lugar adonde vamos, le diré a Detra que le cure la cara.

—¿Detra?

—Ella nos cura las heridas.

Michael se preguntó si encontraría una aliada compasiva en aquella mujer; luego preguntó:

—¿Quiénes son «nosotros»?

—Trate de mantener a raya su curiosidad de reportera; cada cosa a su tiempo. —Al ver que se les acercaba Happy McAllister, le dio un achuchón—. Por ahí viene Happy. Pase lo que pase, siga mi ejemplo.

Notó que la mejilla de ella le rozaba el pecho mientras asentía.

—¿Pasa algo, Happy? —preguntó.

—Nada que se me ocurra —dijo el de más edad, inclinando su nervudo cuerpo hacia delante—. Menos por ese cacho de respondona que llevas, diría que nos ha salido todo como planeamos. Nada como una hembra para echar a perder un asunto.

Era justo lo que Ethan pensaba.

—Así es.

Sintió que Michael se ponía rígida. ¿Es que pensaba que iba a defenderla?

—Michael... —dijo Happy, rascándose la áspera mejilla—. Qué nombre tan raro para una mujer. No recuerdo que hablaras de ella, ni que estuvieras casado.

—Eso es porque nunca he hablado de ella. Lo cierto, Happy es que esta noche es la primera vez que veo a mi esposa en cuatro años.

El dato impresionó a Happy, que meneó la cabeza.

—Vaya, qué mala suerte. No es de extrañar que no te reconociera cuando te echó el ojo en primera clase. Cuatro años... Eso es una

barbaridad de tiempo.

Ethan asintió.

—Me ofrecí a sacar al periodista sólo para quitarme de en medio; pensé que estaba a salvo cuando ella se desmayó, pero después de matar al reportero y de que ella me viese fuera sin el pañuelo, supe que no podía correr riesgos.

—¿Qué tenía que ver él con ella? —preguntó Happy—. Obie dice que intentaba deciros algo cuando la golpeaste.

Ethan pensó en qué decir, pero en ese momento intervino Michael.

—Drew Beaumont era mi prometido. —En seguida sintió, más que oyó, el sordo zumbido de desaprobación de Ethan—. Si una no sabe de su marido en cuatro años, es normal suponer que ha muerto.

Ethan prefirió cortarla antes de que inventara una historia reñida con lo que ya les había contado a los otros.

—O esperar que lo esté... Yo la abandoné, Happy. No me puede ver.

—Pues quién lo diría —dijo Happy—. Los dos tan abrazados ahí, como uña y carne...

—No me han dado otra opción —dijo Michael con frialdad.

—¿Ah, no? —La amplia sonrisa de Happy mostró una hilera de dientes, enteros pero manchados de tabaco—. Pues podría cabalgar conmigo un rato, señora Stone.

Antes de que pudiera formular una queja o echarse atrás, Ethan accedió al plan.

—De todos modos estará más cómoda contigo, Happy. Hay más sitio

en la silla.

Los dos acercaron sus caballos, y Michael fue trasladada sin demasiada ceremonia de una silla de montar a la otra.

—Ojo con tus modales —dijo Ethan.

Sus palabras no fueron tan significativas como su mirada. Michael sintió que la penetraban los ojos de Ethan. Luego, sin volverse, éste arreó a su caballo y en cuestión de segundos estuvo fuera del alcance de sus palabras.

—Bueno —dijo Happy—. Qué cómodo.

Michael se mordió el labio inferior.

—Ejem. Sí. Esa es la palabra: cómodo.

Ethan Stone lo había hecho para castigarla. Estaba segura de que sabía que no quería ir con Happy, pues tuvo que notar su resistencia a que se la pasasen como si fuera un bulto.

—¿Cuánto hace que conoce a mi marido, Happy? Se llama usted Happy ¿no?

—No lo elegí yo —dijo—. Pillé ese nombre cuando era un peón novato. Me corté en la cara con un vergajo; ahora, con la barba y eso, no se ve mucho la cicatriz. El médico dijo que me había cortado un nervio; «cortado limpiamente en dos», dijo. Y a todos les dio por decir que parecía que siempre estuviera riéndome, y por eso me llamaron Happy. Parece que se me quedó. Pero, como le he dicho, señora Stone, no lo elegí yo.

—Intentaré recordarlo.

—Procure hacerlo.

Happy sacó una bolsa de tabaco del bolsillo del gabán, tomó un pellizco con el pulgar y el índice, y se lo metió entre el labio inferior y la encía.

—Conozco a su marido hace ya cerca de cinco meses; es lo que lleva con nosotros, porque es el más nuevo. Ya entenderá que parezca un poco receloso por lo que dice o hace.

Michael no pudo más que emitir un murmullo. Se preguntó cuánto aguantaría en la silla; incluso apoyada en Happy, le resultaba difícil mantenerse erguida. Además los dedos volvían a dolerle de frío, y Happy no le ofrecía que se las calentara como Ethan.

—Ben va por delante —prosiguió Happy—. Él y yo hace mucho que nos conocemos. Es mi hermanastro: la misma madre, pero distintos cabronazos; él es Simpson, y yo, McAllister. Obie lleva unos dos años con la banda; buen muchacho. No es que le guste mucho hablar, sobre todo con señoras, pero a ellas parece que no les importa. Lo del agua mansa, y eso.

Michael miró hacia delante, al sendero, y decidió quién debía de ser el hermano de Happy. Sabía que Obie era quien fue tras ella cuando salió del tren para buscar a Drew, y ahora cabalgaba junto a Ethan Stone. Escudriñó la oscuridad para buscar a alguien más.

—¿Dónde está el otro? —preguntó—. El que daba las órdenes.

—Debe de referirse a Houston. Él y Jake han llevado la locomotora un poco más adelante, por la vía, para que los pasajeros no nos sigan. El

Union Pacific no se enterará del asalto hasta que vean que el tren llega tarde a Barnesville. Y hasta creerán que se ha quedado parado por la nieve.

—Entonces nadie nos seguirá, ¿no?

Aunque intentó mantener la voz serena, en su pregunta había una sombra de desesperación.

—Esta noche no —dijo Happy—. Y casi seguro que mañana tampoco. Para cuando reúnan un grupo de búsqueda, nuestro rastro lo tapará la nieve.

—¿Y la compañía del ferrocarril? ¿El Union Pacific no enviará hombres detrás de ustedes?

Happy se echó atrás en la silla para ver bien la cara de Michael.

—Señora Stone, me parece que no está muy contenta de haber vuelto a ver a Ethan. ¿Va por ahí la cosa?

Michael vio los ojos de Happy fijos en ella, y desvió la mirada.

—Por ahí va la cosa —repitió en voz baja—. No quiero estar aquí.

—Pues no crea que yo estoy a favor, señora.

Por un momento, Michael tuvo esperanzas.

—¿No? Entonces podrá ayudarme a...

Happy la interrumpió.

—No siga, señora Stone. Me ha entendido mal. Claro que no quiero que esté aquí, pero excepto muerta y enterrada, no hay otro lugar para usted.

Michael sintió que se le helaba el alma; el escalofrío que la recorrió

no tuvo nada que ver con el viento glacial que se arremolinaba a su alrededor. Entonces, mientras sus dientes entrechocaban, dijo en voz baja:

—Por favor, quiero volver con Ethan.

—Espere un poco —dijo Happy—. Y si tiene frío, abráceme como hacía con él.

—Ya me las arreglaré —repuso ella; la idea le produjo asco.

Michael se cruzó de brazos, metió las manos bajo las axilas y hundió más aún la cabeza en el cuello levantado del guardapolvo para aislarse del cortante viento. Luego preguntó:

—Usted desenganchó los vagones del *Chronicle,* ¿verdad? Usted los mató.

Estaba convencida de que no contestaría o de que rechazaría la acusación, pero Happy le quitó importancia al asunto.

—Obie me ayudó, pero la idea fue mía.

Se quedó pasmada al ver que lo admitía con tanta facilidad.

—¿Por qué me lo cuenta? ¿Y por qué me ha contado todo lo demás? Ha de saber que...

Happy la interrumpió de nuevo, esta vez metiéndole una mano dentro del guardapolvo y poniéndosela sobre el muslo.

—Yo me lo imagino así, señora Stone: cuanto más sepa, más sabrá que no va a ir a ningún lado. Como es su marido y todo eso, es probable que a Ethan se le haya metido en la cabeza protegerla, pero yo no tengo esa obligación: O está usted con nosotros o contra nosotros. No hay más.

Con nosotros, vive; contra nosotros, muere. ¿Hablo lo bastante claro?

Ella asintió.

—Bien. Ahora, como veo que conmigo no entra usted precisamente en calor, la llevaré otra vez con Ethan. Y no creo que tenga mucho sentido contarle nuestra conversación, ¿verdad?

—No.

Happy sonrió; tenía trozos de tabaco en los incisivos. Escupió.

—Estupendo, señora. Después de todo, a lo mejor se queda con nosotros.

Al cabo de unos minutos alcanzaron a los demás. Ethan iba enfrascado en una conversación con Obie y Ben. El cambio de Michael a la montura de Ethan se realizó de forma rápida e impersonal. Después Happy dijo:

—Me parece que voy a adelantarme; a ver si encuentro a Jake y Houston. No debe de faltar mucho para que den con nosotros.

Dio una patada a su caballo y, volviendo la cabeza, añadió:

—Es una buena pieza, Ethan, me ha abrazado muy bien. No sé en qué pensabas al dejarla sola todos estos años.

Michael sintió que Ethan se tensaba un poco al oír las palabras de Happy, pero no contestó.

—No le echéis cuenta a Happy —dijo Ben—. No va con intención. Lo más probable es que el frío le haya echado a perder las mientes un poco. Iré allá adelante y charlaré con él. Obie, ¿por qué no vas tú a la retaguardia un rato?

Casi al instante, Obie refrenó el caballo y dejó que los otros se adelantaran, seguidos de la bamboleante hilera de mulas. Cuando se quedaron solos, Ethan preguntó:

—¿De qué han hablado Happy y usted?

Michael no tenía intención de responder a sus preguntas, ni siquiera de hablar con él más de lo imprescindible. Se dio cuenta de una cosa: hasta entonces jamás había sentido miedo ni cansancio. Porque en aquel momento sintió sus efectos como una parálisis tanto de la columna vertebral como del espíritu, una parálisis que le entumecía la mente y el cuerpo. Sin poder evitarlo, se desplomó sobre Ethan. Éste preguntó:

—¿Michael?

Le dio una pequeña sacudida, pero no hubo respuesta. Al principio creyó que fingía; metió una mano enguantada por debajo del guardapolvo y le rodeó un pecho. Ni se movió. Él sonrió y bajó la mano. Su cautiva tenía nervios de acero, pero de haber podido impedirlo, no habría dejado que la tocara. Mary Michael Dennehy se había quedado profundamente dormida.

Aún transcurrieron más de dos horas hasta que el grupo se detuvo para pasar la noche. Fue la súbita ausencia de movimiento lo que despertó a Michael, que, aunque atontada y desorientada, supo que nuevas voces se habían unido al grupo. Casi al instante reconoció a Houston; en su tono de voz había regocijo e incluso cortesía, así como peligro y amenaza. La otra voz arrastraba mucho las vocales, y Michael le puso nombre: Jake. Fue él quien dijo, mientras Ethan la bajaba con

cuidado de la silla:

—Tu señora está agotada.

Jake Harrity dejó ver los dientes en una amplia sonrisa cuando Michael se deslizó pesadamente por el largo cuerpo de Ethan. Estaba fláccida de agotamiento, y los pies no la sostenían. Él tuvo que sujetarla.

—Yo cuidaré de tu caballo. —Jake desató el petate y lo tiró al suelo junto a Ethan—. Necesitarás esto.

—Gracias, Jake.

Ethan pasó un brazo por debajo de las rodillas tambaleantes de Michael y la levantó en volandas hasta su pecho. Luego la llevó hasta un afloramiento de rocas que resguardaba del viento por tres lados, la dejó en el suelo y regresó en busca del petate y las mantas del caballo.

—Tenemos algo de leña para una fogata, pero no dará mucho calor. Tendrá que compartir las mantas conmigo si espera sobrevivir a la noche. —Como no contestaba y ni siquiera gemía en tono de protesta, le dio con el pie—. Está despierta, ¿verdad?

Michael apartó bruscamente la pierna.

—Estoy despierta.

—Bien. —Dejó caer el petate y las mantas junto a ella—. Extiéndalas lo mejor que pueda. Yo me ocuparé del fuego.

Los dedos de Michael estaban rígidos y torpes por el frío. Las lágrimas le pinchaban en los ojos y se le quedaban heladas y húmedas en las mejillas, pero se obligó a trabajar, pese a lo que le dolían las manos. Por el rabillo del ojo observó que Ethan preparaba una fogata. Cuando

unas pequeñas llamitas empezaron a lamer la leña, el último rastro de razón que le quedaba desapareció: se lanzó gateando hacia el fuego y metió las manos en las llamas.

—Pero ¿qué diablos...? —Ethan se arrodilló y la apartó de un empujón— ¡Vaya estupidez...!

Al mirarla, se calló. Estaba acurrucada, con la cabeza gacha, los hombros hundidos y los dedos metidos en la boca. Le resultó difícil reconocer a la tiesa y almidonada mujer que vio por primera vez en la oficina del *Chronicle.*

—Venga —dijo con voz áspera, acercándose a ella—, déjeme ver qué tontería se ha hecho. No puede meter las manos en el fuego.

Le sacó los dedos de la boca y los examinó a la débil luz. No se habían quemado, pero empezó a sospechar que comenzaban a congelarse.

—¿Por qué diablos no ha dicho nada? Le habría dado mis guantes. —Ella empezó a apartarse al oír la tensa impaciencia de su voz—. ¡Por amor de Dios, venga acá! No voy a hacerle daño.

Ben Simpson se acercó a ellos.

—¿Algún problema por aquí? —preguntó mientras les lanzaba otra manta—. Me pareció que a lo mejor la queríais. ¿Hay algo que pueda hacer?

—Gracias, Ben. Ya me haré cargo yo de todo. Mi mujer se ha vuelto tonta por el frío.

Ben soltó una risita al oírlo, y antes de desaparecer más allá de las

rocas dijo:

—Qué suerte, tener que calentarla y todo. Oye, si necesitas algo, estaré por allí.

—¿Prefiere que Ben le dé calor? —preguntó Ethan— ¿No? Entonces venga aquí, y así podré hacer algo para conseguirlo.

Michael no se movió, pero tampoco se resistió cuando tiró de ella hacia sí. Luego él se quitó los guantes, metió sus manos entre las de ella y sopló sobre los dedos. Al cabo de unos minutos, con cuidado, le acercó las manos al fuego, advirtiéndole:

—No los acerque demasiado.

Tomó la manta que les había dado Ben, le envolvió los hombros con ella y la subió un poco para protegerle las orejas.

—Debió decirme el frío que tenía. Yo podía haber hecho algo.

—No quiero nada de usted —dijo Michael con los dientes castañeteándole.

Ethan encontró el pañuelo que le había dado antes y le secó las lágrimas de las mejillas.

—Claro que no.

Michael cerró los ojos un instante, de nuevo por el agotamiento. Luego, en voz baja dijo:

—No me trate con condescendencia. Usted mató a Drew. Happy ha admitido haber matado a los demás: Paul, Jim, Bill y Dave. Ahora todos están muertos..., por culpa suya y de sus amigos. No quiero nada de usted.

Su voz se hizo tan baja que se convirtió en un susurro, y entonces, sin sonido, sólo moviendo los labios, dijo:

—Quiero dormirme. Quiero morirme.

Él volvió a meterse el pañuelo en el bolsillo; con suavidad, al tiempo que negaba con la cabeza, repuso:

—Es usted una persona extraordinaria, señorita Dennehy. De verdad, una persona extraordinaria.

Aún tardó varios minutos en terminar con los preparativos, hasta que al fin ambos estuvieron acostados para pasar la noche. Ethan protegió a Michael con su cuerpo y con las mantas, y la metió bien dentro de su gabán abierto, junto a su pecho. Incluso en su estado soñoliento y semiinconsciente, ella se mantuvo rígida e inflexible, con todos los músculos tensos de frío, y de miedo ante las intenciones que él pudiera albergar. Estaba temblando, y Ethan notaba su temblor en el hombro. Entonces Michael oyó su voz como si viniera de muy lejos; una voz baja, animosa, suave, y lo mejor de todo: le daba calor en la cara.

—Duerma —decía—. No haga nada más; sólo duerma.

Soñó que estaba otra vez en el vagón jugando al póquer con sus amigos. Tenía una montaña de fichas delante, y había sacado tres cartas. Allí estaba Drew, molesto con su suerte y pidiéndole un anticipo de treinta dólares; en contra de sus deseos, Michael se vio negándose una y otra vez. Quiso controlar el sueño, rehacerlo de forma que le agradara, pero no lo consiguió. Entonces los demás empezaron a pedirle dinero también. Paul y Jim le dibujaron caricaturas fumando un puro y

haciéndose la tacaña, mientras Hill y Dave amenazaron con contárselo a Logan Marshall. En ese momento Happy interrumpió la partida y desenfundó su arma; luego prometió matar a los periodistas uno por uno, y a Michael la última. Impotente para detener aquella horrible cadena de acontecimientos, vio cómo, uno por uno, todos sus amigos se enfrentaban al arma de Happy. Cuando el revólver apuntó a su cabeza, cerró los ojos..., y se despertó gritando.

O eso creyó. Al principio no supo si estaba despierta o si seguía atrapada en la pesadilla. Ethan Stone estaba a su lado, con una pierna cruzada pesadamente sobre las suyas. Las mantas los envolvían. Oyó el chasquido y el chisporrotear del fuego; salvo por aquel sonido, ni un crujido, ni un movimiento en la noche. No se oía el eco de su grito, ni la agitación de los demás; había soñado el grito, igual que toda la improbable charla de su pesadilla. Los detalles del sueño comenzaron a desvanecerse, y sin embargo le quedó una impresión indeleble: no había habido nadie que la salvara, nadie que detuviera la implacable caza de reporteros. Aquello, más que el capricho de un sueño, parecía un presagio.

Echada allí, muy quieta, meditó sobre la posibilidad de escapar. Ethan Stone parecía profundamente dormido, pues respiraba de forma tranquila y regular. Eso no le sirvió de consuelo, como tampoco el calor que le brindaba; hablaba en serio cuando aseguró que no quería nada de él. Se le había ocurrido que su protección tenía cierto precio, y aunque no imaginaba con claridad lo que exigiría, no tenía intención ninguna de

pagar.

Levantó un poco una esquina de la manta para dejar entrar la luz de la hoguera. El juego de sombras en las facciones bien talladas de Ethan le prestaba un halo de peligroso misterio. Sin querer, se sintió atraída hacia él mientras, una vez más, se esforzaba por dar con el recuerdo que le haría situar su cara en un lugar y un momento... Y, como antes, su esfuerzo resultó vano. No había memoria definida de unos ojos entre azules y grises; de una mirada directa, de párpados entornados; de unas pestañas tupidas o aquellas arrugas. No entendía por qué aquel oscuro pelo de ébano, demasiado largo en la nuca y con hilos grises en las sienes, tendría que sonarle vagamente familiar, si, en cierto modo, era corriente. Irritada por no ser capaz de localizar aquel torturante recuerdo, volvió a dejar caer la manta en su sitio, tapó a Ethan y con mucho cuidado fue deslizándose hasta apartarse de él.

Al instante echó de menos su calor, pues al sentarse, a pesar del abrigo rocoso, el aire frío se arremolinó en torno a ella; entonces supo que, aunque fuera posible huir de aquellos hombres, sus posibilidades de escapar a los elementos eran casi nulas. Y sí que debía de estar idiota por el frío, pensó, porque el saber que podía morir congelada en las salvajes montañas de Colorado no le hizo cambiar de opinión respecto a huir. Con precaución, buscó los guantes de Ethan bajo las mantas, los encontró y se los puso; luego quitó la manta de arriba y se envolvió con ella la cabeza y los hombros. Entonces se levantó despacio y se aseguró bien de que sus piernas, rígidas e inestables, la sostenían, antes de pasar

por encima de Ethan.

La hoguera que los otros habían encendido y rodeado con sus petates y cojines de montar estaba reducida a un montón de rescoldos. Se quedó junto a ella, muy quieta, oyendo el resoplar de los caballos y los movimientos inquietos de las mulas. Conocía sus propios límites, y vio que nunca conseguiría volver hasta el tren cabalgando uno de aquellos animales; eso si lograba montarlo. Lo más probable era que un caballo la tirara, y las mulas se mostraban muy poco dispuestas a colaborar hasta con quienes sabían manejarlas. No encontró más alternativa que andar.

La nieve amortiguaba sus pisadas pero hacía difícil caminar. Intentó no pensar en la distancia que tendría que recorrer hasta dar con el tren, sino sólo en seguir adelante.

Anduvo durante un rato y luego se volvió para calcular cuánto se había alejado del campamento. La inundó el desánimo al ver que aún distinguía el resplandor rojo de la hoguera; el centenar de metros que creía haber avanzado no debían de haber sido más de treinta. Se había planteado la posibilidad de que un grupo de rescate encontrase su cuerpo congelado en el camino, pero lo que no pensaba era caer tan cerca del campamento de los ladrones como para que fueran testigos de su muerte. Eso bastó para que aumentase el ritmo de sus pasos durante los minutos siguientes.

—¿Adónde diablos cree que va?

Daba la impresión de que aquella voz no procedía de ningún sitio, pero la rodeó por todos lados y la detuvo en seco. Era la voz de Ethan

Stone. No había forma de confundir su tono profundo, suave y roto, y su leve deje de regodeo; tampoco había forma de confundir su impaciencia, su incredulidad y su cólera. Michael se cerró más la manta en torno al cuello y miró en la oscuridad con los ojos entrecerrados para localizarlo; por fin lo vio, de pie en un saliente rocoso que había sobre ella. Sin saber por qué, le hizo pensar en una cabra montesa, y soltó una risita; en cuestión de segundos, y sin razón aparente, salvo que no podía evitarlo, estaba riéndose como una loca.

Ethan se dio cuenta de que Michael había llegado al límite de su cordura y saltó de la cornisa. La agarró por los hombros con sus grandes manos, y sus largos dedos se hundieron con fuerza en la manta hasta clavarse en la carne. Después la zarandeó, y la cabeza de Michael se bamboleó de un lado a otro en el delicado tallo de su cuello. La risa se extinguió, y el preludio del silencio fue un hipido. Entonces miró a su captor con expresión fija, casi solemne, con los ojos muy abiertos y muy sorprendida por aquel sonido, así como por el hecho de que hubiera surgido de ella, mientras intentaba recordar si había bebido algo.

—Debería matarla —dijo Ethan.

La veía lo bastante bien como para saber que no parpadeó; o era la mujer más valiente que había conocido nunca, o la más rematada de las tontas. Votó por lo último; por lo visto, creía que no hablaba en serio.

—Tan seguro como es de noche, sé que usted me traerá la ruina. Lo supe en el mismo instante en que la vi en aquel tren; más bien creo que lo supe en el mismo instante en que la vi por primera vez.

En ese instante una de sus manos se dirigió al revólver, y sus dedos rodearon la empuñadura.

—¿Qué hacéis vosotros dos por aquí?

Ethan se volvió con el revólver en la mano. A unos cuatro metros, en el camino, estaba Happy McAllister.

—Joder, Happy, ¿quieres que te maten? No aparezcas de ese modo.

—Ya te había ganado por la mano, Ethan —Happy deslizó su arma en la pistolera—; te habrías dado cuenta si no fuera por tu mujer. Me entran ganas de matarla yo mismo por intentar darse el piro.

Mientras guardaba el revólver, Ethan sintió que, detrás de él, Michael empezaba a desplomarse; antes de que se cayera, la agarró por la muñeca y la puso delante, de cara a Happy.

—¿Crees que estaba huyendo?

Consiguió dar a su pregunta un tono de sorpresa por la conclusión a la que el otro había llegado.

—La he visto salir a hurtadillas con mis propios ojos.

—¿Has oído, Michael? —preguntó, manteniéndola erguida sobre sus pies congelados—. Happy creía que estabas huyendo e iba a matarte.

Quizá eso la sacase de su estupor; sí no hubiera dado con ella antes que Happy, ya estaría muerta.

—¿Michael?

—Yo iba a... —dijo ésta en voz baja—, iba a..., hacer mis necesidades.

Ethan pensó que aún le quedaba un trozo de cerebro sin congelar, y que había logrado usarlo de forma verosímil.

—¿Te plantea algún problema que mi esposa atienda la llamada de la naturaleza, Happy?

—No hay problema —dijo Happy después de pensar un instante—. Pero ¿no es un poco demasiado lejos del campamento?

—Échale un vistazo a sus huellas, si quieres —le dijo Ethan—. Verás tú mismo que estaba volviendo en círculo.

Con un afligido suspiro, Michael se dio cuenta de que sus palabras eran ciertas. Se había desorientado en aquella oscuridad y, cuando él la llamó, en realidad iba de regreso al campamento.

—Vuelve al campamento, Happy. Deja que yo me ocupe de mi esposa.

—Supongo que por eso decidiste seguirla, ¿verdad?

—Supones bien.

Happy se encogió de hombros y levantó una peluda ceja en un gesto escéptico.

—Si tú lo dices, Stone... Sólo que no recuerdo haber oído nunca a un hombre decir que iba a ocuparse de su mujer matándola. ¿O es que no he entendido bien tus intenciones cuando me acercaba?

—Si alguna vez te hubieras casado con algo más que esa mula tuya, sabrías que zarandear a tu mujer para sacarle el diablo del cuerpo forma parte esencial del asunto.

—Darle un zamarreo no es matarla.

Con estas palabras, Happy giró sobre sus talones y luego, murmurando y rascándose la barba irregular que le cubría el mentón, se

alejó.

—Tiene razón —susurró Michael—. Usted iba a matarme.

Ethan no lo desmintió.

—Y aún podría ser.

Michael se zafó del abrazo que la mantenía derecha y empezó a volver al campamento. Su paso era desmañado, casi como si estuviera borracha, y cuando se desvió bastante del sendero, él le espetó:

—¿Y ahora adonde diablos cree que va?

—Tengo que hacer mis necesidades.

—Oh, por amor de Dios —murmuró Ethan.

Esperó en el sendero con impaciencia mal disimulada, mientras ella desaparecía tras una roca y bajo unas ramas protectoras, pero al ver que no regresaba todo lo rápido que él quería, salió en su busca. Cuando lo oyó acercarse, Michael se apresuró a ponerse la ropa interior y se levantó.

—¡Voy! —gritó.

Advirtió que sus palabras no lo hacían desistir, de modo que, con toda la dignidad que pudo, repitió:

—¡He dicho que voy!

Ethan no captó la dignidad por ningún lado. Valoró su aspecto con una rápida mirada y dijo:

—Dios, pero qué patética.

Michael estaba acurrucada bajo la manta. Se la había puesto por encima de la cabeza y seguía temblando, tanto que apenas podía

mantenerse en pie. Él se agachó a su lado y le tocó el borde del vestido y el cuero de los zapatos; estaban húmedos y cubiertos con una costra de hielo, gracias al desatinado paseo por la nieve. Entonces, sin decirle sus intenciones, se la cargó al hombro.

—Necesita usted un guarda —gruñó.

—Tenía cinco —dijo ella mientras la sangre se le iba a la cabeza—. Gracias a usted y a los demás, todos están muertos.

—Repítaselo a otro cualquiera —le dijo él—, e irá a reunirse con ellos.

Michael no dijo una palabra mientras la llevaba hasta donde estaba la otra manta. Cuando empezó a meterse bajo ellas, la detuvo.

—Quítese la falda y los zapatos.

No daba crédito a lo que oía, de modo que no se movió; entonces Ethan se arrodilló, la agarró por los tobillos y empezó a desanudarle los zapatos. Michael reaccionó, pateándole el pecho, y él le dio una ligera palmada en la cara con el dorso de la mano que obtuvo el efecto deseado: atontarla lo bastante para que se mostrara dócil.

—Eso está mejor —comentó él.

—Me ha pegado —dijo ella.

Mientras le quitaba un zapato, contestó, sin ni rastro de disculpa en la voz:

—Y volveré a hacerlo si no empieza a hacer lo que le digo. Quítese el otro mientras saco otro par de calcetines de la alforja. Sin discutir. Hágalo. Y la falda también.

Michael se preguntó si también tendría una falda en la alforja, pero un difuso sentido de la supervivencia la ayudó a mantenerse callada. Para cuando regresó, ya había hecho lo que le había pedido; entonces vio caer en su regazo un par de gruesos calcetines de lana, mientras un gruñido le ordenaba que se los pusiera.

—¿Qué ha hecho con los guantes que llevaba?

Había tenido que quitárselos para desanudar los cordones de los zapatos. Los encontró junto a la fogata apagada, y Ethan se los quitó.

—No coja nada mío a menos que me lo pida o que yo se lo dé. ¿Ha comprendido?

Michael asintió. Él le dio un par de pantalones vaqueros.

—Póngaselos. Son los que Obie lleva de más, y creo que pueden irle bien. Extenderé su falda sobre una roca; por la mañana estará más tiesa que un cadáver, pero podrá ponérsela de nuevo. De los zapatos no estoy tan seguro. —Echó leña a la hoguera y la encendió—. Acérquese al fuego y después acuéstese.

Aguardó a que siguiera sus instrucciones. Cuando estuvo bajo las mantas, se deslizó junto a ella.

—No piense en moverse hasta por la mañana.

Michael no pensó en otra cosa; atrapada como estaba por el brazo y la pierna de él, no tenía otra cosa en mente que la libertad.

—No hace falta que me sujete —susurró—. No voy a ir a ningún sitio.

Ethan suspiró, cansado.

—Comprenderá que no la crea.

—Se lo juro.

—Duérmase.

Y, aunque resultaba extraño, lo hizo. Y más tarde, cuando él se dio la vuelta y se separó de ella, fue Michael la que persiguió, atontada, su calor, y quien se apretó a él. Fue la pierna de ella la que se insinuó entre las suyas, y su brazo el que se curvó en torno a la cintura del hombre. Fue el aliento de ella el que le entibió la nuca, y la cadencia regular de su respiración la que lo acunó hasta dormirlo.

Lo despertó algo que no paraba de darle golpes en el pie; intentó ahuyentarlo como a una mosca importuna, pero el rítmico golpeteo no cesó. Entonces abrió los ojos, recorrió con ellos su cuerpo para dar con el origen de aquella molestia y luego alzó la vista al ver a Houston de pie sobre él. En su fino rostro había una sonrisa traviesa, y en sus ojos negros, un brillo de complicidad.

—Da la impresión de que has pasado mejor noche que el resto de nosotros. Vaya historia.

Ethan se dio cuenta de que era verdad. Michael estaba bien pegada, tan cerca que era como una extensión de su propia piel... Y él no se acordaba de cuándo había sido la última vez que durmió tan profundamente. Como si confirmara lo que estaba pensando, Houston dijo:

—Por lo general no tengo que despertarte. Claro que no sueles tener a una dama abrazándote.

Se soltó de Michael y se sentó. Luego echó mano al cinto con la pistolera, se lo puso y se levantó.

—¿Nos esperabais para salir?

Houston le alargó una jarra de hojalata llena de café caliente.

—Happy no ve la hora de que sigamos camino, pero no hay prisa. Faltan días para que se organice un grupo de búsqueda, y además se avecina una tormenta. Dentro de veinticuatro horas no habrá rastro que seguir. Estamos a salvo.

Ethan se calentó las manos con la jarra de café y se la llevó despacio a los labios aspirando el aroma, como si su sola fragancia lo calentara por dentro.

—Anoche no me enteré demasiado de lo que pasó con la locomotora. ¿Tuvisteis algún problema tú y Jake?

—Ya tenías tus propias preocupaciones. —Houston lanzó una significativa mirada a la silueta dormida de Michael—. Pero no, Jake y yo no tuvimos ningún problema. Después de despejar la vía, desenganchamos la número 349 de los vagones y nos la llevamos a unos seis kilómetros. Cogió bastante velocidad en la pendiente, pero nada que no pudiéramos manejar. Después saltamos en Hunter’s Point y dejamos que siguiera. No terminó la curva.

Con la mano hizo un ademán para indicar lo que había ocurrido.

—Estaba demasiado oscuro para ver bien, pero el eco resonó durante varios minutos.

Ethan tomó un sorbo del café y observó que Houston parecía

satisfecho con el trabajo de la noche.

—Lástima no haber sabido lo de los vagones del *Chronicle.*

—No hubo forma de evitarlo.

Aunque su interlocutor parecía no darle importancia, sabía que estaba enfadado por aquel imprevisto que había añadido una pequeña complicación a sus planes.

—No, no hubo forma de evitarlo. Pero los asesinatos nos traerán problemas.

—¿Te preocupa?

—No. ¿Ya ti?

—No. —Houston señaló a Michael—. ¿Y ella? Happy dice que era la prometida del periodista aquel que mataste.

Ethan asintió.

—Exacto.

—Pero dices que es tu esposa.

—Ella creía que me había muerto... Sospecho que pensaba que había llegado la hora de volver a casarse.

—Nunca habías dicho que tenías una esposa.

—Me parece que en el tren tuviste un encuentro con Michael.

—Exacto —dijo Houston.

—Bueno, pues si estuvieras casado con esa fiera, ¿lo reconocerías?

Houston volvió la cabeza, no sin que antes Ethan viera su sonrisa, lenta y pensativa. Luego, en voz baja, como si hablara para sí, dijo:

—A lo mejor... A lo mejor sí.

Capítulo 3

Hablaron sobre el robo con toda tranquilidad, como si Michael no estuviera allí, o peor: como si su presencia no importara. Era un insulto a su persona y a los hombres que habían muerto, y ella se obligó a recordarlo: cinco colegas muertos, sencillamente, por ser periodistas. Les debía algo, y su historia, su relato del robo, sería la mejor venganza. No tenía que vivir para contarlo en el *Chronicle*: tenía que vivir para contarlo en el tribunal, y el saberlo la mantuvo callada y alerta. Si Ethan o alguno de los otros se preguntaron a qué venía aquel silencio tan inusual, no dijeron ni una palabra.

Michael compartió montura con Ethan Stone, aunque iban demasiado justos para que resultara cómodo; cada movimiento la hacía consciente de él, de la dura pared de su pecho y de la cuna de sus muslos, donde se apoyaba. Intentó no moverse, y también, no pensar en cómo se había aferrado a él durante la noche. La mañana se templó, con lo que aumentó la amenaza de una inminente tormenta. Seguía llevando los vaqueros que él le había dado; la falda estaba tan tiesa como había predicho. Los zapatos no le entraban con los gruesos calcetines, de modo que los llevaba en el regazo. A veces le daba miedo agarrarse a Ethan. Se

recordaba a sí misma que no era su aliado, aunque le hubiera salvado la vida.

El cielo parecía apretarse contra las cumbres de las montañas, y las nubes eran pesadas, densas y grises; en contraste, los copos que caían eran ligeros, aéreos, blancos. Descendían sin rumbo y con regularidad hacia la tierra, pero muy dispersos; daban la impresión de caer alrededor de Michael, pero no sobre ella. Sin embargo, cuando miró la manta que le cubría los hombros, en los pliegues había una fina capa de nieve.

Molesta por el paso de hombres, caballos y mulas, un águila de cabeza blanca se lanzó desde su nido, hecho de palos en un pino, e hizo una pasada amenazadora y elegante sobre sus cabezas; luego se dejó caer más y pasó rozando la superficie de un arroyo en busca de peces.

—Dime, ¿cuánto calculas que habrá en esas alforjas, Ben? —preguntó Happy a su hermano.

—Sesenta mil, por lo menos.

—Joder —dijo Happy con una amplia sonrisa—. Me gusta oírlo.

—Debes alegrarte —dijo Jake, abriendo los ojos—. Por lo menos es la cuarta vez que se lo haces repetir a Ben. Y ni un solo céntimo va a levantarse y a salir andando.

Happy tenía un bulto en el labio inferior: una bola de tabaco. Escupió en la nieve.

—Espero que no —dijo—. No quiero pensar que Obie y yo interrumpiéramos una estupenda partida de póquer para nada.

Ethan sintió que Michael se ponía rígida; la magulladura que tenía

en la mandíbula pareció oscurecerse cuando el resto de su pálido rostro tomó un color ceniza.

—¿De qué hablas, Happy? ¿Qué partida de póquer?

—Cuando Obie y yo interrumpimos a los reporteros, estaban en mitad de una mano, y además parecía que se lo pasaban bien. Claro que cogimos el bote, y eso los enfureció; entonces amenazaron con hacer una historia del robo. Pero ya sabes que Houston no está en esto por la gloria.

Como si hubiera alguna gloria en lo que habían hecho... Michael quiso gritar; en lugar de eso, se mordió el labio hasta que notó el sabor de la sangre y se le saltaron las lágrimas. Sin molestarse en ocultar su repulsión, Ethan dijo:

—Así que tú mismo te encargaste de deshacerte de ellos.

—¿Te plantea algún problema? —preguntó Happy, escupiendo para subrayar la pregunta—. Me parece recordar que tú fuiste el que se ofreció a sacar a aquel otro tipo. Obie dice que lo despachaste sin mucha ceremonia.

Michael esperó a ver cómo se defendía Ethan.

—Yo seguía las órdenes de Houston —dijo—, pero tú actuaste por tu cuenta; de todos modos, estaba deseando salir de primera clase por culpa de Michael.

—Así que mataste de un tiro a su prometido. —Happy soltó una risita—. Ésa es buena.

De repente, Houston acercó su montura y dijo con brusquedad:

—¡Ya está bien! No tengo por qué oír un refrito de lo de anoche. Lo

hecho, hecho está. No es la primera vez que alguno de nosotros mata a alguien.

«Pero esta vez, en teoría, iba a ser distinto», pensó Ethan... ¿O para qué estaba él allí, si no? Pero no dijo nada. En ese momento Michael le agarró la muñeca y, en voz baja y con tono que urgencia, dijo:

—Por favor, creo que voy a vomitar.

Antes de que él parase el caballo, empezó a removerse en la silla, mientras se llevaba la mano a la boca.

—Déjeme bajar.

Ethan la sujetó mientras se deslizaba de la silla, y aunque también desmontó con rapidez, ella ya corría en busca de la intimidad de unos pinos. Antes de acercarse le concedió un momento, y esperó hasta que terminase el penoso sonido de las arcadas.

—¿Mejor?

Su pregunta la indignó. Cuando alargó la mano para tocarla, Michael le dio una palmada que le hizo retirar el brazo.

—No me ponga las manos encima. No soporto la idea de que me toque. ¿Qué piensa que me ha hecho vomitar? Usted y los demás, hablando de matar como si esas vidas no tuvieran importancia...

Apenas acababa de decir esas palabras cuando sufrió una nueva arcada; se volvió de espaldas y, con voz quejumbrosa, dijo:

—Váyase.

Él no se movió. Cuando estuvo seguro de que había vaciado el estómago, le ofreció un puñado de nieve.

—Tenga esto —le dijo, indiferente a su rechazo—. Enjuáguese la boca.

Michael hizo caso omiso. Un escalofrío sacudió su cuerpo cuando se inclinó para coger algo de nieve limpia, mientras Ethan daba un suspiro.

—Joder, señora. ¿Cree que de verdad me importa que coja o no la maldita nieve de mi mano? Me sorprendería que apreciara el mérito de mi ofrenda. —Dejó caer la nieve al suelo—. Nunca he conocido a una mujer tan testaruda como usted.

Dicho esto, giró sobre sus talones y regresó a donde estaba su caballo. Los demás lo miraron con aire interrogador, y él les hizo señas de que siguieran. Al tiempo que montaba, les dijo:

—Os cogeremos en unos minutos. Michael necesita un rato más.

Happy miró al cielo y movió la cabeza. Luego escupió.

—¿Le has preguntado si está embarazada?

—No está embarazada —le espetó Ethan.

Happy dejó ver los dientes en una amplia sonrisa.

—No sabía que ibas a ponerte tan quisquilloso. Me parece que me marcho. —Luego añadió en voz baja—: Pero ella iba a casarse con el tipo ese, el periodista.

Fue entonces cuando intervino Houston:

—Basta, Happy; muévete. Obie, Ben, Jake: haced lo mismo.

Cuando se quedó solo con Ethan, sus ojos negros y fríos miraron a Michael.

—Supongo que la charla la habrá molestado.

Ethan se encogió de hombros, como si aquello no tuviera importancia.

—Le molestan muchas cosas.

—¿Por qué te fuiste?

Ethan tardó un momento en darse cuenta de que se refería a su matrimonio ficticio.

—No estaba tan preparado como creía para sentar la cabeza —dijo.

Houston lo miró con actitud pensativa, consideró su respuesta y luego asintió. Miró de nuevo a Michael, que estaba apoyada en el tronco de un pino, vuelta de espaldas; de vez en cuando levantaba una mano y se la llevaba a la mejilla. Houston sabía que estaba llorando.

—Ojalá no hubieras tenido que traértela.

—¡Coño, Houston! ¿Crees que es lo que yo quería? Cuando me di cuenta de que iba en el tren hice todo lo posible para esquivarla.

—Es un problema.

—No lo niego.

—No podemos dejar que se vaya.

—Lo sé.

Houston volvió a hacer un gesto afirmativo y al fin dijo:

—Bien. Intenta controlarla, Stone.

Después le dio un puntapié a su caballo y partió a buscar a los demás. Ethan volvió la cabeza. Michael se acercaba.

—Dice que tengo que controlarla.

Ella subió los brazos para que la ayudara a montar; él lo hizo así, y

cuando estuvo sentada, repitió la afirmación de Houston. Como le molestó que no contestara, dijo:

—Él no me pedirá a mí que la mate, sino a alguno de los otros. Téngalo presente.

La respuesta de Michael fue tranquila y firme:

—No sé si disfrutaré viendo cómo lo ahorcan a usted, pero desde luego, estaré allí.

La nieve no dejó de caer mientras seguían cabalgando, y a mediodía se detuvieron a tomar café caliente y cecina. Michael prefirió comer fuera del círculo en torno a la fogata; nadie le dijo que se acercara a ellos ni le preguntó si tenía frío. La única vez que alguien reaccionó ante su presencia fue cuando necesitó algo de intimidad para hacer sus necesidades y empezó a alejarse; no necesitaron más respuesta que el cálido rubor que le cubrió la cara cuando Ben le preguntó adónde iba. Houston aprovechó su ausencia para comentar cómo se las arreglarían con ella cuando llegaran a la ciudad.

—¿Alguno de vosotros ha pensado en el asunto?

—La tendré conmigo en casa de Dee —dijo Ethan—. No puedo perderla de vista. Si no tengo más remedio, la encerraré con llave.

—¿Vas a, decirles a los chicos que es tu mujer? —preguntó Ben.

Ethan negó con la cabeza.

—No quiero aguantar un montón de preguntas; es demasiado difícil explicar cómo me topé con una esposa que nadie sabía que tenía. Detra sí

puede saberlo, pero nada más.

Obie levantó el sombrero, se alisó la coronilla de su tupido cabello y volvió a ponérselo.

—No sé, Ethan. ¿Quién dirás que es? ¿Y cómo hemos dado con ella?

—Mirad: nadie va a relacionarla con el robo del tren. Obie y yo hicimos como que la matábamos: los inmigrantes del último vagón fueron testigos. Buscarán el cuerpo, pero cuando no aparezca pensarán que se lo han comido los animales, no que la tenemos nosotros. Si volvemos a la ciudad con una mujer, ¿no os parece que todos pensarán que se la llevamos a Dee? —Sus ojos miraron por turno a cada miembro del grupo—. Pues eso es lo que les diremos: Michael es una de las chicas de Dee.

Todos soltaron una risilla menos Houston, que se quedó pensativo y preguntó:

—¿Y qué harás cuando alguien quiera ir con ella?

Ethan no lo dudó.

—Es mía.

—Así no es como Dee hace las cosas —dijo Obie—. A lo mejor los chicos se ponen a pensar.

—Pues sus clientes tendrán que acostumbrarse. Hasta que me canse de ella, Michael no está disponible para nadie.

Happy le dio un codazo en las costillas a su medio hermano.

—¿Qué dices Ben? ¿Veinticuatro horas y estará pasándosela a otro?

Salvo por un parpadeo, Ethan no se movió, y fue su inmovilidad lo

que detuvo a Happy en seco. Echó una ojeada al arma de Ethan y dijo:

—No he querido decir nada. —En tono defensivo, añadió—: Tú eres el que no parece saber si besarla o matarla. Cuando te decidas, dínoslo.

Dicho esto, se levantó y echó los posos de su café al fuego, entre chasquidos y chisporroteos. Luego se alejó, haciendo mucho ruido, en dirección a su caballo.

—Happy tiene razón —dijo Houston, rompiendo el incómodo silencio—. Probablemente, todo el mundo saldrá ganando si te aclaras sobre qué vas a hacer con Michael.

Uno por uno los hombres se fueron, dejando a Ethan solo junto al fuego. Con un puñado de nieve apagó las llamas y cuando nadie lo oía, susurró:

—Es mía. Mía.

Al reanudar el viaje Michael no dijo nada, pero Ethan albergaba sospechas.

—¿Cuánto ha oído? —preguntó.

—Lo suficiente.

—No sé por qué, pero lo dudo. ¿No tiene ninguna pregunta que hacer?

Una de sus manos sostenía las riendas, la otra iba posada en la cintura de ella, y apretaba sólo cuando el terreno exigía que desplazaran el peso. Ella pensó que una de las cosas que más aborrecía era irse acostumbrando a la sensación de cercanía con él. La giraba para

protegerla del viento, le ajustaba la manta por los hombros y las orejas, y sin que pareciera prestar la mínima atención, de vez en cuando le quitaba copos de nieve de la frente y las mejillas.

—Me da la impresión de que usted no contestaría a mis preguntas.

—Depende de cuáles sean.

—¿Detra regenta un burdel?

—Lleva un saloon.

—Entonces, si voy a ser una de..., una de sus chicas... —Michael cruzó los brazos sobre el estómago para contener su agitación—. Eso no significará que, en teoría, vaya a..., a...

—No voy a dejarla ir con los clientes, no. Al menos, no del modo en que se imagina. No confío tanto en usted.

Así que se trataba de confianza, no de protección o de decencia.

—Ya veo.

—No sé por qué, eso también lo dudo.

Michael no hizo más preguntas. En lugar de eso, cerró los ojos. Y, poco a poco, la mentira se volvió verdad.

El letrero puesto en un poste en el límite de Madison estimaba la población en «700 poco más o menos»; salvo cuando se trataba de las minas, la exactitud no preocupaba demasiado a aquella ciudad. Hacía quince años, gracias al descubrimiento de la plata, la población creció hasta llegar a dos mil quinientos habitantes. Muchas minas se agotaron

deprisa; otras contenían su tesoro a demasiada profundidad para excavarlo sin equipo especial, que, sencillamente, por entonces no existía. Y aunque los hombres se marcharon de Madison a docenas buscando fortuna en otra parte, su deserción no tuvo demasiado efecto en el centro de la ciudad, porque, lejos de haber tenido un crecimiento rápido, el núcleo urbano de Madison crecía de modo lento y cauteloso. Así pues, cuando los mineros se marcharon se llevaron sus tiendas de lona cargadas en las mulas; los que construyeron casas se quedaron.

La calle principal de Madison era un amplio camino de barro en primavera, y una vía helada y llena de baches en otoño e invierno. Las tiendas estaban adornadas con fastuosas fachadas falsas y porches que ampliaban la anchura de los edificios. Había una tienda donde se vendían comestibles y herramientas, una barbería, una pensión con restaurante, una cárcel, tres saloons, el taller de una modista, unas cuadras y un banco. La solitaria iglesia se encontraba al extremo de la ciudad, aislada de las tiendas y los salones de juego; durante la semana se empleaba como escuela, y la esposa del pastor era también la maestra. Antes de ir allá juntos, los niños procedentes de las dos calles que había a ambos lados del centro urbano se reunían en el mostrador de las golosinas de la Ferretería de Tweedy.

La Cooperativa Minera de Madison satisfacía las necesidades de la mayoría de los ciudadanos; casi todos los habitantes poseían acciones de la mina de plata y tenían un interés personal en que marchara bien. Según las inspecciones, y teniendo en cuenta el equipo de que se

disponía desde hacía poco, la ciudad creía que las minas seguirían produciendo hasta el cambio de siglo. No había por qué pensar más allá. Eso creaba una sensación de satisfacción y optimismo que impregnaba el espíritu de la ciudad; un sentimiento de bienestar que derivaba en la creencia de que era posible echar raíces y disfrutar de un mínimo de prosperidad. Por entonces Madison iba camino de convertirse en una ciudad respetable; no tanto como para sacar del centro los salones de juego, pero sí lo bastante como para querer que en ellos hubiera un poco de orden. Y, con ese fin, no hacía mucho que Madison, Colorado, había elegido su primer sheriff.

En el límite de la ciudad Houston levantó la mano para detener a su grupo. Después buscó en el interior del gabán, en el bolsillo de la pechera de su camisa, y sacó una estrella de hojalata de cinco puntas. Sonrió de lado mirando a Jake, que estaba haciendo lo mismo.

—Bueno, ayudante —dijo—. ¿Listo?

—Listo, sheriff.

Ethan observó con atención a Michael para ver cómo reaccionaba; ella se habría ofendido al saber que era tan absolutamente predecible.

—Pero ¿qué diablos...?

La mano de Ethan le tapó la boca; al mismo tiempo Houston dijo:

—Haz que cierre el pico. Y sí no puedes mantenerla callada, déjala inconsciente.

Ethan asintió. Luego hizo girar con brusquedad la cara de Michael hacia él y en voz baja le preguntó:

—¿Has oído? Es probable que tu mandíbula no aguante más tortazos. Si hablas ahora, a lo mejor ya no hablas más.

Sintió su conformidad en el modo en que su cuerpo fue destensándose, pero seguía sin confiar del todo en ella, así que retiró la mano poco a poco.

—Pensé que eso te tranquilizaría.

Fue el tono suficiente de su voz lo que la encolerizó.

—Cabrón —masculló con ira.

—No deberías decir palabrotas. No te favorece.

Si no hubiera quitado la mano, Michael le habría dado un mordisco. Ethan soltó una risita, como sí le leyera el pensamiento.

—Estará bien, Houston.

Éste hizo un gesto afirmativo.

—De acuerdo. Vamos.

Entraron en la ciudad cabalgando despacio. Houston y Jake en vanguardia, y Ethan y Michael detrás, flanqueados por Happy y Obie. Las mulas iban a continuación, y Ben Simpson cerraba la marcha. Una voz llamó a Houston, y un hombre salió de entre las sombras de una fachada.

—¡Eh, sheriff! ¡Lo ha encontrado! Coño, Happy, ¿dónde te habías metido?

—La tormenta me cogió desprevenido camino de Stillwater. Tuve que quedarme allí.

Happy hizo una mueca avergonzada, como si no pudiera creer que

le hubiera ocurrido a él, y luego escupió.

—Pues me alegro de que te hayan encontrado.

El hombre dedicó un alegre saludo al grupo que pasaba y volvió a su tienda a divulgar la noticia. Siguieron recorriendo la calle principal de Madison, que no tenía nombre, y más personas fueron dando la bienvenida a su sheriff. Michael empezó a comprender la historia que habían inventado para tapar la ausencia de cinco ciudadanos de Madison.

Dos semanas antes del robo del tren, Happy McAllister salió de la ciudad con el pretexto de ir a hacer prospecciones. Cuando no regresó, Ben denunció ante el sheriff la desaparición de su hermano. Entonces Houston organizó un grupo de búsqueda eligiendo entre docenas de voluntarios, y partió con agua, comida y material médico. Michael se dio cuenta de que, en realidad, no había una guarida en el sentido que había imaginado. Los hombres de Houston no iban a pasar meses en una cueva en la ladera de una montaña, ni a vivir en un cañón perdido. Durante el robo habían llevado el sombrero bajo y los pañuelos altos; no se llamaron uno a otro por su nombre ni dejaron rastro de su procedencia. En la práctica, eran inidentificables. En cuanto a las gentes de Madison, no tenían por qué dudar de que su sheriff hubiera ido en ayuda de uno de los suyos. El que hubieran desaparecido durante unos días quedaba explicado, y no había que cuestionar nada porque, sencillamente, no había nada que cuestionar.

Cuando se dio cuenta del plan y de su preparación, Michael sintió

una incómoda sensación de desesperanza. Nada de lo que Ethan Stone le había dicho, ninguna de las amenazas de Happy ni de las advertencias de Houston, habían tenido sobre ella el impacto que supuso saber con cuánto cuidado habían urdido su plan, y lo cautelosos que habían sido a la hora de encubrir sus actividades. Y entonces comprendió con claridad la amenaza que su persona suponía para su éxito. Ella. Sola, porque no había nadie más. Hablaban en serio cuando dijeron que la matarían.

—Ya no falta mucho —dijo Ethan; su aliento cálido le rozó la oreja —. Te pondremos bien con mantas y media docena de ladrillos calientes en casa de Detra.

Michael se dio cuenta de que había debido de notar que temblaba y creyó que tenía frío; parecía casi preocupado. En ese instante se preguntó por qué la risa histérica que sentía en su interior no salía a la superficie.

Se detuvieron ante el Saloon de Kelly. Por encima del tejado del porche, unas letras mayúsculas de vivo color verde con ribetes amarillos proclamaba el nombre del negocio. El cartel informaba también que lo llevaba Detra Kelly, y que su dueño era Nathaniel Houston. Mientras Ethan la ayudaba a bajar, Michael señaló el letrero.

—Qué oportuno. —El frío se filtraba a través de sus calcetines.

—Tiene sus ventajas.

Ethan ató su caballo y luego quitó la alforja.

—Primero vamos a instalarte, luego ayudaré a los demás.

Durante el camino Michael había llevado las manos, con un zapato en cada una, cruzadas delante para protegerse. Ahora las levantó en un

gesto de fingida inocencia e indiferencia.

—No tengo prisa. No me importa esperar a ver cómo se descargan sesenta mil dólares.

Ethan no se lo pensó. Daba igual que no la hubiera oído nadie más que él, pero se negó a arriesgarse a ver cuál sería el siguiente comentario, de modo que se la cargó al hombro; así la llevó al interior del saloon y subió las escaleras en dirección a su cuarto, en la parte trasera del edificio.

—Las explicaciones luego, Dee —dijo en voz alta mientras subía las escaleras.

Casi no se le oyó por encima de las risas y las observaciones escabrosas de los clientes del saloon. Al dar la vuelta a la esquina para entrar en su cuarto, vio que Houston le indicaba con un gesto a Dee que fuera con él al despacho. Lo sorprendió sentirse aliviado; lo cierto era que le preocupaba cómo reaccionaría ella ante la presencia de Michael. Era mejor que se lo explicase Houston. Después de todo, Detra era su amante.

Le pareció que Michael iba inusitadamente callada cuando desfiló con ella por delante de los clientes: no luchó con él, ni siquiera gritó una protesta. Ya dentro de la habitación, la puso en el suelo y se apresuró a cerrar la puerta con llave. Antes de que ella dijera nada, se metió la llave en el bolsillo y dijo:

—Perdone si he ofendido su dignidad. Quítese esa ropa húmeda y métase en la cama. Haré que Dee le mande a alguien con ladrillos

calientes y unas cuantas mantas. Mis camisones de dormir están en la cómoda de allí: póngase uno. —Al instante vio en sus ojos una mirada de protesta, miedo y duda—. O no, desnuda también me va bien.

Casi esperaba que Michael arremetiera contra él, pero no hubo ni patadas ni puñetazos, ni tampoco una lluvia de palabras destinadas a ponerlo en su sitio. Entonces frunció las cejas y entornó los ojos en ademán interrogante, pero ella se limitó a clavar los ojos en él, con la manta puesta alrededor como escudo. Incapaz de entenderla, Ethan se encogió de hombros.

—Voy a abrir la cama y a dejarla sola. La ventana de allí no puede abrirse; no se le ocurra intentar abrirla para gritar pidiendo ayuda. La encerraré aquí. Si golpea la puerta o le da problemas a la chica que mande Dee, deseará no haberlo hecho.

Supuso que la amenaza resultaba lo bastante imprecisa como para intimidarla. Una vez fuera, se quedó casi un minuto al otro lado de la puerta por si algún sonido indicaba que Michael lo obedecía, pero no oyó nada. Después se marchó al oír que Happy lo llamaba.

Quince minutos después, cuando la llave rechinó en la cerradura, Michael estaba sentada en el borde de la cama, envuelta aún en la manta. En el suelo iba formándose un charco de agua procedente de sus calcetines y de sus pantalones helados, que manchaba la alfombra, de color marrón y crema. Al ver el estado en que se encontraba la chica nueva, Kitty Long dio un suspiro. En los brazos llevaba mantas y un calentador de cama. Entró en el cuarto y, mientras dejaba las cosas sobre

una mesa de cerezo que había justo al lado de la puerta, dijo con voz animada:

—Ethan me ha advertido que a lo mejor era un poco difícil tratar contigo. No puedo decir que esté de acuerdo con que te encierre aquí, pero cree que no estás del todo bien, por el frío. —Se dio un golpecito en la sien con el dedo—. Viéndote, entiendo su preocupación. Soy Kitty Long. Ethan me ha dicho que debía decirte que Obie es mi hermano, aunque no me imagino qué importancia tiene eso ahora mismo.

Michael sí lo sabía; aunque Kitty no estuviera enterada del robo, algo que le parecía poco probable, no iría a traicionar a su hermano. Ésa era la advertencia de Ethan. Michael observó a aquella inesperada visitante. Kitty tenía un color similar al de su hermano, muy rubio y pálido, y ambos compartían cierto parecido en la boca, de labios gruesos. Pero mientras que Obie era alto, bastante ágil y larguirucho, su hermana era muy redondeada; no gruesa ni pesada, pero con generosas curvas. Y tampoco era, ni de lejos, tan reservada como él.

—Deja que coja esa manta —le dijo a Michael.

Ya estaba quitándosela, muy seria, de un tirón, así que, más que una sugerencia, su comentario era una orden.

—Vaya, qué pelo tan bonito. Aunque ahora está más bien hecho un espantajo, ¿verdad? Cuando te quitemos esa ropa mojada, me dejarás que te lo seque. Tendré cuidado de no tocarte la cara; tienes un buen cardenal. Pero no te preocupes: te daré una cosa para que te lo tapes la mar de bien. Éstos son los vaqueros de Obie, ¿verdad? Reconozco el

parche que le puse en la rodilla. Dios mío, yo nunca podría meterme en ellos, pero fíjate tú. Eres delgadilla, ¿eh?

Y así siguió sin parar. Fue y vino, hablando, quitando aquí y poniendo allá, sin un momento de reposo, y planteando un montón de preguntas, sin dar tiempo a contestarlas. En cierto extraño sentido, resultaba un consuelo, y Michael, que tenía los sentimientos y la razón entumecidos, descubrió que iba a llorar. Mientras se metía por la cabeza el camisón de dormir de Ethan Stone, Kitty le templó la cama con un calentador de mango largo lleno de carbones encendidos. Luego dijo:

—Entra ya en la cama. Cuidado con no quemarte. Qué días habrás pasado, ¿verdad? Apuesto a que no sabías que vendrías al oeste. Qué suerte que dieran contigo en la estación de tren de Stillwater. Podías haber acabado trabajando en el establecimiento de Ángel Madden. —Sus rasgos redondeados se encogieron cómicamente en un gesto de profundo disgusto—, y ése no es sitio para nadie.

Michael dejó que le subiera hasta los hombros el grueso edredón de pluma de ganso.

—Puedo peinarte —ofreció Kitty.

Michael negó con la cabeza.

—De acuerdo. Mañana. Cuando te sientas un poco mejor.

Encendió fuego en la estufa de hierro que había al otro extremo de la habitación; Luego recogió la ropa húmeda de Michael, limpió el suelo con los pantalones de su hermano y salió sin hacer ruido.

Pasaron varias horas entre que el botín del robo estuvo dividido y depositado en un lugar seguro y Ethan regresó a su habitación. Estaba exhausto. Quería cenar, darse un baño y meterse en la cama, y ni siquiera era muy exigente en cuanto al orden. Llevaba una bandeja con la cena, cargada con dos abundantes raciones de guiso de buey, gruesos trozos de pan con mantequilla, generosas porciones de tarta de cereza, una tetera y dos jarras, e hizo equilibrios con ella mientras abría con la llave la puerta del cuarto. Hasta que no vio a Michael no se dio cuenta de cuánto deseaba estar solo. Sintió una fuerte oleada de irritación mientras dejaba la bandeja.

—Despierte —dijo con voz áspera—. Aquí tiene la cena.

Al ver que Michael no respondía ni con un parpadeo, Ethan se acercó a la cama y le tocó la frente con el dorso de la mano. No estaba caliente ni sofocada, y sintió cierto alivio. No tenía intención de adoptar el papel de enfermera de nadie, y mucho menos de aquella paciente tan testaruda y, a fin de cuentas, desagradecida. Bajó un poco la mano y, tomándole con suavidad la mandíbula, le volvió la cara para poder ver la extensión de la magulladura que le había causado. Persistía una leve hinchazón, pero el cardenal estaba muy reducido; al día siguiente resultaría invisible salvo para quienes supieran buscarlo, como Kitty. Fue lo primero que le preguntó al bajar, y por su tono parecía que la mitad de la cara de Michael estuviera descolorida. Entonces, sin pensarlo, Ethan inventó una historia verosímil que la satisfizo; ahora resultaba una nueva molestia, porque tendría que contársela a Michael para que la historia de

ambos fuera la misma. El rencor lo volvió impaciente, de modo que la agarró por el hombro y le dio una buena sacudida.

—Despierte. Se le enfría la cena.

Michael parpadeó, desconcertada, despertando de un profundo sueño; en un gesto instintivo, se apartó de un salto de la presión que sentía en el hombro. Ethan retiró la mano y dijo con brusquedad:

—No pretendía hacerle daño. Su cena está en la bandeja de ahí. La mitad es mía, así que no se lo coma todo. Venga. No voy a servírsela en la cama. Tendrá que aprender a valerse por sí misma.

—Estoy acostumbrada a valerme por mí misma —dijo ella con frialdad.

Se sentó y retiró la ropa que la cubría. El camisón de dormir prestado la tapaba bastante y resultaba decoroso —le llegaba a mitad de las pantorrillas—, pero ella tenía ideas propias sobre lo que resultaba decoroso y pidió una bata.

—¡Oh, por el amor de Dios!

Ethan se apartó de la cama indignado; no iba a dejar que su cena se enfriara. Se sentó en el gran sillón orejero que había junto a la mesa, tomó uno de los platos de la bandeja y se lo puso encima de las piernas.

—No, no tengo bata.

—No he hecho más que preguntar.

Él respondió con un bufido, al tiempo que dedicaba su atención al plato y empezaba a comer. Sólo al cabo de unos momentos vio unos pies desnudos y unos finos tobillos; ella se acercó a toda prisa a la mesa, tomó

su comida y regresó corriendo a la cama. Una vez que la oyó instalarse, levantó la vista y preguntó:

—¿Esperaba que fuera a atacarla?

—Claro que no.

Le pareció que la pregunta la sorprendía de verdad.

—Entonces, ¿por qué era tan importante la bata?

—Señor Stone...

—Ethan —interrumpirá—. No me llame nada más que Ethan. La idea es que estamos casados, ¿recuerda?

Michael no lo había olvidado, pero no veía razón para hacerlo cuando estuvieran solos. Por otra parte, él no parecía dispuesto a soltar rienda; la profunda y rota aspereza de su voz no había disminuido, y su tono de leve regodeo se notaba más aún. Las arrugas de las comisuras de los ojos estaban más pronunciadas, y la sombra de la barba perfilaba todavía más la línea de su mandíbula. Michael volvió a sentir aquella imprecisa sensación de familiaridad. Lo miró fijamente a la cara e intentó imaginárselo con barba. ¿Era ésa la clave? ¿Habría modificado su aspecto de algún modo?

—¿Qué mira? —le preguntó él, sabiendo de sobra la respuesta.

—¿Cómo? —Michael salió de su ensueño—. Ah, nada. Sólo estaba pensando.

—Bien, pues antes de que entrara en trance, me explicaba lo de la bata.

Inclinó la cabeza para evitar su mirada directa y luego pinchó una

patata y una zanahoria. Despacio, ella dijo:

—Sí, la bata... —sacudió la cabeza para aclarar sus ideas y prosiguió —. Es sólo que no estoy acostumbrada a andar por ahí con mi camisón de dormir.

—Más bien mi camisón de dormir —precisó él.

Fascinado, observó el ligero rubor que teñía de rosa las facciones de Michael. Recordó que cuando la vio por primera vez, pensó que no era del tipo de mujer que se ruborizaba con facilidad, y sin embargo ya había sido testigo varias veces de aquella reacción.

—Lo que pretendo decir —dijo ella, esforzándose por recuperar la compostura— es que he crecido con cuatro hermanas y con mi madre. Espero que entienda por qué no me encuentro del todo cómoda.

Ethan estuvo a punto de atragantarse con el pan que estaba comiendo. Se sirvió té, que lo ayudó a bajarlo, y dijo:

—Es usted una maestra del eufemismo. Cuando la traje aquí esta tarde estaba casi congelada de miedo.

—De frío —corrigió ella.

Ethan le dirigió una mirada entrecerrada, cargada de intención.

—De miedo.

Michael dio unas cuantas vueltas a la comida en su plato; al fin repuso:

—De acuerdo; de miedo. Pero tengo motivos para estar asustada, ¿no?

Le habría gustado tranquilizarla, pero aunque ella hubiera sabido la

verdad, la respuesta a su pregunta era la misma.

—Sí. Tiene motivos para estarlo.

Michael hizo un gesto afirmativo; era lo que esperaba y, por el momento, se resignó. No tenía apetito, de modo que dejó el plato sobre la mesa que había junto a la cama. Luego se subió bien el edredón y se apoyó en el cabecero.

—¿Cómo van los dedos de las manos y los pies? —preguntó él—. ¿No hay congelación?

—No hay congelación.

—¿La mandíbula?

—Dolorida.

—Kitty me ha preguntado por ella. Le dije que se puso usted un poco histérica durante el viaje y que tuve que hacerla callar.

—Eso se acerca bastante a la verdad.

Ethan asintió.

—Hay más cosas de las que tenemos que hablar, para protegerla a usted.

—No sé por qué desea hacerlo.

Tenía que mantenerla desequilibrada y temerosa; por eso le dijo:

—No estoy seguro de que vaya a hacerlo, pero hay que recordar la promesa que le hice a su amigo; aunque no sea un buen motivo, hasta ahora la he mantenido con vida. Si yo fuera usted, no me arriesgaría.

Vio que la boca de Michael se reducía a una línea; era un gesto hecho en defensa propia para que no la oyera quedarse sin respiración ni

viera cómo le temblaban los labios. Entonces le sirvió una jarra de té y se la llevó a la cama.

—Creo que le vendrá bien algo de calor por dentro.

No supo por qué lo hizo; quizá porque tenía un aspecto patético, acurrucada bajo el edredón y casi empotrada en el cabecero. Sus ojos color verde oscuro, grandes y despejados, estaban serios, y el gesto de su boca era solemne; sus ligeras y finas cejas, que se arqueaban con delicadeza, se habían fruncido más de lo que ella creía. Sin embargo era su cabello lo que, una y otra vez, llamaba la atención de Ethan. Los tonos castaños y cobrizos ya no se limitaban a ser una pulcra corona cerca de la nuca, y las vetas claras ya no tenían que competir con los lápices. Su magnífico cabello no era simplemente tupido y sedoso, sino que, liberado de las horquillas que lo retenían, se había vuelto una agreste masa de rizos. Enmarcadas por los espléndidos y rutilantes colores de su pelo, en cierto modo, sus facciones parecían más frágiles, y su cutis, un poco más transparente.

Tras observar que Michael se calentaba las manos con la jarra y luego, muy despacio, sorbía su contenido, Ethan regresó a su butaca y empezó a comerse la gruesa porción de tarta de cereza.

—Les he dicho a todos que me fui de su lado hace cuatro años.

—¿Por qué se marchó?

—Porque es usted una arpía, y no me gustaba que me acorralasen.

Una diminuta sonrisa bailoteó por los labios de Michael.

—Veo que nos mantenemos muy cerca de la verdad.

Al verle los hoyuelos a ambos lados de la boca, él sintió cierta tensión en el pecho. No era de extrañar que mantuviese la boca tan seria mientras pensaba; era capaz de volver tontos a los hombres con aquella sonrisa.

—Usted le ha dicho a Happy que estaba comprometida con Drew, y es lógico que conociera a sus colegas, aunque no fueran amigos íntimos. —El breve recuerdo de sus amigos muertos fue suficiente para hacer que la sonrisa desapareciera—. Creo que podríamos decir que estuvimos juntos sólo unos meses; por ejemplo, de marzo a julio del 71.

—¿Dónde nos conocimos?

—En Nueva York Yo estuve allí por entonces. ¿Y usted?

Michael asintió.

—Siempre he vivido allí.

Intercambiaron más informaciones. Michael se planteó mentir, pues no le agradaba la idea de que Ethan supiera cosas sobre ella aunque fueran minucias, pero al final decidió no hacerlo, porque la salvación radicaba en la verdad. Si mantenía sus datos ceñidos a los hechos, no la cogerían fácilmente. También intercambiaron fechas de nacimiento. Ella tenía veintitrés años; él, treinta y uno. Él no tenía familia; ella, una muy grande. Ella tenía formación universitaria; él le dijo lo que les había contado a Houston y a los demás: que a los catorce años dejó el colegio y después aprendió solo. No podía permitirse el lujo de compartir la verdad; tenía que mantener su historia dentro del cuadro general de las que había ido contando. Por lo general no resultaba una tarea difícil, y

compartirlas con Michael supuso un buen ejercicio mental.

—¿Cuánto duró nuestro noviazgo? —preguntó ella.

—Una semana. Usted asistía a la universidad por entonces, y ambos actuamos siguiendo un impulso.

—Yo no actúo por impulsos.

Ethan clavó en ella sus ojos, sombreados por espesas pestañas.

—Yo tampoco.

—¿Entonces por qué...?

Michael se detuvo; apenas se dio cuenta de que contenía la respiración al ver que él dejaba a un lado su plato vacío y se levantaba. Después cruzó el cuarto con zancadas lentas, ágiles y cadenciosas, indicio de resolución y confianza. Se le acercó sin titubear, con evidente decisión y, al llegar a la cama, apoyó una rodilla en el colchón, cerca de la cadera de Michael, y se inclinó hacia ella. Se sujetó con ambas manos en el cabecero, una a cada lado de sus hombros y luego bajó la cabeza. Su boca fue hacia la de ella y la besó, con la fuerza y la urgencia de hambriento.

La boca de él sabía dulce; guardaba el regusto de las cerezas y la calidez del té. Los labios de Michael se abrieron sin que él pusiera demasiado empeño; entonces le acarició con la lengua el suave interior del labio superior y recorrió cada cresta de sus dientes. Apretó más, y la boca de Michael se abrió y respondió, acoplándose a su caricia, satisfaciendo sus exigencias. Su boca era dulce y madura. Ella lo empujó con la lengua, y se unió a la embriagadora batalla con un bajo zumbido

de placer que vibró entre los dos... Y en ese instante Ethan se apartó y rompió el beso. Después se enderezó y retrocedió un paso sin dejar de clavarle los ojos; sus pupilas se habían oscurecido.

—Por eso —dijo, serio—. No pudimos evitarlo.

La cara de Michael se quedó sin color.

—Ah.

—Como estábamos ciñéndonos a la verdad...

Su voz se fue apagando cuando observó en el rostro de ella el reflejo de sus sentimientos encontrados. Se había quedado mirándose las manos, en torno a la jarra. Tenía la frente fruncida y un gesto severo en la boca. ¿Iba a negar su respuesta a su beso? ¿Negaría que, contra todo lo razonable, entre ellos había cierta atracción?

—Me parece que no debería tocarme más —dijo al fin—. Usted no me gusta. No puede esperar que me guste. Y ahora mismo yo tampoco me gusto demasiado; me siento como si hubiera traicionado a todos los que me importan, incluida yo misma.

—Comparto sus sentimientos.

Ethan regresó a la butaca, pero no se sentó. Se terminó su té, haciendo una mueca ante lo amargo de su sabor después de haberlo bebido en la dulce calidez de la boca de Michael, y luego dijo:

—Volveré dentro de unos minutos. Dee tiene una bañera por aquí, en algún sitio.

—Una bañera... —dijo Michael con un poco de nostalgia—. Me encantaría darme un baño.

—Yo pensaba en mí —dijo él—. Pero puede usar el agua cuando haya terminado.

Con el rostro desprovisto de expresión, Michael se quedó mirando la puerta largo rato después de que Ethan hubo salido del cuarto. Parecía prudente recordar que su protector no tenía nada de caballero andante. Después se tocó los labios con la punta de los dedos y rastreó la línea que Ethan había dejado tierna, sensible y un poco hinchada. Aún sentía un hormigueo en la boca y la presión de los labios de él en los suyos. «No», pensó; Ethan Stone no era ni galante ni caballeroso... Era un depredador, que actuaba movido por el propio interés. Y se preguntó cuánto tiempo sobreviviría ahora que la había marcado como su presa.

Él cumplió su palabra y regresó al cabo de unos minutos con una gran tina de cobre. La colocó cerca de la estufa, en la parte donde el suelo de madera no estaba cubierto por la alfombra. Asimismo, Kitty entró y salió revoloteando sin parar de charlar, mientras lo ayudaba a llenarla de agua humeante procedente de la cocina.

—Oye —dijo él, empezando a desabrocharse la camisa—. *¿Y* si le llevas esta ropa a Lottie para que la lave? Se lo pagaré.

Kitty guiñó un ojo a Michael.

—A Lottie le parece todo un placer lavar para él.

—Qué amable por su parte —dijo Michael.

Luchó contra el impulso de zambullirse bajo la ropa de cama cuando Ethan empezó a quitarse la ropa. Con una naturalidad ajena a sus sentimientos, fue desnudándose hasta quedarse en un calzoncillo de

franela gris: un calzoncillo de cuerpo entero. Cuando empezó a desabotonarse la parte superior, Michael fingió un gran interés por su jarra de té, aunque tuvo que mantener la ficción sólo unos momentos. Ya fuera con intención o por casualidad, Kitty, que estaba de espaldas a él mientras se desvestía, vio en el suelo algo que le llamó la atención. Se agachó para investigar, comprobó que no era más que una mancha de agua y, al volver a incorporarse, su cuerpo se convirtió en un estupendo biombo para las acciones de Ethan.

Éste no se perdió la mirada de alivio que asomó a los ojos de Michael; entonces, por encima de la cabeza de Kitty, mostró los dientes en una amplia y pícara sonrisa al salir de su ropa interior y tirarla al suelo. Para cuando Kitty la cogió y se alejó de la bañera, ya estaba dentro del agua.

—Ahora ya tienes mejor aspecto —dijo Kitty a Michael—. No tiene sentido cerrar la puerta con llave, ¿no?

—Yo me encargaré de eso —dijo Ethan—. Gracias, Kitty.

—No hay de qué.

Mientras iba en dirección a la puerta, Kitty hizo señas a Michael y sonrió señalándolo; luego movió los labios y, sin hablar, dijo: «¡Es guapísimo!» Michael le lanzó una apagada sonrisa.

Una vez solos, Ethan le preguntó:

—¿No cree que soy guapísimo?

—Así que la ha visto.

—Kitty es una delicia —dijo él—, pero muy poco sutil. Mire, tengo

que cerrar con llave. ¿Por qué no se mete debajo de las mantas mientras lo hago?

Las delicadas cejas de Michael se alzaron en gesto de interrogación.

—Ya no tiene tantas ganas de exhibirse sin que esté Kitty por aquí, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—Como guste. Yo pensaba en usted.

Michael cerró fuerte los ojos cuando él apoyó los brazos a ambos lados de la bañera y empezó a levantarse. Entonces dijo:

—¡No, espere! ¡La llave estaba en el bolsillo de sus pantalones, y los pantalones se los ha llevado Kitty!

Su rápida ráfaga de palabras fue recibida en silencio. Al cabo de unos segundos se oyó el chapoteo del agua contra los laterales de la bañera; Ethan se había metido en ella otra vez. Michael abrió los ojos con precaución; le impresionó que la cara de él hubiera adoptado el tono rubicundo del azoramiento.

—Lo siento —dijo, llevándose la taza a la boca para ocultar su impenitente sonrisa—. Creí que así le ahorraba el trabajo de interrumpir su baño. Se habría dado cuenta al cabo de un momento, pero para entonces ya habría ido chorreando agua por todos sitios.

El le dirigió una mirada agria.

—Podía haber dicho algo de la llave antes de que Kitty se fuera.

—Podía haberlo dicho —dijo ella—, aunque lo cierto es que no tengo ninguna intención de salir corriendo de aquí vestida con su

camisón de dormir. No me hacía ilusión alguna cruzar la habitación con él, de modo que esté seguro de que no voy a dar un paso para ir al vestíbulo.

Ethan no sabía muy bien si creerla, pero parecía que, al menos por entonces, iba a quedarse quieta. Buscó el jabón en el agua y, cuando dio con él, se enjabonó.

—Debe saber que sólo unas cuantas personas piensan que estamos casados. Houston, Jake, Obie, Ben y Happy creen nuestra historia; la seguridad de usted depende de que sigan creyéndola. Dee también la sabe. Hace tres años que es la amante de Houston y participa en todo lo que ocurre. Téngalo presente.

—¿Y Kitty?

—No sé lo que le contará su hermano, pero sí lo que le contamos nosotros. Ella, como las otras personas que trabajan para Dee y las demás que conozca, cree que Dee la ha contratado para que actúe en su saloon. Usted toca el piano, ¿verdad?

—Mi padre se empeñó en que lo hiciera.

—¿Canta?

—Mi madre se empeñó.

Había algo que no le contaba; Ethan sugirió:

—Pero...

—Todas las clases fueron un desperdicio: no tengo oído.

—Estupendo. ¿No hace usted nada femenino?

—No sabe lo ofensiva que resulta su pregunta. Entiendo que

pretende decir que sólo los hombres pueden, o deberían, ser periodistas.

Ethan no quiso meterse en una discusión.

—Olvide lo dicho. En realidad, no importa que no sepa tocar, cantar ni bailar.

—Yo no he dicho que no sepa bailar —dijo ella en voz baja.

Ethan le lanzó una mirada asesina.

—¿Sabe bailar?

—Usted ha dicho que, en realidad, no importaba.

—Pero ¿sabe bailar? —repitió de nuevo; esta vez gruñó la pregunta.

—Sí, y, la verdad, es que muy bien.

—Vale, por eso la ha contratado Dee. Espero por lo más sagrado que sea usted buena.

—No lo sabrá nunca. No pienso bailar en este saloon.

Ethan hizo caso omiso de su objeción. No estaba del todo seguro de querer que ella bailara para los otros, pero lo haría si tenía que hacerlo; era así de sencillo.

—Detra la ha contratado para entretener a los clientes. Usted respondió a un anuncio del *Chronicle.*

—El *Chronicle...* Debe de creerse muy listo; no se me escapa la ironía.

La interrumpió con un cortante gesto de la mano; entonces el jabón se le resbaló y tuvo que buscarlo de nuevo en el agua.

—Dee le pagó el billete desde Nueva York. La tormenta de nieve la dejó plantada en la estación de Stillwater, y dimos con usted cuando

buscábamos a Happy.

—Pero si yo soy la diversión, ¿qué hago con usted, entonces?

Él estuvo a punto de decir: «Es que usted es la diversión...», pero prevaleció el sentido común.

—¿Debo besarla otra vez? El recuerdo hizo que Michael se ruborizara. —Ah... Ese motivo.

—Mientras todos crean que usted es mía de verdad, no molestarán demasiado.

—No demasiado.

—Esto no es Nueva York —le recordó él—; ante todo es un campamento minero. En Madison sólo hay unas setenta mujeres, y las que no están casadas tienen menos de dieciséis años o trabajan en alguno de los saloons. Los hombres respetarán que usted sea mi amante, pero eso no les impedirá tratar de que cambien las cosas. Tendrá que aguantar unas cuantas bromas y pellizcos... Y alguna que otra palmada en el trasero.

Michael hizo una mueca.

—Estoy más segura casada con usted.

Ethan ya lo había considerado, pero nunca se lo habría pedido si ella no hubiera sacado el tema.

—¿Es lo que desea?

—¡No! —dejó la jarra y se abrazó las rodillas—. Desde luego que no. Pero mientras Houston y los otros crean que estoy casada con usted, me dejarán en paz, y sé que es a ellos a quienes debo temer. Intentaré

aguantar los pellizcos.

—Tendrá que aguantarlos. Yo no pienso sacar mi arma porque alguien se arrime a usted. —Antes de que pudiera replicarle, le tendió el jabón—. Enjabóneme la espalda, ¿quiere?

—Váyase al cuerno.

Ethan se encogió de hombros y volvió la cabeza para que ella no viera su sonrisa. Silbando bajito, terminó su baño; luego agarró la toalla que Kitty le había dejado y se levantó del agua envolviéndosela a la cintura. Michael volvió la cabeza.

—Ya puede mirar. Estoy decente.

Tenían conceptos distintos de lo que era «decente», pensó Michael al volverse a mirarlo. Él había usado la toalla para cubrirse, no para secarse, y en consecuencia, de los ondulados cabos de su pelo oscuro le caían goterones de agua sobre los hombros; el agua también brillaba en sus brazos y su pecho, mientras la toalla se adhería, húmeda, a Las estrechas caderas. Ethan se dio la vuelta para acercarse a la cómoda, y Michael siguió con los ojos la línea de su columna vertebral. La toalla marcaba la forma de las nalgas y la dureza de la parte superior de los muslos; entonces pensó en las palabras que Kitty había pronunciado sin voz. Sin duda, Ethan Stone era un hombre guapísimo.

En el espejo que había sobre la cómoda Ethan observó cómo Michael lo miraba. Al ver el resplandor de sus ojos color verde oscuro, donde la fascinación luchaba con la resistencia a mirar, le resultó difícil evocar a la mujer de la sala de redacción del *Chronicle*; aquella que parecía tan

almidonada como la blusa que llevaba puesta, tan seria como las rayas de su falda y tan severa como el gesto de su boca. De hecho, el observar a Michael ahora hizo que su carne respondiera de un modo que la toalla no pudo ocultar. Entonces abrió de golpe el cajón superior de la cómoda, decidido a sacar su cabeza de un estado que no podía aliviar con Mary Michael Dennehy.

—Ya puede tomar su baño. Voy a vestirme y bajaré a tomar una copa.

«Más bien varias», pensó. Encontró un par de calzoncillos largos de algodón y se los puso, subiéndoselos a toda prisa por debajo de la toalla. Luego se la tiró a la cama a Michael.

—Si la extiende junto a la estufa mientras esté en la bañera, se secará lo suficiente para que la pueda usar.

Sin dejar de darle la espalda registró el resto de la cómoda y encontró un par de vaqueros limpios, una camisa de franela azul y unos gruesos calcetines de lana. No se sentó hasta que tuvo que ponerse las botas, y aun así, realizó la tarea con diligencia. Después se pasó dos veces un peine por el pelo, remató la faena con los dedos y salió del cuarto como si toda la nación sioux le pisara los talones.

Michael no perdió demasiado tiempo en aprovechar su ausencia. Aseguró primero la puerta con una pequeña aldabilla que se enganchaba en una argolla, luego se apresuró a deshacerse del camisón de dormir de Ethan y por fin se metió en el agua. Estaba apenas tibia, pero no se quejó; le pareció de lo más tonificante. Se lavó el pelo, y se lo aclaró usando el

cubo medio lleno que había dejado Kitty. Cuando el agua se enfrió demasiado para seguir en remojo, salió y se envolvió en la toalla caliente. El peine que había usado Ethan estaba encima de la cómoda. Se sentó en el filo de la cama, con los talones apoyados en el armazón, y se puso a desenredarse el cabello, centímetro a centímetro. Una vez satisfecha con el resultado, se arrodilló en la alfombra cerca de la estufa y empezó a secárselo lo mejor que pudo. Y seguía allí, arrodillada, envuelta en la toalla y pasándose el peine por el pelo con gesto ausente mientras pensaba en otras cosas, cuando la puerta del cuarto se abrió, rota por la patada que le dio Ethan.

—¡No vuelvas a dejarme fuera nunca más!

Capítulo 4

Michael estuvo a punto de quemarse con la portezuela de la estufa al retroceder huyendo de la furia de Ethan.

—Podía haber llamado. Habría abierto.

Él dirigió una breve ojeada a la ventana. Sus fríos ojos fueron tan rápidos que Michael pensó que lo había imaginado, pero entendió la naturaleza de aquella mirada, la idea que la había guiado.

—No he cerrado la puerta para engañarlo y escapar por la ventana —le dijo, y se agarró más fuerte el nudo de la toalla, sobre el pecho—. Ya dije que no saldría en camisón de dormir, y menos aún, vestida así.

Enseguida se arrepintió de atraer su atención sobre su envoltura... Los ojos fríamente enfurecidos de Ethan la escudriñaron; los sintió posarse en su agreste y rizado pelo húmedo, en sus hombros desnudos, en la curva de su cadera... La mirada no se detuvo en ningún rasgo concreto; le dedicó la misma atención a la longitud de sus piernas, a la gotita de agua que descansaba en el hueco de su garganta o al perfil de sus pechos.

—No me dejes fuera —la voz de Ethan era áspera, fría y clara.

Michael sintió que la carne se le erizaba en los brazos y las piernas.

Él le exigía plena atención y, aunque no deseaba hacerlo, no podía apartar la vista.

—Nunca —añadió en voz baja.

Esperó una respuesta y, al ver que ella asentía con un breve y desganado movimiento de cabeza, la liberó del poder de su mirada.

—Quizá desees vestirte. Tenemos compañía.

Houston eligió aquel momento para pasar del vestíbulo al cuarto.

—Pues desde donde estaba yo —dijo—, Michael me parecía que iba vestida de forma muy apropiada.

Sus negros ojos recorrieron la curva de su cuerpo de la cabeza a los pies, y se quedó fascinado al observar el leve rubor que seguía el rastro de su mirada. Su sonrisita cortés no se ajustaba del todo al interés que había en sus ojos; entonces Ethan dio un paso de lado, al tiempo que se interponía en su línea de visión.

—Dale un momento —dijo.

Desde el vestíbulo, con regodeo y en tono de dulzura, una voz femenina dijo:

—Oh, Ethan, actúas como si fuera de una modestia exagerada...

Detra Kelly echó una mirada a Michael que, acurrucada cerca de la estufa, se protegía cubriéndose con los brazos cruzados ante el pecho, y reconsideró su opinión.

—Bueno, y a lo mejor lo es.

Michael se preguntó si su aspecto reflejaría al menos una décima parte de lo avergonzada que se sentía. Recogiendo los jirones de calma

que le quedaban, dijo en voz baja:

—Pero ya estoy crecidita.

Ethan y Houston dejaron ver una amplia sonrisa al mismo tiempo, pero a Detra el comentario no le hizo gracia.

—Vas a tener que acostumbrarte a que los hombres te miren muchísimo más que estos dos.

Michael creyó más prudente quedarse callada y se limitó a mirar fijamente a Detra; ahora sabía que nunca obtendría ayuda por aquel lado.

Dee Kelly era más baja que Michael, algo más de cinco centímetros; le llegaba justo por debajo del hombro de Ethan, pero tanto su esbeltez como su porte daban impresión de altura. Tenía unos modos llenos de seguridad en sí misma, y su pequeña barbilla se levantaba lo justo para mantener a los demás a una cómoda distancia. Su pelo, recogido con esmero en un moño, parecía más oscuro y más lustroso que el ébano, comparado con el pálido alabastro de su piel. Tenía los ojos color azul oscuro, y sabían atraer la atención. Su boca, de labios carnosos, adoptaba un mohín de astucia cuando sonreía, y su mandíbula redondeaba levemente el óvalo clásico de su rostro. Unos pendientes de oro y ébano colgaban de los lóbulos de sus orejas y rozaban la esbelta línea de su cuello.

Houston le rodeó con un brazo los hombros; su mano le agarró la parte de arriba del brazo y le dio un achuchón.

—No creo posible que ningún hombre la mire más que nosotros.

La sonrisa de Dee no la compartían sus ojos. Era evidente que aquello no le hacía gracia, pero sintió que el achuchón de Houston se volvía una advertencia; entonces, refrenando su genio y sus celos, dijo:

—Quizás tengas razón. Pero, aun así, eso no es motivo para que actúe como una virgen tonta. Por amor de Dios, es la mujer de Ethan —ahí tienes, pensó; ésa es mi advertencia—. Me habéis dicho que en teoría trabaja para mí, ¿no? Y Ethan dice que sabe bailar.

—Aún no he decidido si voy a dejar que lo haga —dijo éste.

Recordaba la negativa anterior de Michael a bailar en el saloon, pero quería que viera que la decisión la tomaba él. Por una vez, a Michael no le importó que la gente hablara de ella como si no estuviera en la misma habitación. Mientras Ethan, Houston y Dee hablaban, se distrajeron; entonces alargó la mano para coger el camisón de dormir, que había dejado en el respaldo de una silla, lo quitó de allí de un tirón y se lo metió por la cabeza, sobre la toalla. Cuando asomó por el cuello, se dio cuenta con pesar de que volvía a ser el centro de su atención. Entonces, en tono animado y levantando las manos en gesto inocente, dijo:

—Por favor, no paren por mí. Sigan decidiendo mi destino. Desde que me encontré a Ethan en el tren no he tenido oportunidad de decir...

—Pues dices demasiadas cosas, maldita sea —dijo Ethan,

Con una rápida y poco sincera sonrisa, Michael se dirigió a él en tono suave.

—No has cambiado en cuatro años. Podría haber pasado muy bien el resto de mi vida creyendo que estabas muerto.

Entonces se puso de pie y caminó de puntillas hasta la cama. Se sentó en el borde y tiró del edredón hasta su regazo para cubrirse los tobillos y los pies. Luego, con unas cuantas maniobras, consiguió deshacerse de la toalla húmeda.

—De hecho, había llegado a disfrutar de la idea de que estabas muerto.

Después de un largo y tenso silencio, el suave deje de Dee llenó la habitación:

—Dios mío —dijo—. ¿En qué estabas pensando cuando te casaste con ella, Ethan?

Fue Houston quien contestó:

—Pensé que sería evidente hasta para ti, Dee.

Ethan mostró los dientes en una amplia sonrisa, y su boca se curvó en un insulto privado que, sin duda, hubo de ponerle los nervios de punta a Michael con el recuerdo de su beso anterior.

—Exactamente.

Michael subió la barbilla, y durante un segundo sus ojos se achicaron, mostrando la hondura de su odio; en seguida, con esfuerzo, se tragó su cólera.

Detra se zafó del brazo de Houston y dijo con malicia:

—No sé si tengo algo en el armario que le venga bien. A lo mejor Kitty tiene unas cuantas cosas que podamos arreglar.

Houston dijo:

—Es más bien de tu talla que de la de Kitty; quizá hasta tengas que

soltar algún bajo.

—Yo no tendré que soltar nada —dijo Dee, conteniendo apenas su genio—. Si quiere algo más para ponerse, que lo arregle ella.

—Guarda las garras, Dee —ordenó Houston—. No sé qué te fastidia exactamente, pero vas a tener que solucionarlo. Ethan no quería que su mujer estuviera aquí, y su mujer no quiere estar aquí. Nadie está contento con esto, pero así están las cosas.

Un sordo murmullo fue la protesta de Dee por el modo en que le hablaban delante de otros. Con una última mirada glacial a Michael, giró sobre sus talones y salió del cuarto. Sus faldas se mecieron un momento con un frufrú de tafetán y seda, y luego, salvo por el débil sonido metálico del piano en el piso de abajo, todo quedó en silencio.

Houston movió la cabeza pensando en la conducta de Dee,

—Me parece que he estado fuera demasiado tiempo —dijo al fin—. Necesita un poco de atención. Y tu mujer también.

Michael se enfureció y alzó de golpe la cabeza.

—Yo ya no soy su mujer.

Entonces Ethan sonrió con gesto sardónico y dijo:

—Parece que yo también he estado fuera demasiado tiempo.

—Eso parece.

Houston le dirigió a Michael un alegre saludo con dos dedos, y luego dio un leve golpecito en la espalda a Ethan. Al salir examinó el cierre de la puerta.

—Haré que mañana te lo arreglen. No te preocupes por las

interrupciones esta noche; incluso Happy ha encontrado una mujer.

Luego cerró la puerta con suavidad tras de sí. Michael esperó hasta que se desvaneció el sonido de sus pasos, y entonces dijo:

—No sé lo que desprecio más: si a usted o esa sonrisa engreída que tiene —remedó el tono de Houston y luego le lanzó una mirada asqueada a Ethan—. «A tu mujer le vendría bien un poco de atención»... Y usted va y contesta con el mismo aire condescendiente. ¿Todos los hombres piensan como ustedes, o es sólo que mi mala suerte me hace encontrármelos sin parar? De verdad, por un momento los dos parecían mí...

De pronto se detuvo; el modo en que iban derivando sus pensamientos la hizo parar en seco.

—Su... —la instó Ethan.

—Da igual —se apresuró a retroceder hasta la cama para apartarse de su imponente presencia—. Basta con que sepa que no me gustan los comentarios de ese tipo.

Él se desabrochó el cinto y lo colgó de un clavo que había junto a la puerta. Trasteó un poco con el gancho para ver si podía fijarlo otra vez, pero abandonó al ver que no tenía arreglo. Entonces se sentó en la butaca, extendió las largas piernas y cruzó los tobillos. Con tranquilidad que parecía auténtica, dijo:

—Ya que hablamos de gustos, voy a decirle algo que no sólo no me gusta, sino que no voy a tolerar. Me parece que ya hemos dejado claro que usted no volverá a dejarme fuera de esta habitación ni de ninguna

otra; si esta habitación tiene un cierre es porque lo he decidido yo. Además no quiero que se muestre respondona delante de otra gente; da la impresión de que no puedo controlarla, y si a los otros les da por creerlo, es como si ya estuviera muerta. Está viva porque me las he arreglado para convencerlos de que puedo manejarla. Y en cuanto a Houston, deje de tirarle los tejos, o Dee le sacará a usted los ojos a arañazos; a lo mejor lo hace de todas formas, así que vaya con cuidado con ella.

—No sé de qué me habla.

Ethan adoptó una expresión escéptica. Sus oscuras pestañas bajaron un poco mientras la observaba para calcular su sinceridad.

—¿No ha oído lo que le decía Dee?

—Sí que la he oído. Claro que la he oído. Y también me he dado cuenta de su animosidad hacia mí desde el mismo instante en que entró. Lo que no comprendo es el porqué.

La voz de él se convirtió en un susurro áspero e impaciente.

—¿Cómo puede ser reportera y tan ingenua? Creí que se habría dado cuenta en seguida.

—Yo no soy ingenua.

—Mi opinión es un poco distinta. Dee se ha enfadado porque ha reconocido el interés que usted tiene por Houston.

—Ahí está —dijo ella en tono casi triunfante—. Eso justamente es lo que no comprendo. ¿Qué quiere decir con que estaba tirándole los tejos a Houston? Me resulta tan repulsivo como usted.

Ethan bajó la mirada hasta la boca de Michael, y se detuvo en ella lo bastante como para recordarle el beso que habían compartido; luego subió y se clavó en sus ojos, cargados de culpabilidad.

—Me parece que ya he dejado claro el asunto. No se acerque a él.

Aquello era más que una advertencia: era una orden. Michael no dio ningún indicio de si iba a cumplirla o no.

—Quien estaba en inferioridad de condiciones era yo —le recordó—. Si hubiera llamado a la puerta, habría tenido tiempo de vestirme.

—Llamé a la puerta, y varias veces.

Michae! frunció el ceño, intentando recordar qué hacía justo antes de que la puerta se abriera de una patada; estaba peinándose el pelo, sumida en sus pensamientos.

—Pues no lo oí. —Se mordió el labio inferior—. Y no le tiré los tejos a Houston.

Ethan sabía que decía la verdad. Había visto con tanta claridad como Detra que el interés se hallaba sobre todo, y quizá únicamente, del lado de Houston. Era probable que hubiera problemas... Y si Michael le daba alas, seguro que los habría.

En ese momento ella señaló al suelo, cerca de los pies de Ethan y preguntó:

—¿Me pasa el peine, por favor?

Él lo recogió y lo lanzó al otro lado de la habitación. Michael lo atrapó con habilidad y después empezó a pasárselo por el pelo.

—¿Cuánto tiempo va a tenerme con usted?

—Todo el que sea necesario —respondió.

Al observar cómo pasaba los dedos por las húmedas hebras de su cabello, estuvo tentado de decir la verdad: «Todo el que yo quiera».

—¿Y cuánto es eso?

—No lo sé.

—¿Días? ¿Semanas?

Él negó con la cabeza y dijo, sin darle importancia:

—Meses, años, siempre... Depende.

—¿Depende? ¿De qué?

—De lo que usted viva. —Se inclinó hacia delante en la butaca y apoyó los antebrazos en las rodillas—. O de que nos convenza de que no pretende entregarnos a la policía.

El movimiento regular de la mano de Michael por su pelo castaño oscuro se detuvo un instante. «¿Cómo podría convencerlos alguna vez de eso?», se preguntó. Nadie era tan buena actriz... De repente sus pensamientos dieron un salto. Sólo conocía a una actriz: Katy Dakota, la mujer de Logan Marshall... Eso, a su vez, hizo que recordara a su editor y luego, al *Chronicle... Y* entonces, por algún motivo que en aquel momento no comprendió, se encontró clavando los ojos otra vez en Ethan Stone e intentando situar su cara.

Aunque él no era consciente de la ruta que habían tomado sus pensamientos hasta llegar a aquella mirada fija y directa, supo lo que intentaba hacer y, sin darse cuenta, se encontró frotándose el labio superior con el índice, como hacía cuando tenía bigote. Al advertirlo, se

detuvo, temeroso de haberle dado una pista; entonces cambió de postura y pasó una pierna por encima del brazo de la butaca.

—Supongo que por la mañana Detra tendrá ropa para usted —dijo —. Tendrá que arreglarla, ya la ha oído. Ella no va a hacerlo.

—Entonces tendré que llevarla como esté. No sé coser.

—Vaya, qué sorpresa —dijo Ethan en tono sarcástico—. ¿Es que su madre no le ha enseñado nada?

—Muchas cosas. Pero decidí no aprender labores de aguja.

—¿Su terquedad es de nacimiento?

El darse cuenta de que estaba conteniendo una sonrisa la mortificó; no quería que él la hiciera reír.

—Es una característica de familia —dijo con frialdad.

—Junto con el ser parlanchina y descarada.

Michael evitó mirarlo a los ojos, como para apartarse del sincero juicio de quien parecía saber lo que estaba pensando y se burlaba con simpatía de ella por hacerlo.

—El ser parlanchina y el descaro a lo mejor son míos.

En la cara de él vio el rastro de una sonrisa tan relajada como sus andares, tan leve como el regodeo de su voz; al instante se esforzó por mantener su atención en otro sitio y fingió gran interés por el entorno que la rodeaba.

Hasta aquel momento no había apreciado lo cómoda que resultaba aquella habitación. El mobiliario era todo de madera oscura, nogal o cerezo, bastante liso y macizo, sin los elaborados detalles propios de un

maestro carpintero, pero cálido y práctico. Además de la cama, la cómoda y la mesita de noche, había un gran sillón orejero, donde estaba sentado Ethan, una mesa junto a él, un escabel tapizado, dos sillas con respaldo de travesaños y asiento de esparto cerca de la estufa, un armario y un lavamanos. Sobre la tapa de mármol del lavamanos había una palangana grande de loza y un jarro. Sólo había una ventana, con unas cortinas de cuadros azules y blancos. Las paredes estaban empapeladas, y en su estampado unas flores color morado oscuro se curvaban con elegancia sobre un fondo color crema. Salvo por el espejo que había sobre la cómoda y el cinto cerca de la puerta, nada colgaba en ellas. Hacía poco que alguien había barrido y limpiado las partes del suelo que no cubría la alfombra; de hecho, todo el cuarto estaba bien cuidado. Recordó que alguien hacía la colada, y se preguntó si se encargaría él de la habitación o si pagaba a una de las chicas de Dee para que realizara esa faena.

Ethan observó que los ojos de Michael recorrían la habitación e intentó penetrar en la naturaleza de sus pensamientos.

—Supongo que no es exactamente el tipo de cuarto al que está acostumbrada.

Ella no contestó en seguida, pero al fin dijo en voz baja:

—Al lugar donde crecí, no, pero sí a lo que estoy acostumbrada.

Volvió a mirarlo otra vez por si se metía en averiguaciones, pero él no lo hizo. A lo mejor no quería saber a qué se refería; desde luego, no tenía motivos para preocuparse.

—Seguro que me buscarán. El periódico, mi familia... ¿Ha pensado en eso?

—Sí. Pensé en eso cuando me di cuenta de que iba a tener que traerla conmigo.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué ha hecho?

—Me aseguré de que quienes la vieran salir corriendo del tren creyeran que la mataba. No sé lo que vieron desde aquella distancia, pero sí oyeron los disparos.

—Pero no encontrarán el cuerpo... Y sabrán que...

—Sabrán que lo tiré por el barranco junto con el de su amigo y pensarán que no dan con él. Después de lo que Happy y Obie hicieron en los vagones del *Chronicle* y en el furgón de cola, ¿cree de verdad que alguien pensará que fui capaz de mostrar piedad?

—No.

No supo si sentirse aliviado o insultado ante lo rápido de su respuesta, pero dijo:

—Exactamente.

Por lo que a él tocaba, el asunto estaba cerrado. Más para sí que para él, Michael dijo entonces:

—Me pregunto si la familia de Hannah lo vio. No quiero pensar que sí.

Entonces se acordó del viaje de aquella familia, de la historia que quizá nunca escribiría... Pero no tenía que pensar más en ello; era preciso actuar.

—¿Dónde está mi guardapolvo? Tenía lápices en él, y además, un cuaderno con el principio de una historia. ¿Y mis gafas? No puedo escribir sin mis gafas.

—Esta noche no va a escribir.

Ethan metió la mano en el bolsillo y sacó un reloj de oro. Abrió la tapa, echó un vistazo a la hora y después volvió a cerrarla.

—Son más de las ocho.

—Es temprano.

—Otra noche quizá sí, pero ésta no. En la silla de montar usted durmió mucho más que yo, de modo que pienso recogerme pronto.

—Pues sigo queriendo mis lápices y mi cuaderno. —En un gesto reflejo, se apresuró a llevarse las manos al pelo.

—Ahí no hay lápices —dijo Ethan; y pensó: «Gracias a Dios».

Ella se dio cuenta de lo que hacía, y con expresión avergonzada dijo:

—Ah, es que algunas veces los pongo ahí para encontrarlos después.

Él recordó la primera vez que la vio; los buscó por toda la mesa hasta dar por casualidad con uno entre el pelo.

—Bien, pues ahora no están ahí. Y sus cosas están a salvo; lo sé.

—¿Y mis gafas?

—Iban en el bolsillo de la camisa que le di a Kitty. Ya estaban un poco torcidas.

—¡Torcidas! Pero...

—Fue cuando la dejé inconsciente —dijo él sin adornos—. Un precio pequeño a cambio de su vida.

Sí que era una cuestión insignificante, pensó ella; el menor de sus problemas. Unas gafas torcidas sólo suponían una incomodidad... Pero, en cierto modo, la pérdida de sus gafas simbolizaba la pérdida de todo, y de todos. Al instante las lágrimas acudieron a sus ojos, y empezó a temblarle la barbilla. Cuando se dio cuenta, en un tono lleno de incredulidad y desprecio, Ethan preguntó:

—¿Está llorando por sus gafas? Señora, de verdad que no comprendo lo que tiene en esa cabeza. Han matado a sus amigos, a usted la han... Vaya, coño, no tengo que recitar la letanía de las ofensas que le han hecho... Y ahora va y se echa a llorar por sus lentes.

Ella se enjugó los ojos y retuvo el aliento para aplacar los nervios y la barbilla. Luego, con un hilo de voz, dijo:

—No son las gafas.

Y se dio la vuelta para que no viera que las lágrimas le caían sin parar. Ethan no respondió; se quedó sentado muy quieto en su rincón, esperando a que la cadencia regular de la respiración de Michael indicara que se había dormido. Tardó más de veinte minutos, pero al final se rindió al cansancio que la había vuelto tan frágil como el cristal.

Entonces, tomándose su tiempo, él atizó el fuego en la estufa y le añadió carbón para que ardiera razonablemente bien durante la noche. Luego comprobó su cinto y le quitó a su revólver la munición; abrió el tercer cajón de la cómoda, dejó caer las balas en él y las escondió debajo de unas camisas. Guardadas al fondo del armario había varias mantas; las sacó y las extendió en el suelo junto a la cama. Llevaba casi una semana

durmiendo en el suelo y estaba deseando llegar a su cama, que había pensado compartir con Kitty, Josie o Carmen, pero no con Mary Michael Dennehy. Desde luego, no con Michael.

Ella tenía las dos almohadas; una, abrazada contra el pecho, la otra, bajo la cabeza. Con suavidad, Ethan le levantó el cabello y la cabeza y tiró de la almohada; Michael no se movió. Sus manos no tuvieron prisa por soltar el cabello, y con la yema del pulgar frotó su sedosa textura. Se la imaginó de nuevo sentada en la cama, pasándose el peine por el pelo y alisándolo, sólo para que volviera a rizársele en el momento en que lo liberaba... De mala gana, lo soltó, y eso porque pensó en cómo reaccionaría ella si despertaba y veía lo que hacía. No tenía sentido asustarla más de lo que ya la habían asustado.

Se desnudó hasta quedarse en calzoncillos largos; luego apagó las lámparas y se metió en su cama improvisada. Era más cálida que el suelo sobre el que había dormido la noche anterior, pero no más blanda. Se dio la vuelta hasta quedar de espaldas, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, y luego miró al techo y se puso a pensar en qué iba a hacer con Michael Dennehy. Su recuerdo se remontó a una tarde, cinco meses atrás, en las oficinas del *Chronicle.* Estaba lejos de haber dado fin al trabajo que se propuso hacer para Cari Franklin, John Rivington y Logan Marshall. Lo que se comentó aquel día, incluso lo que se sospechaba, no lo había preparado para los hechos a los que se enfrentaba. No debía nada a ninguno de aquellos hombres, ni al del ferrocarril ni al del gobierno, y desde luego, tampoco al editor del *Ckronicle;* sin embargo, no era posible

abandonar en aquella coyuntura. A la luz de todo cuando había salido mal durante el robo, les debía algo a los guardafrenos, revisores y periodistas que ocupaban los cinco últimos vagones del número 349.

Por fin se quedó dormido pensando en Drew Beaumont y en la patada que mandó al reportero rodando por la ladera de la montaña. ¿Habría sobrevivido? Y de ser así, ¿habría tenido suficiente sentido común como para tomarse en serio la advertencia que le hizo? Un artículo sobre Michael Dennehy y su auténtica conexión con Drew y el *Chronicle* supondría una sentencia de muerte... Y esta vez para él tanto como para ella.

Fue el peso sobre su pecho lo que la despertó; el peso sofocante que parecía comprimirle los pulmones y no la dejaba respirar. Michael le clavó las uñas a aquel peso, y además se retorció, luchó y empujó con los brazos hacia arriba y con las piernas hacia fuera. Oía un susurro, ronco y también insistente.

—¡Basta, Michael! ¿Maldita sea, mujer, deje de pelear y la soltaré! No voy a hacerle daño.

Sentado en el filo de la cama, medio vuelto hacia ella e inclinado, estaba Ethan. Le había puesto un pesado antebrazo sobre su esternón, mientras con la mano le mantenía firmemente cerrada la boca; el otro brazo, en un gesto protector, mantenía apartados los suyos, que no paraban de agitarse. Impaciente, le preguntó:

—¿Quiere hacer el favor de despertar?

Ya estaba despierta, pero no podía decírselo. Necesitaba desesperadamente respirar, y estaba a punto de desmayarse por falta de aire: él le tenía tapada la nariz. Entonces sus dientes consiguieron agarrarle la parte carnosa de la palma, y mordió con fuerza. Ethan soltó un juramento; fuego destapó la nariz, le metió el lateral del índice debajo y empujó. La boca de Michael se abrió de forma casi instantánea, y él liberó la mano; mientras ella daba boqueadas, se la llevó a la boca, chupó la herida y la lamió por si le había hecho sangre.

—¡Le he dicho que no iba a hacerle daño! —exclamó.

—Ya lo parecía.

Ethan bajó más la voz y adoptó un tono aún más serio.

—¡Estaba chillando como una loca! Unos cuantos segundos más y habrían acudido aquí todos los huéspedes.

Apenas había terminado la frase cuando sonó un golpe en la puerta. Ya se le había acabado la paciencia.

—¿Qué diablos pasa?

Happy empujó la puerta y la abrió lo justo para meter la cabeza. La escasa luz procedente de la estufa dio un tono naranja a sus desaliñadas facciones, que dejaron ver una amplia sonrisa.

—¿No te importa darle gusto a tu mujer un poco más bajo, Ethan? Algunos ya hemos acabado la faena.

Michael se separó de Ethan de un empujón y se sentó. Con los dientes apretados, dijo:

—No estaba dándome gusto.

Los ojos de Happy fueron de Ethan a Michael, y luego de vuelta a Ethan.

—Bueno, pues si vas a darle una zurra, amordázala primero. No tiene sentido despertarnos a los demás.

Después asintió, como para subrayar el argumento, y volvió al vestíbulo. Mientras se preparaba para soltar un grito que le hiciera añicos los tímpanos, Michael tiró su almohada contra la puerta.

—Pero qué hijo de la...

La mano de Ethan encontró su objetivo.

—Y también jura usted como un hombre. Pero ahora cállese. —Esperó un instante—. ¿De acuerdo?

Ella hizo un gesto afirmativo, mirándolo con los ojos muy abiertos por encima de la mano que le tapaba la boca.

—Bien, porque ya he tenido más que suficiente de usted esta noche. Quedan unas cuantas horas hasta que amanezca. —Levantó la mano con precaución—. Vuelva a dormirse ya.

Bostezando, Ethan se deslizó de la cama al suelo; el breve instante que había probado el colchón hizo que le pareciera más duro que antes. Dio un par de puñetazos a la almohada, y le dirigió una mirada de odio al ver que no se ajustaba a la forma deseada. Después dio varias vueltas a un lado y a otro antes de encontrar una postura algo cómoda; su satisfacción la subrayó con un gruñido que tenía algo de suspiro. El silencio resultó una bendición..., al menos mientras duró. Porque Michael no tardó mucho en desplazarse al borde de la cama y mirar

hacia abajo. Distinguió la confusa silueta de Ethan bajo las mantas, pero le resultó más difícil saber si le hablaba a la cara o a los pies.

—¿De verdad estaba chillando? —preguntó.

En esta ocasión él profirió un sonido que era gruñido a secas.

—¿Ha oído alguna vez el berrido de guerra de los rebeldes?

No lo había oído, pero entendió qué quería decir. Y, por otra parte, se sintió aliviada al ver que Ethan Stone estaba en vena de hablar.

—Lamento haberlo despertado. Debía de estar soñando.

—Un sueño infernal.

Ella asintió.

—Sí que era un infierno. O, al menos, eso creo. Ahora es difícil de recordar.

Cerró los ojos. Recordaba un vacío negro y resbaladizo, que la rodeaba y latía como si fuese un ser vivo; a veces era tan incorpóreo como la noche, tan suave como el ónice pulido, tan frío como el agua de pozo... Pero luego se volvía asfixiante, denso y pesado, y se le echaba encima y la comprimía por todas partes. No había escapatoria, y la única dirección en que le parecía ir no era ni hacia arriba ni hacia abajo, sino hacia lo profundo. Al recordarlo sintió un escalofrío y buscó refugio bajo la ropa de cama.

—Era el vacío —le dijo—. Me parece que soñaba con eso.

Ethan pensó que si no decía nada, ella a lo mejor volvía a dormirse.

—Y no podía escapar.

Él se apartó un poco más.

—Me pregunto si...

Bruscamente, se sentó; su cabeza quedó casi al mismo nivel que la cara de Michael.

—Mire, señora: ni sé nada de su sueño ni quiero saberlo. Búsquese a una adivina, si es que tiene que saber lo que significa. Lo único que sé es que gritaba como si viniera el fin del mundo. Ahora vuelva a dormirse o si no deseará que hubiera llegado el Apocalipsis.

Y, dicho esto, volvió a echarse, esta vez sobre el estómago, con un brazo metido bajo la almohada y la cabeza.

Michael se mordió el labio inferior para no soltar una loca carcajada. Le habría gustado volver a dormirse, pero el cuarto estaba frío; desde la cama oía el viento helado y cortante que silbaba al otro lado de la ventana. Le echó una ojeada a la estufa y, por el resplandor mortecino de los carbones, vio que de allí llegaba muy poco calor. Esperó hasta que le pareció que la respiración regular de Ethan indicaba que se había dormido; entonces apartó el edredón, salió de la cama con mucho cuidado y pasó por encima de él, con precaución para no tocarlo.

La toalla, que estaba al pie de la cama, seguía húmeda; la extendió sobre el respaldo de una silla y luego se arrodilló ante la estufa para encender fuego otra vez. Allí estaba, dando fuertes tiritones, cuando sintió la presión de unas manos sobre el hombro.

—Vuelve a la cama —dijo Ethan, con la voz ronca de cansancio—. Ya lo hago yo.

—¿Está seguro? No pretendía...

—Despertarme —dijo él acabando la frase—. Ya lo sé. Anda.

Michael se levantó despacio, consciente de que las manos seguían sobre sus hombros. Cuando se dio la vuelta, él las levantó sólo un poco y luego volvió a posarlas, esta vez de manera que los pulgares le tocaran las clavículas. Entonces otro tipo de escalofrío la hizo temblar. Alzó la vista hacía él y sintió en la boca el cálido impacto de sus ojos. Él levantó la mano, y ella creyó que iba a tocarle la boca con la yema del pulgar; casi cerró los ojos esperando el contacto. Pero, en lugar de seguir la línea de sus labios, Ethan la hizo girar y le dio un suave empujón en dirección a la cama.

—Anda, vete —dijo—, mientras puedas.

Después él se ocupó con diligencia de la estufa y regresó a su sitio, en el suelo. El ansia de sus genitales resultó ser un mal compañero de cama; tampoco le sirvió de consuelo oír que Michael daba vueltas y saber que estaba luchando contra idénticos demonios.

Kitty se convirtió en un huracán de actividad nada más entrar en la habitación.

—Hora de levantarse, Michael. Ethan ha dicho que no te dejara dormir hasta más de las nueve. Y Dee..., bueno, ya te digo, que según Dee, tendrías que haber estado levantada mucho antes.

Extendió sobre el respaldo del sillón un vestido liso, de color verde, parecido en corte y estilo al azul celeste que llevaba ella.

— Esto es para llevar durante el día. Dee lo ha encontrado al fondo

de su armario, y le he soltado el bajo. Creo que te estará bien.

Luego levantó en alto otro vestido, se lo puso por delante y se contoneó por la habitación para enseñárselo, ajena por completo al soñoliento desinterés de Michael. Era de tafetán rosa con adornos blancos en el corpiño y en el bajo, y también, algunos centímetros más corto que cualquier vestido de calle decente; a Kitty le llegaba a la mitad de las pantorrillas. El corpiño tenía un escote muy bajo, y las mangas, cortas, eran tremendamente afaroladas. La cintura era tan diminuta que quien se lo pusiera no tendría más remedio que ir bien ceñida con un rígido corsé.

—Éste también era de Dee —dijo, y lo puso con el otro—. Ahora le queda un poco pequeño, y me parece que por eso te lo da. Tendrás que probártelo para que te lo arregle; Ethan dice que tú no sabes coser, pero no me importa ayudarte mientras aprendes. Es una pena lo de tus baúles y esas cosas; a lo mejor ahora van camino de San Francisco... Apuesto a que tenías cosas bonitas. Siempre me parece que las señoras del este son las que tienen las cosas más bonitas.

La voz de Kitty se puso un poco nostálgica, y sus ojos color azul claro se volvieron soñadores, pero su mirada perdida duró sólo unos segundos, y en seguida, después de dar una palmada para desechar aquella ilusión, volvió a ser la mujer animada de siempre. Entonces se puso a buscar en el montón de prendas de vestir que había puesto encima de la mesa, y sacó un par de leotardos blancos y unas botas blancas de cabritilla.

—Éstas van con el vestido rosa. Hacemos un número estupendo con unas sombrillas, que te enseñaré después del desayuno; claro que antes tengo que encontrarte una sombrilla. Me parece que Carmen tiene una. Ethan dice que tiene intención de llevarte a la modista en algún momento de hoy, porque necesitarás vestidos de día y vestidos para el trabajo de noche —suspiró—. Has tenido suerte de encontrar a Ethan. La verdad es que parece haberte tomado cariño. No recuerdo que nunca se haya interesado tanto en una sola mujer; antes me hacía pensar en un colibrí, yendo de flor en flor.

Un colibrí era lo último que a Michael se le venía a la cabeza cuando pensaba en Ethan Stone... Bostezó, se desperezó y se guardó sus pensamientos; luego se sentó. Kitty seguía examinando atentamente el montón de ropa que había traído, y sacando cosas para que las viera. Había más medias y leotardos, dos pares de prácticos zapatos, calzones de algodón y de seda, enaguas con encajes, corsés, cintas para el pelo, horquillas y plumas también para el pelo. Detra había cedido un impresionante surtido de artículos. Michael supuso que Houston habría tenido que emplear algún tipo de persuasión, y prefirió no pensar mucho en la forma que ésta habría adoptado. Estaba completamente segura de que aquel horrendo e indecente vestido rosa era el modo en que Dee se tomaba venganza; si ya no le iba bien, Michael tuvo pocas esperanzas de que fuera a quedarle bien a ella. Detra se lo había dado sólo como un insulto.

—Ethan ha dicho que no estaba seguro de que fuera a dejarme bailar

—dijo a Kitty—. A lo mejor no tienes que buscar esa sombrilla.

—¡Oh, vaya! —dijo Kitty con un gesto desdeñoso de la mano—. Te ha contratado Dee, ¿no?

—Sí —respondió Michael de mala gana.

Se preguntó si Kitty le tendía una trampa. ¿Le había contado Obie la verdad, o seguía creyendo lo que Ethan deseaba que la mayoría creyese? Observó con cuánta facilidad podían cogerla en una mentira, y repitió:

—Sí. Dee me ha contratado.

—Entonces ya está: no hay más que decir. Ethan puede tenerte aquí toda la noche, pero hasta entonces eres una de las chicas de Detra. Es lo que ella me ha dicho que te diga. Dice que te ha contratado para que trabajes, y que más vale que lo hagas. —Una pálida ceja se levantó con gesto pensativo—. Es decir, a menos que decidas irte. Aunque no creo que sea buena idea. Ethan puede perder interés en ti, y entonces, ¿qué harás? Claro que puedes ahorrar un poco de dinero después de darle a Dee su cuarenta por ciento, pero tardarás en poder comprar un billete de tren para salir de aquí, y también deberías saber que, si te vas, Dee preferirá verte por las calles antes que contratarte otra vez.

Sólo una cosa de lo que había dicho Kitty la impresionó.

—¿Qué cuarenta por ciento?

Kitty echó sobre la cama un vestido color rojo sangre y dijo con tranquila franqueza:

—La parte de Dee.

—No estoy segura de haber entendido —dijo Michael—. ¿Quieres

decir que me paga un sueldo por bailar, y que yo le devuelvo el cuarenta por ciento?

Ese modo de ver las cosas hizo que Kitty frunciera la carnosa boca. Entonces sus redondeadas facciones se encogieron cómicamente al tiempo que miraba a Michael como si de repente le viera un tercer ojo.

—Eso no tendría sentido —dijo—. El cuarenta por ciento es lo que le debes por acostarte con Ethan.

—Pero...

—No estarás regalándoselo a ese hombre sin más, ¿verdad? No puedes estar así de colada... —Sus ojos se achicaron mientras la escudriñaba con más atención— ¿Dónde trabajabas antes de responder al anuncio de Dee?

A Michael se le quedó la mente en blanco. Probablemente, había un millar de salones de baile, burdeles y bares en la ciudad de Nueva York, pero no se le ocurría el nombre de ninguno. Creyó que su titubeo sería su ruina, pero Kitty le dio otra explicación.

—Dios mío, eres nueva en esto, ¿no? Contestaste a ese anuncio sólo para venir hasta aquí. Apuesto a que no tenías más idea de lo que te esperaba de la que tiene una bandada de gansos que se acerca al tablón del carnicero.

—Ése es un buen modo de evaluar la situación.

—Coño, si ni siquiera hablas normal... —Kitty negó con la cabeza, como si apenas entendiera el giro de los acontecimientos— Más vale que no te separes de mí, porque, si no, tendrás la mar de problemas. Lo que

Dee no sabe no le hará demasiado daño; ojos que no ven... Pero lo que sí sabes es bailar, ¿no? No serías tan tonta como para responder a su anuncio sin al menos saber bailar.

—Sé bailar.

—¿Y dar patadas?

¿Cómo serían de fuertes esas patadas?

—Sé dar patadas.

—¿Y bailar en hilera?

Pensando en las dos filas que se formaban para un baile popular, respondió:

—Conozco el corro de Virginia.

Kitty miró al techo, levantó las manos y se desplomó en el sillón de orejas; su pelo, muy rubio y rizado, se balanceó con la fuerza de la caída.

—Señor, esto va a ser más difícil de lo que pensaba. Ojalá no te hubiera tomado cariño. Y ni siquiera sé por qué, cuando le has echado el lazo al hombre en quien tenía puestos los ojos desde hace cinco meses.

—Tú y Ethan..., nunca..., es decir, ¿no habéis...?

—Nunca. Creo que a él le resulta un poco raro porque soy la hermanita pequeña de Obie, aunque a nadie más de aquí parece importarle. Creí que a lo mejor tendría una oportunidad con él cuando volviera de buscar a Happy, pero no; sólo acabé con Happy.

Michael intentó imaginarse a Kitty, con su cara fresca, llena de esperanzas y buen ánimo, accediendo a acostarse con el cínico y mezquino Happy McAllister. Resultaba una visión inquietante. Kitty

pareció leerle el pensamiento.

—Happy no es tan malo. Hay otros tres o cuatro que yo podría nombrar y que me tratan peor. Y no es que me haya quejado a Obie; los haría salir a la calle y entonces, ¿qué haría yo? Lo matarían, o Houston tendría que meterlo en la cárcel unas cuantas semanas. —Se encogió de hombros—. A mí ya me va bien. Cuando llevas un tiempo aquí, te acostumbras a cómo son las cosas. Y una de las cosas a las que tienes que acostumbrarte es a pedirle dinero a Ethan. Está bien que te pague la ropa y eso, pero no puedes darle el cuarenta por ciento de un sombrero a Detra: ella quiere dinero. ¿Has pensado en cuánto vas a cobrarle?

Michael palideció. Antes de que su vida diera un vuelco era una respetada periodista en un acreditado periódico; ahora Kitty le decía que en el saloon de Kelly no era sino una prostituta que, además, servía bebidas y bailaba. Y aún tenía que demostrar que sabía hacer esas cosas.

—No, me parece que no —dijo Kitty, sin dejar de mirar con atención la cara de Michael—. La mayoría de las chicas piden cinco o diez dólares por polvo. A mí me gusta ganar al menos doce —después de todo, es una ciudad minera—; pero lo dejo en ocho, si están en mala racha; de ocho no bajo. Y me llevo a un hombre a mi cuarto si quiero, no estoy obligada. Esto es un saloon, no un burdel. Dee quiere su parte si sabe que sus chicas sacan dinero extra, pero no fomenta el negocio. Y viendo que Ethan ya tiene un arreglo contigo, querrá su parte. No puedes pasar sólo bailando y repartiendo bebidas a los clientes, sobre todo porque van a acudir a ti, como abejas con la miel.

Michael decidió que iba a tener una conversación muy sincera con Ethan Stone.

—Hablaré con Ethan.

—No te preocupes tanto, bonita —dijo Kitty en tono de consuelo—. Pagará. Al menos hasta que se canse de ti. Y por el modo en que gritabas noche, me parece que no vais a romper vuestro acuerdo muy pronto.

Michael empezó a creer que su grito de la noche anterior no había sido exactamente como el berrido de los rebeldes.

—Sólo con oíros, Happy se calentó otra vez... Anoche saqué una pequeña fortuna. —Kitty soltó unas risitas—: nunca tenía bastante.

También empezó a revisar la idea de que Kitty fuera una paloma sólo ligeramente mancillada.

—Quizá debería pedirle diez a Ethan —dijo.

Kitty negó con la cabeza.

—No. Pide doce, como yo, pero prepárate para quedarte con un poco menos, digamos nueve o diez; de ese modo, él creerá que ha ganado más que tú por la noche. No des nada gratis, y no fíes. Si se corre la voz de que invitabas a Ethan, los demás esperarán lo mismo, y eso no te convendrá cuando él se vaya. Tienes que mirar por tu futuro. No es más que sentido comercial.

Michael pensó que aquél era un punto de vista interesante. Kitty Long: la prostituta con corazón de caja registradora. Una noticia de más interés que aquellas historias baratas, de a céntimo, donde alguien confundía a una buscona de salón de baile con una sufrida trabajadora

de la beneficencia. Ficción... ¡Bah! La vida era muchísimo más interesante..., e infinitamente más extraña.

—Pues aceptaré diez —dijo.

—Muy bien —dijo Kitty.

Michael salió de la cama y se puso el vestido. Las mangas le iban demasiado largas, y tuvo que recogerse tela en la cintura y atar fuerte el cinturón para no tropezar con el bajo. No era un vestido de Dee, pero tampoco preguntó quién lo había dado porque no quería saber la respuesta.

—¿Adonde ha ido Ethan?

—Por la mañana le hace unos trabajillos a una viuda a las afueras de la ciudad, y por la tarde suelen tener trabajo para él en las minas; están volando un túnel. Eso es lo que es, barrenero. Aunque probablemente ya lo sabías.

Michael mintió:

—Ya lo sabía.

Más bien volaría cajas fuertes. Eso era lo que hacía: llevarse las ganancias de la gente, los salarios, las pensiones y el dinero para los tiempos difíciles. Ethan Stone era un hijo de puta... Entonces su estómago soltó un fuerte gruñido, y se puso la mano encima. Estaba muerta de hambre.

—¿Y el desayuno? —preguntó.

—Abajo, en la parte de atrás. Todavía tienes unos minutos.

Michael señaló la bañera.

—¿Qué hago con eso?

—Con el cubo, echa un poco de agua por la ventana. Cuando la tina pese menos y puedas moverla, arrástrala por el vestíbulo hasta el cuarto del almacén para que la encuentre allí el próximo que la necesite.

—Pero no puedo vaciarla aquí; Ethan me ha dicho que la ventana está atascada.

—¿Desde cuándo?

Kitty se acercó hasta la ventana, dio unos golpecitos en el marco y después tiró; la hoja cedió con facilidad. El aire frío barrió la habitación, y Kitty se apresuró a cerrarla de un golpe.

—Eso no hace más que demostrarte cuánto puedes fiarte de cualquier hombre. —Fue hacia la puerta y la abrió—. Te espero en la cocina dentro de unos minutos, y luego tenemos que aprender un número. Hacemos un pase a las ocho y luego otro a las diez y media; entre tanto, tendrás que mezclarte con los clientes y servir bebidas. No te preocupes. Servir bebidas no es difícil, y lo de mezclarse resulta fácil después de que tú misma te tomes unas cuantas.

—Yo no bebo.

—Ya lo harás —dijo Kitty sin sonreír—. Y a lo mejor hasta acaba gustándote.

Michael se quedó mirando la puerta todo un minuto después de que Kitty la cerrara. Ethan Stone abría con dinamita túneles de minas y cajas fuertes; Detra Kelly era una madame que prefería que la llamaran propietaria; Kitty Long era una joven y astuta mujer de negocios.

Nathaniel Houston encabezaba una banda de asesinos y aún tenía tiempo de presentarse a sheriff..., y ganar. En nombre de Dios, ¿dónde se había metido? *¿Y* cuándo saldría de allí?

En la cocina había mucha gente y mucho ruido. Sólo una mujer, además de Michael y Kitty, vestía algo más que una fina camisola, unos calzones, unos leotardos y un corsé. Las demás llevaban batas sueltas, tan transparentes que resultaban innecesarias. Aquellas mujeres parecían estar sobre todo cómodas, sentadas allí, en torno a la nudosa mesa de pino, e intercambiando comentarios superficiales sobre la noche que habían pasado y sus planes para el día.

—Ésta es Michael... —Kitty miró a Michael—. Perdona, me parece que no sé tu apellido.

No podía decir Dennehy; tal vez Houston conociera su pie de autor del *Chronicle.* Y tampoco podía decir Stone, porque ni Kitty ni los demás debían creer que estaba casada con Ethan. Así que dio el primer apellido que se le vino a la cabeza: «Worth». Nunca había querido depender de su padre para nada; le resultó irónico que en un momento de gran temor se agarrase a su nombre como habría hecho con una cuerda de salvamento.

—Michael Worth —repitió Kitty—. A lo mejor la visteis anoche. Es la que Ethan trajo cargada a hombros.

Hubo varios gestos de asentimiento, unas cuantas sonrisas y también risas. Kitty sonrió y le dijo;

—No les hagas caso; están celosas.

Luego fue señalándolas una por una.

—Ésa es Carmen, a la cabecera de la mesa.

Carmen levantó sus ojos negros como la endrina, miró a Michael y le dirigió una taimada sonrisilla como saludo; Michael no tuvo dificultad para adivinar que aquella mirada era un desafío. Había tenido relaciones íntimas con Ethan y quería volver a tenerlas. Viendo en Carmen a una salvadora más que una competidora, le sonrió con alegría y franqueza.

—Josie está a su derecha —prosiguió Kitty.

Josie tenía una cara redonda y expresiva que telegrafiaba sus pensamientos antes de abrir la boca. Estaba estudiando a Michael como haría con un insecto especialmente vulgar; cuando decidió que no había nada que temer, sonrió y empujó una taza de chocolate caliente en dirección a ella.

—La del fregadero es Lottie —dijo Kitty señalando a la joven de piel clara que tenía las manos metidas hasta el codo en el agua de fregar—, y la otra, Susan Adams.

Susan era la que estaba más cerca. Adelantó unos dedos gruesos y llenos de joyas, le agarró la mano y apretó con fuerza. Michael trató de no esbozar una mueca; el agarrón le despachurró los dedos.

—Ya está bien, Susan —dijo Kitty, apartando a Michael—. No busca pelea.

Hechas las presentaciones, la animó a tomar asiento y a servirse de la comilona que había en la mesa: huevos revueltos, pan fresco, varias clases de mermeladas, tocino, ristras de salchichas y patatas fritas.

Michael se puso un poco de cada cosa en el plato y cuando Kitty acabó se servirse, le preguntó:

—¿Dónde está la señorita Kelly?

La pregunta tuvo el efecto de acallar a toda la mesa; hasta Lottie dejó de frotar.

—En realidad es la señora Kelly —dijo Kitty.

—Y nadie la llama así —dijo Josie—. Prefiere que no la asocien demasiado con el difunto señor Kelly.

—Lo siento. No sabía lo de su marido.

Carmen se ciñó más la bata a la cintura.

—No sé por qué tendrías que sentirlo. No lo conocías.

—Sólo quería decir...

—Y no habrías querido conocerlo —dijo Lottie—. Nunca he oído nada bueno de él. La única suerte que tuvo fue ganar este saloon en una partida de cartas, que se habría hundido si no hubiera sido por Dee.

Michael untó de mermelada de uva una gruesa rebanada de pan.

—Creía que el dueño del salón era el señor Houston.

—Es que luego Kelly lo perdió ante el señor Houston —dijo Susan.

—Ah. Eso debió de resultar... —buscó la palabra justa—, inquietante para Dee.

Las carcajadas sacudieron la mesa. Cuando se apaciguaron, Carmen se inclinó hacia delante en su silla y dio unos golpecitos en el tablero con sus finas uñas. Luego lanzó una mirada, larga y áspera, a Michael.

—Eso de «inquietante» no sirve ni para empezar a describir los

sentimientos de Detra hacia el cabrón con el que se casó.

Con unas risitas, Josie dijo:

—Más bien fueron sentimientos homicidas.

Hubo más risas, y cuando Michael miró a Kitty en busca de respuesta, ésta respondió:

—Te están advirtiendo, Michael. Déjale mucho espacio a Detra, y si te cruzas con ella, corre como un gamo. Ella mató a Harry Kelly.

Capítulo 5

El teatro del saloon no era sino una tarima levantada poco más de medio metro sobre el suelo. El escenario lo limitaban seis latas con velas que servían de candilejas; no había telón. En la escena pintada en el telón de fondo se veía un lago de montaña, y justo por encima de las lejanas cumbres aparecían, escritas en grandes letras de imprenta, las palabras «Saloon de Kelly». A ambos lados del escenario había una pequeña zona donde las artistas podían estar de pie sin que las viera el público; Michael oyó que las llamaban «bastidores», aunque, como casi todo lo demás de aquel teatro, el nombre le iba demasiado grande. En el bastidor izquierdo, justo al nivel de los ojos de la mayoría de las artistas, un agujerito permitía a las bailarinas echar un vistazo furtivo al público. Michael dio con el agujero casi al instante y le aplicó un ojo. El saloon aún no había abierto, y salvo por Detra, que hacía inventario detrás de la barra, y Lottie, sentada al piano que había fuera del escenario, el local estaba vacío.

Kitty le dio un tirón en la manga.

—Deja de mirar así a Detra. Y por amor de Dios, que no te vea fumando. Lo considera una vulgaridad.

De mala gana, Michael se apartó del agujero y, avergonzada de que la hubieran pillado, mintió.

—No estaba mirándola...

Luego inhaló una profunda bocanada de su cigarrillo y deseó haberle pedido a Josie que le liara otro. Por fin, se humedeció el pulgar y el índice, y lo apagó entre ellos; el cigarrillo crepitó, y cuando estuvo segura de que estaba bien apagado, lo metió en una grieta de la pared para buscarlo luego. No se resignaba a tirarlo; ¿quién sabía cuándo conseguiría alguno más?

Mientras observaba sus maniobras, Kitty se limitó a negar con la cabeza.

—Claro que estabas mirándola. Todas las chicas lo hacen cuando se enteran de lo del asesinato. Lo malo es que eso irrita a Dee, y es lo último que te conviene. —Hizo una pausa y luego señaló el cigarrillo escondido —. ¿De verdad vas a fumártelo después?

—Claro que sí.

—Mira que eres rara —dijo Kitty en voz baja.

Michael ignoró el comentario.

—No estoy segura de si creerme esa historia sobre Dee. Lo más probable es que te la hayas inventado.

Kitty se encogió de hombros.

—Pregúntale a Ethan; verás lo que te contesta.

—Sí que lo haré.

Entonces volvió a echar una rápida ojeada por el agujero y vio a Dee

añadiendo con cuidado un vaso graduado de agua a una botella de whisky... Y, de repente, le resultó fácil imaginársela añadiendo, con igual cuidado, arsénico en el café de su difunto marido. Se apartó del agujero y preguntó:

—Si de verdad envenenó al señor Kelly, y si todo el mundo lo sabe, ¿por qué no ha ido a la cárcel?

—Porque a todo el mundo le daba igual —dijo Kitty en tono impersonal—. Lo entenderías si hubieras conocido al señor Kelly.

—Pero...

—Ya está bien. Si hubiera sabido que ibas a hacer tantas preguntas, no te lo habría contado. Y procura que Dee no se entere de que te lo he dicho yo. No quiero que se enfade conmigo.

—No irá a envenenarte...

Kitty la miró como si de pronto le hubiera brotado otra cabeza.

—Claro que no irá a envenenarme; te tomas en serio las cosas más raras. Pero a lo mejor me manda a freír espárragos, y eso sería peor. Aquí todo el mundo sabe que éste es el mejor sitio para trabajar. A lo mejor un día me voy a Denver y tengo un local propio, pero hasta entonces es aquí donde quiero estar. —Empezó a desabrocharse la ropa—. Venga. Tienes que quitarte ese vestido. No puedes bailar con él.

Entonces le tocó a Michael adoptar una expresión horrorizada.

—He bailado con vestidos toda mi vida.

—No como éste.

Kitty se quitó el vestido y se quedó con una camisola, calzones, unas

enaguas que le llegaban hasta la pantorrilla y un corsé. Entonces dio una patadita en el suelo en señal de impaciencia.

—¿Quieres que te enseñe o no? Las otras no tardarán en venir, y antes de que lleguen deberías saber un poco del número. No tienen demasiado aguante.

—Oh, está bien —dijo Michael, harta.

En el salón sólo estaban Lottie y Dee. Además, si lo pensaba racionalmente, su ropa interior dejaba ver menos que el vestido que Kitty le había dado para la representación. Colgó su traje en la percha junto al de Kitty y contuvo el impulso de cruzar los brazos en ademán protector delante del pecho.

—Vamos a acabar con esto.

Kitty ladeó la cabeza mientras la examinaba.

—Pero, la verdad, ¿cómo se te ocurrió contestar al anuncio de Dee?

—Fue la desesperación —suspiró, aliviada al ver que Kitty parecía entender su respuesta—. De verdad que quiero hacerlo, Kitty, es que estoy nerviosa.

Mientras lo decía, pensaba: «De verdad que no quiero hacerlo; es que estoy muerta de miedo».

—Muy bien. Vamos allá. —Los rollizos dedos de Kitty le agarraron por la muñeca para conducirla hasta mitad del escenario—. Lottie, danos el estribillo de *Cuando brilla el sol*, voy a enseñarle a Michael esa parte.

Lottie dijo que sí con la cabeza, acercó el banquillo y empezó a tocar. En seguida una melodía ligera y festiva llenó el saloon. Entonces Kitty le

soltó la muñeca y le explicó con detalle los pasos, mostrándole el descarado contoneo con que rodeaba el escenario mientras fingía dar vueltas a su sombrilla; su expresión era al mismo tiempo recatada y maliciosa, y la timidez actuaba como una abierta provocación. Michael no tuvo dificultad para seguirlos pasos. En esencia, el número consistía en dar varias vueltas por el escenario con la sombrilla en distintas posturas, unos cuantos giros como de vals con la sombrilla como pareja, y algunos pasos de tacón a puntera que producían un agradable chasquido en el suelo, utilizando la sombrilla como bastón.

—Ha aprendido los pasos estupendamente —dijo Lottie que, al tocar, observaba a Michael—. Pero la sonrisa es un horror.

—Como si no lo viera yo —dijo Kitty mirando a Michael por el rabillo del ojo mientras ensayaban los pasos arrastrados—. Dos, y tres, y cuatro, y... Rápido, Michael. Y con ligereza, y sonríe como si fuera de verdad.

Michael se echó a reír.

—Eso está mejor —dijo Kitty en tono de ánimo cuando la sonrisa de Michael tomó más cuerpo—. Mucho mejor. Olvídate de que esta noche habrá aquí dentro cincuenta mineros, media docena arriba o abajo, y de que la mayoría estarán mirándote porque eres la nueva.

Casi al instante, los pies de Michael se hicieron un lío, y una oleada de pánico volvió rígida y forzada su sonrisa.

—Ay, Señor —dijo en voz baja.

Miró al mar de mesas y sillas vacías; aquella noche estarían

inundadas de gente que la miraría buscando diversión. Rostros atractivos, rostros corrientes, lascivos, respetuosos o esperanzados... En sus ojos cabría todo el abanico de las expresiones.

—No creo que pueda hacerlo, Kitty.

Esta se dio cuenta de que Dee había dejado de sacar brillo a la barra y las observaba, y entonces dijo en voz baja:

—Dee está mirando para acá. Acuérdate de la «desesperación»; verás cómo te ayuda.

Y así fue. Michael pensó en todas las cosas que deseaba hacer desesperadamente: huir de Ethan, del saloon, de aquella ciudad de montaña... Tenía una historia por escribir y una declaración que hacer, y además tenía que vengar las muertes de unos amigos. Seguro que podía aguantar el humillarse a sí misma con el fin de conseguir esos objetivos. Pero ¿cómo llevarlos a cabo sin ganarse antes la confianza de personas como Kitty o Lottie, que no entendían sus circunstancias, o como Houston y Happy, que creían entenderlas...? ¿O como Ethan, que sabía de ella más de lo que ella deseaba?

Se las arregló para esbozar una sonrisita cuando Lottie empezó de nuevo el estribillo y realizó el número sin vacilar. Sintió que los ojos observadores de Dee no se apartaban de ella, y también sintió su animosidad, aunque su expresión permaneció inalterable. Incluso al volver a concentrarse en la labor de sacar brillo a la larga barra de caoba, Michael advirtió que su actividad no era sino un pretexto, y que su interés seguía estando en el escenario.

Después de una hora o así se les unieron las demás bailarinas. El ensayo siguió durante otra hora, en que le enseñaron la parte principal del número, que incluía las patadas en fila; Michael se dio cuenta de que, cuando tuviera que darlas llevando el vestido corto y los leotardos hasta los muslos, enseñaría buena parte de las piernas. Cogidas del brazo, las bailarinas levantaron las rodillas y luego dieron una patada en alto; después fueron cambiando de pierna mientras poco a poco formaban un pequeño círculo que giró cada vez más rápido, hasta que una de ellas perdió el equilibrio y todo el grupo pareció venirse abajo. Entonces todas cayeron en un montón de brazos y codos, y un barullo de arrugadas enaguas y calzones.

Fueron desenredándose entre risas, de modo que no oyeron el leve aplauso de aprecio que les dedicaban. Al ver a Houston, de pie al extremo de la barra más próximo al escenario, se rieron más todavía; todas menos Michael. Ella sintió que la cara le ardía bajo la mirada fija de los negros ojos de Houston, se apresuró a soltarse de las demás y, prácticamente, se zambulló entre bastidores para ir a por su vestido.

—Todavía es un poco pudorosa —dijo Kitty sin dirigirse a nadie en particular.

Houston se limitó a sonreír.

—Resulta muy estimulante —dijo.

Carmen se puso de pie y sacudió el trasero, al tiempo que giraba, se doblaba y hacía toda una exhibición de él. Luego, lanzando a Houston una sonrisa descarada por encima del hombro, le preguntó:

—¿Demasiado poco sutil?

—Nada sutil —contestó Houston—. Pero muy bonito.

—Gracias.

Detra salió de su despacho a tiempo de oír el último comentario.

—Vamos, chicas, tenéis mucho trabajo que hacer. Carmen, tú puedes empezar con el suelo de aquí dentro; Kitty, las escupideras. Hay que abrillantar el estribo de latón, y limpiar el espejo.

Todas se pusieron a protestar diciendo que necesitaban más tiempo de ensayo, y entonces levantó una mano.

—Lleváis dos semanas con esas canciones. Os las sabéis todo lo bien que hace falta.

—Pero Michael necesita... —La objeción de Josie recibió una de las miradas más gélidas de Dee; Josie se puso de pie murmurando—: Bueno, pero espero que no nos ponga en ridículo a todas las demás.

—No sé cómo podría hacerlo —dijo Houston cuando Michael volvió al escenario—. No ha sido ella quien ha provocado la caída; me parece que Susan no seguía el ritmo.

Susan resopló un poco mientras Dee le dirigía una mirada furiosa a Houston; al cabo de un momento Detra giró sobre sus talones y entró a buen paso en su despacho. Él mostró los dientes en una amplia sonrisa, donde no había ni rastro de arrepentimiento, y luego se pasó los dedos por el claro cabello.

—Venga, chicas. Ya habéis oído a Dee: tiene trabajo para vosotras.

Michael le echó el ojo a la escoba que estaba apoyada en el piano

vertical. Miró a Carmen y le dijo con cautela:

—Voy a barrer yo... A menos que tú quieras hacerlo.

—Por supuesto que no. De todos modos, quiero hablar con Houston.

Pero éste se apartó de la barra e hizo un gesto negativo.

—No, Michael. Quiero hablar contigo. Que barra Carmen.

De repente el despacho de Dee se cerró de un portazo; Houston subió las cejas y miró en aquella dirección, pero no dejó entrever sus pensamientos. Cuando volvió la vista al escenario, Carmen ya cogía la escoba, y Michael estaba sola.

—Baja aquí, Michael. Vamos a sentarnos a una de las mesas.

Ella hizo caso omiso de la mano que le ofreció para ayudarla a bajar, y en su lugar tomó la corta rampa; más difícil fue fingir que no veía cómo a él le divertía el gesto. Para evitarse más burlas engreídas por su parte, aceptó la silla que le sacó.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó él.

—No, gracias. No bebo.

—Pensaba más bien en un café, Lottie lo traerá de la cocina.

—No, nada —se apresuró a decir.

Lo último que quería era que una de las chicas la sirviese; necesitaba unirse a ellas, no que nadie la pusiera aparte.

—Si quieres algo, yo lo traeré.

Houston le puso una mano en el antebrazo para impedir que se levantara. Sólo se sentó y quitó la mano cuando estuvo seguro de que

ella no iba a salir corriendo.

—Eso está mejor. Yo tampoco quiero nada.

Los ojos de Michael vagaron hasta detenerse en la estrella que lucía en la camisa. Intentó no exteriorizar su desdén.

—¿Esto es un asunto oficial, sheriff?

Él soltó una risilla.

—En esta ciudad no hay muchos asuntos oficiales. Aquí nunca pasa nada... —durante un momento clavó los ojos en ella—; al menos, oficialmente.

—Eso estoy empezando a notar.

—Bien.

—Entonces, ¿qué quieres?

Houston se encogió de hombros.

—Sólo un poco de conversación.

—No tenías que distinguirme para eso.

—Sí que tenía.

A Michael le pareció que su tono era sincero, y que en sus ojos, negros como el carbón, veía algo serio y cordial. Houston tenía facciones fuertes, incluso marcadas; sus ojos y cejas oscuros formaban un contraste notable y hasta llamativo con el color claro, de ceniza pálida, de su pelo. No era tanto un hombre guapo como irresistible, y, aunque a regañadientes, ella tuvo que admitir que Nathaniel Houston era muy guapo. Claro que, como todos los que trabajaban para él, también era un asesino.

Michael tuvo la extraña sensación de que él sabía perfectamente lo que estaba pensando. Recordó el aviso de Ethan para que se mantuviera lejos de Houston y de la animosidad de Detra; entonces encaró su rostro de frente y, en lugar de cordialidad, vio una mirada fija, fría, insondable e implacable, que trasmitía tanto una advertencia como una amenaza. Así que allí estaba el asesino; allí estaba el hombre que pensaba ver colgado.

—Ethan prefiere que usted no baile —dijo él.

—Eso no es lo que Kitty me ha dicho esta mañana.

Houston reflexionó.

—Pero sigues siendo la esposa de Ethan.

—De eso hace mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que de eso hace mucho tiempo. Nada más, y nada menos. —Bajó la voz para que ninguna de las chicas que estaban metidas en sus faenas pudiera oírla—. Yo pienso por mí misma, señor Houston.

—Houston. Houston nada más. O Nate. No me gusta nada ser «señor». —Se inclinó hacia adelante en la silla y puso los antebrazos sobre la mesa—. Dime una cosa; cuando Ethan te abandonó, ¿estabas enamorada de él?

Michael apartó la vista. Se miró las manos fijamente por un instante, intentando elaborar la respuesta más adecuada.

—Eso es muy personal —dijo.

—¿Estabas enamorada?

—Sí.

Confió en que pareciera que había respondido de mala gana.

—¿Sigues estándolo?

Le salió de forma muy natural mirarlo como si estuviera loco, y él se rió al verla.

—Me parece que no. ¿Lo has perdonado ya?

—¿Por abandonarme? Hace años que lo perdoné por eso. ¿Por traerme a este lugar dejado de la mano de Dios? Nunca.

—Pero piensas seguir con él.

—¿Tengo otra alternativa?

Durante un momento Houston no dijo nada; parecía estar pensando mientras sus ojos vagaban por su cara. Al verla ruborizarse bajo su minucioso examen, asintió con un breve movimiento de cabeza y un gesto de aprobación. Entonces se separó de la mesa y se levantó.

—Tal vez tengas otra alternativa. La verdad es que encuentro estimulante tu pudor —«Y más que fascinante», pensó—. Si me disculpas, he de ver a Detra.

Con el ceño fruncido, Michael lo miró alejarse. ¿Había querido decir que tal vez tuviera posibilidad de irse o más bien de cambiar de pareja? Lo primero resultaba atrayente e improbable; en lo segundo no quería ni pensar. Salió de su ensueño al sentir unos golpecitos en el hombro. Entonces Carmen le metió una escoba en la mano y le dijo:

—Si ya has terminado el palique, te queda por hacer tu parte de trabajo. Los clientes empiezan a llegar justo antes de mediodía.

Michael estuvo encantada de coger la escoba, y también aliviada por tener algo que hacer: así se familiarizaba con el saloon. Y después, cuando barrió el polvo hasta la acera de madera y luego hasta la calle, la tarea le proporcionó la primera bocanada de auténtica libertad.

Dentro contó dieciséis mesas, cada una con tres, cuatro o cinco sillas. La barra de caoba, con su estribo de latón y sus escupideras, ocupaba casi toda la longitud de la habitación; en la pared de detrás había un gran espejo, y a cada lado, repisas con licores. Los vasos, paños y delantales se guardaban debajo de la barra. Una ruleta ocupaba una esquina del saloon, y una mesa de billar americano, la otra; los tacos colgaban de un mueble que estaba junto a la cabeza de alce más grande que había visto nunca. El papel de la pared era de un suntuoso color rojo y dorado, con un estampado lleno de detalles. Unos globos de cristal, de un blanco lácteo, ocultaban los mecheros de las luces de gas, y el reloj situado sobre la entrada al comedor marcaba los minutos con su pausado tictac.

Mientras barría la acera, Michael observó dónde estaban situados el establo y la tienda. Caballos y armas: era fundamental saber dónde se encontraban. En ese momento, desde la puerta de entrada del saloon, le llegó la voz de Dee; justo detrás de ella estaba Houston.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó Detra.

—Barrer.

Gozó de un instante de triunfo al alcanzar a ver el último rastro de pánico pintado en sus caras. Entonces Dee le espetó:

—Entra. Y no vuelvas a salir del saloon por ningún motivo.

Luego apartó a Houston de un empujón y regresó a su despacho. Con una voz tan dura como sus ojos, éste añadió:

—No vuelvas a darme motivos para creer que te has marchado... O Detra será la menor de tus preocupaciones.

La sensación de triunfo de Michael desapareció. Aunque la habían encontrado en seguida, y ella no había dado indicios de estar haciendo nada más que su tarea, se dio cuenta de que su acción los volvería más cautelosos, no más confiados. Desanimada, siguió a Houston de vuelta al saloon.

En el espejo que había sobre la cómoda no se veía entera; en cierto modo era un alivio, porque lo que veía le daba ganas de gritar de frustración. Después de la cena Kitty fue al cuarto para ayudarla con el carmín, los polvos y las horquillas; cuando acabó, Michael no se reconocía. Para empezar tenía los labios pintados de color rojo intenso, y las mejillas, con un colorete sólo un poco menos vivo. Kitty le había arreglado el pelo más suelto de lo que a ella le gustaba, y sus rizos se derramaban con libertad por donde querían. Había logrado convencerla de que el lazo de tafetán rosa sería excesivo, pero su victoria no era demasiado gloriosa, porque seguía teniendo que habérselas con el vestido. Era tan ceñido como pensaba, y el rígido corsé de ballenas le cortaba la respiración. Con las manos en la cintura, calculó que ésta era demasiado pequeña como para contener los órganos internos; de ello dedujo que, en efecto, sí que era el corazón lo que tenía en la boca. Al fin, sin estar demasiado convencida, acercó una silla a la cómoda y se subió

en ella; el panorama de lo que iba a exhibir en el piso de abajo no sirvió precisamente para darle confianza.

Sus pechos quedaban demasiado a la vista con aquel escote bajo y redondo, y los brazos y los hombros parecían demasiado desnudos sin unos guantes o un chal. El bajo de la falda le cubría justo las rodillas, y por lo que alcanzaba a ver, las medias blancas y las botas blancas de tacón alto le hacían las piernas horriblemente largas. Bajó de la silla de un salto y volvió a ponerla en la pared. Luego, dirigiéndose a la habitación vacía, dijo:

—No puedo hacerlo; no puedo bajar así; no puedo bailar con estos zapatos... No puedo dar patadas con este vestido... Dios mío, ¡van a vérmelo todo!

Había llevado a la habitación el cigarrillo a medio fumar de la mañana y lo había escondido; ahora lo sacó, fue hasta la ventana y la abrió de par en par. Sentada en el alféizar, lo encendió e inhaló con fuerza el humo. Sencillamente, le daba igual quién la observara desde abajo. Exhaló el humo despacio y miró a la calle sin ver en realidad nada de lo que ocurría allí. Sólo se imaginaba a sí misma en el escenario.

—Esos mineros van a vérmelo todo, aunque no dé patadas.

Deseó que Dee la hubiera dejado servir bebidas por la tarde con todas las demás chicas. Pero cuando Houston se marchó, Detra decidió que sería mejor que Michael pasara la tarde en su cuarto, tanto por quitarla de en medio como por presentarla más tarde como sorpresa para los mineros. Al principio le pareció estupendo retirarse; ahora

deseó que no hubiera sido así. Abajo se habría ambientado poco a poco, se habría acostumbrado a los pellizcos y a los cachetes. Ahora tendría que enfrentarse a todo aquello de golpe, y también a los silbidos, los berridos y los comentarios desvergonzados; y además, tendría que mostrarse agradable, e incluso fingir que todo aquello le gustaba.

Manoteó el humo hacia afuera para que no se pegase al vestido ni quedara en la habitación.

—«Lo más probable —se dijo— es que dentro de un minuto me despierte y me ría de esta pesadilla.»

Esperó, pero, pasado el minuto, tuvo que reconocer que no habría ningún despertar, porque aquello no era un sueño. En ese momento Kitty metió la cabeza por la puerta.

—¡Estás estupenda! —dijo, y entonces vio el cigarrillo— ¡Tira eso! ¡A Dee le dará un ataque! Venga, iremos por las escaleras de atrás para que nadie te vea antes de tiempo. ¡Qué guapa estás! Van a reventar cuando vean lo que Dee les ha traído del este. Escucha...

Kitty ladeó la cabeza.

—Ya oyes cómo piden los de abajo que empecemos... En cierta manera la alegra a una, ¿verdad? ¡Y anda que no va a gustarle nada a Ethan!

Michael subió la cabeza bruscamente.

—¿Ethan ha vuelto? ¿Está aquí?

Kitty asintió.

—Abajo, sentado a una mesa con Houston. Acaba de llegar de las

minas hace unos minutos. ¿Vienes o no?

Michael se levantó despacio y tiró por la ventana el cigarrillo.

—Voy.

Ethan paseó la vista por el saloon mientras sostenía su cerveza; estaba agotado y no soportaba a la ruidosa multitud que lo llenaba. Le echó una ojeada a Houston.

—¿Estás aquí esta noche como propietario o como sheriff?

—Como ambas cosas. Y en calidad de las dos, me figuro que Jake y yo tendremos que echar a media docena de hombres en esta velada.

En ese instante Houston metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó un cuaderno de piel y dos lápices; los puso en la mesa y los empujó hacia Ethan.

—¿Sabes algo de esto? Lottie los ha encontrado mientras lavaba las cosas de Michael.

Disimulando su preocupación con una máscara de indiferencia, Ethan cogió el cuaderno y empezó a hojearlo. Aunque daba la impresión de examinarlo sin demasiada atención, iba buscando cualquier referencia al *Chronicle,* al puesto que Michael desempeñaba allí o a su nombre auténtico. No vio nada que pudiera ponerla en peligro.

—Es un diario de viaje —dijo—. Michael siempre llevaba un diario.

Houston asintió.

—Asegúrate de que no lleve un diario de esta excursioncita. No quiero que escriba nada que pueda traernos problemas.

Ethan le alargó el cuaderno.

—¿Quieres quedártelo?

—No. Pero quiero verlo de vez en cuando. Michael no tiene por qué saberlo. Encuentro interesantes sus observaciones.

Houston se inclinó hacia delante y, entre el pulgar y el índice, empezó a dar vueltas despacio a su vaso de licor.

—Ethan, voy a darte una oportunidad que no suelo dar a otros cuando veo algo que me gusta. Voy a avisarte antes de quitártelo.

Ethan acabó lo que le quedaba de cerveza y dejó el vaso.

—Agradezco el gesto, pero no vas a decirme nada que yo no sepa ya. Tu interés por Michael es bastante evidente. Y Detra lo ha visto también.

—No me preocupa Detra; pienso en ti. ¿Consideras de verdad a Michael como tu esposa? ¿Incluso al cabo de cuatro años?

—¿Te detendría el que así fuera?

—No lo sé.

—Y yo tampoco —dijo Ethan—. Pero ¿sabes?, no importa. Porque lo cierto es que es mi esposa,

—Iba a casarse con ese periodista.

—Creía que yo estaba muerto.

—Y aún podrías estarlo.

Ethan sopesó la amenaza un instante. En los cinco últimos meses había llegado a conocer bien a aquel hombre, y pensó que faroleaba.

—¿Entonces dónde estaría el reto? Tú la deseas, pero yo también. No voy a advertirte que te apartes de ella, Houston; ya conoces lo

bastante a Michael como para saber que ella decide por sí misma.

Alzó su vaso para que se lo rellenaran en un gesto que cerraba el tema, pero cuando nadie se acercó a servirlo, se dio cuenta de que todas las chicas estaban preparándose para el espectáculo.

—Como no consigo otra cerveza, me voy arriba. Michael debe de estar medio loca, atrapada en la habitación todo el día.

—No ha estado allí dentro todo el día.

Ethan había empezado a levantarse, pero las palabras de Houston hicieron que se sentara otra vez. Se metió el cuaderno y los lápices de Michael en el bolsillo del gabán y preguntó:

—¿Qué quieres decir? Le dije a Dee que quería que Michael estuviera encerrada. Incluso le di la llave.

—Háblalo con Dee, pero yo aún estaba aquí esta mañana cuando Dee mandó subir a Kitty con ropa e instrucciones para Michael; tenía que bajar a desayunar y luego, ensayar.

—Esa zorra... —dijo Ethan en voz baja—. Sabe que no quería que Michael bailara.

—Dee sabe defenderse sola, pero la verdad es que tiene algo de razón en querer meter a Michael. A los ojos de las demás, trabaja para ella.

—Pues que sirva bebidas, ya se lo dije a Dee, pero todavía no.

—No te fiarás de Dee, ¿verdad?

—Sería idiota si lo hiciera.

Houston hizo un gesto afirmativo.

—Esta mañana ha salido de aquí, barriendo.

—¿Michael ha estado fuera? ¿Sin Dee? —Miró su vaso de cerveza vacío y deseó que aún quedara otro sorbo; luego bajó la voz de modo que Houston tuvo que acercarse para oírlo—. Sólo necesita unos minutos de ventaja para salir de Madison. Y menos todavía para contarle a cualquiera una historia sobre el número 249. Al principio nadie la creería, pero sembraría dudas; antes o después, se darían cuenta de la verdad.

El piano interrumpió la respuesta de Houston: Lottie tocaba ruidosamente el preludio de *Cuando brilla el sol.* Casi al instante, la multitud siseó con ilusión.

—Voy a estrangularla —dijo Ethan en voz baja.

—¿A quién? ¿A Detra?

—Primero a ella, y luego a Michael.

Houston hizo un gesto para que olvidara su preocupación.

—Deja que los hombres disfruten. Puedes permitirte ser generoso; después de todo, el que se acuesta con ella eres tú.

Ethan no añadió nada; sus ojos estaban clavados en la tarima donde las bailarinas no tardarían en aparecer. De repente la multitud soltó un rugido cuando Susan avanzó arrastrando los pies por el escenario, haciendo girar su sombrilla y enviando besos con la mano a los mineros; detrás salieron Carmen, Josie, Kitty y, por último, Michael. El constante clamor estalló en una furiosa ovación cuando los hombres advirtieron la cara nueva y la nueva figura que estaba en escena.

—Dios —dijo Ethan con un suspiro—. ¿Tú la ves?

—La veo. —Houston echó un vistazo a las demás mesas—. Y los demás también. ¡Qué cambio respecto a la mojigata gazmoña que vi la primera vez!

Los pensamientos de Ethan iban en la misma línea, pero se los reservó. Incluso a la distancia a la que se encontraba del escenario, Michael parecía haberse pintado la cara como una mona. A él nunca le pareció que las otras tuvieran un aspecto llamativo con sus labios chillones y sus mejillas color rosa, pero al ver el mismo efecto en Michael, se replanteó su opinión. Luego su mirada fue de la cara al vestido. Michael enseñaba más pierna que cualquiera de las demás bailarinas, y no menos pecho.

Ethan dio un respingo cuando ella tomó del brazo a Josie y Kitty, y luego alzó las piernas para dar una patada en alto; sus enaguas se levantaron y dieron la impresión de quedarse quietas un segundo después de bajar las piernas. Mientras Lottie aporreaba la cancioncilla al piano, el movimiento se repitió una y otra vez. Intentó distinguir la voz de Michael entre las bailarinas pero no pudo; después se repitió el estribillo y los mineros se unieron al coro, con lo que la tarea resultó imposible. Se le ocurrió pensar que, probablemente, ella no estaría más que moviendo los labios, aunque no entendía por qué; por encima de los berridos de los mineros, de las notas destempladas que Lottie tocaba de vez en cuando y del tono estridente de las bailarinas, no importaba que Michael no tuviera oído ninguno.

El baile parecía durar más de lo que recordaba, pero lo cierto era que hasta entonces Ethan siempre había disfrutado con él. En cambio, observarla sabiendo que ardía de vergüenza y de rabia también le supuso una tortura. Michael mostraba una sonrisa rígida, y sus ojos tenían una expresión ausente aunque, a juzgar por el entusiasmo de la multitud, él era el único en darse cuenta; un momento después rectificó su opinión: Houston también parecía advertirlo. Ethan vio que ya había dejado de sonreír antes de que Lottie tocara el estribillo final y el saloon casi vibrase con una oleada de aplausos y silbidos.

—¿Adónde vas? —le preguntó Houston cuando se puso de pie.

—A sacarla de ese escenario.

Houston le puso la mano sobre el antebrazo y negó con la cabeza.

—Déjala. Lo peor ya ha pasado. Has dicho que podría servir bebidas... —Le soltó el brazo y señaló su vaso vacío—. Y da la impresión de que te vendría bien otra cerveza.

Ethan titubeó. Michael ya dejaba el escenario, siguiendo a las demás chicas por la rampa, y los mineros se abalanzaban sobre ella, ansiosos de hablar unas palabras con ella. Cuando vio que se las arreglaba para abrirse camino hasta la barra, levantó el vaso y le llamó la atención, pero ella hizo caso omiso de él. Houston los vio intercambiar miradas, y cuando Ethan volvió a sentarse, dijo:

—Vas a tener que imponerte.

Ethan sólo respondió con un leve gruñido. Luego, refiriéndose al robo, preguntó:

—¿Has sabido algo oficial sobre la otra noche?

—Esta mañana ha llegado la noticia por el telégrafo, y Rich Hardy me ha informado ahora mismo. Sospecho que ya todo el mundo está enterado del robo. Según parece, fue uno de los mayores asaltos a un tren de que haya constancia.

—¿Se sabe seguro? —Ethan sonrió abiertamente.

—Eso es lo que dicen por el telégrafo.

Siguieron hablando del robo como si no hubieran tomado parte en él, como si no supieran más que lo que el telegrafista le había comunicado al sheriff, pero entre líneas había otra conversación que hablaba del éxito del asalto. Ethan tomaba parte en ella porque estaba obligado a hacerlo, no porque quisiera. En cierto modo, era un alivio que se sintiera molesto; eso quería decir que sabía de qué lado se encontraba.

En un momento dado, Detra se acercó a ellos y se sentó a la mesa. Besó a Houston en la mejilla, pero sus ojos azules oscuros estaban más interesados en Ethan Stone; le dedicó una sonrisa demasiado astuta para que su saludo fuera sincero.

—Chicos, ¿habéis disfrutado del espectáculo tanto como mis otros clientes? —preguntó.

Sin tomarse el trabajo de ocultar su enfado ante Dee, ni ante ninguno de los clientes que pudiera estar mirándolos, Ethan dijo:

—Has ignorado mis órdenes a propósito.

—Tú no tienes derecho a darme órdenes —dijo ella, y al instante dirigió a Houston una mirada igual de significativa—. Ningún hombre

tiene ese derecho. Yo dirijo este local y lo dirigiré como crea conveniente.

—Y yo soy el dueño —dijo Houston—. No te excedas, Dee, que yo puedo excederme también. Tenías que haber cumplido los deseos de Ethan; él tiene sus motivos para no querer que Michael esté aquí abajo, aunque no sea más que por un detalle: porque una palabra suya puede echarlo todo a perder.

—Pues tendríais que haberlo pensado antes de traerla aquí—Dee jugueteó con un negro rizo que le caía en la sien; se lo enrolló en un dedo y luego lo remetió con esmero detrás de la oreja—, en lugar de ponerlo todo en peligro...

Entonces Houston la interrumpió, enojado:

—Baja la voz, o no será Michael quien nos traiga la ruina. —Le agarró fuerte la muñeca y se puso de pie, levantándola—. Creo que necesitas un poco más de atención. Ya de pie, Houston se la acercó de un tirón y bajó la boca. Al verlos, uno de los mineros empezó a dar golpes en la mesa, y al redoble pronto se sumaron otros. Duró hasta que él la cogió en brazos y la llevó entre la multitud de vuelta al despacho. Probablemente, pensó Ethan, Houston le había salvado la vida al llevársela de la mesa; había estado muy cerca de hacerle daño, de hacerle daño de verdad, y muchísimo. Si aquella mujer volvía a plantear por qué no habían matado a Michael en el robo, no iba a contenerse. No se le ocurrió preguntarse el porqué de la cólera que sentía hacia Dee, y lo que eso indicaba sobre sus sentimientos por Michael. Ethan se había acostumbrado a no escudriñar algunas cosas demasiado de cerca, y a no

sentir con demasiada profundidad.

En ese instante, al tiempo que levantaba una jarra de cerveza sobre su vaso, Michael preguntó:

—¿Otra copa?

Él asintió.

—¿Te sientas conmigo?

—No puedo. Dee...

Ethan señaló al despacho.

—Detra está ocupada; Houston la está atendiendo. —Creyó que sería imposible verla ruborizarse bajo su cara pintada, pero se equivocaba—. Siéntate.

Tomó la jarra de manos de Michael y se sirvió él mismo mientras ella se sentaba; sus ojos le echaron un rápido vistazo y abarcaron el escote de su vestido y todo lo que sobresalía por encima de él.

—No es lo que sueles llevar puesto.

—No.

—El rosa no te sienta bien. Con tu pelo, no.

Michael se llevó las manos al cabello con timidez. Tocó unas cuantas horquillas sueltas e intentó ponerlas de nuevo en su sitio, pero se detuvo porque Ethan hizo un gesto negativo mientras la observaba.

—El problema no es el pelo.

Su cabello era tan hermoso que hacía que lo demás pareciera chabacano. Tomó un largo sorbo de cerveza y dijo:

—Vamos arriba. Tu sitio no está aquí.

—No estoy segura...

Él estaba a punto de ignorar su objeción cuando los interrumpieron. Ralph Hooper se encontraba junto a la silla de Michael y movía los pies con gesto de nerviosismo.

—Me gustaría saber si puedo bailar con usted, señora; es decir, si aquí a Ethan no es molestia. Ella se lo ha dicho a todo el que ha hablado con ella, y vi cómo la metiste ayer aquí, de modo que sé lo que hay, pero pensaba sólo en un baile.

Casi sin entenderlo, Michael miró a Ethan para pedirle permiso; su propio gesto la dejó tan horrorizada que, sin esperar otra indicación, se puso de pie y le ofreció la mano al rubicundo minero de anchos hombros.

—Será un placer.

El rostro de él, grande y franco, mostró una sonrisa de felicidad. Y se veía que sólo quería bailar. Entonces se volvió a Ethan y le dijo:

—No tardaré mucho.

Al verla alejarse Ethan levantó su vaso y tomó otro largo trago. Tenía tiempo, pensó, y había dejado la jarra; también podía disfrutar de ella. Porque no era muy probable que volviera pronto a la mesa: un baile llevaría a otro, y a otro más... Tenía el vaso pegado a los labios, por eso resultaba difícil ver que estaba sonriendo. Maldición, si parecía que Michael estaba divirtiéndose.

Al final Ralph Hooper tuvo que soltarla, y otro minero tomó su lugar. Lottie siguió acompañando al piano y tocando las canciones que le

pedían: entusiastas gigas, bailes campesinos, polcas y melodiosos valses. Los hombres sacaron a las demás chicas, y al final las parejas pasaron del suelo del saloon, donde tenían que evolucionar entre un laberinto de mesas y sillas, al escenario, donde tenían libertad para moverse en cualquier dirección. Ethan observó la elegancia de Michael. Incluso durante las animadas gigas y los saltarines bailes campesinos, sus movimientos eran ágiles y ligeros. Se balanceaba, giraba y saltaba como si el aire, más que refrenarla, la mantuviera a flote. Sus compañeros eran más entusiastas que expertos, pero al valsear con ella, que dominaba la danza, adquirían un aspecto casi grácil. Las risas, los palmoteos y los fogosos cánticos ahogaban casi por completo la música, pero a ella no parecía importarle: ni una vez perdió el ritmo del baile, ni una vez le fallaron los pies. Ni una vez..., hasta que Ethan fue su pareja.

La mano de él le apretó la cintura, sujetándola; luego la hizo girar levemente en el tercer tiempo del vals.

—Ahora no dejes de sonreír —le dijo—; si no, los demás creerán que no quieres bailar conmigo.

—Y no quiero.

—Pues fíngelo —ordenó él, conciso—. Porque cuando acabe este baile, habrás terminado aquí abajo. Voy a llevarte a nuestro cuarto, y que todos piensen lo que les dé la gana.

—Más bien querrás decir, que piensen lo que tú deseas que piensen.

—Mira a tu alrededor, Michael. O piensan que eres mi propiedad o te verás metida en un baile mucho más íntimo con la mayoría de ellos

antes de que acabe la noche. ¿Es eso lo que quieres?

Ella sonrió con dulzura y, con los dientes apretados, contestó:

—Ya sabes que no.

La mano de Ethan subió un poco más por su espalda.

—Entonces deja de tomarte esto como un tormento; no soy la peor pareja que has tenido esta noche.

Ella no ponía reparos a su modo de bailar, sino al modo en que sus largos dedos parecían quemarle la piel de la espalda y al modo en que su otra mano devoraba la suya. Ethan parecía estar más cerca que cualquiera de los demás, y sin embargo, la mantenía a respetuosa distancia; era como si fuera consciente de cada parte de ella, aunque sus ojos no se apartaban de su cara.

El ritmo del baile cambió cuando Lottie empezó a tocar algo más animado.

—Ahora —dijo Ethan.

Entonces colocó sus dos manos en la cintura de Michael y, sin esfuerzo aparente, se la echó al hombro. La reacción inmediata de los mineros fue un estruendoso y prolongado abucheo; pero al ver que Ethan no vacilaba ante sus protestas, al recordar que sólo aquel día les había abierto dos túneles con explosivos, al observar que no había dejado su arma en la puerta y, por último, al recordar que Nathaniel Houston era amigo suyo, lo dejaron pasar.

En la puerta de su habitación Ethan dejó a Michael en el suelo. Ella estaba furiosa.

—¿Tenías que hacerlo así? Sé caminar, ¿sabes? No soy una de tus malditas alforjas.

Los ojos de él se posaron en su boca mientras ella soltaba juramentos. Luego abrió la puerta y, con un gesto de la mano, la invitó a pasar diciéndole:

—Continúa, pero dentro, antes de que cambien de opinión y decidan venir a buscarte. Y si sigues soltando palabrotas, a lo mejor dejo que lo hagan.

—¡Oh, vete al cuerno! —dijo ella; con todo, se apresuró a entrar.

—Límpiate esas pinturas de guerra.

—Pues es culpa tuya que las lleve.

—No lo es —dijo él, cerrando la puerta. Observó que la aldabilla estaba arreglada y la enganchó—. Pero da igual; límpiatelas.

Michael puso las manos en el lavamanos y se revolvió contra él.

—He dejado que me des órdenes allí abajo porque era para protegerme. Pero maldito si voy a dejar que...

Se detuvo al observar que él se le acercaba con una mirada resuelta en los ojos; se echó atrás contra el lavamanos y sintió que la palangana y la jarra que tenía detrás se tambaleaban.

—¿Qué estás...? ¿Qué quie...?

Ethan pasó la mano por detrás de Michael, que creyó que pretendía sujetar el lavamanos; al sacarla llevaba en ella una fina pastilla de jabón. Sin saber cómo, consiguió que el gesto pareciera amenazador, y ella sintió que parte de su valentía se disipaba. Entonces intentó

arrebatárselo, pero él lo sostuvo en alto, fuera de su alcance.

—Sé lavarme la cara sola —dijo con impaciencia.

—No estoy pensando en tu cara.

Ella vio que su mirada se concentraba en su boca con toda intención.

—No te atreverás.

—¿Es un desafío, o es que necesitas que te lo explique? Sea como sea, entérate de una cosa: una palabrota más, y la boca te sabrá a jabón durante una semana. —Michael no rechistó, y Ethan esbozó una sonrisa sardónica—. Me entran ganas de lavarte la boca sólo por las que estás pensando.

Ella le lanzó una mirada aún más furiosa y lo empujó con las palmas de las manos; en ese instante Ethan dejó caer el jabón, y ella se las arregló para cogerlo primero. Él se echó a reír. Mientras le deseaba que se ahogase con la risa, Michael se dio la vuelta hacia el lavamanos y vertió agua en la palangana; después se frotó bien la cara, primero con el jabón y luego con una manopla enjabonada. Al cabo de un momento Ethan le dio un golpecito en el hombro.

—Ten —le deslizó una toalla en la mano y cogió la manopla mojada —, antes de que te lijes la piel.

Ella se secó con cuidado la cara y le dijo:

—No hay manera de dejarte satisfecho.

Demasiado tarde, se dio cuenta del sentido que él podía dar a sus palabras. En realidad, ya estaba mirándola con una mirada rara; sus ojos recorrían sus facciones, estudiándole el rostro como si no supiera a qué

carta quedarse.

—No he querido decir... Es decir, no quería...

—Ya sé lo que has querido decir. —Ethan se dio la vuelta, se quitó el cinto y lo colgó; luego añadió en voz baja—: Una pena.

Michael estaba segura de haber oído mal; o más bien, si era eso lo que había dicho, no quería entenderlo. Ethan Stone le daba miedo, aunque no precisamente de la forma en que él pretendía. No hacía más que amenazar: amenazaba su vida, la amenazaba con lavarle la boca, la amenazaba con otros hombres... Y, sin embargo, lo que la llenaba de temor era ver cómo ella misma reaccionaba cuando no la amenazaba en absoluto. Entonces sacó de la cómoda el camisón de dormir de Ethan y se lo metió por la cabeza y por encima de la ropa; una vez tapada, empezó a quitarse el vestido, las enaguas y los leotardos. Observó que él, sentado en el sillón de orejas, con las piernas extendidas y los ojos cerrados, no le prestaba la mínima atención.

Lo que Ethan pensaba en ese preciso instante era que si no acababa pronto, él mismo le quitaría la ropa a tirones.

Y no es que intentara ser provocativa. Eso era justo lo que lo tenía preocupado: que Michael apenas se daba cuenta de cómo luchaba para resistir su atractivo. Al fin, en un gruñido, dijo:

—Voy a por la bañera. Vuelvo dentro de unos minutos.

Ella se encogió de hombros, indiferente, pero cuando salió, se permitió una sonrisilla; se había dejado el cinto. Se preguntó si confiaba en que no fuera a emplear su revólver contra él o si sólo pensaba que no

sabía hacerlo... Pero no se detuvo mucho a analizar los razonamientos de Ethan; en lugar de eso, mientras estuvo ausente empleó el tiempo en lavarse en la palangana y encender fuego en la estufa. Cuando volvió con la bañera y los cubos, ella estaba acomodándose en la cama.

Ethan le prestó poca atención mientras llenaba la bañera; después le advirtió que iba a desnudarse y sonrió abiertamente cuando ella se zambulló bajo las sábanas. Seguía sonriendo cuando se asomó con cautela al oír el chapoteo.

—Gracias por atizar el fuego —dijo—. Te lo agradezco.

—Lo he hecho por mí.

—Aun así, lo agradezco.

Levantó una pierna, apoyó el talón en el borde de la bañera y empezó a frotar; Michael lo miró. No lo podía evitar. No tenía nada para leer ni ningún dibujo que distrajera su atención, y estaba demasiado recelosa para echarse a dormir. Entonces, sin mirarla, Ethan dijo:

—He estado pensando en aquel tipo, Drew. ¿Era tu prometido de verdad?

A pesar de que no había nadie más en la habitación, Michael tardó un momento en darse cuenta de que estaba hablando con ella.

—No —dijo—. No estaba comprometida con él ni con ninguno del periódico.

—Pero viajabas con todos esos hombres.

—¿Intenta decir algo, señor Stone?

—¿Estás embarazada?

Michael parpadeó varias veces al oír la pregunta; no acababa de creer que hubiera entendido bien. Él la miró un instante.

—¿Tiene usted alguna respuesta, señorita Dennehy? —preguntó, sarcástico.

Ella se sentó.

—Claro que no estoy embarazada.

—¿Por qué te ofendes tanto? A mí me parece una pregunta muy pertinente. Has vivido en extrema cercanía con los demás reporteros... ¿Compartíais cama?

—Desde luego, pensar eso es muy propio de ti.

—Déjame preguntártelo de otro modo, Michael. ¿Podrías estar embarazada?

Los nudillos de Michael estaban blancos de lo fuerte que tenía agarrado el edredón. Antes de hablar dejó pasar el primer arranque de cólera, e incluso entonces lo hizo en un tono cuidadosamente medido.

—Eso no es cosa tuya, so cretino.

Por un instante Ethan dejó de frotar y miró con detenimiento el jabón que tenía en la palma de la mano; también dirigió a Michael la primera mirada directa desde que había empezado a bañarse. La amenaza era evidente.

—No voy a interrumpir mi baño para lavarte la boca. Pero tampoco voy a olvidar.

—¡Oh, vete al cuerno! —dijo ella, cansada, y volvió a echarse—. Me da igual lo que hagas.

Ethan se sorprendió al echarse a reír ante aquel patético desafío.

—Lo consideraré un indicio de que no puedes estar embarazada —dijo.

—Como quieras.

—Eso hago siempre.

Empezó a frotarse el pecho y disfrutó del placer de varios minutos en silencio. Luego, en tono desenfadado, dijo:

—Lottie ha encontrado tu cuaderno y tus lápices cuando te lavaba la ropa.

En ese momento a Michael le resultó difícil moderar su emoción y su interés; con más entusiasmo del que habría deseado, dijo:

—¿Ah, sí?

—No sé por qué, le dio el cuaderno a Houston, y él me ha preguntado a mí.

Ethan se pasó la pastilla de jabón por el brazo derecho, arriba y abajo, y después se tomó su tiempo en enjuagárselo.

—¿Y bien? —preguntó ella, impaciente.

—Ah —repuso él, como si hubiera olvidado de lo que estaban hablando—. Le dije que llevas un diario.

—¿Y lo creyó?

—Sigues viva, ¿verdad? No me gusta decirlo, Michael, pero ése es el único criterio que tenemos para saber lo que Houston cree.

Vio que la cara de Michael palidecía, y que luego se volvía de lado y subía las rodillas contra el pecho en ademán de protección. Sus ojos se

volvieron acusadores.

—Te gusta asustarme. Nunca desaprovechas una ocasión.

—Te equivocas. Sólo pienso que el miedo te hará ser un poco más precavida. Tu cuaderno está en el bolsillo de mi gabán; es tuyo si lo quieres.

—¿Y los lápices?

—Te los devolveré sólo si puedo leer todo lo que escribas; no quiero sorpresas, Michael. En el caso improbable de que salga de Madison, no quiero que escribas nada que se pueda utilizar contra ninguno de nosotros. Y a Houston también le interesará ver lo que haya en ese cuaderno tuyo.

¿Qué elección tenía?

—Está bien —dijo de mala gana.

—Los lápices están con el cuaderno: bolsillo de abajo, a mano izquierda. Tus lentes están en el de arriba, a la derecha.

Ethan vio la fugaz imagen de unas piernas largas y de nívea piel cuando ella apartó la ropa de cama; al instante, al levantarse, el camisón de dormir volvió a caer deprisa. Momentos después, con las piernas cruzadas sobre el edredón, Michael se sentó a echar un vistazo al contenido de su cuaderno. Sus lentes descansaban cerca de la punta de la nariz, y mientras leía, una leve arruga se le marcaba entre las cejas. Irritada con el pelo, que no dejaba de caerle sobre los hombros y de ponérsele en medio, acabó por recógelo detrás y sostenerlo con una mano. Los dos lápices, muy bien colocados, estaban detrás de su oreja

izquierda.

—Ay, Señor —dijo Ethan en voz baja cuando alzó la mirada y la vio.

Michael tenía la boca apretada en una línea, de un modo que ya se había vuelto familiar; su ceño no indicaba desaprobación sino tan sólo concentración. Él sintió un súbito impulso de hacer algo con aquella boca tan seria... Algo como besarla... Y la idea bastó para que se acordara de su espalda. Al oír que daba un respingo, ella levantó la vista y pregunto:

—¿Qué pasa?

Él dejó caer la manopla y se llevó la mano al hombro; entonces con los dedos buscó con cuidado un lugar dolorido de la espalda. Mientras intentaba inclinar la cabeza en un ángulo imposible para vérsela, respondió:

—No es más que una magulladura.

Michael cerró el cuaderno y lo puso en la mesita de noche. Se apresuró a salir de la cama y fue de puntillas hasta la bañera.

—Déjame ver.

—No es nada.

—Cállate y quita la mano.

Se arrodilló detrás de él. Cerca del omóplato tenía un moratón del tamaño de su puño, además de varias magulladuras inflamadas y arañazos.

—Dame la manopla —dijo, en tono serio—. Esto hay que lavarlo bien. Y el jabón. ¿Tienes alcohol por aquí? Un poco no vendría mal.

—¿Para mí o para ti?

—No soy tan remilgada, señor Stone.

—Vuelve a tutearme —dijo él—. Estoy desnudo en una bañera. Llevas mi camisón de dormir. Ya has dormido en mi cama... Me parece que deberías seguir tuteándome.

—¿Dónde está el alcohol, Ethan?

—En la parte de abajo del armario.

—Gracias.

Dio con él rápidamente y volvió a su lado. Luego le limpió los cortes con cuidado, calculando la presión de sus dedos por la súbita tensión de los músculos de la espalda. Después le pasó la botella de whisky y él tomó un largo sorbo.

—Dios, ¿qué estás haciendo ahí?

—Se le han metido en los cortes trozos de hilo de la camisa, y he de sacarlos si no quieres que se te infecten. —Esperó a que tomara otro trago—. Deja algo de whisky para los cortes, voy a lavártelos con él.

—Estás disfrutando.

Michael se echó para atrás.

—¿Quieres que mande llamar a un médico?

—No —dijo él al cabo de un momento—. Continúa.

Ella se inclinó hacia delante otra vez y le pasó la manopla enjabonada y húmeda por la espalda.

—¿Cómo te lo has hecho?

—Esta tarde estaba abriendo un túnel y me parece que puse la mecha demasiado corta.

—Me parece que sí —dijo ella en voz baja.

—Cuando las piedras empezaron a volar salté para ponerme a cubierto, y no recuerdo que me cayera nada encima. Debe de haber sido cuando di en el suelo.

—Devuélveme la botella.

Él se la dio y apretó los dientes a la espera de lo que vendría después; sus dedos se curvaron en el borde de la bañera. Michael, piadosa, hizo el trabajo con rapidez. Luego rodeó la bañera y se puso a su lado.

—Ya puedes soltar el aire —dijo; y le volvió a dar la botella—. Ahí tienes, bebe otro trago. Ya he acabado. Vivirás.

En voz baja, mientras clavaba los ojos en los suyos, él dijo:

—Sabía que sobreviviría a las heridas. Lo que no sabía era si iba a sobrevivir a tus atenciones.

Michael lo miró fijamente por encima de sus gafas. Entonces una de las manos de Ethan fue hacia ella y se deslizó bajo su pelo hasta rozarle la nuca. La cogió con suavidad, sujetándola tan sólo, mientras sentía en el pulso de su cuello un latido de pánico. No la atrajo hacia sí; en vez de eso, fue él quien se inclinó hacia delante.

Capítulo 6

Los labios de él sabían un poco a whisky y se movieron sobre los de Michael despacio, bebiendo a sorbos y reconociendo su textura, su forma. La mano que estaba en su nuca no ejercía presión; se quedó quieta. Cerró los ojos. La boca de él era tenaz, y su beso cálido. Ethan buscaba sin ansia, sin exigir; su caricia pretendía convencer. Los labios de Michael se abrieron bajo los de él. Sintió la húmeda aspereza de su lengua al recorrer su labio superior, y lo saboreó de nuevo cuando él pasó la lengua por la cresta de sus dientes. Su boca se abrió un poco más. El agua que le caía del brazo le humedeció la delantera del camisón de dormir, y luego formó un riachuelo que describía una curva en torno a su garganta y entraba entre sus pechos. Era como si la acariciara allí también. Los labios de ella se mostraron más que dóciles. Su boca se rendía. No pensaba en nada y lo sentía todo.

Ninguno de los dos oyó abrirse la puerta. Apenas franqueado el umbral, Detra se quedó quieta y los observó durante un instante antes de manifestar su presencia con un carraspeo.

—He llamado —dijo.

Súbitamente, Michael se apartó de la bañera, y el brazo de Ethan se

soltó de su cuello.

—¿Qué quieres, Dee? —gruñó él.

Se maldijo por no haber puesto el gancho en la puerta; por el rabillo del ojo vio que Michael trataba de mostrar una serenidad que no sentía. Se había subido los lentes en el caballete de la nariz y tenía los hombros rígidos y derechos.

—Los clientes piden que salgas —dijo Detra a Michael.

—No va a volver a bajar —dijo Ethan—; va a quedarse aquí toda la noche. Y ya que estamos, Dee, dile de quién fue la ocurrencia de que empezara a bailar esta noche.

Dee jugueteó con un rizo que le caía junto a la oreja.

—No sé qué problema hay. Ha tenido éxito. Les gusta.

—Demasiado. Esta noche no va a volver a bajar.

Los ojos azules oscuros de Dee realizaron un lento y ofensivo examen de la joven.

—Me parece que mis clientes creían que ya habrías acabado con ella. —Vio que Michael contenía la respiración, y sonrió—. Por lo visto, apenas has empezado a derretir ese bloque de hielo.

—No te entretenemos más, Dee —dijo él, mirándola severamente.

Con una sonrisa descarada, Detra giró sobre sus talones y salió sin molestarse en cerrar la puerta.

—Cierra la puerta, Michael —ordenó Ethan.

Al ver que se limitaba a quedarse quieta le gritó:

—¡La puerta, Michael!

Entonces ella cerró a toda prisa la puerta con el gancho y se apresuró a ir a la cama; una vez allí, se volvió mientras él cogía una toalla y empezaba a salir del agua, al tiempo que le decía:

—No dejes que Dee te fastidie. Sólo calcula el grado de amenaza que le supones. Cuanto más posesivo sea yo, más feliz es; cuenta con que yo te mantenga lejos de Houston.

Despacio y sin acabar de mirarlo a los ojos, Michael asintió con un gesto.

—Entonces, gracias. No me habría gustado tener que bajar otra vez allí esta noche. ¿Creen de verdad esos hombres..., lo que ha dicho Dee?

—Es probable. Recuerda: les hemos dicho que eres mi amante, no mi esposa. Supongo que creen que debería mostrarme un poco más complaciente... Compartirte.

—Querrás decir que creen que yo debería ser más complaciente.

—Algo parecido. —Ethan se abrochó los calzones y después, con la toalla, se frotó el pelo—. Las otras chicas dan más..., diversión. Es natural que esperen lo mismo de ti.

—¿Y Detra?

Él negó con la cabeza.

—Ella está con Houston.

—Quizá si yo estuviera con Houston... —Michael dejó que la frase terminara allí.

—No tendrías que preocuparte por los otros hombres. Ya te lo he dicho: Detra te mataría.

—¿Es verdad que envenenó a su marido?

—Así que has oído la historia.... No ha tardado mucho. —Echó un vistazo al fuego de la estufa—. No puedo decir si es verdad o no; por lo visto, ocurrió mucho antes de que yo llegara aquí. Sin embargo no tengo motivos para no creerla. Y si piensas que te lo digo para asustarte, tienes razón.

Ethan sacó las mantas del armario y las extendió con gesto brusco junto a la cama; cogió una de las almohadas y la echó abajo. Luego apagó una lámpara, dejó encendida la que estaba en la mesita de noche para Michael, y se tumbó en el suelo.

—Houston ha estado haciéndome preguntas esta noche. Sobre ti, sobre mí y sobre tú y yo. Me ha informado de que te desea.

Michael se acercó al borde de la cama y lo miró con atención. Por un momento pensó en decirle que Houston había tenido antes una conversación parecida con ella, pero al final decidió no hacerlo.

—Pero él cree que soy tu esposa.

—No es que le importe demasiado, Michael; cree que cumple con decirme sus intenciones. La verdad, no es que me siento impaciente por enfrentarme a él por ti.

En ese momento Michael deseó que los dos se mataran entre sí. Luego se quitó los lentes, dobló con cuidado las patillas y los puso sobre la mesita. Al alisarse el pelo encontró los lápices y los dejó allí también. Por último bajó la lámpara y se acostó de lado, con un brazo doblado bajo la cabeza y el otro abrazando la almohada.

—No quiero que me beses más.

—Dímelo cuando esté besándote, y dejaré de hacerlo.

—¿Crees que no puedo?

—No sé. ¿Lo averiguamos?

—¡No!

Ethan soltó una risilla.

—No te preocupes, Michael; ha pasado el momento. Estoy muy cansado, me duele el hombro y mañana tengo que hacer unas cuantas voladuras en las minas. Duérmete.

Ella se indignó al oír sus instrucciones. Físicamente, estaba exhausta, pero mantenía la mente alerta; dormirse le parecía una tarea imposible.

—Estoy harta de que me des órdenes.

—Muy bien. Pues no te duermas.

Al cabo de veinte minutos Ethan oyó que la respiración de Michael se convertía en un suave ronquido; entonces sacó las balas del arma, las puso en el cajón y volvió a su cama del suelo. Desde luego, era la mujer más fastidiosa que conocía... Casi todos sus sueños de aquella noche tuvieron que ver con que la besaba.

Cuando Michael despertó, Ethan se había ido otra vez; ésa fue la rutina durante las dos semanas siguientes. La cama que él montaba en el suelo estaba siempre quitada, sus artículos de afeitado, recogidos, y su ropa del día anterior, metida en la bolsa de la ropa sucia que se encontraba justo al entrar en la habitación. Siempre le dejaba agua limpia en el jarro y, a veces, una nota sobre la mesa diciéndole si tenía previsto

volver de las minas temprano o tarde. Con el tiempo Michael se dio cuenta de que, si bien no se sentía exactamente cómoda en presencia de Ethan, sí que se había acostumbrado a él. A veces se olvidaba de que no tenía libertad para ir y venir como quisiera y casi le agradaba su compañía. Cuando lo advertía, luchaba contra aquel sentimiento..., y también contra Ethan. Por eso las noches que empezaban mejor eran las que terminaban con las peores discusiones.

El ensayo de los números nocturnos se realizaba justo después del desayuno. Michael tomaba parte en él porque siempre bailaba en el primer pase, aunque no en el segundo; después de la primera noche era inútil fingir que no había tomado parte en la diversión. Al terminar el ensayo hacía su parte de las tareas, ya fuera sacar brillo a los latones o aguar el licor. Detra nunca estaba demasiado lejos cuando trabajaba en el piso de abajo, y su continua presencia le recordaba que era una prisionera. Las demás se interesaban por Michael en distintos grados. Kitty siempre era amable, y Josie sólo un poco menos; Lottie y Susan eran las que más la ayudaban durante los ensayos, pero después no hablaban mucho con ella. Carmen no ocultaba en absoluto que deseaba tener a Ethan en su cama otra vez; sus celos tal vez hubieran tomado un giro peligroso a no ser porque, a diferencia de Detra, refrenaba su genio cuando él no estaba.

En Madison no había nadie lo bastante emprendedor para publicar un periódico, de modo que la mayor parte de las noticias que llegaban hasta allí lo hacían a través de la oficina del telégrafo, y luego se

transmitían de palabra. Por fuerza, alguien siempre se enteraba mal, aunque en realidad a nadie parecía importarle. De vez en cuando alguien llevaba algún periódico desde Stillwater; las noticias más fiables procedían del *Rocky Mountain News,* de Denver.

Durante algún tiempo se sucedieron varios relatos sobre el robo del tren. A Michael le resultó espeluznante leer su propia muerte, junto con la de sus colegas. Nunca la identificaban por su nombre y sólo la mencionaban como una pasajera procedente del este, sin indicar que trabajaba para el *Chronicle.* Sabía que debía estar agradecida a aquel anonimato que la protegía, pero más bien, y sobre todo, la indignaba que el reportero no se hubiera enterado bien de la historia. Claro que también le preocupaba otra cuestión en aquellos relatos, aunque en este caso la única conclusión a la que llegaba era tan fantasiosa, y estaba tan reñida con lo que había visto con sus propios ojos, que no había forma de que fuese verdad.... Y sin embargo, cuanto más tiempo pasaba, más creíble se volvía lo increíble.

—Estás frunciendo el ceño.

Michael no levantó la cabeza, sólo los ojos, y miró a Houston por encima de la montura de sus lentes. Éste le tapaba el sol que entraba por la ventana que tenía detrás, y su rostro quedaba en sombra.

—¿Ah, sí? —preguntó—. No me había dado cuenta.

Echó un vistazo al salón. Dee no estaba en la barra, pero Kitty barría el escenario y Lottie ensayaba una nueva canción al piano. Houston no esperaba que Michael fuera a invitarlo a sentarse, de modo que sacó una

silla y se sentó junto a ella. Luego tiró de uno de los periódicos que tenía delante y lo leyó por encima un momento.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó.

—Me los ha dado Ethan. Ha dicho que no había nada que yo no pudiera leer. ¿Hay algún problema?

—No, ninguno. Aunque no entiendo por qué quieres leerlos; los periodistas nunca se enteran bien de las noticias. Y lo que es peor: lo que no saben, se lo inventan.

En el tono de su voz había un rastro de amargura que ella no había oído nunca.

—¿Por eso hiciste que mataran a todos aquellos periodistas? ¿Los odiabas personalmente, o fue por principio? ¿El único reportero bueno es el reportero muerto?

Sorprendido por su descaro, Houston se echó un poco atrás. Sus fríos ojos negros se achicaron, al tiempo que se acentuaba la arruga que había entre ellos. Al fin, dijo:

—No tienes ni idea.

Por un instante Michael casi llegó a temer que fuese a pegarle; tenía aspecto de querer hacerlo.

—Cuéntamelo —dijo en voz baja.

Él se lo pensó durante unos minutos.

—En otra ocasión —repuso.

—Está bien.

Vio que lo había sorprendido de nuevo al no insistir; tampoco tuvo

duda de que, con el tiempo, él se lo contaría. Hasta entonces sabía que tal vez tendría que plantear sus preguntas, y luego retroceder, media docena de veces más; pero al final se enteraría de algo importante sobre Nathaniel Houston.

—¿Te apetece un café? —preguntó— Allí atrás, en la cocina, hay café recién hecho. No me cuesta trabajo ir a buscarlo.

—Vamos los dos.

Michael titubeó. Miró por el saloon y se preguntó quién estaría en la cocina.

—No estoy segura...

Houston se arrellanó en la silla.

—No te gusta estar a solas conmigo, ¿verdad?

—Yo... Yo no... Pues no, no me gusta estar a solas contigo.

—Al menos, eres sincera.

Entonces puso su mano sobre la muñeca de Michael, empequeñecida a su lado, se levantó y tiró de ella para ponerla de pie.

—Venga, ya huelo ese café. Y además, tengo algo para ti.

Michael frunció el ceño y se preguntó qué querría decir. Empezó a recoger los periódicos, pero Houston la sujetó y le dijo:

—Déjalos. Están bien donde están.

Obedeció de mala gana y se dirigió a la cocina; una vez allí, sirvió café para Houston y también para ella.

—¿Has almorzado? —preguntó— Por aquí hay pollo frío.

—Siéntate. No tienes que servirme como si yo fuera uno de los

clientes.

—No, eres el propietario.

—Y eso significa que puedo coger todo lo que quiera, cuando quiera.

Para que Michael se sentara, sacó una silla que estaba en ángulo recto con la suya, pero ella hizo caso omiso y escogió otra que estaba justo frente a él.

—Antes has dicho que tenías algo para mí.

Sonriendo, él extendió la mano para ponerle en su sitio un rizo que le caía sobre la mejilla; ya antes de tocarla, se dio cuenta de que se preparaba para no dar un respingo. Confió en que lo que tenía contribuyese a mejorar su opinión sobre él.

—Eres tan codiciosa como Dee —le dijo.

Su crítica le escoció, y ella repuso:

—No he querido decir...

—Ya lo sé.

Entonces retiró la mano; le dio la vuelta y se la enseñó con la palma hacia arriba: ya no estaba vacía.

—Esto es para ti.

Michael se quedó mirando fijamente el camafeo de marfil enmarcado en filigrana de oro. No acababa de creérselo. Un poco aturdida, se llevó una mano a la oreja, como si de allí fuera a salir algo más, y luego la dejó caer despacio.

—Es mi broche —dijo—. El que cogiste en el tren.

Houston asintió. Entonces acercó su mano hasta la de Michael y se lo dejó caer en la palma; luego le cerró los dedos.

—Había pensado quedármelo como recuerdo de un encuentro muy notable. Contigo aquí, parece innecesario.

A ella se le saltaron las lágrimas, a pesar de que se dijo que no debía sentirse agradecida por recibir lo que era suyo; también se dijo que debería hacer algún comentario agrio y desagradable...

—Gracias —musitó.

Inclinó la cabeza y parpadeó rápidamente mientras jugueteaba con el alfiler. Entonces sintió bajo la barbilla el índice de Houston, que la obligó a levantar los ojos; él tomó el broche de entre sus temblorosos dedos y le dijo:

—Trae. Déjame a mí. —Rodeó la mesa y se lo abrochó en el centro del alto cuello de su vestido—. Esto es lo que llevabas en el tren.

—Sí.

Sus oscuros ojos la recorrieron un instante.

—Te favorece.

En ese momento Michael sintió terror de que intentara besarla y se apresuró a agachar la cabeza. Mientras su corazón latía como loco, de temor y de incertidumbre, él se quedó mirando un poco más su cabeza gacha; luego rodeó de nuevo la mesa y volvió a su asiento. Entonces ella decidió aprovechar la situación.

—Le he preguntado a Ethan si podía salir por las tardes —dijo, de forma casi atropellada—. ¿Te ha dicho algo?

—Algo ha dicho. Pero por las tardes él está ocupado. ¿Con quién irías?

—¿Con Dee?

—No creo; en todo caso, con frecuencia, no. Está harta de hacerte de niñera.

—Podríais dejarme salir sola.

Houston esbozó una media sonrisa.

—Me parece que no.

—¿Con una de las otras chicas, entonces?

—No saben lo importante que es mantenerte cerca, y no voy a depositar en ellas mi confianza.

Los hombros de Michael se hundieron un poco.

—Entonces no queda nadie.

Houston rodeó la taza con las manos para calentárselas.

—Nadie salvo yo.

—No quisiera molestarte.

—No es molestia. Hago mis rondas todas las tardes: hablo con la gente y me aseguro de que sepan que estoy disponible por si me necesitan. No soy mal sheriff, Michael.

Ella se dio cuenta de que lo creía de verdad; como si cuidar de Madison, en cierto modo, compensara el hecho de robar trenes y asesinar a inocentes... Era una idea tan horrible que se quedó boquiabierta.

—Esta tarde, por ejemplo, estoy libre.

—Me toca trabajar en la barra.

—Hablaré con Dee.

—No creo...

—¿Hablar con Dee de qué? —preguntó Detra en ese momento.

Estaba en la puerta de la cocina, con dos libros de cuentas bajo el brazo.

—Voy a sacar a Michael a dar un paseo esta tarde. Lleva demasiado tiempo encerrada aquí.

—Eres idiota, Houston. Aprovechará para irse a la primera oportunidad, y tú le haces el juego. —Dee puso los libros sobre la mesa y se sirvió una taza de café—. ¿Qué opina Ethan de que vayas olisqueando el rastro de las faldas de su mujer?

Michael dejó su taza; el ruido que hizo al chocar con el platillo hizo que casi no se oyera el débil sonido de ahogo que brotó de sus labios.

—Estaré en la barra.

—Coge tu gabán —ordenó Houston—. Nos vamos ahora mismo. Te espero al pie de la escalera.

Michael se fue a toda prisa. Cuando se marchó, Houston se volvió hacia Dee y antes de salir de la cocina, dijo:

—Tus celos ya no resultan halagadores, Dee; me aburren. Así que te sugiero que hagas algo.

Detra se quedó con la mirada clavada en el lugar donde había estado su amante, y luego comentó en voz baja:

—Eso pretendo. Eso es justo lo que pretendo.

Ethan estaba echado en el suelo de espaldas, con la cabeza sobre la palma de las manos; salvo por la débil luz que llegaba de la estufa y de la lámpara de la mesita de noche, la habitación estaba oscura. Sentada en la cama, Michael anotaba en su diario los acontecimientos del día. Él lo leía con regularidad, por lo general cuando ella no estaba, y hasta entonces no había encontrado nada que objetar.

—¿Has terminado ya de garabatear ahí arriba? —preguntó—. Me gustaría dormirme.

Michael se asomó por el borde de la cama; los lentes le resbalaron por la nariz.

—¿Y qué? Duérmete.

—¿Escribes a oscuras?

—Claro que no.

—Pues yo no puedo dormir con la lámpara encendida.

—Voy a darme prisa.

—Hazlo, por favor.

La oyó garabatear un poco más y se dio cuenta de que iba acostumbrándose a aquel sonido. Era parte del ritual nocturno de los dos, como bañarse por turnos, hacer la cama en el suelo mientras ella se peinaba o mantener siempre encendido el fuego de la estufa.

—¿Estás escribiendo sobre tu paseo con Houston? —preguntó.

—¿Te lo habrá contado Dee?

—No, él mismo. Hoy debía de sentirse generoso: sacarte a pasear y

además darte ese broche...

—¿Te ha contado lo del broche?

—No, no ha tenido que hacerlo. Lo he visto sobre la cómoda, y he recordado que lo cogió como parte del botín.

—Pero era mío. Me lo cogió a mí.

—¿Y te lo ha devuelto? —Soltó un silbido—. Sí que te desea.

Oyó que el arañar del lápiz se detenía un momento mientras ella asimilaba el impacto de sus palabras. En su interior sintió agitarse su estómago; Houston organizaba su cacería. Como si le diera igual, preguntó:

—¿Adónde fuisteis?

—Sólo fuimos por una acera de la calle y volvimos por la otra —respondió ella con cierta brusquedad.

—¿De qué hablasteis?

Michael asomó el cuaderno por encima de la cama para que lo viera.

—¿Quieres leerlo ahora en lugar de esperar a por la mañana, cuando crees que estoy dormida?

—Te has dado cuenta, ¿verdad?

—No eres tan listo.

Se preguntó si también sabría que vaciaba su arma todas las noches, pero no se lo preguntó y se limitó a decir:

—No quiero leerlo ahora.

Había llegado a disfrutar leyendo las observaciones de Michael mientras tomaba una taza de café por la mañana: era ocurrente, aguda, y

daba buena idea de cuanto veía. Y también era buena escritora.

—Cuéntamelo tú.

Ella dejó el cuaderno y el lápiz y sintió que se relajaba sólo con pensar en aquella tarde.

—Estuvimos fuera sólo una hora, o menos quizá. Oh, Ethan, no te imaginas... Nada más respirar el aire... Fue..., una liberación. Me habría vuelto loca si hubiera seguido atrapada aquí otro día. Houston estuvo encantador, desde luego. Adoptó su mejor cara; ya sabes: la cara amable y atenta, cuando parece que se interesa de verdad por lo que dices. Me presentó a algunas de las señoras respetables de la ciudad, que se mostraron corteses, sobre todo, me parece que por él. Porque cuando advertían que yo era una de las chicas de Dee, se zafaban corriendo de la conversación.

—¿Y qué hacía Houston entonces?

—Lo mismo que yo: fingir que no se daba cuenta.

Michael se volvió de lado y bajó la lámpara. Luego dijo:

—Estar aquí en Madison resulta una experiencia extraña. La mayor parte de mi vida me han tratado con respeto; a menos que alguien conozca muy bien a mi familia, mi moralidad nunca se pone en cuestión. Pero aquí, como tanta gente cree que con el tiempo te cansarás de mí, me tocan sin mi permiso y me hacen proposiciones deshonestas varias veces al día. Los casados me persiguen y las casadas me hacen desaires... Houston me desea, y Detra quiere matarme —suspiró—. No es el plan que habría deseado.

Ethan miró fijamente al techo. Más para sí mismo que para Michael, comentó:

—¿No crees que eso ya lo sé?

Ella se acercó más al borde de la cama.

—Houston se llevó los periódicos de Denver que me habías traído —dijo—. Procuró que no me figurara que había sido él, pero me sacó del saloon y me llevó a la cocina, y luego, cuando volví a la mesa, habían desaparecido.

—Probablemente, alguna de las chicas los tiró.

—Estoy segura de eso, y también, de que lo maquinó él.

—¿Acaso importa? Ya habías leído esos relatos antes.

—¿Por qué me diste los periódicos, Ethan?

—Pensé que te interesarían, nada más —respondió con tono de impaciencia.

Pero si sus sospechas resultaban ciertas, pensó Michael, eso no era todo.

—Pues fuiste muy amable.

Lo oyó gruñir bajito; podía ser una señal tanto de negación como de reconocimiento. Después se volvió de lado y le dio la espalda, lo que marcó el final de la conversación.

—Buenas noches, Ethan.

—Buenas noches.

Cuando la vio salir furtivamente por la puerta se sentó y se puso

corriendo los pantalones y las botas. No se molestó en ponerse una camisa, y en vez de eso se echó por encima de mala manera el gabán y dedicó unos cuantos segundos más a mirar en el cajón de la cómoda. Las balas seguían allí. Michael se había ido con el revólver vacío. No le sorprendió del todo que se fuera, pero sí su rapidez, pues aunque tenía la ropa colgada en el interior del armario, se había vestido sin tropezar con nada. No sabía qué lo había despertado, pero de todas formas lo agradecía; en el mejor de los casos, ella apenas sospechaba los peligros a que se exponía, o lo rápido que iba a encontrárselos. Supuso que habría sido algo que había visto, durante su paseo con Houston, lo que le hizo pensar que podría escapar.

A pesar de sus prisas, no había llegado más que al pie de las escaleras cuando oyó el alboroto en la acera, a la puerta del saloon. Una vez fuera, dijo:

—Puedes ponerla en el suelo, Happy.

Luego se echó atrás el pelo con los dedos, señal segura de que se le había acabado la paciencia. Happy se había cargado a Michael al hombro, como hizo él en alguna ocasión anterior, pero ahora ella se resistía cuanto podía, pataleando, manoteando y soltando insultos.

—¡Que va a escaparse!

—No. ¿Verdad, Michael?

—¡So cabrón! Juro que voy a...

—Juras demasiado —dijo Ethan—, pero ya hablaremos de eso en privado. Venga, Happy, déjala en el suelo, No va a huir de Madison; sólo

huye de mí.

Happy titubeó, pero el puñetazo que Michael le asestó en la zona lumbar acabó de decidirlo. Con un gruñido de dolor y de rabia, la soltó de un empellón y luego sonrió abiertamente al verla aterrizar de golpe sobre el trasero. Cuando empezó a incorporarse, le puso el tacón de la bota sobre la mano.

—Quédate quieta —dijo con rudeza.

No pisaba fuerte, pero Michael notó que el peso aumentó lo justo como para que supiera que podía hacerle mucho daño. Luego Happy escupió y se dirigió a Ethan.

—¿Qué es eso de que huía de ti? A mí me parece que llevaba entre ceja y ceja llegar al establo de allá abajo. Al menos, iba en esa dirección cuando la pillé en la calle.

—Dudo de que supiera en qué dirección iba, Happy. Hemos tenido una pelea.

—Pues me apuntaba con tu arma.

A Ethan le encantó que la noche no dejara ver bien, porque palideció al oír lo que decía Happy.

—¿Qué te impidió dispararle?

—Recordé lo que contaste una vez, lo de que quitabas las balas.

—Has corrido un riesgo.

—Ya lo creo.

Ethan metió la mano en el bolsillo del gabán y sacó una de las balas para que Happy la examinase.

—Las tengo aquí mismo. El revólver no estaba cargado. —Dio un salto para evitar la patada de Michael, que soltó un juramento—. ¿Dónde está el arma, Happy?

Con una sacudida de cabeza, éste señaló la calle.

—La soltó por ahí. Venga, yo la sujeto aquí; ve a buscarla.

Tardó unos minutos en dar con su revólver, y todo el rato estuvo oyendo a Michael murmurar improperios. Salvo por el sonido confuso de su enfadada voz, la calle principal de Madison estaba en silencio. Cuando regresó, Happy dijo:

—Y ahora dime por qué estás tan seguro de que no hacía más que huir de ti.

—Porque esta noche ha pillado a Carmen tonteando conmigo.

Era verdad, pero Michael no había dicho ni una palabra ni había dado señal alguna de que le hubiera molestado.

—Carmen siempre tontea contigo —dijo Happy.

—Pero yo correspondía a sus miradas.

Happy le dio un empujoncito a Michael con la puntera de la bota.

—¿Es verdad eso, señora Stone? ¿Celosa de su hombre?

—Verde de celos —dijo ella con los dientes apretados.

Sabía que la rapidez de reflejos de Ethan le estaba salvando la vida, pero no estaba dispuesta a darle las gracias.

—Venga, Happy, deja que se levante. No hay nada que no pueda arreglar con ella en privado.

—A lo mejor tienes que meterle el revólver en la pistolera un

poquito más a menudo. —Sus gruesas cejas se movieron con ademán sugerente—. No sé si me entiendes.

Ethan puso en pie a Michael de un tirón, interrumpiendo así los calificativos que ésta le soltaba a Happy.

—Arriba, Michael. Voy detrás de ti. —Se volvió a Happy—. Me parece que no hay necesidad de que te quedes aquí el resto de la noche. Ya no va a volver a salir.

—Más vale prevenir que curar. Y no me importa hacer guardia. A Ben le toca mañana por la noche.

—Como quieras.

Ethan la siguió hasta el saloon.

—Eres un completo cabrón —susurró ella—. No me pongas las manos encima. Sabías...

—Arriba, Michael. Ya. Hablaremos de eso en nuestro cuarto.

Se zafó de él, que la había cogido por el codo, y subió la escalera con paso enérgico y con la columna vertebral rígida de pura ira. Nada más entrar en la habitación, se revolvió contra él. Y al ver que no sólo enganchaba la aldabilla sino también cerraba la puerta con llave, se enfureció todavía más.

—¡Sabías que todas estas noches Houston ha puesto a alguien a la puerta del saloon y no me dijiste nada! ¡Me enseñaste esos periódicos de Denver, me hiciste pensar que podía confiar en ti y me traicionaste! ¡So hijo de puta! ¡Ojalá me veas en primera fila de la multitud cuando te cuelguen, Ethan Stone, porque estaré allí, y además estaré aplaudiendo!

Al margen de sus palabras, Ethan advirtió el brillo de sus ojos verdes y el vivo color natural de su rostro mientras ella expresaba su indignación. También apreció vagamente que, aunque nunca estaba hermosa cuando se enfadaba, nunca había deseado besarla más. No entendía demasiado lo que decía, y menos aún, lo que quería, pero sí supo que estaba harto de oírla decir palabrotas. La tomó por la muñeca y la llevó a rastras hasta el lavamanos. Estaba tan ciega de ira que no entendió sus intenciones hasta que no vio que el jabón se cernía sobre su boca. En ese momento se retorció e intentó apartarse de él.

—Suéltame, so...

Ethan no estaba seguro lo que iba a decirle, pero dudó de que fuera algo amable. Entonces, con suavidad, le metió una esquina del jabón entre los labios. Ella retrocedió, pero él mantuvo la presión, y el jabón siguió el movimiento de Michael. Intentó sacarlo empujándolo con la lengua, pero sólo consiguió que le llegara todavía más el sabor de aquella porquería.

—¿Has tenido suficiente? —preguntó él, cortés.

Ella se limitó a lanzarle una mirada furiosa y se negó a contestar; Ethan empujó un poco más el jabón. La rendición no tardó en llegar, amortiguada por los bordes redondeados de la pastilla de jabón, pero comprensible a pesar de todo. Y aunque Ethan retiró el jabón en seguida, no lo soltó. Ella intentó apartarse, pero él la sujetó fuerte y le dijo:

—Un momento. Quiero asegurarme de que has acabado del todo. ¿Hay algo más que desees llamarme? ¿Poner en cuestión mi linaje otra

vez?

Era difícil mantenerse serio cuando la cara de Michael no dejaba de hacer muecas mientras trataba de quitarse de la boca el sabor a jabón.

—¿No? Muy bien. Entonces enjuágate la boca.

La soltó, pero la mantuvo atrapada entre él y el lavamanos; luego le llenó un vasito de agua.

—Estupendo. Asegúrate de que escupes en la palangana, y no sobre mí.

El que le leyera los pensamientos con tanta claridad resultaba desconcertante. Sin dejar de mirarlo, furiosa, se llevó el agua de un lado a otro de la boca.

—Pareces una ardilla con los carrillos hinchados así —dijo él.

Michael se atragantó y estuvo a punto de tragarse el agua, pero, justo a tiempo, se las arregló para volverse y escupir en la palangana. Él le puso la mano con fuerza en la espalda, entre los omóplatos, y luego le dio vigorosos golpecitos mientras ella tosía y farfullaba.

—¿Te importa? —preguntó Michael al fin, con cierta aspereza.

No era exactamente que le hiciera daño, pero el golpeteo le hacía vibrar el corazón y los pulmones. Entonces Ethan se detuvo y le dijo:

—Perdona.

Su disculpa la sorprendió, y se volvió de nuevo a mirarlo, con la incómoda conciencia de que él no le daba cuartel y seguía tan cerca como hacía un momento. Quizá se disculpaba por otra cosa.

—No habrías empleado el jabón conmigo si hubieras tenido la mala

fortuna de probarlo —le dijo.

Ethan levantó la pastilla de jabón y la escudriñó; incluso se la acercó a la boca, como si pensara en serio la posibilidad de probarlo.

—No —dijo al fin—. Hay otra forma.

Entonces inclinó la cabeza, y su boca se posó en la de Michael. Le sorbió los labios y le chupó con suavidad el labio inferior, atrayéndolo con una presión tierna y persistente. Ella dio un paso hacia él con las manos a los costados; sólo un pequeño espacio de aire separaba sus cuerpos. La boca de Michael se movió bajo la de él. La lengua de Ethan dibujó sus labios y sus dientes, y cuando se abrió para él, saboreó su dulzura, aunque por nada del mundo admitiría que no le sabía a jabón. Luego, despacio, retrocedió y la observó. Ella pareció inclinarse hacia él, persiguiendo de mala gana el beso; entonces se sorprendió a sí misma y se mantuvo firme. Sus verdes ojos parecieron oscurecerse, y le examinaron la cara.

—¿Y bien? —preguntó, con voz temblorosa.

Ethan se encogió de hombros.

—No entiendo por qué no te gusta —dijo—. El jabón, me refiero.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza; sus pensamientos estaban muy lejos de allí.

—Claro, el jabón.

Ethan dio un paso atrás y se alejó.

—Me vendría bien un trago. ¿Y a ti?

Michael se sentó a los pies de la cama. Iba a repetir su conocida

canción «Yo no bebo», pero se lo pensó mejor.

—Sí —dijo—. Me tomaría uno.

Sonriendo para sí, Ethan sacó la botella de la parte de abajo del armario. Sirvió un poco de whisky en el vaso del agua y se lo dio. Luego, con la botella y un vasito de licor, fue a sentarse al sillón orejero. De dos meneos se zafó del gabán y lo dejó caer en el escabel.

—No llevas camisa —dijo Michael.

Luego frunció el ceño y tomó un buen trago de su bebida. Se avergonzó de haber dicho lo que pensaba en voz alta y más aún, de que hubiera sonado de forma tan rematadamente idiota.

—Supongo que tu trabajo como reportera te hace ser tan observadora.

«Cómo iba a dejar de hacer un comentario...» Michael se terminó la copa y, de hecho, le gustó la súbita sensación de fuego que la recorrió de la garganta a la boca del estómago. Sin esperar a que le ofreciera otra, se levantó, vertió dos generosos dedos de whisky en el vaso y volvió a sentarse en la cama. Entonces Ethan dijo:

—Tenía prisa por localizarte antes de que te metieras en más líos de los que pudieras manejar. Estuve a punto de no tomarme el trabajo de ponerme los téjanos. —Vio que ella daba otro rápido sorbo—. Puedes quitarte el gabán, ¿sabes?, a menos que pretendas dormir con él esta noche... O volver a salir.

Michael dejó el vaso el tiempo suficiente como para deshacerse del gabán.

—No voy a ir a ningún sitio.

—Muy prudente. —Ethan se bebió de un trago el vasito—. Ha sido una estupidez muy gorda, hasta para ti.

Ella no dijo nada.

—Deja de hacer eso —dijo él.

—¿Qué?

—Mirarme así.

Aún le quedaba bastante inhibición como para ruborizarse, pero no lo suficiente como para mantenerse callada.

Mirando al vaso al que daba vueltas entre las palmas de las manos, dijo:

—Perdona. Es que estaba acordándome de una cosa que dijo Kitty..., sobre que eres un hombre guapísimo.

Alzó la vista a tiempo para ver que un matiz rubicundo teñía las flacas mejillas de Ethan; la abierta sonrisa de Michael fue un poco desigual, y nada arrepentida.

—Vaya por Dios, te he puesto en un aprieto.

—A mí me has adulado; a la que has puesto en un aprieto es a ti misma. No es de extrañar que no bebas mucho: se te traba la lengua sólo con olerlo. —Se levantó y le quitó el vaso a medio vaciar—. Ya has tomado suficiente. ¿Por qué no te preparas para irte a dormir?

Le lanzó el camisón que solía ponerse y le dijo:

—Venga. Me volveré de espaldas.

—Ah, muy bien —dijo Michael suspirando.

Pero no se movió en seguida; en lugar de eso, se encontró clavando los ojos en la espalda desnuda de Ethan, observando el ángulo de sus omóplatos y la firmeza de su piel. Quería pasar un dedo por toda su columna y bajar por ella. Quería recorrerla con la lengua... Como no la oía moverse, él miró de reojo y alcanzó a pillarla contemplándolo; entonces la llamó con rudeza y vio que se sobresaltaba y recobraba la concentración.

—Estás acabando con mi paciencia. Acuéstate ya.

—Sí, señor —dijo ella, mansamente.

Su exhibición de humildad era tan poco propia de Michael que Ethan se encontró sonriendo otra vez. ¿Qué iba hacer con ella...? Las dos semanas anteriores no hacía más que pensar en echarle las manos al cuello, bien para estrangularla o para mantenerla quieta mientras la volvía loca a besos. Y se había contenido para no hacer ninguna de las dos cosas..., hasta aquella noche, en que estaba desesperado por hacer las dos.

—¿Has acabado ya? —preguntó con hosquedad.

Ella afirmó con la cabeza.

—Si estás diciendo que no con la cabeza, no puedo oírte —le dijo.

Michael soltó una risilla.

—Eso echa abajo tu teoría, ¿verdad?

—¿Qué teoría? —preguntó el, impaciente.

—La que dice que tengo piedras en la cabeza. Porque las oiría chocar, ¿no?

Entonces él se dio la vuelta. Michael estiraba con modestia el camisón de dormir por encima de sus rodillas con aspecto casi remilgado; casi.... Pero estaba su cabello, que se había soltado de todas las horquillas que lo recogían y se extendía sobre sus hombros y su espalda en todo su magnífico esplendor. Estaba el delicado hueco de su garganta, que se veía por el cuello abierto del camisón, y estaba el modo en que sus labios se unían mientras contenía una sonrisa. La mirada de Ethan se deslizó sobre el cabello y la garganta para descansar, al fin, en la boca.

—Estoy cansado de dormir en el suelo —dijo en voz baja.

Y entonces se le acercó. Ni siquiera la tocó, pero Michael se puso de pie; levantó la cara, y sus ojos se clavaron en los de él.

—Ahora es cuando deberías decirme que me parase.

Vio que ella no se movía; estaba allí, quieta como si fuera de piedra, aunque la veía temblar.

—¿Puedes decírmelo?

Michael parpadeó. Su boca se entreabrió, aunque no salió ningún sonido. El volvió a preguntar:

—¿Puedes? —su voz era poco más que un susurro.

—No.

Cuando ideaba su plan de huida, nunca pensó que acabaría por llevarla hasta aquel momento; sin embargo, contra todo lo razonable, no imaginaba otro sitio donde estar. Ahora entendía que se había equivocado sobre los artículos del periódico de Denver; no sobre el

contenido, sino sobre el sentido que les atribuyó. Lo supiera o no, Ethan se los dio por un motivo, y ella había interpretado mal su gesto. Creyó que pretendía que confiara en él, tanto como para dejarla escapar; ahora sabía que lo que pretendía era que confiara en él tanto como para quedarse.

Las manos de Ethan se deslizaron bajo el cabello de Michael y se posaron en su cuello; bajo las encallecidas yemas de los dedos, su piel le pareció increíblemente suave. Después la acarició desde la parte de atrás de las orejas hasta la curva del hombro, y sus pulgares le rozaron la suave parte inferior de la mandíbula. Su cabello era una caricia en el dorso de las manos, seda en los nudillos.

—Tócame —le dijo.

Al verla vacilar, le rodeó las muñecas con las manos y le subió los dedos hasta su pecho.

—Aquí. En cualquier parte. Si no me tocas, me saldré de la piel.

El color de sus ojos había cambiado del pedernal al humo.

—De todas formas, es probable que ocurra.

Y los dedos de Michael exploraron; levemente al principio, titubeantes, pero no sin ganas. Quería tocarlo. Si era sincera consigo misma, admitía que llevaba mucho tiempo queriendo tocarlo. Las palmas de sus manos se curvaron sobre el pecho, recorrieron despacio sus costillas y percibieron la tensión y el calor de su piel. Lo sintió contener el aliento al pasar los ligeros dedos por su abdomen; su piel se encogía esperando su toque.

—Sí —dijo él—. Justo así.

Entonces deslizó los dedos por el filo de los téjanos. Las manos desaparecieron detrás de la espalda y se movieron despacio sobre su piel. Michael sintió su tensa suavidad, su calidez y su fuerza. Al acariciarlo se le acercó mucho, y conoció la forma de Ethan a través de los planos y curvas de su propio cuerpo; y, sin embargo, nunca había sido tan consciente de sí misma como entonces, mientras lo tocaba. Se notaba los pechos más redondeados, un poco hinchados y sensibles, ansiosos de que los acariciaran las manos de él. Su vientre estaba liso y duro, lleno de tensión. Y sus caderas, donde sentía los muslos de él, tenían un vacío en el centro que sólo comprendía en parte.

Las manos de Ethan vagaron por el escote del camisón de dormir, y sus dedos se deslizaron apenas bajo la tela para rozarle la piel. Ella contuvo el aliento cuando le desabrochó el primer botón, y eso le hizo sonreír; entonces la apartó un poco para que viera lo que hacía, para que disfrutara de lo que iba descubriendo. Al empezar a ensanchar el hueco del escote, los dedos de Michael le rodearon las muñecas y lo agarraron fuerte. Sus ojos color verde oscuro estaban ansiosos, implorantes.

—Por favor —dijo, con voz entrecortada—. La lámpara. ¿No podríamos...?

—¿Bajarla? —preguntó él.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—No. —Ethan no se movió, y ella no soltó su agarrón—. Quiero verte. Todo este tiempo... Sólo he imaginado...

Esperó; un cálido color tiñó la piel de Michael, y luego los dedos que ceñían sus muñecas se aflojaron un poco.

—De acuerdo.

Vio que parecía sorprenderle su propia respuesta, como si no hubiera sabido que lo diría hasta decirlo, como si hubiera reaccionado contra su voluntad. Esperó de nuevo para darle oportunidad de cambiar de opinión. Pero ella no lo hizo y, al final, le soltó las manos. En voz baja, rosándole las pestañas con los labios, Ethan dijo:

—Todo irá bien. No voy a hacerte daño.

Ella sintió un pequeño escalofrío. Parpadeó y luego abrió los ojos.

—Ya lo sé.

Él asintió con la cabeza, y le dijo:

—Entonces mírame. Mira mis manos sobre tu piel.

Michael dejó de mirarle la cara y dirigió la vista a sus manos. Sus nudillos le rozaron la curva de los senos cuando sus dedos bajaron hasta el siguiente botón. Lo desabrocharon, y sus manos se deslizaron dentro del camisón de dormir; luego fueron subiendo despacio, acariciando la suave piel de su estómago, y después rodearon la parte inferior de sus pechos. El camisón de dormir resbaló y cayó por un hombro. Entonces Ethan se inclinó, su boca tomó la punta de su pecho y chupó.

Las manos de Michael le agarraron los hombros, no para separarlo sino para agarrarse a él. Sentía en el pezón su boca, húmeda y caliente, y su lengua, de áspera dulzura. Ahora el ansia que sentía en el pecho era mayor, pero también, en cierto modo, más profundamente placentera. El

camisón resbaló del otro hombro cuando la boca de Ethan se movió hasta el hueco que había entre sus pechos. Los dedos de ella subieron, le tocaron la punta del pelo y le dieron un pequeño tirón al colarse por entre los cabellos. Los acarició y descubrió su textura, y luego le acarició la nuca. Le pareció oírlo gruñir, pero ya no creía en lo que oía, sino sólo en lo que estaba sintiendo. Y sabía que en aquel momento sentía el decidido beso de su boca sobre la piel.

El camisón cayó al suelo. Los brazos de Ethan se curvaron en torno a su espalda y por debajo de sus caderas; luego la levantó con facilidad y la depositó en la cama, adonde la siguió con el cuerpo. Mientras la empujaba hacia atrás, se tumbó junto a ella. Una mano descansó en su cintura, y con el pulgar trazó un lento arco sobre su piel.

—Qué suave —dijo—. No puedes ni imaginar...

Inclinó la cabeza y, con la boca, le tocó la clavícula; su lengua dejó una pequeña zona húmeda en la piel. Entonces le apartó el pelo y se arrimó a su cuello. Con los labios jugueteó por su piel, tomándola en la boca y sorbiendo con suavidad. Ella se revolvió inquieta a su lado, y él movió una pierna para atraparla; su mano resbaló de la cintura a la cadera, y sus dedos se curvaron en torno a la nalga y le apretaron la carne. Mientras tanto su boca continuaba jugueteando con ella. Recorrió la línea de la garganta y la mandíbula, y con la lengua le hizo cosquillas en la oreja. La mantuvo inmóvil mientras le besaba las delicadas cejas, los párpados y el arco de los pómulos. Y cuando al fin se posó sobre su boca, ella tenía hambre de su sabor y su sensación.

Michael le devolvió un beso intenso, ya no sólo impaciente; respondió por completo y abrió la boca bajo la suya para corresponder a la plenitud de su beso, de igual a igual. Fue ella quien avanzó para hacerlo más hondo, barriendo la línea de sus dientes con la lengua y metiéndosela en la boca. Si esta vez se movió no fue para apartarse, sino para acercarse más. Se arqueó contra su pecho y le rodeó los hombros con los brazos, con los dedos enredados en su pelo. Donde quiera que él la tocaba, la presión de su cuerpo resultaba una sensación deliciosa, y se frotó contra él.

—Para el carro —la reprendió Ethan en voz baja, levantando la cabeza.

Ella tenía las pupilas negras como el ébano bruñido, y tan grandes que sólo las rodeaba una astilla de esmeralda. Su boca estaba húmeda y hermosamente hinchada. La besó con suavidad.

—Dios, qué bonita eres. No creo...

Sin acabar la frase, empezó a sentarse.

—¿Ethan?

Él volvió a inclinarse y la besó deprisa.

—Tengo que quitarme estas botas. Y los téjanos también. Y si no hago que vayamos más despacio, no seré capaz... —maldijo por lo bajo cuando la bota izquierda se le resistió.

En aquel momento Michael cobró conciencia de su cuerpo desnudo, tendido encima de la cama, y eso la hizo sentirse incómoda; en cierto modo, cuando Ethan la cubría no parecía tan descarado. Mientras él le

daba la espalda, ocupado con las botas, se deslizó entre las sábanas, que le parecieron frescas sobre el calor de su piel.

—¿De qué no serás capaz?

—No seré capaz de durar más de tres segundos dentro de ti —dijo él con franqueza.

—¿Y eso es tan malo?

Ethan miró por encima del hombro mientras se quitaba los pantalones; una de sus oscuras cejas estaba arqueada en gesto escéptico.

—Lo es si tú quieres algo de placer.

Vio que ella fruncía el ceño y que su bien besada boca se afinaba un poco. Entonces, de una patada, se las arregló para quitarse los vaqueros, que dieron una voltereta en el aire y aterrizaron sobre el sillón de orejas. Apagó la lámpara, se metió entre la sábana y el edredón y le calentó los pies con los suyos.

—¿Es eso, Michael? —preguntó.

La buscó con las manos; su pulgar le rozó un pezón, y se oyó el sonido que ella hizo en el fondo de la garganta.

—¿Por eso estallas en mis brazos? ¿Ningún hombre te ha dado placer?

—Ninguno —susurró ella.

Sintió el calor de la boca de él; entonces cerró los ojos y supo que al cabo de un minuto la tocaría con los labios. Su lengua sería dulce, insistente y curiosa. Y ella le daría todo cuanto quisiera.

—Sí que estallo en tus brazos. —No estaba segura de que le gustara

la idea.

—No parece que eso te haga feliz.

Al menos eso sí lo entendía. Lo tomaba por un ladrón y un asesino, y estaba renegando de todos los valores que estimaba para no tener que renegar de él. No quiso pensar en aquello, y tampoco quiso que ella lo hiciera; por eso la besó con intensidad, largo tiempo, de modo dulce y profundo. Después su rodilla se insinuó entre las piernas de Michael, y su mano se desplazó suavemente del pecho a los muslos. Rodeó con la mano su montículo, y apretó cuando, en un acto reflejo, ella se juntó a él con una sacudida.

—Todo va bien —susurró, al tiempo que volvía a besarla.

Sus dedos la buscaron, indagando, acariciando, dando placer. Estaba húmeda y cálida. Quiso emplear la boca, pero se retuvo, y por el momento se contentó con los sonidos apremiantes que ella no podía contener. Después se movió para que sintiera en el vientre lo duro que estaba. Deseaba con desesperación estar dentro de ella, pero en lugar de eso utilizó un dedo. Ella jadeó y le clavó los dedos en el brazo, pero su cuerpo se ajustó a su búsqueda; sus movimientos se hicieron menos inquietos y más decididos.

—Eso es —dijo él, animándola, mientras ella movía las caderas contra su cuerpo—. ¿Lo quieres ya?

—Sí.

Sonó entre ilusionado y aterrado; entonces la boca de Ethan fue hasta su pecho para calmar el pánico y jugar con la ilusión. Le lamió el

pezón con la lengua, lo mordisqueó entre los labios y tiró de él. La tensión irradió justo bajo la superficie de la piel, y ella la sintió en las puntas de los dedos, por las piernas y, sobre todo, entre los muslos, donde la mano de él proseguía su íntima caricia.

Ethan se movió hasta quedar sobre ella, cubriéndola con su cuerpo sólo un instante. Cuando se situó entre sus muslos, la ropa de cama le resbaló por la espalda y se cayó. Después la ayudó a levantar las caderas y, antes de darse cuenta de que ella agarraba las sábanas tan fuerte que sus nudillos blanqueaban, estaba ya en su interior. Estaba muy tensa; demasiado tensa. Y supo que le hacía daño, cuando eso era justo lo que le había prometido no hacer. Entonces se quedó muy quieto. Aquel rechazo le endureció las facciones, que mostraron un gesto de enfado; sus ojos, incluso con tan poca luz, ardían con una intensidad azul. Y mientras el cuerpo de ella intentaba acomodarlo, con aspereza preguntó:

—¿Por qué? ¡Maldita seas! ¿Por qué?

Michael no pudo fingir que no sabía lo que le preguntaba. Sus temores a ser demasiado torpe como para pasar por experimentada se confirmaron. Si no lo sabía seguro, al menos Ethan sospechaba que, hasta hacía un momento, había sido virgen.

—No sabía que te molestaría —dijo, revolviéndose un poco debajo de él.

Ethan prácticamente gruñó:

—Por amor de Dios, no te muevas.

—Tú mismo dijiste lo de que ningún hombre me había dado placer

nunca.

—Pero no me refería a que ningún hombre hubiera tenido tal oportunidad.

No pareció prudente decirle en aquel momento que, en el futuro, haría bien en ser más claro.

Capítulo 7

—¿Ethan?

Lo llamó en tono dubitativo y luego subió las manos hasta tocarle la cara. Sintió la tensión de sus facciones bajo las yemas de los dedos.

—¿Ya no me deseas?

Ethan cerró los ojos e intentó no pensar en lo bien que se estaba dentro de ella, con las manos de ella sobre la cara y las piernas de ella rodeándole los muslos. Empezó a retirarse, e incluso sintió que su centro, caliente y húmedo, se tensaba.

—Lo que no deseaba era que se complicara todo con una virgen.

Soltó un juramento cuando el centro de ella, probablemente, sin querer, volvió a tensarse a su alrededor. No pudo contener el empujón que vino después, y advirtió que Michael se movía con él.

—Maldita seas —dijo—. Dime que me pare.

—Ya te he dicho que no iba a hacerlo —dijo ella.

En voz más baja añadió:

—Y además, ya no soy virgen...

El susurro de su voz hizo lo que sus manos y sus piernas no sabían hacer: impulsarlo por encima del límite. Llevó su boca sobre la de ella y

dijo:

—Es esa boca tuya... Siempre está metiéndote en líos.

Su ataque fue intenso y decidido. Quiso tomarse su tiempo, alargar el placer, pero ya era demasiado tarde: era preciso tomarla rápido, sentir, no pensar... Sus caderas se apresuraron cuando una fuerza superior a sí mismo pareció tomar el mando. Y el placer estaba allí, porque Michael lo siguió a cada empujón, hambrienta y tan ansiosa como él. Ethan nunca había experimentado que el amor fuera algo tan mutuamente ávido y satisfactorio. Las manos de ella se aferraron a él y lo acariciaron, la boca de ella saboreó y jugueteó, y cuando Michael alcanzó el punto definitivo del placer, su boca se abrió bajo la suya, y él sintió entonces que el torrente de su tensión se le comunicaba. Michael tenía su nombre en los labios, y Ethan habría jurado que saboreaba su sorpresa y su admiración. El estremecimiento que la agitó se convirtió, momentos después, en el suyo propio, y ella le acarició el pelo cuando derramó su semilla.

Durante varios minutos los dos se quedaron quietos. Cuando al fin Ethan se separó de ella, la cama crujió, y se preguntó si habría crujido todo el tiempo que habían estado haciendo el amor. Era probable, pero no se había dado cuenta. Luego fue hacia el lavamanos y en el camino apartó de una patada una bota. Pensó en encender una lámpara, pero decidió que Michael aún no estaba lista para eso. Una vez acabó de lavarse, le llevó agua limpia y una manopla.

—Es posible que haya sangre —dijo—. A lo mejor quieres lavarte.

Se sentó en el borde de la cama, lo bastante cerca de ella como para

sentir que se ponía rígida.

—¿Avergonzada o asustada de mí? —preguntó con franqueza.

—Avergonzada.

—¿Quieres que te lave yo?

—¡Dios, no! —Michael se sentó, dando gracias a que en la habitación sólo hubiera la poca luz que daba la estufa— Vuélvete de espaldas. Y deja de sonreír, porque sé que estás sonriendo. Y, además, poniendo cara de engreído; de insoportablemente engreído. ¿De verdad que estás de espaldas?

—Del todo.

Ella respiró un poco mejor.

—No creo que esté sangrando, pero hay otra cosa que es…

—Eso soy yo.

Ella levantó la cabeza de golpe.

—¿Cómo?

—Soy yo. Mi semilla. Lo que me has sacado y te has metido. ¿Nadie te ha explicado estas cosas?

—Claro que me las han explicado —le cortó Michael mientras volvía a echar la manopla en la palangana.

Unas gotitas de agua salpicaron la espalda de Ethan; éste cogió la palangana y la llevó de vuelta al lavamanos. Entonces oyó la voz de ella, asombrada y suave.

—Sólo que la realidad es muchísimo más... auténtica.

Contuvo una sonrisa y asintió.

—Así es. —Se puso unos calzones y le dio el camisón de dormir—. Póntelo otra vez. A lo mejor de ese modo consigues dormir un poco.

Ella inclinó la cabeza a un lado. No estaba del todo segura de haber comprendido.

—¿Quieres decir... otra vez... esta misma noche?

Ethan se encogió de hombros.

—Como señalaste de modo conmovedor hace un momento, ya no eres virgen. Échate a un lado; pase lo que pase entre nosotros, yo no duermo más en el suelo.

Atizó el fuego mientras ella se ponía el camisón, y cuando regresó a la cama, encontró sitio para él.

—No tienes por qué dormir tan lejos.

Michael se acercó con cierta cautela.

—Soy nueva en esto.

—No tienes que recordármelo. La cuestión es, ¿por qué?

Se tumbó de costado, con la cabeza apoyada en un codo. Su mano pareció dirigirse de modo espontáneo hacia el pelo de Michael, y sus dedos acariciaron los indómitos rizos.

—¿Por qué, qué? —preguntó ella.

—¿Por qué no ha habido nadie antes que yo?

—Así te habrías sentido más cómodo, ¿verdad?

—Coño, sí.

—¿Te da miedo que te obligue a casarte?

Él negó con la cabeza.

—Si recuerdas, la primera noche que pasamos aquí te lo ofrecí, y me rechazaste de plano. No creo que las cosas hayan cambiado demasiado. —Encontró otro rizo y se lo enrolló en el dedo—. ¿Y esos tipos con los que viajabas en el tren?

—He puesto demasiado esfuerzo en que me aceptaran como «uno más» para permitir que me considerasen una mujer. Sólo quería ser una persona, pero a veces no es posible; ya sabes, se dice «los reporteros», o «esos buenos chicos»... Hasta en la mesa del póquer el rey vale más. Aunque me licencié en una facultad para mujeres, la mayoría de los profesores eran hombres. Fui la primera de mi clase, pero luego tuve que empezar en un puesto que estaba por debajo de hombres que no eran, ni de lejos, tan buenos como yo; y no me importaba empezar por abajo, pero creía que ellos debían estar allí también. He peleado con uñas y dientes para que me consideren en el *Chronicle* por lo que sé hacer, no por lo que soy.

—Pero es que eres una mujer.

—No lo entiendes —repuso ella, con una crispada urgencia por dejar claro su punto de vista—. No es que no quiera ser una mujer: sólo quiero las mismas oportunidades que tiene un hombre. Quiero pasear sola por la calle sin que me consideren una buscona; quiero trabajar en una sala de redacción sin que mi presencia despierte interés periodístico; quiero que mi nombre signifique algo al margen de mi marido... Quiero votar a la próxima presidenta del club demócrata y, aunque sea una perfecta idiota, al menos sabré que he tenido la oportunidad de ponerla

allí.

Ethan reflexionó.

—¿Y qué me dices de las demás cosas que los hombres tienen que hacer?

Michael suspiró, como si lamentara carecer de elocuencia suficiente para hacerle comprender.

—Supongo que hablas de las guerras —dijo—. Por lo visto, invariablemente, el asunto siempre termina en la guerra. ¿Te he dado algún motivo para que pienses que no lucharía por algo en lo que creyera?

Los dedos de él dejaron de acariciarle el pelo.

—No —dijo; durante un instante guardó silencio—. Más bien todo lo contrario.

Su reconocimiento la dejó perpleja, y no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas, que se limpió con un gesto impaciente; las lágrimas siempre parecían dar peso al argumento de la fragilidad femenina. Ethan las vio brillar y advirtió el apresurado gesto con que ella se pasó la mano por la cara. Se inclinó y rozó con la boca sus ojos cerrados. Saboreó la humedad dulce y salina, y luego buscó su boca y besó su llorosa sonrisa.

—Y sin embargo —dijo—, ¿por qué yo? ¿Por qué has permitido que sea el primer hombre que entra en tu cama?

—No vas a dejarlo correr, ¿verdad?

—No.

Michael suspiró.

—Muy bien. Creo que hay muchas razones. Para empezar, por ti he querido que se me vea como una mujer, pues pensaba que me sería útil. He visto que aquí las mujeres manipulan a los clientes, sonsacándolos y flirteando, y al fin consiguen lo que quieren. No siempre tiene que acabar en el dormitorio; a menudo se conforman con una sonrisa, o con una acompañante que se limite a escucharlos. Pero a veces hay que ir más allá del compartir una copa y algo de compañía, y creí que en tu caso sería así.

—Un momento —dijo él—. ¿Estás diciéndome que te has propuesto manipularme a propósito?

—Más o menos.

Ethan hizo un gesto negativo, desconcertado por su confesión.

—Tienes mucho que aprender sobre astucias femeninas. No puedes ser tan sincera al hablar de tus razones y pretender seguir siendo manipuladora.

—Justo —dijo ella en tono de triunfo.

—¿Justo?

—Sí. Porque he desechado del todo esa idea. ¿No lo entiendes? Sencillamente, esas astucias femeninas, como tú las llamas, no van conmigo. Desde luego, creo que puedo ser astuta, pero tengo muchos problemas con la parte femenina; porque, para una vez que de verdad he querido que se me considere una mujer, no lo he conseguido.

Las oscuras cejas de Ethan subieron casi hasta el nacimiento del

pelo.

—¿Que no se te ha considerado una mujer? Pero ¿qué dices? Houston va detrás de tus pasos desde la primera vez que te echó el ojo encima en serio, y Detra te ve como una rival. Los mineros bailan contigo a la menor oportunidad, y cuando subes las piernas en el escenario, nadie que tenga ojos en la cara deja de pensar en ti como en una mujer.

—Pero ninguno de ellos quiere ayudarme. Y yo necesitaba que tú te fijaras en mí, porque creía que eras quien tenía más posibilidades de ayudarme a huir.

—Y entonces pensaste que era preciso sacrificar una virgen.

Michael no supo si darle una bofetada o echarse a reír. No hizo ninguna de las dos cosas, y en su lugar contó hasta diez.

—Ya te he dicho que he desechado la idea. No sólo no lograba hacer que te fijaras en mí, sino que tampoco estaba segura de querer que lo hicieras.

—Pues me parece recordar unos cuantos besos...

—Yo tampoco los he olvidado, pero entonces no sabía lo que quería. La idea de tenerte en mi cama me parecía detestable, pero cuando me di cuenta de que quizá hubiera cierta ventaja en ello, a ti no parecía interesarte.

Ethan no recordaba un solo instante en que aquello no le hubiera interesado; por lo visto, había tenido más éxito del que esperaba a la hora de ocultar sus pensamientos.

—Así que abandonaste tus intentos de seducirme; primero porque

creías que no lo conseguirías, luego porque no estabas segura de querer hacerlo y por último, porque no tenías garantías verdaderas de que yo fuera a ayudarte a escapar.

—Eso último no lo he dicho yo.

—No, lo he dicho yo.

La huida resultaba demasiado peligrosa; ella no podía irse sola, y él no estaba listo para acompañarla... Pero no podía decírselo.

—Ahora es cuando me doy cuenta.

Resultaba tan suave y tranquilizador sentir los dedos de él en el cabello, en la cabeza... En un instante le parecía como si pudiera entregársele del todo... Y de buenas a primeras, él le recordaba que no era tan distinto de los hombres con quienes cabalgaba. Parecía empeñado en hacerla comprender que no tenía nada de héroe.

—Quizá no entendí bien aquellos artículos que me diste.

—¿Los artículos? ¿Te refieres a los del robo? ¿Los del periódico de Denver?

Michael asintió, y el movimiento hizo que el pulgar de Ethan le rozara el labio inferior; él lo recorrió entero. Entonces ella le tocó la yema del dedo con la lengua y oyó que él contenía el aliento.

—Michael.

—¿Sí?

—Si lo que pretendes ahora mismo es que me fije en ti como mujer, estás haciéndolo de maravilla.

—¿Ah, sí?

Como respuesta, tomó su mano y se la llevó a los genitales. Ella sintió su calor y su dureza a través de los calzones.

—Madre mía —dijo en voz baja—. ¿Duele?

Su pregunta obtuvo como respuesta una mezcla de risa y gruñido. Ethan se inclinó hacia delante y apretó la boca y el cuerpo contra ella. Sus manos le levantaron el camisón de dormir, y las de ella tiraron de sus calzones.

—¿Estás segura? —preguntó él, con la hambrienta boca junto a su oreja.

—Por favor... Sí... Te deseo.

Esta vez no hubo preliminares. Ella estaba preparada, y él entró fuerte. Michael clavó los talones en la cama al levantarse buscando su empuje, y le hundió las yemas de los dedos en los brazos. Su boca buscó la de él, y sus lenguas se acoplaron al vigor y al movimiento de sus cuerpos, Las manos de Ethan la acariciaron como si no hubiera sitios suficientes para tocarla: el cabello, los pechos, la boca, la sensible parte interior de los codos... Sentía su piel fragante, almizclada; era su propio aroma el que olía, el olor de él sobre ella, mientras estaba dentro, bien hondo, llenándola, tocándola de modo tan íntimo que se hacía uno con ella. Y ella lo abrazaba, vibraba con él y aceptaba de él lo que nunca había aceptado de ningún hombre. Se aferraba a él y emitía suaves gritos, como leves lamentos, desde el fondo de la garganta; ligeros murmullos de urgencia que expresaban su placer y su pasión. Michael sintió la pureza de líneas de la musculosa espalda, la tensión que lo

agitaba entero cuando sus manos lo acariciaban. La humedad de su boca sobre el hombro de él y en su garganta; sus besos en aquel pelo de ébano; sus tobillos extendidos junto al cuerpo de él... Serpenteó debajo de Ethan, subiendo, bajando, arqueándose de deseo... Los largos y hermosos dedos se hundían en su mata de pelo. Él susurró su nombre, y ella sintió en la cara el calor de su aliento y saboreó su nombre en labios de él. Su voz suave y rota contenía secretos y placer.

Michael se estremeció. La larga línea de su cuello quedó al descubierto al arquearse con la fuerza de su liberación, y su cuerpo se tensó con la plenitud de su placer. Luego sintió que la cadencia del ritmo de Ethan cambiaba, que sus empujes se volvían más superficiales y furiosos, y luego, el ataque final y la tensión en todo su cuerpo al derramarse en su interior.

Los dos quedaron con el aliento agitado y los cuerpos húmedos. Ethan se volvió de modo que Michael pudiera echarse cómodamente a su lado y descansar apoyada en él. Su mano se deslizó bajo el escote del camisón de dormir y sintió la energía regular de su corazón; luego llevó la mano de ella hasta el suyo. Los latidos de ambos estaban acompasados.

—¿Estás bien? —preguntó él al cabo de un rato—. No te he hecho daño, ¿verdad?

—No. Nada de daño.

—He sido tosco.

—No me ha importado. Me parece que yo también he sido tosca. —

Mientras exploraba con los dedos, le tocó el hombro y encontró una pequeña muesca—. ¿Te he mordido?

—Una vieja herida. —Se llevó los dedos de ella a la boca y le besó las yemas, una por una—. Pero sí, me has mordido.

No necesitó que hubiera más luz para saber que aquella revelación la hacía sentirse incómoda. Lo sintió en el calor de su mejilla, apoyada en su pecho.

—No me ha importado. Nunca he estado con una mujer que disfrutara más que tú haciendo el amor.

Y era verdad. Michael era la mujer más sensual que había conocido, en la cama o fuera de ella. Le gustaba tocar las cosas. La había visto alisar los pliegues de un vestido al guardarlo, y también, pasar los dedos por las esquinas de su cuaderno siempre que lo cerraba por la noche. Le parecía que debía de estar familiarizada con la textura de casi todo cuanto veía, porque tocar formaba parte de su naturaleza. Le gustaba el frío, y también el calor; si no la hiciese entrar, se pasaría horas sentada en la ventana viendo caer la nieve, y la había observado trabajando en la cocina, sacando del horno tartas calientes y poniéndoselas justo debajo de la cara para inhalar su vaho y su fragancia. Una mañana de domingo se sentó a la mesa con un tazón de chocolate caliente en las manos; entre tomarlo a sorbitos delicados, disfrutar de su dulce aroma y calentarse las manos, dejó que se le enfriara casi del todo, Entonces pensó que nadie disfrutaba tanto de los placeres sencillos como ella.

—¿Es malo disfrutar tanto de esto? Mi madre dice que no.

—Entonces tu madre es una mujer sabia.

—No sé —dijo Míchael despacio, más para sí misma que para Ethan —. Hay quien piensa que es una puta.

Ethan se preguntó qué decir ante aquello.

—Yo casi siempre he estado con putas —dijo al fin—. Si por casualidad disfrutaban, aún disfrutaban más con el dinero.

—Para mi madre nunca ha sido cuestión de dinero; siempre ha sido cuestión de amor. El amor la ha vuelto tonta —su voz estaba teñida de amargura—. Pero a mí no me pasará; no dejaré que me pase,

A Ethan se le ocurrió que intentaba convencerse a sí misma, y eso quería decir que, en realidad, en algún rincón de su cabeza, temía que también fuera a pasarle a ella. Mary Michael Dennehy tenía miedo de tomar la misma senda que su madre... Le acarició el pelo, y cuando habló, su aliento le movió algunos cabellos.

—Tú no dejarás que te pase —le dijo en voz baja.

—Quiero mucho a mi madre.

—Sí.

—Pero no respeto aquello en que se ha convertido por él.

—¿Él?

—Mi padre.

Ethan no dijo nada. Su mano se deslizó hasta el hombro de ella y la acarició con suavidad, calmándola, sin intención sexual. Al cabo de unos minutos Michael se había dormido. Un instante después, él también.

Cuando despertaron, amanecía. La luz que se colaba por la ventana

dejaba ver la habitación a través de las cortinas a cuadros, y la estufa estaba fría. Estaban haciendo el amor.

Michael parpadeó varias veces.

—¿Cómo lo has...?

—No lo he...

—Parece como si...

—Bueno. ¿Tú...?

—¿Si quiero?

—Sí.

—Sí—dijo ella.

Su boca apresó el gruñido de él, y las caderas de él le trabajaron las suyas. Hablaban todo el rato en frases entrecortadas, acabando los pensamientos que el otro no terminaba de formular, sin confundir nunca el sentido. Él parecía saber perfectamente dónde tocarla para obtener la respuesta que deseaba; ella parecía saber justo cómo acariciarlo para hacer que él deseara más.

«No puede ser así de suave», pensaba él. «No puede ser así de fuerte», pensaba ella. Ella era apasionada y llena de deseo; él, anhelante, colmaba ese deseo. Rodaron por encima de la cama, enredándose en las sábanas, y cuando el edredón cayó por el borde y se fue al suelo, ninguno de los dos se dio cuenta. Seguían teniendo calor en aquella fría habitación. Se reían. Los dedos de él le hacían cosquillas, y luego su boca la hacía arder. Ella le pegaba de broma, y luego su mano se aferraba a él con intensidad... Ella lanzó su cuerpo arriba, contra él, cuando entró. Él

llegó al clímax primero, y después estuvo acariciándola hasta que se estremeció de placer entre sus brazos. Luego volvieron a dormirse.

Cuando despertaron por segunda vez, el sol había subido sólo un poco en el cielo. Sin decir una palabra sobre sus intenciones, Ethan saltó de la cama, se enfundó un par de téjanos y salió de la habitación; el golpeteo de la bañera al arrastrarla por el vestíbulo anunció su vuelta. Desde otra habitación alguien berreó pidiendo un poco de silencio, y, cuando apareció de nuevo en el cuarto, Michael le dedicó una amplia sonrisa y luego se llevó un dedo a los labios, algo hinchados por sus besos,

—Es domingo por la mañana —dijo.

Ethan se limitó a gruñir; después fue a buscar cubos de agua y un cacharro para calentarla.

Mientras estaba fuera, Michael se envolvió en el edredón y se sentó en una silla cerca de la ventana. Al descorrer las cortinas vio que en los cristales había flores de escarcha; sopló sobre ellas con suavidad y las derritió con su cálido aliento. Tras despejar uno de los vidrios, limpió la condensación con el dorso de la mano y miró fuera. El sol ya brillaba fuerte, pero durante la noche había habido otra nevada. Los postes donde se amarraban los caballos llevaban gruesos gorros blancos de nieve, que aún estaba intacta sobre los porches y los aleros. También cubría la calle llena de baches, que ahora parecía llana y lisa, como de lanilla de algodón. Los carámbanos que había justo sobre la ventana ponían sobre el alféizar reflejos irisados.

—Te espera tu baño—dijo Ethan.

Al ver que no se movía, se acercó a la ventana. Su cabeza descansaba, torcida, sobre el marco; había vuelto a quedarse dormida allí, sentada en la silla.

—Michael —dijo en voz baja—. Dormilona.

—¿Mmm?

La besó en la boca, como un mordisqueo, que casi al instante obtuvo respuesta. Cuando se enderezó, sonreía.

—Tu baño —repitió—. ¿O me baño primero?

Se echó a reír cuando, de un salto, ella se puso en píe, casi tropezando, para reclamar su derecho al agua caliente limpia. Mientras entraba despacio en la bañera, él se dejó caer en la cama.

—Me parece que no. ¿Está demasiado caliente?

—No. Está estupenda.

—Demasiada agua.

—No.

Él esbozó una media sonrisa.

—No, me refiero a que hay demasiada agua, te cubre del todo.

Ella lo salpicó pero el agua cayó al suelo.

—Mientras yo me bañe —dijo él—, podrías ocuparte del desayuno.

—¿Comérmelo?

—Quiero decir traerlo aquí. Huevos, por lo menos dos. Tortitas, si es que está haciéndolas Lottie; si son de Kitty, olvídalas. No me importaría tomar un trozo de aquel pastel que horneabas ayer. Y una jarra de café

caliente. Tocino...

—Dudo de que pueda cargar con todo eso.

—Tendrás que pensar en una excusa mejor; te he visto arreglártelas con tres jarras de cerveza y una bandeja de vasos.

Michael dio un suspiro teatral.

—Está bien —dijo con fingida desgana—. Pero sólo porque me has dejado usar la bañera primero.

—Lo tendré presente.

—Muy prudente por tu parte —dijo ella con dulzura.

Ethan golpeó las almohadas para ahuecarlas y luego se las puso a la altura de los riñones; entonces se echó en el cabecero de la cama y, como quien no quiere la cosa, dijo:

—Que sepas que me debes una respuesta. Me dijiste que habías desechado la idea de intentar manipularme, pero en realidad no llegaste a decirme qué fue lo que llevó a lo de anoche.

—¿Ah, no?

Ella frunció el ceño intentado recordar qué le había dicho, mientras se enjabonaba el brazo con gesto ausente.

—Creo que hablé de los periódicos de Denver.

—Sí, pero a mí eso no me dice nada.

—Pero si fuiste tú quien me los dio para que los leyera...

—¿Y qué? Yo también los leí. En ellos no hay nada que tú ya no supieras.

Michel ladeó la cabeza hacia él, con una interrogación en los ojos.

—Sí que lo había.

—De verdad; no tengo ni idea de qué hablas.

Ella bajó la voz para que no hubiese posibilidad de que la oyese nadie fuera del cuarto.

—Reconozco que al principio me confundí. Creí que intentabas mandarme el mensaje de que escapara.

—Eso lo dijiste anoche; y también dijiste que te traicioné.

—Cuando me detuviste me sentí traicionada, porque había creído que me mandabas una señal clara de que me fuera. Y, en lugar de eso, descubro a Happy a la puerta del saloon, esperando la oportunidad de agarrarme… y tú sabías que estaba allí. Claro que me sentí traicionada.

Ethan seguía sin entender. Con el pulgar y el índice se pellizcó el caballete de la nariz y se lo frotó con suavidad mientras pensaba.

—Luego me di cuenta de que no pretendías que me fuera, de que tu mensaje era un poco distinto; sencillamente querías que confiara en ti. Y eso hice. Es decir, eso hago. Lo de anoche fue una prueba. Nunca te habría dejado tocarme así si no me hubieras enseñado los periódicos de Denver.

—Y vuelta con los periódicos —dijo él suspirando— pero ¿qué leíste?

Un leve ceño se marcó en la frente de Michael. Su generosa boca se puso seria.

—Nada —dijo—. Sólo los artículos sobre el robo.

—¿Y qué? —la animó él—. Debe de haber algo más.

—Y que sé que no mataste a Drew Beaumont.

—¿Cómo?

Con retraso, Ethan se dio cuenta de que había dado un grito. Como respuesta, Michael se había hundido más en la bañera; había echado atrás la cabeza de golpe y tenía los ojos abiertos por la sorpresa.

—¿Cómo? —repitió en voz más baja—. ¿Qué te hace decir eso? Tú lo viste con tus propios ojos.

—Yo sé lo que vi —dijo ella—; pero no tiene sentido, porque también sé lo que leí.

—Ninguno de aquellos artículos decía nada de Drew, salvo para contarlo entre las víctimas.

—Y, conociéndolo, es probable que haya sacado cierto placer perverso en ello.

—¿Qué estás diciendo?

—Esos artículos los escribió Drew.

Ethan movió la cabeza.

—No. Lo maté. Le disparé en el pecho y luego lo tiré de una patada por la ladera de la montaña.

—Igual que tú y Obie fingisteis matarme a mí.

—Sí... ¡No! Nada de eso. Con Drew no hubo fingimiento. Sea lo que sea lo que creas saber, Michael, no sabes nada. Drew murió.

—De acuerdo —dijo ella—. No se me ocurrirá decirle a nadie otra cosa. Ya he visto que los otros no confían plenamente en ti, y mi presencia no ha hecho más que empeorar las cosas. Pero no creo que

tengas el estómago que ellos tienen para asesinar; por eso no me mataste a mí, y por eso no mataste a Drew.

—Te equivocas.

—No.

—Pero ¿qué te hace estar tan malditamente segura? —Tenía que descubrir si ella era vulnerable a los demás o sólo a él—. Y no digas que los artículos. Yo los he leído, recuerda.

Pese al agua caliente, Michael sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Él no lo sabía. No tenía ni idea. Le había dado los periódicos para que los leyera sin querer decir nada con aquel gesto: ni le pedía su confianza, ni le pedía ayuda, ni le ofrecía nada... Agarró una toalla y empezó a levantarse, al tiempo que se envolvía rápido en ella. Al ponerse de pie, entre los muslos sintió un dolor desconocido, no desagradable, pero sí inoportuno, ahora que comprendía lo que antes no entendió.

Ethan observó que la frialdad calaba en ella; fue testigo con sus propios ojos de cómo se retiraba y se ponía tan a la defensiva como un soldado que erigiera almenas. Se deslizó en el vestido rojo sangre que era la aportación de Houston a su vestuario; después metió la mano por debajo, tiró de la toalla y empezó a frotarse el pelo para secarlo.

—Michael —dijo Ethan—. Contéstame. ¿Qué leíste?

Ella subió la cabeza de una sacudida y la toalla le cayó sobre los hombros. Con voz inexpresiva, dijo:

—Cada escritor tiene un estilo único. Tú me has leído en mi diario, y

me sorprendería que no reconocieras mi escritura en el futuro, aunque no supieras que era la autora del texto, o aunque usara otro nombre. La escritura es así de personal, como una firma. Yo trabajé dos años con Drew; he leído centenares de artículos escritos por él y conozco su estilo casi tan bien como el mío. Drew Beaumont escribió esos textos para el *Chronicle*, y el periódico de Denver los recogió, probablemente como otro centenar de diarios. Al fin Drew consiguió su historia de rango nacional... porque tú lo dejaste vivo.

—Debes estar equivocada.

Ella dijo que no con un gesto.

—Puedes negarlo cuanto quieras, pero eso no cambia lo que yo sé. Se me ocurrió pensar que quizá sólo creías haberlo matado, que sobrevivió a pesar de sus heridas, pero de haber sido así, habría empleado su nombre. Ésta es una historia que se merece un pie de autor, y Drew se habría asegurado de ponerlo. Cuando di contigo, llevabas el pañuelo al cuello. Drew te vio la cara, y sin embargo no hay una descripción tuya más allá de en lo que te pareces a Houston y a los otros. Drew estuvo lo bastante cerca de ti como para que un artista hiciera un boceto tuyo después, pero no hay nada, y entonces me pregunté por qué. Sólo existe un motivo lógico: porque sabe que estoy contigo, y está protegiéndome al protegerte a ti.

—Veo que le has dedicado muchísimo interés al tema...

Ethan balanceó las piernas por el borde de la cama, se puso en pie y empezó a desnudarse. Observó que, inmediatamente, Michael volvía a

dedicar su atención al pelo y lo dejaba caer a ambos lados de la cara mientras hundía el rostro en la toalla.

—Y, también, que sigues llegando a una conclusión equivocada.

—Ya lo sé —su voz sonó amortiguada.

—¿Cómo?

Ella subió la cabeza de un tirón; sus ojos relampagueaban. Ethan estaba junto a la bañera, desnudo y sin que ello lo cohibiese. El hecho de que no pareciera avergonzado la irritó aún más, y le lanzó la toalla.

—He dicho que ya lo sé —dijo en tono áspero.

Él cogió la toalla, sabiendo lo que se esperaba que hiciera y, con gesto premeditado, la arrojó al suelo. Al instante ella se levantó de la silla de un salto y se volvió de espaldas. Sin prisas, Ethan se metió en la bañera.

—Y si sabes que tus conclusiones están equivocadas, ¿por qué insistes en que Drew está vivo?

Michael empezó a hacer la cama. Vio las sábanas manchadas y las quitó, furiosa, y luego fue al armario a buscar sábanas limpias.

—Mis conclusiones equivocadas no son las mismas que las tuyas: Drew está vivo. Yo me he equivocado en otras cosas.

—¿Por ejemplo...?

Con un chasquido, Michael desplegó una sábana y luego la extendió suavemente sobre el colchón; después, con movimientos rápidos y medidos, hizo unos pliegues triangulares en las cuatro esquinas y la remetió.

—Creí que sabías que aquel artículo lo había escrito Drew; una suposición desafortunada por mi parte. A partir de ahí llegué a la conclusión de que podía marcharme con toda seguridad. Los dos sabemos que me equivoqué. Luego pensé que lo que me pedías era que confiara en ti; que me decías, de la única forma posible, que al menos podía fiarme de ti. ¿Crees que me habría ido a la cama contigo si creyera que mataste a Drew?

—¡Baja la voz!

—¡No me grites!

Ethan se obligó a respirar para calmarse.

—Pásame otra pastilla de jabón, por favor. —Levantó el diminuto trozo que ella había usado—. Esto no sirve.

Michael encontró una pastilla y se la tiró; a él se le resbaló de los dedos y le dio en el pecho. Ella se encogió. Sabía que debía de haberle dolido y esperó a ver qué hacía; no le habría sorprendido que saliera de la bañera y la obligara a comérsela... Y odió el hecho de que aún consiguiera atemorizarla. Ethan observó su cara, vio su miedo y refrenó su genio. Si le contaba la verdad, tal vez las cosas fueran, si no precisamente sencillas, al menos, más placenteras para él... Y se dijo que lo haría; pero entonces viviría pensando si Michael habría hecho alguna cosa que lo delatara. Deseaba confiar en ella, y eso decía mucho de él. Pero no tenía el menor deseo de hacer inventario de sus propios defectos. Bastaba con saber que eran abundantes.

—Deja de convertirme en lo que no soy —le dijo—. Sólo hay un

motivo por el que te has apresurado a sacar todas esas conclusiones fantásticas, y es porque anoche estuviste justo donde deseabas estar: en mi cama, y no sola. Estabas harta, cansada de tu virginidad, tenías curiosidad por conocer un hombre y pensaste: «¿Por qué no?» ¿Por qué no dársela al único hombre que no te pellizca el trasero cuando tiene oportunidad?... Señora mía: eso no me convierte en un caballero, sino sólo en alguien raro. Y lo mismo va por lo de pasar noche tras noche en el suelo, junto a tu cama. Soy un ladrón, no un violador. No soy amable sino, sencillamente, paciente. Y habría esperado mucho más para tenerte...

—So arrogante cabrón...

Él ignoró el comentario.

—O me habría contentado con una de las otras, si no hubieras cambiado de opinión. Eres tú quien ha montado todas las excusas; tenías que conseguirme, pero también tenías que hacer que yo correspondiera a tu idea de lo que es correcto y apropiado. Te sientes atraída por mí, y por lo tanto, no puedo ser un asesino. Me quieres en tu cama, así que no puedo ser despiadado.

Ethan le dirigió una mirada dura y severa, y sus ojos se achicaron al fijarse en la pálida cara de ella.

—Pues soy las dos cosas. Y harías bien en recordarlo.

Los nudillos de Michael estaban casi tan blancos corno la sábana que tenía agarrada. Con voz apagada, dijo;

—No lo olvidaré.

En su interior había un vacío tan profundo y perdurable que le dolía.

—Y también soy más sincero que tú, Michael —dijo él, con la voz convertida en un roto susurro—. Desde la primera vez que puse los ojos en ti he pensado en cómo serías en la cama. Yo sí deseaba lo que ocurrió anoche y no me arrepiento de ello esta mañana; si tú fueras más valiente, tampoco lo lamentarías. Vendrías a mí otra vez, a pesar de que te he contado la verdad.

—Antes dormiré en el suelo.

Durante unos instantes Ethan no dijo nada; al cabo de un momento se encogió de hombros.

—Pues tendrás que hacerlo. Yo no voy a ceder más mi cama.

Diez minutos más tarde, después de acabar de hacer la cama y de vestirse, Michael se marchó de la habitación llevando las sábanas manchadas de su noche de amor. Ethan la vio salir y luego se recostó en la bañera y apoyó la cabeza en la alta cabecera; algo le dijo que ella no iba a llevarle el desayuno.

—Parece tener mucha energía esta mañana.

Michael se revolvió contra Houston y le espetó.

—¿Qué quiere decir?

Él se echó a reír al tiempo que levantaba las manos en un gesto de inocencia y rendición.

—Sólo es un comentario, no una acusación, tratas esos platos con mucho vigor. Cálmate; no me tires uno de ellos a la cabeza.

Michael se dio cuenta de que, en efecto, había considerado su comentario como una acusación. Él no sabía cómo había pasado la noche... Entonces esbozó una sonrisa forzada con la esperanza de que pareciera auténtica.

—Perdona. ¿Has desayunado?

—Hace una hora, más o menos. Llevo de pie desde poco antes del amanecer. Después de dos días de borrachera, los hermanos Grant decidieron barrer a tiros el sector sur de la ciudad. ¿No lo has oído?

Ella negó con la cabeza y volvió a ponerse con los platos.

—¿Ha habido algún herido?

—Jack recibió un balazo en el pie, de su propia arma. Esos Grant serían menos peligrosos si supieran disparar bien; el problema es que nadie sabe adónde apuntan, ni si le darán. Es como una maldición: al menos una vez al mes me toca arreglar la misma historia.

—¿Qué has hecho con ellos?

—Acusarlos de alterar el orden por enésima vez y llevarlos a la cárcel. Sin armas. Por la tarde estarán sobrios, pero los dejaré allí al menos hasta el martes. Entonces volverán a las minas y se portarán bien hasta que pasen unos cuantos días de permiso juntos.

Michael le lanzó una ojeada; en sus ojos había una pregunta.

—Qué buen sheriff serías...

—Pero es que soy un buen sheriff.

—No, quiero decir...

—Ya sé lo que quieres decir. Pero una cosa no tiene mucho que ver con la otra.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¿Éste es el motivo de que os peleéis tú y Ethan? —preguntó Houston, cambiando de tema.

—Entre otras cosas.

Michael añadió agua caliente al fregadero. Houston sacó una silla de debajo de la mesa y se sentó a horcajadas en ella, con los brazos descansando en el respaldo.

—¿Y anoche?

Con un desenfado que no sentía, ella respondió:

—Así que te has enterado... —Y se cuidó de mantener ocupadas las manos para que no viera cómo le temblaban.

—Happy me lo contó en seguida. Dijo que te dirigías al establo.

—Es posible que fuera en esa dirección, pero no iba allí. No sé si en realidad pensaba en un sitio concreto adonde ir, salvo lejos de Ethan.

—Llevabas su arma.

Ella asintió con un gesto.

—Pero él tenía las balas. Le vino bien esa protección personal, porque anoche estaba tan furiosa que podría haberlo matado de un tiro.

—Pues tuviste suerte de que Happy no te matara: tenía orden de disparar.

—Orden tuya, claro.

Houston se encogió de hombros.

—No voy a dejar que nos pongas en peligro.

—¿De modo que seré prisionera en Madison el resto de mi vida?

Houston no quiso comprometerse.

—Ya veremos.

En ese momento a Michael le entraron ganas de tirarle un plato a la cabeza..., pero se puso a frotar más fuerte. Él señaló el cuello de su blusa.

—Veo que llevas puesto el broche.

—Tengo la impresión de que me verás con él a menudo. Ya te dije que significaba mucho para mí.

—Pero observo que no llevas ninguna otra joya: ni pendientes, ni anillos.

—De haberlos tenido la noche del robo, también me los habrías quitado.

—Y, probablemente, a estas horas ya te los habría devuelto. ¿Dónde está tu anillo de boda?

—Me lo quité hace años, Houston, cuando acabó mi matrimonio.

Michael pensó que aquella experiencia iba a convertirla en una experta mentirosa. Nunca se había considerado especialmente ágil a la hora de engañar, pero ahora no sólo era ágil, sino también astuta. Inclinó la cabeza un poco más para ocultar su sonrisa.

—¿Y tu anillo de compromiso?

—Drew y yo aún no habíamos anunciado nuestro compromiso de forma oficial. Decidimos que no habría anillo hasta entonces.

—Pero viajabas con él.

—Para eso no necesitaba anillo.

Houston se pasó los dedos por el claro cabello y comentó:

—Eres un enigma, Michael.

Luego estuvo observándola varios minutos más sin decir nada. Cuando casi había acabado de fregar, se puso de pie, apartó la silla y la tomó por el codo.

—Permíteme llevarte a pasear —dijo.

Michael titubeó; deseaba desesperadamente salir, pero dudaba de que Ethan fuera a permitírselo.

—Me parece que no, Houston. A Ethan no...

—Olvídate de Ethan; ni siquiera tiene por qué enterarse. —Con una alegre sonrisa juvenil, la separó del fregadero—. Te traeré uno de los gabanes de Dee, y así no tendrás que ir a tu cuarto a por el tuyo.

Su buen humor resultaba contagioso. A veces era difícil recordar el peligro.

—De acuerdo. Me encantaría salir.

—Bien.

Ya en la acera, Houston pasó el brazo por el de Michael, y ella lo miró con cara de extrañeza.

—Hay partes con hielo —le dijo—. No quiero que te caigas.

No supo cómo protestar sin montar una escena, de modo que no dijo nada. No sabía que desde la ventajosa posición de Ethan, en la ventana de arriba, éste los veía alejarse tomados del brazo.

—La nieve fresca es preciosa, ¿no te parece? —dijo ella— Todo está limpio y tranquilo. Si se mira atrás, uno ve dónde ha estado, pero al mirar adelante y no haber huellas, es como si uno fuera un explorador: todos los caminos están llenos de posibilidades. En días así, cuando hace sol y está nevado... bueno, creo que es casi la perfección absoluta.

Mientras hablaba, fueron cruzando la calle; de pronto Houston se detuvo, levantó en alto a Michael y la atrajo hacia sí. Luego miró fijamente su rostro vuelto hacia arriba: sus ojos color verde oscuro; su sonrisa abierta, tan poco frecuente, con los hoyuelos a ambos lados; su cutis tan liso como la leche...

—¿Cómo diablos pudo abandonarte?

Y entonces la besó. En mitad de la amplia y desierta calle, cubierta de nieve y de silencio, la besó en actitud casi reverencial. Michael se llevó la mano a la boca, y se tocó los labios con suavidad mientras lo miraba con los ojos muy abiertos.

—No deberías haber... Yo no...

Demasiado tarde, se dio cuenta de que le temblaba la mano, y no por el frío. Se apresuró a dar la vuelta y empezó a deshacer sus pasos en dirección al saloon, pero Houston la tomó del codo.

—No, por favor. No volverá a ocurrir; al menos, aquí no. Por favor, vuelve. Vamos a pasear; nada más. Querías salir, ¿no?

—Sólo quería eso.

—Sólo un paseo —dijo él—. Te lo prometo.

Ella volvió a titubear. Creyó que debía seguir su intuición y regresar

al saloon, pero, en lugar de eso, le permitió que volviera a tomarla del brazo y la guiara.

El paseo los llevó por la misma ruta que habían seguido en la anterior ocasión. No había ninguna tienda abierta, y las pocas personas que vieron iban camino de la iglesia. A Michael le habría gustado ir con ellos, pero no se lo dijo a Houston, y él no se lo ofreció. Él le preguntaba con aire despreocupado, como si en el fondo no le importara lo que respondía, pero ella advirtió que en realidad era lo contrarío. A pesar del beso, a pesar de su amabilidad y de su impaciencia juvenil, estaba decidido, como un gran inquisidor, a descubrir la verdad. Quizá la deseaba, pero no confiaba en ella... Y en eso, al menos, no era tan distinto de Ethan.

Michael tuvo algo de suerte a la hora de invertir el proceso; no tenía idea de si él contestaba con sinceridad a sus preguntas, pero al menos no se tomó el trabajo de evitarlas. En parte, parecía que lo halagaba su interés. Ella sabía cómo aprovecharse de su vanidad y lo hizo; de ese modo, supo que Houston era originario de Virginia y que aún tenía parientes lejanos allí. Era hijo único, y sus padres no vivían. Evitó hablar directamente de cómo habían muerto, pero Michael entrevió que había sido una muerte súbita. Su padre era propietario de un gran banco en Richmond, y su madre reunía a personas importantes en sus fiestas; eran gente respetada y orgullosa.

—Ya vez —dijo él al tiempo que le abría la puerta del saloon—: nos une más de lo que nos separa.

Michael sacudió un poco las faldas para quitarse el polvo de nieve que se había pegado al bajo.

—No me sorprende. Suelo pensar que me parezco a los otros más de lo que me diferencio de ellos; sencillamente, no vamos por el mismo camino, eso es todo.

—Aunque a veces nuestros caminos se cruzan —dijo él mientras le quitaba un poco de nieve del hombro.

—Sí, a veces nuestros caminos se cruzan.

Esperó a que él apartara la mano y luego se excusó:

—Tengo que devolverle este gabán a Dee y después he de empezar a trabajar.

Houston la dejó marchar; tras verla desaparecer en el despacho de Dee, salió por la puerta principal.

Cuando Michael entró, Detra Kelly estaba sentada ante su gran escritorio de caoba. Alzó la vista de sus libros de cuentas para mirarla y luego volvió a los libros.

—Me sorprende que tengas el valor de devolverme tú misma el gabán. Pensaba que engatusarías a Houston para que lo hiciera él.

A Michael le pareció mejor hacer caso omiso. Estaba claro que tenía ganas de pelea, y, una hora antes, ella habría estado encantada de entrar al trapo. Ahora se quitó el gabán y se lo puso al brazo después de doblarlo.

—¿Dónde quieres que lo coloque?

—En la percha de detrás. Ten cuidado: ya está goteando en la

alfombra. Podías haberlo tratado como si fuera tuyo.

—Fuera hay quince centímetros de nieve; era imposible mantenerlo seco.

—Pues tendrías que haber pensado en ello antes de hacer que Houston lo requisara.

Michael pensó que iba a ser muy difícil evitar aquella pelea. Colgó el gabán y extendió un periódico en el suelo para recoger el agua.

—Creo que ya es suficiente —dijo—. Ahora voy a limpiar en la parte delantera.

—No tan rápido.

Detra se arrellanó en su sillón; luego dejó la pluma y señaló la butaca que había ante la mesa.

—Siéntate; quiero hablar contigo. Que espere el saloon. Es domingo por la mañana, y hasta los mineros de por aquí esperarán a la tarde para venir. —Señaló la butaca de nuevo—. Siéntate.

Michael se sentó y, sin darse cuenta, acarició el broche que llevaba al cuello. Aquel gesto tuvo un efecto calmante..., pero también atrajo la atención, y la ira, de Detra.

—¿Qué le has prometido a Houston para conseguir ese broche? —preguntó.

—Nada. Era mío. Sencillamente, me lo ha devuelto.

—Houston no hace nada «sencillamente».

—No pretendo comprender su mente. Ni siquiera deseo hacerlo. Él me devolvió el broche y yo lo acepté; no hay nada más.

—No se ha esforzado demasiado en ocultar el hecho de que le interesas. Todo el mundo lo ha visto.

Entonces Dee se levantó de detrás de la mesa y desapareció en un cuarto adyacente. Desde allí preguntó:

—¿Te apetece una taza de té?

El ofrecimiento cogió a Michael con la guardia baja; titubeó, y Dee esbozó una sonrisa lenta y maliciosa.

—De modo que has oído las historias sobre el señor Kelly... Oh, no te molestes en negarlo. Todas las chicas se enteran de esas historias antes o después. En tu caso, calculo que fue antes.

—Sí que me apetece un té, gracias.

La risa de Dee era profunda y ronca.

—Desde luego.

Al cabo de unos minutos regresó con una bandeja donde había una tetera y dos tazas.

—Quería que me vieras servirlo. Las dos tazas llenas de la misma tetera, para que ambas bebamos la misma infusión; elige cualquiera: a mí me da igual.

—No es necesario. No creo esas historias.

Dee no contestó en seguida, pero le lanzó una severa mirada con sus ojos azules, sombríos e inquisitivos.

—¿No? Pues eso podría resultar desafortunado. Hay que ser siempre precavida, ¿no te parece?

—Precavida sí; crédula no.

Michael tomó una de las tazas y le añadió una buena dosis de leche y un poco de azúcar. Por su parte, Detra cerró los libros de cuentas, los dejó a un lado y luego preparó su propia taza; a continuación volvió a sentarse en la silla, con el porte mayestático de una verdadera reina.

—No quiero que vuelvas a estar más a solas con Houston.

—Apenas estoy a solas con él.

—Estuviste ayer por la tarde, y esta mañana otra vez. Es probable que haya habido más veces de las que no me he enterado.

—No se te escapa nada, Dee.

La sonrisa de Detra apareció otra vez. Una sonrisa fría.

—A mí no se me engaña fácilmente con la adulación. —Tomó un sorbo de té—. No me subestimes, Michael. Tal vez no tenga tu educación ni tus maneras remilgadas y finas, pero lo que quiero lo consigo, y lo que consigo lo conservo. En tu lugar, me concentraría en Ethan en lugar de proponerme conquistar a Houston. Si no vas con cuidado, Carmen se quedará con Ethan y tú no tendrás a nadie... Porque a Happy no le haces mucha gracia. Su vida no valdrá un centavo si Ethan vuelve a abandonarla.

—Me las arreglé cuando se fue la primera vez —dijo Michael en el mismo tono glacial que Dee—. Y me las arreglaré otra vez. No estoy tan convencida como tú, Dee, de necesitar a un hombre; quizá sea eso lo que Houston encuentra interesante.

—Provocador —corrigió Dee.

Michael se encogió de hombros.

—Da igual. Lo cierto es que no persigo a Houston: no me interesa, ni quiero nada de él. Puedes...

—¿Ni su libertad?

—¿Cómo?

—Houston puede darte la libertad. ¿No te interesa eso?

Michael se olió una trampa y se negó a meterse en ella,

—No quiero nada de Houston —repitió.

—No es eso lo que me parece a mí. Hace poco más de una hora, estabas besándolo en mitad de la calle. —Dee hizo una pausa, pero Michael no dijo nada—. ¿Lo niegas?

—¿Qué sentido tendría? Es verdad. Pero era él quien me besaba. Si eso te plantea un problema, discútelo con Houston.

Michael tomó un sorbo de té y luego dejó la taza y el platillo.

—Si no hay nada más, Dee...

—Sí que lo hay. Quiero tu promesa de que te mantendrás lejos de Houston.

—En la medida de lo posible, la tienes.

—Procura que sea posible.

Al fin, Michael se puso de pie y dijo:

—Estaré en el saloon, si me necesitas.

Luego se obligó a salir despacio para no darle a Dee la enorme satisfacción de ver cómo le temblaban las piernas.

Michael no vio mucho a Ethan durante aquel día; no tenía que ir a la mina, pero trabajó varias horas en el rancho de la viuda. Aún estaba

fuera a la hora de cenar, y su ausencia no pasó inadvertida para los demás; según parecía, todos estaban enterados de la pelea que habían tenido la noche anterior. Happy se había ocupado de propagar el cuento de su intento frustrado de atentar contra su vida o, al menos, contra su virilidad, y la historia se volvía más enrevesada y más apartada de la realidad cada vez que se repetía. Ella dejó que pensaran lo que quisieran; no negó ni confirmó nada. Y aquella noche, entre pase y pase, se sentó a una de las mesas con Ralph Hooper, Billy Saunders y otros tres amigos de éstos, e intentó beber hasta perder el sentido.

Capítulo 8

Ethan tomó asiento en la mesa de Michael y le preguntó:

—¿No crees que deberías levantarte?

—¡Ooooh! —dijo Billy con mucho regodeo—. Deja que se quede. ¿Es que no ves que está pasándoselo bien?

—Muy bien —dijo Michael, luego apoyó la barbilla en el dorso de la mano y sonrió. Entonces Ethan sintió plenamente la fuerza de aquella sonrisa, que ya había esclavizado a cuantos se sentaban a la mesa.

—Si ni siquiera puede sostener la cabeza en alto...

—¡Claro que puedo!

Las palabras se le trabaron; ella soltó una risilla y proclamó despacio:

—Claro - que - puedo.

Después levantó la cabeza, cruzó con esmero las manos en el regazo y enderezó los hombros.

—¿Ves? Estoy muy bien. ¿Alguien quiere otra cerveza? Traeré una jarra.

Sin esperar a que levantaran la mano, Michael fue a por ella. En ese momento, y sin dirigirse a nadie en concreto, Ethan preguntó:

—¿Cuánto lleva bebiendo?

Ralph se encogió de hombros.

—Calculo que no se ha tomado más de tres cervezas.

—No necesita más que una.

—En la barra yo la he visto tomarse un vaso de whisky —dijo Billy.

Las cejas de Ethan se alzaron; se frotó el mentón.

—Ay, Dios —gruñó—. Cómo va a tener la cabeza...

Michael ya volvía con la cerveza; sirvió a todos y después llenó un vaso para Ethan. Antes de sentarse, le dijo:

—Ay, deja de poner esa cara; no he derramado ni una gota, ¿no? Y de todos modos, estoy así por tu culpa... Es culpa tuya que esté aquí, además.

Él se preguntó qué sentido darían los demás a aquella frase. Ya le había llegado la historia que corría sobre la pelea que habían tenido, pero sabía perfectamente que no contaba nada de lo ocurrido el día anterior. Como soltara una sola palabra sobre el robo, iba a tener que inventar con increíble rapidez.

—Vámonos arriba, Michael.

Fue a cogerla, pero ella retiró la mano con brusquedad.

—Me queda otro baile.

Ethan iba perdiendo la paciencia, pero era consciente del peligro que suponía enfrentarse con ella.

—Ya bajarás para bailar.

Michael se sentía belicosa, y recurrió a los demás que ocupaban la

mesa para que respaldaran su causa.

—No queréis que me vaya, ¿verdad, chicos? ¿No estábamos aquí charlando de nuestra partida de póquer cuando Ethan llegó?

Billy miró con incomodidad a Ralph; Ralph intercambió miradas con Jim, y Jim, con Calvin y Ben Tyler.

—¿Sabe, Michael? Me parece que tengo los bolsillos vacíos del todo —dijo Billy—. Conmigo no sería una partida muy buena.

—Y esta noche me parece que no tengo mucha suerte —dijo Jim.

—Y yo tampoco —coreó Ben.

—Yo también estoy sin blanca —dijo Calvin.

Por último, cuando todos se echaron atrás, Ralph le dijo:

—No podemos jugar una buena partida nosotros dos solos.

Lanzándoles una mirada acusadora, Michael los dejó callados; luego murmuró:

—Cobardes... Está bien.

Entonces, para asombro de todos los que estaban en la mesa, se metió la mano en el corpiño y sacó una baraja de cartas; las desplegó con pericia y empezó a barajar, al tiempo que aseguraba:

—Sé muchas formas de jugar al solitario.

Ethan sintió que los demás tenían los ojos puestos en él, esperando a ver qué hacía. El constante desafío de Michael minaba no sólo su paciencia, sino también el respeto que le tenían los otros. En tono desenfadado, quitándole importancia, dijo:

—Tiene ideas propias cuando está sobria, chicos; cuando está

borracha las saca de paseo.

Al instante estallaron las carcajadas en torno a la mesa. Ethan mostró los dientes en una amplia sonrisa, y Michael, tras dedicarle una mirada asesina, repuso:

—Sólo hay un burro en esta mesa. Y si yo estuviera allí —señaló el regazo de Ethan—, entonces sí que a lo mejor me sentaba encima y lo sacaba a pasear.

Durante unos segundos reinó el silencio, hasta que al fin Ethan empezó a reír.

—Ven aquí, Michael, veré si puedo complacerte.

Haciendo caso omiso de su avance, ella dijo a los otros:

—Un burro presumido y rebuznador.

En ese momento, de un tirón, Ethan acercó la silla de ella a la suya; después levantó a Michael y se la puso en el regazo. Ella se revolvió e intentó zafarse, pero sus movimientos no hacían más que ponérsela dura, de modo que, al advertirlo, se quedó quieta inmediatamente.

—Así está mejor —le susurró él a la oreja—; ahora reparte las cartas. Jugaremos una mano y luego, arriba, donde podrás dormir hasta que se te pase la tontería.

Por lo visto, Michael tenía problemas con las palabras:

—Una mona... U-na-ma-no. Y si «jano», me «jedo» y bailo. —Por encima del hombro le dedicó una sonrisa picante—. Bailaré para ti, Ethan, Para ti sólo.

Él no estaba seguro de que le gustara la idea, porque aquella sonrisa

picante no presagiaba nada bueno para nadie, y menos, para él. Sus ojos abarcaron a los demás de una sola mirada. ¿Qué posibilidades tenía Michael de ganar la mano contra todos ellos juntos?

—De acuerdo —dijo—. Pero corto yo.

—Claro —dijo ella sin dudar—: «Aunque el que da parezca tonto...»

—«...tú corta siempre» —terminaron sus compañeros de mesa al unísono.

Michael balanceó la cabeza dos veces en señal de asentimiento; le pareció que la habitación giraba un poco, y en voz baja dijo:

—Oooh.

Luego se quedó muy quieta un instante. Notó las grandes manos de Ethan apoyadas en su cintura, y sintió sus dedos como si los tuviera sobre la piel, incluso a través del rígido corsé. Empezó a repartir las cartas.

—Póquer de cinco cartas —dijo—. Una boca arriba y cuatro boca abajo. Nada descontrolado. La carta más alta empieza la puja.

Al volver las cartas, Ralph mostró la única figura.

—Te toca, Ralph —dijo Michael—. Vamos, caballeros, para seguir el juego tendrán que arañarse un poco los bolsillos. Tengo curiosidad por saber lo vacíos que están.

A hurtadillas, Michael miró sus propias cartas y se aseguró de mantenerlas fuera de la vista de Ethan. Tenía un tres de corazones boca arriba, y otro tres, un rey y un par de dieces boca abajo: doble pareja. Sin ser mala mano, no era probable que ganase; en particular porque Ralph

parecía muy contento. Deseó poder ver la cara de Ethan, aunque por lo general dejaba traslucir muy poco de lo que sentía o pensaba.

—Muy bien, señores, pidan por esas bocas. ¿Cuántas serán?

—Dos para mí —dijo Ralph; Michael pensó: «Tienes tres iguales».

—Tres —dijo Ben; ella pensó que tal vez tuviera una pareja.

—Cuatro —dijo Jim.

«En esta mano, nada» —decidió Michael...—. «Todavía.»

—Dos para mí —dijo Billy; parecía estar esperando una escalera.

—Yo cogeré una —dijo Calvin.

Michael no sacó nada en claro y pensó: «Probablemente, un farol».

—La que reparte coge una —dijo, y sin mirarla, puso la carta boca abajo— Ethan, ¿cuántas?

—Tres.

Michael sacó tres cartas con gesto brusco y deseó que no le saliera lo que quería. Todos echaron más dinero en el bote.

—Bien, Ralph —dijo Michael—. Veamos qué tienes. Hemos comprado el derecho a verlas.

Ralph les dio la vuelta a las cartas.

—Tres señoras guapas... Aunque no tan guapas como tú.

—Qué adulador eres, Ralph —tonteó Michael; sintió que la mano de Ethan se tensaba en su cintura—. Ben, ¿qué llevas?

Ben se limitó a empujar sus cartas hasta mitad de la mesa.

—Nada que gane a eso.

Jim suspiró y soltó las cartas antes de que Michael preguntara

siquiera por ellas. Billy enseñó su pareja de seises.

—¿Y tú, Calvin? —preguntó ella.

—Doble pareja.

—Lástima. —Michael dio la vuelta a sus cartas y las desplegó—. He sacado un ful: treses y dieces.

A su espalda, le encantó sentir que Ethan gruñía de descontento. Entonces pasó la mano para coger sus cartas; él se las dio, y ella se las mostró a los demás.

—Parece que buscabas una escalera; qué pena, Ethan.

Mientras hablaba, se levantó; al ponerse de pie osciló un poco de un lado a otro. Después recogió las ganancias de la mesa y fue a sentarse a su silla, no en el regazo de Ethan. Una vez allí, echó una esperanzada mirada alrededor y preguntó:

—¿Otra mano, chicos? ¿No? Oh, bueno.

Se encogió de hombros mientras recogía las cartas, y luego se inclinó hacia Ethan, le metió la baraja en el bolsillo de la pechera y le dio una ligera palmadita.

—Guárdamelas bien, ¿quieres? Son mis cartas de la suerte.

—¿Desde cuándo?

—Desde que acabo de ganar con ellas.

En la jarra quedaba un poco de cerveza. Mientras Michael le llenaba el vaso a Ralph, se dio cuenta de que Billy liaba un cigarrillo y le preguntó:

—¿Puedo quedarme con ése, Billy, y tú te lías otro?

Billy empezó a empujarlo hacia ella, pero entonces Ethan lo agarró por la muñeca. Levantó la vista y miró con gesto incómodo al más joven, que también era el más fuerte.

—Ella no fuma —dijo Ethan.

—Pues claro que fumo —dijo Michael—. Venga, pásalo, Billy; Ethan no va a romperte la muñeca.

Ethan se echó en el respaldo de su silla y le lanzó una mirada furiosa.

—A lo mejor sólo te rompo el cuello a ti.

Billy empezó a retirar el cigarrillo, pero ella consiguió arrebatárselo. Lo sostuvo entre el índice y el dedo corazón, y preguntó:

—¿Alguien tiene fuego?

Una brizna de tabaco cayó en la mesa; la recogió y volvió a meterla dentro.

—Los lías un poco flojos, Billy. —Echó un vistazo a su alrededor—. ¿Y bien? ¿Qué pasa con esa cerilla?

Nadie le ofreció ninguna; la mirada de Ethan garantizaba problemas si lo hacían. En vista de aquello Michael se indignó con todos.

—Se diría que no habéis visto nunca fumar a una mujer —dijo—. O peor aún: que creéis que una mujer no tiene derecho a hacerlo.

Después dejó caer el cigarrillo por el escote del corpiño y miró a Ethan arrugando la nariz:

—Pues lo guardaré.

Él empujó su vaso hacia ella, al tiempo que le decía:

—Quizá sí que deberías tomarte otra cerveza. Una más a lo mejor te deja debajo de la mesa.

Michael hizo un gesto negativo y esbozó una sonrisa dulce y falsa; al hacerlo, volvió a sentir que todo giraba a su alrededor, pero se negó a ceder a aquella sensación. Por encima del ruido general del saloon, berreó a Lottie, que charlaba con unos admiradores junto al piano:

—¡Toca algo lento y suave, Lottie! ¡Voy a bailar para Ethan!

Se puso de pie, y al arrastrar hacia atrás la silla, cayó al suelo. Durante un instante apoyó los brazos bien fuerte en la mesa hasta recuperar el equilibrio, y luego se despidió. No advirtió que el saloon se había quedado en silencio, ni que el interés de todos los hombres se centraba en ella. Sólo oía los primeros compases de la melodiosa balada y no sentía más que la mirada fija de Ethan.

Meciéndose con la música, rodeó las mesas y se dirigió hasta el escenario. Una vez allí, saltó por encima de las candilejas con una elegante pirueta: levantó los brazos sobre la cabeza y giró de forma lenta y graciosa, con la espalda algo arqueada y dejando ver la línea del cuello. Entonces dio una vuelta, luego otra y otra más, y después, sin perder el ritmo de la música, cruzó el escenario girando con la misma hermosa simetría de movimiento, pero de forma algo distinta, como si se hubiera entregado a la música y se moviera porque ésta la obligaba a hacerlo. Al bailar, sus pies parecían no hacer ruido en la tarima. Tenía una agilidad de gato y una ligereza de expresión que era pura elegancia felina. Sus brazos y sus manos se extendían en un arco bien proporcionado,

prolongando el espíritu de la música hasta las puntas de sus dedos.

Ethan había llegado al límite de su aguante. Decidido a dejar que se las arreglara sola cuando parase la música, se puso de pie y se dirigió a la escalera. Se le había metido entre ceja y ceja demostrar lo independiente que era; pues bien, que lo demostrase, pensó, y empezó a subir los escalones. Al ver que Ethan empezaba a subir, Michael tropezó un segundo; luego le dijo a Lottie que cambiara el ritmo, y entonces tomó una pareja imaginaria y empezó a bailar el vals, girando rápida por el escenario, describiendo amplias y gráciles curvas. Después, a una señal, Lottie tocó más rápido, y Michael abandonó el vals y a su pareja invisible. Sus pasos se hicieron más rápidos, el balanceo y el arqueo de su cuerpo, más exagerados, y la danza, más frenética. El aire soñador de las formas y el movimiento quedó a un lado; ahora sus expresivos ojos verdes miraban sensuales, y el pelo le azotaba la cara mientras giraba y se retorcía en un ritmo desenfrenado.

Ethan estaba ya casi en el piso de arriba. Aunque no quería ver lo que estaba haciendo en el escenario, no pudo evitar echar un vistazo; y cuando miró se dio cuenta de que no podía abandonarla a la multitud. Sería un milagro si no la atacaban allí mismo. Mientras lo pensaba, acabó la música, y una oleada humana avanzó hacia la tarima. Michael hizo una gran reverencia y luego cayó al suelo, como si se hubiera derrumbado desde lo alto de la alocada energía de su baile.

—¡Qué teatral! —dijo Ethan en voz baja; entonces sacó su arma y la mantuvo en alto, al tiempo que bajaba unos cuantos escalones.

—Muy bien, chicos —gritó—. Ella ya se ha divertido. Se acabó.

Al oírlo, varios hombres que estaban cerca del pie de la escalera se detuvieron; desde el piano, Lottie levantó la vista y aporreó unos cuantos acordes de acompañamiento, y Ethan subrayó las tristes notas con un disparo de su revólver. Después de eso el silencio fue total. Ethan volvió a meter el arma en la pistolera.

—Vamos, Michael. Ya puedes subir hasta aquí bailando.

Los clientes prorrumpieron en un sordo redoble de risas mientras regresaban a sus asientos. Michael levantó la cabeza, clavó una mirada severa en Ethan y luego parpadeó; parecía que Ethan se volvía borroso por momentos.

—¡Kitty! ¡Josie! —llamó él—. A ver si podéis ayudarla a subir. No creo que esta noche vaya a bailar otra vez.

De un rápido salto, Kitty y Josie subieron al escenario; después Lottie empezó a tocar de nuevo, y las demás chicas se pusieron a servir bebidas. Desde detrás de la larga barra, Detra, que había visto el drama entero, lanzó una mirada de reojo a Houston, apoyado frente a ella.

—¿Ves lo que es? —le preguntó.

Él se apartó.

—Veo en qué está convirtiéndose —contestó, y fue a ayudar a Josie y a Kitty.

Ethan estaba encendiendo la estufa cuando oyó pasos que se acercaban por el vestíbulo; mientras cerraba la puerta de rejilla, dijo:

—Llevadla a la cama.

Entonces se puso de píe y se volvió. Era Houston quien llevaba en brazos a Michael, no Kitty y Josie.

—Ah, eres tú...

—Soy yo.

—Ponla en la cama. Yo la vigilaré desde aquí.

Con frialdad, los negros ojos de Houston clavaron una mirada larga y severa en Ethan.

—No la has vigilado demasiado bien desde que llegó.

—Qué comentario tan extraño, viniendo de ti. Al principio dejaste muy claro que habrías preferido verla muerta a tenerla por compañía.

—Eso fue antes de conocerla.

Houston la depositó sobre la cama, que ya estaba abierta; Michael se puso de costado y se abrazó a una de las almohadas, y él levantó la sábana y le tapó los hombros. Después dijo:

—Deberías tener más cuidado con ella, Ethan, o será mía en un mes.

—Te he visto besarla esta mañana.

Houston retrocedió desde la cama.

—Entonces sabes que me rechazó... Pero no lo hará siempre. No sabe qué hacer conmigo —sonrió—; creo que la tengo fascinada.

—Estoy seguro de que sí.

Houston se acercó a la puerta y preguntó:

—¿Vas a pelear por ella?

—Depende.

—¿De qué?

—De si ella quiere que lo haga.

Mientras salía y cerraba la puerta, Houston pensó en sus palabras. En cuanto a Ethan, lanzó una mirada de indignación a Michael y luego aseguró la puerta con el gancho.

—¿Por qué, en nombre de Dios, no te quedaste allá en Nueva York? —le dijo— ¿Y por qué no estás criando niños en lugar de montando líos?

No esperaba respuesta y no la obtuvo. Después de quitar las balas de su arma, colgó el cinto en la percha que había junto a la puerta; para irse a la cama, se desnudó hasta quedarse en calzones. Luego, como todas las noches salvo la anterior, sacó del armario sábanas limpias y mantas, las extendió en el suelo y echó en ellas una almohada. Pero en ese momento se apartó de su rutina: deslizó un brazo bajo los hombros de Michael y el otro bajo sus rodillas, la levantó del colchón y la posó en el suelo. Ella apenas se movió. Entonces la tapó bien, ajustando las mantas en torno a su figura encogida.

—Te dije que no iba a cederte más mi cama —susurró.

Después apagó las lámparas y se metió entre las sábanas que Michael ya había entibiado. Su olor le llenó la nariz, y tardó en dormirse más de lo que había pensado.

Al despertar tuvo un instante de desorientación; al darse cuenta de dónde se encontraba, y de quién dormía justo por encima de ella, disfrutando de la suave comodidad del colchón, dejó escapar un sonido burlón desde el fondo de la garganta. Entonces se volvió de costado, luego de espaldas y después del otro lado. Intentó echarse boca abajo,

con el brazo debajo de la almohada, y más tarde probó con los brazos a los costados. Daba igual; nada funcionaba. Y peor aún: cada vez que se movía, aunque fuera lo mínimo, la cabeza le daba unas punzadas horribles. Habría jurado que sentía la sangre correr por sus venas, precipitarse hacia la cabeza y luego, dar la vuelta hasta los pies, cargados de plomo. Tan pronto se sentía mareada y con vértigos, como firme e inmóvil de pura pesadez. Hasta parpadear la molestaba.

Recordar lo que había hecho en el piso de abajo no resultó tan difícil como doloroso. La visión de sí misma, primero comportándose de manera escandalosa en la mesa de póquer y luego en el escenario, bailando con aquella sensualidad provocativa, hizo que esbozara una mueca.

Rogó que no fuera verdad y deslizó los dedos bajo el corpiño de su vestido y entre sus pechos, pero sus horrendas sospechas se confirmaron: encontró el cigarrillo.

—Oh, Dios —gimió en voz baja.

Por cómo le sentó a su cabeza aquel susurro, muy bien podía haberlo dicho a gritos. Metió el cigarrillo debajo de la cama.

Después, con grandes precauciones, se sentó sujetándose la cabeza entre las manos; se agarró al armazón de la cama y después se arrodilló con infinito cuidado. Cuando se sintió estable y pudo soportar el golpeteo de su cabeza, se levantó despacio. Cada movimiento lo acompañaba un suave gruñidito o un quejido.

—Parece que estés muriéndote —dijo Ethan, en tono cansado.

Ya que estaba despierto, se volvió para observar el inseguro avance de Michael hacia la cómoda.

—Nadie como tú para decir obviedades —dijo ella en voz baja—. Y por amor de Dios, no chilles. Es una crueldad.

—Estoy cuchicheando.

—Pues cuchichea más bajo. —Se apoyó en la cómoda y cerró los ojos —. Si no bebo; si sé que no bebo; si sé que no puedo beber... ¿Por qué he dejado que me pasara esto?

Pese al tono desesperado de sus palabras, Ethan no sintió ganas de ayudarla.

—Porque eres una testaruda, con menos luces que una caja de piedras.

—Ésa es una explicación.

Michael se apoyó en el mueble y hundió la cabeza en el hueco del brazo.

—No corras en mi ayuda; estoy segura de que me las arreglaré.

Ethan deseaba seguir enfadado con ella, pero le costó trabajo no echarse a reír. Era inexplicable que, a pesar de encontrarse en situación tan patética, siguiera dándole la réplica con aquel humor.

Michael se apartó un poco del mueble y empleó el tacto para dar con el segundo cajón. Él la oyó trastear y le preguntó:

—¿Quieres que encienda una lámpara?

En su mente ella imaginó la luz traicionera de un sol deslumbrante.

—Ni se te ocurra.

Ethan se frotó los ojos, encantado de que no pudiera verlo sonreír.

—¿Has encontrado el camisón?

Ella afirmó con la cabeza y luego gimió.

—Sí —dijo por fin—. Lo he encontrado.

Lo dejó sobre la cómoda; luego, con movimientos cautelosos, se subió el vestido de tafetán rosa que llevaba puesto, lo sacó por la cabeza y lo dejó caer al suelo, sin importarle tener que recogerlo después. Los cordones del corsé se le resistieron al principio; cuando al fin logró desatarlos, le pareció haber ganado toda una campaña militar. Las enaguas siguieron al vestido, y, apoyada de nuevo en la cómoda, se deshizo de los zapatos, las medias y las ligas. De espaldas a la cama, se quitó entonces la camisola y los calzones cortos y se puso el camisón de dormir. Cuando se dio la vuelta, Ethan estaba sentado en la cama.

—Necesito un trago —murmuró; estaba duro como una piedra.

La luz procedente de las brasas de la estufa, aunque escasa, no le había impedido ver la curva de la cadera de Michael ni la línea de su pierna. En la base de la columna tenía dos hoyuelos gemelos, no menos seductores que los que le salían a ambos lados de la boca cuando le concedía el favor de una sonrisa. Se encontró allí tumbado, esperando que ella se volviera lo justo para dejarle dar un vistazo a sus pechos... En ese momento fue cuando se sentó y se frotó los ojos hasta que aparecieron chispas de colores. No necesitaba que lo sonsacara: tenía tanto control de sí mismo como un arbusto sin raíces en una tormenta de arena.

La vio ir tambaleándose hasta el lavamanos, con su blanco camisón, como un pálido e inestable espectro. Entonces suspiró, se levantó y fue a por el whisky; descorchó la botella y bebió a gollete. Estaba guardándola cuando se dio cuenta de que Michael había acabado de lavarse la cara en la palangana y se dirigía a la cama. Ya ponía una rodilla en el colchón cuando la cogió por el hombro.

—Eh, no —dijo—. Al suelo.

Ella se encogió al notar la presión de sus dedos en la piel.

—No hablarás en serio. ¿De verdad vas a hacerme dormir en el suelo lo que queda de noche?

—O eso, o compartir la cama.

Michael le echó una mirada anhelante a la cama y luego miró a sus pies; estaba pisando las mantas en que tendría que envolverse.

—¿A ti no te importa compartir?

—Me importa una barbaridad.

—Ah. Entonces me iré al suelo.

Volvió a detenerla cuando empezaba a apartarse.

—Pero no por los motivos que probablemente estés pensando. Venga, métete. Y esta vez ponte todo lo cerca del borde que puedas sin caerte.

Y sólo porque esa vez supo que podría hacerlo impunemente, le dio una palmadita en el trasero mientras se metía gateando en la cama. Ella torció la cabeza para lanzarle una mirada furiosa, pero aquel simple esfuerzo hizo que se derrumbara.

—Bueno —dijo él con regodeo, entrando en la cama detrás de ella—; no es lo bastante lejos, pero supongo que tendré que conformarme.

Con suavidad, Michael se puso un antebrazo sobre los ojos como para contener la presión que sentía en la cabeza.

—Dime que por la mañana estaré mejor.

Él le dio un empujoncito para hacer sitio a sus piernas y subió la sábana y el edredón.

—Estarás mejor por la mañana.

—¿De verdad?

La risa de él sonó baja y un poco malévola; y también, muy cerca de la oreja de Michael.

—No —dijo—. Será peor.

Era todo lo espantoso que Ethan le había advertido que sería, y él se divirtió mucho con ello. Compartieron el desayuno en la cocina; como era muy temprano, no había nadie más.

—¿No deberías estar ayudando a la viuda esta mañana? —preguntó ella— ¿O volando algo en las minas?

—¿A mí mismo, por ejemplo, quieres decir? —La interrumpió antes de que contestara— La señora Johnson no me necesitará durante unos días; John Gibbs está ayudándola. Y no tengo nada que volar en la mina hasta que despejen los escombros. Así que ya ves: me quedo aquí todo el día. Y probablemente, mañana también.

Michael mojó la punta de su pan en el café para ablandarlo; hasta el masticar le dolía. Le habría gustado dormir más, pero cuando Ethan salió

de la habitación se despertó y no logró volver a dormirse. Él no había dicho ni una palabra sobre el hecho de que hubiera amanecido abrazada a él, y Michael ni siquiera pudo fingir que había sido al contrario. Fue su brazo el que él tuvo que mover, y su pierna la que tuvo que desenredar antes de salir de la cama. Ni siquiera pudo darle las gracias por no mencionarlo.

—¿Qué haces allí exactamente? —preguntó.

Lo menos que podía hacer era ignorar el regocijo de él al ver su estado e intentar ser amable.

—La plata se encuentra en venas que se hunden hasta muy hondo bajo tierra. Yo pongo los explo... —se detuvo porque la vio negar con la cabeza.

—No, me refiero a casa de la viuda. ¿La señora Johnson, has dicho?

—Emily Johnson —dijo él con un gesto de asentimiento; después cortó un trozo de asado de buey y se sirvió huevos revueltos—. Al principio había mucho trabajo por hacer en el tejado. Cuando ella y Georgie compraron la casa, estaba bastante en ruinas. Hicieron algo, pero no hubo tiempo de arreglarlo todo.

Perdido en sus pensamientos, se detuvo un instante y apartó la vista de Michael. Luego empezó otra vez.

—He estado poniéndole suelo nuevo en los sitios donde los tablones viejos se habían podrido, y desbrozándole una parcela para que pueda tener un jardín en primavera. Casi todos son trabajillos así. Hago lo que puedo; por lo general, unos cuantos días a la semana.

—Me sorprende que lo hagas. En las minas deben de pagarte bien..., y luego está tu otra carrera, la más lucrativa.

Ethan interrumpió la tarea de untar de mantequilla un trozo de pan.

—Emily no me da dinero; ayudarla es lo menos que puedo hacer.

En la frente de Michael apareció una arruguita cuando frunció el ceño.

—¿Lo menos que puedes hacer? Me parece que no te comprendo.

Él miró a Michael de frente, dispuesto a considerar su reacción.

—Yo maté a su marido.

Ella no parpadeó. Bajó la taza y la puso con firmeza en el platillo; pensó que ya conocía lo bastante a Ethan como para saber que no podía dar nada por sentado, aunque él parecía esperar que lo hiciera. Entonces le preguntó:

—¿Cómo ocurrió?

Ethan terminó de untar el pan. Una parte de él quería contarle una mentira: inventarse una historia sobre cómo había matado a Georgie Johnson a tiros, en la calle... Precisamente, el tipo de cosa que deseaba que ella creyera de él. Pero luego recordó cómo se sentía al tenerla a su lado, rodeándolo con los brazos y las piernas, acunándolo contra sus pechos... Era demasiado egoísta para mentir. Quería que ella estuviera otra vez así, de modo que le dijo la verdad; resultaba un poco menos fea.

—Yo estaba colocando explosivos en las minas; fue justo después de llegar a Madison. Escogí a Georgie para que me ayudase porque tenía algo de experiencia en el manejo de dinamita. Habíamos bajado bastante

y, salvo por los faroles que llevábamos, no había luz. Georgie y yo habíamos acabado de llenar las grietas con los cartuchos y de poner los detonadores. Luego fui dejando un reguero de pólvora por el túnel, porque nos habíamos quedado sin mecha, mientras él llevaba lo que no necesitábamos a un lugar seguro.

Bebió de su café mirando a un punto situado detrás del hombro de Michael.

—En realidad no sé lo que ocurrió entonces, no sé qué le pasó por la cabeza a Georgie. Imagino que recordó algo que se había dejado en la zona de voladura y volvió a buscarlo. Estoy seguro de que creyó que lo vi volver, pero no lo vi. Juro ante Dios que no vi que regresaba.

Michael alargó la mano por encima de la mesa, y con las yemas de los dedos le tocó la muñeca. Él no se apartó, y ella no fue más allá; su ofrecimiento no fue entrometido ni exigente.

—Dispuse el reguero por todo el camino hasta volver a la zona sin peligro, pero Georgie no estaba allí. Entonces lo llamé a gritos. A veces el túnel gasta bromas con el sonido, y me pareció oír que me llamaba desde el nivel superior. Creí que no había peligro... Y encendí la pólvora.

—Ay, Dios mío.

Ethan se apartó de la mesa y se sirvió otra taza de café en la hornilla.

—Emily estaba embarazada cuando ocurrió aquello; tuvo un aborto.

Michael palideció un poco.

—Se decretó que había sido un accidente. Todos sabían que Georgie no tenía por qué volver a la zona de voladura después de que yo

empezara a poner la mecha. Por allí había otros que oyeron el mismo sonido engañoso que oí yo, y también pensaron que estaba a salvo.

—Claro que fue un accidente.

Ethan no dijo nada. Alzó el bote de café y le ofreció a Michael; ella negó con la cabeza. Entonces volvió a la mesa y se sentó.

—Ahora trabajo solo.

«Y te arriesgas», pensó Michael, recordando la magulladura que tenía en la espalda por haber puesto una mecha demasiado corta.

—La señora Johnson no te echa la culpa —dijo.

Cuando los ojos color pedernal se achicaron en gesto interrogador, añadió:

—Si no, no te tendría por allí.

—Eso es lo que dice ella. Me dice que cumplo una penitencia innecesaria, porque no hay nada que perdonar.

—Y lleva razón.

Ethan no estaba tan seguro.

—Quizá me sienta de otra manera cuando se vuelva a casar con alguien que mire por ella, y yo sepa que es feliz y que la cuidan bien.

—Todo cuanto una mujer podría desear. —Michael oyó su propio sarcasmo y lo lamentó al instante—. Perdón. No pretendía criticar a Emily, ni a ti. No sé por qué lo he dicho. Le deseo toda la felicidad.

Ethan escudriñó su rostro y vio que hablaba en serio.

—John Gibbs también.

—¿El que la ayuda cuando no lo haces tú?

Él hizo un gesto afirmativo.

—John ha sido un buen amigo para ella; será un buen marido.

Michael movió con el tenedor sus huevos revueltos. Fuera, unas nubes se apartaron para dejar paso al sol; la luz entró oblicua por la ventana que había detrás de Ethan y dio en una esquina de la mesa.

—¿Y tú, Ethan? ¿Piensas alguna vez en dejar de robar trenes y ser el buen marido de alguien?

Él echó una ojeada a las puertas para asegurarse de que estaban solos y dijo:

—Una cosa no excluye la otra. Sólo tengo que encontrar a una mujer a quien no le importe demasiado que me guste volar cajas fuertes más que volar túneles.

—Entiendo —dijo ella con frialdad.

Él se echó a reír.

—No te preocupes. No creo que tú seas esa mujer.

—Apuesto a que tienes razón.

—Y yo apuesto a que crees que puedes cambiarme.

Aunque Michael intentó ocultarlo, vio que su comentario producía una reacción en ella. Seguía tratando desesperadamente de justificar la atracción que sentía por él.

—Muy pronto te darás cuenta de que no puedes obligar a la gente a ser lo que tú quieres. Fíjate, yo pensaba que conseguiría que dejaras de decir palabrotas...

Y antes de que ella pensara en una respuesta, Ethan salió de la

habitación.

Houston encontró a Michael en el saloon, sacando una cantinela al piano. Sólo había siete clientes en el bar, y unos cuantos más en el comedor, en la parte trasera. Kitty atendía la barra y estaba enfrascada en animada conversación con su hermano y un amigo de éste.

Houston se apoyó en el piano vertical y la observó unos minutos.

—¿Aún te duele la cabeza? —preguntó—. Ethan dice que esta mañana te daba punzadas.

Ella levantó la vista un segundo y luego siguió tocando.

—Está mejor. —Tocó mal una nota y se encogió teatralmente—. A menos que haga esto.

—A lo mejor Dee tiene unos polvos en su cuarto. ¿Quieres que te los traiga?

—¿Polvos del armario de Detra? —Levantó una ceja—. No, gracias. Me parece que no.

—Supongo que ya has oído hablar del señor Kelly.

—Sí que he oído. ¿Es cierto?

Houston se encogió de hombros.

—El médico de aquí dice que fue un ataque al corazón. No sé más.

—¿Deseas algo en especial? Dee está en su despacho, si es que la buscas.

—No —dijo él—. Ya he despejado mi mesa de papeles, he hecho mi ronda y he dejado que la próxima crisis la maneje mi ayudante.

—Jake lo hará bien, estoy segura.

—Así que pensé que a lo mejor te apetecía dar un paseo en calesa conmigo. He alquilado una. Puedo llevarte a las minas y enseñarte dónde se encuentra la mayor parte de la ciudad cuando no están durmiendo o en el saloon.

Se quitó el sombrero, se pasó los dedos por el pelo para echárselo atrás y volvió a ponérselo. Luego la miró en actitud expectante.

—No sé. Dee no...

—Deja que yo me preocupe de Dee.

—Pero Ethan...

—Tú misma me dijiste que no podíais veros. Y por lo que a mí respecta, anoche lo demostró. Él actúa contigo como el perro del hortelano: no te desea, pero tampoco quiere que te tenga nadie más.

—Yo tomo mis propias decisiones.

—Pues demuéstralo: ven conmigo. Sabes que deseas hacerlo. Y, además, el aire fresco le sentará maravillosamente a tu cabeza.

Michael no estaba segura, pero lo cierto era que deseaba ver las minas; sin admitirlo del todo, seguía interesándole mucho cualquier cosa relacionada con Ethan Stone. Y si Houston podía ayudarla, lo utilizaría. Así que se puso de pie y dijo:

—Voy a coger el gabán.

Cuando entró en la habitación, Ethan leía en el sillón de orejas con los pies encima del escabel; señaló con el dedo el lugar por donde iba, cerró el libro y levantó la mirada.

—¿Vas a algún sitio?

—Con Houston. A dar una vuelta en calesa. ¿Vas a detenerme?

—No te enteras, ¿verdad? El único modo de detenerte es detener a Houston, y ya te dije al principio que no iba a matar a un hombre por ti. Y debí haber añadido que ni voy a dejar que me maten. ¿Te obliga a ir con él?

—No.

—Entonces no voy a obligarte a no hacerlo. Pero ten cuidado: va detrás de algo más que ese beso de ayer.

—¿Lo viste?

Ethan asintió. Luego sus ojos la observaron con atención; le escudriñaron la cara, la garganta y los pechos, y después se deslizaron por los largos pliegues de su vestido color verde, como si viera lo que había debajo.

—Ahora que has catado lo que pasa en la cama entre un hombre y una mujer, después de todo tal vez hayas decidido probar las astucias femeninas.

—Es un asesino.

—Se te olvidará al cabo de un rato. Eso hiciste conmigo.

Al salir Michael dio un portazo; luego bajó las escaleras rápidamente.

—¿Preparada? —preguntó Houston— La calesa está a la puerta.

El comentario hizo que ella dudara un instante.

—Estas segurísimo de mi respuesta.

—Me limitaba a ser optimista.

Al pasar junto a la barra, Michael vio por el rabillo del ojo la expresión preocupada de Kitty y correspondió con una sonrisa de tranquilidad que no sentía. Una vez fuera, Houston la ayudó a subir a la calesa y extendió una manta sobre las rodillas de ambos.

—Ten, coge mis guantes —le dijo—. El sol es traicionero. Aún hace muchísimo frío, y hará más cuando empecemos a andar. Pero iré despacio.

Michael se puso los guantes y preguntó:

—¿Y tú?

—Guiaré con una mano. Tú me mantendrás caliente la otra. —Con gesto enérgico, se la tendió a Michael—. Vamos, tómala.

Dio un chasquido a las riendas en el mismo momento en que ella le cogía la mano entre las suyas, enguantadas, y le sonrió de lado.

—No está tan mal, ¿verdad?

Michael mantuvo la mano de Houston sobre su regazo. Era cierto que el resplandor del sol resultaba engañoso. No había ni una nube en el cielo, y las cumbres se perfilaban, nítidas, en un fondo azul que parecía demasiado uniforme y perfecto para ser de verdad; pero aunque intentaba asimilar la luz del sol, sólo sentía los pulmones llenos de aire frío.

Houston señaló el lago helado, los arroyos que corrían rápidos y se precipitaban sobre pequeños diques de hielo. Los nidos vacíos, trabados en las cruces de los árboles, larguiruchos y secos... Al cabo de un rato sacó la mano de entre las de ella, se cambió las riendas y le dio la mano

fría para que la calentara. Michael se volvió un poco y sus rodillas chocaron con las de él.

—Creí que mostrarías más respeto por mi matrimonio con Ethan.

—Lo haría..., si de verdad estuvieras casada con él.

Sintió una ráfaga de pánico y, de forma inconsciente, le apretó la mano un poco más. ¿Qué sabía Houston? ¿Había dicho o hecho ella algo que la traicionara? ¿Se limitaba Ethan a engañarla y luego iba contando la verdad a sus espaldas?

—No entiendo qué quieres decir con eso de que si de verdad estuviera casada con él.

—Salvo por el encuentro casual en el tren, tú y Ethan llevabais cuatro años sin estar juntos como marido y mujer. Y además tengo entendido que, en realidad, vuestro matrimonio sólo duró unos meses antes de que él te abandonara. No hay mucho que respetar ahí, ¿no te parece?

La primera oleada de pánico se calmó, y Michael empezó a respirar mejor. Entonces se dio cuenta de que tenía cogida la mano de Houston demasiado fuerte; en seguida aflojó y le frotó la mano, fingiendo que lo único que pretendía era calentársela.

—Sin embargo, sí que estoy casada con él.

Houston se quedó pensativo.

—Pero es a mí a quien le tienes cogida la mano. Dime, ¿a qué se dedicaba Ethan cuando te conoció?

En ese instante agradeció haber mantenido una charla para

intercambiar información. Recordaba bien lo que Ethan hacía en Nueva York la primavera en que, en teoría, se casaron.

—Trabajaba en un banco.

Houston sonrió y le lanzó una mirada de reojo.

—Apuesto a que sí. Y en más de uno... Aunque dudo de que estuviera empleado en ellos de forma oficial.

Michael no tuvo que fingir el sobresalto: fue auténtico. No había sospechado que Ethan le hubiera contado sólo parte de la verdad.

—¡Te equivocas! —dijo con rapidez—. Entonces Ethan no robaba bancos.

—Pues no empezó después de conocerme. Él no me buscó, nosotros lo buscamos a él. Ya trabajaba por su cuenta en sitios como San Luis o Denver.

—Ah, pero...

—Verás, hay cosas que no sabes sobre Ethan; cosas que nunca has sabido... Resulta un poco difícil saber en quién confiar, ¿verdad?

—Pensaba que Ethan era tu amigo.

—Creo que me cae bien, pero no sé si confío en él. —Sus negros ojos se apartaron del camino otra vez y observaron un instante el rostro de Michael—. Ni siquiera sé si confío en muchas personas. Siempre es más seguro no hacerlo.

Ella sintió que el interés de Houston se volvía algo frío y distante, y apenas pudo reprimir un escalofrío. Agradeció el silencio que se hizo entre los dos.

Las minas de plata de Madison tenían más de una docena de entradas distintas; algunos pozos bajaban decenas de metros, otros apenas seis. Dentro de la montaña se había tallado un verdadero laberinto de túneles y pasadizos para seguir el rumbo del precioso metal. La mena se sacaba de las entrañas de la roca con unas vagonetas, que iban por vías que atravesaban la mayoría de los túneles. Una vez refinada todo lo posible allí mismo, se llevaba a lomos de mula hasta Stillwater, la ciudad más próxima que contaba con ferrocarril. No era una operación demasiado rentable para la ciudad —algunos pensaban que había que llevar un ramal de tren hasta Madison—, pero el hecho de que el proceso fuera lento significaba también que aquel tesoro seguiría allí los años venideros.

Houston ayudó a Michael a bajar del coche y la llevó hasta una de las entradas donde no había actividad.

—Sólo vamos a entrar un poco —le dijo—; sin un farol es imposible ver. ¿O deseas ver más? Puedo ir a buscar uno.

—No, no, así está bien. Me parece que no quiero ir muy lejos.

Le permitió que la tomara por el codo y la escoltara, primero subieron por una pequeña pendiente hasta llegar al túnel; después de caminar unos cinco metros más o menos, se adentraron en el camino horizontal de la mina, y la oscuridad empezó a cerrarse en torno a ellos.

—Hay otros túneles que toman distintas rutas allá adelante. Por lo general, cada día trabajan dos turnos de mineros.

—¿Está agotada esta zona? ¿Por eso no trabaja nadie aquí?

—No sé, es posible. No estoy tan familiarizado con el trabajo de las minas como Ethan. Pregúntale a él.

—Quizá lo haga.

Habían dejado de caminar. Michael advirtió que estaba lo bastante cerca de uno de los caminos interiores como para sentir, a través de la ropa, la fría humedad de la roca y la tierra. Echó una ojeada a la entrada y la tranquilizó ver la mancha rectangular del sol, enmarcada por las vigas de madera que sostenía el dintel.

—No te gusta este lugar, ¿verdad? —preguntó Houston.

Ella creyó que él retrocedería un paso y le dejaría espacio para que se acercara al túnel; en lugar de eso, se le acercó más, de modo que se vio obligada a tocar la pared con la espalda.

—No —dijo—. No me gusta mucho.

Creyó que entonces él se movería; pero no lo hizo.

—Ethan dice que, cuando te conoció, estudiabas en la universidad.

Aquel cambio de tema la sobresaltó; sin embargo se obligó a mirarlo a los ojos.

—Exacto.

—¿Qué estabas estudiando?

—Literatura. Tenía pensado ser escritora.

—¿Poesía?

Ella negó con la cabeza.

—Novelas.

—¿Has empezado alguna?

—Docenas, pero nunca las término. Llevo un diario.

Mencionó el diario porque sabía que él conocía su existencia; así añadiría verosimilitud a otras mentiras que tuviera que contar.

—¿Por eso ibas a casarte con Drew Beaumont? ¿Porque era escritor?

Michael dio un inseguro paso a un lado con la esperanza de alejarse poco a poco de la pared; con aire despreocupado, Houston reaccionó apoyando los brazos en la pared, a ambos lados de sus hombros.

—Iba a casarme con Drew porque lo amaba.

—Pero no has llorado por él. Salvo por los primeros días de camino, no he observado que estuvieras afligida.

—Tú no sabes lo que hay en mi corazón.

—¿No?

Entonces Michael rompió el contacto visual; no soportaba mirarlo más. La mirada de él era tan penetrante que se sentía violada.

—¿Por qué me dices estas cosas?

Él no respondió directamente.

—A veces me pregunto qué harías para escapar de Madison.

—Por favor, quiero irme ya.

Michael cruzó los brazos. Pese a los guantes de cuero de Houston, tenía las manos frías. En tono agradable, él dijo:

—Me sorprendería que no quisieras irte.

Luego miró a su alrededor; su mirada se posó un instante en la entrada iluminada, después, en los oscuros brazos del túnel y, por fin, en las facciones en sombra de Michael.

—Éste no es un lugar donde a uno le gusta pasar mucho tiempo. En estos túneles es posible perderse y morir sin volver a ver la luz. —Hizo una pausa, observando cómo calaban sus palabras—. Bueno, te he dado algo en que pensar, ¿verdad?

Ella permaneció muda y se negó a mirarlo.

—Ahora veremos qué haces con ello.

Entonces Houston le tomó la barbilla con la mano y le volvió la cara hacia él; luego la inclinó hacia arriba y dijo:

—Dame esa boca.

Michael entreabrió los labios en un seco sollozo; tras los párpados, cerrados, los ojos le ardían, y le dolía la garganta de contener las lágrimas. La boca de Houston avanzó segura, y su roce la exploró. Entonces sintió sus dedos en los cierres del gabán, y luego sus manos estuvieron dentro, recorriendo su cuerpo, rodeándole los pechos, moldeando su cintura y sus caderas, apretándole los muslos... La obligó a retroceder, a pegarse contra la pared, y después, cuando ella volvió la cabeza para esquivar sus besos, su boca resbaló hasta el tendón de su cuello. Entonces él se enderezó.

—Mírame. —Su aliento era áspero— ¡Maldita sea, mírame!

Michael levantó la vista despacio y dejó que viera toda la fuerza de su ira y su odio.

—No vayas a contarle nada a Ethan.

Pensó que daba lo mismo: Ethan le había advertido que no mataría a un hombre por ella... Houston no sabía que ni siquiera iba a intentarlo.

—No diré nada.

—Muy prudente. He dicho en serio lo de que Ethan me caía bien, y no me gustaría tener que matar a un amigo por ti. —Entonces bajó la cabeza de nuevo y la besó en plena boca, con dureza—. Así que supongo que tendría que matarte a ti.

Michael le dio un empujón en el pecho y se agachó bajo sus brazos cuando él perdió el equilibrio. Apenas había avanzado unos metros hacia la luz cuando sintió un tirón de la muñeca, que la hizo retroceder y la llevó hasta él. Luchó un instante, pero en seguida se dio cuenta de la inutilidad de su empeño y decidió ahorrar energías. La facilidad con que Houston la dominaba la humilló.

—Así está mejor —dijo él en voz baja—. Nunca te he contado por qué no me gustan los periodistas, ¿verdad?

Muy quieta, vigilante, Michael escuchó. Le costó trabajo hablar.

—No, nunca me lo has dicho.

—Cuando yo tenía diez años, mi padre mató a mi madre y luego se mató. Él sostuvo la pistola, pero quien apretó el gatillo fue un periodista.

Todas las preguntas que se le ocurrieron quedaron sin formular, porque en ese momento Houston le hizo dar la vuelta y se dirigió con ella hacia la entrada. Estaban a unos metros cuando apareció Obie Long. Michael se obligó a no tocarse el pelo ni a apresurarse a abotonar el gabán; así no daría motivos a Obie para pensar que había pasado algo. Con todo, le resultó muy difícil no dejar que se trasluciera su alivio ante su irrupción.

—¿Qué ocurre, Obie? —preguntó Houston con naturalidad.

Michael se dio cuenta de una cosa: Houston había oído acercarse a Obie antes de que el joven apareciera; la inmediata tensión que sintió en él cuando la hizo girar hacia la entrada se había desvanecido. Era evidente que se había preparado para un encuentro distinto. ¿Pensó que podría ser Ethan?

—Jake me ha enviado a buscarte. Ha llegado un mensaje en el telégrafo para ti, y supongo que Jake cree que es importante.

Houston hizo un gesto afirmativo.

—Y es probable que lo sea. Estaba enseñándole a Michael un poco de las minas. ¿Por qué no acabas la visita por mí, y yo me llevo tu caballo a la ciudad?

—Claro. No me importa.

—¿Michael?

—Hmm... —Sintió que los dedos de Houston le apretaban el codo— Muy bien. Disfrutaré de la compañía de Obie.

—Bueno —dijo Houston—. Entonces, decidido. No la retengas mucho, Obie.

Le soltó el brazo y se puso en marcha. En ese momento ella lo llamó:

—¡Espera! Tus guantes. Los necesitarás en el camino de vuelta.

—No, quédatelos.

Se los quitó y se los puso con fuerza en el pecho, obligándolo a cogerlos o a dejar que se cayeran al suelo.

—Gracias.

Michael lo vio marcharse, sabiendo que su sonrisa de despedida era en honor de Obie, no de ella. Después tomó el brazo de Obie y le dijo:

—Houston no ha podido enseñarme mucho. Olvidó traer un farol. Quizá podríamos buscar uno y...

Obie la interrumpió con entusiasmo.

—Claro. Te enseñaré dónde he estado trabajando, ya que has visto parte de lo que está haciendo Ethan.

La visita de Obie duró otra hora, y si no hubiera tenido que hacer frente al recuerdo de su peligroso encuentro con Houston, a Michael su compañía le habría resultado agradable e incluso entretenida. Sabía de minas y conocía el equipo que se empleaba para llegar a las venas más profundas. Además observó que, aunque tímido con la mayoría de las mujeres del saloon, al menos en aquel entorno se mostraba hablador y abierto. Deseó atreverse a hacerle preguntas que no tuvieran nada que ver con el funcionamiento de las minas de Madison.

Al llegar a la puerta del saloon, le dio las gracias y añadió:

—No, no te molestes en acompañarme hasta el interior. Si vas a quedarte más tranquilo, quédate aquí sentado para ver que entro. Sé que tienes que llevar la calesa de vuelta al establo.

Sin esperar protestas ni ayuda, Michael saltó ágilmente del coche y entró directamente en el saloon. Al paso, habló con Carmen y Susan, y les prometió que las ayudaría con el nuevo número de baile antes de que se sirviera la cena. Después saludó con la mano a Kitty, que seguía sirviendo detrás de la barra y charlaba con dos clientes. Cuando pasó

ante el despacho de Dee, procuró no dar la impresión de que la esquivaba y trató de no subir las escaleras demasiado deprisa.

Abrió su habitación con más fuerza de la que creía; la puerta rebotó en la pared. Una vez dentro, la cerró con más cuidado, consciente de que los ojos de Ethan estaban clavados en su espalda. Él se encontraba de pie junto a la cómoda, sobre la que tenía puesta la palangana, y removía espuma en un tazón de afeitar. Estaba desnudo hasta la cintura y tenía una toalla al cuello. Se limpió un poco de espuma de los dedos con el borde de la toalla y observó los movimientos de Michael en el espejo.

Ella se quitó el gabán y lo colgó dentro del armario. Luego se volvió, unió los dedos de ambas manos y sopló pata calentarlos. Al cabo de un momento cruzó la habitación, se puso de rodillas y empezó a buscar a gatas bajo la cama, haciendo amplios movimientos de barrido con el brazo.

—¿Buscas algo? —preguntó él.

Michael no contestó. Cuando sus dedos rozaron el cigarrillo lo agarraron veloces; luego se levantó, fue a la ventana y, mientras la abría un poco, lanzó a Ethan una mirada burlona.

—No estaba sellada.

Él siguió haciendo espuma.

—Fíjate.

Michael metió los dedos bajo el marco hasta dar con las cerilla y el papel rascador que escondía allí; le daba igual que Ethan la observara. Después alzó los ojos hacia él, desafiante se metió la punta del cigarrillo

entre los labios, rascó la carilla y lo encendió. Inhaló hondo y sólo al ver el aleteo del cigarrillo al final de sus dedos se dio cuenta de cómo le temblaba la mano. Entonces acercó a la ventana una de las sillas y se sentó en ella, echando el humo hacia el hueco abierto. Ethan empezó a enjabonarse la cara.

—Me sorprende que sepas sentarte en una silla como una señora. Casi esperaba que te sentaras a horcajadas.

Ella ignoró el comentario; se volvió más hacia la ventana, dándole la espalda, y dio otra profunda calada al cigarrillo, en aquel instante se le llenaron los ojos de lágrimas. Miró por la ventana, más allá de las fachadas y los inclinados tejados del otro lado de la calle, hacia las dentadas cumbres montañosas que se elevaban en el horizonte y sostenían el cielo. Una lágrima se deslizó por su mejilla. La enjugó con un gesto impaciente, pero al momento la siguió otra.

—¿Estás llorando, Michael?

Ethan dejó la brocha y el tazón de afeitar, y dio un paso atrás desde la cómoda para verle mejor el perfil.

—¿Michael? ¿Qué pasa?

Ella lo miró. Sus ojos color verde oscuro estaban húmedos de lágrimas. En voz baja, con un ligerísimo temblor en sus palabras, respondió:

—Acabo de darme cuenta de lo imposible que es... Nunca saldré de Madison, ¿verdad?

Capítulo 9

Con el ceño fruncido, Ethan se sentó en el borde de la cama.

—¿Te ha dicho Houston algo esta tarde?

Michael negó con la cabeza y volvió a echar un vistazo por la ventana.

—No —dijo—. Nada.

Él lo dejó pasar; estaba seguro de que era una mentira.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido?

Ella se encogió de hombros.

—Fuimos hasta las minas y Houston me enseñó lo que había, hasta que llegó Obie con un mensaje de Jake para él. Entonces se marchó y Obie completó la visita.

Joder, Obie no tenía nada que ver con lo que estaba afligiéndola... Empezó a quitarse espuma de la mandíbula.

—Michael, creo que sería mejor que...

Ella se echó a reír con un deje de amargura,

—¿Que confíe en ti, quieres decir? Cuando intenté hacerlo, te aseguraste de ponerme en mi sitio. No, Ethan, me parece que no. No voy a con...

Entonces lo miró y algo la hizo interrumpirse. Ethan había acabado de enjugarse las mejillas y las mandíbulas, y ya tenía limpio el cuello, pero se había dejado un grueso bigote de espuma. La sensación de familiaridad que llevaba algún tiempo sin sentir regresó, y clavó los ojos en él buscando el escurridizo recuerdo y sabiendo que estaba más cerca que nunca de apresarlo.

Ethan no supo qué había hecho que Michael tratara de recordar, pero supo el preciso instante en que se acordó, porque se le abrieron un poco los labios y la mandíbula se le aflojó levemente. En sus expresivos ojos verdes se pintó el instante; luego vino un gesto inexpresivo, que luego se convirtió en rechazo, en súbito sobresalto y por fin, cuando Michael lo vio con toda claridad en su memoria, en un ensancharse casi imperceptible de las pupilas. Entonces, después de apagar lo que le quedaba de cigarrillo y dejarlo en el alféizar, Michael cerró la ventana de un tirón.

—Ya sé quién eres —dijo.

Expectante, Ethan no dijo nada; al limpiarse el bigote de espuma se dio cuenta de qué le había ayudado a recordar y suspiró.

—No creo que lo sepas —dijo— Quizá me hayas visto antes, pero no sabes quién soy.

Después se levantó y pasó el gancho de la puerta para asegurarse de que no hubiera interrupciones.

—Te equivocas. Eres un Marshall.

—Habla en voz baja.

Camino de la cama, Ethan se detuvo junto a la cómoda y se lavó el último rastro de espuma que le quedaba en la cara. Después agarró los extremos de la toalla que llevaba al cuello, se sentó y tiró de ellos alternativamente, intentando darse un masaje que eliminara la súbita tensión que sentía. Estaba a punto de hacer notar que Houston era un sheriff, de modo que el hecho de que él fuera un Marshal no lo convertía por fuerza en alguien honorable, cuando Michael siguió hablando.

—Aquel día yo entré a ver a Logan... —dijo despacio—. Dios, debe de hacer por lo menos seis meses. Entonces aún estaba contestando cartas y escribiendo alguna columna de sociedad. Había un artículo en concreto que yo quería escribir, un juicio por asesinato. Llevaba pensando mucho en un aspecto de la historia que nadie más había utilizado, pero necesitaba permiso de Logan para seguir con él.

»Pasé todo el día armándome de valor para verlo. Y cuando por fin creí que podría, descubrí que estaba ocupado con otras personas. Alcancé a vislumbrarte justo cuando entrabas en el despacho, y debí de hacerle un comentario sobre el asunto al secretario de Logan. Fue entonces cuando él me dijo que eras un Marshall.

Un leve rubor le asomó a las mejillas al recordar los momentos más embarazosos de aquella tarde.

—Al cabo del rato irrumpí en su despacho sin sospechar que seguía reunido. Me dio un buen rapapolvo y luego indicó que tenía compañía. —Sonrió con tristeza—. En ese instante me habría sentido feliz si se hubiera abierto el suelo y me hubiera tragado. Recuerdo que me volví y

vi que en la habitación había tres hombres. Es extraño lo que pasa por la mente en momentos como ése, porque pensé: «alto, moreno y guapo».

Le echó una ojeada a Ethan y vio el color rubicundo que tenía la piel.

—Antes de que te hagas ilusiones, tú eras el moreno; el caballero de más edad era el alto, y el más joven, el guapo.

La dura mirada de Ethan se relajó un poco; sí que se había hecho ilusiones.

—Como tú dices, es extraño lo que pasa por la cabeza. Recuerdo que pensé que los lápices que llevabas en el pelo eran ridículos.

Sin darse cuenta, Michael se llevó la mano al pelo y lo tanteó.

—Desde entonces me he acostumbrado —dijo Ethan.

Las manos de ella volvieron a bajar a su regazo; durante un instante no fue capaz de mirarlo a los ojos.

—¿Qué parentesco tienes con Logan? Sé que tiene un hermano, Christian, pero los demás familiares cercanos han muerto; al menos, eso tenía entendido.

«¿Emparentado con Logan?», se preguntó Ethan. ¿De qué estaba hablando? ¿Por que creía que era pariente de Logan Marshall?... Y cuando se oyó completar la pregunta comprendió el problema. Marshall. Marshal... Seis meses antes, al decirle que él era un Marshal, ella hizo una deducción natural... Y si él no se lo explicaba, no tenía por qué cambiar de idea. No estaba seguro de que fuera a hacerlo todavía; la cautela seguía siendo su mejor defensa.

—Soy primo lejano —dijo.

Michael asintió.

—Me imaginaba que sería algo sí. Te pareces un poco, aunque apuesto a que eres la oveja negra.

—Sí.

—¿De verdad tu nombre de pila es Ethan?

—Ethan. Ethan Stone. Soy Marshall por parte de madre.

—¿Y sabe Logan lo que hace la oveja negra de su primo para ganarse la vida?

El regodeo de Ethan se acentuó más aún.

—¿A ti qué te parece?

—Lo dudo.

Algún día, pensó, no resultaría tan fácil hacer que Mary Michael Dennehy sacara conclusiones precipitadas; por el momento le encantaba que aún fuera posible, así que apeló a sus recelos.

—Tienes razón. No lo sabe.

—Entonces, ¿qué hacías en su despacho el día que te vi?

—Intentando arreglar un negocio.

—¿Quiénes eran los otros hombres?

—Sólo otros interesados en repartirse el mismo negocio.

—Haces que parezca una partida de póquer: repartir…

Él se rió en voz baja.

—Se parece bastante a una partida de póquer.

—¿Y ganaste?

—Sigo jugando mi mano.

En las mejillas de Michael aún había rastros de lágrimas. Cogió una toalla y se lavó la cara en la palangana. Luego, mirándolo por encima de la toalla húmeda, preguntó:

—¿Quieres decir que lo que haces ahora tiene algo que ver con la reunión de aquella tarde?

—Es un modo de interpretarlo.

Ella pensó en cuántos otros modos habría, pero no se lo preguntó, porque se guardaba bien de esperar una respuesta directa de Ethan.

—Houston y los demás no conocen tu relación con el *Chronicle,* ¿verdad?

—Tampoco es que sea una conexión. Soy la oveja negra, ¿recuerdas? En cuanto a la reunión, no, no lo saben, ni tampoco que estuviera en Nueva York por entonces. Pero yo tendría menos problemas para explicarlo que tú. Querrían saber cómo es que estabas en las oficinas del *Chronicle,* y no creo que te interese mucho que lo sepan, ¿verdad?

—Me parece que Houston ya sospecha algo.

Despacio, Ethan se quitó la toalla del cuello. Sus ojos se achicaron hasta entornarse y luego siguieron a Michael, que regresó a su silla.

—¿Que sospecha qué? —preguntó.

—Que soy periodista; o, por lo menos, que mi relación con el *Chronicle* va más allá de limitarme a ser la compañera de viaje de Drew Beaumont.

—¿Compañera de viaje? En teoría, eras su prometida.

—El otro día Houston me preguntó por mi anillo de compromiso. Tenía que decir algo y le dije que el compromiso no era oficial.

Ethan soltó un juramento en voz baja.

—¿Qué te ha dicho exactamente esta tarde? Y no digas que nada.

—Pues cosas, nada más —dijo ella.

Al ver su mirada hosca, Michael le contó la conversación, bastante unilateral, que Houston había tenido con ella; no le dijo nada sobre el choque físico, sólo sobre el verbal.

—Todo ha sido muy disimulado —dijo—, amenazas sin concretar. Ni siquiera sé por qué te lo cuento. Tú mismo me has amenazado igual, de modo que es probable que le hayas dicho lo que funciona mejor conmigo. Te comento un sueño horripilante en el que caía en un vacío de lo más negro, y lo siguiente que sé es que me amenazan con una eternidad en el pozo de una mina...

Hasta ese momento Ethan había olvidado por completo aquel sueño, pero vio que ella no; estaba claro que la amenaza que había empleado Houston, por más que fuera una coincidencia, la había aterrado. Entonces se puso de pie, abrió el primer cajón de la cómoda, buscó un pañuelo y se lo dio.

—Toma, estás llorando otra vez.

—Gracias. —Ni siquiera se había dado cuenta.

Ethan se preguntó qué habría ocurrido entre la noche anterior, cuando Houston le recriminó con dureza su conducta por no cuidar de Michael, y esa tarde, cuando la conducta del propio Houston había dado

un giro radical. ¿Habría descubierto algo? ¿Le había llenado Dee la cabeza de mentiras sobre Michael? ¿O era sólo su forma de dominarla?... De pie junto a ella, puso una mano sobre el respaldo de su silla; las yemas de los dedos le rozaban suavemente el hombro.

—Hemos llegado a una encrucijada, tú y yo, en la que uno tiene que confiar en el otro, aunque sea a ciegas. Por mucho que quisiera decirte ciertas cosas, no puedo; mi obligación de protegerte está reñida con el dejar que sepas más. Por lo tanto...

—Por lo tanto, tengo que ser yo quien confíe en ti —terminó ella—. Y cuando lo hice, me lo tiraste a la cara. Cuando intenté encontrar algo bueno en lo que creer, me despreciaste como si fuera una colegiala en su primer enamoramiento.

Era una acertada definición. Michael intentaba acercársele para estabilizar su vacilante mundo; era natural, quizá inevitable, que sintiera algo por él... Aunque en otras circunstancias, se recordó Ethan, no le habría prestado más atención que a cualquier hombre que no perteneciera a su mundo.

—Pues bien, me parece que no —prosiguió ella, alzando la cara para mirarlo fijamente—. No estoy dispuesta a aceptar a ciegas nada de lo que tengas que decir. Tienes que darme algo más en qué creer.

—Yo no maté a Drew Beaumont.

Michael suspiró y negó con la cabeza.

—Eso no ayuda a tu causa. El momento de admitirlo ya ha pasado.

Se puso de pie y se alejó un paso, con intención de rodearlo, pero él le

cortó el camino.

—¿Sí?

Ethan quería decírselo. Su boca se abrió un poco y las arrugas de las comisuras de sus ojos se hicieron más profundas; la tensión era evidente en todo su cuerpo... hasta que de repente, desapareció.

—No —dijo al fin—. No puedo; sería como intercambiar tu seguridad por tiempo en tu cama. Creía que era así de egoísta, pero a lo mejor no lo soy. En cualquier caso, te mereces algo mejor.

Michael titubeó, conmovida ante su deseo, que hacía que quisiera contárselo, y su abnegación, que lo retenía.

—Si me cuentas algo, cualquier cosa, que me ayude a confiar en ti, ¿qué temes que haga?

—Revelar la información en alguna pequeña metedura de pata. No sería a propósito, confío en ti, pero en realidad daría igual; porque si ocurriera, estarías muerta.

—¿Nathaniel Houston es amigo tuyo? —le preguntó ella, observándolo atentamente.

Ethan no contestó en seguida; por fin, dijo:

—Houston me utiliza para conseguir algo que quiere, y yo lo utilizo a él por el mismo motivo.

—Pero ¿es tu amigo? —Michael no era consciente de la mirada suplicante que había en sus ojos—. ¿Lo aprecias, lo admiras?

—No. Ninguna de esas dos cosas. —Hizo una pausa—. ¿Es lo que necesitabas oír?

—Es suficiente.

—Tendrá que serlo. Si respetara menos a Houston, te diría más.

Michael comprendió lo que quería decir. Era el peligro que representaba Houston lo que Ethan respetaba, no al hombre en sí.

—Es suficiente —repitió.

Fuera, el crepúsculo iba entrando en Madison a hurtadillas, discretamente. Perfilaba las montañas que rodeaban la ciudad y en las habitaciones de la calle principal prendía las llamas del alumbrado de gas. Ethan corrió las cortinas, y Michael empezó a quitarse las horquillas del pelo.

—Déjame a mí —dijo él.

—De acuerdo.

Dejó caer la mano al costado y esperó, alerta, escudriñándole la cara mientras se acercaba. Las espesas pestañas de Ethan le sombreaban las pupilas, cada vez más oscuras; en su fría profundidad había una intensidad que la dejó inmóvil y temblando por dentro. Se detuvo sólo a unos centímetros y levantó las manos; sus dedos rozaron apenas los suaves cabellos que caían, sueltos, en la nuca. La oyó contener la respiración.

—¿Te doy miedo, Michael?

—Cuando me miras así...

Negó con la cabeza, incapaz de terminar; luego, sin timidez, inclinó la cara hacia posarla en la mano de él y frotó su mejilla contra la palma.

—...haces que te desee.

Entonces fue él quien sintió que el aire le henchía los pulmones y lo quemaba. Sus dedos se le enredaron en el cabello. Quitó las horquillas, deshizo el moño y luego lo peinó con la punta de los dedos; mechones sedosos y rizados, de cobre, oro y caoba, se le derramaron en las manos. Recogió el pelo y lo pasó por encima de un hombro, y luego hundió la cara en su cuello desnudo, cuya piel tenía un tacto tan maravillosamente suave como su aspecto. Después la saboreó y la bebió a sorbos. Ella lo rodeó con sus brazos y le acarició la espalda desnuda con un levísimo toque de sus finas uñas. Recorrió la senda de la espina dorsal y sus dedos bajaron hasta la cintura de los pantalones vaqueros; asomados justo por dentro, la rodearon hasta llegar a la parte delantera. Entonces hurgó en los botones de la bragueta.

Michael sentía su boca ardiente sobre la piel y su húmeda lengua. Los dientes de Ethan le atraparon el lóbulo de la oreja y lo mordisquearon. Sus labios le rozaron la sien, y él sintió el tenue apresurarse de su pulso. Luego cruzó su frente y le besó las delicadas cejas, los párpados cerrados, el arco de los pómulos... Su boca jugueteó con las comisuras de sus labios, y entonces la boca de ella se abrió, hambrienta y deseosa. Michael le besó la boca empujándolo con la lengua y dejando bien claro qué deseaba. A Ethan le impresionó su pasión, franca y sincera. No había conocido a nadie como ella: su reserva se desvanecía ante su deseo. No tenía astucia y no parecía preocuparle la profundidad de su anhelo. Al fin, sus dedos consiguieron abrir los botones de los vaqueros; apartó la tela y tiró de los calzones. Y entonces

Ethan tuvo que agarrarle las muñecas como ella se las había agarrado a él.

—Tendré que tumbarte en la cama y levantarte las faldas si sigues así.

—No me importaría.

—A mí sí —su voz era profunda, suave y rota—. Quiero mirarte.

En la sonrisa de Michael no había artificio; no pretendía resultar provocativa, y su placer era auténtico. Ella misma lo ayudó a desabrocharle los botones mientras la hacía retroceder hacia la cama. Entonces él le levantó su vestido verde hasta subírselo por los hombros, y ella acabó de quitárselo mientras él daba un tirón a los cordones de su corsé. Michael sintió el colchón en la parte de atrás de los muslos y se dejó caer. Echada de espaldas, se apoyó en los codos, al tiempo que levantaba una pierna y luego otra. Ethan se quitó rápidamente sus zapatos y sus medias. Con una amplia sonrisa, él los lanzó a ciegas por encima del hombro; los zapatos cayeron con un golpe, las medias revolotearon. Al instante se reunió con ella en la cama, y juntos fueron rodando hasta quedar tendidos en diagonal. Entonces sus bocas se rozaron. Se abrazaron.

Él tiró de su camisola y desnudó la suave piel de su abdomen. Ella levantó los brazos por encima de la cabeza para que se la quitara; la prenda siguió el camino de las medias. Los nudillos de él le rozaron las puntas de sus pechos, y, al endurecerse, los rosados pezones parecieron oscurecerse un poco. Ethan inclinó la cabeza, y su lengua tocó brevemente la punta de un pezón. Ella se movió con cierta impaciencia.

Él se dedicó al otro seno y lamió aquella carne delicada con la punta de la lengua. Ella se arqueó, enredó los dedos en el pelo del él y lo atrajo. Sus lametones irradiaban fuego.

Las piernas de los dos se entrelazaron. La ropa restante se descartó con rapidez, y cuando sus piernas volvieron a tocarse fue ya piel contra piel. Ella llevó su mano a lo más íntimo de él, y Ethan observó cómo la mano se cerraba en torno suyo.

—Llévame dentro de ti.

Ella abrió sus muslos y lo guió. Ethan contempló cómo Michael miraba lo que ambos hacían.

—Qué hermosa eres.

Él entró bien en su interior. Ella se tensó a su alrededor. Los dedos de ella se hundieron en la firme carne de las nalgas de él, y él la besó. El juego de sus lenguas fue el preludio del juego de sus cuerpos.

Ella soltó la boca de él para jadear su placer y, saboreándolos, trazó con besos húmedos la línea de su mandíbula y su cuello. Sus caderas se levantaron para seguir el ritmo. Se tensaba cuando él se retiraba; se abría a él cuando él empujaba de nuevo. Él pronunció su nombre, lo susurró contra su piel; su cabello, derramado sobre el edredón, se le enredó en los dedos. Ella se mordió el labio para contener los sonidos de su placer, pero con suaves toques de su boca él le abrió la suya para saborear los roncos grititos y dejó que ella oyera los de él. El placer canturreaba entre los dos.

La tensión tensaba sus cuerpos y hacía que respondieran al roce más

leve. A Michael le parecía estar al borde de aquel mismo vacío que le causaba temor... Y Ethan la animaba a ir más allá. Ella lo escuchó y saltó... Él no la dejó sola. Sus brazos la sostenían, su cuerpo la acunaba, su voz la calmaba. Sintió un intenso placer, y compartir el de él resultó igual de agradable. Cuando sus alientos se calmaron, Ethan empezó a apartarse.

—No me dejes todavía —dijo ella.

Los labios de él le rozaron la comisura de la boca.

—Muy bien. Pero espera un poco.

Le gustaba el roce de los dedos de ella cruzando por su espalda. Cuando después se movió, Michael no protestó, pero lo acompañó en el giro, de modo que su cuerpo se curvó junto al de él y su cabeza descansó en el hueco de su hombro. Consiguieron meterse entre las sábanas sin demasiada dificultad.

Michael alzó la vista hacia Ethan y, con gesto ausente, le apartó el pelo en las sienes.

—Tienes unas canas por aquí. ¿Lo sabías?

—Lo que sé es que no tenía tanto hace unas semanas,

—Supongo que quieres decir que yo soy la responsable.

Él se encogió de hombros.

—Tú verás.

Ella le dio un suave puñetazo en las costillas, y él soltó un juramento en voz baja.

—¿Qué pasa? —preguntó al oírlo— ¿Te he hecho daño?

Ethan estaba mirándola a los pechos. Tenía la piel un poco enrojecida, como si estuviera irritada.

—¿Te lo he hecho yo?

Michael miró hacia abajo y se vio el rubor.

—No duele —le dijo—. Y, de todas formas, es culpa mía, He interrumpido tu afeitado.

Él empezó a sentarse para remediarlo en seguida, pero Michael lo empujó hacia abajo otra vez y le atrapó las piernas con una de las suyas. Luego se acurrucó a su lado.

—Así está mejor. No me importa en absoluto la barba.

De hecho, le había agradado sentir su aspereza en la piel. Con los nudillos le acarició suavemente por debajo de la mandíbula.

—Podías dejarte bigote otra vez: ahora da igual que te vea con él.

—Me lo pensaré. Me he vuelto... Se detuvo al oír que alguien llamaba.

—¿Qué pasa? —preguntó con impaciencia.

La voz de Carmen llegó a través de la puerta.

—Busco a Michael —dijo—. ¿Está contigo?

Michael empezó a contestar, pero Ethan le tapó la boca.

—Sí —respondió él—. Y está ocupada.

En aquel preciso instante una de las manos de ella le acariciaba el liso vientre.

—Pues déjala salir, por amor de Dios. Me prometió que me ayudaría con el número de baile nuevo.

Ethan agarró más fuerte a Michael cuando ésta empezó a revolverse, en un intento de apartarse para contestar a Carmen.

—Esta noche no va a bajar. Todavía esta recuperándose de la juerga de ayer.

—Pues hace un rato me pareció que estaba bien.

—Ha tenido una recaída —dijo Ethan, conciso.

A su lado, Michael temblaba de risa; al menos, esperaba que fuera risa, no enfado.

—A Dee no le va a gustar —se oyó a través de la puerta.

—A Dee no tiene por qué gustarle.

Le pareció oír que Carmen farfullaba algún comentario de disconformidad antes de marcharse. Luego esperó hasta estar seguro de que ya se encontraba al otro lado del vestíbulo para levantar despacio la mano de la boca de Michael... Y sí, estaba riéndose.

—Shhh. —Le dio un rápido beso para hacerla callar—. Alguien podría oírte.

Con una caricia, le apartó el pelo de la cara y de la garganta.

—¿Cómo te sientes de verdad? Ayer bebiste un montón.

Fue el recuerdo, y no la cabeza, lo que la hizo gruñir.

—Ya estoy bien. ¿Aún lo dudas? —Sonrió—. Pero si de verdad quieres protegerme, no me dejes beber más así.

—No podría detenerte. Por si no se lo han advertido ya, señorita Dennehy, es usted una persona muy obstinada.

—Eso es herencia paterna.

Él sintió curiosidad. Sabía muy poco de su familia, no mucho más que el hecho de que la tenía, y casi nada sobre su padre.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—No deja que nada se interponga en su camino. Lleva pisoteando a la gente la mayor parte de su vida.

—¿Incluida tu madre?

Ella suspiró.

—En particular a mi madre. —Alzó la vista hacia él— No me interpretes mal: ama a mi madre; en realidad, muchísimo. Y, pese a su carácter, ella lo ama igual. Por eso acepta sus decisiones, sin importarle lo mucho que la hagan sufrir o que vayan en contra de sus creencias. Eso prueba lo mucho que lo ama.

Ethan recordó algo que Michael le había dicho en otro momento.

—¿Por qué alguna gente cree que tu madre es una puta?

—Eso lo he dicho yo, ¿verdad? —Palideció un poco al recordar una acusación tan dura—. No debería haberlo dicho. Además, da igual lo que piense la gente: yo sé la verdad.

—Que es...

—Mi padre está casado.

Ethan frunció el ceño.

—Pues claro.

—Pero no con mi madre. Desde hace veinticinco años ella es su amante; una esposa en todo, salvo en el plano legal. Le ha dado cinco hijas; lo ha consolado, se ha peleado con él y lo ha amado. Pero nada de

eso cambia el hecho de que lo conociera cuando era criada en su casa. Él ya estaba casado, y ella nunca ha intentado escudarse en que lo ignoraba. Lo aceptó como era. Y no sólo estaba casado, sino que era... que es, mejor dicho... presbiteriano. Es muy rico; ella no lo era. La familia de él estaba aquí antes de la revolución; mi madre sigue teniendo un fuerte acento irlandés. Creo que ha sido una extraña pareja desde el principio, pero no se sabe cómo, ha sobrevivido.

—¿Piensas que no debería de haber sido así?

—Por mi madre, me alegro; salvo por el lugar que tiene en su corazón para cada una de sus hijas, él es todo su mundo. Pero a veces me indigno con él, Me indigna ver cómo ha entrado y salido de nuestras vidas; cómo el tiempo que pasaba con él, incluso de niña, con mis hermanas, estaba siempre tasado, como si estuviéramos apartándolo de hacer algo más importante. Antes pensaba que era su mujer la que lo separaba de nosotras; a medida que me hice mayor, comprendí que también era su trabajo.

—¿Ha pagado él tu educación?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Y también la de Mary, y la de Rennie y Maggie; Skye no tardará en ir a la universidad. Mi padre se ha ocupado de que nunca nos faltara de nada. Nunca ha habido un cumpleaños olvidado, ni unas navidades en que no envíe regalos a casa. Nos ha animado a estudiar, a que seamos buenas estudiantes... Quizá porque sabía las dificultades que tendríamos que afrontar como bastardas, e incluso como mujeres.

—Michael... —pronunció su nombre con suavidad.

—No importa. Sé que tendría que sentirme bendecida por su atención —no todas mis hermanas comparten mi rencor—, pero no puedo evitar sentir que nos ha timado.

—Y, sin embargo, eres quien eres por él. Independiente. Reservada. Obstinada. Decidida...

Ella se rió, con una risa seca y seria.

—Ya lo sé. Me propongo evitar los errores de mi madre y, en cierto modo, me he convertido en mi padre... Da que pensar, ¿verdad?

Ethan le dio un achuchón.

—Sí.

—Para mí ha sido bueno encontrarte, Ethan.

—¿Ah, sí?

—Las cosas que he hecho contigo..., los sentimientos... Eso me ayuda...

—¿Sí?

—Ahora entiendo mejor a mi madre. A veces me ha resultado muy fácil condenarla, cuando yo nunca me había visto en la tesitura de tener que elegir.

Él le acarició el hombro y no tuvo valor para desear haberle proporcionado otras opciones. Pero ella no parecía arrepentirse de la decisión que había tomado.

—¿Cómo se llama tu madre? ¿Otra Mary?

—No, Moira —sonrió—. El llamarnos a todas «Mary» fue su modo

de expiar sus pecados; aunque lleva años sin entrar en una iglesia, es profundamente religiosa. Mary Francis, mi hermana mayor, pronunció sus votos hace dos años y es monja de las Hermanitas de los Pobres. Eso pareció consolar a mamá; se sintió como si hubiera correspondido con algo a la Iglesia.

—¿Tu hermana es una «hermana»?

—Sí. Ah, ya veo... Te hace sentir incómodo. Jay Mac tuvo la misma reacción al principio. Es protestante acérrimo y la idea de que una de sus hijas se hiciera monja le resultaba un poco desconcertante. Pero, en realidad, nunca tuvo voz ni voto en el asunto. Si yo te parezco obstinada, tendrías que conocer a Mary Francis. Es, en todo, una interlocutora tan franca como nuestro padre, y además lo hace con tanta calma que uno no se da cuenta de que lo han reprendido hasta que se oye a sí mismo ofrecer disculpas.

Pero ahora Ethan escuchaba sólo a medias. La mención de un nombre en concreto hacía casi imposible oír nada más.

—¿Jay Mac? —pregunten—. ¿Tu padre es John MacKenzie Worth?

Ella se sentó, al tiempo que metía las sábanas bajo los brazos y se cubría con ella los pechos; luego asintió y preguntó:

—¿Conoces a Jay Mac?

Ethan se incorporó de un tirón y se apoyó en el cabecero de la cama. «Conocerlo —pensó— ¡Si casi trabajo para él...!» Volvió a verse en el despacho de Logan Marshall, elaborando los detalles del plan con éste, Rivington y Cari Franklin. Jay Mac no estaba allí, pero se hallaba en el

centro del proyecto como accionista mayoritario de las Northeast Rail Lines; era el cliente a quien Franklin representaba en la reunión. Si Jay Mac no hubiera tenido que ausentarse por motivos personales, tal vez se habría representado a sí mismo. Ethan sólo pudo imaginar lo que habría sucedido si entonces hubiera irrumpido Michael.

—Sí sé quién es Jay Mac —dijo—. Desde luego, nunca lo he visto en persona.

—¿Nunca has robado nada suyo? —preguntó ella, taimada.

Él la miró con seriedad y dijo:

—Michael...

—Perdona. —Se inclinó hacia delante y lo besó en la boca—. Creo que sería una estupenda ironía sí lo hubieras hecho. Es que tiene bancos, ya sabes.

Ethan ignoró el comentario.

—Creía que Jay Mac tenía un hijo.

—Te refieres a Elliot. Es el sobrino de papá, el hijo de su hermano.

—¿Y la señora Worth?

—¿Nina? No forma parte de nuestras vidas, al menos no directamente. A veces me da pena, y luego me siento culpable por tener ese sentimiento. No tiene hijos y llena su vida haciendo buenas obras. Jay Mac rara vez habla de ella con nosotras, pero siempre sentimos su mano cuando él se prepara para marcharse.

—¿Por qué no has dicho antes quién era tu padre?

—Tampoco he dicho quién era mi madre. No me parece que

importe en absoluto.

—Jay Mac es capaz de volver el país del revés buscándote.

—Ya te dije que mi familia intentaría encontrarme. Tú me aseguraste que sólo descubrirían que había muerto.

—Jay Mac no es el tipo de persona que se detiene si no se da con un cuerpo.

—Veo que su reputación llega lejos.

Ethan se preguntó si Logan Marshall y los demás tendrían éxito a la hora de contenerlo. La intromisión de Jay Mac en aquel momento no haría sino complicarle las cosas a su hija.

—Sólo desearía que lo hubieras mencionado antes —dijo.

—¿Cuando me fiaba de ti? Me parece que no. Tú sabes lo que harían los otros si averiguaran que Jay Mac era mi padre; le exigirían dinero, y mi cuerpo seguiría sin encontrarse jamás.

Él tendió las manos y la estrechó fuerte. El estremecimiento de Michael al decir aquellas palabras pasó a él; lo absorbió y sintió que el temor de ella tocaba el suyo. El dinero, el poder y las influencias de John MacKenzie Worth no la protegían en Madison. Sólo él, Ethan, podía hacerlo.

—No dejaré que te ocurra nada —dijo.

—Ya lo sé. Y me parece que siempre lo he sabido.

—¿Incluso cuando te amenazaba?

—Bueno, entonces quizá no, al menos de forma consciente. Pero, en cierto modo, siempre he tenido presente la sensación de que me eras

conocido. Es probable que eso me hiciera sentirme más segura de lo que correspondía.

Entonces ella le besó el hombro, y luego sus labios se deslizaron por el borde de su clavícula. Le besó el cuello y la garganta, y después su boca bajó más, por el pecho, entre las tetillas, y jugueteó con los dientes y con la lengua como él le había hecho a ella. Él observó cómo trazaba un sendero por su vientre mientras hundía las manos bajo el edredón para acariciarle los muslos. Entonces se separó del cabecero y se tendió de espaldas. Michael se movió con él, deslizándose por su cuerpo para tumbarse encima.

—Me gusta —susurró ella junto a su piel.

—Y a mí también.

Su cabello era una hermosa catarata de rizos que le enmarcaba la cara. Le rozó el abdomen y luego los muslos.

Mientras ella seguía bajando. La primera caricia íntima, titubeante, de la boca de Michael le hizo pensar que se saldría de su piel, y tensó los dedos en su cabello al tiempo que la animaba con voz ronca. Ella lo puso caliente y duro; incluso sin preguntar, parecía saber lo que deseaba, lo que le daría más placer. Ninguna mujer había hecho por él lo que ella estaba haciendo, al menos sin cobrar.

—Tengo que tomarte ya —dijo, ansioso, alzándola—, o no podré...

—Da igual.

—No. Quiero darte placer.

Ella empezó a moverse para echarse a su lado, pero él la detuvo,

sosteniéndola con firmeza por las caderas, y le dijo:

—No, así no. Así. Quiero que estés así.

Sus ojos de esmeralda se oscurecieron al mirarle el rostro. Entonces levantó las caderas y cuando bajó sobre su vientre, se llenó de él, y él fue parte de ella. Él se entregó a su ritmo y a su control, y le pareció la rendición más dulce que jamás había conocido. Sus manos le acariciaron los pechos, y las manos de ella volaron hasta su abdomen; sus músculos ondularon bajo la caricia. Ella se meció más rápido mientras su propio placer empezaba a aumentar, y cabalgó su cresta como si hubieran sido aguas bravas y espumosas. Él se arqueó debajo, y entró bien una última vez mientras ella se derrumbaba sobre su pecho. Michael reía a golpes; se había quedado sin aliento de pasión y placer, y repartía besitos por su cara y su cuello.

—Oh, Ethan —dijo suspirando—. ¿Debería disfrutar tanto con esto?

—Sí —dijo él—. Siempre.

«Pero siempre conmigo —quiso decir—. Y sólo conmigo...» Dejó que ella se levantara deslizándose, y después subió la sábana, que se le había enredado en las piernas, para taparse ambos. Fuera, el crepúsculo se había acentuado. La oscuridad se adueñaba de la habitación, y Ethan encendió la lámpara que había en la mesita de noche. Su estómago dio un gruñido.

—Traeré algo de comer —dijo ella, empezando a levantarse.

—Sólo si vas a traer algo para ti.

Michael le dio un golpecito con el dedo en el labio inferior y le

dirigió una gran sonrisa.

—¿Quieres decir que no necesitas que yo te sirva?

El impacto de su sonrisa pareció metérsele en el vientre y vaciarle los pulmones.

—¿Quieres decir que quieres hacerlo?

La sonrisa fue desvaneciéndose despacio y se volvió algo melancólica antes de desaparecer.

—Los dos hemos cambiado un poco, ¿verdad?, y quizá esté bien que no haya futuro para nosotros. A lo mejor llegaría a gustarme hacer cosas para ti y dejar de hacerlas para mí misma. Lo más probable sería que eso empezara a molestarte; y que te molestara además que estuviese todo el día en casa con los niños, cantando y tocando el piano, haciendo labores y eso. Ahora piensas de modo un poco distinto, pero sospecho que al cabo de un tiempo todas esas cosas tan femeninas llegarían a crisparte los nervios.

Él se encogió al recordar que en cierta ocasión le había preguntado si alguna vez hacía algo femenino. Michael llevaba razón: los dos habían cambiado un poco.

—Sospecho que sería así —dijo al cabo de un instante.

Entonces le tomó la mano y le besó la punta de los dedos. Pensó que, dejando a un lado las tonterías, saber que Michael comprendía que no tenían futuro juntos debía hacerle sentir alivio... Pero descubrió que no.

—¿Qué te apetece de la cocina? —preguntó ella, sentándose.

Ethan tomó su ejemplo.

—No, mejor lo traigo yo porque si bajas, te sacarán al escenario. Tendré que apartar a empujones a diez hombres, tirar de ti escaleras arriba dando el espectáculo, y todavía acabaré sin cenar. Me parece menos complicado ir a por la cena yo mismo.

—Bueno, pues ya que lo planteas...

Esta vez fue Michael la que se interrumpió al oír que llamaban a la puerta.

—Michael sigue ocupada, Carmen —dijo Ethan—. No te gastes los nudillos.

La risilla que se oyó al otro lado de la puerta no pertenecía a una de las chicas de Dee.

—No soy Carmen, soy Obie —dijo éste, apoyándose en la puerta—. Y te busco a ti, no a Michael.

—Maldición —dijo Ethan en voz baja.

Salió de la cama y se puso los vaqueros. Detrás de él, Michael se metió bajo la ropa de cama. Él le lanzó el vestido y se aseguró de que lo tuviera puesto antes de desenganchar la aldabilla. Cuando abrió la puerta, Obie estuvo a punto de caerse dentro de la habitación.

—Podías haberme avisado —refunfuñó, mientras enderezaba su larguirucho cuerpo y saludaba inclinando el sombrero hacia Michael, que estaba sentada en la cama.

Ella le devolvió una sonrisa apagada, un poco cohibida por su presencia.

—No deberías andar por ahí con la oreja pegada a los asuntos de otras personas.

Obie no había pretendido oír nada; pese a ello, un sentimiento de culpabilidad lo hizo ruborizarse.

—Yo no estaba..., es decir, yo no...

—Venga. ¿Qué quieres? —dijo Ethan.

Incómodo, Obie miró a Michael y luego se dirigió a Ethan.

—Houston ha dicho que te diga que hay un... una partida de póquer en los aposentos de Dee esta noche. Quiere que vayas.

—¿Una partida de póquer?

Ethan tuvo que reconocer que estaba un poco aturdido; si no, habría entendido la significativa mirada que Obie le había lanzado antes y que volvía a lanzarle en aquel momento.

—Ah, una partida de póquer. Ya entiendo. Allí estaré. —Empezó a cerrar la puerta, mientras lo empujaba con suavidad hacia el vestíbulo—. ¿A qué hora?

—A las siete y media.

Ethan frunció el ceño.

—Deben de ser casi.

Obie asintió.

—Tienes poco menos de una hora.

—De acuerdo. Hasta entonces. —Cerró la puerta y luego se dirigió a Michael—. Bueno, no hay más que decir. Tendremos que bajar los dos a la cocina si queremos cenar algo; no queda tiempo para que vaya y la traiga

aquí arriba.

—¿Por qué tienes que ir a esa partida de póquer? ¿Y por qué se juega en las habitaciones de Dee, cuando se juega igual de bien en el saloon?

—Es que entonces tendríamos gente que querría unirse o, al menos, mirar. Es una partida especial, privada. No se admiten extraños.

—Ah —dijo ella—. Ya veo.

Aquello no tenía nada que ver con el póquer; se trataba de un robo.

—Entonces supongo que yo no puedo jugar.

—Desde luego que no.

Él se inclinó para recoger la ropa del suelo; se colgó al brazo la suya y echó la de ella sobre la cama. Con una amplia sonrisa le dijo:

—Otra vez será. Eres una jugadora de póquer muy buena, ¿eh? ¿Quién te enseñó?

—Mi padre.

Lo sabía. Que John MacKenzie Worth lo enseñara a uno a jugar al póquer resultaba increíble.

—¿Y tus hermanas saben también?

La cabeza de Michael asomó por el cuello de su enagua; tiró de la cintura.

—Claro. Todas jugábamos juntas.

—No me digas que Mary Francis era la mejor.

Michael inclinó la cabeza y se concentró en los cordones del corsé.

—¿Y bien? —preguntó él.

—Me has dicho que no te lo dijera —dijo ella con sonrisa traviesa—. Lo cierto es que Mary Francis es la mejor casi en todo: canta como un pájaro y toca el piano con tanta dulzura que se te saltan las lágrimas. Y fíjate, no es que sea bonita, Mary Francis, no... Es preciosa. Y además, amable y lista como una ardilla.

—¿Entonces por qué...?

Ethan dejó que su voz se desvaneciera y no formuló su pregunta. Michael la terminó por él.

—¿Por qué se ha metido a monja? Porque, ya te digo, es la mejor en todo. Dios la ha querido más. No fue una opción: fue una llamada. —Sonrió con dulzura al ver que él intentaba resolver el dilema—. Lo entenderías si la conocieras.

Y Ethan aceptó sus palabras porque sabía que nunca conocería a su hermana. Se metió en una camisa limpia, y luego se sentó en el sillón de orejas para ponerse los calcetines y las botas.

—Antes de ir a sentarme a una mesa con Houston, querría escuchar una versión completa de lo que ha ocurrido entre vosotros esta tarde.

Michael dejó de alisarse las medias.

—Ya te he contado lo que recordaba.

Entonces se ajustó las ligas y tiró hacia abajo del dobladillo del vestido mientras se trasladaba hacia el borde de la cama. Después fue contando con los dedos.

—Me dijo que el motivo por el que te encontrabas en Nueva York durante la primavera en que en teoría nos conocimos era que estabas

robando bancos. —Por parte de Ethan no hubo desmentido ni confirmación—. Dijo que la mina iba a parecerme muy desagradable si tuviera que pasar algún tiempo en ella. —La única reacción fue que los ojos de Ethan se cerraron un poco—. Y también dijo que su padre había matado a su madre y se había dado muerte, pero que un periodista apretó el gatillo. Me parece que éstas son casi sus palabras exactas. ¿Sabes qué quería decir?

—Al padre de Houston lo acusaron de desfalco en el banco de su propiedad. Un periodista, que no estaba al tanto de todos los datos, aireó el caso y lo juzgó en los periódicos; por lo visto, su fuente de información resultó ser el auténtico malversador; pero mucho antes de que se celebrara el juicio, los Houston estaban deshonrados. Lo que Houston no te contó es que su padre también le disparó a él. Me parece que tenía diez años. Le atravesó el hombro, y él se desmayó; su padre creyó que estaba muerto, y precisamente eso fue lo que le salvó la vida. El drama y el escándalo también salieron en los periódicos. A Houston le costó años reconstruir lo que había ocurrido y por eso no siente ningún aprecio por el cuarto poder.

—¿Todo eso te lo ha contado él?

—Parte; otra parte la he descubierto yo. Me gusta saber para quién trabajo. —Se levantó y se remetió la camisa por dentro de los pantalones —. Pero no me refería a eso. Creo que Houston ha hecho más que amenazarte. Venga, ¿qué ha pasado?

Ella se acercó a la cómoda y empezó a peinarse el cabello y a

recogérselo con cuidado.

—No sé qué quieres decir.

—No disimules Michael. Sé... Espera; ¿te dijo Houston que no me contaras nada? —El silencio de ella la traicionó—. Veo que sí. Mira, ya me has contado lo que dijo; ¿por qué no me cuentas lo que hizo?

—No ha sido nada.

Se acercó a ella por detrás, le puso las manos sobre los hombros y la miró a los ojos por el espejo.

—Entonces, ¿por qué estás temblando?

Michael no supo que lo hacía hasta que miró con atención su propio reflejo. Entonces acabó de ponerse las horquillas y bajó las manos a los costados, mientras se echaba atrás y se apoyaba en Ethan.

—Durante la ida se mostró atento —dijo con un impersonal hilo de voz—. No cambió hasta que llegamos a las minas. Al principio fueron sólo sus palabras las que amenazaron; después fueron sus manos.

—¿Te pegó?

Ella hizo un gesto negativo.

—Me las puso encima. Me tocó. Me... me besó.

—¿Tú querías que lo hiciera?

Se apartó bruscamente de él, herida en lo más hondo por su pregunta. Huyó al sillón orejero y se sentó.

—¿Cómo puedes decir eso?

—No era una afirmación, sino una pregunta. Tengo que saberlo, Michael. Te marchaste con él por tu propia voluntad.

—Eso no quiere decir que quisiera que me tocase.

Ethan se sentó en el escabel y se inclinó hacia delante, con los antebrazos en las rodillas.

—¿Qué más ocurrió?

—Nada. Sólo me besó..., y me tocó. No sé si pretendía hacer algo más. Entonces llegó Obie con el mensaje.

—¿Te ha asustado lo suficiente como para que no te acerques más a él?

Michael afirmó con la cabeza, y Ethan se quedó callado. Sentía una rabia tan intensa que lo quemaba, pero se la tragó porque ella no debía verla.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

Los ojos de Ethan le parecieron muy fríos; la quemaban con su frialdad. Entonces él se levantó y se amarró el cinto; cuando oyó un grito sofocado se dio cuenta de lo que Michael había deducido de aquel gesto.

—No te preocupes, siempre lo llevo en el piso de abajo Michael. En cuanto a Houston, no voy a hacer nada —«todavía», añadió en su mente —. Voy a jugar unas cuantas manos de póquer y a beber unas cuantas cervezas. Nada más. Lamento lo que te ha pasado hoy en las minas, pero no la lección que te ha dado.

Michael no dijo nada. Se puso de pie y salió delante cuando él le abrió la puerta. Luego comieron en silencio en la cocina, relativamente tranquilos, mientras las chicas entraban y salían sin prisas, atendiendo a los clientes.

—Quizá vale más que eche una mano en el saloon —dijo ella al dejar los platos en la pila de fregar; luego sacó agua con la bomba y los puso a remojar—. No creo que pueda aguantar arriba sola esta noche; de todos modos, necesitarán ayuda si Dee va a estar con vosotros.

—Sí que estará —confirmó el.

—De acuerdo entonces. Está decidido.

Oyó el arrastrar de la silla de Ethan en el suelo y después lo sintió justo detrás. Sus manos le rozaron con suavidad la cintura; entonces él se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla. Era un gesto que Michael había visto hacer a su padre con su madre al menos un centenar de veces; esbozó una débil sonrisa y cerró los ojos.

—¿Estarás bien? —una mínima inflexión final convirtió la frase en una pregunta.

—Sí. Ve a jugar al póquer.

Sintió que apartaba las manos despacio, de mala gana... Y luego se marchó.

Ethan fue el último en entrar en el comedor particular de Detra. Todos los demás estaban ya sentados en torno a la gran mesa de roble y saludaron su llegada. Tras cerrar la puerta, cogió la silla vacía que había entre Jake y Obie. Ben Simpson barajaba con gesto distraído unas cartas, sin intención de repartirlas. Happy tenía un trozo de tabaco de mascar bajo el labio y una escupidera junto a su silla; sin apartar los ojos de las manos de su hermanastro, escupió y acertó en la escupidera. Detra le

dedicó una mirada hosca y murmuró algo sobre sus alfombras. Houston estaba arrellanado en su silla, con las piernas extendidas bajo la mesa. Sus negros ojos no se habían apartado de la cara de Ethan desde que éste había entrado en la habitación.

—Me parece que podemos empezar —dijo—. Ben, reparte una mano. Obie ha dicho que era una partida de póquer, así que más vale que hagamos como si lo fuera. Poned algo de dinero, chicos.

Pusieron dinero en el centro de la mesa y repartieron las cartas; al lado de cada hombre quedaron unos cuantos billetes y monedas, junto a las cartas.

—Michael no vendrá por aquí —dijo Ethan—. Esta noche trabaja en la parte de delante.

—Más vale prevenir... —Houston no se molestó en terminar el refrán—. Hoy me ha llegado un telegrama, en clave, por supuesto. Nos dicen que tomemos el número 486, que va a Cheyenne. A Cooper le gustaría que fuera la semana del veinte; a finales de mes tiene negocios en San Francisco e irá en el tren que va al oeste.

Jake soltó un silbido.

—¿He oído bien? ¿Quiere que asaltemos el tren donde va él?

Ben se encogió de hombros.

—Pues tiene sentido. Houston había prometido que algún día lo conoceríamos. El mejor momento es cuando lo desplumemos.

Houston hizo un gesto afirmativo.

—Y también habrá un envío de plata procedente de las minas de

Salima; no tanto como lo que cogimos la última vez, pero bastante para que merezca la pena arriesgarse.

—¿Cuánto calculas? —preguntó Happy.

—Treinta o cuarenta mil. —Hubo un murmullo en torno a la mesa —. En las mismas condiciones, claro. Nos dividimos el sesenta por ciento, y el cuarenta por ciento vuelve a él.

Obie dejó de tamborilear con los dedos en la mesa y frunció un poco el ceño.

—¿Pasa algo, Obie? —preguntó Houston— ¿Tienes alguna objeción?

Obie se lo pensó unos instantes antes de hablar.

—Bueno —dijo—, en cierto modo no me parece bien. El riesgo es siempre nuestro. Y da la impresión de que el cuarenta por ciento es mucho como pago por la información, cuando podríamos elegir los trenes nosotros mismos.

No fue Houston quien respondió, sino Ethan.

—Nunca tendríamos el mismo éxito, y el riesgo sería mucho mayor. Por lo general, gracias a Cooper, sabemos cuánto dinero irá en el tren, cuántos hombres lo vigilan, a quién podemos encontrar... Para nosotros sería muy difícil averiguar esa clase de cosas sin levantar sospechas. Mi vida vale mi parte de ese cuarenta por ciento.

Ben asintió.

—Es cierto eso que dices, pero la última vez echó a perder las cosas. Tenía que habernos advertido lo de los vagones del *Chronicle.*

—Por eso vamos a vernos con él esta vez —dijo Houston—. Happy,

tú le cuentas lo que ocurrió con el *Chronicle.* Cooper sólo sabe lo que ha leído en los periódicos. Obie, tú le cuentas lo que piensas sobre su cuarenta por ciento; quizá podamos negociar algo más favorable.

Obie se quedó indeciso al principio y miró alrededor de la mesa para ver si contaba con respaldo. Por fin afirmó:

—Sí que lo haré.

Houston sonrió.

—Bien.

—Sólo quedan diez días para el veinte —dijo Happy—. No hay mucho tiempo para hacer planes. Cogimos el número 349 cuando nos pareció bien. Cooper no nos lo mandó entonces.

—Me parece que esta vez es distinto —dijo Ethan—. Sé que llevo con vosotros sólo desde el numero 349, y que me admitisteis por la caja fuerte, pero hubo.., ¿Cuántos?... ¿Cinco, seis trenes, detuvisteis antes de que me uniera a vosotros?

—Seis —dijo Happy—. A menos que no cuentes lo de Séneca Valley. Obie no lo hace. Allí fue donde se disparó él solo en el pie.

Ethan esperó a que las risas cesaran.

—Adonde quiero llegar es a que Cooper os ha facilitado mucha información. Dependiendo de quién sea, de cuál sea su puesto, a lo mejor empiezan a sospechar de él. Y si es así, yo haría igual en su lugar. Invitaros a que me robaseis.

—Lo mismo se me había ocurrido a mí —dijo Houston—. Tiene sentido. Si pretendemos continuar como hasta ahora, este robo es crucial;

tenemos que hacerlo para dejar libre de sospechas a nuestra fuente de información.

Ben cogió la baraja de cartas y pasó el pulgar por ellas,

—A mí me parece bien.

Happy escupió.

—A mí también. ¿Alguien tiene alguna idea? ¿Detra? Siempre nos das una o dos buenas.

Detra dejó de dar vueltas a un mechón de su cabello cuando todos los ojos se dirigieron a ella.

—No he tenido mucho más tiempo que vosotros para pensar en esto... No veo cómo podemos utilizar el mismo ardid de la última vez para que salgáis todos juntos de la ciudad.

—No podemos —dijo Houston, poniendo punto final a toda consideración en aquel sentido.

—Sin embargo, podéis salir por separado —dijo ella—. En distintos momentos, y por causas distintas. Quizá con un intervalo de unos días. Tú tienes un horario del tren, ¿no, Houston?

—Jake ha conseguido el más reciente esta tarde, justo después de recoger el telegrama.

—Aún tenemos que escoger un lugar para hacernos con él; eso decidirá el momento. Y necesitaremos confirmación de Cooper de que en realidad va allí.

Houston negó con la cabeza.

—No puedo comunicarme con él, ya lo sabes.

Ethan se frotó el dorso del cuello.

—Ha dicho el 486. Tendremos que confiar en que sea el correcto y en que no cambien el horario.

Desde el principio la identidad de Cooper había sido un motivo de frustración para Ethan. Por su culpa no pudo marcharse después del robo del 349, y por él no bastaba, sencillamente, con prender a Houston y a los demás con las manos en la masa. Necesitaba al hombre que les pasaba la información, el que hacía posible que asaltaran los trenes. Ethan apostaba porque fuera un controlador del ferrocarril o alguien de la oficina de la Wells Fargo que conocía los envíos de oro, plata y las nóminas, pero hasta entonces no se había descubierto a ningún Cooper que trabajara en ninguno de los dos sitios. En el fondo, se lo temía. Cooper no era su nombre auténtico.

—¿Qué se te ocurre, Dee, sobre cómo podríamos salir en momentos distintos?

—No es que lo haya pensado bien, ¿eh? —dijo ella—, pero una posibilidad es que Ben y Happy vayan a explorar juntos. Happy siempre está hablando de encontrar otra vez oro; como la última vez se «perdió», se llevará a Ben consigo por seguridad, y así explicaremos las mulas y los víveres que necesitaréis. En cuanto a Obie, puede ir a Stillwater en mi nombre. Estoy esperando unas cosas que he pedido a Chicago.

—¿Y yo? —preguntó Jake.

—Si llegara un telegrama para la oficina del sheriff indicando que se investiguen ciertas pistas sobre el robo del 349, tú y Houston podríais

marcharos unos días. —Los ojos color azul oscuro de Dee se posaron en Ethan—. Pero no estoy segura de qué hacer contigo.

—Y yo no estoy seguro de qué hacer con Michael —dijo él.

Houston se inclinó hacia delante en su silla y cruzó los brazos sobre la mesa.

—Yo sí. Se queda aquí escondida. No confío en tu esposa, y no tomará parte en nada de esto.

En ese momento Happy se levantó y se desperezó.

—Me da la impresión de que tendremos un poco de debate sobre esa damita. Esperad hasta que vuelva del retrete.

Se dirigió a la puerta y, al abrirla para salir del comedor, Michael entró dando traspiés, llevando una bandeja con vasos en una mano y una jarra de cerveza en la otra. Recuperó el equilibrio y levantó la vista, sintiendo los ojos de todos clavados en ella. Su sonrisa vaciló.

—Kitty acaba de abrir un barril. ¿Una ronda?

Su alegre pregunta fue recibida por un silencio glacial.

Capítulo 10

—Cierra la puerta, Happy —dijo Houston—. Y toma asiento. Tu excursión tendrá que esperar.

Happy acató la orden. Cogió la bandeja de Michael y la puso en la mesa; luego le dijo:

—Tú también deberías tomar asiento.

Sólo había una silla libre en la habitación, junto a la pared; Happy la apartó de allí y la situó justo al lado de Houston. Michael se quedó mirando la jarra de cerveza que llevaba en la mano, maravillada de que no se le derramase, pues le parecía sentir los temblores de la malaria. Despacio, se sentó en la silla que Happy le había ofrecido y dejó la jarra.

—Me parece que no entiendo—dijo—. Sólo traía la cerveza. Me lo ha dicho Kitty.

—Entonces, ¿por qué tenías la oreja pegada a la puerta? —preguntó Ben.

Michael se enfrentó directamente a su acusador.

—Ya quisiera verte a ti abrir la puerta llevando una bandeja con vasos y una jarra. Intentaba girar el picaporte con el codo.

—Podías haber llamado —dijo Jake.

—¿Con qué? ¿Con la cabeza?

Echó una ojeada en torno a la mesa. A nadie le había hecho gracia el comentario.

—Sí que he llamado a la puerta, a ésta y a la de fuera, con el pie, Pero nadie ha contestado ninguna de las dos veces.

—Nadie ha oído nada —dijo Ethan.

—Eso no quiere decir que no lo haya hecho.

Recordó que ya habían tenido una discusión igual, sólo que ahora las tornas habían cambiado. Entonces se dirigió a otro de los asistentes.

—Obie, ¿vas a quedarte ahí fingiendo que no te ha pasado algo parecido? Justo esta tarde estuviste a punto de caerte de bruces cuando Ethan abrió la puerta. ¿Estabas escuchando? Según parece, es de lo que se me acusa.

—No. No escuchaba.

—Y eso que, créeme: lo que ocurría dentro de aquella habitación era mucho más interesante que una partida de póquer.

Ethan contuvo una sonrisa mientras las orejas de Obie se teñían de rojo. Vio que Ben y Jake sonreían y, por su parte, Happy le lanzó una mirada ladina. Nadie como Michael para cargar hacia delante en lugar de retirarse. Justo la estrategia que había que emplear.

Su explicación sólo dejó sin convencer a dos personas. Houston le tocó el brazo a Dee y le dijo:

—Ve a preguntarle a Kitty cuánto tiempo hace que la envió aquí con las bebidas.

Dee salió un momento, y entonces Houston se dirigió a Michael:

—Tomaré esa cerveza ahora.

Ella no dio señales de querer echársela por la cabeza y los sirvió a todos mientras esperaban el regreso de Dee. Cuando ésta volvió, se sentó otra vez y dijo:

—Kitty no está segura; sólo dice que no hace mucho. Allí delante tienen trabajo, de modo que Michael debería volver. La necesitan.

Michael recogió la jarra vacía y la bandeja, y se puso de pie, considerando que aquel comentario le daba permiso para retirarse, pero Houston le puso una mano en el antebrazo. Su contacto le puso los pelos de punta.

—La próxima vez, dile a Kitty que traiga ella las bebidas —dijo—. Tú te quedas delante. Iremos a comprobarlo de vez en cuando.

Cuando la soltó, Michael se puso la bandeja bajo el brazo y abandonó la habitación. Houston miró directamente a Ethan.

—Ella se queda aquí —repitió—. No me fío.

—Pero estaremos fuera unos días, ¿cómo la mantendréis callada?

—Dee pensará en algo.

Dee asintió, y Ethan comprendió que no había más que decir; por lo visto, antes de que él llegara a la mesa ya estaba todo decidido. En adelante, durante la mayor parte de la reunión, se quedó callado y sólo intervino cuando necesitaron su opinión sobre la caja fuerte, los explosivos o sobre cómo volar la vía del tren. Al final se acordó que haría el viaje a Stillwater con Obie con el pretexto de ir a por suministros para

la mina. Él era quien hacía las peticiones y el encargado de los explosivos, de modo que nadie haría preguntas.

Luego revisaron el horario y también algunos mapas detallados de la zona. Happy conocía bien las montañas, y aquello era de vital importancia pues les brindó rutas de huida que los apartarían de las líneas férreas y por donde sería difícil que los siguieran. La luna llena planteaba un problema, pero el tiempo siempre podría variar, y aunque era bastante seguro que hiciera frío, confiaron en que también estuviera nublado. La noche en cuestión el tren debía cruzar un puente de madera; optaron por detenerlo justo antes de que lo pasara. Después del asalto lo harían continuar, y luego cortarían toda posibilidad de persecución destruyendo el puente. Ethan pondría los explosivos el día anterior, mientras que Obie cortaría los hilos del telégrafo cuando el 486 estuviera bajando por la ladera de la montaña. Una hoguera avisaría al tren de que había problemas.

El procedimiento de abordaje sería parecido al del robo anterior, pero esta vez Ben y Ethan no irían como pasajeros y asaltarían el vagón del correo con el tren ya detenido. En el vagón sólo habría un guardia; por lo visto alguien había pensado que cuantos menos vigilantes hubiese, menos atención atraería el envío... Y tal vez habría funcionado de no ser por Cooper.

La reunión acabó poco después de las dos. Ethan recogió su dinero, que se había quedado sin tocar en el centro de la mesa, se lo metió en el bolsillo y salió detrás de Obie y Ben. Cuando regresó al cuarto, Michael

ya dormía. Se removió cuando se metió en la cama, y entonces él se puso de costado y se ajustó a su cuerpo. Uno de sus brazos se deslizó bajo la almohada de ella; aún tenía el pelo un poco húmedo de haberse bañado, y aspiró su fragancia.

—Ya has vuelto —dijo ella en voz baja.

—Sí.

La besó con suavidad en la parte de atrás del cuello y luego le rodeó el hombro con el brazo. Ella tomó su mano; sus dedos se entrelazaron.

—Creía que estabas durmiendo.

—Eso hacía. ¿Acabas de entrar?

—Hace unos minutos. Son más de las dos.

—¿Has ganado mucho?

—Me he quedado como estaba.

—Vaya por Dios.

—¿Cuánto tiempo estuviste escuchando en la puerta, Michael?

La pregunta la cogió de improviso. Era lo que pretendía. La sintió ponerse rígida a su lado e insistió antes de que tuviera tiempo de pensar.

—No llamaste, lo habría oído. ¿Cuánto tiempo estuviste escuchando?

—No mucho. Lo juro.

—Tienes suerte de que Kitty te echara un cable.

—No dijo más que la verdad.

—¿Qué oíste?

—Sólo voces. La mayor parte del tiempo ni siquiera distinguía quién

hablaba. Y, de todas formas, no trataba de hacerlo.

Él notó su nerviosismo mientras trataba de defenderse y le apretó los dedos.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. De acuerdo. No hablaremos más del asunto.

No era eso, precisamente, lo que Michael quería, así que esperó, con los ojos abiertos y mirando la oscuridad, confiando en que le dijera cuál iba a ser su destino. Houston había dicho que a Dee se le ocurriría algo... ¿Qué quiso decir...? Y, pensando, se quedó dormida.

Al cabo de una semana supo que, fuera lo que fuese, iba a ser pronto. Aquella mañana, al hacer el amor, se notaba cierta tensión; parte de la crispación de Ethan se reflejó en el modo de acariciarla, de abrazarla y de besarla. Ella lo sintió todo sin comprender hasta que él dejó la cama y empezó a vestirse. Fue entonces cuando se lo dijo.

—Me marcho esta tarde.

Mientras se afeitaba observó el reflejo de ella en el espejo. Tenía la piel húmeda, y el hueco de su garganta invitaba a darle otro beso... Otros besos.

—No quiero dejarte, pero lo cierto es que no hay elección.

—Tiene que ver con la reunión de la semana pasada, ¿verdad? —Estaba arrodillada en mitad de la cama, con la sábana envuelta en torno a ella—. Vais a hacer lo que quiera que planeaseis aquella noche.

Ethan sintió sus palabras acusadoras como si fueran agujas en la espalda. Dejó la navaja y se puso la camisa.

—Aquella noche jugué al póquer, ¿te acuerdas? Voy a Stillwater; tengo que recoger un pedido de suministros para la mina. Tardaré unos días.

—Happy y Ben llevan fuera desde el lunes —dijo ella-—. Hace dos días, Jake y Houston se llevaron a unos hombres en un pelotón; casi todos han vuelto, menos ellos dos.

—Ya has oído lo que han dicho: se separaron para buscar en los cañones. No tardarán en llegar.

—¿Más o menos cuando volváis todos, tú, Ben y Happy? ¿Y Obie? ¿O es que va a quedarse aquí para vigilarme?

—Eso lo hará Dee. Obie también tiene que ir a Stillwater, y no tiene sentido que vayamos cada uno por nuestro lado.

Así que era cierto: iba a dejarla con Dee. Casi se había convencido de que no los había oído bien aquella noche.

—¿Tendré que trabajar aquí? —preguntó, incrédula—. ¿Sin tu protección? ¿Qué te imaginas que pasará cuando te hayas ido? ¿Crees que Dee levantará un dedo para que no me aborden con propósitos deshonestos?

Ethan se volvió y se limpió el último rastro de espuma de la cara.

—Ni lo pienses siquiera. Dee no permitirá que te pase nada. Tendría que responder ante mí y, además, ante Houston, que a lo mejor no se fía de ti, pero aún te desea. Para Houston eres un enigma, y el que hayas conseguido no quedarte a solas con él desde la tarde de las minas no ha servido más que para abrirle el apetito.

—Pues si eso no se te ha pasado por alto a ti, estoy segura de que a Dee tampoco.

—Ya he hablado con Kitty. Ella te ayudará.

—Así que también se te ha ocurrido... ¿Y sigues decidido a dejarme?

—Baja la voz. No querrás que alguien oiga esta conversación.

—Me da igual —dijo ella en voz más alta; con un ademán impaciente, se echó atrás el pelo—. ¡Eso no está bien! ¿Qué ha sido de la protección que me prometiste? ¿Qué? ¿Cuánto vale tu palabra, Ethan? Mientras estáis roba...

El resto de la frase quedó amortiguada por la mano de él, que le tapó con firmeza la boca.

—Déjalo ya —susurró con aspereza—. No va a pasarte nada.

Aflojó la presión de la mano, y entonces, con dureza, Michael replicó:

—Cuando vuelvas no estaré aquí. ¡Me marcharé!

Ethan la agarró fuerte por los hombros y la empujó sobre la cama. Una vez allí, se inclinó sobre ella.

—Eso es lo peor que podrías hacer, quítate esa idea de la cabeza. Estarías haciendo lo que esperan que hagas. Escúchame, Michael: fuera de este saloon, nadie te detendrá. Quizá hasta puedas salir de Madison, pero no más allá. No conoces nada de estas montañas, no cabalgas bien y por esos caminos una calesa no llegará lejos antes de que se te rompa un eje. Si no te caes y te partes el cuello en algún angosto sendero, serás presa del frío y después, de los animales salvajes.

El panorama la hizo palidecer, pero el miedo la volvió temeraria.

—Pues entonces le contaré a alguien lo que está pasando, Te aseguro que lo haré, Ethan.

—¿Contarles qué? ¿Que me voy a Stillwater con Obie?

Entonces ella apartó la mirada y dijo con voz cansada:

—Deja que me levante, Ethan. Ya sabes que era una amenaza vana. No quiero que te maten.

—¿En serio? En tiempos querías verme colgado; incluso prometiste estar delante, aplaudiendo.

—Eso fue porque me impediste marcharme. Pero sé que no mataste a Drew. Sólo tendrás que pasar un tiempo en la cárcel por todo lo demás que has hecho.

—Ya veremos.

Se dobló para besarle la boca pero, en el último momento, ella se volvió y le ofreció la mejilla. Se levantó despacio, mirándola.

—Esta mañana tengo que ir a las minas, pero volveré antes de marchar a Stillwater para despedirme.

—No te molestes.

Él se encogió de hombros y empezó a salir; al llegar a la puerta, ella lo llamó:

—¡Ethan! Perdona. Sí que quiero que vuelvas para despedirte.

Con la mano en el picaporte, él se detuvo y la miró un largo instante; sus ojos exploraban, memorizaban... Luego, sin decir una palabra, se fue.

Durante toda la mañana y la primera hora de la tarde, Michael se preguntó si Ethan mantendría su promesa. Primero le resultó difícil concentrarse en los bailes que ensayaron y en hacer sus faenas. Después Lottie la mantuvo ocupada en la cocina hasta que quemó una empanada; entonces vagó sin rumbo, primero sacando melodías al piano y luego haciendo inventario en la barra. En el escenario, escondida entre bastidores, fumó cigarrillos hasta que Dee la pilló y le armó un jaleo por escaquearse y por fumar. Al fin, acabó en su cuarto, y allí la encontró él. Estaba sentada en la cama, con las piernas cruzadas y el cuaderno abierto sobre el regazo. Tenía un lápiz metido en el pelo, mascaba el cabo de otro y los lentes se sostenían en la punta de su nariz. En sus ojos había una expresión ausente, y sus facciones mostraban concentración.

Ethan supo entonces que dejarla era lo más difícil que había tenido que hacer jamás... Y lo siguiente, tener que drogarla. Abrió la puerta con el tacón de la bota y dejó la bandeja que llevaba en las manos.

—Cuando he llegado, Carmen preparaba chocolate a la taza. Me pareció que a lo mejor querías.

Con una amplia sonrisa, Michael cerró el cuaderno y lo puso a un lado, diciendo:

—¿Es una oferta de paz?

Él hizo un gesto afirmativo.

—No tenías por qué hacerlo —dijo ella—. Siento lo de esta mañana.

Soltó el lápiz, se levantó de la cama y se acercó a la mesa donde él estaba; le rodeó la cintura con los brazos y apretó, uniendo su mejilla a

su pecho.

—No quiero que te vayas, no voy a cambiar de opinión en eso. Pero sí quiero que regreses sano y salvo.

Él le frotó la espalda.

—Son sólo unos días, y sólo voy a Stillwater.

Su insistencia en la excusa, vio que eso indicaba respecto a su confianza en ella, la molestaron; entonces dio un pasito hacia atrás y alzó los ojos hacia él. No cambiaría de opinión. Lo veía en sus ojos implacables, duros como el pedernal.

—Vamos a tomar el chocolate —dijo—, antes de que se enfríe.

Ethan se quitó el gabán y el sombrero, los colgó donde solía poner el cinto y luego fue a sentarse en el sillón de orejas. Mientras tanto, Michael había acercado el escabel al sillón y se había sentado en él; ya tenía una taza en la mano.

—No —dijo Ethan—. Ésa es la mía, y la tuya es ésta. Está más dulce, como a ti te gusta.

Ella cambió las tazas.

—Gracias. —Sopló un poco, observando cómo se rizaba el chocolate, y luego tomó un sorbo con cuidado—. Está bueno... Y caliente.

—Lo que dije esta mañana, Michael, sobre que nada va a pasarte mientras esté fuera, lo dije en serio.

—Sé que lo dices en serio. Lo que no comprendo es cómo lo harás cumplir.

Ethan no respondió; en lugar de eso, la animó a tomarse el

chocolate. A Michael le divirtió su insistencia.

—Besos de chocolate... —dijo—. Eso es lo que tú quieres.

Él se inclinó hacia delante y le quitó los lentes; luego le sacó el lápiz del pelo. A Michael se le enrojecieron las mejillas al verlo, y él lo dejó en la mesa, comentando:

—No quiero sacarme un ojo.

Entonces ella levantó la cara. Su beso sabía dulce. Cuando se apartó, le preguntó:

—¿Obie está esperándote?

A él se le oscurecieron los ojos.

—Tenemos tiempo.

—Bien.

Michael se acabó casi toda su bebida y la dejó en la mesa. Entonces se trasladó del escabel al regazo de Ethan, tomó su taza y la dejó también.

—Besarte es una de mis ocupaciones favoritas —dijo.

—Me halagas.

Sonriendo, se arrimó al cuello de él. Sus brazos la rodearon, y con la barbilla le rozó la sien. La boca de ella encontró la suya, y se besaron despacio, a sorbos, saboreando. Se besaron largo tiempo, sin prisas, porque en aquel momento no era la pasión lo que ocupaba el centro de sus deseos, sino la intimidad. Él la abrazó, acariciándole el hombro y aprehendiendo con las palmas de las manos la curva de su espalda. Pronto la oyó suspirar, y entonces, mientras le besaba los ojos cerrados, la

ayudó a ponerse de pie, se levantó, la tomó en brazos y la llevó a la cama. Michael afirmó que podía caminar, pero no le hizo caso; no estaba tan seguro. Las gotas que Dee había puesto en su chocolate estaban haciendo efecto más rápido de lo que esperaba. Tenía que estar con ella hasta que se durmiera, asegurarse de que estaba bien; después se marcharía. Aquello lo desgarraría por dentro, pero lo haría.

—Creía que te gustaba besarme —susurró, echándose a su lado.

—Mmm. —Ella se movió soñolienta, sinuosa, junto a él—. Sí que me gusta. Muchísimo.

Los dedos de él jugaban entre su pelo, quitándole las horquillas y extendiéndolo sobre la almohada.

—¿Seguro?

Ella murmuró algo otra vez, buscando su boca, y él obedeció con un largo y lento beso. El último pensamiento que tuvo Michael antes de perder la conciencia fue que Ethan había prometido que no iba a pasarle nada.

Él le posó el dorso de la mano en la frente y luego, en la mejilla. Tenía la piel un poco caliente, justo como le había dicho Dee. Su respiración era fuerte y regular, y su pulso constante. Detra había hecho sólo lo que dijo que iba a hacer.

—Cuando vuelva, voy a sacarte de aquí —susurró—. Ya habré hecho todo lo que me proponía hacer.

Y algunas cosas más, pensó. Porque enamorarse nunca había formado parte de sus planes. Entonces tomó el gabán y el sombrero, salió de la habitación y la cerró con llave. Abajo, en el despacho, se la entregó

a Dee.

—Ha funcionado como dijiste, aunque un poco más rápido de lo que yo pensaba.

Detra se metió la llave en el bolsillo.

—Probablemente sea más sensible que otras personas. Reduciré la dosis.

—¿Estás segura de que no le hará daño?

—Ya lo has preguntado un centenar de veces, y la respuesta es la misma: es seguro del todo. Yo misma he usado esas gotas cuando tengo problemas con el sueño. El empleo repetido la hará sentirse cansada y aturdida, nada más, y así se lo explicaré a las otras. Mientras estés fuera, no saldrá de su habitación; es más seguro para todo el mundo.

Ethan se caló más el sombrero, y el ala dejó en sombra la dura mirada de sus ojos.

—Escúchame, Dee. Quiero estar seguro de que entiendes que no es culpa de Michael que Houston siga interesado en ella. Se ha desvivido por evitarlo. Debes de haberlo visto tú misma.

—¿Y qué?

—Que quiero que me garantices su seguridad mientras yo esté fuera. Si algo... cualquier cosa..., le pasa, responderás ante mí.

«Y haré que desees que te hubiera matado rápidamente...» No tuvo que decirlo. El titubeante paso que ella dio hacia atrás le hizo ver que le había leído el pensamiento,

—A menos que se caiga de la cama, no va a ocurrirle nada.

—Más vale que te asegures de que no le ocurra ni siquiera eso.

Dee rodeó la mesa, poniendo cierta distancia entre los dos.

—Lo cierto es que estás loco por ella, ¿verdad?

—Es posible —dijo él, alejándose—. Es posible.

Al despertar, Michael tenía la boca seca y sentía punzadas en las sienes. Le pesaba tanto la cabeza que apenas podía levantarla. Entonces se volvió de lado y abrió despacio los ojos. Kitty estaba sentada en el sillón orejero, con un bastidor de bordar en el regazo; cuando la oyó moverse, levantó la cabeza.

—Ah, estás despierta. Al no bajar para la cena, Dee me envió para ver qué te pasaba. Estábamos preocupadas. Tienes un poco de fiebre.

Se acercó a la cama y se sentó en el borde. Tocó la mejilla de Michael, y ésta notó los dedos fríos sobre la piel.

—¿Qué te duele?

—Nada. Todo —respondió Michael con un hilo de voz.

Tenía un sabor espantoso en la boca, un poco amargo. «El chocolate se ha agriado», pensó.

—¿Puedo tomar un vaso de agua?

—Tengo té aquí —dijo Kitty, que se levantó de un salto para ir a por él—. ¿Te apetece?

—Cualquier cosa.

Se tocó la garganta; parecía hinchada. Intentó incorporarse, pero Kitty tuvo que sostenerla; luego le ahuecó las almohadas para que

pudiera recostarse en el cabecero.

—¿Está mejor así? —Le dio el té—. Tiene una pastilla de limón; siempre es bueno para el dolor de garganta.

—¿Cómo sabías que me dolía la garganta?

—Tu voz parece un graznido. Ah, ¿te refieres a cómo tenía a mano las pastillas de limón? Dee mencionó que a lo mejor tenías un poco mal la garganta. Me parece que vino justo después de que Ethan se marchara.

Michael dio un sorbo al té. La verdad era que resultaba calmante.

—¿Qué hora es?

—Las seis pasadas.

—¡Las seis! Pero eso quiere decir que tengo...

—Calla. Te preocupas por nada: abajo se las arreglan muy bien sin ninguna de nosotras dos. Dee ayuda más de lo que suele, y eso no va a matarla. —Mostró los dientes en una amplia sonrisa—. Ralph Hooper ha estado preguntando por ti. Me parece que lo tienes coladito.

—Ralph es muy amable, pero creo que eres tú quien le gusta.

Kitty se ruborizó.

—Venga ya. Nunca va a mi cuarto.

—Pero ¿es que va al de otra? —Bebió un poco más de té para acabar con la aspereza de su garganta—. Sabes que no.

—Shhh, no hables tanto. Pero Ralph siempre está pidiéndote que bailes con él.

—Porque estoy con otro —susurró con voz ronca.

Dejó la taza en el regazo y dejó que Kitty se la llevase antes de que

se derramara.

—¿Quieres más? Puedo traerte otra cosa.

—No... nada. Me siento muy débil.

Sus ojos se cerraron; quiso tocarse la garganta otra vez, pero sus brazos parecían de plomo.

—Es tímido.

—¿Cómo?

—Ralph. Es tímido.

—Ah, ya volvemos, ¿no? Venga, échate otra vez. Estás más débil que el canijo de una carnada,

Michael esbozó una débil sonrisa mientras Kítty la mimaba.

—¿Quieres otra pastilla de limón? Dee le tiene mucha fe.

No se molestó en interpretar el murmullo de Michael como aceptación o protesta, sino que le metió en la boca la otra pastilla de limón que Detra le había dado.

—Así. Chúpala. Te sentará bien.

Doce horas después de salir de Stillwater, Ethan estaba colocando explosivos en el ojo del puente de madera sobre el río South Platte. Dos trenes lo cruzarían antes del que pretendían parar; justo después de medianoche pasaría el número 486. Aún había bastante claridad como para ver sin ayuda de un farol. Tenía mucho tiempo para hacer un trabajo minucioso.

En el pretil, Obie lo ayudaba pasándole la dinamita que él había

preparado antes. Sabía los puntos de tensión y cuáles eran las vigas que sostenían la mayor parte del peso. Un rápido examen del puente le hizo ver que lo habían construido deprisa; cierto que aguantaba los trenes, pero el peso no estaba distribuido tan equitativamente como debiera. Ethan supuso que cuando llegara el tren, toda la estructura vibraría como una cuerda de banjo. Al hacerlo volar les hacía un favor a todos: así se verían obligados a reconstruirlo, y quizá esta vez lo harían mejor.

Dispuso cinco mechas usando un cordón de seguridad minero, que ardía de manera uniforme aunque estuviera un poco húmedo. Después del robo quería darle tiempo suficiente al número 486 para que cruzara el puente antes de volarlo; y, asimismo, para que tanto él como los demás estuvieran a salvo de la deflagración.

Moviéndose con la agilidad y la gracia de una araña, Ethan ascendió desde el ojo hasta llegar al pretil.

—Con eso debería bastar —dijo a Obie—. ¿Está listo todo lo demás?

—A ti te ha tocado la parte difícil, pero nosotros no tenemos más que esperar. Happy ha montado un pequeño campamento allá sobre la loma. Ben dice que hay café recién hecho.

—Entonces vayamos para allá.

Los caballos subieron la pendiente rocosa con tanta seguridad como si fueran cabras montesas. Sólo tardaron diez minutos en reunirse con los otros. Para establecer el campamento, Happy había escogido un terreno llano, abrigado por unos pinos y una cresta de rocas. Los hombres estaban sentados en torno a la pequeña hoguera, y en una

sartencilla de hierro chisporroteaba el tocino; su aroma se olía noche cuando Ethan y Obie llegaron. Houston le alargó a Ethan una taza de café.

—Creo que cuando el tren se detenga por la hoguera, tú y Ben podéis bajar al techo del vagón del correo desde la loma. Lanzad un cartucho de dinamita por el respiradero de arriba; eso o hará salir al guardia o lo matará.

—¿Ben está de acuerdo? —preguntó Ethan.

—Yo no tengo problema.

Houston levantó el cuello de su gabán para protegerse del viento.

—¿Hay algún problema por tu parte, Stone?

—Ninguno.

—Bien.

Más tarde, cuando acabaron de cenar, Ethan se disculpó por no intervenir en la partida de cartas y dijo que iba a por el explosivo que necesitaría más tarde.

El tren número 486 sólo llevaba diez minutos de retraso sobre el horario establecido. En la cabina estaba Caleb French, dando golpecitos en la locomotora como era su costumbre y manteniendo ocupado al fogonero, que apaleaba carbón sin parar. Al ver la fogata que había en mitad de las vías, se arrepintió de la velocidad que le había impuesto a su poderosa locomotora. No creía poder pararla a tiempo.

Las ruedas del tren chirriaron contra los raíles cuando French tiró de

la palanca de marcha atrás. En aquel momento sabía que, en los vagones, los pasajeros salían despedidos de sus asientos y el equipaje caía al suelo. Sin mirar por las ventanillas, supo que aquel gemir de metal contra metal iba salpicando el suelo de grava y el balasto de chispas azules y blancas. El fogonero había encontrado un asa a la que aferrarse y se agarraba a ella con toda su fuerza; se imaginó que los revisores ya habrían caído de bruces, y que los guardafrenos se verían casi impotentes para ayudarlo. Caleb French sólo estaba seguro de una cosa: él y su fogonero no iban a saltar. Él se quedaría con su locomotora.

Ethan vio cómo se acercaba el número 486 y empezó a preguntarse si todos sus planes no quedarían en nada.

—Si ese tren no disminuye pronto la velocidad —dijo a Ben—, vamos a tener que despejar las vías.

—¡Estás loco!

—Puede ser, pero hemos venido a cometer un robo, no un asesinato en masa. Si no lo hacemos, se saldrá de la vía. ¿O es que se te olvida quién va en ese tren? Cooper también morirá.

—¡Coño! —murmuró Ben, observando con creciente interés el acelerado avance del número 486.

Caleb French creyó que había intervenido en un milagro cuando al fin consiguió detener al 486, sólo a treinta metros de la hoguera. En ese momento Jake Harrity entró en la cabina apuntando con su arma, y French supo que estaba a punto de pagar por las vidas que había salvado.

Sobre el techo del vagón del correo, Ethan y Ben se movieron con rapidez felina. Ben abrió de un tirón el respiradero, mientras Ethan prendía la mecha del cartucho de dinamita; luego gritaron una advertencia, se pusieron a cubierto en el techo del vagón adyacente y esperaron. La puerta lateral del vagón del correo se abrió casi al instante, y vieron que el guardia salía de un salto. Entonces Ethan se deslizó por la escalerilla lateral, saltó desde la plataforma del faldón trasero y agarró al vigilante antes de que pudiera orientarse. Le dio una fuerte bofetada en la mandíbula y dejó que cayera pesadamente al suelo; después lo desarmó, tiró la carabina bien lejos, fuera de su alcance, y por fin trepó hasta el vagón del correo. Ben se unió a él al cabo de un momento.

—¿Qué diablos le ha ocurrido a la explosión? Estaba seguro...

Ethan levantó el cartucho y fingió examinarlo.

—Mira, el envoltorio de parafina está agrietado; el explosivo debe de estar húmedo.

Se lo lanzó a Ben, que se apartó de un salto, y entonces soltó una risilla.

—Tranquilo, Ben. Así no hace daño.

Ben resopló y expresó su disgusto con un gruñido.

—Espero que hayas comprobado mejor el material del puente. Hemos tenido suerte de que el guardia se haya asustado.

Mientras se volvía para examinar la caja fuerte, Ethan se dijo que, en efecto, había sido afortunado. Él mismo había agrietado el sello de parafina y humedecido la mezcla explosiva de nitroglicerina y algodón

pólvora, contando con que, al ver un cartucho encendido, el guardia se atemorizaría lo suficiente como para saltar. En aquel momento se arrodilló ante la caja de caudales y empezó a sacarse cartuchos de los bolsillos del gabán.

—¿Sabes, Ben? Si hace mucho más frío, ese puente no va a explotar.

—¿De qué diablos hablas?

—La dinamita se congela a ocho grados... Y parece que ahora hace más frío.

—Un momento estupendo para contármelo. ¿Lo sabe Houston?

—Me parece que sí. Ya comentamos los asuntos relacionados con el tiempo, ¿te acuerdas?

—Pues date prisa.

—Estos cartuchos están bien; no te preocupes por la caja fuerte.

Ben trasladó el peso de su cuerpo de un pie al otro, como si aquel movimiento de impaciencia fuera a apresurar a Ethan; como con casi todo, a Ethan no había forma de meterle prisa. Primero forzó la rueda de la caja fuerte con una pequeña palanca de hierro, dejando una abertura de huso; entonces abrió un cartucho de dinamita y llenó el agujero con la carga: una mezcla de nitroglicerina, algodón, pólvora, resina y nitrato sódico. Luego buscó en el bolsillo la pastilla de jabón que había llevado; escupió en ella para que sirviera de adhesivo y pudiera pegar en ella el detonador. Después de colocar éste, Ethan dispuso la mecha, que extendió hasta un par de metros de la puerta de hierro.

—Deberías ir a por las mulas, Ben —dijo con voz tranquila.

Usando el farol que había dejado el vigilante, encendió una cerilla, la protegió y apagó el farol.

—Esto no va a tardar mucho.

Con un juramento, Ben saltó del vagón del correo. En ese instante Ethan prendió la mecha y unos segundos después saltó detrás. Dejó abierta unos centímetros la puerta lateral del vagón y en su cabeza fue contando los segundos. Cuando llegó la explosión, sólo Ben dio un salto. Entonces, con una amplia sonrisa, Ethan abrió la puerta, entró y examinó la caja fuerte. Había tenido la suerte de poner una carga bien equilibrada: los pernos de anclaje estaban girados, y la puerta había saltado. No hacían falta más cargas. El único daño que detectó en la caja fuerte fue un pequeño pandeo en la lámina delantera, donde había situado la carga.

—¡Joder! —dijo—. Échale un vistazo a esto.

Ben encendió el farol, pero no dedicó ni una mirada al trabajo de Ethan: sus ojos se llenaron con la visión de los lingotes de plata y los sacos de la nómina. Jake reaccionó de forma parecida cuando se unió a ellos y, trabajando a toda prisa, vaciaron la caja de caudales. Después Jake volvió a ajustarse el pañuelo alrededor de la cara.

—Vamos a ver a ese tal Cooper, y luego a salir pitando de aquí.

Caminaron por fuera del tren hasta llegar al vagón donde Houston les había dicho que se reunieran. Siguiendo con la teoría de que una máquina que tira de un número reducido de vagones llama menos la atención, el número 486 sólo tenía tres vagones de pasajeros, y el que

precedía al furgón de cola era un vagón privado. Ethan, Ben y Jake pasaron por debajo de las ventanillas de docenas de callados y resignados, por no decir asustados, viajeros, y entraron en él.

—¿Éstos son los demás? —preguntó Cooper a Houston.

Cooper estaba sentado en una gran butaca de cuero rojo, cuyos curvos brazos ribeteaban unas tachuelas de latón; repiqueteaba levemente en ellas con las puntas de las uñas, y ése era el único sonido que se oía en el vagón. Era un hombre grande; no alto, pero de complexión recia. Se insinuaba una ligera barriga donde su chaleco de hilos plateados se tensaba a la altura de la barriga. El cuello y las mandíbulas, que quizá podrían haber servido para indicar su edad y su estado de salud, las cubrían unas tupidas patillas y una barba. Tenía entradas en el pelo, y los extremos de sus grandes bigotes estaban muy encerados y rígidos.

La mirada de Ethan enjuició la ropa cara de Cooper, la cadena de oro del reloj, que colgaba de su chaleco, los lustrosos zapatos y las cuidadas uñas. «Éste no es ningún controlador de ruta», pensó. Ni tampoco un oficinista de segunda de la Wells Fargo. ¡Coño, si aquel hombre parecía el dueño de la Wells Fargo...! Sintió que Cooper le devolvía la mirada con unos ojos tan pálidos que resultaban casi incoloros. Supo que nunca los olvidaría.

—Éstos son los demás —dijo Houston—. Obie y Happy están terminando con los pasajeros, y ya han dicho su parecer a Cooper; no le interesa nada por debajo del cuarenta por ciento.

Entonces Ben miró a su alrededor, consideró el lujoso vagón y dijo

lo primero que le pasó por la cabeza.

—Pues no creo que un poco menos del cuarenta por ciento fuera a suponerle a usted nada.

Con sonora y profunda voz de barítono, Cooper repuso:

—Por el contrario. Tengo mucho más que perder. —Sonrió, y su cuidado bigote subió un poco—. Al parecer, ustedes querían que Houston les diera pruebas de que existo; ya ven que sí. Y mientras estén a la altura de la tarea, pueden estar seguros de mi ayuda. Tengo grandes planes para mi parte del dinero, caballeros.

En el brazo de la butaca había apoyado un bastón de ébano con puño de marfil; lo cogió, se lo cruzó en el regazo y acarició con gesto distraído la suave madera. Después se volvió a Houston.

—¿Me entregará mi dinero del mismo modo que siempre?

Houston afirmó con la cabeza.

—Ojalá pudiera llevárselo usted ya. Así me ahorraría un viaje a Denver.

Era el primer dato que Ethan conocía sobre cómo Cooper recuperaba su parte; probablemente se hiciera mediante una transferencia a través de un banco de Denver, y la cuenta no resultaría demasiado difícil de localizar.

—Pues, ya ve, lejos de darme el dinero, tendrá que quitarme algo —repuso Cooper.

Sin vacilar, entregó su reloj de oro y su cadena, y después se quitó del dedo meñique un anillo con una esmeralda.

—Tenga esto. Estoy seguro de que unos cuantos de los pasajeros recuerdan haberlo visto. No duden en volcar algunas cosas aquí dentro; así resultará más impresionante. —Su pálida mirada los abarcó a todos ellos—. ¡Ah! Y supongo que debería dar la impresión de haber peleado. Es mejor que todos crean que me he resistido.

—¿Está seguro? —preguntó Houston.

—Estoy seguro.

Entonces se puso de pie sin apoyarse apenas en el bastón, con lo que dejó claro que lo usaba por mera afectación, no porque lo necesitase. Houston avanzó hacia él, pero Ethan llegó primero.

—Permíteme —dijo; y antes de que Cooper pudiera abrir la boca para protestar, le dio un buen puñetazo en la mandíbula. Cayó como una piedra en la butaca color rojo sangre.

—Creo que se la has roto —dijo Jake.

Ethan se sacudió los dedos y masculló:

—Una mandíbula de cristal.

Houston se echó a reír.

—Apuesto a que nadie se lo había hecho nunca. Venga tenemos que poner en marcha un tren. Jake, llévate a Obie y a Happy. Vámonos.

Entonces sonaron los primeros disparos.

Jake saltó del vagón privado y se agachó, parapetándose en los caballos y las mulas. Ethan y Houston siguieron su ejemplo, y Ben se quedó lo suficiente como para tumbar varios muebles y apagar las lámparas.

—¿Qué diablos pasa? —susurró mientras se unía a los otros—. ¿De dónde han venido esos tiros?

Hablaba aún, cuando una bala zumbó sobre su cabeza. Se agachó un poco más.

—¿Te vale como respuesta? —preguntó Jake— Esas rocas de allá. Más o menos el mismo lugar donde estábamos acampados.

Houston le dio un codazo a Ben.

—Ben, tú y Jake buscad un camino por ahí, averiguad cuántos son e intentad cercarlos. Si podemos asustarlos y hacer que se vayan, estupendo. Si no, matadlos. Ethan y yo cogeremos a los otros.

Ethan siguió a Houston por entre los vagones hasta el lado protegido del tren. Mientras corrían hacia delante encontraron a Happy, que usaba las ruedas del tren como cobertura.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Houston.

Happy se encogió de hombros.

—Ni puta idea. Yo estaba aquí, a este extremo del vagón y veía a Obie en el otro. Demasiada maldita luz dentro de los vagones, eso es lo que ha pasado. Y entonces sonó un tiro, se rompió un cristal y Obie cayó al suelo. Creo que uno de los revisores cogió su arma, y yo salté. Tenemos que salir de aquí.

—Muy bien. Happy, quédate con las mulas. Voy a subir a la cabina para encargarme de encender la locomotora. Jake debe de haber despejado la vía. Ethan, ¿qué explosivos te quedan?

—Unos cuantos cartuchos y algo de pólvora negra.

—Entonces aprovéchalo. Mira a ver si puedes ayudar a Ben y a Jake a hacerlos salir hasta aquí abajo, al tren.

Ethan comprendió al instante.

—El tren va por encima del puente, y volamos el puente.

El trío se separó. Ethan rodeó el furgón de cola y siguió el camino que habían tomado Jake y Ben; en la oscuridad corría tanto peligro de recibir un tiro de éstos como de quien quiera que fuese su atacante. Era casi seguro que los tiros procedían de un pelotón de búsqueda, pero resultaba más difícil explicar cómo los habían localizado. En aquel instante, aunque Michael no hubiera estado en Madison dependiendo de su ayuda, Ethan ni pensó en rendirse. Había muy pocas probabilidades de que nadie se creyera que era un Marshall, y los árboles de por allí parecían lo bastante altos como para hacer un buen linchamiento. Así pues, su mejor alternativa o, a decir verdad, la única que tenía, era seguir el plan de Houston y confiar en Dios.

—Has tenido una barbaridad de suerte de que no te haya matado de un tiro —dijo Ben cuando se topó con él.

—Como si no lo supiera —susurró Ethan, amparándose en las rocas; Ben y Jake habían encontrado un lugar bien protegido en un terreno un poco más alto—. ¿Cuántos son?

—Cinco, que sepamos —dijo Jake—. Es dificilísimo verlos. Claro que ellos tienen el mismo problema con nosotros.

—Uno de ellos es buen tirador —dijo Ethan—. Happy dice que Obie se desplomó.

Los faroles del interior de los vagones permitían ver los movimientos de los pasajeros. Algunos andaban inquietos por los pasillos, pero la mayoría estaban sentados en sus asientos, con las caras pegadas a las ventanillas, mientras escudriñaban hacia fuera, buscando alguna señal de sus rescatadores o de un combate a tiros.

—Houston está poniendo en marcha la locomotora. Tenemos que hacer que se aproximen al tren.

—¿Alguna idea? —preguntó Ben.

Ethan se metió la mano en el bolsillo y sacó un cartucho.

—Varias —dijo.

—¡Coño! —gruñó Ben— Ten cuidado con eso, ¿quieres?

Tras ponerle al cartucho una mecha corta, Ethan le aplicó una cerilla y lo lanzó sobre la pendiente rocosa; se dio cuenta de que uno de los hombres que estaban debajo había visto la estela de luz y reconocía lo que era. Entonces se oyó un grito, y luego se oyeron carreras. La dinamita explotó. Fue más el ruido que el daño, pero eso no lo sabía nadie más que Ethan. En aquel momento, pensando que tenían la banda entera de ladrones tras ellos, el pelotón de búsqueda se apresuró a moverse en dirección al tren. Ben y Jake dispararon unos cuantos tiros, y contestaron, pero de forma desordenada y sin apuntar. Estaba claro que el grupo no sabía dónde estaba su presa.

Ethan preparó otro cartucho y lo mandó volando por encima de la loma. Entonces el pelotón se dispersó, a la carrera. Las luces de los vagones les iluminaban el camino a medida que se acercaban al tren.

—Justo donde los queremos —dijo Ethan.

Sacó del bolsillo el último cartucho, puso la mecha y esperó. En ese instante, Ben señaló a la locomotora y dijo:

—Maldición, mira eso. ¡Houston la está haciendo andar!

El número 486 se puso en marcha despacio, a sacudidas, peleándose con las vías. Cuando empezó a tomar velocidad, Ethan arrojó su último cartucho. La mecha era tan corta que explotó en el aire; a su luz vieron a cuatro hombres que buscaban refugio en el tren, y un quinto se unió a ellos segundos después.

Entonces Ethan se lanzó pendiente abajo, medio corriendo, medio resbalando. El tren se alejaba. Corrió detrás, dio un salto y durante unos centenares de metros fue agarrado a la parte trasera del furgón de cola. Luego saltó y confió en que Houston hubiera hecho lo mismo, porque ya era demasiado tarde. El tren atravesaba el puente de madera, y éste vibraba tanto como había sospechado. No tardó en encontrar las mechas, marcadas con el montículo de piedras que había dejado antes, y encendió una cerilla; prendieron en seguida, y ardieron a ritmo regular en dirección a los paquetes de dinamita colocados en las vigas del puente. Luego observó el avance del tren, como una voluminosa sombra algo más oscura que la noche circundante. El traqueteo de los vagones y la constante agitación de la locomotora fueron desvaneciéndose a medida que aumentó la distancia. Desde detrás, en las vías, oyó que Houston lo llamaba a gritos.

—Un minuto —dijo—. Quiero estar seguro de que...

Las explosiones, casi simultáneas, interrumpieron la frase.

—... explota —terminó de decir en medio de una lluvia de tierra y de maderas.

Al otro lado, el número 486 estaba a salvo. De pie en el borde del pretil, Ethan inspeccionó el daño que había causado e hizo un gesto negativo. «Me parece que no hacía demasiado frío...» Houston volvió a llamarlo; entonces se volvió y dijo:

—Voy.

Encontraron a Obie tumbado en el lado de la vía que daba al cañón, en el lugar adonde los pasajeros lo habían empujado después de que le dispararan; estaba inconsciente, no muerto. Entre Ethan y Houston lo sostuvieron, y después se dirigieron al escondite de los caballos, donde Ben esperaba con las mulas. Él los ayudó a amarrar a Obie en su silla y luego montó a su vez. Minutos más tarde se les unieron Jake y Happy. Cabalgaron con ánimo sombrío. En el aire no reinaba una sensación de victoria por haber escapado del grupo de búsqueda; sólo flotaba una pregunta; cómo los habían descubierto. Y en ese instante Happy dijo lo que todos, salvo Ethan, iban pensando.

—Tu mujer está detrás de esto, Ethan. Ella es el motivo por el que Obie ha recibido una bala, ¡coño!, y el motivo de que todos hayamos estado a punto de recibir otra.

—Estás loco, Happy. Michael no tiene nada que ver.

—Tú eres el único que no piensa a derechas —dijo Ben, adoptando la tesis de su hermano—. La noche que hacíamos los planes, la pillamos

escuchando a la puerta. No me creí que no oyera nada, y lo de esta noche demuestra que tenía razón.

—Michael no ha podido hacerlo —dijo Ethan—: lleva drogada desde que nos fuimos de Madison. Yo mismo le di la primera dosis para que a Dee le resultara fácil manejarla. No hay posibilidad de que se lo haya dicho a nadie, aunque supiera algo... que no es el caso.

Houston redujo la marcha de su caballo y dejó que Ethan se le acercara.

—Entonces, ¿tú qué crees que ha pasado?

—Lo que a mí me parece más lógico es que Cooper nos haya tendido una trampa.

—¿Cooper? —Por su tono estaba claro que Houston ni se lo había planteado—. ¿Por qué?

—No sé por qué; quizá no esté tan contento como parece con el arreglo que tiene con nosotros... O quizá sólo ha querido alejar toda sospecha de sí mismo, asegurándose de que nos mataban durante el robo.

Houston se quedó callado un buen rato, y los demás también se plantearon la posibilidad de una traición de Cooper.

—Vale la pena estudiar eso —dijo Houston.

Obie murió en el camino. Lo enterraron cerca de un pequeño pinar y cubrieron la tumba con pinaza. Estuvieron de acuerdo en que Kitty se quedara con la parte del robo que le habría correspondido; habría que inventar una historia para justificar su desaparición, y Kitty tendría que

corroborarla. El dinero que le ofrecieran sería menos una compensación por la pérdida de su hermano que un soborno por su colaboración. Nadie contaba con que fuera a haber problemas por su parte. Kitty era realista.

Regresaron a la ciudad por separado. Jake y Houston fueron primero a la cárcel y atendieron a los asuntos de la ciudad antes que los suyos. Ben y Happy tomaron las mulas y el dinero, y se dirigieron a su cabaña. A Ethan lo dejaron que volviera al saloon... Y que se lo contara a Kitty.

Ésta parecía saberlo. Al ver que entraba solo en el saloon y la buscaba, antes incluso de preguntar por Michael, supo lo que iba a contarle. Tomó el brazo que él le ofrecía y dejó que la llevara al despacho de Dee. Cuando Ethan cerró la puerta, Kitty pareció no poder sostenerse y se apoyó en ella. Entonces Detra, que estaba en sus aposentos, los oyó y entró en el despacho; los miró sucesivamente a los dos y luego preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¿Ha sido Houston?

Ethan le lanzó una mirada asesina. Su expresión se suavizó cuando volvió a mirar a Kitty.

—Lo siento, Kitty —dijo.

La ayudó a apartarse de la puerta y a sentarse en una butaca. Tuvo que sostenerla fuerte.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó con voz débil.

—Fue una emboscada.

Oyó que Dee contenía el aliento, pero no le prestó atención. Se

agachó junto a la butaca de Kitty, le tomó la mano y se la apretó.

—Obie estaba en el tren cuando ocurrió, y ninguno de nosotros pudo llegar hasta él. Los pasajeros lo tiraron del tren. Luego lo encontramos, le vendamos la herida y lo trajimos de vuelta. Pero había perdido mucha sangre, Kitty... No resistió todo el camino hasta Madison.

El aturdimiento robó toda expresión del rostro de Kitty. Con gesto ausente, se miró la mano que le tenía cogida Ethan, como si no hubiera conexión entre ella misma y la historia que él contaba.

—Lo enterramos en el camino de regreso; te llevaré allí alguna vez, si quieres. —Hizo una pausa—. Nadie de Madison puede saber cómo ha ocurrido, Kitty. Tú lo entiendes, ¿verdad? Tenemos que decirle a la gente que Obie...

Dee lo interrumpió.

—Maldita sea, Ethan. Éste no es momento de que inventéis una historia. ¿No ves que está conmocionada?

El frufrú de sus faldas la acompañó cuando rodeó la mesa y fue a colocarse justo detrás de muchacha. Entonces le puso una mano en el hombro.

—Ven conmigo, Kitty. Puedes echarte en mi dormitorio. No tienes por qué hablar con nadie de esto ahora mismo.

Kitty dejó que la sacaran de la butaca de un suave empujón. Los ojos azules oscuros de Dee se clavaron, airados, en los de Ethan.

—Volveré tan pronto Kitty esté tranquila. No vayas a ningún lado. Quiero hablar contigo. —Al ver que él levantaba un poco las cejas ante

su tono, Dee le dio el dato que le aseguraría su conformidad—. Es sobre Michael.

Cuando regresó, Ethan, sentado en el borde de la mesa, volvía con descuido las hojas de su libro mayor. Lo primero que Dee hizo fue cerrárselo sobre la mano.

—Nada de lo que hay ahí es asunto tuyo —dijo.

—No hacía más que pasar el tiempo, Dee.

Ella metió el libro de cuentas en el cajón de en medio de la mesa y lo cerró con llave. Luego, bajando la voz para que Kitty no la oyera, dijo:

—Sabía que pasaría esto. Si ha habido una emboscada, la zorra de tu esposa es quien tiene la culpa.

Ethan se puso de pie.

—¿Qué dices? Michael está aquí, ¿verdad?

—Está aquí ahora, pero hace unos días nos dio problemas.

—Era responsabilidad tuya cuidar de que eso no pasara. ¿Qué clase de problema iba a provocar Michael si estaba drogada?

—Desapareció durante unas horas, y no pudimos encontrarla. No me mires así, Ethan. A veces ocurre. Los polvos que le di no siempre tienen el mismo efecto sobre las personas. ¿Recuerdas lo rápido que se durmió la primera vez? Te dije que le reduciría la dosis y así lo hice; por lo visto, la reduje demasiado. Tardé en dar con la mezcla adecuada. —Detra paseó por la habitación mientras hablaba—. No es culpa mía que haya pasado nada de esto. Te dije desde el principio que no debías haberla traído aquí. Ella no es uno de los nuestros, Ethan, y no lo será

nunca. Sé que habló con alguien cuando estuvo fuera.

—¿Cómo lo sabes, Dee? ¿La viste?

—No, pero...

—¿Alguien te ha dicho algo?

—No, pe...

—¿Dónde ha estado mientras estaba fuera?

—No lo sé, pero...

—No quiero oír nada más —dijo Ethan—. Michael no nos ha traicionado.

Dee empezó a decir algo, pero sintió la dura mirada de Ethan fija en ella y se lo pensó mejor. Su boca se cerró de golpe.

—Ahora voy a ver a Michael. Más vale que hayas cuidado bien de ella, Dee.

Extendió la mano para que le diera la llave de su cuarto. Dee se la dio y lo vio marchar. Después, cuando la puerta se cerró tras él, dijo en voz baja:

—Esto no es el final. No es el final en absoluto.

A mediodía el saloon se encontraba tranquilo; sólo había una docena de clientes. Mientras subía la escalera, alguien lo llamó, pero Ethan fingió no oírlo; no tenía deseos de entablar una conversación sobre Obie o Kitty, ni sobre su excursión a Stillwater. En el silencioso vestíbulo sonó fuerte el rechinar de la llave. Luego empujó la puerta. Michael estaba tendida en mitad de la cama, con la cara pálida, los ojos cerrados y un color azulado en los labios. La piel del dorso de sus manos parecía

muy blanca, casi translúcida. Respiraba de forma superficial y silenciosa. Ethan echó el sombrero en el sillón de orejas mientras se acercaba a la cama; se zafó del gabán y lo echó a un lado también. Luego se sentó en el borde de la cama.

—¿Michael? —Le cogió una mano y la tomó entre las suyas; tenía la piel fría—. ¿Michael? Soy Ethan. He vuelto.

Observó cómo volvía la cabeza despacio hacia él; entonces esbozó una leve sonrisa y sus párpados se abrieron con esfuerzo. Sus ojos no enfocaban bien. En voz baja, dijo.

—Ethan.

Notó que él se movía, que se inclinaba para acercarse y oír lo que decía.

—Qué bien. No más drogas.

—No —dijo él—. No más drogas.

Le deslizó un brazo por debajo de los hombros y la ayudó a sentarse. Ella se inclinó pesadamente sobre él.

—Tenemos que salir esta noche de aquí, Michael. Es la hora.

—Hora —repitió ella, adormilada.

—Michael. ¿Entiendes lo que digo?

¿Cuánto le habría dado Dee...? Seguro que no hacía falta hacerle perder casi la conciencia.

—Michael: Dee dice que has ido a algún sitio mientras he estado fuera. ¿Has hablado con alguien? ¿Has visto a alguien?

La vio esforzarse por entender sus preguntas; ¿podía fiarse de su

respuesta...?

—Da igual. No importa. Vamos a irnos juntos.

En ese instante la puerta de la habitación se abrió de golpe. Houston y Jake estaban en el umbral, y Dee, justo detrás de ellos. Los hombres tenían un aspecto adusto; Detra sonreía satisfecha. Houston señaló con el mentón a Michael.

—Es preciso que hablemos de ella —dijo—. Dee dice que es la causante de que haya muerto Obie.

Capítulo 11

Se sentaron alrededor de la mesa del comedor de Dee, y, como por acuerdo tácito, cada uno cogió la misma silla que había ocupado cuando planearon el robo. La de Obie se dejó vacía; sirvió de recordatorio de la traición y de llama de su cólera. A Michael la hicieron sentarse junto a Houston, enfrente de Ethan.

—Esto es ridículo —dijo éste—. Miradla, apenas se sostiene sentada. No esperaréis que sea capaz de defenderse.

El cielo iba oscureciendo, y Happy miró por la ventana. Amenazaba tormenta. Unos centímetros de nieve cubrirían sus huellas, pero se preguntó si importaba. ¿Habría hecho Michael algo más que avisar del robo? ¿Los habría identificado ante la ley?

—No creo que importe mucho que no pueda defenderse —dijo. Luego echó una ojeada a la escupidera que tenía junto a la silla y escupió —. Te tiene a ti para que hables por ella, ¿no?

—Yo no he estado aquí —dijo Ethan— y vosotros tampoco. Me parece que tenemos la palabra de Dee y nada más.

—Mi palabra debería ser suficiente —dijo ella al tiempo que echaba una mirada en torno a la mesa—. Os digo que estuvo ausente unas

horas. Sé que la encerré con llave por la noche, pero de algún modo salió. Eran las tres de la madrugada cuando fui a darle una ojeada y vi que no estaba; y eran casi las seis cuando la pillé entrando a hurtadillas por la puerta trasera.

Michael se ciñó más el chal que llevaba sobre los hombros. Después se quedó mirando al regazo y movió despacio la cabeza en un gesto negativo.

—No es verdad —dijo en voz baja—. No es verdad. Nunca...

—¡Oh, por amor de Dios! —cortó Dee, levantando las manos— ¿Cómo puede negar que...?

Entonces Ethan dio un palmetazo en la mesa. Dee alzó la barbilla en señal de desafío, pero dejó de hablar.

—Deja que Michael termine, por lo menos —dijo—. Vamos a oír lo que tenga que decir.

Michael alzó la vista y miró a Houston, no a Ethan. Le costaba mucho hablar.

—Detra miente. No he salido de la habitación. No podía: me encontraba demasiado mal. Apenas recuerdo nada desde...

—¡Eso es! —dijo Detra en tono triunfante— ¿Veis? Ella misma dice que apenas se acuerda. Bueno, pues yo os digo que se fue. No sé con quién hablaría en su pequeña expedición, pero podéis estar seguros de que habló con alguien. Si no, no os habríais encontrado con un grupo de búsqueda.

Ethan echó atrás su silla.

—Eso es ridículo. Nos aseguraste que tus malditos polvos la mantendrían postrada en la cama durante todo el tiempo que durase nuestro viaje y ahora dices que no ha sido así.

—Fue un problema de cantidad —dijo Dee—. Cuando volvió, aumenté la dosis, y sólo esta mañana, cuando esperaba vuestro regreso, la he reducido otra vez. Vosotros mismos veis que se le están pasando los efectos; dentro de unas horas estará como si nunca hubiera tomado nada.

A Ethan le resultó difícil creerla. Michael hablaba de forma confusa, con una cadencia irregular. Aunque la había obligado a beberse tres tazas de café mientras esperaban a que Happy y Ben se reunieran con ellos, aún no se sostenía bien. A pesar de que negaba la acusación de Dee, no parecía entender la gravedad de su situación, y eso actuaba a favor de Dee.

—Michael dice que no ha sido así —dijo Ethan.

—¿Estás diciendo que Dee es una embustera? —dijo Ben.

—Lo que digo es que aquí hay algo que no está claro, incluso si Michael se marchó unas horas en mitad de la noche, ¿adonde fue? ¿Qué dijo?

Houston levantó la mano y lo interrumpió.

—Tú sabes que Michael sabe demasiado. La noche que preparamos el plan oyó nuestra conversación, de modo que tenía mucho que contar.

—Pero ¿a quién? —preguntó Ethan— ¿Quién diablos iba a escucharla?

—Ralph Hooper —dijo Dee—. ¿Por qué no? Es uno de sus favoritos. O Billy Sanders... El caso es que alguien no sólo la oyó, sino que la creyó. ¿No ves la prueba que tienes delante de la cara, Ethan?

—Aquí no hay prueba ninguna —contestó él.

—Ya he oído bastante —dijo Happy—. No es seguro tenerla por aquí. Lo he dicho desde el principio.

Michael intentó levantarse, pero Houston tiró de ella y le puso la mano sobre el antebrazo.

—Yo no me fui —repitió ella—. No, no me fui...

Sólo el silencio recibió sus palabras. Entonces Ethan se puso de pie y se acercó a la ventana. Con los brazos cruzados, apoyó la espalda contra los fríos vidrios y miró a los demás.

—Sigo diciendo que no hay pruebas —dijo al fin—. Y no podemos preguntarle a Billy ni a Ralph —ni a nadie más— sin traicionarnos. Yo creo que fue el mismo Cooper quien nos traicionó, no mi esposa.

Houston y Dee se miraron; a un leve movimiento de cabeza de él, Dee se levantó, salió de la habitación y regresó al cabo de menos de un minuto con media docena de periódicos bajo el brazo. Le dio uno a Ethan y dejó caer el resto sobre la mesa.

—Quizá estos números atrasados del *Chronicle* te convenzan, Ethan —dijo Houston—. Dee ha realizado una pequeña investigación por su cuenta y los ha recibido hace poco. Yo no estaba seguro; aún estaba dispuesto a conceder a Michael el beneficio de la duda. Pero no puedo ignorar esto.

Ethan desdobló el periódico.

—¿Qué tengo que buscar? —preguntó, sabiendo la respuesta—. Este número es de más de dos semanas antes del robo del 349.

—Exacto —dijo Houston—. Y me parece que hay un artículo en la esquina inferior derecha que resulta muy interesante.

Impaciente, Ethan repuso en tono jactancioso:

—Dime de una vez de qué diablos se trata. No tengo ganas de escuchar tus misterios.

Houston pasó los demás ejemplares a Ben, Happy y Jake, y de un empujón puso uno delante de Michael.

—Mira el nombre del reportero, Ethan —dijo—. Cada número tiene al menos una historia de ella, una historia que envió desde el vagón ambulante del *Chronicle.*

Jake encontró uno en su ejemplar y leyó con cierta dificultad:

—«La verdad de las llanuras, por Mary M. Dennehy.» ¿A esto te referías, Houston?

—Justo a eso. —Houston miró a Michael—. Es obra suya, ¿verdad?

Michael miró fijamente el artículo que él le señalaba y se preguntó qué esperaban que dijera. Al fin, dijo:

—Sí. Lo he escrito yo.

Después mantuvo suficiente presencia de ánimo como para mirar con aire apenado en dirección a Ethan.

—Perdona, Ethan. No podía decírtelo. Quería..., me daba miedo.

Él apenas daba crédito a lo que escuchaba: intentaba salvarlo... Su

expresión de sobresalto fue auténtica al decir:

—Michael, no creo que sea...

Ella apoyó la cabeza en las manos. Le dolían mucho los ojos, pero era un dolor físico, no emocional.

—Debía haber dicho algo... Decirte por qué estaba con el *Chronicle*... No pude... De verdad, no pude. Después de lo que le hiciste a Drew, no.

—Él no era su prometido —dijo Houston.

No era una pregunta; estaba satisfecho de saber al fin la verdad. Michael hizo un gesto negativo.

—Era un amigo. Un colega... Por favor, necesito tumbarme. No me siento bien. Creo que voy a vomitar.

Un conato de arcada los convenció a todos, y Dee se apresuró a llevarla fuera del comedor, hacia la diminuta cocina del apartamento.

—¿Y bien? —preguntó Houston, reclinándose en su silla— ¿Qué hay que hacer?

—¡Joder! —dijo Ben— Una periodista... Es una maldita periodista.

Happy tiró su periódico al centro de la mesa, indignado por la revelación.

—¿Cómo diablos te lo figuraste, Houston?

También Ethan quería saberlo; ojeó rápidamente el artículo y entonces descubrió la respuesta: el diario de Michael la había traicionado. Recordó lo que ella le había dicho, sobre que el modo de escribir era algo tan personal como la propia firma. Aquello era obra suya, y Houston, que había leído sus notas, lo había reconocido también.

Sólo a medias, escuchó lo que Houston les contaba a los otros.

—En realidad tenéis que agradecérselo a Dee —dijo, rematando su explicación—. Ella fue quien pidió los periódicos a Nueva York. Intuición femenina, supongo.

«O una mujer celosa», pensó Ethan; eso había impulsado a Dee a buscar información sobre Michael, y ahora él se enfrentaba con el problema de qué hacer... En ese momento Dee regresó al comedor.

—Está descansando en la mesa de la cocina.

—Jake, vigílala —ordenó Houston.

Jake dejó la mesa y fue a montar guardia a la puerta, entre las dos habitaciones.

—¿De verdad hace falta? —preguntó Ethan—. En su estado no va a ir a ningún sitio.

—Eso fue lo que pensamos antes —murmuró Happy—. Me parece que no conoces a tu mujer muy bien.

—Me mintió, lo mismo que os mintió a todos —dijo Ethan.

—¿Ah, sí? —preguntó Houston—. Eso he estado preguntándome.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Sólo que he estado pensando. —Houston se negó a decir nada más y miró a Happy—. ¿Qué quieres hacer con ella?

Happy escupió.

—Sólo podemos hacer una cosa —dijo—. La cuestión es cuándo y cómo.

—No tardará en estar oscuro —dijo Ben a su hermano—. Y las

minas no cuentan chismes.

—No hablaréis en serio —dijo Ethan—. No habéis demostrado nada, salvo que ha escrito unas cuantas historias para el *Chronicle*, y eso no tiene nada que ver con nosotros. Sigue siendo sólo la palabra de Dee eso de que Michael se fue de aquí, y nadie sabe si ha hablado con alguien. Os lo estoy diciendo: es probable que haya sido Cooper, y seremos estúpidos si confiamos en él otra vez. Dejadme hablar con ella cuando no esté drogada; creo que aquí hay más de lo que sabemos.

—Me da la impresión de que andas colado por ella —dijo Happy—. Y de que piensas con lo que tienes entre las piernas.

—Anda más que colado —dijo Dee, al tiempo que se sentaba en el regazo de Houston y le pasaba un brazo por el hombro—. Yo creo que Ethan está enamorado. ¿No es así, Ethan? ¿Te has vuelto a enamorar de tu esposa?

—Cierra el pico, Dee —dijo Houston—. Bien, Ethan, ¿tienes algún problema con lo que Happy ha planeado para Michael?

—Da igual que lo tenga —dijo Ethan—. Cuando entré en esto, acepté la decisión de la mayoría, y parece que pierdo la votación.

«Y que me superáis en número», pensó.

—Entonces no te importará ayudarlo —dijo Houston—. Contribuiría mucho a mostrar que sigues siendo uno de los nuestros.

Ethan titubeó; no podía mostrarse ilusionado después de haber manifestado su oposición al plan. Se apartó bruscamente de la ventana y al fin dijo:

—Lo ayudaré. Si es eso lo que hay que hacer, lo ayudaré.

Era mejor evitar las preguntas antes que pensar en cómo contestarlas. Así pues, las pertenencias de Michael se recogieron y se sacaron del saloon cuando no había nadie. Como no estaba completamente de acuerdo, Detra empleó más polvos somníferos para que, al menos, opusiera poca resistencia. De este modo, Michael supo que en torno a ella se urdían planes, y que se llevaban a cabo, pero no pudo detenerlos.

El saloon estaba tranquilo, y la calle, oscura, cuando Ethan sacó a Michael y la colocó en la trasera del carro que acercó Happy. Compartió espacio con el baúl donde iban su ropa, su diario, sus lápices y sus lentes. En mitad de la noche no había nadie levantado que diera fe de su paso por la ciudad, o que atestiguara que no se marchaba de forma espontánea. Tal vez algunos mineros se preguntarían por qué se había ido sin decirles una palabra, pero nadie sospecharía nada.

Happy detuvo el carro justo fuera de la entrada de la mina que Michael había visitado con Houston, y luego le dijo a Ethan:

—Métela tú. Yo traeré el baúl.

Ethan tuvo que esperar en la entrada a que Happy llevara un farol, y después siguió al de más edad hasta el interior. Happy lo condujo adonde el túnel se abría en distintos ramales; una vez allí, Ethan puso a Michael de pie y dejó que se recostara en él. Estaba temblando, pero sospechó que era más por el frío que por la conciencia del peligro. Tenía

los ojos apagados y desenfocados y los miembros débiles.

Happy alzó el farol para mirar los tres túneles; metió la cabeza en la boca del primero y preguntó:

—¿Cuál es el que lleva hasta el pozo más profundo?

—Es el que estás mirando. —Con gesto descuidado, bajó la mano hasta su arma—. Cuidado, Happy: una docena de pasos o así en esa dirección y te caerás por él.

Entonces, mientras Happy estaba distraído, Ethan sacó su arma de la pistolera y la cogió por el cañón, al tiempo que preguntaba:

—¿Te has asegurado de que nadie vaya a encontrar su cuerpo por casualidad?

Avanzó poco a poco, tirando de Michael; luego levantó la culata del revólver.

—No sé cómo podrían dar con él.

Cuando Happy bajó el farol y empezó a dar la vuelta, la culata del arma de Ethan lo golpeó en la base del cráneo, y cayó de rodillas instantáneamente. El farol se le soltó de la mano al perder la conciencia, y la luz parpadeó y se apagó. Entonces Ethan volvió a meterse el revólver en la pistolera y tomó en brazos a Michael, que se quejó como un animalillo herido.

—Todo saldrá bien —le dijo al oído—. Yo haré que salga bien.

Dio la vuelta. En el túnel había una implacable oscuridad, hasta el punto de que en la entrada el cielo nocturno parecía más azul que negro, pero incluso sin farol se dirigió sin problemas hacia el exterior. Estaba ya

en el umbral cuando aparecieron Ben, Jake y Houston; lo esperaban y le bloquearon la huida. Con Michael en brazos le fue imposible coger su arma.

—Pierdo yo.

Era la tranquila voz de Houston. Ben encendió una cerilla, y la llama iluminó un momento sus facciones, con una luz violenta que se suavizó al prender el farol que llevaba.

—Les dije que no la elegirías a ella antes que a nosotros, pero según parece, me equivocaba. Me has costado un pico, porque también supongo que no me llegará nada de tu parte del último robo.

—Creo que eso quiere decir que no cobro mi tajada —dijo Ethan.

Su tono imperturbable hizo que Houston sonriera con ganas.

—Nunca he dudado de que fueras listo. Y el mejor barrenero que hemos tenido nunca. —Vio que a Ethan le resultaba difícil sostener a Michael—. Jake, quítale el arma.

Con un gesto indicó a Ethan que pusiera a Michael en el suelo; luego sacó su colt 45 y le apuntó al pecho.

—Tendrás que volver por donde has venido, y con Michael. Ben, adelántate un poco con el farol y busca a tu hermano. Jake, empieza a poner las cargas.

Ethan rodeó con un brazo la cintura de Michael y la sostuvo con la cadera. La cabeza de ella quedó colgando sobre su hombro.

—A Happy va a dolerle la cabeza —dijo—. Nada más. No lo he matado.

—No pensaba que fueras a hacerlo, por eso se prestó a arriesgarse. Salvo por el incidente con el tipo ese, Drew, Happy dice que te has resistido bastante a matar; decía que te desvivías por evitarlo, y ya conoces a Happy: se le ocurre una idea y no para hasta demostrarla.

—Todos estabais seguros de que iba a hacer esto —dijo Ethan.

—Yo no —dijo Houston—; como te he dicho, creía en ti. Una condenada lástima. No me agrada equivocarme, pero me he equivocado dos veces: contigo y con ella. Me gustaba Michael, tú sabes que me gustaba. Ni siquiera estaba dispuesto a creer a Dee cuando decía que había algo que no acababa de encajar, pero al final no pude ignorar las pruebas que tenía ante mis propios ojos. Michael es periodista y nos habría entregado a todos, antes o después. Los problemas del último robo demuestran que estaba lista para hacerlo antes.

—No fue Michael —dijo Ethan—. Mírala, Houston: apenas se sostiene de pie, y así es como Dee la ha tenido todo el tiempo que hemos estado fuera. Era tan capaz de hablar con alguien como un bebé. Estoy diciéndotelo: fue Cooper quien nos tendió una trampa. Si no lo creyera, no habría intentado ayudar a Michael a escapar. ¿Piensas de verdad que yo dejaría que escribiera algo sobre nosotros?

Con leves movimientos de su arma, Houston siguió instando a Ethan y Michael a que avanzaran más hacia el interior de la mina.

—Ya no importa lo que yo piense. En esto voy a dejar que los demás tomen las decisiones; la ley de la mayoría, ¿recuerdas? Ellos no confían en ti, y no sé cómo puedo fiarme yo. —Sus negros ojos volaron hacia Ben

—. ¿Cómo está Happy? ¿Necesitas ayuda?

—Estará bien, como ha dicho Ethan. Puedo sacarlo solo.

Ben puso el farol bien estable en el suelo y, con cierto esfuerzo, se las arregló para levantar a su hermano y encarárselo al hombro. Luego comentó:

—Volveré para coger el farol tan pronto como deje a Happy en el carro.

Houston asintió y le dijo:

—Mira a ver cómo le va a Jake con los explosivos. —Volvió a dedicar toda su atención a Ethan—. Supongo que es demasiado esperar que coloques las cargas.

—Si el plan es enterrarnos aquí dentro, es demasiado esperar.

—Lástima; tú eres el experto. Es probable que Jake se vuele los dedos.

—Eso sí que sería una pena —dijo Ethan.

Houston sonrió.

—Voy a echarte de menos, Ethan.

Éste se encogió de hombros. Después bajó a Michael hasta el suelo y la apoyó en una de las vigas de madera que sostenían el techo. Seguía temblando. Tras dirigir una mirada interrogante a Houston en busca de aprobación, Ethan se quitó el gabán y se lo puso por los hombros.

—Casi he terminado —gritó Jake desde la entrada.

El grito distrajo a Houston un segundo; Ethan aprovechó la única oportunidad de que dispondría y saltó. Estaban bastante igualados en

tamaño y fuerza. Houston tenía la ventaja del arma, hasta que Ethan consiguió darle un puñetazo en la muñeca e hizo que la soltara. El revólver cayó al suelo y, mientras luchaban, una patada lo quitó de en medio. Ethan sabía que no tenía ninguna posibilidad sin él, de modo que al instante se abalanzó a cogerlo; pero Houston tiró de él hacia atrás y le acertó en los riñones con un fuerte puñetazo. Ethan se tambaleó, cayó de espaldas y arrastró a Houston en su caída. Juntos rodaron por el frío y duro suelo, mientras sus sombreros iban por otro lado. Entonces Ethan enredó los dedos en el pelo de Houston y le mantuvo fija la cabeza lo suficiente para soltarle un gran golpe al mentón. Aturdido, Houston relajó el agarrón, y Ethan fue otra vez a por el arma. En ese momento alguien gritó tras él. Reconoció la voz de Jake pero tuvo que ignorarla; el arma era lo primero.

Tenía los dedos a punto de cerrarse en torno a la culata cuando lo golpearon por detrás. Unos minúsculos estallidos de luz blanca revolotearon ante sus ojos, y le pareció oírse gruñir. Después ya no vio ni oyó nada. Se había acabado. Había perdido.

Ethan sentía tierra en la boca, la aspiró y se atragantó. Entonces tosió débilmente y notó una intensa opresión en la cabeza. El dolor no estaba en un solo lugar, sino por todos lados, y parecía más agudo en la coronilla.

Abrió los ojos, pero no vio nada. Al principio creyó que estaba ciego; luego recordó la mina, la pelea, el plan de Houston de enterrarlo vivo...

Deseó estar ya muerto. Habría sido menos doloroso. Se durmió.

Lo despertó el insistente y levísimo roce en la mejilla. Pensó que era una araña e intentó quitársela, pero volvió otra vez. Entonces agachó la cabeza, intentando evitarla, y aquel movimiento le provocó un latigazo de dolor. Le zumbaban los oídos. Gruñó.

—¿Ethan? —dijo Michael— ¿Estás despierto?

Al abrir los ojos todo estaba negro, pero esta vez no pensó que estuviera ciego. Sabía que no se ajustarían jamás a la cruel oscuridad que experimentaba en aquel momento.

Para ver hacía falta luz, y en la mina no había ni siquiera un asomo de ella. La negrura era completa.

El suave toque de los dedos en la mejilla se detuvo. Entonces volvió a oír su nombre y, muy poco a poco, fue cobrando conciencia de otras cosas. Estaba echado de lado, con la cabeza recostada en el suave regazo de Michael. Una de sus manos descansaba sobre la rodilla de ella, y la otra estaba doblada de mala manera bajo su propio cuerpo. Sentía el hombro izquierdo entumecido, y lo cubría el gabán que antes le había dado a Michael. No sabía si ella tendría frío. El único que tiritaba era él.

—¿Michael? —dijo en voz baja.

La oyó sollozar cuando pronunció su nombre, e inclinarse en seguida hacia delante. Su boca le encontró la frente y la sien, y le besó el pelo. Ethan sintió sus lágrimas sobre la piel.

—No pasa nada, Michael. Dios sabrá por qué estoy vivo, pero lo

estoy.

Michael se tragó los sollozos y se enjugó los ojos con el dorso de la mano.

—No te me mueras encima, Ethan. Nunca te lo perdonaría. Te sermonearé eternamente. Te seguiré hasta el infierno, si tengo que hacerlo.

Él buscó su mano, la encontró y se la apretó.

—No necesito más para seguir vivo. —Sintió, más que vio, la llorosa sonrisa de ella—. ¿Cuánto llevamos aquí?

—No lo sé; varias horas, me parece. Es imposible calcular el tiempo.

—¿Qué pasó después de que Jake me dejara inconsciente?

—Ah, lo recuerdas... No sabía si te acordarías.

—Es difícil no hacerlo; tengo un chichón del tamaño del monte Pikes. —Ella alargó la mano para tocarlo—. Cuidado.

Los dedos de Michael tantearon.

—Jake no se contuvo al darte; casi todo lo recuerdo borroso, pero eso lo tuve muy claro. Y aunque intenté agarrarte, fue inútil. Yo percibía lo que pasaba, pero no podía detenerlo; apenas podía mover los brazos y las piernas. Después Houston se levantó, se sacudió la ropa y le dio las gracias a Jake por ayudarlo.

—¿Recogió el arma?

Pensó que quizá les resultara útil, aunque no fuera más que para disparar unos cuantos cartuchos y alertar de su existencia. Ella asintió, pero al darse cuenta de que no la veía, contestó:

—Sí. Houston cogió su arma. Creí que tal vez nos matarían, pero no hicieron ni caso de nosotros. No entendí sus intenciones.

Ethan contuvo su decepción. Tenía que proteger a Michael de la desesperanza que sentía.

—¿No te diste cuenta de que Jake estaba poniendo explosivos?

—Oí que hablaban de eso, pero no saqué nada en limpio. No hubo ninguna señal de advertencia. Sucedió sin más. En realidad no vi nada. Aquí dentro, la tierra se movió, y las vigas de apoyo se estremecieron. Algunas se vinieron abajo. El bramido fue ensordecedor, y el humo y la polvareda eran tan densos que se mascaban. Por un momento no pude respirar; fue como si hubieran chupado todo el aire con la fuerza de la explosión.

—Probablemente, no te imaginaste lo que era. Debió de ser sólo un instante.

—Me quedé inconsciente un rato; eso sí que lo sé —titubeó—. ¿Vamos a asfixiarnos aquí dentro?

—No. Hay mucho aire —. «Por ahora», añadió para sí.

—¿Qué vamos a hacer, Ethan?

—No lo sé. —Se sentó con mucho esfuerzo—. Debo de tener un tirón en el hombro de la pelea con Houston.

—Quizá —dijo ella—, pero me parece que no. Durante la explosión te quedaste medio enterrado, y tuve que quitarte una viga de encima del hombro.

—¿Cómo diablos lo hiciste?

—No estoy segura. Primero tardé en localizarte en la oscuridad. Me puse a gatear y a barrer el suelo con la mano buscándote, y como no tenías las piernas cubiertas, di con ellas y me deshice de las rocas con bastante facilidad. Pero entonces me topé con la viga. No podía moverla, de modo que me puse a lamentarme por mí y por ti. Conseguí enfurecerme muchísimo, no lo sabes bien. ¡Ay, Ethan, lo que habrías hecho con una pastilla de jabón..!. —Sonrió al oírlo soltar una risilla—. Y después no sé qué pasó por mí; el caso es que fui a por aquella viga, y se soltó como si fuera un mondadientes. Me quedé tan sorprendida que por poco la dejo caer.

Ethan se estremeció al imaginar el dolor y el daño que aquello le habría causado.

—Pues menos mal que no lo hiciste. Me parece que tengo el hombro dislocado. ¿Me ayudas?

—¿Qué quieres que haga?

—Sostén mi brazo. —Tardaron un momento en encontrarse—. Usa las dos manos, Michael. Eso es. Cógeme bien la muñeca. No me sueltes hasta que no te lo diga. O mejor aún: no lo sueltes hasta que tenga el hombro otra vez en su sitio.

—¿Cómo lo sabré?

—Lo oirás.

—Ay, Dios. —Ella soltó la muñeca al instante—. Me parece que no podré...

—No te atrevas a abandonarme ahora. —Ethan sintió que sus dedos

le rodeaban la muñeca otra vez—. Bien. Ahora espera.

Usó la mano libre para dirigir el movimiento del hombro y del hueso del brazo. Luego tiró fuerte, encantado de que Michael no pudiera ver su mueca de dolor, y de un tirón colocó la articulación en su sitio. Ella oyó el ruido y lo soltó.

—¿Ethan? ¿Estás bien?

—Estoy bien —gruñó él. Imaginó que tendría las comisuras de los labios rígidas y blancas de tensión, pero poco a poco, el foco del dolor desapareció, y sólo quedaron unas ligeras punzadas—. Estoy bien.

Se apoyó en ella y descansó la cabeza en la roca que tenían detrás, mientras recuperaba el aliento tras el esfuerzo.

—Tenemos que considerar nuestra situación, Michael. Me gustaría pensar que sólo han pasado unas horas desde que Houston y los demás nos enterraron aquí, pero tengo la sensación de que hace mucho más.

—¿Cómo lo sabes?

—Por ti. El efecto de las drogas que Dee te dio ha pasado por fin, y eso no puede haber sido rápido. Tú misma has dicho que estuviste inconsciente después de la explosión, y no hay forma de saber durante cuánto tiempo. Ahora mismo, fuera, podría ser de día.

—¿Y eso importa?

—Sí, si vamos a salir de aquí y a marcharnos.

—¿No habrá alguien buscándonos? ¿Alguna cuadrilla de excavación, al otro lado?

—Houston habrá inventado alguna historia para explicar nuestra

ausencia. Se sacaron todas tus cosas del cuarto que compartíamos; por aquí, en algún lugar, hay un baúl que te pertenece. Y no me sorprendería que también hubieran recogido las mías. Así parecería que salimos de Madison juntos.

—¿Y el hundimiento de la boca de la mina? Eso llamará la atención, ¿no?

—Quizá, aunque dudo de que nadie lo investigue mucho tiempo, en particular si no hay por qué. Llevamos semanas esperando que este túnel se venga abajo; es una de las razones por las que dejé de trabajar aquí dentro. Había que reforzar la entrada, pero no corría ninguna prisa.

—Entonces no van a rescatarnos.

—No. —Encontró su mano—. ¿Tienes idea de a qué distancia estamos de la entrada?

—Ninguna. Dejé de investigar cuando te encontré. ¿Crees que podemos salir excavando?

—No sé. Depende del daño que se haya hecho y de cuántos metros de roca haya entre nosotros y la abertura.

Empezó a ponerse de pie, pero Michael lo retuvo.

—No, no me dejes. No soporto esta oscuridad. Tengo miedo, Ethan.

Entonces ella se arrodilló, y él se agachó a su lado; sus brazos le rodearon los hombros, y ella hundió la cara en su pecho. Sus dedos le acariciaron el cabello; estaba enmarañado y lleno del polvo.

—No voy a dejarte, Michael. Aunque quisiera, no hay ningún lugar adonde ir. Y está bien tener miedo; me preocuparía si no lo tuvieras.

Ella levantó un poco la cabeza.

—Perdona que sea tan..., tan...

—¿...femenina?

Michael se tragó el sollozo.

—Te arrepentirás de haber dicho eso. Cuando salgamos de aquí, me acordaré de lo que has dicho y haré que te arrepientas de ello.

A él le encantó su indignación no fingida. Le besó la coronilla y la abrazó más fuerte.

—Estoy deseándolo. Ahora ayúdame a encontrar la dirección de la entrada. No dejaremos de hablar para que no te parezca que te abandono. —La soltó despacio—. ¿Puedes hacerlo?

—Puedo hacer todo lo que quieras —dijo ella en voz baja.

—Ya recordaré yo eso —La ayudó a ponerse en pie—. ¿Te orientas un poco? ¿Sabes la dirección aproximada de la entrada?

Los ojos de Michael vagaron a su alrededor, aunque daba igual adonde mirase: la negrura parecía penetrar hasta su misma alma. Encontró la mano de Ethan y, con cautela, lo condujo un poco hacia su izquierda.

—Me parece que aquí es donde estabas tirado. —Buscó con el pie—. Sí, aquí está la viga que moví. Cuando Jake te golpeó, tu cabeza señalaba la entrada. Debía de ser hacia la derecha. Calculo que estabas al menos a tres metros de ella.

—Quédate ahí —dijo Ethan—. Mirando justo como estás ahora. Voy a subir por las rocas a ver si alcanzo la entrada.

Michael se mostró reacia a soltarle la mano.

—No te olvides de hablar.

—No se me olvidará.

Ethan esperó a que los dedos de ella se apartaran de los suyos, y luego empezó a examinar la superficie del obstáculo, buscando a tientas las piedras más pequeñas y quitándolas de en medio.

—Puedo hablar casi de todo —dijo—. ¿Qué quieres oír?

—Cuéntame cómo creciste. Dónde vivías, lo que hacías... Nunca me has contado más que unos pocos detalles incompletos.

—Eso es porque sabía que a ti no hay quien te pregunte. Lo tuyo es ser curiosa.

—Para un periodista no es mala cosa.

Ethan luchó con otra viga y la quitó de en medio; en ese instante se deslizaron unas cuantas rocas, y los escombros se movieron. Oyó el crujido de algunos maderos de apoyo, se detuvo y escuchó.

—No dices nada, Ethan.

—Es verdad.

No hubo más sonidos que indicaran otro desprendimiento, de modo que siguió con precaución.

—Te he contado que mis padres murieron de tifus cuando yo tenía diez años. Hasta entonces siempre había vivido en Nevada. Mi padre fue a California por la fiebre del oro y luego, la de la plata en Nevada. Unos amigos escribieron al hermano de mi padre, que vivía en Tejas, en un campamento de tiendas hechas de piel, y mi tío me llevó allí. No es que

se sintiera demasiado responsable de mí, pero yo no comía mucho y sabía disparar. Durante cinco años me dediqué sobre todo a desollar bisontes. ¿Estás segura de que quieres oírlo?

—Estoy segura. Lo de desollar no. Me parece que de eso no quiero enterarme. ¿Qué hiciste después de esos cinco años?

—Respondí a un anuncio que vi en Amarillo. Buscaban jóvenes valientes —se rió, como burlándose de sí mismo— y, por entonces, yo creía que lo era. Los huérfanos tenían preferencia, y en ese aspecto estaba capacitado; también sabía montar a caballo y disparar, y me daba igual trabajar un montón de horas sobre la silla de montar. A los quince años sólo deseaba aventuras.

—No termino de entender de qué se trataba el trabajo.

Ethan fue arrastrándose por la parte superior de los escombros. Quedaba muy poco espacio entre él y el techo de la mina, y no tardó en darse cuenta de que el camino se bloqueaba de nuevo. No había posibilidad de excavar todos aquellos escombros hasta llegar a la entrada. Los maderos de apoyo crujieron de nuevo, y le resultó muy fácil imaginar que toda la estructura se venía abajo sobre él y que esta vez lo enterraba bajo metros de montaña. Empezó a salir otra vez.

—Era mensajero —repuso—. Nada de particular. Sólo llevaba el correo.

—Sólo llevabas el correo —se dijo Michael en voz baja; con unos rápidos cálculos llegó a la respuesta que buscaba—. ¿Dices que tenías quince años?

—Sí.

—Eso sería en 1860.

—Exacto.

—Conque llevabas el correo... —repitió, al tiempo que movía la cabeza ante la modesta definición de su trabajo— ¡Eras jinete del Pony Express!

En ese momento Ethan resbaló sobre unas piedras. Las más pequeñas cayeron rodando, y en la absoluta oscuridad el ruido resonó como si fuera una salva de cañonazos. El peligro se engrandeció en su cabeza, y también en la de Michael. Entonces se detuvo y esperó a que todo quedase de nuevo en silencio; después, con voz tranquila, dijo:

—Sí. Cabalgué para el Express.

Los dedos de Michael se cerraron y se abrieron en torno a los pliegues de su vestido. Habría sido fácil, incluso reconfortante, ceder a la histeria, pero, en lugar de eso, se obligó a seguir la calma de Ethan.

—Debía de ser emocionantísimo.

—Era un trabajo duro con ganas —murmuró él; entonces recordó cómo se sentía a los quince años—. Pero tienes razón, también era emocionante. En aquellos días todos los jóvenes querían cabalgar para el Pony Express. Yo tuve suerte.

—¿Cuál era tu itinerario?

—La Sierra Nevada, por el puerto de Carson hasta Sacramento. Era la última etapa. Yo entregaba las cartas al capitán de un vapor, y después las llevaban por mar a San Francisco. Los ciento treinta kilómetros

cruzando montañas eran la parte más difícil del trayecto. He oído contar a otros jinetes que era el peor tramo de toda la ruta. No lo sé. A mí no me persiguieron los indios paiute por Utah y Nevada.

De nuevo Ethan alcanzó terreno firme; entonces extendió el brazo ante sí y lo agitó para buscar a Michael. Al dar con ella, le tomó la mano.

—Más vale que nos sentemos —dijo—. Por ese camino no podemos salir. Tengo que pensar.

Michael dejó que la guiara hasta un asiento natural que había en las rocas desprendidas. Luego se sentó junto a él sin soltarle la mano, aunque los dedos de él se aflojaron en torno a los suyos.

—¿Por qué era tan duro el puerto de Carson? —preguntó; necesitaba el consuelo de su voz.

Ethan se apoyó con cuidado en las piedras que tenía detrás. Luego le rodeó los hombros con un brazo y dejó que se le acercara más.

—Por el invierno —dijo—. Los ventisqueros llegaban a tener hasta seis metros de altura. El viento te azotaba como un látigo mojado, y el frío te aturdía el cuerpo y también la mente. Gracias a Dios, por lo común mi caballo, un mustang, tenía más juicio que yo, y, no sé cómo, siempre acabé atravesándolo con mi *mochila*[1].

—*¿Mochila?*

—Es en español, un macuto: un rectángulo de cuero con cuatro bolsillos para llevar el correo. La *mochila* se colgaba sobre la silla de montar especial que usábamos, muy ligera, y se cambiaba con rapidez

[1] En español en el original. (N. de la T.)

cuando intercambiábamos monturas. Sólo nos permitían dos minutos para el cambio, pero no tardábamos tanto.

Michael sabía que los finos cables de alambre que se extendían de poste a poste por todo el país, habían realizado lo que no consiguieron ni los rigores del clima ni los ataques de los indios: acabar con el Pony Express. Pero en su momento, y durante año y medio, aquel servicio y sus jinetes cautivaron la imaginación de Norteamérica... Y Ethan Stone había sido uno de ellos.

—Debías de tener poco más de dieciséis años cuando el servicio terminó —dijo—. ¿Qué hiciste luego?

—Había ahorrado casi todo el dinero —cincuenta dólares al mes era una buena paga—, y me dirigí al este. Tenía idea de ir a la universidad, pero en lugar de eso acabé en la guerra.

—¡Pero si no eras más que un niño!

Su queja, como si pudiera protegerlo de lo que ya había experimentado, lo conmovió.

—Ya me acercaba a los diecisiete —le recordó con amabilidad—. Y en la unidad servían hombres más jóvenes que yo.

—Pues tendrías que haber ido a la universidad.

—Pero tú no estabas allí para mangonearme.

Michael se volvió y apoyó la mejilla en su hombro. Sus dedos se entrelazaron con los de él. Le habría gustado ver si estaba sonriendo.

—Sólo tenía diez años. No me habrías prestado atención.

Ethan se planteó si habría sido así. Probablemente, por entonces sus

métodos de persuasión serían distintos; no lo habría sermoneado con su lógica, sino que le habría dado una patada en la espinilla... Pero estaba seguro de que llevaba toda la vida haciendo que la gente le prestara atención.

—¿Qué hiciste en el ejército? —preguntó ella.

—¿Es tan importante que sepas todo sobre mi vida?

Aunque la pregunta pretendía ser una broma, y él la hizo con voz risueña, Michael sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Tardó un momento en responder.

—Sí —susurró con voz seria—. Quiero saberlo todo. No quiero que seamos dos extraños cuando..., cuando...

Entonces intentó apartarse para que no notara el temblor de su sollozo contenido. Él la atrajo hacia sí.

—No pasa nada —dijo; tenía la boca sobre su cabello y le besó la coronilla—. ¿Qué quieres saber?

—Lo que hiciste —repitió—. ¿Eras cocinero, explorador o soldado en el frente?

—Ninguna de esas cosas, aunque supongo que lo de explorador es lo que más se le acerca. Sobre todo, no hacía más que volar cosas. —Se dio cuenta de que la había sobresaltado—. Vaya, ¿por qué te sorprendes? Debes de haberte preguntado dónde aprendí a utilizar los explosivos. Aunque, en realidad, por entonces no teníamos dinamita, sino que, cuando teníamos que deshacernos de un puente o detener un tren, empleábamos nitroglicerina. Es muy inestable y extremadamente

explosiva. Allí fue donde aprendí a cultivar la paciencia y una mano firme. A ninguno de los hombres con los que trabajé los mató o los mutiló el fuego enemigo; fueron ellos mismos los que se hicieron volar.

—Es horrible.

—Es la guerra.

Michael guardó silencio mientras se empapaba de la verdad de sus palabras. Imaginó los peligros que habría afrontado, las escasas raciones y las pésimas condiciones de vida, la continua amenaza de muerte a la menor torpeza... Al cabo de unos minutos preguntó:

—¿Eras azul o gris?

—Azul, aunque no por ningún principio en concreto. Fue más cuestión de geografía: estaba en Filadelfia cuando me alisté. Si hubiera querido asistir a la Universidad William y Mary en lugar de a la Universidad de Pensilvania, probablemente habría sido rebelde.

—¿Qué te impidió ir a la universidad?

—Te he dicho que había ahorrado algo de dinero, aunque después resultó que no era suficiente; y luego estaba el problema de mi preparación. Hasta entonces no sabía sino lo que mi madre me había enseñado; ella soñaba con que algún día fuera a una universidad del este, y creo que sólo intentaba complacerla. Pero descubrí que no era ni lo bastante rico ni lo bastante listo. Por lo visto, lo que mejor sabía hacer era cabalgar y pelearme, y tuve otra oportunidad de demostrarlo en la guerra.

—Pero al final fuiste a la facultad.

—¿Cómo lo sabes? Yo nunca he dicho...

—Ethan, desde el principio he sabido que eras una persona instruida; al menos, más instruida de lo que fingías ser con los demás, allá en el saloon. Se ve en tu modo de hablar y en tus maneras. Sé que decías que fuiste autodidacta a partir del octavo curso, y lo admití porque era evidente que querías que lo hiciera, pero eso no casaba con lo que veía con mis propios ojos y oía con mis propias orejas. De modo que, ¿dónde fuiste a la universidad?

Él titubeó; pero la verdad —toda la verdad— ya no podía hacer daño... Y, como mínimo, le debía la verdad.

—Por fin la universidad de Pensilvania me aceptó. Primero tuve que hacerme mucho más rico y más listo, y sobrevivir a cuatro años de combate, pero no sé cómo, lo conseguí todo.

—¿Cómo?

—Uno de los hombres con quienes trabajaba, natural de Cornualles y minero de profesión, era un experto en explosivos; Connell Penwyn, se llamaba. Fui su aprendiz durante toda la guerra, y eso me mantuvo vivo. Era un hombre cuidadoso y prudente; había venido a este país con la esperanza de encontrar una buena mina allá en el oeste. Pero decía que nunca la encontró y, cuando llegó la guerra, se fue al este a pelear para ganarse su billete de vuelta a Gales, porque pensaba pasar el resto de su vida al otro lado del Atlántico.

»Eso fue lo que me contó, al menos, y nunca tuve motivos para dudar de él. Para mí fue una especie de mentor; no era instruido, pero

era sabio a su manera. Connell me animó a leer más, y como yo no tenía a nadie a quien escribir, ni nadie me escribía, pensó que debía llevar un diario. Era bastante tosco, nada parecido a lo que escribes tú, pero me obligó a practicar técnicas que tenía enmohecidas desde que mi madre murió. Con su paga, Connell me compraba libros para leer, y a cambio yo le leía en voz alta; a él le parecía un intercambio justo. Me parecía que lo emocionaba un poco gastarse el dinero del pasaje en mí, pero yo era demasiado egoísta para protestar. Algunos de los libros que leí eran de Derecho, porque Connell sentía gran respeto por la justicia. Me decía que las leyes justas habían igualado a los reyes y elevado al hombre común; también, que era preciso hacerlas cumplir, y que esa tarea correspondía a los hombres justos y honrados. Creo que se veía a sí mismo como un Diógenes del Nuevo Mundo, buscando un hombre honrado.

—¿Y tú lo eras en esos tiempos?

—Connell creía que sí. Aunque también ayudaba el que creyera que yo le había salvado la vida.

—¿Y se la salvaste?

Ethan se encogió de hombros.

—Maté a un francotirador rebelde que apuntaba al bote de nitro de Connell; era mi vida también, pero a él eso nunca le importó..., y nunca lo olvidó. —Sus dedos acariciaron con gesto ausente el cabello de Michael—. Cuando acabó la guerra, me dijo que quería pagarme los estudios. Entonces descubrí que, por lo visto, Connell tenía ideas propias sobre la verdad. Y es que no había encontrado una buena mina de oro,

pero sí de plata. No se lo había contado a nadie porque sabía que, si lo hacía, habría otra fiebre en busca de metales preciosos, y se imaginaba que su propiedad estaría perfectamente segura mientras guardara el secreto. Sólo otro hombre de Cornualles tan decidido como él habría sido capaz de rastrear aquella mena de plata. Así que después de la guerra me quedé en el este, y Connell regresó a las Rocosas. A los seis meses, casi exactos, del día en que se fue, recibí el primero de los muchos giros de dinero que llegarían a mi nombre. La cantidad me dejó perplejo; podría haber asistido más de veinte veces a la universidad con el dinero que me dio y que siguió dándome.

—¿No pensaste nunca en coger el dinero y hacer otra cosa con él?

—No. Quería ir a la universidad y, además, a la facultad de Derecho; pensaba que eso le agradaría a Connell. —Ethan soltó una risilla—. Naturalmente, aspiraba a la judicatura, pues imaginaba que a él le gustaría la idea de tener a un juez en el bolsillo.

En ese instante Michael se enderezó y se apartó bruscamente de Ethan. Luego lo miró fijamente en la oscuridad, frustrada por no poder verle la cara y porque él no le viera la suya. Su voz sonó cortante al preguntar:

—¿Estás diciéndome que eres licenciado en Derecho?

—Bueno, sí—dijo él—. Fui a la universidad y me licencié; de hecho, hace cuatro años y medio, en 1871. Después fui a Nueva York, donde pensé establecer un bufete.

—La época en que le dijiste a los demás que nos conocimos.

—Sí. Te dije que estaba en Nueva York entonces.

—Pero tú me dijiste que trabajabas en un banco. Houston me dijo que los robabas... ¿Quién diablos eres, Ethan Stone?

Él suspiró.

—Te habría gustado más que hubiéramos seguido siendo extraños... Estás mirándome con odio, ¿verdad?

Ella sonrió con dulzura, pero apretando los dientes.

—Qué bien me conoces.

Ethan volvió a buscar su mano, agradecido de que se lo permitiera.

—Era abogado y sigo siéndolo, aunque ahora no ejerzo.

—Se comprende, dadas las compañías con que vas.

Él hizo caso omiso de su comentario.

—Sólo llevaba en Nueva York unos meses cuando me llegó la noticia de que Connell había muerto, o más bien, de que lo habían asesinado. Lo mataron por una disputa sobre el derecho a la propiedad de su mina. Y entonces decidí que no quería ser ni abogado ni juez: quería ser el hombre que marca la diferencia en el peldaño más bajo de la escala. Así que volví al oeste e hice que me eligieran sheriff en la ciudad minera donde vivía Connell. Lo primero que me propuse fue dar con su asesino. Resultaron ser dos, y lo fácil fue encontrarlos; en cambio, reunir pruebas suficientes para que los declararan como tales me llevó otro año. Durante ese tiempo estuvieron esquilmando la mina todo lo rápido que pudieron, pensando en que nunca podría probar nada. Nunca supieron que existía relación entre Connell Penwyn y yo. —La voz de Ethan era

fría, pensativa—. Y el día que los condenaron a la horca, seguían pensando que todo era por el dinero.

—No entiendo.

—Connell me dejó la mina Silver Slipper. Estaba en su testamento, y en el juicio salió mi relación con él. Naturalmente, los abogados defensores aseguraron que yo no era imparcial y trataron de aprovecharlo, afirmando que había inventado las pruebas para recuperar la propiedad. Pero no era así, en absoluto, y por suerte el jurado me creyó. Me habría encantado renunciar a la Silver Slipper con tal de que Connell regresara.

—De modo que justificaste la fe que Connell tenía en la justicia.

—Tal vez.

—Pero entonces —dijo ella en tono implorante—, ¿por qué te has mezclado con Houston y los demás?

—No es lo que piensas, Michael. Sé que te ha parecido que era así, porque yo quería que lo creyeras, pero en realidad nunca he sido uno de ellos. Más de una vez me he preguntado si no habría ido demasiado lejos, si no los había ayudado demasiado..., pero por lo visto no había otra alternativa.

A Ethan casi le pareció palpar el desconcierto de ella. Incluso sin verla, sabía que tenía la cabeza inclinada a un lado y el entrecejo fruncido, y que su expresión, seria e interrogante, había convertido en una línea la hermosa forma de su boca.

—Cometiste un error natural en nuestro primer encuentro.

—¿En el tren?

—No, en el *Chronicle,* cuando el secretario de tu editor te dijo que yo era un Marshal.

Michael intentó pensar en qué error podía haber cometido.

—No creo que...

—Supusiste que era pariente de Logan; una suposición muy natural si no sabías mi oficio, y tú no lo sabías. Michael: soy Marshal de los Estados Unidos justo desde que se resolvió el asunto de la Silver Slipper. Y me mezclé con Houston, como tú dices, porque para vencerlo tenía que unirme a él.

—Marshall —dijo ella en voz baja—. Marshal.

En la negrura absoluta de su entorno Ethan no imaginaba cómo estaría tomándoselo, pero la palma de la mano que Michael tenía libre le acertó en la mejilla con la precisión de un águila que cae en picado sobre su presa. Después soltó con brusquedad la mano que él le había tomado y se puso de pie. Cuando dejó oír su voz, sonó a cierta distancia.

—¿Cómo has podido...? —preguntó, con la voz y el cuerpo temblándole de ira— ¿Cómo has podido dejarme creer...? O, mejor dicho, ¿cómo has podido querer que creyera todas aquellas cosas horribles sobre ti?

—Reconocí que no había matado a Drew.

Al hablar, Ethan se frotaba la cara; Michael no le había soltado una delicada palmada, sino una bofetada de verdad. Sentía un hormigueo en la mejilla, adonde había acudido la sangre, que la bañaba de calor y

rubor.

—Sólo lo reconociste cuando te planté cara. Mucho después. ¡Y te desvivías por asegurarte de que creyera lo peor de ti! ¡Y me raptaste! ¡Me sacaste de aquel tren cuando...!

En ese momento Ethan se levantó también.

—¡Cuando Obie te habría matado! —tronó— ¿Has olvidado lo que estabas a punto de decir? ¿Crees que yo quería tenerte a remolque, estorbando, dándome más motivos de preocupación? ¿Crees que estaría atrapado en esta maldita mina ahora mismo si no fuera por ti?

Sus palabras salieron en tropel y no pudo hacerlas volver; una vez dichas, el silencio resultó tan completo como la oscuridad que los rodeaba. Ethan avanzó un paso hacia donde pensaba que estaría Michael. Las piedras crujieron bajo sus botas.

—No quería decir...

—Cierra el pico —dijo ella en voz baja—. Y no te acerques a mí.

Si hubiera habido luz del día, sus lágrimas la habrían cegado; ahora no tuvieron efecto ninguno. Caminó dando tumbos, abriéndose camino a tientas en la oscuridad para poner más distancia entre ella y Ethan. No tardó en desorientarse y entonces, sencillamente, se dejó caer de rodillas y cruzó los brazos sobre sí misma, mientras se balanceaba un poco como si se consolara, como si fuera una madre con su hija.

Su llanto sonaba incontrolado y herido; resultaba penoso oírlo, y cuanto más intentaba refrenarlo, más dolor producía en Ethan. Al final dio igual que no quisiera que se le acercara; allí no había nadie más. Sus

sollozos fueron guiándolo hasta ella, y encubrieron el ruido que hacía al aproximarse. Luego se arrodilló a su lado y, cuando se resistió, se limitó a abrazarla más fuerte, calmándola con la voz y con las manos, y dejando que sintiera su fuerza como algo sólido pero no sofocante.

—Michael —le repitió su nombre al oído, con suavidad, una y otra vez, como una letanía de penitencia para aliviarse el alma—. No pretendía decirlo. ¿Me oyes, Michael? No es culpa tuya. Tú no tienes culpa de nada. Ni de lo que ocurrió la noche del robo, ni de que estemos aquí ahora. Es culpa mía. Yo tenía que haber pensado en algo aparte de sacarte del tren; tenía que haber ideado el modo de hacerte salir de Madison. Pero no quería irme sin averiguar quién ayudaba a Houston con los robos, y dejé que eso gobernara mi sentido común y pusiera en peligro tu seguridad.

Su voz sonaba grave; y ella, aunque se mantenía rígida e inflexible entre sus brazos, se calló.

—Y además, en realidad no quería dejarte marchar... Te amo, Mary Michael.

En ese instante Michael se desplomó sobre Ethan, y el abrazo de él también se aflojó, pues supo que no se resistiría. «¿Cómo podría hacerlo?», pensó ella. Lo amaba. Ethan aceptó sus palabras aunque sin creerlas de verdad; pensó que lo decía porque se encontraban en peligro, porque los amenazaba la muerte o, quizá, por su necesidad de dar cierto honor a todo lo sucedido antes y a todo lo que aún los aguardaba... Ella creía amarlo, y a él le bastaba. Era más de lo que, según él, tenía derecho a esperar.

—Te amo —dijo Ethan otra vez.

En aquel momento ella no habría estado más cerca de su corazón ni aunque se le hubiese metido por dentro de la piel.

Capítulo 12

Fue una decisión en común, tomada sin intercambiar una palabra. La oscuridad los cubría como un manto. Eran inconscientes del rubor que tintaba sus facciones, pero sentían el calor. Él no veía los labios entreabiertos de ella, pero oía su suspirar. Cegada, ella no vio la boca que se cernía sobre la suya. Pero la saboreó.

Hicieron el amor de forma desesperada, temeraria, frenética. Ella hurgó en los botones de su bragueta, él levantó las faldas de su vestido y tiró de sus calzones. La presión de la boca de Ethan era insistente. Los labios de ella, impacientes y ansiosos, se comían los suyos. Ella dijo:

—Entra en mí.

—Tómame —dijo él.

Y ella lo hizo, sentándose a horcajadas sobre él. Un solo empujón los unió. Las manos de Michael se deslizaron bajo la camisa y acariciaron su tibia piel. Él tiró del escote de su vestido y lo rasgó; ninguno de los dos reparó en ello. Él le descubrió los pechos, los tomó en sus manos, los acarició; ella se inclinó hacia delante. Sintió su boca, húmeda y caliente, sobre la piel, y el tirón de sus mordiscos le llegó al centro mismo de la matriz.

Los dedos de él se hundieron en sus nalgas, guiándola, animando sus movimientos, forzando su placer. Al fin ella gritó su nombre, y liberando la tensión que había en cada línea del cuerpo de él, en los vigorosos ataques que la llenaban. Estalló. La abrazó fuerte y la besó con más intensidad. Sintió que aquella sensación de urgencia se desvanecía, pero, con todo, no la soltó ni dejó de querer amarla.

Michael se deslizó a su lado; notó que en aquel momento él necesitaba percibir su fuerza. Sus dedos revolotearon por la mejilla de Ethan y por su frente, y le apartó los cabellos que tenía sobre la cara.

—Ahora no tengo tanto miedo —dijo—. De verdad. Hay mil sitios donde me gustaría estar en lugar de aquí, pero sin ti no. Lo digo en serio, Ethan.

Y moriría diciéndolo en serio, pensó él, si no la sacaba de la mina. Pero cuando estuviese fuera, cuando tuviese tiempo de meditar, se daría cuenta de que, como dijo en una ocasión, no tenían ningún futuro juntos. Daba igual que él fuera un ladrón o un Marshal; ella era la hija de Jay Mac. Cuando viese las cosas con más claridad, no lo querría ni regalado..., y tampoco le permitirían quererlo.

—No le he dicho nada a nadie sobre el robo —dijo ella—. Quería que lo supieras.

—Lo sé. Sin embargo, oíste en la puerta más de lo que admitías.

—Es verdad, pero no lo planeé. Pillé unas cuantas palabras, y luego no pude evitar oírlo. Pero de verdad que no me enteré de lo suficiente como para contárselo a nadie; además, no sé lo que me dio Dee, pero me

dejó sin fuerzas. Apenas pude levantar la cabeza durante cuatro días.

—Ojalá no hubiéramos tenido que hacerlo. Mi objetivo era protegerte mientras yo estaba fuera, asegurarme de que no escaparías. Es una lástima que Dee no supiera la dosis correcta desde el principio. Así no habrías andado por ahí, y ella no te habría acusado de entregarnos. Nadie quiso escucharme cuando intenté decirles que había sido Cooper.

—Y tú no me escuchas ahora —dijo Michael—. Te digo que apenas podía levantar la cabeza. No fui a ningún sitio. Dee está mintiendo.

—¿Con qué fin?

—Exactamente con éste. Por fin se ha librado de mí. Era lo que quería desde el principio.

Ethan se quedó pensando. Fue Detra quien mandó traer de Nueva York los números atrasados del *Chronicle;* quien sugirió los polvos somníferos como forma de mantener a Michael dócil y silenciosa durante el robo; quien estuvo celosa del interés de Houston hacia Michael desde el comienzo...

—Pero podían haber matado a Houston —dijo él—. A Obie lo mataron.

—Creo que estaba dispuesta a correr el riesgo.

—¿Por qué no dijiste nada cuando estabas frente a Houston?

—Intenté defenderme —le recordó—, pero incluso yo me vi patética. ¿Quién me habría creído, de todas formas? Ni siquiera tú estás seguro.

Le acarició el costado con la palma de la mano.

—Ahora no importa. Y no importará nunca si no encontramos la manera de salir de aquí. ¿Qué se puede hacer, Ethan? ¿Estamos en una situación desesperada?

Sí que lo estaban, pero no podía decírselo de forma tan directa. Quizá si se lo explicaba en voz alta se le ocurriría algo; si no, ella estaría al corriente de lo peor, igual que él.

—Verás, este túnel se abre en tres ramales muy distintos.

—Lo recuerdo. Fue aquí adonde me trajo Houston.

Ethan se sentó, y en el mismo gesto ayudó a Michael a incorporarse. Luego la acunó entre las piernas, con su espalda contra el pecho, y le rodeó el cuerpo con los brazos.

—Vistos de frente, de la izquierda baja unos nueve metros por un pozo. El túnel tiene menos de veinte metros, y las paredes son de roca pura. Esa vena se ha agotado; estaba allí y de repente ya no estaba. Ni siquiera estoy seguro de que funcione el montacargas, porque hace mucho que nadie baja por ahí.

»E1 túnel de en medio tiene un pozo con más o menos una cuarta parte de la profundidad del primero. Los mineros encontraron agua y decidieron que no valía la pena bombearla para llegar hasta una vena no demasiado prometedora. Cuando otras partes de la montaña se agoten volverán y optarán por sacarla.

Michael se estremeció al pensar: «Y entonces será cuando nos encuentren; nuestros esqueletos abrazados justo en esta postura...» Comentó:

—Qué bien, saber que tendremos algo que beber...

Pero le temblaba la voz, y su intento por ser divertida resultó demasiado forzado. Sobre su pelo y su cuero cabelludo, el mentón de Ethan se movía despacio.

—La última abertura no baja; de hecho, fui siguiendo una vena que empezaba a describir un giro hacia arriba. Tardé un poco en darme cuenta de que me acercaba de nuevo a la superficie, pero luego dejé de hacer voladuras, temeroso de causar un desprendimiento. Primero teníamos que poner más puntales aquí dentro, y eso es lo que habría hecho esta semana si Cooper no hubiera ordenado a Houston que tomáramos el tren.

—¿A qué distancia de la superficie? —preguntó Michael— ¿Lo bastante cerca como para cavar?

—No. No funciona así. Antes tendría que hacer una voladura, atravesar más roca.

—Ah.

—Allá en ese túnel debo de tener media docena de cajones de dinamita. Era un buen lugar de almacenaje. Los detonadores están en una caja aparte, y también hay un rollo de mecha lenta... Todo... —se rió sin pizca de buen humor—. Todo menos una cerilla. Sé lo bastante del tema como para poner las cerillas bien lejos de los explosivos. Ojalá...

—Yo tengo una cerilla.

—... hubiera pensado un poco menos...

—Varias.

—... en la seguridad. —Se detuvo, seguro de que no había oído bien —. ¿Qué has dicho, Michael?

—¿Dices que por aquí hay un baúl con mis pertenencias? —preguntó ella.

—Sí.

—Entonces tengo cerillas.

La sorpresa lo dejó sin palabras.

—No sabía que tuviéramos nada que encender —dijo pella con sencillez— y una sola cerilla no habría servido de mucho.

Sin acabar de creer lo que oía, Ethan negó despacio con la cabeza.

—No, en efecto.

—Es por mis cigarrillos— dijo ella—. Estoy desesperada por fumarme uno, pero como hice un trato con Dios... Es horrible, pero no pude evitarlo.

—¿Qué trato?

—Que si nos saca de aquí con vida, no volveré a fumar. Creí que sería un meritorio acto de fe no encender uno en esta situación.

Ethan la abrazó, riendo y dándole besos en la parte de atrás de la cabeza y en el cuello.

—¡Ay, mi dulce Michael!

Aquello le parecía maravillosamente justo: su trato había salvado las cerillas y ahora las cerillas los salvarían a ellos. A él no le habría importado hacer un trato con el propio diablo para conseguir que escaparan... Pero Michael era mucho más sabia.

—¿No estás enfadado? —preguntó ella.

—¿Enfadado? ¿Porque tengas cerillas?

—Porque no te hablara de ellas.

—Si no lo sabías... —Posó las manos sobre sus hombros—. Muy bien. Primero tenemos que encontrar el baúl. Sería mejor que buscáramos con método..., y a gatas. Podemos emplear un patrón de cuadrícula e ir barriendo con las manos. No es preciso apresurarse, y si vamos con cuidado no hay peligro de caerse por uno de los pozos. ¿Puedes hacerlo?

A ella le desagradaba la idea de volver a apartarse de él en la oscuridad; de hecho, por un instante hasta llegó a arrepentirse de haberle hablado de las cerillas que había en el baúl.

—Te ayudaré —dijo con un hilo de voz.

Como sabía lo asustada que estaba, le dijo:

—No tienes que ayudarme.

—No. Iremos más rápido si buscamos los dos.

—Y también tenemos que pensar en qué encenderemos con la cerilla. No puedo preparar los explosivos a oscuras y tampoco puedo trabajar a la luz de un cartucho de dinamita —pensó un momento—. Happy trajo aquí un farol. Cuando lo dejé inconsciente recuerdo que se cayó y se apagó.

—Exacto, pero no sirve, Ethan. Le di una patada cuando andaba buscándote, y sé que ha perdido casi todo el queroseno, porque lo olí.

—Quítate la enagua, Michael.

—¡Ethan!

—Quítatela —repitió—. Y hazla tiras. Encontraré un trozo de madera que nos sirva y haremos una antorcha. Si tenemos suerte, buscando el baúl daremos también con el farol y con el queroseno derramado, y empaparemos las tiras en él.

Notó el escepticismo de Michael e insistió:

—Funcionará, Michael. Sé que funcionará...

Y al decirlo de aquella forma, ella lo creyó. Sin duda ninguna. Entonces se quitó la enagua y la desgarró en tiras; eso la mantuvo tan ocupada que no se detuvo a pensar en que él se apartaba en busca de un palo que les sirviera. Mientras trabajaba, tarareó bajito para que la encontrase con relativa facilidad. La canción era *Cuando brilla el sol.*

—¿Echarás de menos el escenario? —preguntó él.

—Nunca.

Al oírlo reírse, sonrió y volvió a tararear.

Ethan tardó varios minutos en encontrar algo que les sirviera. Entonces tomó las tiras de algodón que le dio Michael, fabricó una antorcha, y luego volvieron a apartarse para empezar la búsqueda del queroseno y el baúl por separado. Aunque se movían despacio y con gran cautela, era un trabajo angustioso; siempre existía la sensación de que el próximo movimiento los haría caer a uno de los pozos. Hicieron una búsqueda sistemática: Ethan se hizo cargo de la ruta norte-sur, y Michael, de la este-oeste. La oscuridad circundante no les facilitaba el mantener una línea recta al arrastrarse por el suelo de la mina. Ambos

tendían a moverse en círculo.

Michael encontró primero el cristal roto del farol y después, el queroseno. Luego Ethan fue hacia ella, y juntos dieron con el baúl. Michael abrió la tapa y buscó por entre sus pertenencias, tanteando la tela de cada prenda, hasta encontrar la falda que llevaba puesta en el tren. Escondidos en el bajo localizó cuatro cerillas y dos cigarrillos aplastados; con un suspiro, dejó los cigarrillos donde estaban y recuperó las cerillas.

—Hay cuatro —dijo—. ¿Tienes lista la antorcha?

—Está lista. Dame una. Tendré que encontrar una roca bien seca donde rascarla.

Sus manos se rozaron en la oscuridad y se agarraron un instante. Después Ethan tomó una de las cerillas y se alejó. Sin darse cuenta, Michael contuvo el aliento. Oyó el rascar de la cabeza de la cerilla contra la roca y luego vio la chispa. No sabía que una débil y vacilante llama pudiera arder con tanta intensidad. Los ojos le dolían al mirarla, y sin embargo no apartó la vista.

Ethan llevó la llama hasta el algodón empapado de queroseno. La llama consumía la cerilla y le quemaba las yemas de los dedos, pero, a pesar de sentir el instinto de tirarla, la mantuvo en su sitio. Primero prendieron las deshilachadas orillas de las tiras de algodón; chisporrotearon, crepitaron y se arrugaron en hebras ardientes. Ethan dejó caer la cerilla en el mismo momento en que la antorcha absorbió el calor y el fuego; en ese instante, y aunque ninguno de los dos quiso

hacerlo, tuvieron que apartar la vista de la luz.

Despacio y dolorosamente, fueron acostumbrándose, aunque cuando se miraron el uno al otro, ambos tenían los ojos fruncidos. No importaba. Tampoco el hecho de que estuvieran casi negros de polvo y mugre, pero sí les llamó la atención la coincidencia de que sus rostros mostraran una tonta sonrisa de felicidad. Ethan apartó la antorcha cuando Michael se lanzó a sus brazos, riéndose, para abrazarlo y besarle la ennegrecida cara.

—Esto no va a arder eternamente —le recordó con amabilidad— y tenemos trabajo por hacer.

Ella asintió y se apartó de mala gana.

—¿Qué quieres que haga?

Ethan se puso de pie y extendió una mano para levantar a Michael; sabía que no necesitaba su ayuda, sólo era una excusa para tocarla otra vez. Luego, sin soltarle la mano, le acarició los nudillos con el pulgar.

—Quiero que entres en el túnel detrás de mí. He de colocar los explosivos, y tendrás que sostener la antorcha mientras trabajo.

—Te sería más difícil convencerme de que no fuera detrás de ti —dijo ella.

Él sonrió.

—Eso pensaba.

El túnel era lo bastante amplio como para que marcharan por él tres hombres uno al lado del otro. Michael no se atrevió a alejarse mucho de Ethan mientras observaba sus sombras moverse sobre las paredes de

roca pura. A unos diez metros del brusco final del túnel, él la detuvo y le pasó la antorcha.

—Quédate aquí. Si no te alejas, tendré suficiente luz para trabajar. —Le puso las manos sobre los hombros y le dio un beso en la mejilla—. Entenderás que no puedas acercarte más.

Detrás del hombro de Ethan, Michael vio la caja de detonadores, el rollo de mecha de seguridad y los cajones de dinamita. Asintió.

—Estoy bien donde estoy.

—Entonces los dos estamos bien.

Lo último que necesitaba era que por casualidad saltara una chispa. No había tanto peligro como creía ella, pero si dejaba a un lado sus temores quizá sería menos cautelosa, y Ethan prefería pecar por exceso de seguridad.

Su trabajo fue al tiempo paciente y metódico. Para empezar escudriñó atentamente las paredes de roca y decidió dónde colocar la primera carga. No estaba seguro de que fuera a romper al exterior con la primera explosión, y con varias explosiones existía el riesgo de provocar un enorme desprendimiento de rocas que no sólo les bloqueara la salida, sino que alertara también a cualquier minero que estuviera por las cercanías. Y si Houston se enteraba, el rescate sería efímero. Ethan sabía que había perdido por completo el sentido del tiempo; sólo cabía esperar que, si encontraban un camino para salir, allá fuera los recibiera el cielo de la noche.

Sus herramientas eran limitadas, porque con los cajones sólo había

dejado un martillo y una palanca; deseó haber dejado al menos un cuchillo, pero, con todo, usó la palanca para limpiar la tierra que llenaba las grietas. Sin una barrena ni un pico siquiera, no podría agujerear la roca para colocar los cartuchos de dinamita, que de ese modo la habrían hecho añicos; lo que se veía obligado a hacer, en cambio, podía echar abajo el túnel. Luego pensó con cuidado el número de cartuchos que necesitaba para lograr cierto impacto, puso las mechas e introdujo los detonadores en el lateral de cada cartucho. Volvió a examinar las mechas: sabía que si calculaba bien el tiempo, los escombros no serían muchos. Antes de poner más cargas tendrían que limpiar los escombros, pero no sería una tarea imposible.

—Tenemos que quitar de aquí este material —le dijo a Michael—. Habrá que hacer varios viajes. Sí tú llevas rodando el rollo por el túnel, yo llevaré los detonadores.

Ella echó una ojeada al gran rollo que, en teoría, debía trasladar además de la antorcha, y luego, a la cajita que cogía él. Ethan se dio cuenta de su mirada interrogante.

—Estos tubitos de cobre contienen fulminante de mercurio; cuando se agita uno de ellos se hace estallar la dinamita. Si se manejan con descuido, pueden volarle a uno un dedo o una mano, y una caja entera mal manejada nos mandará a los dos al Juicio Final. —Señaló el rollo de mecha de seguridad—. En cambio, eso no te hará ningún daño, a no ser que tropieces con él.

—Pues me parece que me encargaré de este rollo —dijo ella, como si

desde el principio hubiera sido idea suya.

—Bien pensado.

En el segundo, tercer y cuarto viajes, Michael sólo tuvo que cargar con la antorcha y las herramientas, ya que Ethan llevó a rastras los cajones de dinamita. Una vez lejos los explosivos y el equipo, como medida de seguridad, él cogió la antorcha y volvió para encender las mechas. A oscuras, Michael se sentó en el baúl y fue contando con los dedos los segundos que estaba ausente. Contó hasta treinta hasta oír que gritaba:

—¡Está ardiendo! —y otros diez hasta que estuvo otra vez a su lado. Entonces se tumbaron detrás del baúl para aprovechar la mínima protección que les brindaba, y esperaron.

Y esperaron.

—¿Cuánto tiempo más? —preguntó Michael, con todo el cuerpo tenso de expectación.

—Debería de estallar... —la primera explosión movió el suelo debajo de ellos—. Ahora.

Del túnel salieron nubes de polvo, y la llama de la antorcha se agitó con violencia. Ethan la resguardó con su cuerpo.

—¿Ya está? —preguntó ella.

No había sonado muy fuerte, más bien como un golpe sordo y un redoble, algo así como un trueno lejano. Pero antes de que él contestara hubo dos explosiones más, y de nuevo el suelo pareció moverse debajo de ellos. Cuando todo estuvo quieto y silencioso, Ethan se levantó.

—Ya está —dijo, sacudiéndose la ropa.

Era un gesto habitual, que no afectó a las capas de polvo que lo cubrían. Al darse cuenta, sonrió con tristeza y dijo:

—Vamos a echar un vistazo a los daños.

Cerca del final del túnel tuvieron que abrirse paso entre los escombros de la explosión. Ethan levantó en alto la antorcha y examinó su obra; al cabo de un momento, dijo:

—No ha tenido mucho impacto.

A pesar de que se lo esperaba, en su voz se notó la decepción.

—Tendremos que intentarlo de nuevo. —Echó un vistazo a la antorcha y se preguntó cuánto tiempo más ardería—. ¿Cuántas cerillas has dicho que tienes?

—Ahora, tres.

Confió en no tener que necesitar ni una. Se apresuraron a acercar de nuevo el material, y luego él colocó más cargas. Despegó primero el envoltorio de parafina de la dinamita y dio a los maleables cartuchos las formas que necesitaba. Después abrió grietas nuevas con la palanca y el martillo, y las atacó con los explosivos. Esta vez puso más cantidad, sabiendo que tal vez fuera su última oportunidad de trabajar con luz.

Se protegieron como antes, pero en esta ocasión, cuando la nube de polvo atravesó rodando el túnel, la antorcha se apagó. Tosiendo y con los ojos lagrimeándole, Michael buscó otra prenda en el baúl. Encontró una blusa y la desgarró como había hecho con la enagua; después la envolvió en torno a la antorcha quemada, le dio vueltas en lo que quedaba de

queroseno y se la devolvió a Ethan, junto con una cerilla para encenderla. Estaban a mitad de camino del lugar de la explosión cuando la antorcha volvió a fallarles. Ethan buscó la mano de Michael.

—Todo irá bien —le dijo.

—Sí —dijo ella en voz baja.

Él le apretó la mano.

—Pretendía consolarte, pero gracias.

Usando la pared como referencia, fue guiándola despacio y con cuidado por el túnel.

—Podría encender una cerilla —dijo ella.

—No. Sería un desperdicio. Quizá la necesite para hacer volar otra carga... O a lo mejor las necesitamos las dos.

Se abrieron camino a tientas caminando sobre los escombros, tropezando a veces, y así supieron que habían llegado al final del túnel. Ethan soltó a Michael y empezó a examinar la superficie rocosa con las palmas de las manos, buscando el daño estructural que quizá los llevara al exterior. Michael se quedó muy quieta, mientras escudriñaba en dirección a Ethan y trataba de imaginar qué haría. Él pasaba las manos sobre la roca y hundía el dedo en las grietas nuevas. Sacó unas cuantas piedras sueltas y las tiró hacia atrás con descuido; tanto que una vez Michael tuvo que esquivar una. Tardó varios segundos en darse cuenta de lo que había hecho, y de lo que aquello significaba.

—¡Ethan!

Él se detuvo en su tarea.

—¿Te he hecho daño?

—¡No! Me he apartado de un salto, Ethan. ¡He visto la piedra!

Ethan se volvió. La miró intensamente y, poco a poco, la sombra de su silueta empezó a perfilarse. No había luz, al menos, en el sentido de resplandor, de blancura o de concentración en un rayo; sólo era luz en el sentido de que estaba menos oscuro.

—¿De dónde viene la luz?

Michael levantó la cabeza y miró a su alrededor, buscando el origen; de repente sus ojos dieron con una vena de azul oscuro, sólo una astilla de algo que era distinto a lo que lo rodeaba. Entornó los ojos, intentando distinguirlo, y se balanceó un poco. Fue entonces cuando vio el punto de luz, el faro que quedaba fuera de su alcance. Asombrada de su descubrimiento, dijo en voz baja:

—Es una estrella. —Las lágrimas le enturbiaron la vista—. Ethan, veo una estrella.

Él se acercó hasta situarse justo detrás. Imitando el ángulo de inclinación de su cabeza, alzó los ojos y en ese instante pensó que jamás volvería a ocurrírsele que el cielo nocturno fuera negro: estaba lleno de luz, de una hermosa luz, de relucientes y palpitantes puntos de luz. En voz baja, solemne, dijo:

—Ése es nuestro camino de salida. —En sus ojos también había lágrimas.

Luego la hizo a un lado y buscó en sus bolsillos los cartuchos de dinamita que llevaba. Dejó que Michael despegara la envoltura

impermeable, mientras él cortaba con los dientes la medida apropiada de mecha, y después tapó la vena de luz con dinamita, sumergiéndolos a los dos de nuevo en la oscuridad. Trabajando sólo al tacto, introdujo las cápsulas y puso las mechas. Esta vez las cuerdas eran más largas; así les daría tiempo suficiente de alejarse del centro de la explosión.

Ethan hizo que Michael empezara a salir del túnel antes de que él encendiera las mechas; al llegar a su altura, medio cargándola, medio arrastrándola, se dirigió corriendo hacia el túnel de entrada. En sus prisas por guarecerse tropezaron con el baúl y, entre eso y la explosión, acabaron rodando por el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sin aliento.

Michael se sentó. Impaciente, se puso a pelearse con el vestido, que se le había enredado.

—¿Y tú?

—Yo estoy bien. —Ethan se puso de pie—. ¿Michael? ¿Dónde estás? Vamos a ver si esta vez hemos hecho bastante daño.

Ella estaba de rodillas junto al baúl y revolvía en el interior; al encontrar el diario y el broche dijo:

—Lista.

Él, que había oído sus movimientos, le preguntó:

—No estarás cogiendo un cigarrillo, ¿verdad?

Michael se rió.

—No. Una promesa es una promesa.

Al final del túnel vieron que ante ellos se abría un cielo nocturno de terciopelo azul. Aturdidos aún con la enormidad de lo que habían realizado, se apresuraron a juntar una pequeña montaña de piedras sobre los escombros para subir hasta más cerca de la abertura. Luego Ethan alzó a Michael y la sacó de un empujón, y él fue detrás instantes después. Una vez fuera, se limitaron a respirar el limpio y frío aire nocturno y a contemplar los cielos.

—Estás temblando —dijo él.

—Me da igual.

Michael apretó el cuaderno contra su pecho. Le castañeteaban los dientes.

—M-me d-da i-igual —repitió, feliz.

Ethan se quitó el gabán y se lo dio. Luego la abrazó y depositó una sonrisa en su pelo.

—No podemos quedarnos aquí. Me da la impresión de que no nos quedan más de dos horas antes de que amanezca. El próximo turno de mineros empezará pronto.

Ella asintió.

—¿Adónde vamos? ¿Al establo?

—No, a la ciudad no. Iremos a casa de Emily. Ella nos dará caballos y víveres. Hemos de ir a Stillwater, Michael. Lo entiendes, ¿verdad? Aquí en Madison no tenemos posibilidad de ayuda. A Houston se le aprecia, y yo estaría muerto antes de que hubiera demostrado nada contra él y los demás.

—Lo entiendo. —Puso su mano en la suya y dejó que la guiara.

Stillwater era una ciudad minera más grande y más violenta que Madison, con el doble de población y la mitad de las leyes. A pesar de eso, hora y media después de que brillaran las primeras luces del alba, cuando Ethan y Michael cabalgaban por la helada senda de barro que era la calle principal, estaba relativamente tranquila, y la calle, casi desierta.

Ethan amarró ambos caballos a la valla que había delante de la Pensión de Walter, ayudó a Michael a desmontar y la acompañó adentro. La señora Walter, como una sonámbula, llevó a cabo con eficiencia pero sin convicción la tarea de inscribirlos; después les presentó las llaves y, con un gesto, les indicó que subieran a las habitaciones separadas que Ethan había solicitado. Gracias a la hospitalidad de Emily John, ambos estaban algo más limpios que al salir de la mina, pero la señora Walter no preguntó sobre su lastimoso aspecto; su falta de interés hizo que Michael se planteara cómo serían las habitaciones. Ethan cogió la bolsa de ropa limpia que les había dado Emily y subió la escalera detrás de Michael. Ante la puerta de su habitación, se la dio.

—Quédate con esto —dijo—. Tengo que buscar al sheriff y al telegrafista.

—Ethan, deberías descansar un poco.

Él hizo un gesto negativo.

—Tendrás que dormir tú por los dos.

Le dio un beso en la frente, pero Michael no iba a dejarlo marchar

así como así. Se puso de puntillas y lo besó en plena boca. Después comentó:

—¿Habitaciones separadas?

Ethan se enderezó. Sus ojos le escudriñaron la cara y vieron la duda que ella intentaba disimular en aquella pregunta formulada en tono ligero. Entonces le dijo con amabilidad:

—Ya no estamos en Madison. Esto no es el Saloon de Kelly, y tú no eres mi esposa de verdad.

Sin darse cuenta, Michael lo miró esperanzada. Sentía la esperanza en el corazón. Pensó: «Ahora lo dirá, me propondrá matrimonio...» Pero él no dijo nada y el momento pasó. Ella desvió la vista, y el frío que le agarró el corazón se apoderó de todo su cuerpo. Torpemente, jugueteó un poco con la llave de su habitación. La mano le temblaba al llevarla a la cerradura, pero Ethan la envolvió en la suya y la guió. La puerta se abrió. Sin mirarlo, Michael dijo:

—Gracias. —Tenía un hilo de voz; sólo era cuestión de segundos que se le quebrara.

Cuando se cerró la puerta, Ethan retrocedió unos pasos. Se quedó un instante allí, con los ojos clavados en ella, preguntándose si debía ir junto a Michael. Había visto la expresión de sus hermosos ojos verdes y sabía lo que había pensado como si lo hubiera dicho en voz alta... Al fin, dio la vuelta, hundió las manos en los bolsillos y empezó a bajar las escaleras. Ni había tiempo, ni aquél era el momento.

Encontró al sheriff durmiendo la mona en una de sus propias celdas;

para reanimarlo hizo falta una cafetera y un cubo de agua helada. El sheriff Rivers no se disculpó por su estado, aunque también hay que decir que mostró un filosófico buen humor por el remedio que le aplicó. Ethan se presentó, pero, tan pronto como estuvo sobrio, Rivers exigió pruebas, de modo que fueron a la oficina del telegrafista y lo tuvieron ocupado más de una hora con una oleada constante de puntos y rayas que fue y vino entre Stillwater y Denver, y que se amplió después a Nueva York y Washington. Convencido por fin de que Ethan Stone era quien decía ser, y con mucha autoridad como Marshal federal, el sheriff Rivers se vio obligado a ofrecerle su desganada colaboración en la tarea de reunir un pelotón de hombres.

Ethan tuvo clara una cosa: si el delito de que se acusaba a Houston no fuera el robo de la nómina y los lingotes de plata de los campamentos mineros, quizá no habría contado con la ayuda de Rivers. El sheriff era un antiguo minero y aún sentía respeto por las leyes antiguas de los campamentos, que imponían justicia de forma rápida y enérgica, aunque no siempre demasiado prudente. La mayoría de los cargos no le importaban demasiado, pero el robo de la nómina de los mineros y de los lingotes, algunos procedentes del mismo Stillwater, era un crimen atroz para su mentalidad. El intento de asesinar a Ethan y Michael o los asesinatos de los empleados del *Chronicle* no eran, ni mucho menos, igual de importantes. A ellos no los conocía. Él entendía de oro y de plata, y también de la inviolabilidad de las ganancias de un hombre.

El grupo que se puso al mando de Ethan constaba de cuarenta

hombres. A todos se los nombró ayudantes de forma oficial, y se les advirtió de que apresaran vivos a Houston y a los demás. Ethan quería que su causa contra Cooper, el hombre que facilitaba los asaltos de Houston, fuese respaldada con la declaración del propio Houston. Las detenciones resultaron sorprendentemente fáciles, incluso algo decepcionantes para quienes cabalgaban con Ethan y esperaban un tiroteo. A Happy y Ben los pillaron limpiando pescado en su cabaña, a las afueras de Madison, al anochecer. Jake estaba solo en la oficina del sheriff. Por su parte, Detra servía bebidas detrás de la barra y respondía con perfecto aplomo a las preguntas que sus clientes hacían sobre la fuga de Michael y Ethan. La sarta de mentiras bien ensayadas salía sin dificultad de sus labios. Sólo titubeó al ver a Ethan de pie al otro extremo de la barra de caoba, con el revólver en la mano. Antes de que pudiera avisar a Houston, dos ayudantes la agarraron, y cuando éste salió del despacho y entró en el saloon, el local estaba en silencio. Ethan y una docena de ayudantes estaban esperándolo.

—Le pedí la estrella y luego el arma —le contó Ethan a Michael.

—Nunca lo habías dicho con esas palabras exactas. ¿Es eso lo que vas a decirle al jurado? —preguntó ella.

Estaban sentados en el comedor del Hotel Mason, en Denver, compartiendo la cena mientras Ethan repasaba parte de la declaración que, probablemente, haría por la mañana. Habían pasado catorce días desde la detención de Houston, y once desde el traslado de los

prisioneros a Denver para el juicio. Los hombres estaban alojados en la cárcel local; Detra, en el Hotel Peak, con un guardia en la puerta día y noche. Ethan había insistido en el cambio de lugar. Si los prisioneros se quedaban en Stillwater, el linchamiento era casi seguro, y en Madison un juicio justo resultaba impensable, por no hablar de la dificultad de conseguir a un juez de distrito para que viera las causas. Un juicio justo y rápido sólo podía celebrarse en Denver, y la ciudad estuvo encantada de recibir a aquella gente de tan mala reputación.

Diariamente, el *Rocky Mountain News* publicaba historias sobre la banda y descubría el pasado de todos sus miembros. El resultado era un cajón de sastre donde cabían verdades, cuentos chinos y suposiciones, que se leían en bloque como si fuera la realidad. Al haber robado a los mineros, había poco riesgo de que Houston y los demás se convirtieran en héroes populares. Además, el periódico ponía empeño en recordar a los ciudadanos de Denver el asesinato de los periodistas del *Chronicle* y pedía que colgaran a todos los miembros de la banda, salvo a Detra Kelly. En el caso de Dee, tras encontrar el rumor de la muerte prematura del señor Kelly, exigía una investigación completa.

Drew Beaumont había regresado al oeste con el fin de cubrir la historia para el *Chronicle.* Como testigo del juicio, Michael no podía en conciencia poner su nombre a ningún artículo sobre la banda; y lo peor, según su opinión, era que se había convertido en parte de la historia, en fuente de información en lugar de reportera. Estaba absolutamente harta de los interrogatorios, no sólo de los periodistas, sino de los abogados de

la parte acusadora, que ponían a prueba su declaración. Aquella noche, cuando Ethan le propuso cenar juntos en el hotel, Michael aceptó. Pretendía fingir que al día siguiente no iba a suceder nada trascendental. Pero era la víspera del juicio.

—¿Le pedí primero la estrella y luego su arma? —repitió Ethan, esta vez preguntando— ¿Por qué he de decirlo así?

Michael cortó un trozo de su trucha y se lo llevó a la boca.

—Subraya la traición de Houston —dijo.

Saboreó la trucha, que era ligera y se deshacía en láminas, deliciosa. Deseó poder disfrutarla más.

—Ha violado la confianza del pueblo de Madison. Al pedirle primero la estrella, lo hiciste responder de su abuso de autoridad. Creo que así es como lo entenderá el jurado, y lo recordarán cuando estén decidiendo el destino de Houston.

—Eso espero.

Ethan escudriñó la cara de Michael. Tenía el cutis pálido, leves sombras bajo los ojos y un aspecto macilento y tenso en la piel; sus ojos destacaban sólo por su carencia de expresión. No sabía si estaba triste, dolida, enfadada o ansiosa. Sólo parecía cansada.

—¿Has sabido de tu familia hoy?

Michael negó con la cabeza.

—Ayer llegó un telegrama de mamá y mis hermanas. Están deseando que vuelva a casa. Han leído todo lo que ha escrito Drew, pero no les basta, Necesitan verme para saber que de verdad estoy a salvo.

—En su lugar, yo querría lo mismo.

«Ayer», pensó, con los ojos nublados... Había recibido un telegrama el día anterior y no se lo había dicho. Sólo hacía dos semanas que habían salido de la mina; dos semanas de un tiempo en el que lo compartían todo, y ahora ella le hablaba en el tono cortés en que le hablaría a un conocido.

—¿Y Jay Mac? —preguntó— ¿Qué has sabido de él?

—Otro telegrama amenazador en el que me ordena que vaya a casa. —Esbozó una débil sonrisa—. Papá cree que no debo testificar. Imagino que está furioso por no poder influir sobre los abogados de la acusación para que vean las cosas a su manera.

La sonrisa se desvaneció. Por un instante dio vueltas a la comida en el plato, pero después soltó el tenedor y dejó de fingir que comía. Levantó la mirada hasta él. Sus ojos verdes no contenían ninguna acusación, sólo cierta tristeza. Entonces se llevó los dedos a su broche y dijo;

—Debiste contarme tu relación con mi padre. ¿Por qué no lo hiciste?

—Nunca parecía ser el momento oportuno.

—Cuando estábamos atrapados en la mina me contaste que eras Marshal. ¿Por qué no lo demás?

—No era importante.

«Pero sí que lo era», pensó Michael... Y había tenido que enterarse cuando Ethan se lo explicó a los abogados de la acusación pública. La naturaleza de sus negocios en el despacho de Logan Marshall, hacía

tantos meses, se aclaró por fin. El único trato que les ofreció aquel día fue su promesa de acabar con la serie de robos a los trenes que eran la plaga del Union Pacific en Colorado, Nebraska y Wyoming, y facilitar así el que los inversionistas encontraran provechoso ampliar el recorrido de las rutas.

—En el fondo, has trabajado para mi padre —dijo ella— Y yo diría que eso es importante.

—Tu padre no me contrató, Michael, ni tampoco Logan Marshall. Soy un funcionario del gobierno federal. En realidad, la idea de unirme a la banda fue de Joe Rivington, el brazo derecho del secretario del Interior. Marshall facilitó los contactos que necesitábamos para montar unas cuantas historias sobre robos de bancos en Missouri y Colorado; todas hablaban de un hábil dinamitero de cajas fuertes. Houston me buscó, precisamente, por esas historias. Por su parte, Cari Franklin, en representación de tu padre y de las Northeast Rail Lines, ofreció contactos con todas las líneas mientras proseguía la búsqueda para localizar e identificar al hombre que suministraba información a los ladrones. Mucho antes de conocer la identidad de nadie de los que estaban metidos en los robos, ya sabíamos cómo planteaban los delitos. Pero al no conseguir dar con Cooper, tuve que meterme más en la banda de Houston; más de lo que yo, ni nadie, había pensado.

»Cooper nos esquivó porque buscábamos a una pieza pequeña del engranaje. Nadie esperaba que fuese un respetado vicepresidente, amén de accionista mayoritario del Union Pacific. Fue tu padre quien

reconoció la descripción que telegrafié a su despacho; esos pálidos ojos resultaron ser tan inolvidables como pensé que serían.

Michael hizo un gesto de asentimiento.

—Peter Monroe y mi padre fueron a Harvard juntos, y me imagino que en estos años han realizado varios negocios. Entiendo que el señor Monroe no haya usado su propio nombre con Houston, pero, ¿por qué Cooper?

—Por lo visto, el abuelo de Monroe se ganaba la vida arreglando barriles y toneles. Monroe pensó que usando ese apellido[2] sería difícil de localizar.

—¿Y el motivo para que tramara los robos?

—El más sencillo: la codicia. Tenía pensado extender su propia línea férrea.

—¿Lo han detenido?

—Hace cuatro días, en las oficinas de San Francisco.

Michael tomó su taza de té; estaba fría al tacto, pero de todas formas bebió un sorbo.

—Ojalá me lo hubieras contado —dijo al cabo de un instante.

—¿Lo de la detención de Monroe?

Ella negó con la cabeza.

—Lo de Jay Mac. Lo de su relación con tu intriga.

—No era una intriga, era un plan. Y ya te lo he dicho: en realidad yo no trabajaba para Jay Mac Worth.

---

[2] *Cooper* significa "tonelero" (N. de la T)

—Claro que sí. Has arriesgado la vida para enriquecer más a mi padre. Y ahora que lo has ayudado a despejar otro obstáculo, pondrá su dinero en los ferrocarriles de Colorado y luego cosechará las ganancias.

—Mucha gente saldrá beneficiada.

Ella soltó un delicado resoplido y habló en tono glacial.

—Ahora te pareces a mi hermana Rennie, que lo sabe todo sobre ganancias y pérdidas, y sobre cuántas personas se beneficiarán... Y Jay Mac estará por encima de todas ellas, ya te lo digo.

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Ethan.

—Quiero saber qué te pasa —dijo—. Por qué me zahieres así.

—Baja la voz —dijo ella rápidamente, echando una ojeada a los demás comensales.

El tiesto con una palmera y las flores de invernadero que los rodeaban no les garantizaban intimidad en su mesa. Michael dejó la taza, y se puso las manos en el regazo. Bajo la mesa, se dedicó a doblar la servilleta de lino.

—No era consciente en absoluto de zaherirte.

Sabía que era mentira; deseaba hacerle sentir algo, cierto arrepentimiento por no haber sido del todo sincero con ella cuando tuvo la oportunidad. No se trataba de Jay Mac; éste no era más que un pretexto, algo de lo que hablar. Lo que en realidad quería decir era: «¿Por qué no fuiste sincero al decirme que me amabas?»

—¿Estás nerviosa por el juicio? —preguntó él.

El juicio... Michael quiso gritarle, echarle una bronca... El juicio le

daba lo mismo... No, eso tampoco era cierto. Sí que le importaba, sólo que no tanto como el hecho de que no fuera a tocarla más, ni a besarla nunca... Que no fuera a reconocer jamás, ni con un gesto, que hubo un tiempo en que fueron amantes, o que en una ocasión le había dicho que la amaba. Recordó sus palabras cuando pidió las habitaciones separadas en Stillwater: «Esto no es el Saloon de Kelly, y tú no eres mi esposa de verdad...» Según parecía, fuera del Saloon de Kelly no había lugar para ellos. Ni en Stillwater ni en Denver. Y, desde luego, tampoco en Nueva York.

—A lo mejor sí que estoy nerviosa —dijo—. Un poco.

—La sala estará llena.

Ella se encogió de hombros.

—Es un juicio de interés nacional.

—¿Has pensado en cómo vas a responder a las preguntas relativas a nosotros dos?

Las hermosas y delicadas cejas de Michael se elevaron un poquito.

—¿Cómo sobre nosotros? —dijo con frialdad.

Ocultos a los ojos de él, mientras tanto, sus dedos plegaban con frenesí la servilleta, con los nudillos tan blancos como el lino.

—No hay nada que contar. No pasó nada.

Él esperaba oírlo en el juicio, pero no en aquel instante, en la relativa intimidad del comedor, cuando estaban solos: uno de los pocos momentos en que habían estado así desde las detenciones. Le pareció sentir una patada.

—Ya entiendo —dijo.

Sus ojos buscaron los de ella, atraparon su mirada y la mantuvieron, pero no supo qué pensaba. Sus ojos color esmeralda parecían más inexpresivos que cautelosos, más resignados que retadores.

—¿Así es como lo recuerdas? —preguntó.

—¿Tú no?

Ella esperó su respuesta; quiso decir: «Dímelo ahora. Dime que me amas. Hazme creer que no se trataba de consolarme cuando pensabas que íbamos a morir...» Ethan recordaba que ella le había dicho que lo amaba. Una y otra vez había intentado repetirse un consejo sensato: que se limitaba a arrojarle un hueso, que lo había dicho como medio para descargarse la conciencia... Pero, en el fondo, no quería creérselo. Entonces se pasó los dedos por el negro pelo mientras notaba que un pesado dolor se le asentaba en el pecho. Apartó la mirada y dijo en voz baja:

—Igual.

—Así pues, no hay motivo para que ninguno de los dos esté nervioso, ¿no? Sólo tenemos que decir la verdad.

—Seguro que habrá especulaciones —dijo él.

—Siempre las hay —dijo ella con creíble indiferencia.

Él no dijo nada, y un incómodo silencio se instaló entre los dos. A ella se le enfrió el resto de la comida. Ethan comió muy poco de lo que le quedaba. Luego acudió la camarera y quitó la mesa. Aceptaron su ofrecimiento de café y tarta porque se resistían a marcharse y no sabían

cómo proseguir.

—¿Cuándo crees que podré ir a casa? —preguntó ella—. Eso era lo esencial de la carta de mamá.

A él la tarta de manzana se le volvió amarga como la hiel.

—Dentro de unas semanas. Sospecho que el juicio de Houston será el que tarde más, y el de Dee a lo mejor le disputa la primera posición. Las causas contra Happy, Ben y Jake serán rápidas; incluso puede que los juzguen juntos.

—¿Y la de Peter Monroe?

—Primero a Cooper tienen que traerlo legalmente aquí, y eso podría tardar un poco. No debe importarte, porque tú no tienes que declarar en esa causa. Yo soy el testigo que puede identificarlo.

—Entonces no irás pronto por Nueva York.

¿Era ella, pensó Michael, quien parecía hablar con tanta tranquilidad? ¿Cómo es que su corazón no le prestaba ni rastro de vibración a su voz?

—No —dijo él; el café estaba demasiado caliente, pero no le importó—. Pronto no. No tengo negocios allí.

—Creía... —Michael vaciló y empezó de nuevo, con más energía esta vez—. Creía que a lo mejor tenías algo pendiente con Joe Rivington.

—De ser así, iría a Washington, no a Nueva York.

—Claro... No lo había pensado.

—Voy a instalarme aquí, Michael. Colorado será mi hogar.

—¿En Denver?

—Es lo más probable. Está en el centro de mi jurisdicción.

Ella asintió. Si Ethan tuviera que quedarse un tiempo en Nueva York, lo aborrecería. Tal vez era mejor que no se hubiera hablado de matrimonio. Ella era del este y él, del oeste. Qué fácil había resultado olvidarlo en el Saloon de Kelly... Entonces ella era sólo de él... Y, sonriendo con nostalgia, pensó que también él lo era de ella.

—¿Algo divertido? —preguntó Ethan en voz baja.

—No. Sólo una idea fugaz.

Él conocía bien aquellas ideas. Quiso tocarle el cabello, aquel marco bruñido que rodeaba su rostro, suavizado bajo la luz de gas. Imaginó sus dedos recorriendo el arco de sus pómulos, deslizándose por la línea de su mandíbula. El pulgar pasaría sobre su labio superior y acariciaría su mohín; entonces la punta de su lengua lo tocaría, y sus ojos se oscurecerían. Luego él... Ethan se detuvo. Michael lo observaba fijamente, como si le leyera los pensamientos... Y los refrenó. Ella ya no quería nada de él; lo dejaba bien claro desviviéndose por evitarlo y pasando la mayor parte de su tiempo con Drew Beaumont desde que éste llegó a Denver...

Ethan señaló la tarta que ella apenas había tocado.

—¿Has terminado?

Ella se ruborizó.

—No tengo mucha hambre.

Estuvo a punto de preguntarle si la quería, pero vio que no se había acabado la suya. Entonces dejó la servilleta junto al plato y dijo;

—Debería volver a mi habitación. Tengo que acabar una historia para el periódico.

—No he advertido que estuvieras escribiendo sobre el juicio para el *Chronicle*.

—No es sobre el juicio, sino sobre las salas de baile de las ciudades mineras, algo de lo que estoy muy al corriente. En mi diario tengo material para diez artículos o así, y el señor Marshall va a publicarlos como serie en la edición dominical.

«Nunca se conformaría con el *Rocky Mountains News*», pensó él. Empezó a levantarse.

—Te acompañaré a tu habitación —dijo.

Michael permitió que le apartase la silla y se levantó también. En ese instante, por encima del hombro, vio a Drew en el vestíbulo del hotel.

—No hace falta. Ahí está Drew. Él vendrá conmigo. Nuestras habitaciones están en el mismo piso y, de todas formas, tengo que hablar con él de una cosa.

Ethan no encontró ninguna buena razón para oponerse. Drew los había visto y se acercaba ya. Como no quiso que le diera las gracias una vez más por salvarle la vida, dijo un seco «Buenas noches» a Michael, tomó su sombrero y pasó ante Drew, rozándolo, sin dirigirle la palabra. Éste tomó del brazo a Michael y preguntó:

—¿Qué le pasa al Marshal?

Ella clavó los ojos en Ethan un momento más.

—Sólo el juicio —dijo por fin—. Está deseando que empiece.

Durante quince días Denver estuvo pendiente de cada palabra de los juicios. No fue sólo Denver. Personas de todo el país se interesaron por la historia de un sheriff y un alguacil que robaban trenes; de la mujer que era la amante de aquél y que tal vez hubiera asesinado a su esposo; de los hermanastros que buscaron plata durante años en las Rocosas sin sacar más provecho que lo que robaban, y de la conexión de todos ellos con el vicepresidente del Union Pacific, que había dado con un artero plan para aumentar su fortuna.

Todas las mañanas la sala se llenaba al completo, y la gente esperaba en los vestíbulos con la vana esperanza de que alguien se marchara del proceso para ocupar el sitio que dejaba libre. Cuando se daba el caso, el juez Clark Tucker presidía la locura resultante y amenazaba con el mazo a la indisciplinada multitud. Según el Rocky Mountain News, Tucker llevaba un arma bajo la toga, pero nadie lo había confirmado, y menos, el distinguido juez en persona.

Fiel a la predicción de Ethan, el juicio de Houston fue el que más duró. Fue allí donde se desenredó la historia del secuestro de Michael y donde se descubrió al público. El abogado de Houston afirmó que el responsable era Ethan Stone, no Nathaniel Houston, y argumentó con elocuencia que quien la había puesto en peligro era el hombre que la había sacado del tren, no el que, supuestamente, dirigía el robo. La defensa también abogó por la tesis de que lo ocurrido en las minas fue un accidente derivado de un corrimiento de tierras, no un intento de asesinato. Asimismo, demostró que Houston no había ordenado la

muerte de los periodistas del *Chronicle* aportando testigos del robo, que confirmaron la situación de Houston en el tren cuando se desengancharon los vagones.

La sala guardó silencio mientras Ethan testificaba, pero eso no fue nada comparado con el silencio que mantuvo callada a la gente cuando Michael ocupó el estrado. Bajo juramento, volvió a contar la historia del robo del número 349 y de su rapto, así como el modo en que el Marshal Stone tuvo cuidado de mantener su «tapadera» ante los demás pero se la reveló a ella. Muchas de las cosas que la defensa le pidió que contase perjudicaban más la reputación de Ethan que la de Houston: no fue Houston quien la hizo trabajar en el saloon, ni quien la mantuvo encerrada con llave en su cuarto, y tampoco fue Houston quien impidió que huyera. Michael contó que la habían drogado, pero no pudo decir con seguridad si lo había ordenado Houston. La parte acusadora le concedió tiempo para que explicara que Ethan actuó así con el fin de protegerla; el abogado de Houston hizo cuanto estaba en su mano para que el jurado lo olvidase. Una y otra vez volvió a ponerse en cuestión su estado de ánimo durante el incidente de la mina, y la defensa la machacó hasta hacerle admitir que no estaba segura de los primeros acontecimientos de aquella noche. Al salir del estrado estaba pálida, y le temblaban las manos. Drew la acompañó a la salida. Ethan no levantó la vista para mirarla cuando pasó.

Al cabo de cuatro días de declaraciones y dos de deliberación, se pronunció el veredicto. A Houston se le declaró culpable de todos los

cargos de robo, aunque resultó exculpado de los asesinatos de los empleados del *Chronicle* y del intento de asesinato de Ethan y de Michael. La condena por los robos significaba cuarenta años de cárcel, a pesar de que la acusación había solicitado pena de muerte. Cuando se leyó el fallo, Houston reaccionó como si hubiera ganado, y de hecho, Ethan sintió que había sido así. Mientras salía de la sala, rodeado de guardias, Houston volvió la cabeza en dirección a Ethan y sonrió. Fue una sonrisa llena de promesas y de amenazas, y Ethan la sostuvo sin parpadear; no mostró reacción alguna hasta que vio a Houston buscando a Michael. La expresión de sus ojos de obsidiana le heló la sangre, pero fue su guiño lo que estuvo a punto de hacer saltar a Ethan de su asiento. Entonces miró a Michael, situada tres filas atrás; tenía la cabeza inclinada, y no supo si había visto o no la sugerente mirada lasciva de Houston. Estaba seguro de que Drew sí la había visto, pues el periodista estaba mirándolo mientras su mano volaba por el cuaderno.

Las circunstancias de la muerte del señor Kelly no se presentaron en el juicio de Detra. Si el jurado había leído alguno de los relatos del periódico, o si sabía que su padre había sido farmacéutico, no lo demostró. En la sala del juez Tucker se la enjuició exclusivamente por tomar parte en la preparación de los robos. Ethan fue el principal testigo contra ella, ya que la historia de Michael procedía sólo de lo que oyó tras de la puerta cuando se planeaba el robo del número 486. El abogado de Detra se valió de muchas personas, entre ellas Kitty Long, que acreditaron su talento para los negocios a la hora de llevar el saloon, así

como su equidad en el trato con los empleados. Los mineros de Madison testificaron que estaba bien considerada en la ciudad minera, y que era honrada con los juegos que se desarrollaban en su local. Al jurado de doce hombres también le cayó bien, y no quedaron convencidos de que hubiera desempeñado un papel crucial en la trama, como le habría gustado a Ethan. Después de todo, no era más que una mujer. La declararon culpable, pero el honorable juez Tucker sólo la condenó a dos años.

A Ben, Happy y Jake los juzgaron juntos. Ben y Jake recibieron la misma condena que Houston. Happy, a partir de la declaración de Michael en el sentido de que había reconocido su culpa en las muertes de los empleados del *Chronicle,* fue condenado a la horca.

Tres días después Michael no asistió a la ejecución pública. Cuando bajaron el cuerpo de Happy McAllister, se encontraba en algún lugar entre San Luis y Pittsburgh, camino de casa.

Capítulo 13

Cuando se abrió la puerta de su despacho, John Mackenzie Worth hizo girar su gran sillón de piel; el oscuro cuero color burdeos guardaba el aroma del humo de cigarro, y así le gustaba a él incluso antes de dejar de fumarlos, hacía ya siete meses. Había hecho un pacto con Dios por el regreso sana y salva de su hija, aunque su esposa creía que al fin los había dejado por ella. Por respeto a los años de quejas de Nina, no la sacó de su error. Ahora Nina pretendía que se deshiciera del sillón, pero en ese punto se mantenía firme.

El pomposo secretario de Jay Mac entró en el despacho, con un porte tan estirado como su ennegrecido bigote.

—Su cita de las dos está aquí —dijo—. Trae consigo a otra persona.

—Hágalos pasar, Wilson —Por encima del hombro del secretario, Jay Mac vio a dos hombres que se acercaban al umbral del despacho—. No se preocupe. Han encontrado el camino solos.

Entonces se levantó, rodeó la mesa y despidió a Wilson, mientras tendía una mano a sus visitantes. Ambos tenían un aspecto francamente cansado; ninguno de los dos estaba acostumbrado a pasar días y noches de viaje en tren. En realidad, no parecían ser del tipo de hombres que

soportasen la reclusión y mucho menos que la disfrutaran.

Jay Mac estrechó con firmeza la mano de Ethan Stone, luego lo miró directo a los ojos y lo examinó largo tiempo mientras su cara permanecía impasible. Conque ése era el hombre, pensó Ethan, que había enseñado a Michael a jugar al póquer... Le agradó la idea de sentarse en algún momento a una mesa frente a Mac, sólo para ver quién faroleaba mejor y quién abandonaba antes. Pero en aquella ocasión le concedió la partida: era imposible no mirar la cara del padre de Michael sin verla a ella. Por un instante fue consciente de que, de hecho, se había encogido ante la franqueza de los implacables ojos verdes de Jay Mac.

John MacKenzie Worth era varios centímetros más bajo que él, pero no se dio cuenta hasta que se apartó. El padre de Michael era esbelto, y emanaba un aura de autoridad y poder que le confería una estatura inexistente. Tenía una cabeza de tupido cabello rubio oscuro que se volvía ceniza en las sienes, y unas hebras de este color más claro le salpicaban también las patillas y el bigote. Su cara era un poco más ancha que la de Michael, aunque ambos compartían el mismo gesto serio de la boca; a diferencia de los de su hija, los lentes de Jay Mac iban guardados en el bolsillo de la pechera de su chaqueta cuando no los llevaba puestos.

—Éste es Jarret Sullivan —dijo Ethan mientras Jay Mac saludaba al hombre que lo acompañaba—. Le he pedido que nos ayude. Nos conocemos desde hace unos cuantos años, desde los días del Express.

Jarret estrechó la mano de Jay Mac. Era tan alto como Ethan y,

aunque algo más ancho de hombros, en general, más flaco. De miembros largos, tenía un porte suelto que le daba un aspecto más bien ágil que fuerte. Emanaba un aire de tranquilidad que lo hacía parecer más relajado de lo que era en realidad. Un mínimo gesto, la leve elevación de una comisura de su boca, indicaba el regocijo, a veces cínico y a veces auténtico, con que Jarret observaba cuanto sucedía a su alrededor. Sin embargo, nunca se mantenía tan ajeno a los acontecimientos como sus ojos, azules y distantes, parecían indicar. Sus ojos color zafiro llamaban la atención en un rostro curtido por el sol. Con su mandíbula de corte enérgico y su nariz patricia, tenía el aire orgulloso de un aristócrata; por el contrario, la barba de pocos días en las mejillas y el mentón le daban un aspecto más bien peligroso. Tenía el pelo rubio oscuro y demasiado largo en la nuca para la moda de Nueva York, pero en cierto modo le sentaba bien.

—¿Sullivan? —preguntó Jay Mac cuando acabó de enjuiciarle.— Es un apellido irlandés, ¿no?

A Jarret no le hacía demasiada gracia que Jay Mac lo evaluara, pero en atención a Ethan hizo un esfuerzo por contener su desdén y, con un creíble deje irlandés, respondió, amable:

—Del condado de Wexford, por el lado de papá.

Jay Mac soltó una risilla al retirar la mano; luego señaló con un gesto las butacas que había ante su escritorio y les pidió que se sentaran. Él se quedó de pie, apoyado en el filo de la mesa, y tomó la caja de puros, de laca negra, que había junto a él. Levantó la tapa y les ofreció a sus

invitados.

—Yo lo he dejado —dijo—. Pero no me importaría oler el humo. No creo que eso sea faltar a mi promesa.

Ethan pasó, pero Jarret tomó uno.

—¿Una promesa? —preguntó Ethan.

Jay Mac cerró la tapa y después cortó y encendió el cigarro de Jarret.

—Hice un trato con Dios de dejar de fumar si me devolvía a mi hija sana y salva.

Se perdió el respingo de sorpresa de Ethan mientras disfrutaba de forma indirecta del humo de Jarret. Al cabo de un instante se enderezó, suspiró y rodeó la mesa para volver a su butaca. Una vez sentado, dedicó toda su atención a Ethan Stone.

—Su telegrama me llegó hace cinco días —dijo—. La verdad, me pareció que Dios faltaba a su palabra. No se lo he dicho con estas palabras a Moira ni a Mary Francis, que se sentirían muy decepcionadas si me oyeran hablar así, pero es lo que pienso. Dígame, señor Stone, ¿cuál es el peligro real en que se encuentra mi hija?

Ethan echó una ojeada a Jarret, que, estirado cómodamente en su butaca con las largas piernas cruzadas a la altura de los tobillos, tenía todo el aspecto de estar disfrutando de su cigarro. Ethan no podía fingir aquella tranquilidad. Todo él estaba en tensión y le suponía un auténtico esfuerzo permanecer sentado, cuando lo que deseaba era pasear arriba y abajo. Su única concesión al nerviosismo fue inclinarse hacia delante en la butaca.

—Si no creyera que Houston y Detra iban a venir a buscarla, no le habría mandado un telegrama ni habría venido yo mismo —dijo.

Desde que Michael se marchó de Denver no había sabido nada de ella. No había habido cartas ni telegramas. Nada que indicara que quisiera volver a verlo.

—Michael va a necesitar protección. Ni por un instante se me ha ocurrido que Houston y Dee vayan a escabullirse discretamente y a vivir el resto de sus vidas en el anonimato. Si hubiera visto la mirada que Houston le dirigió a Michael cuando lo sacaban después de oír la condena, tampoco lo creería.

Jay Mac cogió el abrecartas que había sobre la mesa y se dio unos golpecitos en la palma. Quienes lo conocían bien habrían reconocido en aquel gesto una señal de inquietud y peligro.

—Yo no quería que declarara en los juicios —dijo con un deje de sequedad—. Tendría que haber sido sólo cuestión de usted.

—Tenían que citarla —le dijo Ethan—. Ella fue testigo casi de todo.

—Y tengo que darle a usted las gracias por ello, ¿no? —Golpeó un poco más fuerte con el abrecartas sobre su piel—. Subestima mucho mi influencia si no cree que yo habría podido impedirle testificar.

—A mí no habría podido comprarme, señor Worth.

Los ojos de Ethan no temblaron ante los del magnate de los ferrocarriles. John MacKenzie Worth era uno de los cien hombres más poderosos del país, pero en aquel momento a Ethan no le importaba en absoluto.

—Yo no quiero su dinero.

Esta vez fue Jay Mac quien apartó la mirada. Tiró el abrecartas en la mesa, que saltó por la superficie y se puso a dar vueltas como la aguja de una brújula antes de quedarse quieto, y dijo:

—Sólo estaba soltando vapor.

El admitirlo resultaba casi una disculpa, y ambas cosas sorprendían, viniendo de Jay Mac Worth. Ethan la aceptó con un movimiento afirmativo de cabeza.

—No intentó ningún soborno, ¿verdad?

—Mi hija me conoce demasiado bien y me advirtió que no lo hiciera. Me lo advirtió, no me lo pidió. Michael se cortaría la mano derecha antes de pedirme que hiciera nada por ella. Insistió en declarar. Dijo que era un privilegio y un derecho. Detenerla habría significado perderla, señor Stone, y eso es lo único que no voy a hacer. Michael y yo no siempre opinamos igual, pero Dios sabe que la quiero.

Ethan no lo dudó. Durante un instante fugaz, mientras hablaba, en los ojos de Jay Mac había visto un brillo de lágrimas; hasta el más obtuso tendría claro que Jay Mac amaba a su hija.

—He venido para asegurarme de que siga estando a salvo, señor Worth. En ese aspecto, entre usted y yo no habrá ningún malentendido.

Jay Mac se relajó un poco. Luego se arrellanó en la butaca, aspiró el acre aroma del humo del cigarro de Jarret, y volvió a clavar los ojos en la franca mirada de Ethan.

—Su telegrama no daba muchos detalles, y en los periódicos locales

no ha aparecido nada sobre la fuga. Ni siquiera el *Chronicle* ha recogido la historia.

—Le pedí a Logan Marshall que no la publicara —dijo Ethan—. Pensé que a Michael le resultaría demasiado alarmante enterarse de ese modo. Era mejor que se enterase por usted. Se lo ha contado, ¿verdad?

Jay Mac asintió.

—A ella, a sus hermanas y a su madre. Todas tienen derecho a saberlo, y todas me plantearon preguntas que no supe responder.

Jarret cogió un cenicero, sacudió un poco de ceniza de la encendida punta de su cigarro y tomó la palabra.

—Detra Kelly contó con la ayuda de un guardia en la cárcel de mujeres; por lo visto, lo sedujo. —La perezosa sonrisa de Jarret se acentuó—. Dee es una belleza, pero creo que también ayudó el que le prometiera una considerable parte del dinero del robo, que no ha llegado a recuperarse.

—Yo ni siquiera supe que se había fugado hasta que ayudó a escapar a Houston —dijo Ethan—. Eso fue hace diez días, y tan pronto como me enteré, le envié a usted un mensaje por cable. Ben resultó herido en el intento de fuga: una mala caída en la cantera donde estaban picando piedra. A Jake lo mataron. Un informe dice que Houston recibió un balazo en la pierna, pero por lo visto eso no lo retrasó mucho, y Dee consiguió llevárselo. Han esquivado todos los grupos de búsqueda que han mandado tras ellos.

—Ethan y yo nos separamos del pelotón principal y les seguimos la

pista hasta San Luis —dijo Jarret—. Allí los perdí. El rastro se borró.

—¿Nombres nuevos? —preguntó Jay Mac— ¿Disfraces?

—Es bastante posible —dijo Ethan—. Pero desde ese momento no perdimos tiempo intentando seguirlos. Teníamos que anticiparnos a ellos.

—¿Cree haberlo hecho?

—No lo sé. Houston y Dee podrían estar ya en Nueva York, y dudo de que los encontremos primero. ¿Ha actuado usted según las sugerencias que le di en el telegrama?

—¿Se refiere a trasladar a mi familia? —preguntó Jay Mac; en su rostro se advertía una clara expresión de incredulidad—. Señor Stone, esta semana no habría sacado a Moira y a mis hijas de la ciudad salvo con el Séptimo de Caballería... Y no está apostado donde pueda llamarlo.

Se puso los lentes, sacó el reloj del bolsillo y le dio un vistazo a la hora.

—Dentro de hora y media se casa mi hija. Llevan meses haciendo planes y montando follón, y la noticia de la fuga de Nataniel Houston consiguió que pararan todo un segundo; al instante volvieron al lío de elegir flores para la iglesia y a pelearse por el menú del banquete. Dijeron que le seguían la corriente a Michael y que si ella no estaba preocupada, ellas tampoco. O, al menos, fingieron no estarlo.

Ethan se preguntó si estaría tan pálido como se sentía; porque al oír lo de la boda le pareció que toda la sangre se le escapaba de la cara y se le iba al estómago. Durante un momento no pudo respirar ni tragar.

Cuando Jay Mac le ofreció una copa, aceptó y se la bebió de un trago, como si fuera agua. Le quemó por toda la garganta pero no lo despejó. En cuanto a Jarret, sin dejar de observar a Ethan por el rabillo del ojo, dio un sorbo a la suya mientras pensaba que su viejo amigo se lo tomaba mal. En parte, su regocijo interior nacía del hecho de considerarse inmune a lo que, evidentemente, afectaba a Ethan.

—Ethan me ha contado que tiene usted cinco hijas —dijo—. ¿Cuál sería, pues, la que va a casarse?

La mirada de Jay Mac se apartó de Ethan y cayó, inocente, en Jarret.

—¿Ah, no lo he dicho? Creía haber mencionado que se trata de Mary Renee.

—Rennie —dijo Ethan en voz baja.

Al instante, su inmediato alivio se vio sustituido por un sentimiento de cólera: lo habían manipulado. «Mira con el vejestorio», pensó.

—Ha querido hacerme creer que era Michael.

Jay Mac se encogió de hombros y guardó el licor. Después llevó su propio vaso de vuelta a la mesa y se sentó en el filo. Sin disculparse, dijo:

—Tenía que saber lo que siente por mi hija. —Le echó una ojeada a Jarret—. A mí me parece que la ama. ¿Qué cree usted?

—Justo lo mismo, señor.

Ethan le lazó una mirada furiosa a su amigo y luego otra a Jay Mac. Ignoró por completo el tema de sus afectos y preguntó:

—¿Sabe Michael que yo planeaba venir?

—No se lo he dicho —dijo Jay Mac—. Con toda franqueza, temía

que la noticia la hiciera ponerse a hacer las maletas. Eso habría estado bien, pero habría huido de la persona equivocada. Y como existían muchas posibilidades de que Houston y esa Dee la encontraran antes que usted, no quise que eso pasara.

No era agradable saber que Michael se habría desvivido por esquivarlo a él, mientras que ni Houston ni Detra le inspiraban ningún miedo. Haciendo rodar su vaso entre las palmas de las manos, Ethan dijo:

—Cuando veníamos para acá, Jarret y yo hemos comentado un plan. Creemos que Michael debería continuar con sus costumbres, como, según parece, ha hecho. Eso hará que Houston y Dee salgan. Sin embargo, por respeto a la seguridad del resto de su familia, creo que ellas sí deberían dejar la ciudad por un tiempo.

Jay Mac se quedó callado y tomó otro sorbo de su bebida.

—No puedo decir que me guste la idea de usar a Michael como cebo, y eso es justo lo que me propone. Por otra parte, no tengo esperanza alguna de convencerla de que deje su trabajo en el *Chronicle* ni siquiera un día, por no hablar de las semanas o meses que a lo mejor harán falta para que ustedes atrapen a Houston. Mary Francis estará muy tranquila en el convento; Maggie, Skye y su madre irán a mi casa de verano en el valle del Hudson.

—Y Rennie estará de luna de miel con su nuevo marido—dijo Ethan.

Jay Mac titubeó.

—Bueno, en realidad Rennie supone un pequeño problema. No

estoy seguro de que acceda a dejar la ciudad cuando sepa que usted está aquí.

En su fuero interno, Jarret descartó la idea. Una guirnalda de humo se cernía en el aire delante de él. Soltó la respiración y la apartó soplando.

—Seguro que su marido tendrá algo que opinar en el asunto.

—¿Hollis Banks? —Jay Mac dio un resoplido burlón—. No se atrevería a contradecir a Rennie. Hará lo que ella diga.

Ethan se hundió en la butaca. El whisky doble en el estómago vacío le desató la lengua, y en tono levemente acusador, dijo:

—¿Pero es que no tiene ninguna hija que haga lo que le dicen?

—Ni una siquiera. —Aunque levantó las manos, no parecía especialmente decepcionado—. Me temo que Moira las ha criado con voluntad propia.

En cierto modo, Ethan dudó de que aquello fuera del todo verdad. En Michael había mucho de la influencia de Jay Mac. Se limitó a dar un fuerte suspiro y a mover la cabeza mientras éste se terminaba la copa.

—Lo cierto es que confiaba en que este asunto con Houston tuviera un resquicio de esperanza.

—¿Y eso? —preguntó Ethan.

—Confiaba en que quizá sirviera para suspender de forma temporal la boda de Rennie. —Se subió los lentes en el caballete de la nariz y volvió a mirar el reloj—. Dentro de poco más de una hora... Le he pedido a Dios que no se casase con ese berzotas.

Jarret mostró los dientes en una amplia sonrisa, al tiempo que hacía mucho teatro con el placer que le proporcionaba el cigarro.

—Supongo que, si tuviera otro vicio que dejar, cerraría otro trato con Dios.

Jay Mac parpadeó ante la insolencia del más joven, aunque luego soltó una breve carcajada.

—Está completamente en lo cierto, señor Sullivan. Completamente en lo cierto.

Ethan se levantó. La boda de Rennie no era asunto suyo.

—Jarret se quedará con la madre y las hermanas de Michael en el valle. Si está seguro del todo de que Mary Francis se encontrará a salvo, no es preciso más protección por ese lado. Si no confía en que el futuro marido de Rennie vaya a actuar bien con ella, le sugiero que contrate a alguien. Yo estaré con Michael.

El modo en que dijo las últimas palabras fue casi un desafío a Jay Mac, pero el padre de Michael se limitó a devolverle su firme mirada. Jarret puso su vaso en el borde de la mesa y siguió el ejemplo de Ethan.

—Entonces, supongo que nos veremos todos en la boda. Aunque nosotros no vamos vestidos para la ocasión. —Advirtió que Jay Mac tampoco—. ¿Lo seguimos a usted hasta allí?

Un silencio mortal siguió a la pregunta de Jarret, y Ethan sabía por qué. Jarret sólo vio que, sin darse cuenta, había abordado un tema que debía evitarse. Entonces Jay Mac rodeó la mesa, sacó del cajón de en medio papel y una pluma y se apresuró a escribir las direcciones. El

rápido movimiento de su mano por la página hacía casi invisible el ligero temblor de sus dedos. Cuando habló, su voz estaba cuidadosamente modulada. Sólo sus ojos verdes oscuros insinuaban la intensidad de su dolor.

—Yo no voy a asistir a la boda —dijo, con una sonrisa llena de burla hacia sí mismo—. Ni a entregar a Rennie. Me temo que sea uno de los precios que un padre de familia paga por engendrar bastardas. Aunque tal vez sea eso el resquicio de esperanza al que me refería: así no tendré que ver cómo comete el mayor error de su vida.

Luego sopló sobre el papel para secar la tinta, lo dobló en cuatro partes y lo pasó por encima de la mesa a Ethan.

—La boda es en la iglesia de San Gregorio, aquí en Manhattan. También he puesto la dirección del hotel de Michael; se aloja en el Saint Mark desde que volvió de Denver. Por la mañana me iré con Moira y las chicas a la casa de verano; he contratado protección por mi cuenta, así que no necesitaremos al señor Sullivan.

Jarret asintió.

—Entonces me quedaré cerca de ti, Ethan.

En ese momento Jay Mac negó con la cabeza.

—Me sentiría mucho mejor si se quedara cerca de Rennie.

Todo el regocijo desapareció del rostro de Jarret que, mientras aplastaba el cigarro en el cenicero, preguntó:

—¿En su luna de miel?

—Como dudo de que ahora acceda a irse, necesitará tanta

protección como Michael.

Jarret y Ethan reaccionaron preguntando al mismo tiempo.

—¿Por qué?

Jay Mac ladeó la cabeza, y frunció sus rubias cejas. Desconcertado, miró a Ethan con la frente plegada.

—Así que no lo sabe, ¿verdad? —dijo—. Michael no le ha hablado de Rennie.

Despacio, Ethan hizo un gesto negativo.

—No estoy seguro de lo que quiere decir.

Esta vez cuando Jay Mac Worth levantó las manos quedó clara su irritación.

—Es muy típico de ella —dijo, más para sí mismo que para sus visitantes—. Y Rennie habría hecho igual. Llevan jugando a estos jueguecitos con la gente desde que eran niñas. Uno piensa que ahora, con veinticuatro años, ya no tendrían que divertirles tanto, pero está claro que algunas cosas no cambian nunca. Sólo Dios sabe cuándo tendría pensado decírselo.

—¿Decirme qué? —dijo Ethan, impaciente.

—¿Decirle qué? —preguntó Jarret, intrigado.

—Michael y Rennie..., son gemelas.

La boca de Ethan, que se había abierto un poco, ahora se cerró de golpe. Jarret soltó un suave silbido y subió un poco las negras cejas al plantearse las posibles consecuencias.

—Gemelas. Imagínate... Houston y Dee podrían tropezar con la

hermana equivocada.

La mirada de Jay Mac fue de uno a otro.

—Exacto. Y ese idiota de Hollis Banks no puede protegerla. En realidad, no estoy seguro de que nadie pueda hacerlo, si Rennie decide atraer la atención sobre sí misma para salvar a Michael. Eso, caballeros, es justo el tipo de idea loca que a Rennie se le puede meter en la cabeza.

Con un brusco ademán se apartó de la mesa y se puso de pie; luego se quitó los lentes, los dobló y se los metió en el bolsillo.

—Estoy dispuesto a pagar diez mil dólares para detener esa boda.

—Yo no quiero su dinero, señor Worth —repitió Ethan.

Le tendió la mano, se la estrechó y se volvió para marcharse. Jarret Sullivan siguió su ejemplo, pero cuando estaba a punto de salir se volvió hacia Jay Mac.

—Hablando de esos diez mil dólares... —dijo—. Es posible que yo esté muy interesado.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, John MacKenzie Worth se sentó en su cómodo sillón de cuero y extendió la mano para coger un cigarro. Aspiró su aroma e incluso se lo colocó entre los labios un instante; tendría que encontrar otra manera de celebrar su buena suerte, pensó. Ethan Stone y Mary Michael... Aquel hombre no había viajado mil quinientos kilómetros sólo para ofrecer su protección. Si Jay Mac sabía juzgar caracteres, y pensaba que lo hacía bastante bien, lo que Ethan Stone pretendía era casarse con su hija... Y lo cierto era que ya iba siendo hora.

Eso dejaba a Rennie. ¿Qué pensaría Moira al saber que había ofrecido dinero para detener la boda...? Sonrió y su bigote subió un poco, Moira lo aceptaría con el tiempo, como solía hacer con la mayoría de las cosas. Y la familia sobreviviría al escándalo; siempre lo había conseguido. Al principio estaría disgustada, pero, al menos, el que Jarret Sullivan fuera medio irlandés contribuiría mucho a calmar su recelo. Entonces guardó el cigarro y cerró la negra caja de laca. Al día siguiente estaría con Moira en la casa de verano... La celebración que pretendía disfrutar empezó a tomar forma en su cabeza.

—¿Por qué le has dicho que querías el dinero? —preguntó Ethan cuando salieron del edificio Worth a Broadway.

—No he dicho que lo quisiera; sólo que estaba interesado. ¿Tú no?

—No lo necesito.

Jarret se encogió de hombros.

—Pues yo no tengo una mina de plata. Diez mil dólares siempre vienen bien.

—Entonces dejaré que te ocupes de detener la boda, Yo no quiero meterme en eso. Si Rennie se parece en algo a su hermana, no creas que va a darte las gracias.

—Me da igual que me las dé —dijo con una amplia sonrisa—. El dinero de Jay Mac lo compensará.

Ethan llamó a un coche de alquiler, se montaron en él y le dio al cochero la dirección de la iglesia, junto con una seca orden para que se

apresurara. El sol de mayo era cálido, pero soplaba un fuerte viento. Las mujeres caminaban por Broadway sosteniéndose el sombrero con una mano mientras que, con la otra, intentaban controlar el aleteo de sus faldas. La calle estaba atestada de peatones, calesas y carros, y en las aceras los vendedores pregonaban verduras, flores y fruta.

Camino de la iglesia, dejaron atrás la plaza de la Casa de la Prensa. Ethan señaló las oficinas del *Chronicle*, y luego, el palacio francés de mármol blanco que albergaba al New York Herald en la esquina que daba a Broadway y a la calle Ann.

—Suponiendo que de verdad consigas detener la boda —dijo—, ¿qué vas a hacer con Rennie?

—Si su madre y sus hermanas van a estar en el valle, no hay motivo para que no nos quedemos en su casa. No te preocupes, Ethan, la cuidaré.

Ethan supuso que si le confiaba a Jarret su propia vida —y lo había hecho en varias ocasiones—, bien podía confiarle la de Rennie.

—De acuerdo.

Jarret le echó un vistazo a su amigo. No recordaba haberlo visto nunca tan tenso. Un bote de nitro le habría estallado en las manos... Pero se guardó mucho de pensar que aquello tuviera algo que ver con Houston y Dee.

—¿Qué crees que hará cuando te vea?

Ethan hundió las manos en los bolsillos y se arrellanó en el asiento.

—Maldito si lo sé —dijo en voz baja.

En una dependencia lateral de la iglesia, todas rondaban en tono a Rennie. De rodillas delante de su hermana, Skye Dennehy hacía ajustes de última hora en el bajo del vestido; tenía el pequeño y ovalado rostro sofocado, y sobre él se rizaban unos bucles pelirrojos que se habían soltado del moño que llevaba en la nuca. Murmuraba algo por entre los alfileres que tenía en la boca, pero nadie le prestaba la menor atención. Maggie, por su parte, toqueteaba el ramo de flores y arreglaba una y otra vez los capullos de azahar para hacer que quedaran lo mejor posible. Sus rasgos, pequeños y delicados, parecían tensos, y tenía la boca cómicamente torcida a un lado mientras se concentraba en su labor. Por otro lado, Mary Francis, con la hermosa cara enmarcada en la toca de su hábito, atusaba el cabello de Rennie: volvía a colocar las horquillas en su sitio y sujetaba el velo, mientras tarareaba en voz baja la misma melodía que el organista tocaba en la nave principal, recordando a las demás, sin querer, que no quedaba mucho tiempo.

La madre de la novia cubría su cabello rojo oscuro con una mantilla de encaje. Con la frente arrugada de preocupación, Moira alisaba las mangas de satén del vestido. Las manos le temblaban un poco. De vez en cuando miraba a Rennie con expresión inquieta.

Por último, arrodillada junto a Skye y enhebrando una aguja, se encontraba Michael.

—Un velatorio es más divertido que esto —dijo.

—¡Michael! —la reprendió su madre.

—Bueno, pues sí que lo es —dijo, impenitente; luego le dio la aguja enhebrada a Skye y sacó con cuidado los alfileres de la boca de su hermana—. Si alguien nos viera a todas, pensaría que los irlandeses sólo saben divertirse en los funerales. Todo este jaleo de última hora porque Rennie ha tropezado en los escalones y se ha desgarrado el bajo, se ha ensuciado el vestido y ha tirado el ramo antes de lo previsto... Si yo fuera un poco supersticiosa, diría que esta boda no debía celebrarse.

Con la boca torcida de disgusto, Rennie bajó la mirada hacia su hermana.

—Te agradecería que te guardases ese tipo de pensamientos para ti. Sé que tienes buena intención, pero ya te he oído todo lo que tenía que oírte sobre el tema de mi boda con Hollis Banks.

Ahora que la boca de Skye estaba libre de alfileres, ésta apoyó la causa de Michael. Su joven rostro estaba serio.

—No es que no nos guste Hollis. Bueno, exactamente tampoco es que nos guste...

—¡Schyler! —dijo Moira, moviendo la cabeza con desesperación.

¿Dónde habían aprendido sus hijas a decir lo que pensaban con tanta franqueza? Era la influencia de Jay Mac, pensó... Y él no estaba allí para ver lo que había hecho.

—No ha querido decirlo así, Rennie.

—Sí que quería —dijo Skye—. Creo que Hollis está bien, pero no es

la clase de hombre con quien imaginé que te casarías.

Rennie soltó un delicado bufido.

—No puedo más que suponer lo que te habrás montado en esa cabeza... «Hollis me agrada mucho: es amable, correcto, elegante...»

—Y va detrás de tu dinero —dijo Mary Francis con serena seguridad.

Moira se quedó sin aliento ante la declaración de su hija mayor.

—En realidad —intervino Maggie, gesticulando con el ramo de flores en dirección a Rennie—, va detrás del dinero de Jay Mac, y cree que tú eres precisamente la Dennehy que puede pillarlo.

Moira se dio aire con el abanico. Deseó ser una mujer dada a los desmayos, porque le habría gustado desmayarse justo entonces. En la práctica, sus hijas la ignoraron.

—Qué buen momento para decírmelo —dijo Rennie.

Michael pinchó en un acerico los alfileres que había recogido.

—Te lo hemos dicho desde el principio, pero tú no has querido escuchar.

—Ahora lo que tendríais que hacer sería respaldarme. Tendríais que alegraros por mí y desearme mucha suerte.

Rennie se sintió como si tiraran de ella en cinco direcciones distintas y empezó a deshacerse de sus hermanas; pero sólo después se dio cuenta de que las había hecho retroceder, avergonzadas y arrepentidas por su falta de sensibilidad. Porque, a pesar de toda la actividad que la rodeaba, otra cosa había captado su atención. En el umbral de la sala, con el

sombrero en la mano y todo el aspecto de sentirse muy incómodos con su ropa cubierta de polvo y arrugada por el viaje, había dos hombres. Sus cintos con pistolera quedaban fuera de lugar.

Ethan trasladó el peso de su cuerpo de un pie al otro. Junto a él, Jarret se apoyó con descuido en el marco de la puerta, a la vez divertido y alerta.

—¿Desean algo? —les preguntó.

Era la voz de Michael, pensó Ethan..., y sin embargo no era Michael; era su rostro, y sin embargo, no... Si Jay Mac no le hubiera contado que Rennie y Michael eran gemelas, habría confundido a Rennie con su hermana, porque, si había diferencias, eran tan leves que resultaban casi imperceptibles. Ethan carraspeó y sus ojos pasaron del preocupado semblante de Moira a la mirada interrogadora de la Hermana Mary, a los nerviosos dedos de Maggie, que pellizcaban el ramo de flores, y al ardiente cabello de Skye, hasta posarse al fin en el perfil de Michael.

—Me llamo Ethan Stone —dijo en voz baja—. He venido por Michael.

Pero no fue ésta quien se movió, sino Rennie. Recogiendo a un lado los pliegues de su vestido de satén blanco, se coló con esfuerzo entre el círculo de su familia y se acercó a Ethan, sin dignarse mirar al hombre que había a su lado. Se detuvo justo delante de él, y con voz amarga, fría y distante, preguntó:

—¿El Marshal Stone? ¿El que raptó a mi hermana?

Jarret tenía los ojos fijos en Rennie. Todas las demás estaban mirando a Ethan.

—Sí —dijo él, manteniéndose firme—. El que raptó a su hermana.

La mano de Rennie describió un amplio arco, pero cuando estaba apenas a un par de centímetros de la cara de Ethan, la trayectoria de su brazo se detuvo. No lo hizo Ethan, sino Jarret. De un tirón, apartó a un lado a Rennie, le retorció el brazo detrás de la espalda y tiró de ella hasta pegarla a su cuerpo. La sorpresa la dejó completamente callada; a ella y, también, a todos los demás..., durante cinco segundos enteros. Entonces Michael puso la mano en el antebrazo de Schyler y se levantó, al tiempo que se volvía del todo en dirección a Ethan. Al ponerse las manos en las caderas, la tela azul pálido de su blusón quedó tensa sobre su vientre: no había forma de ignorar el avanzado estado de su embarazo. Cuando los ojos de Ethan cayeron de su cara a su abdomen, se sintió acorralada y reaccionó preparándose para pelear. Enderezó los hombros y sacó la barbilla hacia él.

—Dile a ese hombre que suelte a mi hermana.

Jarret no esperó la orden de Ethan; con retraso se dio cuenta de que en realidad sostenía a Rennie en alto, a unos centímetros del suelo.

—Soy Jarret Sullivan, señorita Dennehy —dijo, cortés.

Luego bajó despacio a Rennie, pero sin soltarla. Dio unos pasos más hacia delante y, con la pierna, cerró la puerta. Por encima de la cabeza de Rennie, sus ojos azules oscuros se posaron en el abdomen de Michael, y después echó una ojeada a Ethan. Su amigo estaba boquiabierto.

Mary Francis buscó una silla para su madre; después de todo parecía que Moira sí que iba a desmayarse. Luego tomó el abanico chino

de seda blanca que colgaba de la muñeca de su madre y la abanicó, mientras observaba a Ethan con gesto pensativo y calibraba su reacción ante el embarazo de Michael. Hacía meses, Mary había querido que informara a Ethan de su estado, pero Michael se negó, diciendo que Ethan no la amaba. Entonces Mary pensó que se equivocaba. Ahora lo supo con toda certeza.

Mientras tanto, los nerviosos dedos de Maggie habían estado destrozando el ramo de Rennie. Al bajar la vista y ver lo que hacía, suspiró, hizo puntería y se lo lanzó a Ethan, aunque no dio en el blanco, y el azahar rebotó inofensivo en el hombro de Jarret. Rennie, que intentaba soltarse de Jarret, gimió:

—¡Maggie! ¡Que son mis flores!

Entonces Skye se puso en pie de un salto, recogió el maltratado ramo y lo agitó en gesto de amenaza ante Ethan mientras lo miraba de hito en hito, diciendo:

—Bueno, pues alguien tiene que hacer algo..., o sea, que decir algo.

Ethan casi no se daba cuenta de todo lo que pasaba a su alrededor. Sólo tenía ojos para Michael.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar...? —Miró a su alrededor y añadió con intención—: ¿En privado?

—Yo no quiero hablar contigo —dijo ella con voz firme—. Ni ahora ni luego. Ni en privado ni en público. Sé por qué estás aquí, y no tiene nada que ver ni conmigo ni con mi niño. Se trata de la fuga de Houston y Dee. Bueno, pues tendrás que buscarlos solo, Marshal Stone, porque no

tengo interés en ayudarte.

—¡Michael!

Cinco voces, casi idénticas en timbre y en nivel de espanto, corearon su nombre. «Nadie como la familia para que te traicionen», pensó ella; luego preguntó:

—¿Cómo nos has encontrado?

—He hablado con tu padre.

—¿Y te ha mandado aquí? —Aquello era una conspiración.

—Sí, pero no me dijo lo que me aguardaba. Dejó que lo averiguara yo solo. ¿Cómo has podido hacerlo, Michael? ¿Por qué no me lo dijiste?

Ella se ruborizó.

—¡No pienso tener esta conversación delante de mi familia!

—¡Entonces dime dónde podemos hablar a solas!

—¡No quiero estar a solas contigo!

—¡Entonces lo hablaremos ahora!

—¡Ethan! ¡Estamos en mitad de la boda de mi hermana!

Schyler había ido volviendo la cabeza de uno a otro contendiente. Miró a Ethan, a la espera de su respuesta, y la decepcionó ver que quien hablaba era Jarret.

—¡Ah!, por cierto, eso me recuerda una cosa.

En ese instante Jarret Sullivan soltó a Rennie, salió por la puerta y la cerró sin decir palabra.

—Bueno, pero, ¿habrase visto? —dijo Rennie con sarcasmo. Se enderezó el vestido y volvió a arreglarse el velo—. ¿Quién es ese

hombre?

—Yo no lo he visto nunca —dijo Michael—. Pero si Ethan sostiene que es su amigo, harías bien en alejarte.

—Es mi alguacil —dijo Ethan, haciendo caso omiso del insulto de Michael—. Y cuando mañana su madre y sus hermanas se vayan al valle, él se quedará con usted.

Rennie parpadeó varias veces seguidas.

—¿Que va a quedarse conmigo? No lo creo. Hollis y yo estaremos en casa de sus padres, y su alguacil no está invitado.

Michael miró a su hermana, consternada.

—Pero Rennie, ¿y tu luna de miel? ¿No piensas irte?

—Desde luego que no pienso irme —dijo con firmeza—. No voy a dejarte aquí sola mientras esos delincuentes andan sueltos. Y a lo mejor hasta te ayudo. No tienes por qué ponerte en peligro, ni tú ni el niño, si yo puedo ocupar tu lugar.

—Eso no voy a consentirlo. —Michael subrayó la frase con una patada en el suelo—. Nada de eso.

—Ay, Dios mío —dijo Moira, suspirando.

Mary Francis acudió a la influencia calmante de su rosario. Maggie y Schyler intercambiaron miradas de complicidad. Por su parte, Ethan deseó poder sacar su arma y acabar con toda aquella discusión disparando un poco.

—Usted —dijo con severidad, señalando a Rennie—, ni una palabra más. Estoy aquí para cuidar de su hermana, y eso es lo que voy a hacer.

Lo he hablado con Jay Mac y está decidido. Jarret cuidará de usted, y usted se guardará muy mucho de hacer ninguna heroicidad.

Michael se quedó mirando a Ethan, con los labios un poco abiertos.

—No puedes hablarle así a mi hermana —dijo.

—Pues parece que acaba de hacerlo —dijo Mary Francis con calma; luego se apartó de Moira y se volvió hacia Michael—. Y además dice cosas muy razonables. Tú no te has tomado en serio nada de lo que se refiere a esos delincuentes. Pues a mí, personalmente, me consuela que al menos el señor Stone esté deseoso de ocuparse de lo que te conviene. Has ignorado las advertencias de papá y desde que te enteraste de la fuga, no has pensado en nadie más que en ti misma.

—Mary —dijo Michael en tono de súplica—, ¿cómo puedes decir eso? He sido cualquier cosa menos egoísta. He intentado no estropear los planes de boda de Rennie, y que mis problemas no se entrometieran en vuestras vidas.

—Justo —dijo Mary—. Pero es que somos una familia, y nos tratas a todas como si fuéramos extrañas. ¿Crees que ninguna de nosotras deja de inquietarse sólo porque tú no quieras? Mira a mamá, Michael: ¿crees que no está preocupada por ti? Y a Rennie... Rennie está dispuesta a comerse el mundo por ti. ¿Y piensas que no sabe el peligro que corres? Skye, Maggie y yo hemos hablado. Todas tenemos miedo por ti, Michael, pero tú estás tan decidida a seguir con tu vida que no alcanzas a ver cómo afecta a la de los demás.

La sala quedó en silencio. Michael miró fijamente a Mary,

parpadeando para contener las lágrimas; después miró a su madre con expresión de impotencia, y luego a Rennie. Maggie desvió la mirada con gesto de culpabilidad, y Skye dio un tirón al ramo de flores. Se preguntó si era cierto. ¿Habían seguido todas por inercia la marcha de sus vidas, porque ella no quiso que la suya se viera alterada...? Las lágrimas se desbordaban por el ángulo de sus párpados.

—Ay, perdonadme —dijo; después negó la cabeza, como si aún no pudiera creer lo que había hecho—. Lo siento muchísimo.

Todas empezaron a acercarse a ella, pero Ethan llegó primero. Titubeó, sin saber muy bien si ella lo aceptaría, pero sintiendo que si no la tocaba en ese momento iba a morirse de ganas de hacerlo. Su voz profunda y rota era un simple susurro cuando pronunció su nombre. Entonces Michael se volvió, y sus ojos se clavaron en los de él. Llevaba meses preguntándose qué haría si lo viera de nuevo; ni una sola vez, ni en sus ensoñaciones diurnas ni en sus sueños, había avanzado por propia voluntad hacia sus brazos abiertos. Ahora lo hizo, y fue casi como si aquello le ocurriese a otra persona.

Los brazos de Ethan se cerraron en torno a ella con delicadeza y suavidad. Ella no extendió las manos hacia él ni intentó abrazarlo. No puso la mejilla en su hombro, como habría hecho en el pasado, pero tampoco intentó separarlo de un empujón. Skye le pasó a Ethan un pañuelo, y él enjugó las lágrimas de Michael y le besó la frente. Entonces el duro vientre de ella le empujó la cintura, y notó que el niño daba una patada. Contuvo el aliento y esperó, deseando volver a sentirlo, y en ese

instante algo de lo que experimentaba —una mezcla de gran responsabilidad y de asombro ante aquel momento—, se reflejó en su rostro. Moira y Mary asintieron en un gesto de aprobación; Schyler mostró los dientes en una amplia sonrisa y Maggie suspiró con nostalgia. Sólo Rennie frunció el ceño; en aquel instante vio con claridad que nunca compartiría un momento así con Hollis Banks. No se imaginaba a Hollis conmovido de forma tan profunda y espontánea, y de pronto sintió un anhelo en su interior.

—Quisiera llevarme a Michael a casa —les dijo Ethan, metiéndole el pañuelo en la mano—. No tengo palabras suficientes para disculparme por lo que ha ocurrido hoy aquí..., ni por todo lo que pasó antes.

Entonces miró a Moira.

—La amo, y quiero que usted lo sepa. No voy a dejar que le ocurra nada a ella, ni a nadie que ella ame.

Michael se sintió como si hubiera estado caminando entre la niebla, y, de repente, hubiera despejado. Ethan hablaba de amor de modo tan convincente que casi lo creía... Pero era como si estuviesen de nuevo en la mina. Allí él pensó que no tenía más remedio que decir que la amaba. Y ahora... ¿Qué otra elección le quedaba? Estaba frente a su madre y a sus cuatro hermanas... Probablemente había expresado sentimientos parecidos ante Jay Mac y había recibido una palmadita en la espalda. Sólo de pensarlo se puso un poco rígida.

—Yo no puedo irme —dijo—. Rennie va a casarse.

De pronto Ethan mostró una evidente incomodidad. Sus manos se

separaron de Michael y se estremeció un poco. Las arrugas de las comisuras de sus ojos azul grisáceos se acentuaron. Evitando mirar a nadie en particular, dijo:

—En cuanto a la boda...

Habría preferido enfrentarse a un rebaño de bisontes en estampida, a una avalancha en la Sierra Nevada o a Nathaniel Houston con su arma desenfundada, antes tener que explicar lo que, casi con total seguridad, estaba haciendo Jarret. Decidió empezar de nuevo.

—Verán, hoy he tenido una conversación con Jay Mac, y él ha expresado ciertas dudas sobre la inminente boda.

—Ethan —dijo Michael—, ¿qué pasa? ¿Qué has hecho?

—Yo no he hecho nada —dijo—. Pero Jarret..., bueno, me parece que ha salido para llegar a un acuerdo con Hollis Banks. Dudo de que vaya a haber boda.

Al instante todas empezaron a hablar al mismo tiempo... Y en voz alta, además. Ethan escuchó cuanto pudo. Después se encasquetó el sombrero, abrió la puerta de la sala, cogió a Michael y salió con ella en brazos, dando grandes zancadas. Nadie intentó detenerlo.

—Has conquistado a mi madre ahí dentro —le dijo ella—. En cuanto a mis hermanas, en distintos grados, están a la vez horrorizadas y entusiasmadas con tu conducta. ¡Ah! Y si Rennie comete un asesinato, estará absolutamente justificado, y te haré responsable.

Ethan mostró los dientes en una amplia sonrisa y luego le dio una ligera sacudida para distribuir mejor el peso.

—Podrías rodearme el cuello con los brazos —le dijo.

Ella soltó un bufido y él la miró de reojo. No estaba ayudándolo en nada. Tenía los brazos cruzados en ademán desafiante, y en la boca, aquel gesto tan familiar, testarudo y rebelde... ¡Dios, cómo deseaba besar aquella boca! Con un ligero trote, bajó los escalones de piedra de la iglesia y llamó la atención del conductor del coche de alquiler. De un salto, el cochero bajó del pescante y abrió la puerta del carruaje, con una gran sonrisa que se agrandó más cuando saludó a Ethan inclinando el sombrero.

—Por lo visto, lo he llevado a la iglesia justo a tiempo...

En ese momento los ojos del cochero se posaron en el floreciente vientre de Michael, y su sonrisa vaciló.

—O a lo mejor no.

Un pequeño jadeo de horror se escapó de labios de Michael, que se retorció en brazos de Ethan con la esperanza de obligarlo a soltarla. Y éste lo hizo, pero sólo para meterla en el coche. Rechazando su ayuda y también la del cochero, ella entró y se sentó en una esquina del cerrado carruaje. Oyó que Ethan le daba las gracias al cochero por esperar y que le indicaba la dirección del Hotel Saint Mark. Luego entró. Al menos fue lo bastante prudente como para sentarse en el banco de piel que había frente a ella. A Michael se le ocurrieron un centenar de preguntas. En lugar de formular ni siquiera una, se puso a mirar por la ventanilla.

—Tu padre me ha dicho que vivías en el Saint Mark —dijo—. Por el modo de decirlo, deduzco que tu alojamiento anterior no era tan bueno.

¿Te aumentó el sueldo Logan Marshall cuando regresaste?

Su pregunta fue recibida en silencio.

—No imagino que Jay Mac aprobase que vivieras en un sitio que no fuera razonablemente cómodo. Casi seguro que te ofreció ayuda. —Ella volvió la cara lo suficiente como para lanzarle una mirada de odio y luego volvió a mirar por la ventanilla—. Pero nunca aceptarías nada de tu padre, ¿verdad?

—Tú no sabes nada de eso.

—Me parece que sí —dijo él en voz baja—. Jay Mac ha dicho que te cortarías la mano derecha antes de pedirle nada... Pero también he visto cómo le gusta ejercer su influencia y su control. Ha ofrecido diez mil dólares para detener la boda de tu hermana. Imagino que ése es el tipo de cosas que lleva haciendo años.

Michael no dijo nada en seguida, pero apretó la frente contra el frío vidrio. Al parpadear para contener las lágrimas, el pintoresco desfile de los peatones por el paseo se desdibujó; impaciente consigo misma, se enjugó los ojos con un gesto desmañado.

—Toda mi vida —dijo; luego, en un gesto triste y lento, movió la cabeza—. ¿Cómo ha podido hacerle eso a Rennie?

—Temía que tu hermana estuviera cometiendo el error más grande de su vida.

—Otros tienen derecho a aprender de sus errores —dijo con amargura—, pero las hijas de Jay Mac han de luchar por ese derecho.

Después soltó una risa, tan breve como desprovista de humor.

—Cuando averiguó que quería ser periodista, utilizó su influencia para conseguirme un puesto en el Herald, y yo le dije que no trabajaría en el Herald ni aunque me hicieran redactora en jefe. Conseguí el trabajo del *Chronicle* sola. —Hizo una pausa y luego añadió en voz baja—: o, al menos, eso creía. Cuando tu padre es Jay Mac, resulta difícil saber si te lo has ganado tú o si se ha amañado un acuerdo a tus espaldas.

—Es porque te quiere.

—Eso es sólo parte del asunto —repuso asintiendo—, también se siente culpable. Cinco hijas ilegítimas suponen una gran carga, hasta para alguien tan rico e influyente como Jay Mac. Es su conciencia lo que trata de apaciguar. —Miró a Ethan—. Aunque Rennie no va a darle las gracias por lo que ha hecho. No importa que lleve razón en lo de que cometía un error. Yo, como todas, también lo creía. Pero la respetamos lo bastante como para permitirle que siguiera adelante.

—Pues, cuando llegué, estabais intentando disuadirla de que se casara.

—Claro —dijo ella con naturalidad—. Pero eso no es lo mismo que ofrecer una... una recompensa por detener la boda. Sólo Jay Mac sería así de atroz. Rennie tiene voluntad propia y debería permitírsele que la usara.

—Como a ti.

Michael se encogió de hombros y de nuevo se volvió.

—Como a mí.

—¿Por qué no me contaste nunca que Rennie era tu gemela?

Con gesto distraído, una de las manos de Michael se acarició el abultado vientre.

—Al principio... No sé..., la costumbre, quizá. A Rennie y a mí nos gustaba observar el asombro de la gente cuando nos veían juntas por primera vez, y nuestra inclinación natural siempre era no hablar de la otra. Pero después, cuando fui conociéndote mejor, no fui capaz de decírtelo.

—¿Que no fuiste capaz?

Ella dejó de mover la mano sobre su abdomen y repitió:

—No fui capaz... Más que ninguna otra cosa, quería ser única a tus ojos.

El mismo instante en que pronunció esas palabras, supo que había dicho demasiado. Sin dirigirle ni una mirada para medir su reacción, redujo a una línea su hermosa boca, y entre sus cejas apareció la arruguita de inquietud. Por lo que a ella se refería, el asunto estaba cerrado. Pero Ethan no pensaba igual.

—No hay nadie como tú, Michael, sería imposible. Ni siquiera Rennie. —Hizo una pausa y añadió en voz baja—. Para mí, no.

La observó mientras esperaba alguna respuesta, pero no la hubo. No era que lo ignorase, sino que, con su actitud, más bien le indicaba que le daba igual lo que él tuviera que decir. Suspirando, Ethan desvió la vista y se puso a mirar por la ventanilla.

El Hotel Saint Mark era un imponente edificio de mármol blanco situado en Broadway. Aunque la dirección tenía cuidado de llamar a su

clientela «huéspedes» en vez de «inquilinos», y de tratarlos en consecuencia, dos tercios de los ocupantes mantenían domicilio fijo en él. Era un lugar de prestigio, conocido por sus refinadas dependencias y su ambiente familiar. El Saint Mark disponía de salas de lectura y comedores abiertos al público, pero también reservaba zonas privadas sólo para sus clientes.

Ethan no tuvo que ver su despeinado reflejo en la entrada de cristal para saber que allí se encontraba fuera de lugar; las miradas furtivas de los demás clientes se lo confirmaron. Sin embargo siguió a Michael hasta el mostrador de recepción, después de cruzar el amplio vestíbulo con sus paneles de caoba en la pared y sus arañas de cristal. Ella pidió la llave y luego, con gesto expectante, miró a Ethan, que no entendió qué pretendía que hiciese.

—Tienes que inscribirte para que te den habitación.

Iba a decirle que estaba resuelto a quedarse con ella, pero cambió de parecer. No era una conversación adecuada para el vestíbulo de un hotel. Entonces optó por pedir una suite y firmar en el libro de registro. Se la dieron en el piso de arriba del de Michael. Por último pidió al gerente que le llevaran su equipaje, que seguía en la estación, al hotel. Terminada su gestión, dio la vuelta, pero Michael no siguió su ejemplo y siguió mirándolo fijamente.

—¿Y ahora qué pasa? —dijo él con impaciencia.

—Tu arma —susurró ella—. Deberías dejarla aquí.

—Ni loco.

Entonces Michael se volvió al preocupado gerente y aclaró:

—No se preocupe, señor Dentón. Es un Marshal.

—¿Un Marshall? —su nerviosa sonrisa se tranquilizó un poco—. Ah, bueno, me parece que eso cambia las cosas. El Saint Mark tiene cierto aprecio por los Marshall desde que uno de ellos diseñó este hotel. Tal vez podamos alojarlo...

Su voz fue desvaneciéndose mientras Ethan deslizaba su brazo por el de Michael y empezaba a llevarla hacia la escalera. Subieron en silencio hasta que ella se detuvo en el descansillo del tercer piso.

—Mi suite está siguiendo por este vestíbulo.

—Lo sé. Es la 305. He visto tu llave.

Ella titubeó, a la espera de que él continuara subiendo hasta su piso, pero él no se movió.

—Tu suite está un piso más arriba.

—Eso dice el libro de registro.

—¿Entonces? —Michael señaló arriba— ¿A qué esperas?

—Te espero a ti.

—Pero yo voy a mis habitaciones.

—Yo voy contigo.

Michael se mantuvo firme y dijo:

—Ni loca.

Entonces Ethan se limitó a arrebatarle la firmeza: la cogió en volandas y la llevó por el vestíbulo. Delante de la 305 la dejó de pie en el suelo y extendió la palma de la mano para que le diera la llave.

—No vas a quedarte conmigo, Ethan.

Haciendo caso omiso de su mano extendida, ella misma abrió la puerta; luego se apresuró a entrar, se dio la vuelta y bloqueó la entrada con su cuerpo. Aunque estaba encendida de ira, su voz sonó tranquila y serena.

—Esto no es el Saloon de Kelly —dijo—, y tú no eres mi marido.

Y a continuación le cerró la puerta en la cara.

Paralizado, como si experimentara las secuelas inmediatas de un duro puñetazo, Ethan se limitó a mirar fijamente la puerta. No tenía ni idea de cuánto llevaba allí, si unos segundos o unos minutos, cuando se abrió de nuevo. Esta vez Michael empujó una silla de comedor a través de la abertura.

—Si vas a acampar aquí, en el vestíbulo, más vale que la cojas —dijo.

—Michael...

El resto quedó sin decir, porque ella cerró la puerta y echó el cerrojo. Ethan miró la silla, hizo una mueca e, irritado, le dio una patada a la puerta, aunque ésta resistió con solidez.

—Maldita sea —dijo en voz baja. Luego la puso junto a la pared, se sentó, se repantigó y extendió las piernas. Cruzó los brazos en el pecho y su polvoriento sombrero se deslizó hasta bajar sobre la frente—. Y maldito yo.

Sin querer, se quedó dormido a ratos, aunque la gente que pasaba por el vestíbulo lo despertaba; lo miraban con expresión de extrañeza,

pero sin decir una palabra. Puso su estrella de Marshal en la parte exterior del gabán, confiando en que sirviera para impedir que lo denunciaran y también, para ahorrarse problemas con la dirección del hotel… Y funcionó, porque no lo molestó nadie. A distancia, vio que uno de los mozos del hotel llevaba sus maletas al piso de arriba, pero no se tomó el trabajo de intentar cogerlas. Pensó que, si esperaba lo suficiente, Michael se tranquilizaría, lo dejaría entrar y hablarían; también, que se daría un baño caliente, tomaría una comida en condiciones y conseguiría una cama para dormir. Ni siquiera le preocupaba el orden. Durante un tiempo sopesó si valía la pena forzar la cerradura, pero luego lo descartó al darse cuenta de que, probablemente, ella daría con el modo de hacer que lo arrestaran... Y en la cárcel no iba a servirle de mucho. Justo después de ese pensamiento llegó otro y, con un suspiro, dijo:

—De todos modos, no es que aquí le sirva demasiado.

Mientras sus ojos recorrían las rosas estampadas en el papel de la pared, aquel torbellino de hojas, espinas y pétalos color rojo oscuro tuvo un efecto hipnótico. Contra su voluntad, sus cargados párpados fueron cerrándose despacio. Y aunque se sacudió el manto de fatiga dos veces, al final éste lo cubrió por entero.

Capítulo 14

El aroma a jamón asado lo despertó. Se le hizo la boca agua. Le parecía saborear la textura de la carne salada en la punta de la lengua, acompañada por la tentadora fragancia de los bollos calientes con mantequilla. Abrió los ojos de mala gana, temiéndose que estuviera soñando y buscó el origen de aquellos olores deliciosos. A su lado, en el suelo, justo frente a la puerta de Michael, había una bandeja con platos cubiertos, y de las plateadas tapaderas se escapaban los vapores. Ethan inhaló profundamente mientras su estómago gruñía. Entonces se levantó y dio dos golpes en la puerta. Al cabo de un instante ésta se abrió un poco.

—Tu cena está aquí.

—No es mía —le dijo ella—; yo ya he ido al comedor. La he traído para ti.

Empezó a cerrar la puerta de nuevo, pero esta vez Ethan no se mostró tan dócil, y aunque Michael lanzó su peso contra la puerta al ver sus intenciones, no fue lo bastante rápida. Ethan empujó desde el otro lado, al tiempo que un puntapié apartaba la bandeja de comida y tiraba la silla por el suelo. No tuvo que ver la fría luz de sus ojos para saber que

estaba repentina y ciegamente enfadada. Y, como no era rival para él, sopesó la situación y con aire tranquilo se echó a un lado. Fue un movimiento tan inesperado que Ethan tuvo que agarrarse al marco para no caerse. Mientras él le lanzaba una mirada furiosa, con toda serenidad, ella lo rodeó y recogió la bandeja de la cena; luego se coló bajo su brazo extendido y la puso sobre una mesita auxiliar en la sala de estar.

—Puedes comer aquí dentro —dijo—, pero luego te marchas.

Empezó a apartarse, pero al instante la mano de Ethan la detuvo en seco con un violento agarrón de la muñeca. En su ademán no había ni rastro de desafío, sólo cierta tristeza.

—Me haces daño.

Ethan bajó la vista; tenía los nudillos blancos en torno a su antebrazo. Entonces aflojó un poco los dedos, volvió a mirarla a la cara y con su voz rota y profunda le dijo:

—Quiero hacerte daño. Quiero zarandearte, tanto que estoy temblando de ganas. ¿Por qué actúas como si no hubiera peligro alguno? Nunca he creído que fueras idiota, Michael. ¿Es que te da igual lo que te ocurra?

Con cuidado, Michael intentó sacar la muñeca de su agarrón, pero los dedos de él no se habían aflojado tanto.

—No sé qué quieres decir.

Más que dejarla marchar, Ethan la soltó de un tirón. Fue como si no soportase tocarla ni un instante más, y ella palideció mientras retrocedía un paso y se frotaba la muñeca. Entonces él cerró tras de sí y se apoyó en

la puerta.

—Supongo que te concedía el beneficio de la duda —dijo—, creía que sólo te comportabas de forma idiota. Pero ¿es que no entiendes la amenaza que Houston y Detra representan para ti? Cuando me dejaste dormido en el vestíbulo mientras tú alegremente ibas al comedor, ¿se te ocurrió que quizá te ponías en peligro? ¿O estás tan resuelta a hacerme quedar por imbécil que te merecía la pena arriesgar la vida?

Irritado, se pasó los dedos por el pelo.

—¿Y el niño, Michael? ¿Merece la pena arriesgar la vida del niño sólo para ponerme en mi lugar, sólo por lo mucho que me odias?

Ella jadeó un poco y se llevó las manos instintivamente al hinchado abdomen. No había pensado que fuera posible sentir más dolor del que ya sentía.

—¡Cómo te atreves a decirme eso! Lo que te pasa es que estás enfadado porque salí un momento delante de tus narices. Es tu orgullo lo que está herido, y nada más. No fue un desaire premeditado, es que tenía hambre. Es asombroso... Qué increíble descaro, venir aquí de ese modo... Irrumpes otra vez en mi vida como si tuvieras pleno derecho, como si no hubieran pasado siete meses sin saber siquiera una palabra de ti...

Su voz subió un poco y su respiración se aceleró. Sus verdes ojos se habían vuelto luminosos con la fuerza de su cólera.

—Pero lo que sí que es censurable es fingir que te importo ni un tanto así —chasqueó los dedos— con el fin de capturar a Houston y a

Detra. Ni siquiera después de todo lo que hiciste llegué a creer eso de ti. Hasta hoy, claro está. Hoy me has demostrado que careces por completo de conciencia.

Señaló la bandeja que estaba sobre la mesa que había a su lado.

—Coge tu cena y llévatela fuera ya. Y sigue tu camino, Ethan. No te quiero al acecho en el vestíbulo. Si pudiera echarte del hotel, lo haría.

A continuación Michael giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta que había a la izquierda del salón. Sin mirar atrás, segura de que sus órdenes serían acatadas, desapareció en el dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

Ethan suspiró y se apartó de la puerta. Se preguntó cuándo volvería a salir; entonces iba a descubrir que él no tenía la menor intención de recibir órdenes. Se sentó en el mullido sofá y se puso la bandeja sobre el regazo; luego destapó los platos y puso las tapaderas en la mesa. La comida seguía caliente, pero había perdido gran parte de su atractivo. Comió porque sabía que tenía que hacerlo, no porque sintiera hambre; después dejó la bandeja en el vestíbulo y metió la silla. Tras cerrar la puerta con cerrojo y echar la llave, examinó los aposentos de Michael.

La sala de estar estaba decorada sobre todo en tonos marrón y crema, con detalles en madera oscura y alfombras ribeteadas de flecos. Sobre la repisa de la chimenea había un espejo que reflejaba la luz de gas, procedente de unos globos de color blanco situados a ambos lados de la misma. En la repisa descansaba un delicado jarrón de porcelana, lleno de rosas frescas, gipsófilas y hojas verdes. Ethan se quitó el sombrero, lo tiró

sobe el sofá e hizo una mueca al estudiar su reflejo. La verdad era que mal podía culpar al gerente del Saint Mark por vacilar ante la perspectiva de tenerlo como huésped: necesitaba un afeitado, un baño y doce horas de sueño, a juzgar por las ojeras, y también habría jurado que tenía unas cuantas hebras grises más en las sienes. Se frotó la barbilla con el dorso de la mano y dio la vuelta. Se quitó el guardapolvo y lo arrojó junto al sombrero; luego se desabrochó el cinto, lo puso encima de la mesa y prosiguió su investigación.

Frente al dormitorio había otra habitación, que Michael había convertido en estudio y utilizaba para escribir. Los libros cubrían la mesa, se apilaban en el suelo y se alineaban sobre el alféizar de la ventana, además de llenar una gran butaca. La superficie de la mesa, así como el suelo circundante, estaban llenos de trozos de papel arrugado, que él supuso serían borradores de trabajo fallidos. Sus manos recorrieron despacio la mesa; pasaron sobre los papeles y los libros, sobre los lentes y, por fin, sobre los lápices. Cogió uno y lo hizo rodar entre el pulgar y el índice con ademán pensativo; se lo imaginó metido en el pelo de Michael, justo detrás de la oreja, y aquella imagen mental lo hizo sonreír. Lo soltó cuando sus ojos se posaron en el cuaderno de tapa de piel, ligeramente gastada, que le resultó dolorosamente familiar. Lo cogió y le pasó los dedos por el lomo, dudando un instante antes de abrirlo. Luego apoyó la cadera en el borde de la mesa y empezó a leerlo.

Aquella prosa fresca volvía a prestarle vida a todo otra vez, y de nuevo Ethan vio Madison con tanta claridad como si estuviera ante el

Saloon de Kelly; en cierto sentido, más claramente aún. Con sus descripciones Michael le hizo recordar a los hombres que palpitaban detrás de los rostros serios y ajados; la esperanza que brillaba en sus ojos cuando hablaban de hacer el gran descubrimiento y su orgullo por el hábil manejo de los martillos y las barrenas. También contaba de forma conmovedora la timidez de Ralph Hooper cuando le pidió que bailara con él y, con sinceridad, el filosófico modo en que Kitty enfocaba su trabajo.

Pasó rápido las páginas y avanzó hasta el momento en que llegaron a Stillwater, pero no había ninguna entrada sobre la mina ni las detenciones; nada sobre el juicio ni el viaje al este. Nada sobre él... Aunque no estaba seguro de lo que esperaba encontrar, ni de cómo iba a ayudarlo aquello, sufrió una decepción y se dispuso a dejar el diario en la mesa. Entonces la uña del pulgar se desplazó entre las páginas y el cuaderno se abrió de golpe por una en la que sólo había una entrada; lo alzó más cerca y leyó.

Estoy embarazada. Voy a tener un niño. Estoy preñada. Se diga como se diga, no suaviza el golpe ¿verdad? Apenas lo admito yo misma, así que; ¿cómo se lo diré a mamá? ¿Y a Mary Francis? Mamá estará preocupadísima por mí y Mary Francis decepcionadísima. En cuanto a Rennie, me respaldará sin entenderlo. Esto no lo entenderá. Y no creo que soporte mirar a Maggie y a Skye, ahora que he deshonrado a la familia.

Duele saber lo que les dolerá por mí. Aunque creo que, probablemente, es

bueno que duela un poco ahora. Llevo tanto tiempo sin sentir nada... Ni dolor, ni rabia, ni ansia, ni temor... Al principio el entumecimiento me pareció una dulce bendición, un modo de ir pasando días fingiendo confianza y fuerza, pero me alegro de que haya pasado. No creo que sane si no me preocupo por la herida, y nadie me ayudará si no reconozco que la herida existe.

Y existe.

Me atraviesa el corazón.

Tendré que contárselo a Jay Mac. Lo mejor será mañana. No, esta noche. Debería decírselo primero a él para que pueda respaldar a mamá. Querrá buscar a Ethan, claro, y exigirle que se case conmigo. Tendré que dejar que despotrique, que desahogue su indignación y que trame sus ardides..., y luego, recordarle con mucha suavidad que no se encuentra en situación de tirar piedras. Mi apellido es Dennehy, no Worth. Lo indignará muchísimo que sea tan descarada, y tendrá razón, pero es demasiado tarde para que ninguno de los dos cambiemos; y, además, ninguno de los dos quiere hacerlo.

No importa lo que haya pasado: yo nunca he dudado del amor de mi padre.

Mi niño nunca tendrá esa seguridad.

Un fino rastro de tinta corría tras el punto final; un borrón señalaba el lugar donde una lágrima había salpicado la página, enjugada a toda prisa. Pero no era de Michael, sino de Ethan. Parpadeando, tragándose el aliento, éste cerró el diario y lo dejó. Podía haber acudido a él, contarle lo del niño..., que no sólo era «el niño», sino «su niño», el de ellos... Siempre supo que ella no lo amaba, pero que sintiera tan poco por él como para ocultarle a su hijo, lo dejó anonadado. Sintiendo el entumecimiento de

que hablaba ella no como una dulce bendición, sino como una maldición, Ethan se apartó despacio de la mesa. Ya salía del estudio cuando la oyó gritar.

Por un momento pensó que sus peores temores se habían hecho realidad, pero aquel grito no tenía nada que ver con Nathaniel Houston ni con Detra Kelly. La puerta de entrada a la suite seguía cerrada con llave y pestillo, y su revólver encima de la mesa. Su corazón dejó de martillear. Era otro tipo de grito, que tenía su origen en un temor difuso, no específico; un grito que él recordaba, que la asaltaba a veces en mitad de la noche. Entonces hizo girar el pomo de la puerta del dormitorio, la abrió y se detuvo a los pies de la cama. Michael estaba echada en sentido diagonal, de costado; seguía vestida e incluso llevaba puestos los zapatos. Su vestido se enrollaba en torno a ella mientras se movía inquieta. Era evidente que se había tumbado sin intención de dormirse. Y el rastro de lágrimas de sus mejillas hablaba por sí solo.

Ethan la llamó, pero no consiguió que despertara. Entonces rodeó la cama y se sentó en el borde. No la tocó ni alargó la mano, sino que volvió a decir su nombre, esta vez con más firmeza. Al instante vio que sus párpados se estremecían y, por fin, se abrían. Durante un segundo Michael se asustó al ver su sombría figura en la habitación mal iluminada; él le dijo:

—Soy Ethan. —Y luego se levantó y descorrió las cortinas del balcón.

Hasta el interior se filtró la luz de las farolas de gas que iluminaban

Broadway. Observó las escenas que tenían lugar abajo: gente cruzando presurosa la animada calle; carruajes elegantes que llevaban a sus pasajeros a los clubs privados... Después se volvió despacio. Sentada en la cama, Michael se quitaba las horquillas del pelo. Los ojos de él permanecieron impasibles.

—Has tenido una pesadilla.

Sin mirarlo, Michael asintió.

—La recuerdo.

Él observó cómo se peinaba el cabello con los dedos; aquel acto distraído, inocente, le hizo sentir oleadas de calor.

—¿La tienes a menudo?

—Unas cuantas veces por semana. —Ella se encogió de hombros—. Desde lo de la mina son más reales.

En su sueño había alargado la mano hacia él, y él no estaba allí. Siempre era igual: aquel vacío, que tanto miedo le daba, se había hecho realidad.

—Ahora en la negrura hay más terror.

Lo oyó contener el aliento e hizo una pausa en su tarea de peinarse para levantar la cara. Lo miró y tuvo cuidado de mantener la voz tranquila y serena, temerosa de que él reconociera la mentira y se enterara de su frágil estado de ánimo.

—No pasa nada, Ethan. Ya lo tengo bastante aceptado.

Puso las horquillas en la mesita de noche; luego se levantó y entró en el vestidor, que daba al baño. Cuando regresó, al cabo de unos

minutos, de su cara había desaparecido todo rastro de lágrimas. También se había cambiado de vestido, y ahora llevaba una camisa de dormir y una bata. Iba descalza. Al ver que la silueta de Ethan seguía recortada ante la ventana, dijo:

—Pensé que te habrías marchado.

—Cásate conmigo, Michael.

Ella dio un pequeño respingo. Torpemente, sus dedos cogieron el cinturón de la bata y lo ciñeron justo por debajo de sus pechos; con aquel gesto su embarazo se hizo más evidente.

—Qué amable por tu parte proponerlo, Ethan —dijo sin emoción—, pero no hay ninguna necesidad.

—Tal vez para ti no —dijo él.

Durante un instante ella se sintió esperanzada; luego los ojos de él se deslizaron a su vientre.

—Ya entiendo —dijo en voz baja—. Te refieres a las necesidades del niño.

Salió de la habitación, y él la siguió. Desde detrás le preguntó:

—¿Por qué no iba a contar mi hijo con la seguridad del amor de su padre, igual que tú?

Michael giró sobre sus talones; salvo por el vivo y airado color de sus ojos color esmeralda, su cara estaba pálida. Entonces echó una ojeada a la puerta abierta de su estudio y luego otra vez a Ethan.

—Has leído mi diario.

Él afirmó con un gesto.

—¡No tenías derecho! —Se abrazó a sí misma, como si se sintiera violada—. No tenías derecho.

Esta vez su voz sonó más baja; al reproche lo había sustituido el dolor.

—Lo sé, pero no lo siento.

Michael se apretó las manos a los costados. Quiso golpearlo, pero en lugar de eso arremetió contra él.

—¡So cabrón! No tienes ni decencia ni respeto. ¡Ninguno! ¡Yo no te necesito, y, desde luego, mi niño tampoco!

Entonces miró a su alrededor, frenética por poner distancia y barreras entre los dos, y su vista se posó en el revólver que estaba sobre la mesa auxiliar. Antes de que él previera sus intenciones, lo cogió y le apuntó a la cintura. Desde que había empezado su diatriba, Ethan no se había movido; en aquel momento la miró a ella, no al arma.

—Está cargado, Michael—dijo.

—Eso espero. —El arma le pesaba en las manos, y sus brazos extendidos le temblaban—. De lo contrario, no supondría demasiada amenaza.

Él se mantuvo firme, esperando.

—¿Por qué no me hablaste de nuestro hijo? —preguntó.

Las cejas de ella se arquearon en un gesto de escepticismo. ¿Cómo podía no saberlo?

—Porque te ofrecerías a casarte conmigo, o tal vez hasta forzarías la cuestión, y no era eso lo que yo quería.

—No te habría obligado a casarte conmigo; habría intentado, eso sí, hacerte ver la conveniencia de que lo hicieras.

La risa de ella no tenía ni pizca de humor, y el arma se balanceó en sus manos.

—¿Que viera la conveniencia de casarme con alguien, porque él cree que es su deber? Bueno, pues ya has hecho tu propuesta de matrimonio, Ethan, y la he rechazado. No estás obligado a nada más, y yo tampoco.

—Entonces, ¿vas a dispararme, Michael?

Ella clavó los ojos en el revólver durante un largo instante; sus doloridos brazos eran la única conexión que tenía con el arma que había en sus manos. Apenas se reconocía, y la parte de sí misma que reconoció le repugnó y la dejó atónita... Al fin, bajó el arma.

—No. No voy a dispararte.

Ethan se le acercó y le quitó el arma de entre sus débiles dedos. Luego la puso con cuidado sobre la mesa y tomó las muñecas de Michael. La sujetó sin apretar, al tiempo que llevaba sus manos hasta su pecho.

—Mírame, Michael.

Ella alzó la vista de mala gana, aunque fue incapaz de mantener su mirada, turbia como el humo. Con desaliento, le dijo:

—Deseo que te vayas. ¿Qué tengo que hacer para que te vayas?

—No voy a dejarte hasta que Houston y Dee estén presos, y después ya no voy a dejarte más. No tiene que ver con el niño, Michael, aunque entiendo que no quieras creerme. Cuando antes hablé de necesidades no

sólo hablaba de nuestro hijo: pensaba en mí, y en lo que yo quiero. Casi desde el principio supe lo que sentías por mí.

Ella retuvo un poco el aliento y, azorada, intentó apartarse; pero él no pensaba dejarla marchar.

—No me di cuenta... —dijo ella; su voz se desvaneció—. No sabía que fuera tan evidente.

—No hay que avergonzarse —dijo él—, y reconozco que me halagaba. Me costaba trabajo recordar que no era algo auténtico.

Al instante ella le clavó los ojos, con las cejas alzadas en un gesto de interrogación.

—¿Que no era auténtico?

Él asintió.

—Yo era tu protector; según se vio después, no es que fuera muy bueno, pero no había otro. Y era normal que te imaginaras que te habías enamorado de mí.

—¿Imaginar?

—Tal vez debí esforzarme más por hacerte ver tus sentimientos tal como eran, pero me gustaba creer que me amabas. Y en la mina, cuando pensé que ninguno de los dos teníamos salida, necesitaba desesperadamente creer que me querías; tanto... —no entendía la creciente incredulidad que veía en los ojos de ella, ni su ademán tenso en respuesta a sus palabras— tanto como yo te amaba a ti.

—¿Que me amabas? ¿Y dices eso después del modo en que me has tratado? —Tiró de sus muñecas y las soltó bruscamente; luego se apartó

hasta ponerse fuera de su alcance—. Yo no imaginaba estar enamorada: estaba enamorada de ti de verdad. Y si me imaginé algo, fue que tú sentías por mí algo profundo y duradero. No tardó mucho en caérseme la venda de los ojos. Durante las semanas del juicio apenas diste señales de conocerme, por no hablar de tocarme. Para ti yo no era más que un testigo que respaldaba tu causa, el medio para un fin.

—Eso no es cierto. Sí, estuve ocupado con el juicio, pero...

—Estabas abstraído por el juicio.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¡Te pasabas todo el día con Drew Beaumont!

—¡Porque tú no querías nada conmigo!

—¡Porque nunca iba a poder estar contigo!

Durante un rato sólo se oyó el silencio. Michael sintió detrás de ella la curva del pesado sillón y se sentó despacio, desconcertada.

—¿Que quieres decir con eso de que nunca ibas a poder estar conmigo? —preguntó en voz baja.

En un gesto distraído, Ethan se llevó los dedos al pelo; luego suspiró.

—Tú misma dijiste que era bueno que no hubiera futuro para nosotros.

Michael se quedó muy quieta; entonces recordó sus palabras y se despreció por haber llegado a pronunciarlas.

—Tú eres la hija de Jay Mac. Ilegítima o no, podrías casarte con quien quisieras, y mejor, con alguien parecido a ti; alguien con tus elegantes maneras del este y con tu amor por la ciudad. Lógicamente, tu

padre querría para ti un buen partido, mejor que yo, y en su momento, tú también.

—¿Y por eso no me pediste que me casara contigo?

Ethan asintió.

—Pero el niño cambia las cosas —dijo ella—. Y aunque antes te habría rechazado, crees que ahora te aceptaré.

Un músculo saltó en la mejilla de él. Con voz tensa, dijo:

—Eso esperaba. Pero parece que no es el caso.

—Dime una cosa, Ethan: si Houston y Dee no se hubieran fugado, ¿estarías ahora en Nueva York?

Sus ojos se apartaron de ella un breve instante; luego la miró de frente y contestó con dolorosa sinceridad:

—No, no habría venido. Lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida fue dejar que te marcharas de Denver... Pero eso no será nada comparado con tener que dejarte aquí.

Despacio, Michael soltó el aliento que había estado conteniendo.

—Siempre creí que amaría a un hombre que no hiciera suposiciones sobre mis sentimientos, ni afirmaciones sobre lo que pienso. Esperaba que me respetaría lo bastante como para permitirme tomar mis propias decisiones, y que nunca emplearía contra mí las circunstancias de mí nacimiento. Yo quizá sea hija de Jay Mac, pero también lo soy de Moira Dennehy. Y soy mi propia persona. —Se golpeó el pecho con el índice mientras las lágrimas se le agolpaban en los ojos—. Soy Mary Michael, Ethan. Mary Michael. Y no quiero que me dejes. No quería que me

dejaras marchar.

Ethan dio un paso inseguro hacia ella. Su mano se elevó y casi llegó a tocarla, pero luego volvió a caer. Ella lo miró con expresión implorante.

—¿Por qué no quieres creer que te amo?

—Ay, Dios —respondió él en voz baja.

Entonces redujo la distancia que había entre ellos y llevó la mano hasta la cara de Michael. Sus nudillos le rozaron la piel en una ligerísima caricia, y sus ojos le lanzaron una mirada que buscaba y preguntaba. Ella deslizó la mano sobre la suya y sostuvo sus dedos sobre su ruborizada mejilla.

—Te amo.

En ese instante, con aquellos ojos que se oscurecían y su cabello desarreglado, le pareció conmovedoramente hermosa.

—Yo no quería dejarte marchar —le dijo con voz ahogada—. Y no quiero dejarte marchar jamás.

Inclinó la cabeza y la besó en los labios.

—Cásate conmigo, Michael.

Una infrecuente y amplia sonrisa empezó a asomar a su boca.

—Sí.

El inquieto sueño de Houston despertó a Detra; cansada, se volvió y lo observó, mientras esperaba que cayera en un sueño más profundo y menos doloroso. Las finas facciones de su cara tenían un rubor anormal, y unas gotas de sudor se le pegaban a la frente y al labio superior. Detra

le tocó la frente con el dorso de la mano, y los ojos se le enturbiaron de preocupación al sentir el excesivo calor de su piel. Entonces sostuvo en alto las mantas y le inspeccionó la herida de la pierna. Él había insistido en que se la cuidara ella, en lugar de buscar a un médico; no quiso exponerse a que lo identificaran, ni a la inevitable matanza subsiguiente, pues entonces su rastro sería fácil de seguir y la captura resultaría irremediable. Houston estaba dispuesto a arriesgarse a perder la pierna antes que a perder la vida en la cárcel.

Detra se apresuró a salir de la cama y subió la luz de la lámpara que había en la mesita de noche. La pequeña habitación que habían tomado en el Bowery carecía de muchas comodidades, entre ellas alumbrado de gas; habían preferido sacrificarlas a cambio del anonimato que les brindaba aquel peligroso y miserable distrito de Manhattan. A los chulos y las prostitutas que compartían habitaciones con ellos en la combada casa de madera les daban igual sus nuevos vecinos. En cuanto al patrón, un tipo corpulento y de rostro rubicundo, sólo le importaba el anticipo semanal. Detra había tenido cuidado de no dejar ver, ni por su vestido ni por sus maneras, que llevaba encima dinero suficiente como para pagarle durante años.

De pie junto a la mesita de noche, trasteó, soñolienta, con los tapones de las botellas de cristal que contenían las medicinas de Houston. No empleó un medidor, sino la vista para calibrar la cantidad que vertía en el mortero. Luego trituró los granos con la mano de moler, añadió agua para formar una pasta y por fin volvió a sentarse en el borde

de la cama con el fin de limpiar la herida de Houston y lavarla con la medicina. Cuando la tocó, la pierna reaccionó con una sacudida; Detra oyó también el leve silbido que soltó él al contener el aliento, pero después se quedó muy quieto para dejarla trabajar.

—Tendrías que haber dejado que te sacara la bala un médico —dijo ella—, no hacerlo tú mismo. Y, de todas formas, Houston, quizá al final tenga que verte la pierna un médico. No estoy segura de que te la salve.

—Nada de médicos —dijo él con los dientes apretados; intentó echar una ojeada a la herida del muslo, pero Detra le tapaba la visión—. ¿No ha mejorado nada?

—Un poco, me parece; pero no sé si va a ser suficiente. Échate. Lo único que puedes hacer es descansar.

—Y ni siquiera eso lo hago bien. Te he despertado, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros.

—Da igual.

Cuando terminó de vendar la herida, Detra le refrescó la cara y el cuello con una toalla.

—Deberías dormir otra vez —dijo—. Me sentaré en la silla para no molestarte.

Él le detuvo la mano; tenía los ojos muy hundidos, un indicio de su dolor.

—No, quiero que te quedes aquí. No me molestas.

Dee pensó que quizá fuera la gratitud lo que lo hacía mostrarse tan cariñoso con ella; o tal vez, el recordatorio constante y doloroso de su

propia mortalidad... Pero no tenía ningún deseo de escudriñar demasiado en su buena fortuna; se concentraba en el hecho de que la quisiese a su lado. La profundidad de su amor por aquel hombre seguía asombrándola; la idea de vivir sin él casi la paralizaba de miedo. En su opinión, había demostrado que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por Houston, y él habría estado de acuerdo. Era la responsable de su fuga de la cárcel, de cuidarlo..., e incluso de que hubieran ido a Nueva York. Detra sonrió mientras se metía en la cama junto a él. Houston apenas sabía la mitad de todo.

—¿Has pensado en cómo la buscarás? —preguntó él, desrizándole un brazo en torno a la cintura.

Ella extendió la mano para bajar la lámpara y con cautela se arrimó a él hasta quedar pegados.

—¿Así que no has cambiado de idea?

—No. ¿Creías que iba a hacerlo?

—No, la verdad es que no. Creo que esperaba que entrases en razón en el viaje hacia aquí, pero esta mañana, cuando llegamos a Nueva York, supe que no había vuelta atrás.

—Pero no estás de acuerdo.

Ella suspiró.

—Sabes que no. ¿Qué sentido tiene matarla? Ya podíamos estar en Canadá... O en México. Tengo bastante dinero como para que tomemos un barco hacia Europa. Matarla es una complicación, no una solución.

La mano de Houston rodeó un pecho de Dee; la cálida curva de su

piel le llenó la palma de la mano.

—Matarla tiene que ver con una promesa que me hice a mí mismo —dijo en voz baja—. Es la única respuesta a la traición... La única adecuada.

Dee se estremeció un poco, pero no porque el pulgar de él le acariciara el pezón; fue la calma escalofriante de su voz lo que le erizó la carne..., y también, el oírlo hablar de traición.

—Y matarla hará que él sufra —añadió al cabo de un momento.

No hubo necesidad de preguntar a quién se refería.

—¿Cómo estás tan seguro? No estaban casados, Houston. Aquello no fue más que un embuste para proteger a Michael, no la amaba de verdad. Tú los viste en el juicio. ¿No recuerdas el aspecto que tenían?

Houston lo recordaba muy bien, pero sabía que lo recordaba de modo muy distinto a Detra. Ethan y Michael no se habían sentado juntos, ni habían hablado, salvo de pasada; pero él había sorprendido a Ethan observando a Michael mientras ella declaraba. Y aquella expresión, desprevenida por un instante, de su rostro le dijo lo que deseaba saber. Lo cierto es que no le sorprendía demasiado; después de todo, hasta que Detra le demostró que no se podía confiar en Michael, él mismo estuvo más que a medio camino de enamorarse de ella.

—Sufrirá —le dijo Houston—. Confía en mí, Dee.

Ella sólo titubeó una fracción de segundo.

—¿No lo hago siempre?

Moviéndose con precaución, Houston inclinó la cabeza y besó la

coronilla de su negro cabello.

—Y ahora dime, ¿cómo piensas dar con ella?

Dee puso la mano sobre la suya.

—Empezaré por el *Chronicle.* Después será cuestión de poco tiempo: dos semanas, o un mes como máximo.

—¿Y nadie sabrá lo del veneno?

Ella se rió en voz baja.

—Cariño, si ni siquiera tú estás seguro todavía sobre el difunto señor Kelly...

—Bueno: proceda, hijo mío, ahora es el momento de besarla.

Ethan mostró los dientes en una amplia sonrisa. Sentía la presencia de todos los demás en el despacho del juez, pero sólo tenía ojos para Michael. Inclinó la cabeza y rozó con su boca la de ella; sus labios eran suaves y dóciles bajo los suyos, y su boca tenía un ligero sabor a menta. Cuando retrocedió, su preciosa sonrisa estaba llena de promesas.

Mientras luchaba por contener sus propias emociones, Jay Mac le metió un pañuelo en la mano a Moira; ella lo miró de reojo, esbozó una llorosa sonrisa y le apretó la mano. Mary Francis observó aquel afectuoso intercambio entre sus padres, y el corazón se le llenó de amor. Nadie que viera a Jay Mac y a Moira juntos podría dudar de la profundidad del compromiso que compartían. Mary Francis le dio un codazo en el costado a Maggie justo cuando Moira se apoyó en Jay Mac y la mano de él le rodeó la cintura. La sonrisa de Maggie reflejó la de su hermana al

desviar los ojos de la pareja casada a sus padres, que no estaban casados. Entonces se volvió a Skye y vio que su hermana menor también lo había observado. Simultáneamente, todas miraron por encima del hombro a Rennie; por el momento ésta parecía haberse olvidado de la imponente presencia de Jarret Sullivan, porque su boca se curvaba en una suave y melancólica sonrisa.

Michael se apartó de Ethan y buscó los queridos rostros de su familia. Al cabo de un instante todos la rodeaban, colmándola de abrazos y buenos deseos, y junto a ella, Ethan reía en voz baja al verse incluido en los abrazos.

—No has hecho más que lo que debías —susurró Moira al oído de Michael.

Se echó atrás, apreció la radiante felicidad de su hija y afirmó con la cabeza.

—Bien que lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, mamá. —Michael miró un instante a Ethan—. Él es el de verdad.

Mary Francis le besó la mejilla a su hermana.

—Supongo que él sabe que eres una testaruda y que no hay posibilidad alguna de que cumplas ese voto que has hecho de obedecerlo...

Entonces clavó la mirada en Ethan, y sus ojos se achicaron por un momento.

—Sabes todo eso, ¿no?

—Lo sé —dijo él en tono solemne—. Y no es que la ame a pesar de ello: la amo a causa de ello.

Las facciones de Mary mostraron tranquilidad, y su hermoso rostro se quedó sereno; a continuación, mientras acariciaba el crucifijo que descansaba en el amplio cuello blanco de su hábito, dijo:

—Bien, porque te romperé las piernas si alguna vez vuelves a hacer daño a mi hermana.

—¡Mary Francis! —la reprendió Moira.

Después dirigió una elocuente mirada a Jay Mac, como si lo hiciera responsable de la escandalosa amenaza de su hija. Él alzó las manos en gesto de inocencia, pero sus ojos estaban llenos de regocijo.

Mientras el resto de la familia hablaba con Ethan, Rennie llevó a Michael a un lado. Escrutó aquella cara tan parecida a la suya y buscó cada matiz de expresión que la hacía distinta. Los ojos color verde oscuro de Michael resplandecían, iluminados por una profunda felicidad que emanaba de su interior. En sus mejillas había un rubor muy agraciado, y los hoyuelos de ambos lados de su boca, normalmente tan esquivos, eran plenamente visibles. En cambio, la boca de Rennie se había convertido en un línea seria, y sus ojos estaban apagados y preocupados.

—Di una palabra y ocuparé tu lugar —dijo.

Michael se rió, fingiendo haber entendido mal.

—¿Con Ethan? Francamente, Rennie, ¿no te parece que se daría cuenta? —Miró hacia abajo, a su abdomen, y luego de nuevo a su hermana—. Ahora no nos parecemos tanto...

Rennie le cogió las muñecas y le dio una pequeña sacudida.

—No te atrevas a tomarme a la ligera. Estoy pensando en ti y en el niño.

La sonrisa beatífica de Michael desapareció.

—Gracias, Rennie. Te quiero. No hay nadie como tú.

—Todo un piropo, viniendo de mi hermana gemela.

—Lo digo en serio —susurró Michael dándole un abrazo—. De verdad que no hay nadie como tú. Y no quiero que hagas nada que te ponga en peligro; no lo soportaría, Rennie.

Entonces dio un paso atrás y escudriñó la cara de su hermana. Rennie estaba haciendo todo un despliegue de tranquilidad, pero ella sabía mejor que nadie la fuerza de la cólera que había debajo.

—Siento lo de tu boda, Rennie, no que no te cases con Hollis, sino sólo que no fuera decisión tuya. Me crees, ¿verdad?

—Sabes que sí. —Con un súbito gesto del pulgar señaló la sombría presencia de Jarret Sullivan que estaba junto a la puerta—. Ojalá Mary Francis lo amenazara con romperle las piernas.

Michael se rió.

—¿Y qué me dices de Jay Mac?

Los ojos color esmeralda de Rennie se trasladaron de la cara de Michael hasta donde se encontraba su padre, enzarzado en una conversación con Ethan y con el juez Halsey. Despacio, hizo un gesto negativo, con una expresión dividida entre la admiración y el enfado.

—No soy persona que se eche atrás ante un desafío —dijo—. Ya

pensaré en algún modo de devolverle la faena que me ha hecho.

Michael casi sintió pena por su padre.

—Estupendo, Rennie... —Le apretó las manos en señal de ánimo—. Pero no te cases con Hollis Banks para herir a papá; sólo estarías hiriéndote a ti misma.

Antes de que Rennie pudiera contestar, se escabulló y fue a reunirse con Ethan, el juez y su padre. Después de hacerle sitio en el círculo, Ethan le posó las manos con delicadeza en la espalda, bajo la cintura; luego miró al reloj de pie que había en una esquina del despacho, recubierto de oscuros paneles. Era casi media noche. Michael lo vio mirar al reloj y, escudriñando su rostro, le preguntó:

—¿Cansado?

Aunque en el instante en que accedió a casarse con él toda sombra de fatiga desapareció de las facciones de Ethan, resultó imposible convencerlo de que esperara. Nunca se habían realizado tantas cosas en tan poco tiempo. Mientras el hotel enviaba botones con mensajes a todas las personas que solicitó Michael, Ethan se metió en una bañera de agua caliente y se quitó la suciedad del viaje; después se afeitó, mientras ella sostenía en alto distintos vestidos para que él opinara. Se inclinó por el de satén verde, con ribetes en el cuello y las mangas del tono exacto de sus ojos, pero ella sabía que le habría dado igual que se pusiera su bata de noche. Las pertenencias de Ethan se bajaron del cuarto piso, mientras Michael apremiaba a todos los empleados del hotel. La ropa de él se lavó, se planchó y estuvo lista para cuando terminó de bañarse. Por

acuerdo tácito mutuo, se vistieron en los lados opuestos de la cama y sólo se reunieron cuando él necesitó ayuda con los puños de la camisa y ella con los botones. Ninguno de los dos miró la cama, aunque nunca habían sido tan conscientes de su presencia.

Al mirar a Ethan ahora, Michael vio la débil sombra de cansancio que cruzaba los rasgos de su rostro, y se preguntó si contaría la falta de sueño por horas o por días. Entonces se volvió hacia su padre; sus ojos se posaron en ella con calidez, y ella deslizó su mano en la suya.

—Ha significado muchísimo para mí estar aquí esta noche —dijo él.

Michael sonrió, al tiempo que negaba con la cabeza en un gesto de perplejo afecto.

—Jay Mac, no estoy del todo segura de que tú no seas el responsable.

Las tupidas cejas se alzaron un poco.

—¿Responsable de qué?

—De haber organizado la fuga de Houston y Dee. Es lo que ha puesto en marcha los acontecimientos de esta noche.

Jay Mac se echó a reír.

—Hija mía, siempre me has concedido más influencia de la que tengo. Yo no he tenido nada que ver con el asunto.

Michael besó a su padre en la mejilla.

—Hace veinticuatro años, escogiste al juez Halsey como mi padrino. Creo que ya entonces lo tenías todo planeado. —Abrazó al juez, y luego se puso de puntillas para plantarle un beso en la angulosa mandíbula—.

Gracias por esta noche. Has sido muy bueno al hacer esto por nosotros.

El juez suspiró y bajó la canosa cabeza en un ademán dirigido a Jay Mac.

—Es justo lo que has dicho. Este hombre lleva años planeándolo. Es duro interponerse en su camino.

—A mí me lo vas a contar —dijo ella.

Después volvió al abrazo de Ethan y miró a su padre.

—Rennie va a ponerte a prueba, papá.

John MacKenzie Worth sonrió abiertamente.

—Era de prever, ¿no?

Ethan le quitó las horquillas del cabello y sus dedos acariciaron la caída de los bruñidos rizos antes de que ella recostara la cabeza en su hombro. El coche de alquiler se balanceaba, meciendo suavemente a sus ocupantes, al avanzar entre bamboleos por Broadway en dirección al hotel.

—Jay Mac parecía furioso cuando Rennie cogió mi ramo —dijo Michael con intención—. ¿Te diste cuenta?

—No creo que fuera tanto por el ramo como por el anuncio de tu hermana de que tenía la firme intención de casarse con Hollis Banks, llueva o truene.

—Tu amigo Jarret no dijo ni pío.

—No suele hacerlo.

—Pero estaba sonriendo.

—Eso sí que lo hace. A Jarret le divierten muchas cosas.

—No hay muchas que diviertan a Rennie. Es tan... tan seria.

En la oscuridad del carruaje cerrado Ethan sonrió, al tiempo que le besaba el fragante cabello.

—No sabía que el juez Halsey fuera tu padrino.

—No creerías que iba a encontrar a cualquiera para que nos casara esta noche, ¿verdad? Es mi padre quien tiene esas influencias, no yo.

Lo que Ethan pensaba era que Jay Mac había hecho todo lo posible para asegurarse de que sus hijas estuvieran bien cuidadas y protegidas. No podía darles influencias, pero sí relaciones.

—Espero ocuparme de nuestra hija la mitad de bien de lo que Jay Mac se ha ocupado de ti.

—¿Hija? —Michael se arrimó a él—. ¿Crees de verdad que será niña?

—Cuento con ello.

—¿Te he dicho que te amo?

—Desde que te has casado conmigo, no.

—Te amo, Ethan.

—Pues eso está una barbaridad de bien, señora Stone.

Se sentía tímida desnudándose delante de él. Cuando acabó de desabrocharle los botones de la espalda, iba a dirigirse al vestidor, pero él la detuvo, deslizándole los dedos por las muñecas.

—¿No quieres que te mire? —preguntó.

—Parezco una manzana con piernas.

Él se inclinó y la besó en la boca. Sus labios eran cálidos.

—Estupendo —dijo—; me gustan las manzanas.

Los ojos de ella mostraban indecisión; entonces Ethan la hizo girar y le dio un empujoncito hacia el vestidor.

—Anda, ve. Yo te calentaré la cama.

Y cumplió lo prometido. Al cabo de unos minutos, cuando Michael se metió entre las sábanas, estaban tibias.

—Gracias —le dijo.

Entonces se acercó más, y curvó su cuerpo en torno al de él. Luego le tomó el brazo, lo pasó sobre su grueso abdomen y se calentó los pies en sus pantorrillas. Él no se movió.

—¿Ethan?

Michael escudriñó en la oscuridad, mientras subía los dedos hasta la cara de él y recorría la línea de su boca y su mejilla; tenía los párpados cerrados y los labios entreabiertos. Su respiración era suave y regular. Sonrió con ternura al apoyarse en él y rozarle la boca con la suya. Minutos más tarde Michael también estaba dormida.

Tenía la boca de Ethan sobre su pecho, y la lengua de él jugueteaba con su pezón, que se hinchaba. Allá donde la tocaba, la piel de ella era tibia y húmeda, y almizclado el aroma de su carne. Sabía dulce. Los dedos de Ethan se curvaban en torno a su cuello, y el pulgar entraba en el hueco de su garganta. En la nuca, el pelo de ella era tan suave como el

de un niño, y al tocarla allí, gimió. La boca de él se movió hasta su clavícula y depositó en ella besos provocadores y torturantes.

Le agradó despertar con el sabor de Ethan en su boca, sintiéndolo en las palmas de las manos. Soñolienta y sinuosa, se movió junto a él. Tenía desabrochados hasta la cintura los botones de la camisa de dormir, que se le resbaló de los hombros cuando los dedos de él recorrieron el camino que iba de su garganta hasta sus pechos. Sus endurecidos pezones se hincharon más, y él bajó más la cabeza; con los dientes atrapó su carne y la mordisqueó. Ella sorbió aire al sentir que un escalofrío de placer le bajaba por la espina dorsal.

—¿Te hago daño? —preguntó.

Su voz profunda la envolvió en su calor y su deseo. Se estremeció.

—No, no me haces daño. Quiero que me toques.

Se arqueó hacia él, levantando los pechos; la chupada de su boca la hizo jadear otra vez, y en esta ocasión él supo que era el placer, no el dolor, lo que la hacía soltar aquel gritito. La mano de Ethan acarició el arco de su abdomen, y su nudillo rozó el dilatado ombligo. En ese instante el niño dio una patada, y él retiró la mano como si se hubiera escaldado. Riendo, Michael volvió a ponerle la mano sobre su vientre.

—¿La sientes? Mira, otra vez.

—Quiere salir.

Ella negó con la cabeza.

—Sólo se estira... —Le rodeó el cuello con los brazos y se estiró a lo largo de su cuerpo— Como su madre.

La boca de Ethan cruzó la de Michael; atrajo su labio inferior y lo recorrió con la lengua. Ella abrió la boca bajo la suya y barrió la cresta de sus dientes, compartiendo el mismo aliento, el mismo grito ronco y apremiante.

—No le haré daño, ¿verdad?

Michael buscó entre sus cuerpos con la mano. Sus dedos lo rodearon, y ella acarició su caliente miembro. Soltó una risilla en voz baja.

—No te hagas ilusiones —dijo—. No le pasará nada.

Por su descaro, la dejó sin aliento a fuerza de besos. Luego las manos de Ethan se deslizaron por la curva de su cadera hasta llegar al muslo. La acarició de forma suave e insistente, y las piernas de ella se separaron bajo su toque, como su boca se abría bajo la de él. La lengua de él irrumpió en el mismo instante que sus dedos.

—Ya hemos esperado demasiado tiempo, Ethan —susurró ella—. Te quiero dentro de mí.

Ella llevó hasta su sonrisa de sirena las puntas de los dedos de Ethan y los besó uno por uno; después se movió para sentarse a horcajadas sobre él. Las manos de él se posaron en sus pesados pechos, cuyos pezones se habían oscurecido hasta adoptar un tono rosa fuerte, mientras ella se guiaba hasta colocársele encima. La cascada de rizos de su magnífica cabellera le cayó adelante, sobre los hombros. Empezó a moverse. Unas leves sombras, teñidas de azulado, le tentaban la carne, y Michael se movía entre ellas como una sílfide, mientras acariciaba la

longitud de él íntimamente, con su cuerpo. Ethan no apartó los ojos de su cara hasta el momento en que llegó al éxtasis. Entonces la espalda de ella se arqueó, y él empujó en ella más hondo, mientras sus ojos, del mismo tono que las sombras, se cerraban en la tensa agonía del placer.

Michael se aferró a él cuando él se retiró y la volvió de espaldas. Su boca le recorrió la piel acalorada; sus manos se le deslizaron entre los muslos, y sus dedos pasaron con una levísima caricia sobre su botón. Ella se retorció de deseo y pronunció su nombre como una súplica. Entonces su toque experto se convirtió en una lluvia de placer. El calor se concentró en el centro mismo de su estallido y luego se convirtió en una catarata de chispas que volaron por toda su piel. Al fin, la tensión fue desvaneciéndose y sus dedos, agarrados al pelo de él y a la sábana, se relajaron. Él la contempló y amó su abandono, su placer salvaje. Le parecía tan hermosa que no imaginaba cómo ella había podido pensar algo distinto alguna vez. Después tiró de su camisa de dormir y la bajó, mientras le remetía la sábana en torno a su cuerpo. La respiración de Michael se tranquilizó, y él fue escuchándola, al tiempo que le acariciaba el pelo y la cara. Luego se puso de costado y se apoyó en un codo.

—Nunca debí dejar que te fueras de Denver —dijo—. Me arrepentiré de ello toda la vida.

Ella le tocó la cara, y con el índice rozó el marcado ángulo de su mandíbula.

—Hay demasiadas cosas que nunca debías haber hecho, y cosas que no debía haber hecho yo... Pero ya no me cabe en la cabeza arrepentirme.

Ahora estás conmigo, y eso es lo que quiero.

—Y has de tener todo cuanto quieras.

Los expresivos ojos verdes de Michael lo miraron con gesto solemne.

—Desde luego que sí.

Él depositó un beso en sus labios.

—Antes no pretendía dormirme —dijo—. Probablemente no sea la noche de bodas que imaginabas.

—Nunca me imaginé una noche de bodas, porque nunca me imaginé ninguna boda. Creí que te había perdido, Ethan. Y es increíble que tenga que agradecer a Houston y a Detra Kelly que estés aquí.

Él no quiso pensar en ello.

—Ojalá hubiera sido más valiente —le dijo ella—. Ojalá te hubiera pedido que te casaras conmigo allá en Stillwater.

Ethan sonrió, fascinado con la idea.

—¿Lo pensaste?

Ella afirmó con la cabeza.

—Pero me dio miedo de que fuera un gesto demasiado atrevido... Incluso para mí. —Se giró de costado y subió las piernas cuando el niño pareció apretarle la espalda—. Bueno, no es del todo verdad; me daba miedo que me dijeras que no.

—No sé qué te habría dicho, pero sé que entonces te amaba. —Entrelazó los dedos en sus tupidos rizos, y unos suaves mechones se le enroscaron en los nudillos—. Y ahora... Ahora te amo.

Un repentino bostezo cambió la forma de su hermosa sonrisa. Ethan soltó una risilla.

—A dormir, Michael.

Bajo la sábana, ella le buscó la mano, la encontró y deslizó sus dedos entre los de él; luego cerró los ojos. Al cabo de un instante él lo hizo también, y se durmieron al mismo tiempo.

—Tengo una dirección —dijo Dee.

Procurando no rozar la pierna de Houston, se sentó en el borde de la cama; luego sacó un papelito de su bolsito y se lo dio.

—No ha sido nada difícil de conseguir. Me limité a decir a uno de los secretarios que tenía una cita con ella en su casa y que había extraviado la dirección. Así de sencillo.

—Hotel Saint Mark, habitación 305. —Houston dobló el trocho de papel y se lo devolvió a Dee—. ¿No estaba en las oficinas?

—Hoy no. —Sus ojos azules oscuros tenían un brillo casi febril mientras intentaba narrar la noticia con tranquilidad—. Y quizá tampoco mañana. Esta mañana había bastante jaleo en el *Cbromcle,* y no pude evitar enterarme, porque todos comentaban el asunto.

Houston habló en tono seco. Un débil y pálido rictus de dolor tiraba de las comisuras de su boca.

—¿Y bien? ¿Pueden enterarse todos los que viven en Nueva York, menos yo?

Dee se puso de pie, dejó a un lado el bolsito y se quitó el abrigo. En

el espejo rajado que había sobre el lavamanos se atusó el pelo y metió algunos cabellos rebeldes tras de la oreja. Quería saborear su secreto un instante más; quería que Houston sintiera la irritación de esperar, de depender de ella.

—Parece que Michael Dennehy se casó anoche.

—¿Que se casó?

Dee afirmó con la cabeza, al tiempo que le lanzaba una astuta mirada de reojo.

—Y precisamente con Ethan Stone.

Haciendo una mueca, Houston se incorporó de un tirón en la cama. El sudor perlaba su labio superior. Por un momento no dijo nada; se limitó a retener el dolor.

—Así que él está aquí —dijo en voz baja.

—Eso parece. La nota saldrá en el periódico de la tarde.

—¿Ha estado aquí desde el principio o...?

—Acababa de llegar —dijo ella—. Me dio toda la impresión de que los que trabajan con ella estaban sorprendidos. Ethan no la había cortejado.

—Entonces está aquí por nosotros.

A esa misma conclusión había llegado Dee.

—Parece probable.

—¿Crees que esta vez se han casado de verdad?

—No lo sé. Aunque da igual, ¿no? Querías hacer salir a Ethan, hacer que sufriera... Pues la verá morir.

Despacio, Houston hizo un gesto afirmativo. Sus negros ojos parecían ausentes mientras observaba la amarillenta pared que tenía frente a él.

—¡Ah! Y hay sólo un detalle más, Houston.

Él se volvió a mirarla.

—Parece que la señora Stone está muy embarazada.

Michael y Ethan se sentaron en el comedor familiar del segundo piso del Saint Mark, cerca de una de las grandes ventanas en arcada que había en la parte trasera de la habitación. Si miraban abajo, veían un desfile de sombreros, de mujer y de caballero, mientras la gente cruzaba Broadway o se apeaba de los carruajes. El crepúsculo ensombrecía la calle, y la multitud se agolpaba delante del hotel, dispuesta a comer en su renombrado restaurante. Las farolas de gas parpadeaban, iluminando la calle con su cálida luz amarilla.

Nadie compartió su mesa; a Ethan le pareció que debían de tener aspecto de querer estar solos. El camarero dispuso sus platos sobre el mantel de lino blanco y los sirvió.

Ethan tomó buey asado con patatas y zanahorias; Michael había elegido el pollo con miel y ensalada. Ethan bebió vino tinto con la carne. Michael dio algún sorbo a una copa de vino blanco.

—¿Estás bien? —preguntó él—. No haces más que trastear con la comida.

Michael apartó su plato.

—La verdad es que no tengo mucha hambre.

Sus dedos rodearon el tallo de la copa de vino, pero no llegó a llevársela a los labios.

—¿Es el niño?

—No, está bien. —Hizo una pausa y luego se lanzó—. Ethan, ¿de verdad vas a seguirme por todas partes hasta que llegue a la oficina mañana?

—No sé si te seguiré por todas partes; desde luego no pretendía estorbar, pero allí estaré. A menos que decidas no volver al *Chronicle,* no hay más remedio.

—Pero tengo que volver.

—No tienes que trabajar —dijo él—. Soy dueño de una mina de plata.

Ella se echó a reír.

—No me he casado contigo por tu dinero.

—Bien, pues yo no me he casado contigo por el tuyo.

—Qué alivio, sólo gano cuarenta y cinco dólares a la semana.

—Es más de lo que gano yo como Marshal.

—Pues tú tampoco tienes por qué trabajar —le recordó ella.

Pero lo hacía. Y entonces él se dio cuenta de que con Michael sucedía lo mismo, aunque fuera más difícil de aceptar.

—Intento entenderlo —le dijo.

Ella alargó la mano y cogió la suya.

—Lo sé. Algún día te llevaré a que escuches a Susan B. Anthony y a

la señora Stanton hablar de los derechos de la mujer. El mundo está cambiando, señor Stone.

Ethan esbozó una sonrisa torcida y dijo, con tono seco:

—Y después, querrás votar.

La firme mirada de ella y su silencio resultaron elocuentes.

—Ay, Dios —suspiró.

Fingiendo compasión, Michael le dio unas palmaditas en la mano.

—Vamos —dijo, mientras empujaba su plato hacia él—. Cómetelo... Necesitarás toda tu fuerza.

Capítulo 15

Michael se apresuró a salir de la cama y entró sin hacer ruido en el cuarto de baño. Con una mano se sujetó la zona de los riñones mientras se servía un vaso de agua, pero no se la bebió, sino que la llevó de vuelta al dormitorio. Una vez allí, rodeó la cama con dosel y se detuvo junto a la mecedora donde estaba sentado Ethan. Le dio el agua, que él se tomó sin decir una palabra, y con el dorso de la mano le tocó la frente.

—Estás un poco destemplado —dijo, al tiempo que encendía una lámpara—. ¿Cuánto hace que te sientes mal?

—Una hora. Tal vez un poco más.

Bebió un sorbo de agua; tenía el estómago revuelto, y cerró los ojos.

—No pretendía despertarte.

—Podías haberlo hecho. Ya sabes: «En la salud y en la enfermedad...» He pronunciado un voto.

Él subió un poco las comisuras de los labios.

—Creí que llevaríamos más de tres días de casados antes de poner a prueba lo de la enfermedad.

Dio otro sorbo al agua y se enjuagó antes de tragarla; sintió una dolorosa contracción tan pronto como llegó a la boca del estómago.

Mientras tanto, Michael fue al cuarto de baño y regresó con una toalla limpia y húmeda; le enjugó la cara, luego la dobló en tres y se la puso en la frente.

—Quizá debería pedirle al director que avise a un médico. Yo llamaría a Scott Turner, que ya me visita por lo del niño.

Él le devolvió el vaso.

—No necesito un médico, no es más que una indigestión. Además, mezclar los dos vinos no ha ayudado. Estaré bien por la ma...

En ese instante abrió mucho los ojos, y su cara pasó del gris al ceniciento. La toalla húmeda se le cayó de la frente cuando saltó de la mecedora y corrió hacia el cuarto de baño. Incluso a través de la puerta cerrada, Michael oyó las arcadas de su marido. Entonces se dio unas palmaditas en la barriga y habló con el niño:

—¿No es estupendo que no tomáramos el pollo?

Le concedió a Ethan unos minutos más de soledad antes de entrar. Estaba apoyado en el lavamanos. Ella le pasó un camisón de dormir limpio para sustituir al que llevaba, que estaba húmedo, y le secó el cuello, la cara y los hombros.

—Probablemente sea una intoxicación —dijo—. Lo más seguro es que haya sido el pollo.

Él asintió con la cabeza; daba gracias por no haber insistido en que ella se tomara la cena y se arrepentía de haber tenido tanta hambre. Sorprendido ante su propia debilidad, se apoyó en su mujer y dejó que lo guiara de vuelta al dormitorio. Se dirigió a la mecedora, pero ella

insistió en que se acostara.

—Si alguien pasa el resto de la noche en la mecedora —dijo—, seré yo.

Volvió a sorprenderse a sí mismo al no discutir. Se limitó a meterse a rastras bajo las mantas; después se encogió en posición fetal, de costado, y dejó que ella le remetiera otra manta a su alrededor.

—¿Te parece que pida un té y tostadas? —sugirió Michael— A mí siempre me han ido bien cuando tenía náuseas por las mañanas.

—Yo no estoy embarazado.

Ella se sentó junto a él y le acarició el cabello en la sien.

—¿Estás seguro? El mundo está cambiando, señor Stone.

Él cerró los ojos.

—Muy graciosa.

Por la mañana Ethan sólo estaba un poco mejor, y, con el fin de no molestarlo, Michael se preparó en el vestidor para ir a trabajar. Cuando salió, vistiendo un traje suelto, liso, de color gris, con un blusón blanco y el broche de su madre al cuello, él estaba poniéndose los pantalones.

—Huy, no —dijo ella—. A la cama otra vez.

—Sí tú te vas, yo también.

—Eso es ridículo, Ethan. No estás lo bastante bien para ir conmigo a la oficina.

En aquello había mucho de verdad.

—Entonces quédate aquí y cuídame.

—Pero tampoco estás tan enfermo.

Michael se peinó el cabello y se lo recogió con cuidado en la nuca. Sus lentes estaban encima del tocador; se los puso y, por encima de la montura metálica, lo observó mientras se peleaba con los botones de su camisa.

—Ethan, por favor, vuelve a la cama. Ya he arreglado con el director que alguien venga a echarte un vistazo durante el día; no te quedarás desatendido. En el salón hay té caliente y tostadas, además de mermelada, por si no las quieres solas, y zumo de naranja, si te sientes con fuerzas. Te lo traeré si te metes en la cama otra vez.

—No voy a dejar que vayas al *Chronicle* sola.

—Pero ¿qué esperas que haga Houston? ¿Matarme a tiros? Esto es Nueva York, Ethan. Aquí esas cosas no ocurren.

Ethan se sentó, y su estómago, agitado y vacío, gruñó. Le dolían los músculos como consecuencia de su súbita y aguda enfermedad.

—¿Has pensado siquiera en cuánto tiempo quieres ser mi sombra? ¿Unas semanas, un mes, seis meses, un año...? Si en dos años Houston no hace movimiento alguno en mi contra ¿bastará para convencerte de que no pretende hacerme daño? En realidad no hemos hablado de esto, Ethan, pero yo imaginaba que nuestro matrimonio iba a durar toda la vida. Ahora bien, si vas a insistir en vivir pegado a mis faldas, tendremos suerte de aguantar hasta el mes que viene,

Entonces él dio una brusca sacudida con la cabeza y la miró. Tenía los ojos empequeñecidos de enfado.

—¡Y si no vivo pegado a tus faldas, a lo mejor tú no aguantas toda una vida! ¿Qué son seis meses o un año comparados con cuarenta o cincuenta más? Quiero pasar cada uno de esos años contigo, Michael. ¡No te atrevas a estafarme!

Ella se quedó callada; los ojos se le llenaron de lágrimas. Después se quitó los lentes, los llevó a la coronilla y se limpió las lágrimas cuando no pudo contenerlas.

—Otra vez estoy siendo egoísta, ¿verdad? —preguntó—Justo como dijo Mary Francis. Ay, Ethan, ¿y si no se me da bien esto del matrimonio?

El esbozó una débil sonrisa y dio unas palmadas en el sitio que había a su lado. Cuando ella se sentó, le rodeó los hombros con un brazo.

—Vas a ser estupenda.

Lo miró con aire escéptico, sin acabar de estar convencida.

—Dame cincuenta años, Michael, y te lo demostraré.

El *Chronicle* le envió trabajo para que lo hiciera en la suite. De todas formas, hacía meses que no estaba en activo como reportera; muchos de sus encargos exigían investigar y hacer entrevistas más que ir corriendo hasta la escena misma de una noticia. Eso sí, colaboraba con algunos reporteros de calle para proporcionar ambiente y detalles relevantes a los artículos de interés humano. Resultaba un compromiso satisfactorio respecto del papel más agotador, que en tiempos deseaba desempeñar.

Mientras pensaba en la última frase que había escrito, Michael se

reclinó en su butaca y se dio un breve masaje en el abdomen con aire distraído. Los lentes descansaban sobre la punta de su nariz, y un lápiz anidaba en su cabello; su boca estaba reducida a una línea, y entre las cejas se veía el leve asomo de una arruga. Ethan se apoyó en la jamba de la puerta y la miró; tenía los párpados entrecerrados y una sonrisa sigilosa. De repente, la mirada de ella se centró en él.

—¿Llevas mucho ahí?

—No mucho. Unos minutos.

—¿Por qué sonríes?

—Por nada —dijo—. Me gusta mirarte.

Michael sintió que se le calentaban las mejillas; para disimular su vergüenza se quitó las gafas, dobló las frágiles patillas y las puso encima de los papeles.

—Debes de sentirte mejor.

Su mirada se desplazó por el delgado cuerpo de su marido, de estrechas caderas. Su postura era suelta, con los brazos cruzados ante el pecho y una pierna delante de la otra, a la altura del tobillo. Tenía la cabeza inclinada a un lado con ademán pensativo y un rizo de su pelo de ébano le caía sobre la frente. Sus ojos eran más grises que azules, pero cálidos, como la pizarra cuando la baña el sol.

—Tienes mejor aspecto.

Ethan se frotó la mandíbula.

—Me he afeitado y me he dado un baño.

—Creí que seguías durmiendo. Debías haberme llamado.

—A lo mejor cuando no esté tan débil.

Ella negó con la cabeza ante su lógica.

—Precisamente por eso tenía que haberte ayudado.

Él soltó un ligero bufido. Tenía ideas distintas sobre cuál era el momento apropiado de compartir baño con Michael.

—Me parece que ahora me apetecen ese té y esas tostadas, ¿Has almorzado?

—Siempre tengo fruta aquí y he tomado un poco. Pero me sentaré contigo mientras comes.

Apartó la silla del escritorio, y Ethan se enderezó en el umbral para dejarla pasar. Se las arregló para robarle un beso fugaz al paso, además del lápiz.

El té estaba frío, pero un poco de miel le dio sabor; en cuanto a las tostadas, secas como el esparto y casi insípidas, eran justo como Ethan insistió en que le gustaban. Michael señaló al cordón color marrón oscuro que avisaba a la dirección del hotel de las necesidades de sus clientes, y dijo:

—¿Sabes? Podría pedirte algo más. Y he hablado con el señor Covington sobre el pollo.

—¿Es el chef?

—El director. Dice que nadie más ha comentado que esté enfermo.

—Fuiste tú quien dijo que era el pollo; yo creo que fueron el buey asado, el pollo, las patatas y la tarta de queso con cerezas...

Con sólo repasar la lista de lo que había comido, empezó a sentir

náuseas. Empapó una esquina de la tostada en su taza de té frío y se la comió.

—Y el vino tinto y el blanco... —La tostada empapada parecía sentarle bien al estómago—. En el futuro voy a practicar la moderación.

Antes de regresar al estudio a trabajar, Michael le preparó un lugar en el balcón del dormitorio para que se sentara. Hacía un día radiante, con una brisa tibia que acariciaba la piel. Ethan se sentó en la mecedora y tomó la edición matinal del Chronicle que ella le dio. De la barandilla de hierro colgaba una manta doblada para que la usara si le apetecía.

—Me siento un inválido —gruñó.

—Es que eres un inválido.

Michael se dio la vuelta y esquivó por poco un cachete con el diario. Ethan supo que sonreía. Después desplegó el periódico y empezó a leer.

Horas más tarde Michael daba fin a su trabajo del día ordenando un montón de papeles y notas para que un recadero los llevara de vuelta al *Chronicle*, cuando oyó abrirse las puertas del balcón del dormitorio, y a Ethan que se tambaleaba por la habitación como si estuviese borracho. Se apresuró a entrar en el dormitorio, siguió el rastro de hojas de periódico que iban hasta el cuarto de baño y lo encontró en el suelo, encorvado sobre la palangana. Su pálido rostro estaba ojeroso, y su piel se tensaba sobre los huesos. El dolor le había ensombrecido los ojos.

Esta vez Michael mandó llamar al médico.

—¿Es la gripe? —preguntó en tono preocupado, cuidando de mantener la voz baja.

La puerta del dormitorio estaba cerrada, pero no confiaba en que Ethan no fuera a oír su conversación con Scott Turner.

Las facciones del doctor Turner estaban cuidadosamente controladas para ocultar parte de su incertidumbre sobre la enfermedad de Ethan. Un dorado flequillo le rozaba la frente; se lo echó atrás y se enfrentó a Michael con sus directos ojos azules.

—No es la época. Hace un mes quizá lo habría pensado, pero ahora... —Hizo un gesto negativo—. No tiene el apéndice blando, pero no descarto que haya que acudir a la cirugía en algún momento.

—¡Cirugía!

Scott le puso una mano en el hombro.

—No hay nada seguro. Quiero verlo dentro de unos días, y entonces hablaremos más sobre lo que haya que hacer. Primero vamos a probar con la medicina que he recetado; me detendré en la farmacia y haré que la traigan. Asegúrese de que la toma tres veces al día. Debería calmarle el estómago y ayudarlo a dormir. Ella asintió.

—Detesta estar enfermo; y, además, detesta que yo lo vea así.

—Lo entiendo perfectamente. Evite agobiarlo y no se tome a pecho todo lo que diga mientras se encuentre en este estado. —La sonrisa del doctor Turner apareció un segundo—. Este consejo, probablemente, vale más que todos mis demás servicios.

Apartó la mano del hombro de Michael y preguntó:

—¿Y usted? ¿Puede encargarse de él? Tal vez una de sus hermanas podría venir a ayudar.

—Ahora mis hermanas no están libres —dijo sin entrar en detalles —. Y mamá tampoco.

—Entonces, ¿quizá una enfermera?

—Puedo arreglármelas, doctor Turner.

Entonces titubeó, y en su mirada se reflejó la preocupación.

—A menos que haya algún riesgo para el niño... ¿Deberíamos ponernos en cuarentena?

—No veo motivos para sembrar el pánico en todo el hotel con una cuarentena. —No contestó a la pregunta sobre el niño porque ignoraba la respuesta—. Vamos a mantener una dieta ligera: caldo de buey o de pollo, té..., ese tipo de cosas; tostadas, si las quiere; fruta de vez en cuando. Si lo retiene, puede añadir algo más. ¿Dice que le contó al director lo del pollo de la otra noche y que nadie más se ha quejado?

—Nadie. Ethan dice que sólo es por haber comido demasiado, pero ya ve que es algo más.

—Está bien, Michael. No se preocupe demasiado: no es bueno para usted ni para el niño. Pasaré por aquí dentro de unos días, o antes si me necesita.

Por lo menos no le había dicho que no se preocupara en absoluto. Lo acompañó y le abrió la puerta.

—Gracias, doctor Turner. Le agradezco que haya venido hasta aquí. Sé que está ocupado en el hospital.

En ese momento Ethan la llamó. Michael fue a ver qué necesitaba su marido.

Detra mostraba un aspecto recatado; a pesar de ello, era consciente de los ojos que la seguían mientras llevaba la bandeja desde la cocina por todo el comedor. Su pelo negro estaba recogido en un moño; ni un solo cabello rebelde se rizaba alrededor de sus orejas o sobre su frente. Ningún maquillaje realzaba sus ojos color azul oscuro; tampoco llevaba carmín, y sólo una ligera capa de polvos. Su sonrisa era agradable, ni cohibida ni astuta. Llevaba un sencillo vestido negro con un delantal blanco que ceñía su cintura de avispa. La bandeja parecía demasiado pesada para su menudo cuerpo, pero la equilibraba con gesto experto y rodeaba las mesas con grácil desenvoltura.

En el umbral del comedor se detuvo y se la pasó al botones que estaba esperando. El joven, ansioso por agradar, era lo bastante tímido como para esconder su mirada de admiración cuando ella se le acercaba, y se apresuró a tomar la bandeja, feliz de ayudarla. El Saint Mark parecía más alegre desde que estaba ella, pues era una mujer jovial y encantadora. Él había oído al señor Covington comentar que quizá a la señora King le sentase mejor ser anfitriona en el comedor que servir allí, por lo que, al parecer, tenía buenas perspectivas de futuro.

—Gracias, Bryan —dijo Dee—. Pesaba un poco.

Entonces reorganizó algunos objetos en la bandeja, y distribuyó el peso de forma más equilibrada.

—Ya está. Así es mejor, ¿a que sí?

Brian asintió.

—¿Adónde va esto, señora King?

—A la 305. Alguien de allí no se encuentra bien. La manzanilla es para el enfermo. —Señaló la tetera de plata que había a la derecha de Bryan—. Es ésta. Lo otro es sólo té con limón. Puedes llevarla bien, ¿verdad?

—Claro.

Bryan giró sobre sus talones para presumir y la bandeja se balanceó. Dee contuvo el aliento al imaginar todo su contenido desperdigado por el suelo; no le preocupaba el desorden, sino la dificultad de añadir sus drogas a otra tetera. Lo cierto era que estaba bajo constante vigilancia, y no porque hubiera hecho nada sospechoso, sino porque a todos los de la cocina le gustaba su aspecto. En cualquier otra circunstancia aquella atención le habría resultado halagadora. Ahora no le habría importado tener un tercer ojo o una verruga en la nariz.

—Con calma —dijo en voz baja—. Y cuidado con ella en la escalera. Recuerda, la manzanilla está a la izquierda.

Bryan llamó a la puerta de la 305. Cuando se abrió la puerta, dijo pomposamente:

—Su cena.

—Póngala ahí, en la mesa —dijo Michael—. Yo misma le llevaré la comida a mi esposo.

—¿Cómo se encuentra hoy el señor Stone? ¿Ha vuelto a verlo el médico?

—Vendrá mañana.

Michael levantó las tapaderas de la comida que había pedido para

ella; el pescado, las patatas con perejil y los medallones de zanahorias rehogados en mantequilla tenían un aspecto atractivo, pero nada de aquello le apetecía. Deseó haber pedido caldo, como había hecho con Ethan. Entonces cogió una de las teteras con la intención de servirse un poco de té.

—Ah, no —dijo Bryan—; es decir, que no es para usted. La señora King ha insistido en que el té con limón es para usted, y la manzanilla, para quien esté enfermo. Y lo que tiene en la mano es la manzanilla.

A ella se le había olvidado que había pedido ambas cosas. Se encogió de hombros y dijo:

—Da lo mismo. También me gusta la manzanilla. —Empezó a servirla, pero se detuvo—. Aunque quizá no debería; a lo mejor no hay suficiente para que Ethan tome una segunda taza.

Volvió a dejar la tetera y se sirvió de la otra.

—Gracias, Bryan. Llamaré si necesito algo más.

Cuando él se marchó, Michael llevó la bandeja al dormitorio. Ethan estaba tendido de costado, con las mantas bien ceñidas, y al verla consiguió esbozar una sonrisa. Dejó la bandeja y lo ayudó a sentarse, tras ahuecarle las almohadas para que lo sostuvieran mejor.

—¿Buey o pollo? —preguntó él.

—Caldo de buey.

Ethan suspiró; estaba francamente harto de beber tanto, pero la idea de algo más sustancioso le resultaba igual de desagradable. Vio cómo Michael cortaba unos trocitos de pan de una fragante barra y los echaba

en el caldo; cuando estuvieron bien empapados, le pasó el pequeño cuenco y una cuchara.

—También hay una infusión para ti. He pedido manzanilla, porque pensé que te gustaría, para variar. En teoría es muy calmante.

Él hizo una mueca.

—Odio la manzanilla.

—También hay té con limón.

—Deja que me tome este caldo primero —dijo él.

Michael se reclinó en la mecedora y observó cómo Ethan fingía que el caldo no era difícil de tragar, aunque vio que se cansaba sólo de llevarse la cuchara a la boca. Fuera lo que fuese aquella enfermedad, seguía minando sus reservas de energía. Estaba demacrado y pálido, y tenía unas ojeras moradas. Los primeros días se había obligado a salir de la cama y hacer el poco ejercicio de que era capaz. Ahora necesitaba apoyarse en su mujer para trasladarse de la cama al cuarto de baño.

—¿Quieres que te afeite después de comer? —preguntó.

—No —respondió él.

—A lo mejor así te sentías un poco...

—No quiero que me afeites. No quiero un periódico, ni un libro, ni un camisón de dormir limpio. No quiero que me tomes medidas para el traje de mi entierro. No quiero...

Se detuvo al ver el aspecto afligido de Michael.

—Perdona —dijo en voz baja—. No pretendía... Perdona.

Ella no dijo nada, y Ethan dejó el caldo.

—Ahora me tomaré esa manzanilla —dijo como oferta de paz.

Michael le sirvió una taza y, como ya sabía que no tomaría una segunda, se puso otra también.

—El doctor Turner vendrá mañana —dijo—, pero vendría hoy si lo mandara llamar.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Ethan cuando éste contuvo el dolor de una nueva contracción. Se revolvió, tratando de ocultárselo a Michael, y cambió de tema de conversación.

—Cuéntame lo que has hecho hoy.

—He trabajado en una historia sobre Madame Demorest, ya sabes, la empresaria feminista. Su cuartel general está cerca de aquí, en Broadway, de modo que he tenido al recadero yendo y viniendo con preguntas para ella.

—Sí, una fémina de criterios avanzados.

—De criterios avanzados... —repitió ella en tono pensativo—. Sí, yo diría que eso la define. Dirige un negocio que abarca todo el país; sus patrones de moda se envían a modistas de todas partes, y además publica una revista. Es muy franca en sus opiniones.

—Vaya, qué sorpresa. Supongo que aboga por la temperancia.

—Rotundamente.

Ethan movió la cabeza mientras alzaba su taza en un saludo burlón.

—Y yo también.

—Creo que te interesarán mucho sus opiniones —dijo Michael con ironía—. Te dejaré leer el artículo antes de que vaya a la imprenta.

—Me aprenderé cada palabra de memoria.

La manzanilla estaba tan desagradable como recordaba, aunque se prometió bebérsela por Michael, que tenía todo el aspecto de estar disfrutando de la suya.

—¿Podrías traerme mi arma, Michael? Quiero enseñarte a usarla.

Aquel cambio de tema la sobresaltó.

—No creo que sea necesario, Ethan.

—Compláceme —dijo él.

Apenas podía sostener ya la taza, de modo que se guardaba bien de pensar que aún podría sostener un arma... Por eso tendría que enseñarla a protegerse.

Ella regresó con el revólver y se lo puso con cautela en el regazo.

—No me gustan nada las armas —le dijo.

—Me parece recordar que no hace demasiado me apuntaste con una.

—Sí, pero no tenía la menor idea de cómo hacerla funcionar.

—Lo sé. No la habías amartillado.

—¿Y eso es importante?

Él vació las recámaras del revólver y puso a un lado los cartuchos.

—Mucho —dijo—. Ahora deja que te enseñe lo que hay que hacer.

Houston ya andaba con un bastón, y su cojera, aunque todavía perceptible, no lo afeaba. Levantó en alto el bastón de ébano y miró con atención el puño de plata; al apretar un pequeño cierre se soltó un muelle, y en el extremo contrario apareció un estilete de diez

centímetros.

—Esto me gusta —le dijo a Dee—. Quizá lo lleve incluso cuando no lo necesite.

—Desearía que no lo hicieras. Cuando me lo vendieron no sabía que había una hoja. Cómo no ibas a encontrarla... Por lo visto, aquí en el Bowery puede comprarse cualquier cosa.

Empujando, Houston volvió a meter la hoja, y de nuevo apoyó su peso en el bastón.

—Vamos a dar una vuelta —sugirió—. Estoy harto de estar encerrado aquí. Quiero ver algo además de estas paredes.

A Dee no la engañó del todo el ofrecimiento.

—Te conozco, Houston, quieres ir al hotel. Pero no creo que sea una idea buena. Ni se gana nada con ello, ni tú puedes nacer nada. Michael lleva escondida en su suite los últimos diez días, sin ir a trabajar. Y sé que un médico ha ido allí varias veces; yo misma lo he visto ir y venir.

—¿Y Ethan?

—Te he dicho que no lo he visto; mejor, ¿no te parece? No pretendo que me pillen. Por lo que sé, se queda con Michael todo el tiempo. Es el perfecto marido, tan enamorado de ella como sospechabas.

A Houston no lo tranquilizó del todo el último dato de Dee, aunque se las arregló para preguntar, con una calma que parecía creíble:

—Y, si no has visto a ninguno de los dos, ¿cómo sabes que está funcionando?

—Porque mis drogas siempre funcionan.

Mientras consideraba en el agrietado espejo su chaleco y el corte de su chaqueta, él se quedó un instante pensativo. Después, con aire despreocupado, preguntó:

—¿Ah, sí? Pues en su momento hubo un problema con Michael. Por lo visto, se las arregló para traicionarnos a todos porque tus drogas no funcionaron.

Las negras cejas de Dee se alzaron un milímetro; entonces se enrolló un mechón suelto de pelo en el dedo y se dedicó a retorcerlo una y otra vez.

—Eso fue distinto; cuestión de cantidad. Al principio puse demasiado y luego, demasiado poco. Ya te lo conté.

Houston le echó una ojeada, y sus ojos se posaron en su gesto distraído e inquieto.

—Eso dijiste, ¿verdad?

Detra se apartó la mano del pelo y se levantó de la cama, al tiempo que se alisaba el vestido color lavanda en el estómago y las caderas; con aquel gesto se secó las húmedas palmas. A continuación se acercó a la ventana manchada de lluvia y descorrió las cortinas.

—Hace un día lo bastante bueno como para pasear por Central Park. Si quieres, pasaremos por delante del hotel. A veces Ethan y Michael se sientan en el balcón de su cuarto. Lo he visto con mis propios ojos.

—Central Park... —dijo él— Sí, me gustaría verlo. ¿Y tú? ¿Tienes tiempo, antes de ir a trabajar?

—Hoy no trabajo.

Era el primer día que tenía libre desde que la contrataron en el Saint Mark. Saltarse un día de vez en cuando no la preocupaba; tal vez el dolor se aliviara un poco, pero el veneno estaba ya bien dentro del organismo de Michael. A Detra le sorprendía que todavía no hubiera perdido al niño; a esas alturas ya debería de haber ocurrido. La única explicación era que, debido a su turno, no recibía el veneno en todas las comidas y sólo lo tomaba en una o, cuando más, dos comidas diarias. Le parecía que así era mejor: al médico le resultaría mucho más difícil encontrar una causa concreta de la enfermedad.

Entonces dejó caer la cortina y se apartó de los estrechos edificios de madera que había al otro lado de la calle.

—Vamos al parque —dijo—. Llevas razón en lo de necesitar salir de aquí. El aire fresco nos sentará de maravilla.

—No lo entiendo, doctor —dijo Michael—. Hace cuatro días creí que iba a caer enferma igual que Ethan, pero a la mañana siguiente me recuperé. Usted me vio entonces y sabe cuál era mi aspecto, Pero ahora estoy bien, y él no deja de debilitarse.

Desde el dormitorio Ethan dijo en voz alta:

—No hablen de mí como si no estuviera aquí. Vengan a donde no tenga que esforzarme para oír.

Michael suspiró, pero a Scott Turner lo impresionó el ánimo de su paciente. Entró detrás de ella en el dormitorio y se dirigió a Ethan.

—Su esposa me cuenta que se ha recuperado de su brote, pero que

usted no mejora. ¿Desea añadir algo?

Con cierto trabajo, Ethan se incorporó.

—No —dijo en tono amargo—. Ésa es la verdad. Y le pido a Dios que alguien pudiera proporcionarme un poco de verdad a mí. ¿Qué diablos me ocurre?

—Además del mal genio, quieres decir... —dijo Michael con dulzura — Por favor, doctor Turner, no le tome en cuenta todo lo que diga. Esperaré en el salón mientras lo examina. Llámeme si necesita ayuda.

Antes de sentarse en la cama, Scott aguardó hasta que Michael hubo cerrado la puerta tras de sí. Entonces abrió su maletín de cuero, auscultó el corazón de Ethan con el estetoscopio y le examinó los ojos y el color general.

—Su esposa es muy franca —dijo.

—Siempre.

El médico mostró los dientes en una amplia sonrisa.

—La mía también.

Luego se levantó de la cama, quitó las bandas que recogían las cortinas del balcón y las soltó. La habitación quedó en penumbra.

—¿No le gusta la luz del sol? —preguntó Ethan.

—Me encanta, pero quiero ver una cosa.

Oscurecer la habitación parecía una extraña forma de ponerse a ver nada, pero Ethan se guardó el comentario. Scott se quedó un instante apoyado en la puerta, con los brazos cruzados ante el pecho.

—Me agrada mucho el trabajo de Michael para el *Chronicle*. Y a

Susan también. Susan es mi esposa. Se puso muy contenta cuando se enteró de que Logan iba a contratar a una mujer en su plantilla.

—¿Conoce usted a Logan Marshall?

—Somos buenos amigos. Conozco a su hermano Christian desde hace mucho más tiempo, pero Logan y yo hemos pasado nuestras aventuras juntos. Y Susan es amiga de las mujeres de ambos. De hecho, Michael se convirtió en mi paciente por Logan. Cuando sospechó que estaba embarazada, acudió a él para presentar su dimisión, pero él no la aceptó. En lugar de eso, le dio mi nombre y le dijo que se cuidara.

De pronto Scott se apartó de la puerta y volvió a sentarse en la cama. Le dijo a Ethan que mirase al frente; entonces le levantó un párpado y luego otro, y le escudriñó los ojos en detalle. Cuando acabó, cerró el maletín, lo puso en el suelo y se trasladó a la hamaca.

—Aprecio mucho a su esposa, señor Stone, de modo que no quiero que piense mal de mí por preguntárselo; pero usted es mi paciente y tengo que considerar todas las posibilidades.

Ethan hizo una mueca cuando una leve contracción le agarró la cintura; después volvió a deslizarse bajo las mantas y dobló la almohada para poner la cabeza en alto.

—No me figuro qué desea saber.

Scott inspiró fuerte y dejó salir el aire despacio. Luego se frotó la barbilla con el índice, un gesto que dio un tono solemne a sus atractivas facciones.

—¿Se le ocurre que exista algún motivo por el que Michael desee

envenenarlo?

—Un centenar —dijo Ethan con regodeo. Era la primera vez que se divertía en más de una semana—. La rapté, la obligué a trabajar en un saloon, hice que la drogaran, que la encerraran en una mina y que la arrastraran hasta un tribunal; luego dejé que se fuera de Denver cuando estaba embarazada de mi hijo y trastorné por completo la boda de su hermana. Ésos son sólo los primeros motivos que me vienen a la cabeza. Si quiere saber los demás, pregúntele a ella.

—Conozco un poco su insólito noviazgo con Michael; lo que no leí en los periódicos, ella misma me lo ha contado... Pero veo que no se toma el asunto demasiado en serio.

—Pues claro.

—De acuerdo, señor Stone —dijo Scott—; pero ciertas pruebas indican que eso es lo que le está ocurriendo. Sus pupilas, por ejemplo, siguen contraídas incluso en esta habitación a oscuras. Tiene un color ceniciento. Los dolorosos espasmos estomacales, su incapacidad para retener la comida y el ritmo cardíaco acelerado, en conjunto, podrían indicar un veneno en concreto. No había pensado en absoluto en ello hasta que Michael mostró síntomas parecidos días atrás. Entonces le pregunté qué había tomado para comer o para beber, y ella mencionó que habían compartido una infusión de manzanilla. Después me preguntó si pensaba que fumar podía ser peligroso para el niño; según parece, tenía fuertes deseos de fumar un cigarrillo.

—Michael no fuma desde hace meses y no faltaría al trato. A ése no.

Scott se encogió de hombros.

—Pues estaba muy cerca.

Ethan alargó la mano para coger un vaso de agua de la mesilla de noche y tomó un sorbo. Daba la impresión de que no se libraba de aquel sabor levemente amargo, acre, que tenía en la boca.

—No estoy seguro de entender lo que quiere decir. Si Michael estuviera envenenándome, ¿por qué iba a beber de la misma tetera?

—Por la nicotina. Ésa es la droga de la que sospecho.

Ethan dejó el vaso a un lado y se incorporó sobre un codo; así, con un rictus crispado en la boca, esperó a que pasara un espasmo. Luego dedicó toda su atención a lo que acababa de decir el doctor Turner.

—¿Droga? Usted había dicho veneno, no había hablado de drogas.

—¿Ah, no? Supongo que es porque casi cualquier cosa encaja con la definición de veneno. Conozco el caso de un hombre que murió por haber ingerido casi medio kilo de sal de mesa. Como ve, todo es relativo; varíe la cantidad, y lo inofensivo se vuelve una amenaza letal.

Scott no había pensado en cómo reaccionaría Ethan ante su información, pero sí sabía una cosa: nunca esperó que se echara a reír. Retorciéndose, a medias por la risa y a medias por un nuevo espasmo, llamó a Michael con voz débil; al cabo de unos segundos ella apareció en la puerta y al verlo convulso en la cama, corrió a su lado.

—¿Qué le pasa? —preguntó a Scott— ¿No puede darle nada?

Ethan le tomó la mano. Luego le dejó ver su sonrisa por primera vez y, con voz temblorosa, dijo:

—No pasa nada. Es sólo que el doctor Turner cree que intentas envenenarme.

Michael retiró la mano.

—Pues a mí no me parece nada de gracioso —dijo con aspereza—. Eso es lo que intentaría hacer Dee, no yo.

—Ya lo sé —dijo él, sonriendo abiertamente ya—. Lo sé. ¿No es estupendo?

Su atención se dirigió entonces al doctor Turner.

—Lo cierto es que voy a ponerme bien, ¿verdad?, ahora que sabe lo que es.

Desconcertado, el médico asintió.

—¿Lo ves, Michael? —El blanco rictus dolorido que rodeaba la boca de Ethan se aflojó un poco—. Detra nos ha encontrado. Tiene que ser Dee.

Con la boca algo entreabierta, Michael se sentó despacio, impresionada; aquella idea era una locura absoluta, pero también era de lo más probable.

—Dios mío —dijo en voz baja—. Pero ¿cómo..., cómo es que ha podido...?

La mirada de Scott Turner fue rápida de Michael a Ethan.

—¿Están diciendo que de verdad es veneno? ¿Y que saben quién está haciéndolo?

Ethan afirmó con un gesto.

—¿Por qué se sorprende tanto? Ha sido usted quien ha propuesto la

idea.

—Sí... Pero no suponía que fueran a tomársela tan bien.

—¿Bien? —preguntó Michael, incrédula— Yo no estoy tomándomela bien.

Cerró los puños, y sus finas uñas se le clavaron en las palmas de las manos. Tenía una luz salvaje en los ojos.

—Lo juro, Ethan, pagará por haberte hecho esto.

Michael empezó a levantarse, pero él le cogió la mano.

—Vamos, siéntate aquí y piensa un instante. Lo peor que podríamos hacer es darle a entender que nos hemos dado cuenta. —Miró a Scott—. Ahora tenemos que saber qué haremos.

—Si nos aseguramos de que todo lo que coman y beban esté inmaculado, les garantizo que dentro de una semana se encontrará usted mucho más fuerte. Pero no debe esforzarse, Ethan. Lo que le ha ocurrido es grave. —Se detuvo un instante—. No quería creer que Michael fuera la responsable, pero, la verdad, esperaba que lo fuese.

—¡Doctor Turner! —dijo ella, horrorizada.

—No me interprete mal, Michael. Al menos cuando pensaba que tal vez se tratara de envenenamiento por nicotina, sabía que podía salvar a su esposo. De no ser así...

Dejó que ellos terminaran su razonamiento, y vio que Michael le apretaba la mano a su marido.

—Muy bien, esto es lo que haremos.

Entonces el médico se inclinó hacia delante en la mecedora, con los

antebrazos apoyados en las rodillas, y bosquejó un plan.

Cuando se marchó, Michael fue a reunirse con Ethan al dormitorio. Lo encontró poniéndose con dificultad un par de vaqueros; ya había librado batalla con una camisa limpia, y parecía que la camisa lo había vencido. Ella suspiró.

—Ethan, el doctor Turner acaba de decir que no hagas esfuerzos. ¿Qué crees que haces?

Haciendo caso omiso de sus palabras, y en tono paciente, respondió:

—Estoy vistiéndome. Después iré al balcón —sin ayuda— y me sentaré al sol a decidir cómo voy a desenmascarar a Detra Kelly.

Michael se colocó detrás de él y lo siguió, muy cerca, preparada para agarrarlo si tropezaba. Ni por un instante se le ocurrió que Ethan no consiguiera hacerlo.

—¿Cómo vamos a desenmascarar a Dee?

Ethan no iba a dejarse presionar. Se sentó en una de las sillas que había en el balcón y puso los pies en alto, en la barandilla, al tiempo que empujaba para inclinar la silla y apoyarla en las patas traseras. Al observarlo, Michael estuvo a punto de convencerse de que se recuperaba ante sus propios ojos; pero lo único que hacía, y ella lo sabía, era ignorar el dolor que sentía en el vientre. Las ojeras moradas no habían desaparecido por arte de magia, y su demacrado rostro tampoco se había rellenado de pronto. Se sentó a su lado, de espaldas a la barandilla de hierro.

—Ha sido un detalle por parte del doctor Turner hacer planes para

lo que vayamos a comer y beber. Estoy segura de que su esposa se ocupará de todo cuanto necesitemos.

—Sí que ha sido un detalle —dijo Ethan—, pero eso sólo es parte del problema. Me parece que no supondremos que el objetivo de Dee soy yo, ¿no?

—¿Qué quieres decir? Eres tú quien se ha puesto enfermo.

—Pero la primera noche, Michael, me comí casi toda tu comida y también me bebí tu vino. No estamos seguros de que no fuera tu comida la que estaba contaminada. Dee debe de estar empleada aquí. Es la única forma de que tenga acceso a nuestra comida. Cuando me puse enfermo, y tú empezaste a pedir el caldo y el té para mí, debió de resultarle fácil saber dónde poner la droga. A veces me ponía peor después de una comida, y a veces no. Eso es porque no envenena todas las comidas de modo sistemático. Entra y sale de aquí.

A Michael las deducciones de Ethan le parecieron sensatas. Con gesto pensativo dijo:

—Yo no he salido desde que te has puesto enfermo, así que muy bien ha podido creer que la que está enferma soy yo. ¿Crees que Houston está con ella?

—Parece probable, pero éste es el modo de trabajar de Dee. —Soltó una risilla—. Empiezo a creer que las historias sobre el señor Kelly son ciertas.

Su humor negro hizo estremecerse a Michael.

—¿Cómo la encontraremos? ¿Hablo con el señor Covington?

—No. Podría entrar en sospechas y decirle algo. Si le contamos demasiado, estará en su derecho de despedirla... Y la queremos cerca, Michael, pero con nuestras condiciones.

—¿Qué hacemos, pues?

—Quizá el doctor Turner y su esposa quieran cenar en el Saint Mark unas cuantas noches esta semana...

En ese momento, por debajo de ellos, en Broadway, un carruaje abierto pasaba ante el hotel; ni Ethan ni Michael vieron cómo Dee hablaba con Houston y cómo los señalaba.

Scott y Susan Turner aceptaron la invitación de Ethan a cenar en el Saint Mark la noche siguiente. A partir de la descripción que Ethan y Michael les dieron, no tuvieron dificultad para identificar a Detra Kelly. Como de costumbre, las bandejas de comida siguieron llegando a la suite 305, pero Michael y Ethan sólo comieron y bebieron de las provisiones que Susan les llevó. En veinticuatro horas las contracciones de Ethan cesaron casi por completo. Seguía débil, aunque empeñado, como siempre, en no dejarlo traslucir. Mientras eliminaba el veneno del cuerpo, tuvo indicios de síndrome de abstinencia, y su mal genio puso a prueba la paciencia de Michael..., y la suya propia. Al cabo de cuatro días decidió que ya estaba lo bastante bien como para encargarse de Detra Kelly.

Michael, de pie en la entrada del dormitorio, lo miraba vestirse. La disgustaba verlo actuar contra el consejo de Scott Turner.

—No sé por qué no puedes traerla aquí, sin más, y preguntarle lo que deseas saber.

—Porque Dee no me dirá nada, o más bien, porque lo que me cuente no será la verdad.

Ethan se cruzó con Michael al rodear la cama y depositó un rápido beso en su mejilla. Por el rabillo del ojo vio que no la había aplacado.

—Lo más sencillo es seguirla cuando salga hoy. Si Houston está con ella, me llevará directamente hasta él.

—Eso podría hacerlo la policía, no tienes por qué ser tú.

—Ojalá estuviera seguro de que tienes razón. Pero hay muchos sitios en Nueva York adonde la policía no va sin un compañero, y donde se les vería demasiado rápido para que resultasen eficaces. No quiero arriesgarme a perder a Houston porque ella los vea venir. Deja que encuentre primero dónde se aloja Dee. Después llamaré a Jarret para que me ayude.

Michael cruzó los brazos justo por debajo de sus pechos, haciendo su embarazo más evidente.

—No entiendo por qué no le pides a Jarret que la siga —murmuró Michael—. No entiendo por qué tienes que hacerlo tú.

Ethan se pasó la mano por el pelo, cansado de discutir.

—Porque tengo que hacerlo.

No era lo que Michael quería escuchar. Por un instante bloqueó la salida del dormitorio cuando él intentó salir. Luego, suspirando, se echó a un lado.

—¿Para cuándo espero que vuelvas?

Era otro modo de preguntar cuándo podía dejar de preocuparse.

Ethan ya estaba poniéndose su ligero guardapolvo de viaje. Después se apartó de la chimenea y se miró en el espejo que había encima. El arma y el cinto quedaban ocultos. Hizo un barrido con la mano por la superficie de la repisa, cogió la llave de la habitación y la dejó caer en el bolsillo.

—Por lo que calculo, Dee acabará de trabajar a las ocho; estaré en el vestíbulo esperando a que salga.

—Hay una salida de empleados; Dee irá por ahí.

Él negó con la cabeza.

—No, olvidas que la conozco muy bien, Michael. Dee saldrá caminando de aquí como si fuera la dueña del lugar. —Antes de que Michael encontrara otro tema de discusión, prosiguió—: Según dónde se aloje, debería estar de vuelta dentro de unas horas.

—¿A las once? —preguntó ella.

—No me hagas concretar, Michael. Podría pasar algo que me retrasara.

—¡Ya lo sé! ¡Y por eso estoy preocupada!

Él la tomó por los hombros y escudriñó su cara, deseando que lo creyera, que creyera en él.

—Éste es mi oficio. Esta noche no va a haber un enfrentamiento. Sólo quiero ver adonde va.

Michael se quedó rígida en sus brazos, insensible al beso que él le

dio en la boca. Estaba enfadada con él, y también consigo misma por no ser capaz de detenerlo. Entonces, entre los dos, el niño dio una patada, y ella supo que él la sintió porque su beso se hizo más suave, más persuasivo, más anhelante. Entonces se rindió. No soportaba la idea de que se marchara con el recuerdo de unas palabras tensas entre los dos, en lugar de la dulce sensación del niño.

Una vez sola, se sentó en el sofá y clavó los ojos en la puerta, preparada para esperar.

Cuando oyó que llamaban, unos cuarenta minutos más tarde, su primer pensamiento fue que Ethan había olvidado algo. Descruzó las entumecidas piernas y fue cojeando hasta la puerta. Y justo al abrirla, se le ocurrió otra cosa: fuera lo que fuese lo que se había dejado, no era la llave; ella misma había visto cómo se la metía en el bolsillo.

—¡Usted! —dijo.

Le pareció que había gritado la palabra, pero en realidad su voz fue poco más que un susurro. Antes de tener oportunidad de reaccionar, Houston ya le había dado un empujón y había pasado junto a ella apuntándola con su arma. Mientras él cerraba y corría el pestillo, Michael retrocedió. Con las piernas dio en el asiento del sofá y entonces se dejó caer a plomo. Instintivamente, cruzó las manos en ademán protector delante del abdomen. Él no había cambiado en absoluto. Caminaba con una ligera cojera, pero incluso con el bastón conservaba cierto aire decidido y arrogante. A su baqueteado sombrero vaquero lo había sustituido un bombín digno de un señor, y sus ropas se guían la

moda de Nueva York. Houston era un verdadero camaleón, pensó; sin principios ni ideales, se acomodaba a todas las situaciones.

Houston dejó caer el sombrero en la silla que tenía al lado y volvió a meter su arma, un revólver de bolsillo Smith & Wesson, en la pistolera de piel que llevaba bien ajustada al hombro, bajo la chaqueta. Al echar atrás la cabeza, el claro flequillo se le apartó de la frente. Sus facciones, atractivas y afiladas, mostraban una expresión pasiva, y sus negros ojos parecían ausentes. Apoyado en su bastón de ébano, sometió a Michael a un largo examen.

—Reconozco que me ha sorprendido que acudiera a la puerta tan rápido —dijo—. Dee me había hecho creer que estaba postrada en la cama. Pensé que tendría que forzar la cerradura.

—¿Dónde está Ethan?

Houston se encogió de hombros.

—Siguiendo a Dee, supongo. Eso era lo que planeaba hacer, ¿no? Esta noche me he pasado por el hotel para acompañar a Dee a casa. A veces me gusta hacerlo; me da ocasión de verlos a usted y a Ethan. En una noche como ésta, era bastante posible que estuvieran fuera, en el balcón.

Vio que Michael se estremecía ante la idea de ser observada por él, y por un instante en su boca se pintó una fría sonrisa.

—Esta noche iba a darle una sorpresa a Detra, así que imagínese la mía cuando la vi salir, y detrás, a nuestro buen amigo el Marshal Stone, que la seguía a sus buenos doce pasos de distancia. Ella llamó a un coche

de alquiler, y él hizo lo mismo.

Su cabeza se inclinó a un lado.

—Y todavía quedaba otra sorpresa: usted. Con un aspecto bastante sano y bastante embarazado... Las drogas de Dee parece que han fallado otra vez.

—¿Otra vez?

Michael preguntó en tono despreocupado, pero apretó los puños. Para no dejar ver que trataba de ganar tiempo, se obligó a no mirar al reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Si Ethan había tomado un coche de alquiler, no tardaría demasiado.

—Ah, se refiere a cuando me mantuvo encerrada en Madison mientras ustedes robaban el tren... Siempre ha estado en un error respecto a eso, Houston; siempre creyó a la persona equivocada. Ni siquiera salí de mi habitación durante ese tiempo, de modo que maldito si salí del hotel. Las únicas personas con quienes hablé, cuando estaba en condiciones de hacerlo, fueron Kitty y Dee. No me cabe en la cabeza que fuera Kitty quien los traicionó a ustedes, de modo que... Saque su propia conclusión.

Houston no le confió su conclusión.

—¿Cómo ha descubierto las drogas que Dee ha empleado ahora? —preguntó él.

—¿Qué drogas?

Él hizo un gesto negativo.

—No, ya es demasiado tarde para evasivas. No ha mostrado

confusión cuando comenté que usted no estaba postrada en la cama, de modo que sabe lo que esperaba encontrar.

—No, no estoy segura. ¿Intentaban ustedes matar a Ethan? ¿O era a mí y a mi niño?

Al decir estas palabras, Michael se puso de pie y rodeó el sofá para acercarse a la mesa ovalada de nogal donde había comida, agua embotellada y vino.

—¿Le apetece algo de comer? ¿Una copa quizá? Tengo vino tinto y blanco. Creo que hay una botella de whisky escocés por algún lado. No hay cerveza, me temo. —Sonrió fríamente—. Ah, pero está usted dudando... La verdad, Houston, no tiene por qué. Todo lo que hay aquí es completamente de fiar. Y yo no intentaría algo tan tortuoso como el veneno. Soy mucho más directa. Estoy segura de que ya lo ha notado.

—Lo he notado —dijo él—. Es una de las cosas que admiro en usted.

Los ojos de Michael se apartaron bajo su firme mirada.

—Tomaré un poco de ese whisky —dijo él.

Ella buscó la botella y le sirvió la bebida; tuvo cuidado de evitar tocarlo al darle el vaso. Él apartó el sombrero, se sentó y tomó un trago; dejó el bastón apoyado en el brazo de la butaca.

—Aún me gustaría escuchar cómo ha evitado usted el veneno. Dee me aseguró que había un médico entrando y saliendo por aquí.

—Sí que lo había —buscando equilibrio, Michael recostó la cadera contra la curva del ancho brazo del sofá—, pero venía a ver a Ethan, no a mí. Otra sorpresa, ¿verdad? Creo que Ethan tomó la primera dosis de las

drogas de Dee cuando una noche se terminó mi comida; después fue siempre él quien recibió la comida contaminada.

Houston asintió despacio.

—Ya entiendo... Entonces parece que Dee interpretó mal ciertas cosas que vio.

—¿Ah, sí?

—Dijo que una tarde había visto a Ethan ayudándola a usted en el balcón.

—Me temo que era justo al revés: yo lo ayudaba a él.

—Tenía suerte de contar con usted para ayudarlo.

Michael hizo caso omiso del comentario.

—Aún no ha matado usted a nadie, Houston. Nada de esto puede imputársele de forma clara. Me fascina la forma en que se las arregla para eludir las responsabilidades; en el peor de los casos, lo condenarán a unos cuantos años más como cómplice de Dee.

—Olvida la fuga. Me echarán varios años por eso.

—Pero no es lo mismo que la horca.

—Usted no ha ido nunca a la cárcel. Si no, sabría que es preferible la horca.

Michael no fue lo bastante rápida como para ocultar su sobresalto, y Houston lo vio.

—No había pensado en eso, ¿verdad?

—¿Va a matarme?

—No sé. Ésa era mi intención cuando vine, pero al verla a usted...

No sé. —Sus manos se curvaron en torno al vaso—. ¿Planeaba Ethan hacer el arresto esta noche?

Michael se quedó callada.

—¿Cuándo cree que llegará?

Siguió en silencio. Entonces Houston se inclinó hacia delante, aferrando tan fuerte el vaso que tenía las puntas de los dedos exangües.

—No sea idiota, Michael.

Ella se enfureció.

—¡No voy a ayudarlo a usted!

Su cólera lo hizo sonreír, y se relajó un poco.

—Podría llevármela conmigo. Podría hacer la vista gorda al hecho de que es usted periodista, de que lleva en sus entrañas el hijo de Ethan e incluso de que me desprecia... Los sentimientos cambian, ¿verdad? Creo que hubo un tiempo en que sentía más o menos lo mismo por Ethan.

Michael mantuvo su dignidad guardando silencio.

—¿Y bien, Michael? ¿Lo haría? ¿Vendría conmigo? Podríamos ir a Canadá o incluso a Europa. Tengo dinero. No carecería de nada.

—Estoy segura de que en Canadá hay trenes que robar.

Divertido por su sarcasmo y su fanfarronería, Houston se echó a reír.

—Me gusta usted, no puedo evitarlo. En realidad no quería creer que hubiera sido usted quien nos traicionó en el robo, pero el hecho de que fuera periodista..., bueno, eso no podía pasarse por alto. Era sólo cuestión de tiempo que encontrara el modo de entregarnos a la

autoridad.

Una leve arruga se marcó en la frente de Michael.

—Usted sabía que fue Detra, ¿no? —dijo.

—Digamos que lo sospechaba... Pero también entendía su razonamiento. Ella sabía lo que yo sentía por usted. Usted era una amenaza para ella, una amenaza para todos nosotros, como bien se vio. Cuando consiguió la prueba de que usted trabajaba para el *Chronide,* y yo no obré de acuerdo con su gusto, le pareció que debía tomar medidas más drásticas.

—Pero aquella noche mataron a Obie. ¡Podían haberlos matado a todos!

—Lo sé, y con el tiempo Detra habría pagado el precio de su traición; pero habría sido mi precio, no el de Ethan, ni el del tribunal.

Houston se bebió de un trago lo que le quedaba y se puso a dar vueltas al vaso entre las palmas de las manos.

—Tendrá que tomar su decisión rápidamente, Michael. Dee y yo nos alojábamos no lejos de aquí y, según lo que Ethan pretenda hacer esta noche, podría estar de vuelta pronto. De su respuesta dependerá el que la encuentre a usted muerta… o que ni siquiera la encuentre.

Fue la perfecta calma con que habló lo que indignó a Michael. Que hablara como si le ofreciera una opción, cuando no había opción en absoluto, y que la amenazara a ella y, de paso, a su hijo, hizo que prescindiera de su propia seguridad. Encolerizada más allá del límite de la razón, se apartó bruscamente del brazo del sofá y alargó la mano para

coger lo primero que encontrase. Dio la casualidad de que fue el bastón de ébano de Houston. Entonces lo esgrimió ante él sin llegar a tocarlo, usándolo como si fuera una prolongación del dedo con que lo señalaba, al tiempo que decía:

—¡Salga de aquí, Houston! Salga mientras pueda. Y no vuelva a amenazarme a mí, ni a mí niño, ni mi marido. ¿Cree ¿me me halagan sus atenciones? ¡Me dan asco!

Agarró todavía más fuerte el puño de plata del bastón, pues la completa quietud con que él reaccionaba no hizo sino aumentar su cólera. Parecía dedicar más atención a su bastón que a ella.

—¡Salga, Houston!

Éste dejó caer el vaso e hizo ademán de sacar el arma; fue entonces cuando Michael subrayó su orden dándole un fuerte golpe en el pecho. Sólo se dio cuenta del estilete al ver la flor de sangre que brotaba en la blanca pechera. Houston bajó la mirada para verse y luego miró a Michael, que retrocedía, con el bastón temblándole en la mano y un gesto rígido y conmocionado en el rostro. La sangre resbalaba por los dedos de Houston y por los puños de su camina. La cara se le había vuelto color ceniza. La herida era mortal, pero la sombra de una sonrisa revoloteaba en sus labios.

—Siempre me sorprendes, Michael —susurró—. Creo que habrías sido la mujer ideal para mí.

Epílogo

Era la única mujer en que se fijaba.

En aquella habitación llena de mujeres la mirada entrecerrada de Ethan Stone pasó por encima de las morenas y las rubias, hasta detenerse en una cabeza de lustroso cabello color caoba. Ella estaba sentada en el estrado, de cara al público. Tenía la cabeza inclinada sobre su trabajo mientras tomaba notas de la reunión, garabateando con la misma rapidez con que la conferenciante hablaba de los derechos de la mujer en la ciudad, en el mercado y en las urnas. Ethan escuchaba sólo a medias; sabía que iba a decepcionar a Michael cuando, más tarde, ella le preguntara su opinión, pero era completamente incapaz de centrar la cabeza en nada que no fuera su aspecto.

Tenía la boca reducida a aquella línea seria que conocía tan bien, y entre sus delicadas cejas había una pequeña arruga vertical. Sus lentes descansaban en la punta de su nariz, y cuando la mina de su lápiz se gastó demasiado como para seguir escribiendo, sin dudar se echó mano al pelo y buscó el que tenía detrás de la oreja. Él sonrió. Sólo le quedaba uno.

De pie, al fondo del salón de conferencias, cómodamente apoyado en la pared bajo una pancarta que abogaba por la temperancia, Ethan

tuvo que imaginarse el color de sus ojos. No le resultó difícil. Tenía en brazos a su hija, y los ojos de Madison eran justo del mismo color esmeralda que los de su madre. Acomodó bien a Madison y luego apartó la mirada del mohín de su boca para observar el gesto grave y solemne de la de Michael. Ésta levantó la vista de pronto, como si sintiera sus ojos puestos en ella, y sonrió. A él le pareció que aquella sonrisa resplandeciente le encogía el corazón, y lo sintió palpitar. Entonces sus ojos color de humo se demoraron en los de ella un segundo más... Y habría jurado que la vio ruborizarse. Y eso que sólo pensaba en lo que le gustaría hacer con su almidonada blusa blanca y su tiesa falda negra.

—No sabe ni la mitad—le susurró a Madison.

Su voz profunda y rota llegó hasta la hilera de mujeres que tenía sentadas más cerca; tres cabezas se volvieron y lo mandaron callar con un severo siseo. Empezó a explicarles que no se refería a Elizabeth Cady Stanton, la conferenciante, pero en seguida varias cabezas más se volvieron. Al final se retiró, escudándose en una culpable mirada de disculpa, mientras levantaba en alto a Madison, como si ofreciera a su primogénita para la causa. A las mujeres no les hizo gracia el burlón sacrificio.

—¿Qué era todo aquel jaleo que había a tu alrededor? —preguntó Michael en el camino de vuelta al Saint Mark.

Ahora era ella quien llevaba a la niña y le caló más el gorrito en la cabeza. Al desplazarse por Washington Square, el carruaje abierto estaba más expuesto al aire húmedo.

—No sabía que ibas a montar una escena.

El aspecto arrepentido de Ethan no convenció a Michael más de lo que había convencido a sus correligionarias sufragistas. Él suspiró y le rodeó la cintura con un brazo.

—Me parece que esta noche no he hecho amistades en tu reunión.

Le contó lo que había pasado, y ella negó con la cabeza.

—Ay, Ethan —dijo—. ¿De verdad? ¿De verdad que la pusiste en alto así?

—No sabía qué hacer —dijo él, ahora un poco más en serio— Creí que iban a atacarme.

En ese instante Michael estalló en carcajadas. Madison parpadeó varias veces, abrió mucho los ojos y miró a su madre, pero luego se calmó cuando ésta se arrimó a Ethan.

—¿Qué te ha parecido la señora Stanton? Es una vigorosa oradora, ¿verdad? Y cómo habla del derecho de la mujer a desafiar a los hombres, eso...

—Eso me puso los pelos de punta —dijo él.

Ella oyó la intención de su tono, con segundas, justo como él pretendía.

—Diviértase, señor Stone, porque voy a disfrutar desafiándolo a usted.

Él mostró los dientes en una amplia sonrisa y le rozó el cabello con su mejilla.

Para cuando regresaron a su suite, Madison dormía profundamente,

y Michael la puso en la cuna. El estudio seguía lleno de libros, pero en él, además de la mesa de escritorio, ahora había una cuna, y entre los papeles arrugados y los fajos de notas y lápices también había pañales, latas de polvos y diminutas botitas y gorritos.

Ethan se acercó a Michael por detrás y contempló a la niña por encima de su hombro. Luego la ayudó a quitarse el gabán y lo puso encima de una silla.

—¿Crees que dormirá toda la noche? ¿O no te atreves a hacer una predicción?

—No me atrevo —dijo ella, dando la vuelta al sentir su abrazo—. Hará lo que quiera. Siempre lo hace.

Por un instante, cuando la miró y percibió entre los brazos la fuerza de su ánimo, a Ethan le costó trabajo tragar.

—¿A quién saldrá? —dijo con voz profunda.

Michael levantó la cara y le escudriñó la suya.

—Te quiero muchísimo.

Él se limitó a abrazarla, valorando el milagro de tenerla a su lado. Ella ciñó sus dedos en torno a las solapas de su chaqueta gris oscuro.

—No te eches la culpa —dijo en voz baja—. No has hecho nada malo.

A él no le sorprendió que le leyera el pensamiento.

—Te dejé. Pude haberte perdido... Nunca me perdonaré el dejar que te enfrentaras sola a Houston.

—Tú no lo sabías.

Pero eso no hacía que le resultara más fácil aceptarlo. Cuando llegó a la suite, Michael llevaba diez minutos con sus primeras contracciones, y Houston llevaba casi el mismo tiempo muerto. Diez minutos... Podía haber estado allí para impedir que su esposa matara a un hombre; para impedir que estuviera a punto de perder su propia vida en un parto prematuro... Debía haber estado allí.

Las horas de espera en la sala, mientras ella daba a luz en el dormitorio, parecieron eternas. El doctor Turner atendió a Michael; mientras tanto, Rennie se sentó con Ethan. Jarret Sullivan se encargó de que se retirara el cuerpo de Houston y aquella misma noche efectuó la detención de Dee... Lo que a Ethan le resultaba más difícil de creer era que todo hubiera pasado hacía ocho semanas; podía haber sido la noche anterior, a juzgar por lo vivos que seguían siendo sus sentimientos y por lo palpable de su temor.

Los ojos de Michael se clavaron en los suyos.

—No haces más que olvidar que, en realidad, me salvaste la vida... Y también la de Madison. Mira, Ethan, ninguna de las dos habría sobrevivido al intento de envenenamiento de Dee. Si no hubieras estado aquí, si no hubieras venido a buscarme, para empezar, yo estaría muerta. Así pues, no le des vueltas a lo que podías haber hecho, sino a lo que hiciste. Eso es lo que hago yo, y para mí lo es todo.

Él reaccionó con un gesto inseguro y algo escéptico.

—Dame cincuenta años, Ethan, y te lo demostraré.

Entonces él se echó a reír, la atrajo de un tirón y la abrazó fuerte.

—Dime qué ha dicho el doctor Turner hoy.

—Aaaah, de modo que te acuerdas... Como no me lo preguntaste antes, creía que no.

—¿Que si me acuerdo?

La separó de la cuna de la niña, la hizo cruzar el salón y la llevó al dormitorio.

—Claro que me acuerdo. Es lo que me ha metido en líos con aquellas damas de la reunión: estaba pensando en ti.

Sus dedos empezaron a desabrochar los botones de la almidonada blusa blanca, bajo la cual latía su piel tibia y pálida; la curva de sus senos rebasaba el escote de su corsé. De repente, se detuvo.

—Scott habrá dicho que sí, ¿verdad?

Ella era demasiado egoísta para torturarlo haciéndolo esperar. Estaba tan impaciente como él, o quizá más. Él acababa de preguntar por la visita del médico, pero ella sabía la respuesta desde primera hora de la tarde.

—Sí—dijo—. Me ha dicho que estoy estupendamente.

Él inclinó la cabeza y posó la frente en la suya.

—Entonces sólo hay una cosa que necesito saber.

—¿Hmmm?

—¿Cómo te saco de esta falda?

No era demasiado difícil, pero ella disfrutó ayudándolo y disfrutó del tacto de sus manos sobre la piel. Sus dedos fueron delicados en la ladera de los pechos, en el hueco de la garganta y se le enredaron en el

pelo. Su boca, tierna, mostraba reverencia y adoración... Y su delicadeza era desesperante. Entonces Michael lo atacó, lo tumbó en la cama y rodó con él, luchando cuerpo a cuerpo y riéndose, encantada de sentirlo junto a ella, del contraste de sus cuerpos, de sus planos y sus curvas, del modo en que encajaban, del modo en que se movían juntos y del modo en que el ritmo de su acoplamiento latía en la carne de los dos.

Sintió las ansias de él, su anhelo, que era el mismo que a ella le nacía dentro. La hacía abrirse a él, aceptar su empuje, aceptar el ardor de él en su interior y mantenerlo encerrado. Envolvió con sus piernas los flancos de él y se aferró a sus amplios y fuertes hombros. La boca de él se deslizó por su cara y le acarició las mejillas, la boca y los ojos cerrados. Pronunció su nombre, la llamó con aquella voz profunda y rota suya, enérgica y suave al mismo tiempo, y ella supo que era amada.

La cabeza de Michael descansó en el hueco del hombro de Ethan mientras le acariciaba el liso vientre. Las ropas de los dos estaban por el suelo, por encima de la mecedora y a los pies de la cama.

—A veces está bien ir con prisas, ¿eh?

—A veces no se puede ir de otro modo.

Ella asintió con un gesto, apretó su sonrisa satisfecha contra la piel de él y luego lo besó con suavidad.

—Somos tan felices Ethan...

—Lo sé.

Se acomodó junto a él de nuevo, pero mientras consideraba su buena fortuna, un leve rictus tiró de las comisuras de su boca.

—¿Dudas? —preguntó él, al ver que se quedaba callada tanto tiempo.

—¿Cómo? Ah, no, estaba pensando en Rennie. Nunca conocerá esta felicidad si se casa con Hollis Banks. ¿A ti te parece que Jarret...? Pero no, sería absurdo.

—Absurdo —dijo él—. En este momento sabe Dios dónde estará Jarret. Seguro que ha recogido la recompensa que daban por Dee, y eso significa que está libre para seguir el rastro de otra persona.

—Podía haberse quedado con la recompensa por Houston. Yo no la quería.

—Ha sido mejor donarla a las sufragistas. Quizá no sea la causa que Jarret habría elegido, pero tampoco le habría importado.

—Y además tiene los diez mil de Jay Mac por impedir la boda de Rennie.

—Puede que los tenga —dijo Ethan, en tono enigmático.

No le extrañaría que su amigo hubiera llegado a un trato con Hollis Banks usando el dinero de Jay Mac; y es que el sentido comercial de Jarret perdía invariablemente ante su sentido del absurdo... A Michael le pareció sospechoso su tono.

—¿Que quieres decir?

—Nada.

Ella le dio un pellizco.

—Hay algo que no estás contándome.

Él le agarró la mano.

—Hay muchas cosas que no te he contado. Pero, si no, ¿de qué íbamos a hablar en el tren de vuelta a Denver?

—¿Hablar?

Deslizó su cuerpo sobre el de él y le pegó los senos directamente al pecho, luego le dio un beso en plena boca.

—Se me ocurre un modo mejor de entretenernos...

La risa de Ethan quedó interrumpida cuando Michael se abandonó al momento.

Era la única mujer que podía amar.



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA



JO GOODMAN

Jo Goodman, autora de novela romántica conocida internacionalmente y con un gran éxito de ventas, nos ofrece una nueva entrega de las hermanas Dennehy, cinco muchachas apasionadas de la vida y del amor. Entre su amplia bibliografía romántica, también destacan sus series sobre la familia McClellan, los hermanos Marshall y la familia Hamilton, así como las novelas Passions Bride (1984), Scarlet Lies (1988) y Sweet Fire (1991). En 2007 ha publicado If is Kiss Is Wicked.

DULCE Y SALVAJE

Ella no lo podría ignorar…

Esa panda de ladrones juraban que podían oler a un periodista a una distancia de una milla. Quizá era su perfume lo que salvó a Mary Michael Dennehy del destino brutal que siguieron sus colegas periodistas en el viaje a Colorado. En vez de matarla, había sido raptada por un bandido: Ethan Stone, un hombre cuya sonrisa perezosa y burlona la perturbaba claramente, y le resultaba extrañamente familiar.

Él no dio importancia a su terca rebeldía, ni a sus patéticas tentativas de escapar. Mary sólo deseaba poder tener la misma fuerza de voluntad que tenía para tratar de escapar, cuando los labios de ese bandido se posaban sobre los suyos y le hacían perder la razón...

Él no podría olvidarla…

Ethan la reconoció instantáneamente. La última vez que la había visto, su pelo estaba siempre recogido en un horrible moño y la punta de su nariz sostenía unas horribles gafas. Algo en ella lo había hecho preguntarse cuán extraño era ver una mujer como ella en esa ciudad. Era una periodista, estaba seguro, tan seguro como que en poco tiempo la tendría en su cama.

Ethan nunca la había olvidado, y no estaba dispuesto a admitir su fascinación por Mary y mucho menos podía desvelarle su identidad y que ella se diera cuenta de quien era en realidad Ethan, agente secreto.

Mary estaba destinada a ser suya. Sería un placer hacer realidad sus fantasías secretas y distraer ese cerebro inteligente con un Éxtasis "Dulce y salvaje"...

* * *

Título original: *Wild Sweet Ecstasy*

Avinguda Diagonal, 662, 6ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la cubierta: Laura Cometías / Departamento de Diseño,

División Editorial del Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: Alan Ayers

Primera edición en Colección Booket: mayo de 2007

Depósito legal: B. 16. 746-2007

ISBN: 978-84-08-07243-0

Composición: Pacmer, S. A.

Impresión y encuadernación: Litografía Roses, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España